

“EN LA MAÑANA HAZME ESCUCHAR TU GRACIA”



CONTEMPLAR LOS MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO

Juan Pedro Gutiérrez Regueira



14 de Septiembre de 2013

INDICE

PRESENTACIÓN	7
INTRODUCCIÓN.....	11
EL AMOR A JESUCRISTO	13
LA ORACIÓN DE CONTEMPLACIÓN I: De los sentidos exteriores al sentido interior de la fe (el tacto).....	21
LA ORACIÓN DE CONTEMPLACIÓN II: De los sentidos exteriores al sentido interior de la fe (la mirada).....	25
LA ORACIÓN DE CONTEMPLACIÓN III: La escucha y la transformación del deseo	29
LA ORACIÓN DE CONTEMPLACIÓN IV: LA REPETICIÓN	34
CONTEMPLAR LOS MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO	37
I PARTE: LOS MISTERIOS DEL NACIMIENTO Y DE LA INFANCIA	43
LA ENCARNACIÓN I.....	45
LA ENCARNACIÓN II	49
LA ENCARNACIÓN III	53
LA ENCARNACIÓN IV: REPETICIÓN.....	57
LA VISITACIÓN	61
LA MISIÓN DE SAN JOSÉ.....	65
EL CAMINO DE NAZARET A BELÉN	69
DE LA VISITACIÓN A BELÉN: REPETICIÓN	73
EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS I	76
EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS II: EL ANUNCIO A LOS PASTORES	80
EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS III: LA ADORACIÓN DE LOS PASTORES	84
EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS IV: REPETICIÓN	88
LA EPIFANÍA DEL SEÑOR	92
ADICIONES A LA CONTEMPLACIÓN DEL NACIMIENTO	96
LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR	103
EL “NUNC DIMITIS”: CONTEMPLACIÓN Y DESEO DE DIOS	108
HUIDA A EGIPTO Y MUERTE DE LOS INOCENTES	115
DESDE LA PRESENTACIÓN A LA HUIDA A EGIPTO: REPETICIÓN	119
VUELTA A NAZARET	122
LA VIDA OCULTA DE CRISTO I.....	126
LA VIDA OCULTA DE CRISTO II.....	133
EL RESUMEN	139
II PARTE: LOS MISTERIOS DE LA VIDA PÚBLICA DE JESUS	145
EL BAUTISMO DEL SEÑOR I.....	147
EL BAUTISMO DEL SEÑOR II	152
EL BAUTISMO DEL SEÑOR III	156
EL BAUTISMO DEL SEÑOR IV: REPETICIÓN.....	160
LAS TENTACIONES I.....	164
LAS TENTACIONES II.....	168
LAS TENTACIONES III: REPETICIÓN	175
LAS BODAS DE CANÁ I	178
LAS BODAS DE CANÁ II	182
LAS BODAS DE CANÁ III.....	186
LAS BODAS DE CANÁ IV: REPETICIÓN	190
LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR I	193
LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR II	197
LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR III.....	201
LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR IV: REPETICIÓN	204
LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES Y LOS PECES I	207
LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES Y LOS PECES II	212
LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES Y LOS PECES III.....	217
LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES IV: REPETICIÓN	222
LAS CURACIONES I: EL CIEGO DE JERICÓ	226
LAS CURACIONES II: LOS DIEZ LEPROSOS	231
LAS CURACIONES III: EL PARLÍTICO DE CAFARNAÚN.....	235
LAS CURACIONES: REPETICIÓN	240
OTROS MILAGROS I: EL ENDEMONIADO DE GERASA	245

OTROS MILAGROS II: LA TEMPESTAD CALMADA.....	251
OTROS MILAGROS III: JESÚS CAMINA SOBRE LAS AGUAS	255
OTROS MILAGROS IV: REPETICIÓN.....	260
III PARTE: LOS MISTERIOS DE LA PASIÓN DEL SEÑOR	265
CONTEMPLAR LOS MISTERIOS DE LA PASIÓN DEL SEÑOR: INTRODUCCIÓN	267
LA ÚLTIMA CENA I.....	271
LA ÚLTIMA CENA II: EL LAVATORIO DE PIES	276
LA ÚLTIMA CENA III: EL ANUNCIO DE LA TRAICIÓN.....	282
LA ÚLTIMA CENA IV: REPETICIÓN	287
LA AGONÍA EN GETSEMANÍ I	293
LA AGONÍA EN GETSEMANÍ II: LA OBEDIENCIA DE CRISTO	299
EL PRENDIMIENTO DE JESÚS.....	303
LA AGONÍA EN GETSEMANÍ Y EL PRENDIMIENTO: REPETICIÓN	308
EL PROCESO DE JESÚS: INTRODUCCIÓN	312
EL PROCESO DE JESÚS I: JESÚS ANTE EL SANEDRÍN	314
EL PROCESO DE JESÚS II: LAS NEGACIONES DE PEDRO	319
EL PROCESO DE JESÚS III: JESÚS ANTE PILATO Y EL PUEBLO	325
EL PROCESO DE JESÚS IV: REPETICIÓN	331
EL PROCESO DE JESÚS V: FLAGELACIÓN Y CORONACIÓN.....	334
CAMINO DE LA CRUZ.....	338
LA CRUCIFIXIÓN.....	342
FLAGELACIÓN, CORONACIÓN Y CRUCIFIXIÓN: REPETICIÓN	347
ANTE JESUCRISTO EN LA CRUZ I: LA EXPERIENCIA DEL PERDÓN.....	351
ANTE JESUCRISTO EN LA CRUZ II: AHÍ TIENES A TU MADRE	356
ANTE JESUCRISTO EN LA CRUZ III: LA MUERTE EN LA CRUZ	360
ANTE JESUCRISTO EN LA CRUZ IV: EL SIERVO SUFRIENTE	369
LA SEPULTURA DE JESÚS: EL DESCENSO A LOS INFIERNOS.....	374
IV PARTE: LOS MISTERIOS DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR	381
LOS MISTERIOS DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR: INTRODUCCIÓN.....	383
LA APARICIÓN A LA VIRGEN MARÍA.....	389
LA APARICIÓN A LAS MUJERES	393
PEDRO Y JUAN EN EL SEPULCRO VACÍO	400
APARICIÓN A MARÍA MAGDALENA I	404
LA APARICIÓN A MARÍA LA MAGDALENA II: JESÚS LE DICE: «¡MARÍA!»	410
EL SEPULCRO VACÍO Y LA APARICIÓN A MARÍA MAGDALENA: REPETICIÓN.....	414
APARICIÓN A LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS I	417
APARICIÓN A LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS II	423
APARICIÓN A LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS III.....	427
APARICIÓN A LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS IV: REPETICIÓN	431
APARICIÓN A LOS DISCÍPULOS I.....	435
APARICIÓN A LOS DISCÍPULOS II	441
APARICIÓN A LOS DISCÍPULOS III.....	447
APARICIÓN A LOS DISCÍPULOS IV: REPETICIÓN	451
APARICIÓN EN EL LAGO DE TIBERÍADES I	455
APARICIÓN EN EL LAGO DE TIBERÍADES II: El diálogo con Pedro I	459
APARICIÓN EN EL LAGO DE TIBERÍADES III: El diálogo con Pedro. Repetición	466
LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR I	472
LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR II.....	477
PENTECOSTÉS I	481
PENTECOSTÉS II: El Paráclito	486
PENTECOSTÉS III.....	491
CONCLUSIÓN: CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR	497
CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR I	499
CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR II	504
CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR III.....	510
CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR IV.....	516
ÍNDICE DE AUTORES Y OBRAS.....	521

PRESENTACIÓN

La presente obra no es un libro sobre la vida de Jesucristo, ni siquiera sobre los misterios de su vida. Es una ayuda para poder orar contemplativamente teniendo como centro los misterios fundamentales de la vida del Señor guiados por las claves que configuran el acceso a la revelación de dicho misterio: la palabra de Dios y la tradición de la Iglesia.

Se trata de poder acercarnos a Jesucristo, el que nos transmiten los evangelios y fue anunciado en el Antiguo Testamento, conocido y presentado por los apóstoles y comprendido a través de la rica transmisión que la Iglesia ha hecho en la primera reflexión de los Padres, del Magisterio de la Iglesia y la experiencia de los santos. Hay que mirar al Señor que nos anuncia el evangelio pero aprender a mirarlo con los ojos de su Iglesia. Esta es la única manera de poder contemplarlo sin desfigurar ni su rostro ni su palabra.

En cada uno de los ejercicios que se proponen para la oración encontraremos tres elementos comunes: la palabra de Dios, fundamentalmente los textos evangélicos que presentan los misterios, una pequeña reflexión que se apoya en un análisis exegético de partes del texto que ayuden a la contemplación y diferentes lecturas de la tradición patrística, del magisterio y de los santos que sean una guía —la voz y la mirada de la Iglesia— que nos permite profundizar *mistagógicamente* en la escena que pretendemos contemplar.

Todo lo que aquí encontraremos no es un libro de cristología para leer de corrido —aunque no dejaremos de encontrar múltiples elementos teológicos que nos introduzcan en el Misterio de Cristo—, sino una ayuda para poder orar cada día un tiempo suficiente utilizando el método de la contemplación al que no estamos muy acostumbrados. Es necesario redescubrirlo porque forma parte de la más antigua tradición espiritual de la Iglesia y es un camino cierto para encontrarnos con la persona de Jesucristo y su misterio.

La estructuración es muy sencilla: cada día se parte de la lectura evangélica, que va incluida para facilitar el proceso, del comentario bíblico y teológico y los textos de la tradición. Al final, siempre encontraremos una sencilla articulación de unos cuantos puntos que ayuden al ejercicio de oración contemplativa, seleccionando cada persona lo que más le pueda facilitar esta tarea.

Si todo se quiere hacer en el mismo tiempo que se dedica a la oración, en seguida nos daremos cuenta que se hace difícil porque se agotan los minutos rápidamente en la lectura de lo que tenemos entre manos. Por eso, es fundamental que la oración se prepare antes, preferiblemente la noche anterior, para que en el momento de la oración nos podamos acercar a ella desde los últimos puntos que acompañan cada reflexión; estos serían los que tratan de facilitar el tiempo que se dedicará a orar y contemplar más directamente.

Encontramos tres momentos de oración para tres días diferentes y, después de ellos, se incorpora una oración de repetición que se puede realizar durante dos días más. Como, en general, estamos poco acostumbrados a realizarlo, puede costar un mayor trabajo, pero es bueno advertir que no hay verdadera contemplación sin la repetición de aquello que se ha contemplado los días anteriores. Sobre su importancia insistiremos más adelante.

Estamos acostumbrados a una oración más reflexiva, meditativa o de súplica. Es muy importante, pero no es la única forma de orar que tiene la Iglesia, más aún, la tradición espiritual más viva, desde los comienzos de la vida de Cristo ha ido muy unida a la liturgia y la contemplación de los misterios que en ella se celebraban. Poder iniciarse mistagógicamente en esta manera de orar será de una buena ayuda de cara a la celebración de los misterios de la vida de Cristo en la liturgia.

Hablamos de iniciación, lo cual supone que no es un mero aprendizaje de un método, sino un ejercicio, en el que poco a poco iremos adentrándonos en una forma de orar, de conocer a Cristo, de amarle e identificarse con su persona y su tarea de cara a una mayor configuración con su persona y su misterio. Hay que tener paciencia porque esto no se hace en unos días y, como todo proceso en la vida espiritual, viene acompañado de momentos de una gran luz y de gran oscuridad. No es esto lo que debe preocupar, sino la fidelidad de cada día, porque ella es la mayor ayuda. En los momentos de cansancio siempre surgirá una forma más novedosa de orar como tentación, que nos haga salir de la monotonía, pero hay que superar esta pequeña crisis para poder seguir gustando de los frutos que ofrece la oración contemplativa que tiene como objeto el Misterio de Cristo, su persona, su identidad, su relación con el Padre, la presencia del Espíritu, su palabra y su misión.

En la introducción que viene a continuación vamos a tratar de profundizar en lo que supone la contemplación y la importancia que tiene y su diferencia con la meditación. Lo haremos, no con un largo análisis, sino orando, comenzando a contemplar, descubriendo lo que significa el aprender a tocar, mirar y escuchar para dejar que el misterio que se pueda hacer presente y nos afecte de una manera viva y real.

¿Por qué los misterios de la vida de Cristo? Hay una razón muy sencilla: estamos tan acostumbrados a orar con lo que Cristo dijo de una forma tan moralizante que no tenemos hábito de orar desde su persona, desde su identidad y su manifestación del Misterio de Dios. Muchas veces, nuestra oración se termina reduciendo a una cierta antropología espiritual en la que tratamos de aprender lo que tenemos que hacer cada día, pero no profundizamos en lo más importante de la vida espiritual: el conocimiento interno de Cristo y su misterio.

Esta dificultad viene también acompañada en ocasiones por un estudio de la cristología que se ha centrado mucho más en lo que Jesús dijo e hizo que en su persona, es decir, en lo que a través de su humanidad –con sus hechos y palabras– estaba manifestando: el Misterio de Dios y la plenitud de la revelación. No se puede entender lo que Cristo dijo e hizo si no tenemos una verdadera comprensión de quién es: el Hijo eterno del Padre que ha asumido nuestra propia carne, ha unido nuestra naturaleza a la suya y muriendo en la cruz y resucitando ha abierto las puertas de la salvación a los hombres.

No podemos descubrir quién es Jesucristo si no se nos revela su misterio, si el Padre no nos atrae hacia él y el Espíritu no nos manifiesta su identidad; pero esto no lo podemos hacer sin estar en el lugar teológico y espiritual que supone la misma Iglesia, donde se conoce a Cristo, se le presenta en su verdad, se celebran sus misterios y se acoge su salvación; donde su palabra resuena siempre viva porque sale pronunciada de su mismo cuerpo. Se ha hablado mucho de los nuevos lugares

teológicos pero se ha olvidado con cierta frecuencia que, el mayor y más importante, es la misma Iglesia de Cristo. Por ello, no podemos profundizar en este misterio si no es unido a la riqueza de esta Iglesia que nos ha transmitido la verdad de Jesucristo y sigue haciéndolo de una manera viva y real.

No existe configuración auténtica con Cristo, de una manera especial en la vida sacerdotal, si no es *el verdadero*, con toda la hondura del misterio de su persona y del plan de salvación de Dios. Muchos problemas de identidad tienen en su base una pobre comprensión de Jesucristo y su misión, de una relación que no corresponde a la totalidad de la verdad de su ser. Quien no se relaciona con el Señor que es, difícilmente podrá articular su persona y su propia identidad como cristiano y como sacerdote. Si la imagen de Jesús está devaluada, empobrecida o escotomizada, el sujeto vivirá su propio ser también de una forma poco ajustada, dejándose llevar más fácilmente por ideas que vienen de fuera que por la persona siempre viva del Cristo que vive y transmite la Iglesia.

INTRODUCCIÓN

EL AMOR A JESUCRISTO

“Toda la santidad y la perfección del alma consiste en el amor a Jesucristo, nuestro Dios, nuestro sumo bien y nuestro redentor. La caridad es la que da unidad y consistencia a todas las virtudes que hacen al hombre perfecto.”¹

Contemplar es una manera de conocer desde dentro, desde lo que permanece escondido a través de aquello que vemos y oímos. Hay que contemplar a Cristo para poder conocer lo más interno de su persona, de su misterio y de su amor por el hombre, su relación con el Padre y la fidelidad a su voluntad. Este conocimiento no se realiza para satisfacer una curiosidad o una sed intelectual bien fundamentada. Todo esto es importante, pero no es suficiente. Hay que conocer el Misterio de Cristo para poder amar a aquel que nos ha manifestado el amor del Padre a través de su humanidad, por medio de la cual su entrega por nosotros se hace perceptible. Contemplar, por tanto, para poder conocer, y conocer para amar, porque sólo el amor transforma a la persona y la une a aquel que ama haciéndole uno con él, creando la verdadera comunión. Es el amor que nace del conocimiento interno de Cristo al que san Ignacio de Loyola se refiere con gran insistencia. Este es un conocimiento que no deja indiferente al que conoce sino que genera un deseo de identificación con el Amado y nos configura con él.

Traigamos a la memoria unas palabras de santa Teresa de Jesús que pueden iluminar toda esta reflexión inicial:

“Siempre que se piense de Cristo, nos acordemos del amor con que nos hizo tantas mercedes y cuán grande nos le mostró Dios en darnos tal prenda del que nos tiene; que amor saca amor. Procuremos ir mirando esto siempre despertándonos para amar, porque, si de una vez nos hace el Señor que se nos imprima en el corazón este amor, sernos ha todo fácil, y obraremos muy en breve y sin trabajo”².

Son palabras bien conocidas de santa Teresa *de Jesús*, porque, sobre todo, quiso ser de Jesús, y así lo unió a su nombre para feliz memoria. Ella misma decía anteriormente: “Bienaventurado quien de verdad le amare y siempre le trajere cabe de sí. Miremos al glorioso san Pablo, que no parece se le caía de la boca siempre Jesús, como quien le tenía bien en el corazón”³. Bien se podría aplicar un conocido refrán castellano a las palabras de la santa: *de lo que abunda el corazón habla la boca*. Sí, escuchando la boca se descubre lo que hay en el corazón. ¡Qué gran conocedora santa Teresa del corazón del apóstol Pablo a través del nombre de Jesús, que estaba en su boca y en sus escritos! ¡Qué buen resumen de las vidas de estos dos grandes santos que, por caminos tan diferentes, desgastaron su vida para enseñarnos y adentrarnos en el misterio de Cristo! Por ello, al comenzar este proceso de oración contemplativa de la vida de Cristo, podríamos hacer nuestro el deseo que manifiesta la bendición del diácono o el presbítero antes de proclamar el

¹ SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Tratado sobre la práctica del amor a Jesucristo, Oficio de Lecturas del 1 de Agosto*.

² SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida* 22, 14.

³ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, 22, 7.

evangelio: “que el Señor esté en tu corazón y en tus labios”. Solo así se anuncia “dignamente el Evangelio”. No se puede anunciar lo que no se conoce y no se puede conocer verdaderamente si no se ama. El amor no surge nada más que a través del contacto interno que va más allá de lo puramente exterior o aparente entre dos personas. ¿No es la oración esto precisamente, una relación desde dentro entre dos personas, el orante y Dios? Pero, no en pocas ocasiones, cuesta llegar a lo interior porque vivimos en la superficie, sin ser capaces de llegar más al fondo. Si este salto no se da no es posible el amor que configura con la persona amada.

¡Cómo no recordar también aquellas palabras de san Juan de la Cruz: “el alma que anda en amor ni cansa, ni se cansa”⁴. Cómo conectan con las palabras de su gran amiga a las que me refería al principio: si este amor queda impreso en nuestro corazón *obremos muy en breve y sin trabajo*. Pero, ¿qué amor es este? No puede ser otro que el amor a Jesucristo. Cómo no pedir al Padre que se avive en nosotros el deseo de amar a Cristo, como san Pablo, santa Teresa, san Juan de la Cruz, el apóstol Pedro, para poder decir: “Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo” (Jn 21, 17) como respuesta a la misma pregunta que nos dirige a cada uno de nosotros: “¿me amas más que estos?” (Jn 21, 15).

¿Qué se pretende iniciando un proceso de oración contemplativo? No es llenar un tiempo o aprender una forma más de orar que tratara de excluir a otras. La contemplación no hace que pierda la importancia la oración vocal que puede prolongar a lo largo del día los momentos de contemplación. Unas palabras de san Agustín pueden ayudarnos a comprender mejor esta idea:

“Puede resultar extraño que nos exhorte a orar aquel que conoce nuestras necesidades antes de que se las exponamos, si no comprendemos que nuestro Dios y Señor no pretende que le descubramos nuestros deseos, pues él ciertamente no puede desconocerlos, sino que pretende que, por la oración, se acreciente nuestra capacidad de desear, para que así nos hagamos más capaces de recibir los dones que nos prepara. Sus dones, en efecto, son muy grandes y nuestra capacidad de recibir es pequeña e insignificante. Por eso, se nos dice: Dilatad vuestro corazón [...] Con objeto de mantener vivo este deseo de Dios, debemos, en ciertos momentos, apartar nuestra mente de las preocupaciones y quehaceres que de algún modo nos distraen de él, y amonestarnos a nosotros mismos con la oración vocal; no vaya a ocurrir que nuestro deseo comience a entibiarse y llegase a quedar totalmente frío, y, al no renovar con frecuencia el fervor, acabe por extinguirse del todo”⁵.

De esto se trata en nuestra oración: mantener vivo y acrecentar el deseo del amor a Cristo para que todo nos resulte más fácil. Qué sencilla se hace nuestra vida cuando de verdad amamos a Jesucristo. Se relativizan tantas pequeñeces y crece el servicio y la generosidad. Pero, ¿cómo se puede entender la existencia de los santos y de los sacerdotes si en ellos no ha quedado impreso un amor al Señor tan grande que lleva a querer consagrarle enteramente la vida? ¿Cómo vivir en fidelidad en

⁴ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Dichos de amor y luz* 96.

⁵ SAN AGUSTÍN, *Carta 130, a Proba*, Oficio de Lecturas del Domingo y Lunes XXIX del Tiempo Ordinario

medio de tantas tentaciones y pruebas –de nuestro interior y del exterior– si todo nuestro hacer y sentir no está cimentado en un profundo y verdadero amor a Jesucristo?

Podremos ir haciendo la experiencia de mantener vivo y acrecentar el deseo que ya tenemos de amar al Señor enteramente, sin divisiones. Para ello propongo un camino para encontrar al Señor donde estará esperándonos de una manera más cierta. No se trata de beber toda el agua, como si quisiéramos agotar el misterio de Cristo, sino de saciar la sed, no para quedar satisfechos, sino para tener más sed, para poder decir con el salmo: *mi alma está sedienta de ti*. San Efrén, en su comentario sobre el *Diatresaron* expresa esta idea sobre la actitud de aquel que se acerca a la Palabra de Dios y que bien podíamos aplicarnos a nosotros mismos para generar esta disposición:

“Alégrate por lo que has alcanzado, sin entristecerte por lo que te queda por alcanzar. El sediento se alegra cuando bebe y no se entristece porque no puede agotar la fuente. La fuente ha de vencer tu sed, pero tu sed no ha de vencer la fuente, porque, si tu sed queda saciada sin que se agote la fuente, cuando vuelvas a tener sed podrás de nuevo beber de ella; en cambio, si al saciarse tu sed se seca también la fuente tu victoria sería en perjuicio tuyo. Da gracias por lo que has recibido y no te entristezcas por la abundancia sobrante. Lo que has recibido y conseguido es tu parte, lo que ha quedado es tu herencia. Lo que, por tu debilidad, no puedes recibir en un determinado momento lo podrás recibir en otra ocasión, si perseveras. Ni te esfuerces avaramente por tomar de un solo sorbo lo que no puede ser sorbido de una vez, ni desistas por pereza de lo que puedes ir tomando poco a poco.”⁶

Sin darnos cuenta iremos dando el primer paso: ponernos en la verdad de nuestro amor al Señor y la necesidad que tenemos de él. Pero, volvamos a escuchar a san Agustín:

“Nadie hay que no ame, pero lo que interesa es cuál sea el objeto de su amor. No se nos dice que no amemos, sino que elijamos a quien amar. Pero, ¿cómo podremos elegir, si antes no somos nosotros elegidos? Porque, para amar, primero tenemos que ser amados. Oíd lo que dice el apóstol Juan: El nos amó primero. Si buscamos de dónde le viene al hombre el poder amar a Dios, la única razón que encontramos es porque Dios lo amó primero. Se dio a sí mismo como objeto de nuestro amor y nos dio el poder amarlo. El apóstol Pablo nos enseña de manera aún más clara cómo Dios nos ha dado el poder amarlo: El amor de Dios, dice, ha sido derramado en nuestros corazones. ¿Por quién ha sido derramado? ¿Por nosotros, quizá? No, ciertamente. ¿Por quién, pues? Por el Espíritu Santo que se nos ha dado”⁷

Son dos pasos los que se nos señalan y que nosotros debemos darlos personalmente a través de este largo proceso:

⁶ SAN EFRÉN, *Sobre el Diatresaron 1, 19*. Oficio de Lecturas Domingo VI del Tiempo Ordinario.

⁷ SAN AGUSTÍN, *Sermón 34*, Oficio de Lecturas del Martes III de Pascua.

1. Hay que elegir a quien amar. No hay que darlo por supuesto, porque las suposiciones enfrían el amor. Hay que hacerlo cada día y en cada momento.
2. Darnos cuenta de lo que ya se ha dado: hemos sido elegidos, hemos sido amados. Él nos amó primero. ¿En qué se hace verdad para nosotros esta afirmación? Convendría que también en el silencio lo recordáramos, porque traer algo a la memoria en la oración es hacerlo presente en el momento que nos encontramos. Esto es lo que hacemos en la contemplación cuando se pone ante nosotros la persona siempre viva de Jesucristo. La falta de memoria conduce a la ingratitud; esta agosta nuestro deseo e imposibilita el amor. Pero nos ha dado su Espíritu, su mismo amor para poder amarlo. Es el Espíritu el que ensancha nuestro deseo, que ya estaba impreso en nuestro corazón, y nos prepara y capacita para ese amor. Hay que pedirlo cada día, desde la súplica humilde de quien, antes que nada, se sabe llamado a amar al Señor.

Ciertamente el amor no se vive igual en todos los momentos de la vida y, por tanto, sucede lo mismo en el itinerario del camino que cada uno va recorriendo en su relación personal con el Señor Jesús. Hay unos momentos más iniciales, pero no únicos en ese proceso. Estos primeros momentos vienen determinados por lo que podríamos llamar la urgencia del amor. Dejemos de nuevo que las palabras de los santos nos ayuden a detectar y acertar estas etapas. Escuchemos a san Pedro Crisólogo:

“La exigencia del amor no atiende a lo que va a ser, o a lo que debe o puede ser. El amor ignora el juicio, carece de razón, no conoce la medida. El amor no se aquieta ante lo imposible, no se remedia con la dificultad...va a donde se siente arrastrado, no a dónde debe ir. El amor engendra el deseo, se crece con el ardor y, por el ardor, tiende a lo inalcanzable. ¿y qué más? El amor no puede quedarse sin ver lo que ama: por eso los santos tuvieron en poco sus merecimientos, si no iban a poder ver a Dios”⁸

Solo por amor se tiende a lo imposible, aunque todo parezca ir en contra de nuestro propio sentido de lo que parece normal. Solo por amor se hacen cosas grandes. El amor desconoce el riesgo y, ante él, algunos consejos quedan totalmente vacíos. El amor a Jesucristo no está exento de este momento. Uno, por él está dispuesto a todo, incluso impetuosamente y, no en pocas ocasiones, muy tumultuosamente, con prisas: las propias de quien está apasionado. No podemos truncarlo en nuestras vidas. No podemos frenarlo cuando lo vemos en los otros, que muchas veces denuncian la pobreza de nuestro amor. Todo tiene su momento. Pero... ¡Existe un pero! Un peligro al que estar atento: junto con este amor puede convivir casi siempre el amor propio y, por qué no, la misma soberbia. Se empieza apasionado por Cristo y se termina buscándose uno a sí mismo. El amor hay que purificarlo.

⁸ SAN PEDRO CRISÓLOGO, *Sermón 147*. Oficio de Lecturas del Jueves II de Adviento.

Hay dos frases que podrían estar presentes, una en el primer modo y, otra, en el segundo: “no puedo vivir sin ti”, la primera y “no puedo vivir si no es para ti”, la segunda. En una permanece parte del amor propio: no se puede vivir sin él porque llena los aspectos más necesitados de la propia vida, las propias miserias. Es necesario y es normal, forma parte del dinamismo del amor. Si uno prescinde del Señor le falta la vida. ¡Qué grande es este amor! Es experimentar que no se puede vivir sin Cristo. Si esto lo pudiéramos decir siempre significaría que estamos muy centrados en su amor. Pero tiene un atisbo de búsqueda, de una manera de llenar nuestros deseos y necesidades. Se experimenta el amor muy profundamente y con gran verdad, pero no ha alcanzado la libertad de la gratuidad.

Es en la segunda cuando podemos decir que no podemos vivir si no es para él, cuando hemos descubierto su persona, su proyecto de salvación, cuando lo hemos experimentado en el hondón del alma. Nuestro yo y nuestra necesidad se ve desplazada hacia el tú que es Jesucristo y todo lo suyo. Podríamos decir: “te amo por ti; lo que tú me das no es nada comparado contigo.” Las propias necesidades quedan relativizadas. El Señor desplaza el centro de nuestro yo, tan arraigado, y se empieza a amar todo lo suyo, su propuesta, su voluntad: “¡Cuánto amo tu voluntad, Señor, todo el día la estoy meditando!” (Sal 118, 97).

Es necesario dar un paso más: profundizar en la característica más importante del amor, que es la gratuidad. Cuando uno entra en este camino se va purificando el amor. Nosotros, tan cargados de objetivos y proyectos, tantas veces cimentados en nosotros mismos tenemos que redescubrir cada día la gratuidad del amor:

“El amor se basta a sí mismo; cuando llega el amor transforma y activa todos los demás afectos. Por tanto, la que ama, ama y no sabe otra cosa [...] Este se basta a sí mismo, agrada por sí mismo y por su causa. Él es su propio mérito y su premio

El amor excluye todo otro motivo y otro fruto que no sea él mismo. Su fruto es su experiencia. Amo porque amo; amo para amar. Gran cosa es el amor, con tal de que vuelva a su origen y retorne a su principio, si se vacía en su fuente y en ella recupera siempre su copioso caudal. El amor es el único entre todas las tendencias, sentido y afectos del alma, con el cual puede responder la criatura a su Autor, no con plena igualdad, pero sí de una manera muy semejante”⁹

Amando no se consigue otra cosa más que amar. Así de sencillo. La respuesta al amor por medio del amor es un acto gratuito en el que se implica la persona y se da sin esperar nada a cambio. Permanece en medio de la contrariedad, la falta de fruto y de todas las dificultades. Es un amor más sereno, menos impetuoso y más generoso porque ha pasado por la prueba y se ha cimentado en aquel a quien se ama como fundamento de todo. Se ama a Cristo y todo lo suyo, especialmente lo que se ha descubierto como del Señor en medio de la prueba.

Qué bien lo expresó san Pablo: “estoy crucificado con Cristo, vivo yo pero no soy yo; es Cristo quien vive en mí” (Ga 2, 20b). Es un amor que se convierte en fuente de vitalidad pastoral, de empeño apostólico, él llena la vida y todo queda satisfecho

⁹ SAN BERNARDO, *En la escuela del amor. Sermones sobre el libro del Cantar de los cantares* 33, 2.3. BAC, Madrid 1999, pp. 207-208.

sin que se haya satisfecho todo: el éxito, las capacidades, incluso la misma santidad de vida. Es un amor sereno, probado, pero no menos intenso que el primero porque llega más al fondo del alma. Ahora se entiende mejor las palabras de Santa Teresa que citábamos al comienzo: “si de una vez nos hace el Señor que se nos imprima en el corazón este amor, serenos ha todo fácil, y obraremos muy en breve y sin trabajo.” Desde esta perspectiva podemos hacer nuestro el testimonio del apóstol, a quien aludíamos al comenzar esta reflexión. Podemos escuchar la vivacidad y la fuerza de sus palabras que nos hablan de las dificultades sufridas por Cristo y por el anuncio de su evangelio en 1 Co 4, 9-13; 2 Co 4, 7-12.16-18; 5, 12-15; 11, 21-29. Es imposible comprenderlo si no hubiera estado sostenido en un profundo amor a Jesucristo que le hará proclamar que todo es basura comparado con el conocimiento de Cristo, su Señor por quien lo ha perdido todo (cf. Flp 3 7-21).

Pocas personas como san Ignacio de Antioquía han sabido transmitir el significado y la hondura de esta experiencia que él transmite al elegir el martirio antes que la posibilidad de seguir viviendo:

“De nada me servirían los placeres terrenales ni los reinos de este mundo. Prefiero morir en Cristo Jesús que reinar en los confines de la tierra. Todo mi deseo y mi voluntad están puestos en aquel que por nosotros murió y resucitó... Si lo que yo anhele es pertenecer a Dios, no me entreguéis al mundo ni me seduzcáis con las cosas materiales... No queráis tener al mismo tiempo a Jesucristo en la boca y los deseos mundanos en el corazón. Que no habite la envidia entre vosotros... Porque os escribo en vida, pero deseando morir. Mi amor está crucificado y ya no queda en mí el fuego de los deseos terrenos; únicamente siento en mi interior la voz de una agua viva que me habla y me dice: “ven al Padre.” No encuentro ya deleite en el alimento material ni en los placeres de este mundo. Lo que deseo es el pan de Dios, que es la carne de Jesucristo, de la descendencia de David, y la bebida de su sangre, que es la caridad incorruptible”¹⁰

Qué conocido es todo, pero, al mismo tiempo, qué novedoso y qué verdadero. Contemplar a Cristo en su misterio hace que se encienda en nosotros un deseo de un amor así. Si no se imprime en nosotros este amor todo resulta imposible y nada más que un puro voluntarismo de lo más estéril, tanto para uno mismo como para aquellos que tenemos alrededor.

Terminaré con algunas conclusiones que no son otra cosa que el resultado del amor a Jesucristo para que podamos también gustarlo. El amor va más allá de lo que puede el esfuerzo por sí mismo, que, en tantas ocasiones, resulta infructuoso. Cuantas veces el cansancio, la apatía, la crítica y la falta de esperanza no están enmascarando otra cosa que la frialdad de nuestro amor.

1. Un amor así encauza otros deseos, los pone en su lugar y nos hace mucho más libres: el poseer, el poder, el placer. ¿No es esto sino hablar de pobreza, obediencia y castidad? Los consejos evangélicos son fruto del amor a Jesucristo y verificación del mismo.

¹⁰ SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los romanos* 6, Oficio de Lecturas del Martes X del Tiempo Ordinario.

2. Lo había dicho antes: amar todo lo que es suyo: uno mismo, los otros, los más desfavorecidos y pobres, los enfermos y los pecadores. No se busca la compensación personal; el corazón, como el del Señor, se hace universal. El amor en Cristo no es merma en el amor a los otros sino autenticación en la medida que lo hace gratuito. De nuevo san Agustín nos puede iluminar: “Te ama menos aquel que ama contigo alguna cosa que no ama por ti. ¡Oh amor, que siempre ardes y que nunca te apagas! ¡Caridad, Dios mío, enciéndeme!”¹¹
3. La entrega se hace desinteresada y sin medida. Importan menos las capacidades personales y los logros pastorales porque todo está en manos de aquel que nos ama y a quien amamos, es decir, la verdadera entrega surge cuando ha nacido más la confianza en Dios que en uno mismo.
4. Nace una verdadera vivencia del pecado como negación del amor. Así, el pecado no se justifica nunca, todo lo contrario, se descubre la verdadera raíz. El dolor nace de que se ha traicionado el amor y no de que se ha roto nuestra propia imagen ante los demás o ante mí mismo, incluso ante Dios. Duele por él, no por mí. Así se pide perdón de una manera muy distinta porque se ha experimentado la verdadera compunción.
5. Brota la paz interior porque la garantía del amor no está en mi capacidad o en algo que tengo que demostrar sino que se recupera cada día la experiencia de que él nos ha amado primero y esto se contempla en los detalles más pequeños de la vida. Se han abierto innumerables sentidos que nos hacen percibirlo.
6. La oración no es una cosa más en medio de tantas; se hace necesaria, se gusta con más hondura, aún en medio de las sequedades porque nos recuerdan que el deseo es la verdadera oración. No son momentos, es la vida entera:

“Lejos, pues, de nosotros la oración con vana palabrería; pero que no falte la oración prolongada, mientras persevera ferviente la atención: Hablar mucho en la oración es como tratar un asunto necesario y urgente con palabras superfluas. Orar, en cambio, prolongadamente es llamar con corazón perseverante y lleno de afecto a la puerta de aquel que nos escucha. Porque, con frecuencia, la finalidad de la oración se logra más con lágrimas y llantos que con palabras y expresiones verbales. Porque el Señor recoge nuestras lágrimas en su odre y a él no se le ocultan nuestros gemidos, pues todo lo creó por medio de aquel que es su Palabra, y no necesita las palabras humanas.”¹²

Es necesario poner ante nosotros la persona de Cristo en su misterio, el del Hijo de Dios, La Palabra del Padre que se hace carne y asume nuestra naturaleza humana y la une a la suya. Para poder conocer de esta manera es necesario poder contemplar, más allá de todos nuestros discursos o ideas que nos formamos interiormente. En esta contemplación se pone ante nosotros la humanidad de

¹¹ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, Libro X, 40.

¹² SAN AGUSTÍN, *Carta 130, a Proba*, Oficio de Lecturas del Lunes XXIX del Tiempo Ordinario.

Cristo, la cual es perceptible por nuestra propia humanidad, convirtiéndose en el signo, el misterio a través del cual tenemos acceso a lo que parece escondido, la persona del Hijo de Dios que está salvando.

La contemplación es un camino de conocimiento interior muy hondo que ayuda a percibir lo que se nos muestra en los evangelios a través de la humanidad de Cristo, sus gestos, sus palabras, sus silencios. Todos ellos, iluminados en la fe por la acción del Espíritu, son la puerta de acceso —el sacramento— a la verdad que late y está oculta bajo el velo de la carne.

El itinerario que comenzamos quiere ser una ayuda para poder realizar esto: conocer a Cristo contemplativamente en su verdad para poder poner ante él la nuestra; dejar que se encuentren y se experimente la fuerza del amor que imprime en el corazón y todo lo hace nuevo, empezando por nosotros mismos.

LA ORACIÓN DE CONTEMPLACIÓN I: De los sentidos exteriores al sentido interior de la fe (el tacto)

Evangelio según San Marcos 5, 21-43

En aquel tiempo, Jesús atravesó de nuevo a la otra orilla, se le reunió mucha gente a su alrededor, y se quedó junto al lago.

Se acercó un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo, y al verlo se echó a sus pies, rogándole con insistencia:

—Mi niña está en las últimas; ven, pon las manos sobre ella, para que se cure y viva.

Jesús se fue con él, acompañado de mucha gente que lo apretujaba.

Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años.

Muchos médicos la habían sometido a toda clase de tratamientos y se había gastado en eso toda su fortuna; pero en vez de mejorar, se había puesto peor.

Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, pensando que con solo tocarle el vestido, curaría.

Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias y notó que su cuerpo estaba curado.

Jesús, notando que había salido fuerza de él, se volvió en seguida, en medio de la gente, preguntando:

—¿Quién me ha tocado el manto?

Los discípulos le contestaron:

—Ves cómo te apretuja la gente y preguntas: «¿quién me ha tocado?»

El seguía mirando alrededor, para ver quién había sido.

La mujer se acercó asustada y temblorosa, al comprender lo que había pasado, se le echó a los pies y le confesó todo.

El le dijo:

—Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud

La contemplación es una experiencia del Espíritu que nos concede una mirada nueva para encontrarnos con Dios; va más allá de los sentidos externos, de lo que vemos, oímos o tocamos, y se realiza desde el sentido más interior del amor. Es el conocimiento interno que nace del amor y permite conocer al Señor desde sí mismo más que desde nosotros. Podemos explicarlo de una forma más sencilla: el Espíritu Santo suscita en nosotros el amor a Cristo, al que tenemos delante en la escena que contemplamos, nos hace conocerlo de una manera más profunda, nos lleva más allá de lo que leemos y tratamos de recrear al mirar y al escuchar desde dentro de la escena. Algo nuevo se nos ha revelado y que no habíamos conocido previamente. Dios irrumpe en la escena y produce algo diferente en nosotros. Esta

experiencia afecta a nuestros deseos, de forma que se van transformando, empezando a apetecer de una manera nueva y llevándonos más allá de nuestros cálculos o ideas.

El deseo se transforma únicamente por el contacto que nace del amor, en la medida que surge la experiencia del amor de Dios a través de su Espíritu y nos conduce a un mayor conocimiento interno de Cristo y de su misterio porque lo vivimos como una verdad en su relación con nosotros mismos. Sólo el amor renueva el interior de la persona y sólo el amor que se manifiesta en la humanidad de Cristo hace que nuestros deseos puedan transformarse realmente.

El Espíritu que animaba la vida de Cristo nos ilumina a nosotros mismos y nos hace percibir su misterio más allá de nuestros razonamientos, como algo siempre nuevo e inesperado. Ante nosotros está la humanidad del Señor y podemos hacer la experiencia de tocarlo, pero no de cualquier manera. **Es poder tocar con la mano de la fe la humanidad para reconocer la divinidad** manifestada en la realidad de la carne que tocamos del Señor. Esta experiencia conduce a la adoración, al reconocimiento de lo que está más allá de los propios sentidos porque introduce en el misterio mismo de Dios, algo que sólo Dios puede revelar y dar a conocer; es poder reconocer la divinidad que ha irrumpido en la humanidad que tocamos con nuestras manos. Nuestra mano toca al hombre, y en él reconocemos la presencia misma de Dios.

De esta manera, la preocupación de quien contempla no es uno mismo, ni sus problemas, ni sus pecados, ni todo lo que tiene que realizar, ni sus capacidades o incapacidades, sino el mismo Señor. **San Agustín** describe esta experiencia de una manera muy luminosa comentando la diferencia entre la aparición a Tomás, a quien invita a tocarlo, y María Magdalena, a la cual pide que no le toque porque todavía no ha subido al Padre explicándolo desde la experiencia de la hemorroísa que hemos leído en el evangelio:

“«[...] Hizo bien el Señor en reservar a los incrédulos el que lo tocaran; a esta mujer le impidió que lo tocara porque ya había creído. En efecto, ¿qué necesidad tenía de tocar y buscar a quien había reconocido ya en el hablar?» Mas no se calló; luego indicó la causa. *No me toques*. ¿Por qué? *Pues aún no he subido a mi Padre*; toca al que sube al Padre. ¿Qué quiere decir esto? **Tócalo como igual al Padre.**

¿Qué significa: «Tócalo como igual al Padre»? **Tócalo como a Dios, es decir, cree que es Dios.** Creer lo que ves es fácil; la forma de siervo fue asumida por ti, es el vestido de Dios. No significa gran cosa ver la carne. La vieron hasta los judíos que le dieron muerte; en cambio, no la vieron los gentiles y creyeron. Por tanto, le dijo *no me toques* como me ves, los miembros de mi carne, la imagen que conoces; es decir, no te quedes en ella, no pares ahí tu mirada, no sea ello el término de tu fe. **Quiero, sí, que creas que soy hombre, pero no te quedes ahí; alarga la mano de tu fe; no te quedes ahí.**

[...] Para que María no pensase que Cristo era sólo hombre dijo: «No me toques así; ante ti está mi vestido; guarda lo hecho en el cielo, **introduce la mano en el corazón**; entonces me tocarás cuando haya subido al Padre». Así lo tocaron quienes confesaron que *subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre*. Así lo toca la Iglesia, de la que era figura María. **Toquemos a Cristo, toquémoslo. Creer es tocarlo.** No alargues tu mano hasta el hombre;

di lo mismo que Pedro: *Tú eres Cristo, el Hijo del Dios vivo* [...] Insisto en que no prescindas de la humanidad de Cristo, pero no te quedes en ella. No te digo que te alejes, sino que no te quedes en ella; **quien quiere estancarse en el camino no llegará a la posada.**

Levántate, camina; **Cristo, en cuanto hombre, es tu camino; en cuanto Dios, tu patria. Nuestra patria: La verdad y la vida;** nuestro camino: *La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros*. Sentíamos pereza para caminar, y el camino vino hasta nosotros; puesto que el camino vino hasta nosotros, caminemos. **Cristo, en cuanto hombre, es nuestro camino: no abandonemos el camino para alcanzar al Hijo unigénito de Dios,** igual al Padre, trascendente a toda creatura, coeterno con el Padre, día sin día y artífice de la fe. Caminemos para tocarlo.

[...] **Así lo tocó la que padecía flujo de sangre.** ¡Qué fe tenía para decirle el Señor: «Descúbrete y manifiéstate a la muchedumbre; obtén la alabanza de quien has obtenido ya la salud»! *Vete, hija; tu fe te ha salvado; vete en paz.* Si preguntas por esa fe, escucha. Dijo en su corazón: *Si tocare la orla de su vestido, seré sana.* **La tocó para que se realizase lo que creía, no para probar aquello en que no creía.** Entonces el Señor le pregunta, diciendo: *¿Quién me ha tocado?* ¿Ignoras, pues, Señor, quién te ha tocado? ¿Conoces los pensamientos y preguntas por las acciones? ¿Qué significa: *Quién me ha tocado?* Voy a mostraros quién me ha tocado: la fe me ha tocado; ella consiguió con su tacto que saliera de mí el poder. Allí donde no estuve, donde no recorrí sus caminos, donde no nací, allí creyeron en mí: *El pueblo que no conocí me sirvió.* ¡Qué tocar! ¡Qué creer! ¡Qué exigir! Y esto por obra de una mujer fatigada por sus flujos de sangre, igual que la Iglesia, afligida y lastimada en sus mártires por el derrame de sangre, pero llena de las virtudes de la fe. Antes gastó sus bienes en médicos, es decir, en los dioses de los gentiles, que nunca pudieron curarla; Iglesia a la que el Señor no mostró su presencia corporal, sino espiritual. **Ahora ya se conocen la mujer que lo tocó y el hombre tocado.** Mas para enseñar a aquellos que necesitaban conocer la salvación dijo: *¿Quién me ha tocado?* Y los discípulos le replicaron: *La muchedumbre te apretuja y tú preguntas: «¿Quién me ha tocado?»* Preguntas quién te ha tocado, como si te hallaras en un lugar elevado, donde nadie te toca, siendo así que la muchedumbre te apretuja. Dijo el Señor: *Alguien me ha tocado;* ha sido mayor la sensación de la única que me ha tocado que la de la muchedumbre que me apretuja. La muchedumbre sabe apretujar fácilmente. ¡Ojalá supiera tocar!”¹³

Cuando esto acontece, algo sucede en nosotros mismos, en nuestra manera de mirar o de escuchar o de percibir lo que tenemos ante nuestra presencia, porque, cuando tocamos el misterio de Dios y él se acerca a nosotros y nos toca, quedamos afectados para siempre. No se puede olvidar porque Dios ha dicho algo de sí y nos hace escuchar de una manera nueva. Nos ha hecho ver con una mirada nueva la realidad, incluso sobre la propia pobre realidad que percibimos de nosotros, ya que nos da la posibilidad de mirarnos tal y como Dios nos mira.

¹³ SAN AGUSTÍN, *Sermón 375 C, 4.5.6. OC XXVI.*

Se va pasando, de ver con los sentidos exteriores y con la imaginación, a ir viendo, interior e intuitivamente, desde el afecto que produce aquello que contemplamos. Aquí no se reciben palabras o ideas, ni siquiera imágenes, sino al Señor mismo que hemos reconocido en aquel al que hemos tocado y que nos ha tocado al mismo tiempo.

Antes de comenzar directamente en la contemplación de los misterios de la vida de Cristo, vamos a realizar estos días una oración que nos permita ir entrando en la metodología de la contemplación desde los mismos evangelios, hoy, en concreto, desde el que se propone al principio de todo este ejercicio.

PARA REZAR MEJOR

Aunque insistiremos en ello, la contemplación, como toda oración, es un don de Dios que hay que pedir, no sólo con los labios y la mente, sino con el afecto, con el deseo, con todo el corazón.

Este evangelio nos ayuda a descubrir la manera en la que hay que acercarse al Señor para poder tocarle y descubrirle y hacer posible algo que no se consigue con el tacto, sino con la fe. Con la imaginación podemos acercarnos, como la hemorroisa, a tocar a Jesús desde nuestra propia necesidad: no es la imaginación lo más importante, sino el paso que nos permite hacerlo desde la fe, de la misma manera que ella lo hizo, pero en nuestro momento. La fe puede tocar al Señor más que las propias manos y hacer que algo quede transformado en nuestra persona al entrar en contacto con él a través de la contemplación.

1. Lee el texto con calma, sin querer memorizar sino dejándote sorprender. Pide al Espíritu que haga verdad en ti lo que se pone ante tu mirada.
2. Trata de imaginar la escena: la muchedumbre que rodea a Jesús; él, caminando junto a Jairo y esta mujer que es la gran protagonista.
3. Mírala a ella, mira su necesidad, su enfermedad que no tiene cura. Date cuenta de que es el deseo de tocar, aunque sólo sea el manto de Cristo –y su propia necesidad– lo que le ayuda a acercarse a él.
4. Ella toca con la fe, acudiendo a Jesús como a la última posibilidad y así quedará curada. No busca al hombre sino la salvación que sólo Dios puede dar.
5. Ponte en la escena: mira tu necesidad y tu deseo y acércate y toca también a Jesús. No corras, no te precipites. El misterio aparece por sí mismo. Toca a Cristo con la mano de la fe, reconociendo la fuerza de Dios en su carne.

LA ORACIÓN DE CONTEMPLACIÓN II: De los sentidos exteriores al sentido interior de la fe (la mirada)

Evangelio según San Lucas 19, 1-10

En aquel tiempo, entró Jesús en Jericó y atravesaba la ciudad.
 Un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, trataba de distinguir quién era Jesús, pero la gente se lo impedía, porque era bajo de estatura. Corrió más adelante y se subió a una higuera, para verlo, porque tenía que pasar por allí.
 Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y dijo:
 –Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa.
 El bajó en seguida, y lo recibió muy contento.
 Al ver esto, todos murmuraban diciendo:
 –Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador.
 Pero Zaqueo se puso en pie, y dijo al Señor:
 –Mira, la mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres; y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más.
 Jesús le contestó:
 –Hoy ha sido la salvación de esta casa; también éste es hijo de Abrahán.
 Porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido.

Si nos situamos delante de Dios de una manera contemplativa, **le estamos dando la posibilidad de decir algo sobre sí mismo y sobre nosotros con su propio lenguaje** más allá de nosotros mismos, de nuestras preocupaciones y del discurso de nuestros pensamientos. Aquí entra Dios y nosotros guardamos silencio, surge un espacio para la ruptura y la sorpresa, es decir, lo inesperado. Se realiza una interrupción en lo ordinario y **emerge lo que no habíamos previsto**, quedando afectados por el misterio de Dios y se crea el verdadero silencio capaz de acallar nuestros discursos monótonos y, a veces, un tanto obsesivos de nuestros propios pensamientos.

Cuando esto se produce comienza la oración: **se ha entrado en el amor de Dios que nos envuelve** como una lluvia suave que viene de arriba o una brisa que nos rodea percibiéndonos a nosotros mismos en tanto que estamos recibiendo de Dios. No dice muchas cosas pero nos hace ver y vernos desde el amor que hemos recibido y esto **nos da unos ojos nuevos para mirar**, quedando afectados en toda la persona; se da como una *nueva creación* en nosotros mismos, con una conciencia de recibirlo todo de él y de dejarse conducir por él; brota la felicidad porque esta

experiencia satisface los deseos más que otras porque quedamos afectados por el amor infinito de Aquel que se ha hecho presente. **Este acontecimiento genera la verdadera libertad y es algo que queda grabado en nuestro ser y perdura a lo largo del tiempo.** Son momentos en los que hemos percibido la novedad de Dios y de nosotros mismos, más allá de nuestros planteamientos o de lo ya aprendido, algo ha quedado grabado con el fuego del Espíritu en el centro de nuestro ser y ya no se puede olvidar.

En la contemplación no se especula sino que uno se deja afectar, **surge algo nuevo e inesperado.** El que ora se pone a ver, a escuchar pero, va más allá de lo que ve o escucha porque lo que recibe es mucho más importante que lo que él pone de su parte. Muchas veces no se puede llegar a este punto porque no somos capaces o no estamos dispuestos a salir de nosotros mismos. **Chocamos continuamente con las órdenes que pretendemos darnos. Sólo el contacto, el dejarnos tocar por el misterio del amor de Dios lo hace posible.**

En la medida que se acortan las distancias entre Cristo y la persona el deseo se va transformando; esto se hace posible a través de los sentidos interiores porque lo contemplado con los ojos de la fe deja de ser ajeno a mí, más aún, se comprende que lo que estamos contemplando sucede aquí y ahora, y que es por mí. Con los sentidos, e incluso con la ayuda de la imaginación se va interiorizando, se queda atrapado por la escena y no se puede salir de ella. Se recupera lo que sucedió en aquel momento como algo que está aconteciendo ahora por mí como salvación; es por tanto algo presente: un acontecimiento de salvación en el que solo Dios guía, más allá de todas las ayudas exteriores que se puedan tener.

En estos momentos se produce **la experiencia del descentramiento** porque el centro lo ocupa el Señor y aquello que contemplamos: él es lo único importante. Hace relativizar todo lo que nosotros llevamos y absolutizar lo que Dios está haciendo ver. Siempre es, por tanto, algo nuevo e imprevisto, al contrario que nuestro propio lenguaje y el discurso de nuestros razonamientos o sentimientos que nos invaden con carácter de totalidad, como si fuera lo único. Sólo quien entra descalzo –y esto es lo más difícil– puede reconocer, como Moisés ante la zarza, algo admirable. Contemplar a Cristo es siempre algo nuevo, aunque sea lo mismo que hemos hecho otras veces. Nunca lo sabemos del todo por múltiples ocasiones que lo sobrevoemos ya que, al entrar en el misterio, nos adentramos en algo que es por sí mismo inagotable y que conlleva un elemento de novedad. Dios se ha hecho presente, con la fuerza de su divinidad, a través de lo que contemplamos en la humanidad de Cristo, con toda su omnipotencia.

Nicolás de Cusa, en su obra *la visión de Dios* describe lo que supone el poder contemplar a Dios, mirarle porque somos mirados por él:

“Cuanto más tiempo, Señor, Dios mío, contemplo tu rostro, tanto más me parece que con mayor agudeza proyectas tu mirada sobre mí. Tu mirada me fuerza a considerar que la causa de que esta imagen de tu rostro esté pintado de manera que es perceptible por los sentidos estriba en que un rostro no puede ser pintado sin el color, y que el color no existe sin la cantidad. Pero veo no con los ojos corporales, que miran este icono

tuyo, sino **con los ojos mentales e intelectuales la verdad invisible de tu rostro**, que está representado en una sombra contraída.”¹⁴

Necesitamos ver con la mirada, aunque sea la mirada más interior de la imaginación, ver en una imagen o en un cuadro, en la composición de una escena evangélica. Lo hacemos para poder trascenderlo con nuestra inteligencia iluminada por la fe que nos lleva a atisbar la presencia viva de Dios. Pero, sólo la fe puede iluminar esa mirada de los ojos y del intelecto para que sea la mirada de Dios la que surja y transforme nuestra visión y la haga capaz de él. En este momento la escena cambia porque ha sido Dios mismo quien se ha hecho presente y nos hace ver más de lo que la mirada de los sentidos o de nuestra razón puede alcanzar a ver porque se ha visto iluminada con la luz de la fe.

Como Zaqueo en el texto del evangelio que encontrábamos al comienzo de este capítulo, podemos experimentar algo que afirmaba Nicolás de Cusa cuando descubrimos la mirada de Dios sobre nosotros mismos:

“Nunca, Señor, permitas que piense, con cualquier forma de imaginación, que tú, Señor, ames a otro ser distinto de mí, más que a mí, puesto que **es a mí sólo quien tu mirada no abandona jamás**. Y ya que donde está el ojo está el amor, experimento que me amas, porque tus ojos están atentísimamente sobre mí, tu humilde siervo. Señor, **tu ver es amar; y lo mismo que tu mirada se dirige a mí tan atentamente que nunca se separa de mí, del mismo modo también tu amor**.”¹⁵

PARA REZAR MEJOR

Hoy podemos profundizar en la importancia de la mirada para encontrar a Cristo con lo que nos aporta la experiencia de Zaqueo: *quería ver a Jesús*. La oración de contemplación es *querer ver* para poder ser vistos, para poder descubrir la mirada de Dios que se cruza con nuestra mirada y nos dispone a escuchar su palabra que nos invita a algo inesperado, tal y como le ocurre a este personaje y, entonces, cambia su vida.

1. Lee el pasaje del evangelio sin prisas, tratando de ver lo que las palabras te van describiendo. Es necesario irse parando en los verbos, en las acciones que se van sucediendo para ir fijando el texto en nuestro interior.

¹⁴ NICOLÁS DE CUSA, *La visión de Dios VI, 19*, Eunsá, Pamplona 4ª Ed.

¹⁵ NICOLÁS DE CUSA, *Op. cit.* IV, 11.

2. Trata, como Zaqueo, de ver a Jesús. Quizá seas corto de vista o de estatura, quizá muchas cosas que tienes delante te lo están impidiendo.
3. El deseo de querer ver a Cristo le lleva a encontrar los medios para que esto se convierta en realidad. Corre entre la gente, súbete a la higuera con Zaqueo, ponte en medio del camino porque tú también quieres contemplar con tu mirada al Señor.
4. Jesús pone su mirada en ti. Déjate mirar, con tus limitaciones, con tus pobrezaas. Queriendo ver a Jesús te has hecho visible para él porque ha levantado la mirada y se ha fijado en ti ¿Cómo es su mirada? ¿Hasta dónde llega dentro de ti? No te ocultes de ella, déjate mirar y permanece así, en silencio, ante los ojos del Señor. No quieras decir muchas cosas.
5. No tengas prisa, puedes permanecer en el punto anterior, pero también puedes escuchar al Señor que toma la iniciativa, que te invita a algo más que lo que tú esperabas. Su mirada y su voz siempre son sorprendentes porque toca tu historia, tu presente y tu pasado y te invita a algo nuevo e inesperado. Escucha su voz, no leas solamente y te darás cuenta que te está hablando a ti. Quiere entrar en tu casa para que te alcance su salvación.

LA ORACIÓN DE CONTEMPLACIÓN III: La escucha y la transformación del deseo

Evangelio según San Lucas 7, 36-50

En aquel tiempo, un fariseo rogaba a Jesús que fuera a comer con él. Jesús, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. Y una mujer de la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino con un frasco de perfume, y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con sus lágrimas, se los enjugaba con sus cabellos, los cubría de besos y se los ungía con el perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado, se dijo:

—Si éste fuera profeta, sabría quién es esta mujer que lo está tocando y lo que es: una pecadora.

Jesús tomó la palabra y le dijo:

—Simón, tengo algo que decirte.

El respondió:

—Dímelo, maestro.

Jesús le dijo:

—Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de los dos lo amará más?

Simón contestó:

—Supongo que aquel a quien le perdonó más.

Jesús le dijo:

—Has juzgado rectamente.

Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón:

—¿Ves a esta mujer? Cuando yo entré en tu casa, no me pusiste agua para los pies; ella en cambio me ha lavado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con su pelo. Tú no me besaste; ella en cambio, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con ungüento; ella en cambio me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo, sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor: pero al que poco se le perdona, poco ama.

Y a ella le dijo:

—Tus pecados están perdonados.

Los demás convidados empezaron a decir entre sí:

—¿Quién es éste, que hasta perdona pecados?

Pero Jesús dijo a la mujer:

—Tu fe te ha salvado, vete en paz

Cuando se ha encontrado a Dios, uno deja de buscarse a sí mismo y busca, con un mayor deseo, a aquel del que ha gustado con una sed nueva y que nunca termina de saciarse; cada vez que es conocido algo nuevo de él lleva a buscarle con un mayor empeño que sólo él puede suscitar y satisfacer. Es el deseo de Dios que transforma, encauza y orienta el resto de los deseos, incluso los más desordenados que puede haber en la persona. Si Dios irrumpe en la escena de nuestra oración a través de lo que vemos, oímos y tocamos, ya no somos nosotros mismos sino que él afecta nuestro interior superando el propio pensamiento y sentimientos en los que solemos permanecer atrapados. **En muchas ocasiones, sólo nos oímos a nosotros mismos. Hay que escuchar algo más; Dios tiene algo que decir**, su palabra tiene más fuerza que la nuestra y manifiesta la verdad; sin ella quedamos encerrados en nuestra propia percepción, con frecuencia llena de subjetividad.

No es nuestra capacidad de meditación, sino su propio ser el que habla y actúa en medio de la oración. Podemos percibir, como Pedro en la Transfiguración, la plenitud que produce el estar junto a Dios y decir: *¡Qué bien se está aquí!* En la misma dirección apunta el Salmo 72, cuando el salmista discurre sobre la vida de los malvados que pueden disfrutar de todo sin que nada les suceda mientras hacen el mal. De repente, en medio del discurso de sus pensamientos, Dios aparece descubriéndole el verdadero destino de ellos y le suscita un deseo desconocido de estar junto al Señor:

Meditaba yo para entenderlo,
pero me resultaba muy difícil;
hasta que entré en el misterio de Dios
y comprendí el destino de ellos.
Cuando mi corazón se agriaba
y me punzaba mi interior,
yo era un necio y un ignorante,
yo era un animal ante ti.
Pero yo siempre estaré contigo,
tú agarras mi mano derecha,
me guías según tus planes
y me llevas a un destino glorioso
¿No te tengo a ti en el cielo?;
y contigo, ¿qué me importa la tierra?
Se consumen mi corazón
y mi carne por Dios, mi lote perpetuo.
Para mí lo bueno es estar junto a Dios,
hacer del Señor mi refugio,
y contar todas tus acciones en las puertas de Sión.

Con mucho trabajo podemos llegar a controlar nuestros impulsos, encauzar nuestros pensamientos –muchas veces desordenados–, incluso, poner un cierto orden en nuestra imaginación, tantas veces desbordante, pero, **¿quién puede cambiar sus deseos y sus sentimientos a base de esfuerzo o voluntad?** Podemos intentar no escucharlos, vivir como si no existiesen, pero, al final, es una tarea imposible que hace que nos sintamos impotentes frente a nosotros mismos.

¿Cómo es posible que un hombre como san Francisco de Asís a quien le producía repugnancia la sola visión de un leproso se acercara a darle un beso y pasara gran parte de su vida lavándoles y curándoles las heridas? ¿Cómo se puede explicar que un corazón como el de san Agustín, esclavizado por la sensualidad, pudiera llegar a amar a Dios tan apasionadamente y entregara su vida en servicio a los hombres? ¿Cómo una joven enferma, con grandes dificultades y oscuridades espirituales, encerrada en un pequeño convento, como santa Teresita del Niño Jesús, pudo amar a toda la Iglesia y la humanidad entera con un amor tan desbordante que la hizo afirmar *en el corazón de la Iglesia yo seré el amor*?

La contemplación de Dios y su presencia ilumina nuestro pensamiento y el momento presente; hace posible que se transforme nuestro interior, que se purifiquen nuestros deseos y podamos ser en plenitud nosotros mismos, conforme a la imagen que el Señor tiene de nosotros, devolviéndonos nuestra identidad, muchas veces deteriorada. Sólo él puede orientar la razón, los afectos y la voluntad en la misma dirección, dándonos la posibilidad de ser plenamente hombres. Leamos algo que dice Nicolás de Cusa al respecto:

“¿Y, cómo seré yo mismo, si tú, Señor, no me lo enseñas? Tú me enseñas esto: que el sentido debe obedecer a la razón y que la razón debe dominar. Por eso, cuando el sentido sirve a la razón, yo soy yo mismo. Pero la razón no es guiada más que por ti, Señor, que eres el verbo y la razón de las razones. Por eso, ahora me percató de que si escucho tu palabra, que no cesa de hablarme y brilla continuamente en mi razón, yo seré yo mismo – libre y no esclavo del pecado– y tú serás mío y me concederás ver tu rostro, y entonces seré salvo. Seas, pues, bendito, Señor, en tus dones, tú que eres el único capaz de consolar mi alma y elevarla para que obtenga la esperanza de poseerte y de gozarte como su don propio y tesoro infinito de todas las cosas deseables.”¹⁶

Sólo la presencia de Dios, el encuentro con él y su amor omnipotente –esto sucede en la contemplación–, es capaz de transformar los deseos y afectos desordenados del hombre haciendo que no repugnen a su razón ¿Cuál es el conflicto que podemos vivir habitualmente? Nos vemos abocados a todo aquello que, a través de nuestra conciencia, por el mero uso de la razón, nos puede resultar más escandaloso, siendo arrastrados por nuestros deseos. **San Agustín** en Las Confesiones narra con una gran riqueza esta experiencia humana desde su propia persona:

“De ella [mi voluntad] me había forjado una cadena que me tenía bien atado. En efecto, de la voluntad pervertida, nace la pasión; de servir a la pasión nace la costumbre y de la costumbre no combatida surge la necesidad. Con estos a modo de eslabones pequeños, íntimamente trabado entre sí –por eso la he llamado cadena- me tenía bien cogido una dura esclavitud...”

En cuanto a mi voluntad nueva... de ponerme a tu servicio y gozar de ti... aún no me sentía capaz de vencer a la primera... Este antagonismo destruía mi

¹⁶ NICOLÁS DE CUSA, *Op. cit.* VII,28.

alma.

Porque la ley del pecado es la fuerza de la costumbre que arrastra y subyuga al Espíritu, incluso contra su voluntad, en justa respuesta al hecho de caer en ella voluntariamente”¹⁷

Los deseos y los sentimientos, muchas veces conflictivos y desordenados producen una forma errónea de razonar y afectan a la voluntad que se ve impedida para unas cosas y arrastrada a otras que no quisiera. Sólo la experiencia del amor incondicional de Dios y de su misericordia transforma el deseo, estructura el pensamiento y fortalece la voluntad.

PARA REZAR MEJOR

No se trata de meditar el evangelio para tratar de sacar conclusiones, sino de hacer una oración contemplativa desde los datos que aparecen en el texto para permitir que se pueda hacer presente entre nosotros la misma experiencia que tuvo esta mujer –una pecadora pública– con Cristo.

Si en los dos días anteriores nos hemos fijado en el tacto y la mirada, hoy se trata de poder escuchar también y aplicarlo a esta escena concreta que tenemos ante nosotros. Dos personas se encuentran ante Jesús, pero sólo una de ellas –la pecadora– descubre la fuerza del perdón y la misericordia que Dios puede otorgar; el hombre que invita queda encerrado en el discurso de sus pensamientos y experiencias aprendidas sin capacidad de escuchar y esta mujer es renovada. El pecado se transforma en lágrimas, la búsqueda de perdón en amor cuando recibe lo que nadie más que Dios puede conceder: el perdón y la vida nueva, como decía a la adúltera en el cuarto evangelio: “yo tampoco te condeno, en adelante no peques más” (Jn 8, 11). Se ha producido la nueva creación, surge una persona que puede vivir *de ahora en adelante* y no atrapada en su pasado.

1. Pide el don de poder contemplar lo que sucede en esta escena del evangelio, que no seas un testigo indiferente. Suplica que se te conceda admirarte ante el poder de la misericordia de Dios que nace de la persona de Cristo.
2. Sitúate en la escena; mira y escucha a los distintos personajes, fíjate en esa mujer que se acerca a Jesús rompiendo todos los moldes: las miradas de todos en ella, el cuchicheo de la gente; probablemente el miedo y la vergüenza en su corazón, junto con la decisión de que nada la detendría.
3. Para contemplar no hay que correr sino mirar y escuchar. Como queremos sacar conclusiones rápidamente es muy difícil poder contemplar. Hacemos de la oración un trámite, pura rutina y moralismo para aprender qué

¹⁷ SAN AGUSTÍN, *Confesiones, Libro VIII, 10.12.*

tenemos que hacer. Imagina los gestos de la gente y los de Jesús, las lágrimas de la mujer. Párate en la mirada de Jesús sobre esta pecadora.

4. Acércate, ponte en medio, pregunta al Señor, háblale de lo que necesitas; sigue mirando y escucha. No tengas prisa. Si Dios lo quiere él te dirigirá por donde más necesites.
5. Al terminar la oración analiza los sentimientos que se han producido en ti, lo que has podido comprender, el deseo que se ha producido que está pidiendo la colaboración de tu voluntad, lo que has escuchado y lo que has podido decir y toma nota de ello.

LA ORACIÓN DE CONTEMPLACIÓN IV: LA REPETICIÓN

En la oración no se trata de recorrer mucho camino, sino de hacer un proceso en el que se va gustando internamente aquello que se medita o contempla al estar en la presencia de Dios; de aquí nace la importancia de la repetición, porque **nada importante se piensa una sola vez**. Al igual que una pieza musical, en la medida que se vuelve a oír se va descubriendo su belleza, la estructura interior que tiene, los sentimientos que suscita, de la misma forma, el volver sobre lo que hemos contemplado nos da un conocimiento más profundo del misterio.

Porque **el amor está unido al recuerdo** y el olvido a la falta del mismo, volver sobre algo nos ayuda a descubrir la verdad y hace ver la importancia real que damos a lo que estamos haciendo. **En la contemplación repetir es recordar pero en un nivel de mayor conocimiento interno**. Las cosas de Dios no se profundizan porque conozcamos más en horizontal sino porque **gustamos más de lo que hemos visto y oído en profundidad**. El repetir ayuda a no olvidar lo que hemos vivido interiormente, a **no pasar de largo porque ha sido paso de Dios por nuestra vida**. Es necesario conocer más internamente antes de seguir adelante, porque el volver a mirar, a escuchar lo que hemos visto y oído, el poder acercarnos de nuevo a tocar o ser tocados, nos ayuda a percibir matices más delicados e importantes que en un primer momento no habíamos percibido. Al igual que sucede al contemplar la belleza de un cuadro o al escuchar la música, o al contemplar un paisaje que, a fuerza de mirarlo, aunque sea el mismo, dependiendo de la hora en que lo miramos, podemos descubrir aspectos que antes no habíamos visto cuando lo hacemos al amanecer, al atardecer o al anochecer. Lo que observamos es lo mismo, pero no el momento del día, y gracias a ello nos damos cuenta de muchos detalles que no habíamos percibido.

Hay que volver sobre lo que se ha rezado antes, “haciendo pausa”, tal y como afirma san Ignacio, en los puntos o momentos que se ha sentido mayor consolación o desolación o un sentimiento espiritual mayor, es decir, **volverse a parar en aquello que más me ha aprovechado para volver a gustarlo y mirarlo de nuevo**: un sentimiento, una frase, una palabra, un dato de nuestra vida, algún acontecimiento. Cualquier cosa puede ser objeto de la repetición y, con ello, de profundización para descubrir aspectos que a primera vista pasaron desapercibidos, especialmente aquello a lo que nos sentimos movidos a volver aunque no sepamos muy bien por qué. Pueden ser situaciones de luz y consuelo o de oscuridad y desconsuelo, porque hay ocasiones que lo segundo puede enmascarar resistencias, aspectos que nos cuesta reconocer o mirar y que sólo el amor de Dios que vuelve a reaparecer hace posible que las durezas se ablanden, las heridas vayan sanando y las resistencias puedan ser vencidas. ¿Qué finalidad tienen estas pausas? Con respecto al sentido de las mismas, es interesante el comentario que hace Santiago Arzubialde:

“Las **pausas** tienen una doble finalidad: interiorizar **el lenguaje de Dios y discernir el significado de aquello que el hombre ha sentido y gustado internamente**. Son el modo habitual de hacer aprecio de aquello que consideramos verdaderamente importante. Y, a la vez, la creación de un

ámbito que concede prioridad a la presencia del Otro. Un lugar especialmente apto para la escucha, asimilación y relación interpersonal; para que todo quede lo más claro posible y al mismo tiempo interiorizado. La pausa **da paso reposado a la interiorización y es un modo receptivo de dialogar.**¹⁸

¿Cuántas veces nos gustaría volver a vivir lo que una vez experimentamos en un momento de oración? ¿No es verdad que tenemos impresos recuerdos de algún día, un retiro, unos ejercicios espirituales o un acontecimiento especial en el que el rostro de Dios ha brillado en nosotros de una manera especial? Sin embargo, pocas veces volvemos allí. Parece que tenemos una prisa especial por avanzar, conocer más cosas, leer otros evangelios, escuchar otras palabras... La verdad de la tradición espiritual de la Iglesia es otra bien distinta: las plegarias de la liturgia, los salmos, los tiempos litúrgicos, los vamos repitiendo una vez tras otra y siempre nos parecen nuevos porque no nos llevan a un mero saber intelectual sino a un conocimiento interno del ser y del hacer de Dios. ¿Cuántas veces escuchamos, por ejemplo, las palabras de la absolución y nos parecen siempre nuevas y maravillosas? Seguro que podemos recordar tantos otros momentos, palabras y situaciones en que decimos: “esto ha sido cierto y no podemos dudar de ello.”

Desde los Padres del Desierto a los grandes místicos, pasando por la rica experiencia de san Ignacio de Loyola, nos han enseñado la importancia de la repetición en la oración para poder ahondar el misterio siempre insondable de Dios.

No olvidemos que ya, en Dt 6, 4-9 es el mismo Yahvéh quien insiste en la necesidad de repetir y guardar las palabras que les ha revelado en el mandamiento primero de toda la Ley:

“Escucha Israel: Yahvéh nuestro Dios es el único Dios. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy. Se las repetirás a tus hijos, les hablarás de ellas tanto si estás en casa como si vas de viaje, así acostado como levantado; las atarás a tu mano como una señal, y serán como una insignia entre tus ojos; las escribirás en la jambas de tu casa y en tus puertas.”

Tenemos que renunciar a las prisas y querer hacerlo todo rápidamente, como si fuéramos a agotar el misterio trinitario pasando muy deprisa por sus múltiples aspectos. No olvidemos que la eternidad será tener todo un tiempo sin tiempo para vivirlo siempre. La contemplación hace presente en el espacio y el tiempo la eternidad, por ello, no hay que correr sino pararse y disfrutar de lo que Dios nos muestra.

¹⁸ ARZUBIALDE, SANTIAGO, *Ejercicios espirituales de san Ignacio. Historia y análisis*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1991, pg.162.

PARA REZAR MEJOR

Habría que aplicar el mismo método a los dos días de oración, para dos momentos distintos. Suele dar una cierta pereza volver sobre lo que hemos rezado, especialmente si nos ha resultado más monótono y oscuro. Hay que reponerse a este primer sentimiento, sabiendo que es el Señor quien nos aguarda donde lo habíamos encontrado antes o dónde por circunstancias diversas no habíamos sido capaces de verlo.

Conviene escoger la materia a la que vamos a volver en cada uno de los días. Lo más sencillo es fijarnos en dos de los ejercicios de oración que hemos hecho anteriormente con sus respectivos pasajes evangélicos. Esto no hay que dejarlo para el momento en que nos ponemos a orar sino que hay que llegar a la oración con esta selección ya realizada. Para ello conviene pensar qué es lo que nos ha dejado una mayor luz, consuelo interior, ánimo, crecimiento en el amor, conocimiento interno del Señor o todo lo contrario. Es necesario repasar las notas que hemos tomado, lo que hemos escrito, porque la memoria en unos días parece que se reinicia. Por eso es fundamental poder dejar alguna constancia de la oración que se va haciendo; sin ello, estos tiempos de oración sobrarán.

1. Pide la luz del Espíritu Santo para que te haga gustar más internamente del misterio que ya se ha presentado ante ti; suplica una mirada nueva y un oído nuevo para no caer en la monotonía y poderte dejar sorprender por Dios.
2. Vuelve a leer el texto del evangelio, pero especialmente aquello que se te quedó más grabado. Hazlo con “pausas”, gustando las palabras, dejando que resuenen en el interior, sin esforzarse por comprender.
3. Si te ayudó escuchar, escucha; si lo fue el mirar, mira; si fue la mirada del Señor sobre ti, no te escondas de ella. Sigue tocando a Cristo, déjate tocar por él. Te puede ayudar introducir al Padre en medio de la escena: su mirada sobre lo que sucedía, sobre su Hijo y sobre ti. Él siempre está presente en la oración.
4. Repite, poco a poco, situado en la escena las palabras que dijiste y escribiste, porque con la luz del Espíritu descubrirás en ellas un significado más profundo. Si hay resistencias sigue adelante y no te pierdas en muchos razonamientos. Dios te espera donde menos piensas.
5. Dialoga con el Padre, dialoga con el Hijo y, para terminar, vuelve a escribir algo de tu oración, de lo que has visto y oído y de lo que has sentido. Te volverá a ayudar en algún momento

CONTEMPLAR LOS MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO

Habitualmente entendemos la palabra misterio como algo que supera nuestro entendimiento, a lo que no tenemos acceso. En el diccionario de la Real Academia de la Lengua aparecen las siguientes definiciones: “cosa arcana o muy recóndita, que no se puede comprender o explicar”. “Arcano o cosa secreta en cualquier religión. En la religión cristiana, cosa inaccesible a la razón y que debe ser objeto de fe.” Todas estas concepciones tienen algo de verdad pero, la realidad está más allá de estas definiciones. La palabra “misterio”, traduce la latina “sacramentum” y la griega “μυστήριον” –que serían más bien “signo–”, de alguna forma, manifestación de un secreto escondido que no puede ser descubierto si no se es iniciado en él adecuadamente. Jesucristo explicó este misterio del Reino a través de las parábolas pero toda su vida fue Misterio de Dios. Toda su “persona divina” se manifiesta a través de su humanidad, es la Palabra a través de la cual el Padre expresa y muestra de un modo palpable la salvación. Esta humanidad ha sido el lenguaje que Dios ha querido escoger para mostrar al hombre su misterio más escondido. **En Cristo, el misterio de Dios**, lo escondido, lo inaccesible, lo secreto que trasciende a la razón humana se ha hecho cercano y razonable porque **ha irrumpido en medio de la historia** con un lenguaje humano, hecho carne y palabra que expresan lo que Dios es. **Se ha hecho captable por el ojo y el oído humano, palpable por nuestras manos tal y como afirma san Juan en su primera carta:** “Lo que existía desde un principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y lo que tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida” (1 Jn 1, 1)

En el Catecismo de la Iglesia Católica encontramos una buena descripción de lo que significan los misterios de la vida de Cristo. Continuemos leyendo unos números que nos acercarán a comprender la importancia que tiene detenernos sobre esta realidad de la vida de Cristo: lo que tiene una gran importancia teológica lo tiene para la espiritualidad y para la vida ya que, los misterios manifestados y contemplados son para entrar en comunión con ellos, para hacernos partícipes de lo que nos manifiestan.

“Los Evangelios fueron escritos por hombres que pertenecieron al grupo de los primeros que tuvieron fe (cf. Mc 1, 1; Jn 21, 24) y quisieron compartirla con otros. Habiendo conocido por la fe quién es Jesús, pudieron ver y hacer ver los rasgos de su Misterio durante toda su vida terrena. Desde los pañales de su natividad (Lc 2, 7) hasta el vinagre de su Pasión (cf. Mt 27, 48) y el sudario de su resurrección (cf. Jn 20, 7), todo en la vida de Jesús es signo de su Misterio. A través de sus gestos, sus milagros y sus palabras, se ha revelado que “en él reside toda la plenitud de la Divinidad corporalmente” (Col 2, 9). Su humanidad aparece así como el “sacramento”, es decir, el signo y el instrumento de su divinidad y de la salvación que trae consigo: lo que había de visible en su vida terrena conduce al misterio invisible de su filiación divina y de su misión redentora.

Los rasgos comunes en los Misterios de Jesús

Toda la vida de Cristo es Revelación del Padre: sus palabras y sus obras, sus silencios y sus sufrimientos, su manera de ser y de hablar. Jesús puede decir: "Quien me ve a mí, ve al Padre" (Jn 14, 9), y el Padre: "Este es mi Hijo amado; escuchadle" (Lc 9, 35). Nuestro Señor, al haberse hecho para cumplir la voluntad del Padre (cf. Hb 10,5-7), nos "manifestó el amor que nos tiene" (1 Jn 4,9) con los menores rasgos de sus misterios.

Toda la vida de Cristo es Misterio de Redención. La Redención nos viene ante todo por la sangre de la cruz (cf. Ef 1, 7; Col 1, 13-14; 1 P 1, 18-19), pero este misterio está actuando en toda la vida de Cristo: ya en su Encarnación porque haciéndose pobre nos enriquece con su pobreza (cf. 2 Co 8, 9); en su vida oculta donde repara nuestra insumisión mediante su sometimiento (cf. Lc 2, 51); en su palabra que purifica a sus oyentes (cf. Jn 15,3); en sus curaciones y en sus exorcismos, por las cuales "él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades" (Mt 8, 17; cf. Is 53, 4); en su Resurrección, por medio de la cual nos justifica (cf. Rm 4, 25).

Toda la vida de Cristo es Misterio de Recapitulación. Todo lo que Jesús hizo, dijo y sufrió, tuvo como finalidad restablecer al hombre caído en su vocación primera:

Cuando se encarnó y se hizo hombre, recapituló en sí mismo la larga historia de la humanidad procurándonos en su propia historia la salvación de todos, de suerte que lo que perdimos en Adán, es decir, el ser imagen y semejanza de Dios, lo recuperamos en Cristo Jesús (S. Ireneo, haer. 3, 18, 1). Por lo demás, esta es la razón por la cual Cristo ha vivido todas las edades de la vida humana, devolviendo así a todos los hombres la comunión con Dios (ibid. 3,18,7; cf. 2, 22, 4).

Nuestra comunión en los Misterios de Jesús

Toda la riqueza de Cristo "es para todo hombre y constituye el bien de cada uno" (RH 11). Cristo no vivió su vida para sí mismo, sino para nosotros, desde su Encarnación "por nosotros los hombres y por nuestra salvación" hasta su muerte "por nuestros pecados" (1 Co 15, 3) y en su Resurrección para nuestra justificación (Rom 4,25). Todavía ahora, es "nuestro abogado cerca del Padre" (1 Jn 2, 1), "estando siempre vivo para interceder en nuestro favor" (Hb 7, 25). Con todo lo que vivió y sufrió por nosotros de una vez por todas, permanece presente para siempre "ante el acatamiento de Dios en favor nuestro" (Hb 9, 24).

Toda su vida, Jesús se muestra como nuestro modelo (cf. Rm 15,5; Flp 2, 5): él es el "hombre perfecto" (GS 38) que nos invita a ser sus discípulos y a seguirle: con su anonadamiento, nos ha dado un ejemplo que imitar (cf. Jn 13, 15); con su oración atrae a la oración (cf. Lc 11, 1); con su pobreza, llama a aceptar libremente la privación y las persecuciones (cf. Mt 5, 11-12).

Todo lo que Cristo vivió hace que podamos vivirlo en Él y que Él lo

viva en nosotros. "El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre"(GS 22, 2). Estamos llamados a no ser más que una sola cosa con él; nos hace comulgar en cuanto miembros de su Cuerpo en lo que él vivió en su carne por nosotros y como modelo nuestro:

Debemos continuar y cumplir en nosotros los estados y Misterios de Jesús, y pedirle con frecuencia que los realice y lleve a plenitud en nosotros y en toda su Iglesia ... Porque el Hijo de Dios tiene el designio de hacer participar y de extender y continuar sus Misterios en nosotros y en toda su Iglesia por las gracias que él quiere comunicarnos y por los efectos que quiere obrar en nosotros gracias a estos Misterios. Y por este medio quiere cumplirlos en nosotros (S. Juan Eudes, regn.)”¹⁹

¿Qué quiere decir todo esto? ¿Por qué orar precisamente desde los misterios de la vida de Cristo en este momento de la formación? ¿Por qué hacerlo de una manera contemplativa? Son muchas las preguntas que se nos pueden ocurrir, pero, a poco que nos paremos a pensar, nos daremos cuenta la oportunidad tan grande que se abre ante nosotros. **Contemplar a Jesús es poner en el centro de nuestros sentidos, nuestra razón y nuestros afectos la persona de Cristo que nos manifiesta el misterio de Dios a través de su carne**, de su humanidad, de sus gestos y sus palabras, más allá de toda especulación, moralismo, tomas de decisiones u órdenes que nos damos con frecuencia. Es permitir que sea este misterio el que se exprese por sí mismo y se haga disponible a nosotros para dejarnos de mirar continuamente y parar de dar vueltas a nuestras cualidades, defectos, capacidades o incapacidades, pecados o virtudes deseables.

Cuando nos miramos en exceso a nosotros mismos terminamos siendo miopes sin posibilidad de graduación. No vemos más que lo que tenemos delante de nosotros: nuestra propia persona, muchas veces deformada por falta de contexto. Mirar a Cristo y su Misterio, la manifestación del amor de Dios permite que adquiramos de nuevo el centro en nuestro verdadero ser. Sólo sabemos realmente quienes somos cuando nos ponemos delante del Misterio de Dios manifestado en Jesucristo a través de su humanidad y sus palabras que se hace presente en nuestro aquí y ahora a través de la contemplación.

Vamos a leer a continuación un texto del P. Arzubialde —en su obra citada anteriormente— que nos permiten poder profundizar un poco más en esto que estamos desarrollando estos días: la contemplación, pero desde la centralidad de los misterios de la vida de Cristo. Aunque sea un poco largo, es la mejor explicación sobre el significado de esta tarea que queremos realizar:

La contemplación de la humanidad de Jesús es esencialmente una operación gratuita. No sólo por ser un regalo, sino porque cae fuera de las categorías de la «utilidad», que son el motor de otras actividades humanas. Su eficacia es de otro orden. Es proporcional a la capacidad humana para aceptar la dimensión de misterio de Jesús, su Verdad. Contagia y configura. Su dinamicidad deriva de las personas y situaciones de la «historia de la salvación»; y de su referencia al que contempla, ya que afectan directamente a los sentimientos más básicos y

¹⁹ CEC 515-521.

primarios de su personalidad. Entonces pone de manifiesto su enorme dinamicidad. Opera por impresión afectiva o connaturalidad.

«Como la meditación se parece al razonamiento del hombre de negocios que reflexiona sobre sus asuntos, con la cual se acerca a Dios; así la contemplación se parece a las imágenes, sensaciones y sentimientos (vivencias) que conservamos en el inconsciente de la infancia. Constituyen nuestra identidad»

Dos ejemplos sencillos ilustrarán lo que acabamos de decir. «Si un hombre de negocios contempla un paisaje no ingenia negocios, ni decide invertir. Simplemente capta la paz y armonía de lo que ve. Luego actuará en sus negocios con esa paz y desde esa armonía, sin saberlo»

«No siempre es visión estática, sino dramática; presente y en que estoy yo inmerso».

Cuando una persona, de repente, se topa con un accidente de carretera, lo primero que se produce en él es sobrecogimiento. El viajero deja automáticamente de ser un espectador para estar metido dentro, totalmente inmerso e identificado con los personajes de la escena que de improviso encontró. Hay silencio total de todo lo que hasta ese momento ocupaba su conciencia. Aparecen imágenes tan vivas que se le graban, diríamos, para siempre. Hay cercanía e identificación no pretendida con las personas afectadas. Desaparecen por completo las distancias y tiene lugar un conocimiento inmediato y evidente de la persona herida, por la comunión de sentimientos, semejante al del amor. Sin pretenderlo, el hombre se encuentra metido en la situación de aquella persona o personas. E incluso, alejado del lugar, no puede dejar de recordar lo que vivió. Porque sus sentimientos y todo su ser quedaron afectados por aquel acontecimiento y los demás elementos que componían la situación.

Quedan siempre las personas, los sentimientos, la «vivencia», que se va haciendo cada vez más densa, unitaria y configuradora. Se convierte en la certeza experiencial, grabada en el ser, de que uno estuvo allí, junto a aquellas personas, afectado por su situación, sacudido en todo su ser, en cuanto al «sentido» último que tiene «el vivir».

Lo mismo ocurre en la contemplación de la humanidad de Jesús. «Se contemplan misterios de la vida de Cristo («el Misterio»), y eso contagia y configura interiormente al hombre, que luego actuará desde ese misterio de amor». En cada uno de ellos aparece el lenguaje de Dios dirigido al hombre. Aparece su persona, su humanidad. Y poco a poco el que contempla queda asombrado y afectado por la divinidad, manifestada en la sensible humanidad. Su humanidad va ocupando el centro de la contemplación. Los detalles a veces son importantes, y otras son simplemente apoyaturas, relativas y funcionales, de las que uno se encuentra simplemente prendido para ponerse a sí mismo viendo, para hacerse presente y poder entrar en comunión con el misterio sensible de Dios. Queda lo esencial: los sentimientos de Jesús, su situación física o moral, el sentido de su vida como palabra de Dios. Otras veces, por ejemplo, el caso de la bofetada que da el siervo a Jesús en el evangelio de Juan (Jn 18,22) o la flagelación, a la que Marcos alude en 15,15, sin tan siquiera describir los detalles, por su densidad, adquieren una fuerza evocadora tal que golpean incluso físicamente a la persona que contempla, haciendo que no lo pueda

olvidar.

«No se pretende sólo reproducir arqueológicamente la escena. Un carpintero o un pescador podría ser un cualquiera. La escena, en cambio, está cargada de sentido: el carpintero es Jesús, el pescador es Pedro». ¡Quien está ahí es Jesús, mi Dios! Lo que ocurre tiene «sentido», acontece por mí. El Padre me muestra de este modo su amor.

Hay que ver las personas, oír lo que dicen, oler, tocar y palpar las realidades concretas, percibir sus sentimientos... fundirse con todo el ser en aquello que envuelve a Jesús.

Y, por otra parte, «el que contempla tampoco es un hombre abstracto. Soy yo, cargado también con mi historia, mis circunstancias y mi problemática». Soy yo con mi realidad y mi situación actual.

«La contemplación pone juntas esas dos cosas, al hombre y al misterio, prolongadamente, para que haya interacción (sintonía-connaturalidad) y asimilación de la una por la otra»; hasta que el hombre, sobrecogido por el misterio, caiga en adoración; hasta que tenga lugar, en fin, la connaturalidad del amor de Jesús al hombre y éste se entregue sin reservas al misterio de Aquel a través de su humanidad.

De este modo, sin censuras ni inhibiciones, el hombre se deja libremente afectar por la Palabra de Dios. El misterio de Cristo «acontece» entonces en la contemplación. Se hace presente aquí y ahora para mi bien. Por ello también a mí me es posible hacerme presente a ese acontecimiento de salvación. Porque la humanidad de Jesús es el lenguaje, perpetuamente actual, que Dios ha elegido para hablarle al hombre de su amor, y el modo de hacerse presente y comprometer su Vida con el devenir de la historia de la humanidad. Lenguaje concreto, tejido de realidad palpable, que tiene un nombre y se llama Jesús. De este modo, Dios mismo se entrega y crea los vínculos, sensiblemente humanos, de la comunión; aquellos que el hombre comprende de modo espontáneo y natural.

«La contemplación no habla al hombre por conceptos, sino por connaturalidad, como la gota de agua que cae sobre la esponja o sobre la piedra. A veces cambia al hombre sin que él mismo lo advierta». Otras censura, reprende e interpela en la realidad más honda de su ser, sin reflexión temática alguna particular o sobre lo que aconteció. Pero siempre impacta, configura, y compromete. Posee el mismo poder del misterio, porque alcanza y transforma el ser del hombre al «modo humano» de Dios. Dios Padre actúa y me habla así ahora para mi bien en el misterio de Jesús. De ahí que la contemplación sea fecunda no por sus resoluciones o propósitos, sino porque ella misma cambió el ser del que se ejercita, juntamente con el sentido de su vida y finalidad. Sus efectos duran en el tiempo. Es algo de lo que uno no se puede fácilmente olvidar porque se desvanece lentamente y queda impreso en el ser.

Ahora bien, «a la contemplación no se la puede forzar, sino dejarse llevar, interpelar, reprender, animar», conducir y guiar. No se la puede conducir».

Este es el presupuesto esencial de este diálogo de amor: que Dios es libre para decirme lo que quiera. Y yo no puedo forzar la contemplación para obligarle a Dios a que me diga lo que yo deseo. Pues él «no habla jamás por medio de ideas abstractas y universales, sino individuales y concretas, para mí aquí y ahora».

Por eso es preciso sobre todo escuchar y callar. Cuando el lenguaje, propio del misterio, se dirige al hombre, siempre le dice que le ama. Entonces la contemplación es un verdadero diálogo y encuentro interpersonal.

Conviene prestar atención a los sedimentos que dejó la contemplación. Las cosas que producen alegría, gozo, y paz son señal inequívoca de Dios. Y, por el contrario, cuando las cosas que acaban en alguna cosa mala o distractiva, o menos buena, o enflaquecen, conturban al alma y le quitan la paz y quietud que antes tenía, evidente señal del mal espíritu, y signo de que, por alguna razón, el hombre se halla en desolación.

Podríamos resumir este modo de oración diciendo que la contemplación de los misterios de la vida de Jesús es un diálogo por el que el hombre recibe el conocimiento interno de Jesús y, en el Espíritu, conoce al Padre y su amor. Es la oración trinitaria «en Cristo» por antonomasia, que tiene su fundamento en la Palabra de Dios.²⁰

Esta es la gran aventura en la que nos vamos a ir sumergiendo a lo largo de este curso y, como toda aventura, no dejará de estar sometida a dificultades, momentos de monotonía y, por ser profundamente “espiritual”, es decir, obra del Espíritu en nosotros, tendrá oscuridades y nos daremos cuenta que es algo de lo que no disponemos nunca, que nunca controlamos y por la cual tampoco recibiremos una titulación que nos declare expertos. Por mucho que lo hagamos siempre será algo nuevo que nos irá sumergiendo en el inagotable misterio del Dios Trino que se nos revela en cada uno de estos misterios de la vida de Cristo que iremos contemplando. Puede resultar pretencioso decir que en uno solo de ellos tenemos acceso al ser de Dios, pero es así, debido a que el Espíritu Santo lo hace posible y nos conduce a un conocimiento mayor del Padre y del Hijo, a que el Padre nos conduzca a su Hijo y que el Hijo nos revele al Padre. No somos nosotros sino él Misterio del Dios Trino actuando en nosotros.

No se trata de querer llevar las riendas sino dejarse conducir a un lugar que no terminamos de conocer pero que necesitamos conocer internamente más cada día. No podemos vivir más que desde Cristo, con Cristo y por Cristo: es el fundamento, resumen y meta de nuestra vida cristiana y de nuestra vocación, Es al mismo tiempo la mejor ayuda para prepararnos y profundizar en la vida de la Eucaristía que celebramos cada día y del sacramento de la Penitencia que actualiza el perdón. Sí, cada vez que los celebramos se hace verdad de una manera eficaz lo que hemos contemplado: el Misterio deja de afectarnos estando ante nosotros, sino en nosotros, en nuestro interior: el Cristo contemplado se hace alimento, su persona y palabra de misericordia se hace verdad para mí, más allá de mi propia sensibilidad que puede estar sometida a fluctuaciones.

²⁰ ARZUBIALDE, SANTIAGO *Op. cit.*, pp. 273-278.

I PARTE: LOS MISTERIOS DEL NACIMIENTO Y DE LA INFANCIA

LA ENCARNACIÓN I

Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo Único para que todo el que cree no perezca, sino que tenga vida eterna (*Jn 3, 16*)

No hay mejores palabras que estas para comenzar a contemplar los misterios de la vida de Cristo. Son estas palabras del cuarto evangelio las que iremos descubriendo hasta donde se han hecho realidad en cada escena que iremos interiorizando a lo largo de este año. Bien podríamos comprender este versículo desde el momento mismo de la encarnación del Hijo Eterno del Padre en las entrañas de María; es un instante que tiene su lugar en la historia de la humanidad, pero, desde el designio eterno de Dios forma parte de ese *tanto amó* que describe san Juan. Desde la eternidad Dios se hace historia y se adentra en esa misma historia de los hombres: el Verbo Eterno del Padre se hace carne no para responder a una necesidad en Dios sino a la de los hombres. ¿Podría haber sido de otra manera? ¿Podría haberse realizado la redención en otra forma? ¿Se podría haber hecho presente ese amor por otro camino? San Agustín responde en parte esta pregunta:

“Dirá alguien: quiso ser hombre; fuéralo, pero sin nacer de mujer. Al primer hombre que creó, no lo hizo de mujer. Mira cómo se responde a esto. Tú dices: ¿Por qué eligió nacer de mujer? Se te responde: ¿Por qué iba a rehusar nacer de mujer? [...] pero al nacer de mujer quiso manifestarnos algún gran misterio.”²¹

En este gran misterio que afirma el obispo de Hipona es en el que nos trataremos de ir sumergiendo a través de la contemplación. No partiremos de posibilidades sino de realidades, de lo que ya se ha realizado: Dios se encarnó y lo hace por un designio de amor que, al contemplar la historia de los hombres, decide unirla a sí de una manera definitiva manifestando la plenitud del amor y dando al hombre una dignidad que nunca hubiera sospechado.

Antes de entrar en el relato de la Encarnación tal y como lo narra san Lucas es necesario detenernos en la historia de una manera semejante a como sugiere san Ignacio en la contemplación de este misterio. **¿Cuál es por tanto el objeto de la contemplación? Dios mismo contemplando la historia**, viendo a los hombres, el devenir de la humanidad y su promesa de fidelidad manifestada a Israel.

No es una historia abstracta sino que está tejida por múltiples personas y acontecimientos, momentos de gracia y de pecado. Un designio eterno y, al mismo

²¹ SAN AGUSTÍN, *Sermón 51, 4, sobre la genealogía de Cristo según Mateo y Lucas*, OC X.

tiempo, una mirada a través de la cual la eternidad de Dios penetra en la historia. Necesidad del hombre y designio inescrutable de Dios para salvar y dar al hombre su verdadera dignidad.

Podríamos realizar mucha discusión teológica entre oriente y occidente, alejandrinos y antioquenos, pero no es el momento. El dato que queremos poner ante nuestra mirada es lo que el mismo evangelio dice, la realidad vista de Dios: *tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo Único para que todo el crea en él no perezca sino que tenga vida eterna*. No necesitamos discutir sobre todo el alcance de la encarnación, ni su sentido, ni cómo podría haber sido, sino en ese amor eterno del Padre que le lleva –dicho desde la dimensión temporal del hombre– a “tomar la decisión” de enviarlo a los hombres hecho carne, abandonando la gloria que le correspondía desde toda la eternidad otorgándonos su hermosura, cargando él con toda nuestra fealdad que el pecado había producido. Escuchemos esta idea a **san Juan de Ávila**:

“Y por esto convino que este hermoso, por quien fuimos hechos cuando no éramos, viniese a repararnos después de perdidos; y, vistiéndose de carne, tomase en ella la semejanza de nuestra fealdad, y diese en nuestras ánimas la lindeza de su hermosura. Y aunque el ser nosotros castigados, ni halagados, no nos podía quitar nuestra mancha, fue de tanto valor el ser castigado el hermoso, que, cayendo sobre sus hombros el recio salitre de su pasión, cayó sobre nosotros el blando jabón de su blancura. Y aunque Dios dice al pecador: *Aunque te laves con salitre y yerba de jabón, no será limpio (Jer 2, 22)*; mas, dando a entender que había de enviar remedio para esta mancha, dice en otra aparte: *Si fueren vuestros pecados como grana, serán blanqueados como la nieve; y si fueren bermejos como sangre, con que tiñen carmesí, serán blancos como la lana blanca (Is 1, 18)*.”²²

Todo ello por amor, un amor que redime y, al mismo tiempo eleva. Pero no sólo es decisión del Padre sino del Hijo que acepta en obediencia respondiendo con su amor al de su Padre por toda la humanidad. Por una parte, Dios no quiere que nadie perezca, por otra, quiere comunicarnos la vida eterna. Son dos aspectos que nos sitúan no sólo en el orden de la redención sino en el de la gracia sobrenatural que nos comunica la misma vida de Dios.

Se trata de mirar el amor en esta decisión: **poder mirar con la mirada del Padre y del Hijo la historia del hombre** marcada por el pecado, la finitud y la muerte de la cual el hombre no puede salir por sí solo. Dios sale de sí mismo para adentrarse en esa historia marcada por el mal y poder imprimir en ella la impronta de su gloria.

¿Qué sentimos nosotros al mirar la historia de los hombres? Ciertamente no tenemos acceso a su conjunto, conocemos una parte a través de lo que los historiadores nos han narrado, de los documentos que han quedado como testigos de diferentes momentos. En lo más cercano a nosotros a veces nos cuesta descubrir toda su verdad porque siempre lo observamos desde nuestra subjetividad. Sin duda en muchas ocasiones nos admiramos por lo que los hombres hemos ido consiguiendo, otras nos horrorizamos ante la fuerza del mal. Es fácil juzgar,

²² SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi filia*, 108, 3, Obras Completas I, BAC, Madrid, 2000.

condenar y sentenciar. Lo hacemos habitualmente y, muchas veces no somos capaces de hacer algo diferente.

Al contemplar la historia descubrimos nuestros propios límites en el “hasta dónde” estaríamos dispuestos a hacer, a complicarnos la existencia. Por todo ello, la contemplación de hoy trata de ayudarnos a entrar en la mirada de Dios sobre la historia de todos y cada uno de los hombres, sus éxitos, fracasos, pecados y muerte. Él si conoce todo al detalle y no queda indiferente en el acontecimiento de la encarnación. Podríamos decir que la Trinidad *se complicó la vida* y lo hizo por amor, que asumió lo que no era para hacernos partícipes de lo que era en la Segunda Persona.

El objeto de nuestra oración es poder penetrar en esa mirada amorosa de Dios, en su designio de misericordia ante la vida de los hombres que, en un uso erróneo de la libertad estaban abocados a la muerte para siempre. Puede que nos resulte algo más costoso porque no lo haremos desde un relato bíblico directamente porque nadie ha podido penetrar y relatar esto que, desde Dios, forma parte de la eternidad y, desde el hombre, es un momento concreto. Podríamos decir con san Pablo *¿Quién conoció la mente del Señor?* pero, al mismo tiempo, se pone ante nosotros a través de la contemplación poder penetrar ese momento que manifiesta el amor de Dios para que pueda transformar nuestra manera de mirar el mundo, a los hombres y a nosotros mismos. Es posible, como dice también el apóstol, porque *nosotros tenemos la mente de Cristo* (1 Co 2, 16).

PARA REZAR MEJOR

1. Conviene que vayamos adquiriendo la costumbre de comenzar siempre a orar y a contemplar pidiendo a Dios que nos conceda poder hacer aquello que deseamos: al Padre que nos haga descubrir su mirada de amor sobre la historia de los hombres; al Hijo que nos manifieste su obediencia y su amor al Padre que acepta y decide asumir en sí la naturaleza humana; al Espíritu para que nos ayude a poder penetrar en lo que escapa a nuestras posibilidades humanas. Así iremos haciendo silencio y entrando en los preámbulos de la contemplación.
2. Mira la historia, con tu propia mirada, con tus juicios, con tus parámetros y maneras de hacer para cambiar las cosas. Puedes escoger personas, acontecimientos, momentos concretos cercanos o más lejanos. No hace falta poner ejemplos porque la historia es suficientemente larga y algo de memoria e imaginación tenemos.
3. Dios mira esa misma historia pero lo hace de una manera diferente. Trata de imaginar al Padre mirando esos momentos, al Hijo mirando al Padre y volviendo sus ojos a todas esas personas y circunstancias. No quieras discurrir mucho ni tratar de hacer grandes discursos, simplemente observa.
4. Te puedes acercar al Padre y al Hijo y entrar en diálogo con ellos para que te

puedan descubrir lo que significan esas palabras de san Juan: *tanto amó Dios al mundo...* Puedes pedir que te expliquen qué es y cómo es ese amor. Hablar de tu manera de mirar y de juzgar, de lo fácil que resulta hacer hipótesis sobre soluciones sin implicar tu persona y... todo lo que te salga más del corazón que de los razonamientos.

5. Repite las palabras del evangelista contemplando al Padre y al Hijo que miran la historia de los hombres en la que tú te encuentras inmerso. No corras, no quieras pasar de largo, porque si él quiere se te podrá revelar el Misterio, sino aguarda, espera y suplica.
6. Escribe, al final, tu oración, tu diálogo con cada una de las tres personas desde una actitud sencilla de quien suplica penetrar en este misterio de amor para transformar su propio corazón.

LA ENCARNACIÓN II

Jeremías 31, 1-7

En aquel tiempo –oráculo del Señor–,
 seré el Dios de todas las tribus de Israel,
 y ellas serán mi pueblo.
 Así dice el Señor:
 –Halló gracia en el desierto
 el pueblo escapado de la espada;
 camina Israel a su descanso,
 el Señor se le apareció de lejos.
 Con amor eterno te amé,
 por eso prolongué mi misericordia.
 Todavía te construiré, y serás reconstruida,
 Doncella de Israel;
 todavía te adornarás y saldrás
 con panderos a bailar en corros;
 todavía plantarás viñas en los montes de Samaría,
 y los que plantan cosecharán.
 «Es de día» gritarán los centinelas
 en la montaña de Efraín:
 Levantaos y marchemos a Sión,
 al Señor nuestro Dios.
 Porque así dice el Señor:
 –Gritad de alegría por Jacob,
 regocijaos por el amor de los pueblos;
 proclamad, alabad y decid:
 El Señor ha salvado a su pueblo,
 al resto de Israel.

Ayer se ponía ante nosotros la mirada de Dios sobre la historia de la humanidad para poder sumergirnos en el acto de amor que le lleva a realizar aquello que profesamos en el Credo: “por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre”. Salir de sí mismo para entrar en la historia, someterse a todo lo que constituye la fragilidad humana, para que, uniéndola a su persona, le dé una nueva dignidad.

Hoy volvemos a ese mismo punto, pero tratándolo de personalizar: no es ya por todos los hombres, por la historia de la humanidad completa, sino *por mí*. No

siempre tenemos tiempo para entrar en la mirada de Dios -Padre, Hijo y Espíritu Santo- que contempla “mi” propia historia. **No es pedirle a Dios que se fije en mi vida y mi recorrido, sino poder descubrir que lo está contemplando** y que, en su decisión de encarnarse, su mirada también se ha posado sobre mí.

Ante la mirada de los otros y la nuestra propia, que juzga parcialmente, que nunca conoce la totalidad al ser una mirada estrecha y limitada, todo puede quedar deformado. En no pocas ocasiones, la imposibilidad de salir de ella va fijando un concepto sobre nosotros mismos que nos instala en la falta de valoración personal, en la autolamentación o en el miedo. Basta con que nos demos cuenta de lo que miramos de nosotros mismos y lo que nos decimos en múltiples ocasiones.

La mirada de Dios es la única que puede devolvernos al ser, más aún, restaurar todo lo que está caído y derrumbado para descubriarnos de una manera nueva. Si recordamos a Nicolás de Cusa al decirnos que la mirada de Dios es su amor, no podemos hacer más que poner toda nuestra historia y nuestra vida ante ella, mejor dicho, que todo lo nuestro, lo que observan los demás y juzgo yo mismo es mirado por el Señor aunque no nos demos cuenta de ello. Podemos decir con toda verdad: **nada de mi vida y de mi historia le es ajeno a Dios**, nada escapa del amor del Padre ni de la entrega del Hijo, nada hay que no sea vivificado por la presencia del Espíritu Santo.

No se trata de contarle a Dios mi vida, mis logros, mis fracasos, mis miserias y mis pecados más ocultos. Seguro que lo hemos hecho en muchas ocasiones. Hay que dar un paso más, quizá diferente: darnos cuenta que hay una mirada amorosa, llena de misericordia que no es ajena a nada de nuestra existencia, que acompaña todo lo que somos y lo que hacemos; allí estaba Dios desde la eternidad, entrando en mi historia personal para decirme: **“por ti mi Hijo se va a hacer hombre; por ti quiero asumir todo lo tuyo y hacerlo mío para poder darte lo que yo soy.”**

Entrar en la mirada de Dios, o dicho de otra manera, **mirar mi vida a través de los ojos del Padre y del Verbo Eterno** para poder darnos cuenta de quienes somos nosotros para Dios y encontrar quien es él para nosotros. No pretende salvarnos sino ser nuestra salvación manifestándonos su rostro velado desde el comienzo para los hombres **¿Descansa nuestra vida y nuestro corazón en la mirada de Dios?** De eso se trata. Así de simple. **San Agustín** se pregunta por ese descanso que solo puede encontrar en Dios, por el amor que le debe y por la necesidad de salvación que experimenta. Podemos leer este texto **como una oración que nos ayude a ponernos delante de la mirada de Dios desde nosotros mismos:**

“¿Quién me concederá descansar en ti? ¿Quién me concederá que, vengas a mi corazón y le embriagues, para que olvide mis maldades y me abrace contigo, único bien mío? ¿Qué es lo que eres para mí? Apíadate de mí para que te lo pueda decir. ¿Y qué soy yo para ti, para que me mandes que te ame y si no lo hago te aires contra mí y me amenaces con ingentes miserias? ¿Acaso es ya pequeña la misma miseria de no amarte? ¡Ay de mí! Dime, por tus misericordias, Señor y Dios mío, qué eres para mí. Di a mi alma: «Yo soy tu salvación». Que yo corra tras esta voz y te dé alcance. No quieras esconderme tu rostro. Muera yo para que no muera y para que lo vea. Angosta es la casa de mi alma para que vengas a ella: sea ensanchada por ti. Ruinosa está: repárala. Hay en ella cosas que ofenden tus ojos: lo confieso y

lo sé; pero ¿quién la limpiará o a quién otro clamaré fuera de ti: De los pecados ocultos líbrame, Señor, y de los ajenos perdona a tu siervo? Creo, por eso hablo. Tú lo sabes, Señor. ¿Acaso no he confesado ante ti mis delitos contra mí, ¡oh Dios mío!, y tú has remitido la impiedad de mi corazón? No quiero contender en juicio contigo, que eres la Verdad, y no quiero engañarme a mí mismo, para que no se engañe a sí misma mi iniquidad. No quiero contender en juicio contigo, porque si miras a las iniquidades, Señor, ¿quién, Señor, subsistirá?”²³

El texto del profeta Jeremías nos ayuda a contemplar esa mirada de Dios sobre nuestra vida. Puesto que la palabra de Dios es eterna es siempre actual: lo que dicho una vez lo ha dicho para siempre y se puede afirmar como verdadero en cualquier momento ¿Cómo miramos nuestra propia vida y nuestra propia historia? Podemos contrastar lo que nosotros decimos con lo que el Señor dice cuando contempla nuestra historia.

PARA REZAR MEJOR

Dios toma la palabra para dirigirse a la ciudad de Jerusalén cuando contempla su destrucción. Es la historia de un pueblo, de una ciudad que por su propia infidelidad ha perdido lo que es y lo que tiene, que no puede construirse a sí misma, sus habitantes han perdido la fuerza y la esperanza pero el Señor tiene algo que decir cuando la contempla ¿Podríamos aplicar estas palabras a nuestra historia y nuestra vida? ¿No ese es *amor eterno* el mismo *tanto amó Dios al mundo* que ayer podíamos escuchar en san Juan? Dios reconstruye la vida de los hombres y tu propia vida al darnos una dignidad nueva por medio de la encarnación. Así, de una forma contemplativa, sugiero la oración de esta mañana.

1. Comienza orando al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Toma tiempo, no tengas prisa porque lo que quieres hacer es don de Dios y no obra tuya. Pide luz para ver tu historia con su propia mirada.
2. ¿Qué ves de tu vida y de tu historia? ¿Cómo te miras a ti mismo? ¿Qué aspectos te cuesta traer a tu presente? Trata de ponerlos por orden o, simplemente, fíjate en alguno de ellos ¿Qué sentimientos te producen?
3. No te quedes ahí porque esa es tu mirada estrecha, es necesario que ahora te vuelvas a situar ante la mirada de Dios Trino: todo eso que tú ves el Padre lo mira de una manera distinta y dice: *con amor eterno te amé, por eso prolongué mi misericordia, todavía te reconstruiré y serás construida*. Esa misericordia es su Hijo que quiere ser constructor utilizando como material tu propia humanidad para que puedas brillar con un esplendor nuevo.

²³ SAN AGUSTÍN, *Confesiones, Libro I, 5-7*.

4. Mira al Padre que mira a su Hijo y te mira a ti. Mira al Hijo que por ti se va a hacer hombre. Puedes decir que es “por mí y por mi salvación”, para que no esté perdido, para que pueda ser reconstruido y quede plasmada en mí la imagen del Verbo.
5. No estás solo en tu historia: Dios quiere entrar en ella, tomando tu propia carne. Acércate y, mirando, dialoga con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu, pero, sobre todo, escucha.

LA ENCARNACIÓN III

Evangelio según san Lucas 1, 26-38

A los seis meses, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María.

El ángel, entrando en su presencia, dijo:

—«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo; bendita tú eres entre las mujeres.»

Ella se turbó ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél.

El ángel le dijo:

—«No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.»

Y María dijo al ángel:

—«¿Cómo será eso, pues no conozco a varón?»

El ángel le contestó:

—«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios.

Ahí tienes a tu pariente Isabel, que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible.»

María contestó:

—«Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.»

Y la dejó el ángel.

Estamos comenzando la contemplación de los misterios de la vida de Cristo y hoy nos situamos ya ante los textos evangélicos que nos relatan la historia que hay que contemplar,. En este momento, realmente, comienza la vida de Cristo, en el mismo instante en que la persona divina —el Hijo— une a sí nuestra naturaleza humana en el seno de la Virgen. Dios entra en la historia, se hace carne de nuestra carne, *por nosotros y nuestra salvación bajó del cielo y se hizo hombre*.

Podemos asomarnos un poco más al misterio de lo que sucede. Pasemos a continuación a fijarnos en algunos de los detalles que describe el relato del evangelio, es decir, el cómo, el contexto, el lugar, la manera y, sobre todo la figura en quien sucede: la Virgen María

1. **El lugar**, más que una ciudad es una pequeña aldea, muy pobre, innombrada en el Antiguo Testamento y despreciada por los habitantes de aldeas

- vecinas. (Cfr. Jn 1, 46).
2. **La persona** es María, que significa con toda probabilidad “excelsa”, “elevada”; una doncella, una virgen que, desposada, todavía no vivía unida a su esposo.
 3. **El saludo**, más que un simple “alégrate”, tiene un significado religioso semejante al de Zc 9, 9: es la alegría mesiánica con la que se acoge al rey que viene de parte de Dios. María es llamada llena de gracia, de manera que, esta calificación sustituye a su nombre. Tiene un significado distinto al profano –amabilidad o belleza– puesto que se sitúa en el ámbito de lo religioso, manifestando la benevolencia divina por la que Dios concede benignamente un don gratuito. La forma gramatical griega –κεχαριτωμένη (kekharitomene)– es un participio de perfecto que expresa una acción pasada cuyo efecto perdura: María ha sido ya transformada por la gracia antes del anuncio que recibe, por ello, este calificativo puede sustituir al nombre propio: es *la llena de gracia*, fue llena de gracia y lo sigue siendo en el presente. El término solamente aparece una vez más en el Nuevo Testamento para llamar a los cristianos que, por Cristo, han entrado en el plan de salvación (Ef 1, 6).
 4. **El anuncio** es algo grande: ser madre del rey mesías, del Hijo de Dios, por la acción del Espíritu Santo. La pregunta de María no manifiesta el escepticismo de Zacarías, sino que es una petición de información, ya que, el “no conozco varón” –en tiempo de presente– manifiesta permanencia y continuidad en ese estado de virginidad.
 5. Con la respuesta del ángel vendrá **el asentimiento** a la voluntad de Dios como una humilde esclava. Igual que la sombra –shekiná– de Dios protegía al pueblo en el éxodo durante el día, será ahora quien cobije a María para que en ella se pueda realizar la acción de concebir al Hijo de Dios, poniendo más aún de manifiesto que la obra realizada no es por intervención humana sino por el poder de Dios, siendo el caso único en toda la tradición de Israel. “Para Dios nada hay imposible (Lc 1, 37).”
 6. Al final, el ángel se retira y permanece sola María con el Misterio que en ella se encierra. Ha sucedido el mayor acontecimiento y... parece que no ha pasado nada.

SAN ATANASIO

“Por esta razón el incorpóreo e incorruptible e inmaterial Verbo de Dios aparece en nuestra tierra; no es que antes hubiera estado alejado, pues ninguna parte de la creación estaba vacía de él, ya que él llena todos los seres operando en todos en unión con su Padre. Pero en su benevolencia hacia nosotros condescendió en venir y hacerse manifiesto. Pues vio el género racional destruido y que la muerte reinaba entre ellos con su corrupción; y vio también que la amenaza de la trasgresión hacía prevalecer la corrupción sobre nosotros y que era absurdo abrogar la ley antes de cumplirla; y vio también qué impropio era lo que había

ocurrido, porque lo que él mismo había creado, era lo que perecía; y vio también la excesiva maldad de los hombres, porque ellos poco a poco la habían acrecentado contra sí hasta hacerla intolerable; y vio también la dependencia de todos los hombres ante la muerte, se compadeció de nuestra raza y lamentó nuestra debilidad y, sometiéndose a nuestra corrupción, no toleró el dominio de la muerte, sino que, para que lo creado no se destruyera ni la obra del Padre entre los hombres resultara en vano, tomó para sí un cuerpo y éste no diferente del nuestro. Pues no quiso simplemente estar en un cuerpo, ni quiso solamente aparecer, pues si hubiera querido solamente aparecer, habría podido realizar su divina manifestación por medio de algún otro ser más poderoso. Pero tomó nuestro cuerpo, y no simplemente esto, sino que lo tomó de una virgen pura e inmaculada que no conocía varón: un cuerpo puro y verdaderamente no contaminado por la relación con los hombres. En efecto, aunque es poderoso y el creador del universo, prepara en la Virgen para sí el cuerpo como un templo y lo hace apropiado como un instrumento en el que sea conocido y habite. Y así, tomando un cuerpo semejante a los nuestros, puesto que todos estamos sujetos a la corrupción de la muerte, lo entregó por todos a la muerte, lo ofreció al Padre, y lo hizo de una manera benevolente, para que muriendo todos en él se aboliera la ley humana que hace referencia a la corrupción (porque se centraría su poder en el cuerpo del Señor y ya no tendría lugar en el cuerpo semejante de los hombres), para que, como los hombres habían vuelto de nuevo a la corrupción, él los retornara a la incorruptibilidad y pudiera darles vida en vez de muerte, por la apropiación de su cuerpo, haciendo desaparecer la muerte de ellos, como una caña en el fuego, por la gracia de la resurrección.

Convenciéndose, pues, el Verbo de que la corrupción de los hombres no se suprimiría de otra manera que con una muerte universal, y dado que no era posible que el Verbo muriera, siendo inmortal e Hijo del Padre, tomó por esta razón para sí un cuerpo que pudiera morir, para que éste, participando del Verbo que está sobre todos, llegara a ser apropiado para morir por todos y permaneciera incorruptible gracias a que el Verbo lo habitaba, y así se apartase la corrupción de todos los hombres por la gracia de la resurrección. En consecuencia, como ofrenda y sacrificio libre de toda impureza, condujo a la muerte el cuerpo que había tomado para sí, e inmediatamente desapareció de todos los semejantes la muerte por la ofrenda de uno semejante. Puesto que el Verbo de Dios está sobre todos, consecuentemente, ofreciendo su propio templo y el instrumento corporal como sustituto por todos, pagaba la deuda con su muerte; y como el incorruptible Hijo de Dios estaba unido a todos los hombres a través de un cuerpo semejante a los de todos, revistió en consecuencia a todos los hombres de incorruptibilidad por la promesa referente a su resurrección.

Y la propia corrupción en la muerte que afecta a los hombres ya no ocupa lugar, porque el Verbo habita en ellos a través de un solo cuerpo. Y como cuando un gran rey llega a una gran ciudad, y habita una sola de sus casas, enteramente la tal ciudad se hace digna de gran honor y ya ningún enemigo o ladrón la asalta para saquearla, sino que es considerada digna de todo respeto, porque el rey habita en una sola de sus casas, así también sucedió con el Rey de todas las cosas, ya que habiendo llegado a nuestra tierra y habitando un solo cuerpo semejante al nuestro, cesó consecuentemente toda la preocupación en los hombres con respecto a los

enemigos y la corrupción de la muerte desapareció, cuando antes tenía tanta fuerza entre ellos. La estirpe de los hombres habría sido destruida, si el Señor de todo y Salvador, el Hijo de Dios, no se hubiera presentado para poner fin a la muerte.”²⁴

PARA REZAR MEJOR

Podemos contemplar lo que sucede en la historia, en María, en el contexto de Nazaret. Es una escena muy conocida pero cargada de sentido y de detalles que nos pueden situar ante el Misterio, sin olvidar que esto que sucede es por todos los hombres, por mí, conectándolo con la oración que hemos hecho en los dos días anteriores.

1. Contempla el lugar con tu imaginación, no es difícil tratar de imaginar la escena: no es una aldea donde abunda la riqueza, ni es el lugar mejor mirado para que Dios se encarne. Pero es ahí, el lugar y la persona escogida por Dios desde la eternidad. Mira a María: la turbación se produce por lo que puede tener de sorpresa, de inesperado...
2. Escucha las palabras que aparecen en el relato y quédate en aquellas que, en este momento, adquieran una especial significación. No trates de comprender todavía, simplemente escucha y pide al Señor que te ayude a descubrir, como quien está ante el Misterio de Dios, lo que él quiera revelarte.
3. Escoge el momento más adecuado: en el saludo del ángel, antes de su entrada en escena, con la misión que se descubre a María, en las palabras de la Virgen, o cuando el ángel se ha retirado y, entra tú mismo en la escena. Mira y escucha. No tengas prisa. .
4. Dios está entrando en la historia: en medio del silencio, pidiendo permiso a una mujer; no violenta, todo lo contrario, para salvar a la humanidad asumen la humilde condición de la misma de manera escondida, en el seno de una Virgen. Esto es el objeto de la contemplación: Dios mismo, escondido a los ojos humanos pero que se hace presente por medio de la fe de quien contempla.
5. Entra en diálogo con María para que te pueda explicar lo que está sucediendo: Dios está en el seno de una Virgen. Acércate, deja que ella te diga, que se acerque a ti y te mire. Puedes hablar con Cristo, oculto para la historia y los hombres pero presente ante ti en María. No olvides dirigirte al Padre, con su mirada te revela lo que está pasando y te manifiesta su amor. Habla también de ti, de lo que vives, de tu vocación, de tus incertidumbres, de toda tu historia que ayer contemplabas y... admírate... Dios se ha hecho hombre por ti. Adórale aquel que con amor eterno te amó.

²⁴ SAN ATANASIO, *La Encarnación del Verbo* 8-9, Ciudad Nueva, 2ª Ed.

LA ENCARNACIÓN IV: REPETICIÓN

Carta a los Filipenses, 2, 6-8

El, a pesar de su condición divina,
no hizo alarde de su categoría de Dios;
al contrario, se despojó de su rango
y tomó la condición de esclavo,
pasando por uno de tantos.
Y así, actuando como un hombre cualquiera,
se rebajó hasta someterse incluso a la muerte,
y una muerte de cruz.

Continuamos nuestra oración de los días anteriores tratando de profundizar en aquello que hemos contemplado. Cada uno tiene que ir descubriendo el camino por donde le va llevando el Espíritu cuando se ha situado ante la Encarnación. Podemos repetir dos de las contemplaciones realizadas o la misma, dependiendo si hemos encontrado más luz o resistencias. **No se trata de avanzar sino de profundizar, no de recorrer camino sino de poder gustar más de lo que el Señor nos va mostrando.** Necesitamos aprender a tener paciencia y aguardar a que Dios se quiera revelar en su misterio, que toque nuestra sensibilidad y la pueda ir transformando porque quedamos “afectados” por el misterio que contemplamos.

Como preparación para la oración os sugiero la percepción que aporta san Pablo en su himno de la Carta a los Filipenses. Dentro de una invitación a tener los sentimientos de Cristo Jesús –especialmente de cara a la humildad– hace una lectura teológica del descenso de Cristo. No se fija únicamente –aunque no todos los estudiosos coincidan– en el hecho de la encarnación, sino que lo sitúa en una clave de descenso mayor porque no aparece únicamente el abajamiento de Dios –literalmente *ἐν μορφῇ θεοῦ* “en forma de Dios”– a hombre sino de Dios a esclavo, aunque después insiste en su actuación humana: “como uno de tantos” (literalmente *ἐν ὁμοιότητι ἀνθρώπου γενόμενος* “apareciendo en semejanza al hombre”). Pablo da un paso más al situar toda la vida de Cristo en perspectiva de cruz, la cual es el final del descenso.

Desde aquí podemos profundizar en este punto importante: **Cristo se hace hombre, pasa de creador a criatura, como hombre, pero como siervo, para someterse a la muerte y muerte de cruz.** Esto es lo muestra nuestro himno añadiendo un dato más: los primeros versos hablan de una subsistencia en forma de Dios, como estado original, a la cual no se agarra ávidamente, renunciando a la gloria que tenía o que podría llegar a tener para aparecer en todo semejante a los hombres. La traducción de este texto que hemos podido leer pierde la riqueza de los matices que nos hace descubrir una traducción más literal. Podríamos decir, con

lenguaje de san Ignacio, que *la divinidad se esconde*. A ella es a la que tenemos acceso mediante la fe y la luz del Espíritu Santo y ahí queremos llegar a través de la contemplación, es decir, poder percibir lo que a Dios le sucede realmente por la salvación de los hombres, su camino de kénosis (vaciamiento, anonadamiento), de descenso que ha empezado a realizarse en las entrañas de la Virgen María.

Podemos profundizar un poco más en este Misterio de la Encarnación siempre inagotable desde las palabras del prólogo del cuarto evangelio (Jn 1, 1-5.9-14):

En el principio ya existía la Palabra,
y la Palabra estaba junto a Dios,
y la Palabra era Dios.
La Palabra en el principio estaba junto a Dios.
Por medio de la Palabra se hizo todo,
y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho.
Al mundo vino, y en el mundo estaba;
el mundo se hizo por medio de ella,
y el mundo no la conoció.
Vino a su casa,
y los suyos no la recibieron.
Pero a cuantos la recibieron,
les da poder para ser hijos de Dios,
Y la Palabra se hizo carne
y acampó entre nosotros,
y hemos contemplado su gloria:
gloria propia del Hijo único del Padre,
lleno de gracia y de verdad.

El texto que podemos leer a continuación nos permite ahondar afectivamente en el efecto que tiene la encarnación en nosotros: no sólo se hace carne por nosotros sino para nosotros, para que podamos ser hijos de Dios. El obispo de Hipona nos ayuda a comprender mejor lo que la encarnación realiza en el hombre.

SAN AGUSTÍN

“Mas, para socorrernos, el Verbo hízose carne y habitó entre nosotros. ¿Qué significa el Verbo se hizo carne? El oro se hizo heno; se hizo heno para ser quemado; el heno se quemó, pero quedó el oro; mas no pereció el heno, sino que le mudó. ¿Cómo le mudó? Le resucitó, le vivificó, le subió a los cielos y le sentó a la diestra del Padre. Recordemos brevemente lo que antecede a estas palabras. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. A su propia heredad vino, y los suyos no le acogieron; mas a cuantos le acogieron dioles potestad de llegar a ser hijos de Dios. De llegar a ser, porque no lo eran; él, en cambio, lo era desde el principio. Dioles potestad de llegar a ser hijos de Dios a los que creen en su nombre; los

cuales, no de la sangre, ni del querer de la carne, ni de querer de varón, sino de Dios han nacido. Y he aquí que lo son, sea cualquiera su edad carnal; ahí veis a los recién bautizados; contempladlos y alegraos. Helos ahí. ¿Acaso no son hijos de Dios? Lo son; pero no han nacido de la sangre, ni de querer de carne, ni de querer de varón, sino de Dios. Su matriz materna es el agua del bautismo

Nadie, pues, dé muestras de ingenio, revolviendo en su cabeza pensamientos pobres como el siguiente: ¡Cómo! Si en el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios, y todas las cosas fueron hechas por él..., ¿cómo el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros? Oye la causa. Cierto que a los que creen en su nombre les dio la potestad de llegar a ser hijos de Dios. No piensen los mismos que la recibieron ser cosa imposible llegar a ser hijos de Dios. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. ¿Es acaso maravilla que lleguéis vosotros a ser hijos de Dios, cuando por vosotros el Hijo de Dios llegó a ser hijo del hombre? **Y si, haciéndose hombre, quien era más vino a ser menos, ¿no puede hacer que nosotros, que éramos menos, podamos ser algo más?** Pudo bajar a nosotros, y ¿no subiremos nosotros a él? Tomó por nosotros nuestra muerte, y ¿no ha de darnos la vida? Padeció tus males por ti, y ¿no te dará sus bienes?"²⁵

PARA REZAR MEJOR

Conviene preparar bien la oración del día para no estar pensando qué hacer y cómo en el momento de ponerse a rezar; para ello es necesario poder repasar como discurrió la contemplación los días anteriores: luz, resistencias, consuelo espiritual, situación de oscuridad o desolación. Refrescar aquello que se gustó más especialmente o lo que el Señor fue mostrando en las escenas y la música que había de fondo: *tanto amó Dios al mundo... con amor eterno te amé por eso prolongué mi misericordia.*

La segunda parte de la preparación sería leer la hoja de hoy para poder aportar uno de los días la profundización en el misterio de la encarnación desde el himno de Pablo, y el siguiente, desde el prólogo del evangelio de Juan, si es que lo necesitamos o nos puede ayudar. La sugerencia sería, un día lo primero, y el segundo, la otra perspectiva. Pero, cada uno, con libertad, si el Señor le conduce por otro camino.

Con todo ello puedes comenzar a orar por la mañana sabiendo el camino que escoges y en el que el Señor te esperará para llevarte. No olvides que es camino recorrido ya los días anteriores.

1. La oración de súplica y ofrecimiento al Padre y al Hijo y al Espíritu para que te ayude a profundizar en el misterio de la Encarnación: lo que se produce en El Hijo y lo que realiza en ti.

²⁵ SAN AGUSTÍN, *Sermón 119, 4-5, sobre el Verbo encarnado*, OC XXIII

2. En actitud orante vuelve cada día sobre la oración que realizaste de lunes a miércoles (pero no todo, hay que seleccionar para cada día) y lo que produjo en ti. Repítelo y ve entrando en la escena, en la mirada del Padre, la actitud del Hijo.
3. Contempla el descenso de Cristo: de Dios a hombre, de hombre a siervo y de aquí a la muerte de Cruz (preferentemente el primer día).
4. Párate, si lo necesitas, en el “amor por mí”, “por todos los hombres”: es *el amor hasta el extremo* que te hace hijo de Dios (preferentemente el segundo día).
5. Continúa tu diálogo con la Virgen María, ponte a su lado y que ella te enseñe a guardar en el corazón. Habla con el Padre y con el Hijo con una actitud de profundo agradecimiento y adoración por lo que se realiza por ti en María. Suplica al Espíritu para que te ayude a vivir con conciencia de tu dignidad como Hijo de Dios.

LA VISITACIÓN

Evangelio según san Lucas 1, 39-45

Unos días después, María se puso en camino y fue aprisa a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.

En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito:

—«¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!

¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.»

El texto de la Visitación presupone los dos anuncios anteriores y los completa mostrando cómo se han realizado las promesas de Dios a través del ángel.

El texto incide de una manera especial en el hecho de ponerse en camino — *se puso en camino*— y que esto es algo que la Virgen hace *aprisa*. Así es, María ha emprendido con toda celeridad el camino hacia la serranía de Judea en donde se encuentra Isabel. No hay demora y parte hacia el encuentro de aquella que el ángel le había dado como un signo de la acción de Dios en lo que parecía imposible. El encuentro se da en un clima de gran profundidad religiosa; ya, las primeras palabras de Isabel, manifiestan su indignidad ante la presencia de María al reconocer el gran don que Dios le ha hecho con esta visita.

La prima anciana percibe una sacudida interior en su seno, unos pequeños saltos del niño que son prefigurativos de todo lo que va a suceder y, entonces, **se llena del Espíritu Santo que le hace poder entender el misterio que tiene ante ella en María**. Veámoslos brevemente:

1. Las dos madres se revelan entre sí la maternidad de la otra.
2. Juan, desde el seno de su madre, *irá por delante del Señor a preparar sus caminos*, como Zacarías proclamará más tarde.
3. María —cuyo nombre no es pronunciado por Isabel— *es la madre de mi Señor*. Podríamos decir que es de una comprensión más profunda de la identidad de Cristo. El apelativo “Señor” traduce la forma hebrea Adonay en el Antiguo Testamento —mi Señor— para dirigirse a Yahvéh. Es la forma más apropiada para nombrar a aquel cuyo nombre no puede pronunciarse. Quien está en el seno de María es “su Señor” y ella es su Madre. Así, Isabel reconoce el profundo misterio de la presencia de Dios en el seno de su prima.
4. Isabel se siente indigna —*¿Quién soy yo?*— de la misma manera que lo hace toda persona que es visitada por Dios; **si al que lleva en su seno es un gran**

signo de Dios, a quien tiene delante es “El Señor” (Κύριος), “mi Señor”. No es indignidad por pobreza moral, sino la que toda persona siente **cuando tiene delante de sí el Misterio de Dios surge el sobrecogimiento, llevando a tomar conciencia de la propia pequeñez** porque la persona se encuentra ante él. Podemos decir que Isabel —iluminada por el Espíritu Santo— se dirige a la Virgen desde una experiencia contemplativa porque ha llegado a captar la presencia del Hijo de Dios que, aunque está escondido en su seno, se hace patente a través de la fe.

5. María es proclamada *bendita* –Εὐλογημένη–, de la misma manera que lo es el *fruto* que lleva en su seno. El participio pasivo de perfecto que aparece referido a María, no sólo implica el reconocimiento de una persona, sino el haber sido objeto de la bendición y del favor de Dios. De esta manera, **Isabel reconoce el estado en que se encuentra la Virgen antes que se lo hubieran comunicado.**
6. María aparece señalada por primera vez como la que ha creído –*dichosa tú que has creído*–, siendo la primera bienaventuranza del Evangelio. Esto mismo lo dirá Jesús en diversas ocasiones al manifestar la dicha que produce el hecho de creer. Así, María se manifiesta ya como la primera que experimenta la dicha de ser creyente.
7. Todo queda enmarcado en una actitud humilde de María que se pone en camino para encontrar cumplido el signo que le había dado el ángel en su prima Isabel, convirtiéndose ella misma en portadora de la Buena Noticia que lleva en su seno.

SAN JUAN DE ÁVILA

“Y así como, para ver cuán grande humildad fue la del Hijo de Dios en abajarse, dice San Juan primero cuánta era su alteza: *Cum omnia tradidisset Pater ei in manus* (El Padre le había entregado todo en sus manos) (Jn 3,35), así para saber bien ponderar la humildad de ella mirad primero cuán alta es ella. Señora, ¿no os acordáis a quién lleváis en vuestro vientre encerrado, que es tal que, por ser vos su Madre, sois la más alta criatura de la tierra y del cielo; y es razón que vos a nadie, pero " todos a vos os sirvan "? Ya si fuera antes de haber concebido tal Hijo, que os da a vos nombre sobre todo nombre que a criatura pura se debe, que es ser llamada Madre de Dios, no fuera tanta la humildad con que os abajáis, porque no fuera tanta la alteza que teníades; mas siendo tan alta y ensalzándoos Dios con título de tanta grandeza, haceros vos pequeña con la humildad, es cosa, después de la humildad de vuestro Hijo, la más alta de todas.

Que no sólo la humildad alcanza y conserva la gracia, mas es señal que da a entender que está allí la gracia; como al que no, la soberbia es señal de la ausencia de ella: *Initium omnis peccati, superbia, qui tenuerit eam, adimplebitur maledictis* (el principio de todo pecado es la soberbia y el que la tuviere se llenará de cosas malas) (cf. Eclo 10,15). Dice la glosa: *Vitis*. No suelen andar solos los grandes, ni tampoco la soberbia anda sola, de vicios; ita humilitas no

sola en virtudes. *Evidentissimum electorum signum humilitas, et reprobatorum superbia, ait Gregorius (Dice Gregorio que el signo más evidente de los elegidos es la humildad y de los réprobos, la soberbia)*

¡Oh dichosa persona a quien, Señora, visitas! ¡Oh cuán de verdad dirá: *Visitatio tua custodivit spiritum meum (Vuestra visita guardó mi espíritu)* (Job 10,12). Pues que de nuevo lo da, no es mucho que lo guarde. **¡Oh dichosa la casa donde entras a visitarla! ¿Qué bien habrá que no traigas contigo, pues llevas contigo a Dios?** Nunca la Virgen andaba sola; ¡qué de virtudes la acompañaban, que la hermosean mejor que todo el oro! Acompañanla ángeles como a su Reina y Señora; mas mirad bien quién lleva en su vientre, y veréis cuán rica y acompañada va, para sí y para darlo a la casa donde entra. ¿Qué bien no dará la que lleva a Dios en sí?

Viene, en fin, con ella la bendición de Dios, como en otro tiempo bendijo Dios a Obededón porque recibió en su casa la arca de Dios; y fue tanto lo que Dios le dio, que David, con codicia de aquellos bienes, trujo a su casa el arca de Dios (cf. 2 Sam 6,12). **¡Oh si supiésemos qué bienes tiene quien a la Virgen tiene! Desearíamos y procuraríamos traerla a nuestra casa, para ser más y más benditos de Dios.** Y aquel tiene a la Virgen, que tiene a su Hijo o lo quiere tener; el que está en gracia le tiene. Y quien gime sus pecados y los confiesa también le terná; que no sólo la Virgen es Madre de los justos, mas también abogada para alcanzar perdón al pecador²⁶.

PARA REZAR MEJOR

1. Lee con calma y sin correr el texto del evangelio pidiendo al Señor el don de su Espíritu, gran protagonista de las palabras de Isabel. Sin él no podría haber comprendido todo lo que sucedía ni pronunciado esas palabras que han quedado para siempre grabadas en la conciencia de la Iglesia. A nosotros nos sucede lo mismo, si no es con la acción del Espíritu Santo no podemos ni comprender los acontecimientos de Dios en lo oculto de la historia.
2. Trata de situarte con los ojos y oídos de la fe en la escena que nos describe el evangelio de Lucas: mira las dos figuras protagonistas: el camino recorrido por María, la sorpresa de Isabel al escuchar el saludo de la Virgen, las palabras que pronuncia y lo que producirían en el interior de aquella que, con gran sencillez, ha querido ir a visitar a su prima.
3. María es portadora de la presencia de “Dios con nosotros”. El Misterio oculto en su vientre sólo se descubre con los ojos de la fe. Dios está en la historia y es acercado a Isabel a través de la Virgen. También en esta mañana se acerca a ti para poder mostrarte lo que permanece escondido.

²⁶ SAN JUAN DE ÁVILA, *Sermón 66, 8.10.12.17 en la Visitación de la Virgen: ¡Dichosa persona a quien María visita*. Obras Completas III, BAC, Madrid, 2003.

4. Contempla a María, a Dios encarnado en su seno: no quieras llenarlo todo con palabras, sino admírate porque también a ti se te quiere hacer partícipe de la misma dicha que Isabel pudo descubrir.
5. Cristo siempre se acerca a nosotros a través de su madre; es la manera más sencilla en la que lo podemos descubrir entre nosotros: pídele que te lo muestre una vez más, que te conduzca hasta él y que te explique de nuevo lo que está sucediendo. Agradece y reconoce la protección de la Virgen en tu vida porque encontrarás muchas ocasiones en que, gracias a ella, Cristo se ha acercado a ti. Puedes utilizar las mismas palabras que Isabel para dirigirte a ella. También con “la salve” podemos decirle a María: “muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre”.
6. Estás ante el Señor de la historia, oculto pero presente. Habla con Cristo que por ti se ha hecho hombre, quizá como Juan el Bautista lo puedes reconocer sin palabras. Si él se estremece en el seno de su madre, también tú puedes hacerlo en este momento si el Padre te lo concede.

LA MISIÓN DE SAN JOSÉ

Evangelio según san Mateo 1, 18-24

El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera:

María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo.

José, su esposo, que era justo y no quería denunciarla, decidió repudiarla en secreto. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo:

—«José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados.»

Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el Profeta:

«Mirad: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa "Dios-con-nosotros".»

Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y se llevó a casa a su mujer.

Según el derecho matrimonial judío, los esponsales constituían en realidad un verdadero matrimonio en cuanto a las consecuencias legales que se contraían. De esta manera la “prometida” era denominada esposa de su prometido y, en caso de que este muriera, era considerada viuda. Estaba amparada por el derecho de manera que sólo podía ser abandonada por el esposo mediante el libelo de repudio.

Habitualmente las mujeres se prometían a los doce o trece años y un año más tarde se trasladaba a la casa de su marido, siendo este el momento en el que dejaba de depender del padre para empezar a hacerlo del esposo. Mateo no narra el hecho de la concepción, la da por supuesta y se centra en ese momento intermedio que se producía “antes de vivir juntos”.

1. José es presentado como un hombre justo, recto, que no quería comprometer a María con una acusación de adulterio. Se puede comprender que, al mismo tiempo, **por su condición de justo, no podía recibir en casa a una mujer en el estado de su prometida.** Hay datos de la tradición que quieren interpretar **la duda de José como un cierto sobrecojimiento por el misterio que se encierra en María**, tal y como recoge el fragmento del sermón de San Juan de Ávila con respecto a la figura de José que podremos leer más adelante. Se comprendería un santo temor ante la intervención de Dios en María, en medio de la cual, él **no terminaba de comprender su misión.** De cualquier forma, el hecho que presenta el

evangelio es su propósito de no difamarla o exhibirla públicamente, sino de repudiarla en secreto mediante un documento escrito que se entregaba con la firma también de dos testigos.

2. No todo termina aquí sino que permanece abierto por la intervención del “ángel del Señor”, expresión que en muchas ocasiones en el Antiguo Testamento indica la intervención directa de Dios. En este caso, se realiza a través de un sueño como lenguaje propio que Dios utiliza para dar a conocer a alguien su misión o tratar de explicar algún acontecimiento.
3. Lo primero que quiere el ángel es sacarle del temor, tal y como indica su primera palabra: μή φοβηθῆς, es decir, “no temas”. Además se indica la causa del temor: “llevarte a María”. José teme llevarse a María a su casa y este es del primer miedo que debe rescatarle Dios con las palabras del ángel. Se enmarca como comunicación y llamada a una vocación particular que comienza invitando a perder el temor que causa la presencia de Dios. Se le revela el sentido de su tarea en medio de la vida de María y de la historia de la salvación: el hijo que lleva en sus entrañas es fruto del Espíritu Santo y está destinado a salvar a su pueblo de sus pecados.
4. De una manera velada se le asigna el papel de padre, ya que se le pide que sea él quien ponga nombre a aquel que va a nacer de su esposa, ejerciendo la función propia del padre, tal y como aparece en el relato del nacimiento de Juan, el Bautista, cuyo nombre es dado directamente por Zacarías.
5. El evangelista explica el hecho de la concepción virginal de María como cumplimiento del oráculo de Is 7, 14. Este niño es el “Emmanuel” anunciado por el profeta.
6. Como último detalle cabe destacar la “obediencia” de José a la tarea que se le encomienda haciendo posible la normalización de la situación de la Virgen recibiendo a María como su mujer en su casa.

SAN JUAN DE ÁVILA

“Tornémonos, pues, al lugar de donde salimos, que es la grande angustia que el santo Josef tenía de ver preñada a su santa esposa sin haber él llegado a ella, y por otra parte considerando cómo podía caber tal maldad en vaso de bondad más que humano. Pensaba unas veces lo que la humana conjetura le declaraba por lo que veía, y otras decía entre sí: « ¿Qué sé yo si Dios ha hecho alguna obra milagrosa de las que suele, sobre toda humana razón? Pues esta bendita mujer es dotada de tan excelente santidad, y por eso muy aparejada para que Dios haga en ella obras excelentes y maravillosas. Y **si esto es así, yo no soy digno de estar en su compañía; y si no es así, yo no la quiero infamar con acusarla para que la apedreen**, ni llevarla al templo para que con el sacrificio de la ley se examinase la verdad de aqueste negocio. Y el medio más conveniente que en caso tan dudoso me conviene tomar es dejarla e irme secretamente, porque nadie me pregunte el porqué; y así ni la

infamaré, ni me pondré a peligro de morar con ella si no es buena, ni me atreveré a estar con ella si es tan santa, que Dios ha hecho en ella milagro de haber concebido sin ser de mí ni de otro varón».

Ésta fue la resolución del santo Josef, con la cual, aunque hallaba camino para lo que había de hacer, mas no se mitigaba por esta vía su grande dolor, porque el grande y casto amor que a su esposa María tenía, infundido por Dios y conservado y acrecentado con la conversación santa de ella, le tenía el corazón tan hecho uno con ella, que haberla de dejar era arrancársele las entrañas y partírsele el corazón; y así andaba lleno de dolor dentro de sí, y daba muestra de ello en el gesto de fuera; porque gran dolor o gran placer, mal se pueden disimular.

[...] No es impedimento para esta certidumbre acaecer esto durmiendo, pues ha dicho el mismo Dios que también aparece a sus profetas durmiendo como velando (cf. Núm 12,6). Y así, también se escribe en el libro de Job (cf. Job 33,14-15). Y así también lo experimentamos, pues hay muchas personas a quien acaece acostarse con ruines propósitos y estar en mala vida, y tan mala, que, a morirse durmiendo, fuera el infierno su sepultura; y es tanta la misericordia de Dios, que, o por cosas que ven entre sueños, o por palabras que les son dichas, recuerdan los ojos llenos de lágrimas y el corazón todo mudado, con entrañable arrepentimiento de sus pecados y propósito de hacer penitencia; y el haberla hecho y el vivir bien, ha sido señal que fue de Dios lo que en el sueño les acaeció. Y si con éstos, que con tan mala conciencia se echaron a dormir, Dios obra su misericordia, dándoles tales avisos, no es mucho que creamos que hace sus misericordias con los que le sirven, declarándoles entre sueños lo que les cumple, consolándolos en sus trabajos, avisándoles de los peligros y, mil maneras de cosas que caben en su infinita bondad. Y aunque estas cosas, cuando son de Dios, traen una satisfacción particular al ánima y tienen una particular diferencia de los sueños que no son de Dios, como la bienaventurada Santa Mónica decía a su hijo San Agustín que los sentía; mas porque puede haber en estas cosas —y muchas veces lo hay— engaño del mal ángel, y vanidad de nuestra cabeza, y obra de nuestros humores, o cosas de aquesta manera, no se debe de fiar la tal persona de cosas de sueños, sin lo comunicar con persona que le pueda dar claridad, pues aun en lo que nos acaece velando, que tiene más certidumbre, es peligroso el propio juicio y seguro el ajeno.

[...] Reventábale al santo Josef el corazón de ver tanta humildad, tanta caridad y tanta virtud en aquella Señora que por esposa le había sido dada. Y cuando consideraba que era madre de Dios, agotábasele el juicio, salía de sí con admiración y el corazón no le cabía en el cuerpo, y la ternura y lágrimas no le dejaban hablar, y daba alabanzas a Dios, que lo ha tomado por marido de la Virgen, y ofrecíasele por esclavo. Y pues San Juan Baptista, encerrado en el vientre de su madre, conoció y adoró al Hijo de Dios humanado, que estaba escondido en el virginal vientre de nuestra Señora, **¿con qué reverencia, humildad y amor adoraría el santo Josef al bendito Niño Jesús, siendo informado que estaba en el vientre de nuestra Señora? ¡Cuán rico, cuán gozoso estaba el santo varón con verse diputado para servir a tal Hijo y tal Madre! ¡Y por cuán indigno se tenía y cuán chiquito se parecía para servir a tales Señores!**²⁷

²⁷ SAN JUAN DE ÁVILA, *Op. Cit.*, *Sermón 75*, 19.20.32.

PARA REZAR MEJOR

Nos acercamos a la oración desde la comprensión del misterio que acaece en María a través de la figura de san José. Su tarea es fundamental en el desarrollo de la personalidad humana de Cristo y en su posibilidad de crecimiento normal. No podemos dudar que todo hubiera sido muy difícil para la madre y el hijo si José no hubiera aceptado la vocación particular a la que fue llamado. Él tuvo que comprender no sólo el misterio que se ocultaba en aquella con quien estaba desposado sino su misión en medio de todo ello. Puede sernos de una gran ayuda poder contemplar lo que en él sucede para que podamos aprender a situarnos en medio de la acción de Dios con disponibilidad y obediencia sin querer quitarnos de encima lo que puede parecernos un problema o algo que supera nuestra capacidad o dignidad.

1. Ponte en presencia de Dios con una oración que te ayude dirigiéndote tanto al Padre como al Hijo y al Espíritu Santo. Es necesario para poder orar, pero también nos ayuda a tomar conciencia de la fe trinitaria en la que nos sustentamos y que la liturgia nos recuerda continuamente.
2. Resulta muy sencillo sintonizar con los sentimientos de José, un hombre justo. El exceso en el “ser justo” puede llevarnos a juzgar las cosas antes de tiempo o a desentendernos de lo que Dios nos quiere decir en aquello de lo que nos sentimos poco dignos, capaces o un poco perturbados en nuestros planes. Ambas lecturas de la primera actitud de José nos son conocidas. Identifícate con él, reconócelo en su primera manera de juzgar los acontecimientos.
3. Ábrete al don del Espíritu que hace comprender lo que de verdad sucede y su misión en medio de todo. Escucha las palabras del ángel que habla en medio del sueño. Escúchalas sin prisas con el oído abierto para comprender mejor el misterio de Cristo. Primero hay que descubrir quién es Cristo, dónde está, su relación con el Padre, para poder descubrir quienes somos nosotros y su voluntad. Cuando descubre al Señor se puede descubrir a sí mismo: es la clave de la contemplación.
4. Ponte al lado de San José: habla con él de lo que a ti te pasa y deja que él te hable y te señale a la Virgen para que puedas encontrar lo que tanto buscas... para que te enseñe a obedecer desde la fe.
5. Termina con una oración de alabanza a Dios Padre por lo que te muestra en José, por lo que te ayuda a ti, que también cuenta contigo; por el don que es la Virgen María y el Hijo que lleva en su seno. Como para José fue un regalo más que una carga, también lo es para ti tu vocación.

EL CAMINO DE NAZARET A BELÉN

Evangelio según san Lucas 2, 1-5

En aquel tiempo, salió un decreto del emperador Augusto, ordenando hacer un censo del mundo entero.

Este fue el primer censo que se hizo siendo Quirino gobernador de Siria. Y todos iban a inscribirse, cada cual a su ciudad.

También José, que era de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para inscribirse con su esposa María, que estaba encinta.

Lucas enmarca el nacimiento de Cristo en el contexto de la historia universal, bajo el gobierno del emperador Augusto ejercido desde el año 30 a. C. al 14 d. C. Quirino estuvo en Oriente Medio a partir del año 12 a. C. en diversos puestos de gobierno; el año 6 a. C. tomó posesión del gobierno de Siria, de la que dependía Judea. Fuera del ámbito bíblico sólo el historiador Flavio Josefo habla de un censo realizado por Quirino en torno al año 6 a. C., lo cual crea cierto problema cronológico en lo que se refiere al texto que tenemos delante. Algunos autores han querido traducirlo teniendo en cuenta el trasfondo semítico del mismo de la siguiente manera: *este censo se tuvo primero antes del que hubo durante el mando de Quirino en Siria* (N.T. Manuel Iglesias). La palabra πρώτη (πρώτος-primer), referido al censo no deja claro si fue el primero y único o el primero entre otros muchos que se realizaron durante su mandato.

Desde Nazaret a Belén hay unos 140 kilómetros de distancia con una subida de 250 metros de desnivel y se encuentra a 7 kilómetros con respecto a Jerusalén. San Justino escribe en el año 153 a las autoridades romanas lo siguiente, según recoge el P. Iglesias en su Nuevo Testamento:

“Es una aldea en la región de los judíos a treinta y cinco estadios de Jerusalén, en la que nació Jesucristo, como podéis comprobar por las listas del censo hechas en tiempo de Quirino, vuestro primer procurador romano.”
(Nota de Lc 2, 4)

Los censos son una manera de poder conocer de una manera exacta la población con la que se contaba y su distribución a lo largo de la geografía, tal y como se sigue haciendo hoy en día. Tenía una gran importancia tanto de cara a los impuestos como a la organización de posibles ejércitos. En el Antiguo Testamento estaba prohibido por Dios porque manifestaba querer asegurar la fuerza mediante

el conocimiento y control de la población y no en la confianza en Dios.

Belén no aparece como un lugar mesiánico en el Antiguo Testamento, excepto en la profecía de Miqueas:

“Y tú, Belén de Efratá, la menor entre las tribus de Judá, de ti sacaré el que ha de ser el gobernador de Israel; sus orígenes son antiguos, desde tiempos remotos. Por eso él los abandonará hasta el momento en que la parturienta dé a luz y el resto de sus hermanos vuelva con los hijos de Israel. Pastoreará firme con la fuerza de Yahvéh, con la majestad del nombre de Yahvéh su Dios. Vivirán bien, porque entonces él crecerá hasta los confines de la tierra.”(Mi 5, 1-3)

El evangelio de Mateo la recoge al interpretar el lugar en el que tendría que nacer el Mesías. Sin duda aporta una interpretación mesiánica importante, de la cual, Jesucristo es el cumplimiento. **El Salvador no vendrá de la fuerza de Jerusalén sino de una pequeña aldea que no cuenta mucho entre los grandes de este mundo.**

Con todos estos datos que nos da el evangelista, José y María comienzan este largo camino para poder inscribirse en la ciudad de Belén de la cual era oriundo, es decir, salir de la provincia de Galilea para llegar a la de Judea.

Se trata de poder recorrer con María y José este camino para poder gustar interiormente del significado que nos descubre, para contemplar la realidad que el Verbo de Dios hecho carne ha elegido para venir al mundo; las dificultades que supone su entrada en la historia como un camino que, desde sus orígenes, está marcado por la precariedad. Dios escoge el camino de la humildad y la pobreza y María tendrá que recorrerlo. Dios recorre, oculto, en humildad y solidaridad, sometido a las leyes de los hombres los caminos polvorientos que recorren todas las personas. Quien es el Camino recorre nuestros caminos para hacer posible que le podamos encontrar en ellos. Los caminos de la historia de los hombres se han hecho caminos de Dios para que nunca el hombre esté perdido, más aún, “poco hubiera sido para Dios haber hecho a su Hijo manifestador del camino. Por eso, le hizo camino, para que, bajo su guía, pudieras caminar por él”²⁸.

El camino no es narrado por el evangelista pero nosotros podemos reconstruirlo con la imaginación para poder contemplar, más a fondo, este peculiar camino por el que Dios ha entrado en la historia.

Habitualmente nos cuesta situarnos desde la pequeñez y la humildad con nosotros mismos, mucho más cuando se trata de contemplar a Dios. El camino de Belén nos puede ayudar a situarnos en esta perspectiva por la que Dios asume en la humanidad la pobreza y la humildad.

²⁸ SAN AGUSTÍN, *comentario al Salmo 109, 1-2*, Oficio de Lecturas del Martes II de Adviento.

SAN JUAN DE ÁVILA

“San Pablo se hizo *todo a todos para ganar a todos* (cf. 1 Cor 9,19), y si él lo hizo, por virtud de Cristo lo hizo; que él así lo confiesa, que moraba obraba en él Cristo (cf. Gál 2,20). Y pues el siervo esto hizo y con espíritu del Señor, el Señor ¿cuánto más lo hizo y hará? ¿No ve vuestra señoría cuán propio viene a nacer para conformarse con los pequeños? ¿No ve cuán chiquito, cuán niño, cuán sin dar muestra sino de que hace frío y que El es delicado? **Escondida está la grandeza, manifiéstase la flaqueza, y ¡cuán a su costa! Y pasa cochura por hermosura, pues mientras más descubre lo flaco, más descubre lo hermoso.** ¿Qué cosa hay más flaca que llorar y después morir, y en un palo de malhechores? Mas ¿qué cosa más hermosa que amar Dios a sus criaturas hasta hacerse niño pobre y crucificado por ellas? Aparca la humanidad y benignidad (cf. Tit 3,4), porque apareció la flaqueza y se abscondió la fortaleza y grandeza; y cuanto parece decrecer en lo grande, parece crecer en lo bueno y amoroso. Y digo «parece», pues; en El no hay crecer ni menguar, sino para nuestra consideración.

Y pues tan chico y tan grande está, tan sin rigor de grande y tan acompañado de blandura de niño, no sé qué se hace vuestra señoría, por qué no pasa de sí a Betlem a ver este Verbo de Dios hecho niño (cf. Lc 2,15)

[...] **Toma Dios a su cargo a los pequeños para los guardar en el día que los hablan las tribulaciones y en el día que les habla El o de parte de Él.** Y si flaquezas hay en estos tiempos, por no ser el hombre niño y tener tan gran ceguedad, que, siendo pequeño, se tenga por grande y por algo. Flaqueza es ser flaco, mas insufrible cosa es no tenerse por tal. Esta luz pida vuestra señoría siempre, porque no sea hallada ingrata y desconocida a su bienhechor y ser demonio debajo de vestidura de oveja. Guárdese de hurtar a Dios su honra y de levantar ídolo contra El, mas en verdadera niñez se dé a Él. Y lo que no fuere niñez, séale verdadero demonio, ayudándose de la niñez de Jesús, y ayudándola Él con su gracia. Y no haya miedo a trabajos, que es vergüenza, con tal Padre.”²⁹

PARA REZAR MEJOR

El itinerario de oración de este día no tiene mucho apoyo en los datos que nos da el evangelio, pero sí podemos situarnos con la ayuda de la imaginación lo que supone este camino que recorren María y José, un camino largo, con pocos recursos, tanto por la época como por el lugar de procedencia y de destino. El recorrido era largo y no estaría exento de las penurias propias de toda peregrinación.

No se trata únicamente de imaginar un sendero, tanto de día como de

²⁹ SAN JUAN DE ÁVILA, *Carta 134*.

noche, sino de darnos cuenta que es el camino del Hijo de Dios, la historia que ha tenido que asumir al hacer suya nuestra humanidad: el Hijo de Dios camina oculto en la historia, despojado de todo tipo de privilegio, una historia que desde su comienzo parece estar destinada a recorrer los caminos del mundo para que no haya nada nuestro que le sea ajeno.

1. Ya vas conociendo que la oración empieza con una súplica humilde para que se te conceda poder contemplar al Hijo de Dios, oculto y presente en medio de este camino que recorre María y José y, también, el don de la humildad que abre al conocimiento de Dios.
2. Trata de imaginar el camino, las preguntas de la Virgen y de su esposo, las dudas, temores, alegría y sobrecogimiento que produciría el ver tanta grandeza en medio de las penalidades... las personas que se pudieron encontrar... Todo te puede ayudar a ir percibiendo los detalles en los que Dios se hace presente.
3. ¿Te podrías situar como caminante que acompaña, que pregunta y que desea conocer lo que está oculto a los ojos? Si te haces presente el misterio se presentará ante ti donde menos lo esperas... si no es así, pide, aguarda, porque Dios te espera donde menos pienses, aunque no sea hoy.
4. Entra en diálogo con el Padre para que te pueda explicar ese misterio de Dios hecho carne, que recorre nuestros caminos, que va sin ningún tipo de privilegios. Habla de tus quejas, de tus dificultades, de las incomodidades que te cuesta asumir. Su Hijo las asumió todas desde el principio. La compañía de María puede ayudarte a comprender con el corazón, pídeselo.

DE LA VISITACIÓN A BELÉN: REPETICIÓN

Durante el éxodo de Israel y su peregrinar a través del desierto la gloria de Dios acompañaba a su pueblo como columna de nube durante el día y como columna de fuego durante la noche. Cuando el pueblo se asentaba y se extendía la tienda del encuentro, la gloria de Dios venía a posarse sobre ella para que Moisés pudiera encontrarse allí con su presencia. En el prólogo del evangelio de Juan, al hablar de la encarnación, el evangelista utiliza una expresión que nos recuerda estos momentos del Antiguo Testamento: *y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos contemplado su gloria, gloria del Unigénito del Padre*. Literalmente en el texto encontramos el verbo ἐσκήνωσεν, es decir, *puso su tienda entre nosotros*. **La gloria de Dios, del Hijo Único del Padre ha puesto su tienda entre nosotros en la humanidad de Cristo** que se muestra ante nosotros para que podamos contemplar esa misma gloria. Este es el don que tenemos que pedir, pero también el esfuerzo que tenemos que realizar con nuestra constancia para poder alcanzar el objeto de nuestra oración.

No hay otro camino para contemplar la gloria de Dios que la tienda que ha puesto entre nosotros en la carne de Cristo, en su humanidad. En estos días lo estamos contemplando **en María, su madre**, de una manera oculta: desde la encarnación a la visitación, por el camino a Belén, María es portadora en su seno de este gran Misterio que nos ofrece, para que sus propios sentimientos se vayan haciendo los nuestros.

La oración de contemplación pasa por **volver al mirada a esa humanidad** en la que se nos manifiesta la gloria y la majestad de Dios a la cual tenemos acceso mediante la fe. Desde aquí surge nuestro diálogo con el Señor, como el Hijo Único del Padre que por nosotros se ha hecho hombre. Esta es la experiencia que **santa Teresa de Jesús** relata continuamente en sus escritos, tal y como podemos leer en este texto del libro de la Vida:

“Comenzóme mucho mayor amor y confianza de este Señor en viéndole, como con quien tenía conversación tan continua. Veía que, aunque era Dios, que era hombre, que no se espanta de las flaquezas de los hombres, que entiende nuestra miserable compostura, sujeta a muchas caídas por el primer pecado que El había venido a reparar. **Puedo tratar como con amigo, aunque es Señor**. Porque entiendo no es como los que acá tenemos por señores, que todo el señorío ponen en autoridades postizas: ha de haber horas de hablar y señaladas personas que los hablen; si es algún pobrecito que tiene algún negocio, ¡más rodeos y favores y trabajos le ha de costar tratarlo!

[...] ¡Oh Señor mío, oh Rey mío! ¡Quién supiera ahora representar la majestad que tenéis! Es imposible dejar de ver que sois gran Emperador en Vos mismo, **que espanta mirar esta majestad; mas más espanta, Señor mío, mirar con ella vuestra humildad y el amor que mostráis a una como yo**. En todo se puede tratar y hablar con Vos como quisiéramos, perdido el primer

espanto y temor de ver vuestra majestad, con quedar mayor para no ofenderos; mas no por miedo del castigo, Señor mío, porque éste no se tiene en nada en comparación de no perderos a Vos.”³⁰

No nos cansaremos de decirlo ni de pedirlo: hay que ir profundizando en la humanidad de Cristo, en la que Dios se encarna, a través de la cual el Hijo expresa su sí a la voluntad del Padre. La Carta a los Hebreos une el cumplimiento de esta voluntad en el momento de la encarnación aceptando el cuerpo que el Padre le ha preparado: en él se realizará esta voluntad del Padre que culminará en la cruz y a través de la cual quedamos santificados. Este es el misterio que estamos contemplando en estos días:

“Por eso, cuando Cristo entró en el mundo dijo:

–Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
pero me has preparado un cuerpo;
no aceptas holocaustos ni víctimas expiatorias.
Entonces yo dije lo que está escrito en el libro:
«Aquí estoy, ¡oh Dios!,
para hacer tu voluntad».
Primero dice: No quieres ni aceptas
sacrificios ni ofrendas, holocaustos ni víctimas expiatorias,
–que se ofrecen según la ley–.
Después añade: «Aquí estoy yo para hacer tu voluntad».
Niega lo primero, para afirmar lo segundo.
Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados
por la oblación del cuerpo de Jesucristo,
hecha una vez para siempre.” (Heb 10, 5-10)

Durante estos dos días de oración podemos seguir avanzando en la contemplación de este mismo misterio sin necesidad de muchos esfuerzos sino tratando de volver a lo mismo que hemos realizado los días anteriores, escogiendo dos de los mismos o repitiendo aquel que nos veamos más movidos a poder profundizar. Dios viene a habitar entre nosotros, a plantar su tienda y lo hace de una manera que nos puede resultar inconcebible: la figura de María, una Virgen, la necesidad de José, la rapidez para ir a visitar a Isabel, el sometimiento a todo lo humano, el aceptar la voluntad de los hombres manifestada en el decreto del emperador que obligaba la empadronamiento, el viaje que tiene que hacer una mujer probablemente en el último mes de gestación a través de un camino de pobreza. Todo esto es “Dios con nosotros”, Misterio que nunca acabaremos de agotar del todo, pero en el que somos invitados a sumergirnos una y otra vez para poder **comprender nuestra vida y nuestra historia desde dentro de él**, de la misma manera que quien se sumerge en el mar y se ve a sí mismo en un elemento diferente que le rodea por todos sitios y que nunca recorre del todo porque siempre le muestra algo nuevo.

³⁰ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida* 37, 6.

A través de la contemplación se produce una inmersión en el inagotable misterio de Dios al que tenemos acceso en la humanidad de Cristo. Es el trampolín a través del cual nos lanzamos en ese insondable océano que siempre nos maravilla y sobrecoge. Igual que nuestro cuerpo se mueve de manera distinta en el agua que cuando caminamos, que es menor el peso que experimentamos y lo que cuesta llevarlo, **cuando nos sumergimos en la contemplación en Dios el peso de nuestra vida, nuestra identidad, nuestra historia se puede observar de una manera nueva.** Por tanto, no es sólo lo que está ante nosotros lo que nos ayuda, sino el vernos nosotros mismos de una forma diferente cuando estamos en él y nos vemos sostenidos por él pudiendo comprender lo que decía Pablo en el areópago de Atenas: *en él vivimos, nos movemos y existimos.*

PARA REZAR MEJOR

Si experimentas una cierta fatiga o cansancio no te preocupes mucho, tienes más razones para pedir con humildad que se te conceda poder tener acceso al Hijo de Dios que comienza a recorrer los caminos de la historia de la humanidad en el seno de María. No lo puedes hacer por ti mismo, necesitas la luz del Espíritu, es don que te tiene que ser concedido pero que requiere todo tu esfuerzo, tu concentración, preparar la oración, estar en el lugar y el tiempo adecuado. Tienes que estar y se te tiene que conceder, las dos cosas; una sola no es suficiente. Pon lo tuyo y no dudes que el Señor pondrá lo suyo, porque si ha querido hacerse carne para que le conozcamos, ¿no va a querer mostrarse a ti cuando le buscas de todo corazón?

1. Prepara la oración la noche antes escogiendo el punto al que quieres volver de los días anteriores. Ten en cuenta los aspectos que aporta la reflexión y las lecturas de este capítulo porque te puede ayudar a encontrar nuevas perspectivas para ambos días.
2. Cada mañana comienza disponiéndote a través de la súplica que te abra al don de lo que desees, al Padre, al Hijo y al Espíritu. Pide la intercesión de María para que te muestre el fruto bendito de su vientre.
3. Vuelve al evangelio: léelo con calma, gusta las palabras que estás pronunciando, párate en donde más gustes.
4. Recuerda lo que rezaste en la anterior oración: las notas que tomaste, lo que más te sorprendió.
5. Vuelve a la escena con la vista, el oído, el tacto. Detente todo lo que necesites: mira y déjate mirar; escucha y date cuenta que eres escuchado. No des vuelta a ideas sino abre el corazón a María, a Cristo en su seno, al Padre...

EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS I

Evangelio según san Lucas 2, 6-7

Y mientras estaba allí le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada.

En tan sólo dos versículos describe San Lucas el hecho del nacimiento de Jesucristo, después del camino de Nazaret a Belén para inscribirse en el censo. Son muchas cosas las que no se dicen en el texto: no se habla de la familia de José, si estaba allí o no, si tenían o no una casa, si llevaban muchos días o pocos en la aldea después del viaje, etc, aunque sea mucha tinta la que se ha dejado en discusiones sobre estos temas. Si el evangelista no entra en ellos será porque no tienen mayor importancia, porque su intención es describir en pocas líneas el acontecimiento que ha venido preparando desde el comienzo de su escrito. Es importante, tanto lo que se dice, como lo que no se dice.

Lo primero que llama la atención es que Jesús nace sin ninguna alusión a las características que señalaban al descendiente de David como un gran político, guerrero o rey, más bien, todo el entorno que describe el nacimiento no hace sospechar que nada importante esté sucediendo: una pareja —con la mujer embarazada— se ve forzada, por una cuestión política, a realizar un viaje para inscribirse en el censo en Belén; llega el momento de dar a luz, el albergue está lleno, no hay sitio para ellos y tienen que permanecer en otro lugar, donde al nacer el hijo es recostado en un pesebre.

Pero veamos, cómo, en dos versículos, se está diciendo mucho al indicarnos el misterio que ha sucedido: María es una virgen llamada a ser madre del Hijo de Dios que ha tenido que hacer un largo camino y el niño que nace es el Hijo de Dios y no otro.

Dice el texto que *sucedió que se cumplieron los días del parto*, dicho más literalmente. El verbo ἐπλήσθησαν de πίμπλεμι significa **llenar, colmar**, y tiene un gran sentido teológico, especialmente en los escritos lucanos para designar que alguien está lleno del Espíritu Santo, o de grandes emociones, pero, en un sentido figurado tiene que ver con profecías que se cumplen y un tiempo que llega a su fin. No es un parto al que le ha llegado su momento al haber concluido el tiempo de la gestación, sino que, este alumbramiento tiene que ver con **una profecía que se cumple colmando el tiempo de la espera porque ya ha llegado a su fin: la promesa de Dios hecha a María a través del ángel ha llegado a su término** y, con ello, toda la promesa del Antiguo Testamento.

Quien nace es el *primogénito* —πρωτότοκον— a quien le corresponden todos

los derechos legales y el que tiene que ser ofrecido al Señor. Literalmente, no por el hecho de ser “primero”, necesariamente está indicando que haya más hijos después. Hay textos bíblicos o epitafios funerarios que hablan de primogénito con sentido de unicidad.

Otro de los datos es el lugar del nacimiento: no se dice cuál fue, sino el que no fue: καταλύματι (albergue, posada, o mesón, que pueden traducir algunos). **Allí no había sitio para ellos.** ¿Podría ser el establo de un albergue, probablemente único que había en Belén? Según Fitzmayer, en su comentario al Evangelio de Lucas de este versículo afirma que el sustantivo φάτνη puede significar *establo o comedero* para animales pudiendo ser *un lugar cercado en el que se encerraba animales, a cubierto o al aire libre*. El verbo ἀνέκλινεν (reclino, acostó) *parece exigir el significado de pesebre*, según este exegeta. Es la acción que se realiza después de haberlo envuelto en pañales.

No es una mera casualidad que no haya sitio para ellos. Es la voluntad del Padre que lo disponía, la que hace que su Hijo venga a un lugar en el que no encontraron acomodo para poder estar en pobreza y humildad. Dios lo ha querido para que en ella se manifieste su gloria; que sean los pobres y humildes los que le puedan encontrar. Dios se manifiesta en la pobreza y humildad desde el principio para poder manifestarse en primer lugar a los que comparten esta misma condición.

Con todos estos datos podemos situarnos mejor en el **cómo** y el **dónde** de lo que está sucediendo para comprender mucho mejor el **qué** y el **quién** que nos introduce en el misterio de Dios que se hace presente y ante el que nos tenemos que situar para la oración de contemplación. Unas palabras de **san Agustín** nos pueden ayudar:

“Contempla lo que ha hecho Dios por ti: recibe de este doctor que no habla todavía, la doctrina de tan grande humildad. Tú recibiste en el paraíso tal elocuencia que pusiste nombres a todos los seres vivos; por ti, sin embargo, yace tu creador mudo en un pesebre, sin llamar siquiera a su madre por su nombre.

En aquel vastísimo jardín cubierto de árboles frutales, te perdiste, negándote a obedecer. Él, por obediencia, vino en carne mortal a aquella estrechísima morada para buscar, por su muerte, a los que estaban muertos. Tú, siendo hombre, quisiste ser Dios y percaste. Él, siendo Dios, quiso ser hombre para encontrar nuevamente lo que había perecido. **Tanto te había aplastado la soberbia humana que sólo la humildad divina podía levantarte.**”³¹

Como ayuda para orar contemplativamente, es decir, profundizando en el misterio que tenemos ante nosotros podemos rezar con el himno de las Vísperas del día de Navidad:

Te diré mi amor, Rey mío,
en la quietud de la tarde,
cuando se cierran los ojos

³¹ SAN AGUSTÍN, *Sermón. 188, 3 sobre la Navidad*, OC XXIV.

y los corazones se abren.

Te diré mi amor, Rey mío,
con una mirada suave,
te lo diré contemplando
tu cuerpo que en pajas yace.

Te diré mi amor, Rey mío,
adorándote en la carne,
te lo diré con mis besos,
quizá con gotas de sangre.

Te diré mi amor, Rey mío,
con los hombres y los ángeles,
con el aliento del cielo
que espiran los animales.

Te diré mi amor, Rey mío,
con el amor de tu Madre,
con los labios de tu Esposa
y con la fe de tus mártires.

Te diré mi amor, Rey mío,
¡oh Dios del amor más grande!
¡Bendito en la Trinidad,
que has venido a nuestro valle! Amén.

PARA REZAR MEJOR

Pocos versículos del evangelio para contemplar un acontecimiento de una gran magnitud: Dios se ha hecho uno de nuestra carne, ha nacido como uno de nosotros, de una manera pobre y humilde. Está ante nosotros acostado en un pesebre. Es el Misterio que tenemos que contemplar, ante el que hay que admirarse y orar si el Señor nos lo concede.

1. Para contemplar la “humildad de Dios” hay que situarse desde la humildad porque lo que se pone ante nosotros supera cuanto podríamos imaginar; hay que pedir con todo el corazón la gracia para poder intuir y contemplar lo que está ante nuestros ojos. Busca tus palabras para suplicar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo que te sea concedida esa gracia.
2. Fíjate en los verbos del texto: se cumplió, dio a luz, lo envolvió y lo recostó. Trata de imaginar a la Virgen María, en ella se da lo que se nos describe y es

ella la que lo realiza, no te será difícil poder mirarla.

3. Sitúate en la escena. San Ignacio cuando invita a contemplar la dice “haciéndome yo un pobrecito y esclavito indigno, mirándolos, contemplándolos, y sirviéndolos en sus necesidades, como si presente me hallase, con todo acatamiento y reverencia posible.” Hazlo así o como más te pueda ayudar.
4. Ante lo que contemplas, si te ayuda a entrar más en “lo que está sucediendo” puedes leer el texto de San Agustín, no para hacer una meditación o sacar conclusiones, sino para comprender interiormente el Misterio del Nacimiento del Hijo de Dios. Léelo mirando lo que tienes ante ti.
5. Entra en diálogo con María, con José, habla a Cristo en el pesebre, con el Padre que está viendo a su Hijo Unigénito en esas condiciones.
6. Toma nota de lo que te parece más importante que has visto y oído, de los sentimientos que han nacido en ti, de las palabras que has podido pronunciar o de lo difícil que puede ser articular palabras cuando nos encontramos ante el Misterio de Dios.

EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS II: EL ANUNCIO A LOS PASTORES

Evangelio según san Lucas 2, 8-14

En aquella región había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño.

Y un ángel del Señor se les presentó; la gloria del Señor los envolvió de claridad, y se llenaron de gran temor.

El ángel les dijo:

—«No temáis, os traigo una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.»

De pronto, en torno al ángel, apareció una legión del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo:

—«Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor.»

El anuncio a los pastores está descrito con la simbología de las teofanías de Dios en el Antiguo Testamento: *el ángel del Señor se les presentó; la gloria del señor los envolvió de claridad, y se llenaron de gran temor*. Esta manifestación provoca en los testigos un gran sobrecogimiento. Estamos más acostumbrados a leer teofanías de Dios directamente o a través del *ángel del Señor* a personas concretas, especialmente ligado a vocaciones particulares para alguna misión; en este caso no hay destinatario, sino destinatarios: unos pastores. Ya, en el Magnificat, había resonado a través de la voz de María, la acción de Dios que enaltece a los humildes, como en este caso, haciéndoles partícipes del gran acontecimiento que acaba de suceder, *una buena noticia que será alegría para todo el pueblo* porque ha nacido el *salvador*. El signo será un niño envuelto en pañales acostado en un pesebre.

Si en toda la tradición veterotestamentaria los pastores eran bastante apreciados, tanto por la presencia de los reyes-pastores como David, como por la misma identidad de Dios como pastor de su pueblo, **en la época de Jesús se les consideraba como gente ignorante que no conocían la ley ni la llevaban a la práctica**. El tercer evangelio querrá dejar claro que Dios elige a los más pobres y humildes para hacerles partícipes de la Buena Noticia de la salvación de una forma muy especial: Nazaret, María, José, Belén, ahora, los pastores.

Veamos algunos detalles más concretos que nos da el texto evangélico: nuestra traducción habla de pastores que pasaban la noche al aire libre, otras que vivían o pernoctaban al raso. El texto griego utiliza el término ἀγραυλοῦντες que vendría de la unión de otras dos palabras ἀγρός (campo) y αὐλή, que aparece en el

Nuevo Testamento para designar un patio, recinto cerrado, mansión o el atrio de una casa. Unidas forman el verbo ἀγρᾱυλέω, es decir vivir al aire libre; la forma de participio indica que era su manera propia de vivir, al menos en esa época del año. ¿Por qué me detengo en este término? Muy sencillo, indica la forma habitual de vida de aquellos pastores: no tienen una casa fija ni techo donde cobijarse, como indica Fitzmayer *habían convertido el campo en su propia casa*, de manera que es ahí, **en el lugar donde pasan la vida, en este momento, de noche**, y en una **actitud de vigilancia** sobre el rebaño, el contexto en el que, no sólo aparece un ángel para darles una buena noticia, sino que se manifiesta la **gloria del Señor** (δόξα κυρίου). En el Antiguo Testamento, Dios nunca se presenta personalmente, nadie puede contemplar su rostro, pero manifiesta su gloria (en hebreo kabôd), es decir, **el resplandor o brillo de su ser, la majestuosidad de la divinidad** que sí puede contemplar el pueblo, y que, por ejemplo, quedaba impresa en el rostro de Moisés después de hablar con Yahvéh. Así, el ángel del Señor está manifestado el resplandor de la divinidad, y no sólo un mensaje, Dios mismo se está haciendo presente en la revelación de su gloria a través del ἄγγελος. Con estos datos se entiende el temor que produce en los pastores, literalmente **temieron con gran temor** (ἐφοβήθησαν φόβον μέγαν). Si la manifestación de Dios a través del ángel es grande, grande será el temor o sobrecogimiento que produce en esos hombres.

Pero no sólo hay presencia de Dios sino también unas palabras que se dirigen a estos hombres: primero, **sacarlos del temor** –no temáis-, segundo, **el anuncio de una buena noticia** (εὐαγγελίζομαι), un evangelio. Si toda la palabra de Jesús es una Buena Noticia, aquí lo es ya su persona: él es el salvador que el pueblo ha estado esperando durante mucho tiempo; pero **el anuncio conlleva un gran contraste: es un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre**. Este niño no es un signo de salvación sino el **salvador que es Mesías y Señor** (σωτὴρ ὃς ἐστὶν Χριστὸς κύριος).

Ahora podemos imaginar el impacto que produjo en aquellos pobres y humildes hombres la manifestación de Dios que anuncia –¡a ellos!– un salvador así. **El mensaje más grande, la buena noticia esperada se manifiesta con todo su esplendor a los que no recibirían nunca grandes noticias, pero, toda la gloria conduce a las señales pobres que identifican al salvador**. El anuncio tiene un signo que garantizará la veracidad del anuncio: un niño recién nacido, en un pesebre, porque no había sitio para él en otro lugar.

La presencia del ejército celestial que alaba a Dios viene a enfatizar y dar un mayor contenido a lo que pasado y se está anunciando, siendo en este momento una muchedumbre del ejército celestial la que glorifica a Dios y desea la paz a los hombres que Dios ama o de su complacencia –εὐδοκίας–, que algunos autores traducen.

SAN PEDRO CRISÓLOGO

“Al llegar el Señor y Salvador nuestro, y al hacer su aparición corporal, los ángeles, dirigiendo los coros celestiales, evangelizaban a los pastores diciendo: Os traigo la buena noticia, la gran alegría para todo el pueblo. Utilizando las mismas palabras de

los santos ángeles, también nosotros os anunciamos una gran alegría. Hoy, en efecto, la Iglesia está en paz; hoy la nave de la Iglesia ha llegado a puerto; hoy, carísimos, es ensalzado el pueblo de Dios y humillados los enemigos de la verdad; hoy Cristo se alegra y el diablo gime; hoy los ángeles viven en la exultación y los demonios están en la confusión. ¿Qué más diré? Hoy Cristo, que es el rey de la paz, enarbolando su paz puso en fuga las divisiones, llenó de confusión a la discordia y, como al cielo con el esplendor del sol, así ilumina a la Iglesia con el fulgor de la paz. Porque hoy os ha nacido un salvador.

¡Qué deseable es la paz! ¡Qué fundamento más estable es la paz para la religión cristiana y qué ornato celeste para el altar del Señor! ¿Qué podríamos decir en elogio de la paz? La paz es el nombre personal de Cristo, como dice el Apóstol: Cristo es nuestra paz, él ha hecho de los dos pueblos una sola cosa. Ahora bien: así como ante la visita de un rey se limpian las plazas y toda la ciudad es un festín de luces y flores, de modo que no haya nada que ofenda la vista del ilustre visitante, lo mismo ahora: ante la venida de Cristo, rey de la paz, hay que quitar de en medio toda tristeza y, ante el resplandor de la verdad, debe ponerse en fuga la mentira, desaparecer la discordia, resplandecer la concordia.

Por eso, aun cuando en la tierra los santos hacen el panegírico de la paz, donde sus elogios logran la cota máxima es en el cielo: la alaban los santos ángeles y dicen: Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que Dios ama.

Ya veis, hermanos, cómo **todas las criaturas del cielo y de la tierra se intercambian el don de la paz: los ángeles del cielo anuncian la paz a la tierra, y los santos de la tierra alaban al unísono a Cristo**, que es nuestra paz, ascendido ya a los cielos; y los místicos coros cantan a una sola voz: ¡Hosanna en el cielo!

Digamos, pues, también nosotros con los ángeles: **Gloria a Dios en el cielo, que humilló al diablo y exaltó a Cristo; gloria a Dios en el cielo, que puso en fuga a la discordia y consolidó la paz.**³²

PARA REZAR MEJOR

Los versículos de ayer eran una invitación a mirar el Misterio del Nacimiento sin grandes apoyos, únicamente con lo que la misma escena nos prestaba. Hoy podemos volver al mismo misterio desde un ángulo distinto: la escucha del anuncio de lo sucedido para poder profundizar mejor en ello a través de la “epifanía” a los pastores, de la manifestación de la gloria de Dios y de las palabras que revelan, una vez más, el contenido de lo que acaba de pasar en ese lugar de Belén.

La Buena Noticia se escucha y se ve, son palabras y son hechos: el nacimiento de Dios en la carne en el niño de Belén es el hecho que se pone delante de nosotros. Lo que se anuncia a los pastores se proclama a todos aquellos que no

³² SAN PEDRO CRISÓLOGO, *Sermón 149.*, Oficio de Lecturas de la Natividad del Señor, Año Impar, Leccionario Bienal Bíblico Patristico de la Liturgia de las Horas III. Ediciones Montecasino.

lo han podido vivir en primera persona. Las palabras aclaran lo sucedido y, al mismo tiempo, remiten al signo del niño en el pesebre, en donde quedan confirmadas. Un niño en un pesebre podría ser sólo eso, pero las palabras del ángel expresan el contenido a quienes no han sido testigos de lo que ha sucedido en María. Esas palabras no serían nada si, al final del camino, no se encontrara lo que el ángel anuncia. La gloria de Dios sería únicamente un resplandor y, las palabras, quizá, una alucinación.

1. Como siempre pide luz a Dios para que puedas escuchar las palabras que oyen los pastores dirigidas a ti, de una manera nueva para que iluminen el Misterio de Belén.
2. Quien pasa la noche al aire libre, sin techo donde cobijarse, en una situación de pobreza puede escuchar el anuncio con la sorpresa que produce. Si experimentas en ti estas situaciones tendrás oportunidad de poder oír a quien te explica lo que ayer contemplabas.
3. Escucha las palabras del ángel y mira a los pastores envueltos por la luz de la gloria de Dios. Párate donde adquieran mayor sentido o quédate observando a la vez que escuchas ¿Te podrías colocar en la escena como un pobre pastor más?
4. Habla de lo que has visto, pide que se te aclare mejor, que puedas comprender que a ti, llamado a ser pastor se te pide entrar por la puerta de la humanidad de Cristo, el niño de Belén.

EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS III: LA ADORACIÓN DE LOS PASTORES

Evangelio según san Lucas 2, 15-20

Cuando los ángeles los dejaron y subieron al cielo, los pastores se decían unos a otros:

—«Vamos derechos a Belén, a ver eso que ha pasado y que nos ha comunicado el Señor.»

Fueron corriendo y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que les habían dicho de aquel niño.

Todos los que lo oían se admiraban de lo que les decían los pastores. Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Los pastores se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído; todo como les habían dicho.

Continúa nuestro relato con la acción de los pastores: toda la experiencia vivida ha puesto en sus corazones el deseo de ir a ver aquello que se les ha anunciado y, como siempre que alguien es tocado por Dios, se encaminan de prisa hacia lo que les aguarda. No es posible permanecer sentados, ni se puede caminar despacio porque se sienten urgidos a llegar cuanto antes al lugar que se les ha indicado. Ellos han comprendido que era un anuncio directo del Señor —*que nos ha comunicado el Señor*— no una mera alucinación, no pudiendo permanecer parados: **cuando Dios enciende el deseo del corazón no se puede permanecer indiferente**, cuando Dios interviene suscita la necesidad de ir de prisa, de la misma manera que hizo María al encaminarse a casa de Isabel.

No cuesta imaginar la profunda conmoción producida en aquellos hombres humildes, hablándose y urgiéndose unos a otros para ir a contemplar lo que Dios les había manifestado.

No dice el texto si el camino fue largo o corto, si llevaban o no parte del rebaño para realizar una ofrenda, no parece importar excesivamente al evangelista —aunque en ello sí se ha recreado la devoción popular— pero sí aparecen un par de datos interesantes:

1. cuando llegan informan del mensaje que habían recibido sobre el niño, es decir la identidad que parecía oculta (el Mesías, el Señor).
2. Son los mismos pastores los que la manifiestan, de manera que los anunciados se convierten en anunciadores para aquellos que se encuentran ante el niño.

¿Quiénes son **todos los oyentes** (πάντες οἱ ἀκούσαντες)? ¿Se refieren a María y José? ¿Había ya más personas en torno a ellos? La distancia entre todos estos que se maravillaban y la actitud de María –que guardaba todas estas cosas en el corazón– hacen pensar que eran más las personas que encontraron los pastores en torno a María, José y el Niño. Detengámonos en dos detalles que aparecen en el relato:

1. Dice el evangelista que toda la gente que les escuchaba se maravillaba (ἐθαύμασαν). El verbo θαυμάζειν tiene una gran importancia, significa maravillarse, asombrarse; de las cuarenta y tres veces que aparece en el Nuevo Testamento, Lucas lo recoge trece veces, el que más. Manifiesta el asombro que produce la contemplación de algo. Tiene que ver, tanto en el griego profano como en el bíblico, con la reacción de las personas ante las manifestaciones divinas.
2. María conservaba todas estas cosas en el corazón. Fijémonos de nuevo en el verbo: συμβάλλουσα, de συμβάλλω. Es utilizado exclusivamente por Lucas en el Nuevo Testamento y, dependiendo del contexto tiene diferentes significados. Fitzmayer, en su comentario al evangelio de Lucas, recoge una interpretación del verbo que resulta muy interesante: *acertar con el sentido exacto*, atribuyendo a María una comprensión plena del significado de las palabras de los pastores. Este matiz lo recogen otros autores, pudiendo decir que significaría **guardar en el corazón captando el verdadero sentido**. No sólo hay memoria sino memoria afectiva creyente. De esta manera, las palabras del ángel y el canto de los coros angélicos vendrían a confirmar el mismo anuncio que ella un día recibió. La Virgen, por tanto escucha a los pastores de una manera muy diferente a como pueden hacer el resto de los oyentes.

SAN GREGORIO NACIANCENO

“El Hijo de Dios en persona, aquel que existe desde toda la eternidad, aquel que es invisible, incomprensible, incorpóreo, principio de principio, luz de luz, fuente de vida e inmortalidad, expresión del supremo arquetipo, sello inmutable, imagen fidelísima, palabra y pensamiento del Padre, él mismo viene en ayuda de la criatura, que es su imagen: por amor del hombre se hace hombre, por amor a mi alma se une a un alma intelectual, para purificar a aquellos a quienes se ha hecho semejante, asumiendo todo lo humano, excepto el pecado. Fue concebido en el seno de la Virgen, previamente purificada en su cuerpo y en su alma por el Espíritu (ya que convenía honrar el hecho de la generación, destacando al mismo tiempo la preeminencia de la virginidad); y así, siendo Dios, nació con la naturaleza humana que había asumido, y unió en su persona dos cosas entre sí contrarias, a saber, la carne y el espíritu, de las cuales una confirió la divinidad, otra la recibió.

Enriquece a los demás, haciéndose pobre él mismo, ya que **acepta la pobreza de mi condición humana para que yo pueda conseguir las riquezas de su divinidad**.

Él, que posee en todo la plenitud, se anonada a sí mismo, ya que, por un tiempo, se priva de su gloria, para que yo pueda ser partícipe de su plenitud.

¿Qué son estas riquezas de su bondad? ¿Qué es este misterio en favor mío? Yo recibí la imagen divina, mas no supe conservarla. Ahora él asume mi condición humana, para salvar aquella imagen y dar la inmortalidad a esta condición mía; establece con nosotros un segundo consorcio mucho más admirable que el primero.

Convenía que la naturaleza humana fuera santificada mediante la asunción de esta humanidad por Dios; así, superado el tirano por una fuerza superior, el mismo Dios nos concedería de nuevo la liberación y nos llamaría a sí por mediación del Hijo. Todo ello para gloria del Padre, a la cual vemos que subordina siempre el Hijo toda su actuación.

El buen Pastor que dio su vida por las ovejas salió en busca de la oveja descarriada, por los montes y collados donde sacrificábamos a los ídolos; halló a la oveja descarriada y, una vez hallada, la tomó sobre sus hombros, los mismos que cargaron con la cruz, y la condujo así a la vida celestial.

A aquella primera lámpara, que fue el Precursor, sigue esta luz clarísima; a la voz, sigue la Palabra; al amigo del esposo, el esposo mismo, que prepara para el Señor un pueblo bien dispuesto, predisponiéndolo para el Espíritu con la previa purificación del agua.

Fue necesario que Dios se hiciera hombre y muriera, para que nosotros tuviéramos vida. Hemos muerto con él, para ser purificados; hemos resucitado con él, porque con él hemos muerto; hemos sido glorificados con él, porque con él hemos resucitado [...]”³³

PARA REZAR MEJOR

Con la misma actitud que los pastores, “aprisa” nos dirigimos hacia el lugar en el que se encuentran María, José y Jesús en el pesebre pudiendo constatar que las palabras que escuchamos eran verdad. Podemos decir que nos acercamos al pesebre con un conocimiento mayor por lo que hemos escuchado al ángel.

Los pastores nos manifiestan la actitud con la que tenemos que acercarnos al misterio de Belén, como al resto de la vida de Cristo. Algo hemos oído que se nos ha dicho y ha hecho que crezcamos en deseo de conocer más interiormente, nos pone en movimiento y nos acerca, movidos por el amor, a encontrarnos con el Señor que nos aguarda. Si cada día nos dispusiéramos así a la oración, si pudiéramos acercarnos con el mismo deseo que los pastores podríamos maravillarnos una vez tras otra por aquello que contemplamos.

1. Hay dos cosas que podríamos pedir en el comienzo de nuestra oración: poder admirarnos como todos aquellos que se encontraban en torno a Jesús, un niño en un pesebre, y, poder guardarlo en el corazón como su Madre, con el conocimiento más verdadero de lo que está sucediendo. Pide

³³ SAN GREGORIO NACIANCENO, Sermón 45, 9. 22. 26. 28, Oficio de Lecturas Martes I de Adviento.

con las propias palabras que mejor puedan manifestar lo que tu corazón desea.

2. Lee el relato del evangelio, haciendo pausa, sin querer correr. Es el corazón el que no se detiene, pero, la mente y el entendimiento no tienen que apresurarse para no perder ninguno de los detalles.
3. Ve corriendo con los pastores, ponte junto al establo y escucha las palabras que explican todo lo que han oído: mira y escucha, pon tu mirada en Jesucristo y admírate porque lo que estás oyendo es verdad en ese niño.
4. Avanza entre la gente y ponte ante el Hijo de Dios y deja que sea el afecto el que hable; si vas corriendo él está parado esperando, quédate junto a él, no te preocupes si no tienes mucho que decir: él es la Palabra que, sin palabras, puede llenar el silencio.
5. Pide a la Virgen que te ayude a comprender lo que guarda en el corazón, como madre y como creyente.

EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS IV: REPETICIÓN

Primera carta del apóstol san Juan 1, 1-4

Queridos hermanos:

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de la vida, –pues la vida se manifestó y nosotros la hemos visto y damos testimonio, y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó–; lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo. Les escribimos estas cosas para que nuestra alegría sea completa.

El objeto de la repetición es poder profundizar en el misterio contemplado para permitir que impregne más nuestra vida, que nos pueda afectar más interiormente y que nos vaya transformando en aquello que contemplamos en la medida que se va evangelizando nuestro deseo. No es posible estar ante Cristo en el pesebre, con María y José y que algo de nosotros no se conmueva ante la imagen de Dios con nosotros en un pobre niño.

No se repite para aprender sino para que la parte de nuestra memoria afectiva, que va vinculada a la experiencia espiritual y de fe, quede mucho más afectada; para que de verdad podamos ser tocados por Dios y su huella permanezca en nosotros. Todos sabemos que cuando oímos a alguien que habla de algo que verdaderamente le ha afectado lo hace de una manera distinta que quien está relatando simplemente unos hechos. Seguramente que con la vista, el oído y el recuerdo que ha quedado impreso en el corazón podemos volver sobre lo que ha sucedido, pudiéndolo comprender en un sentido mucho más hondo.

Para nosotros la palabra “repetir” suele ir vinculado a experiencias menos agradables, algo que no hemos superado y que tenemos que hacer de nuevo o de lo que nos hemos retirado porque nos sentíamos incapaces. Por ello, puede haber una dificultad primera que es necesario superar; para ello, sería necesario tener presente también todas las cosas que nos han gustado y que nos apetecería volver a experimentar. Si la oración ha sido dificultosa, el deseo no nos llevará a querer repetir sino a pasar de largo, pero, no olvidemos que es el mismo misterio de Dios el que nos invita a volver a él para que no perdamos nada de lo que nos ofrece.

Esta manera de orar no excluye poder añadir algún elemento nuevo a la oración que aporte más contenido y hondura a lo que hemos tenido ante nosotros los días anteriores, pero no es más materia, es decir, con lenguaje químico, aumenta la densidad de la concentración pero no se añade un nuevo concentrado: la disolución es la misma pero con más soluto en la disolución. Como en toda

concentración hay que evitar que se añada más de la cuenta y que la reacción pueda precipitar, por eso no conviene incrementar más de lo necesario. Aun así, **cada persona debe elegir qué es lo que le ayuda a profundizar y qué puede ser una distracción que le aleja** de poder gustar y sentir interiormente con más serenidad y hondura.

Os propongo un texto de la primera carta de Juan que puede orientarnos a la hora de volver sobre la oración de los días pasados aportando su propia perspectiva creyente:

San Juan habla de lo que nosotros estamos haciendo: oír, ver, contemplar, tocar lo que existía desde el principio, la Palabra de la vida que se ha hecho presente en la carne de Cristo, que nos hace entrar en comunión con él y con el Padre. Así, podemos ver que lo que nosotros realizamos no es una novedad sino que pertenece a la esencia de la experiencia apostólica y a la transmisión de la fe.

Todo esto es lo que hemos de profundizar volviendo al camino recorrido para que no perdamos de vista nada de lo que Dios está poniendo ante nosotros. Para hacer todo esto cuentas con lo que has ido contemplando estos días. **No es ya lo que se te ha dicho, sino lo que tú has visto y oído. Pero, además de todo eso, cuentas con la vista y el oído de la Iglesia, que pone ante ti lo que ha recibido; con el dedo de la Iglesia que señala hacia dónde tienes que mirar para que no te pierdas en medio del camino.** No quita nada a lo que tú has percibido pero añade el gusto de una tradición que nos enseña a no perdernos en el abismo que es el misterio del Dios hecho carne. Para ello contamos con dos pequeños textos de dos grandes santos y padres de la Iglesia: san Ambrosio y san Gregorio Nacianceno. Podemos hacer uso de ellos cada uno de los días, teniendo como telón de fondo la lectura de la primera carta de Juan. Con el contenido que recibes puedes acercarte a volver a gustar la oración que has hecho antes.

SAN AMBROSIO

Jesús ha sido pequeño, ha sido niño, para que tú puedas ser varón perfecto; ha sido ligado con pañales para que tú puedas ser desligado de los lazos de la muerte; **ha sido colocado en un pesebre para que tú puedas ser colocado sobre los altares**: vino a la tierra para que tú puedas estar entre las estrellas; no tuvo lugar en la posada para que tú tengas muchas mansiones en el cielo (Jn 14, 2). *Él, siendo rico, se hizo pobre por nosotros a fin de que fuéramos enriquecidos por su pobreza* (II Co 8, 9). **Luego, aquella pobreza es mi patrimonio y la debilidad del Señor, mi fortaleza.** Prefirió para sí la indigencia a fin de ser abundancia para todos. Me purifican los vagidos de ese niño, esas lágrimas han lavado mis delitos. Pues, ¡Oh Jesús mío!, más deudor a las injurias de mi redención que a tus obras de mi creación. De nada me hubiera servido haber nacido sin el provecho de la redención.”³⁴

³⁴ SAN AMBROSIO, *Tratado sobre el Evangelio de san Lucas II, 41*, Obras de San Ambrosio I, BAC, Madrid, 1966.

SAN GREGORIO NACIANCENO

“Cristo ha nacido: ¡Glorificadlo! Cristo ha descendido del cielo: ¡Salid a su encuentro! Cristo está en la tierra: ¡Exaltadlo! «Cantad al Señor toda la tierra», porque para traer a unidad estas dos cosas, «alégrese el cielo, goce la tierra», quien era celeste se hizo terreno. **Cristo se ha encarnado: ¡Regocijaos con temor y alegría! Con temor por vuestra culpa, con alegría por la esperanza vuestra.** Cristo ha nacido de la Virgen: mujeres, sed vírgenes para que lleguéis a ser madres de Cristo. ¿Quién no se prosterna ante quien es desde el principio? ¿Quién no glorifica al que es el final?

De nuevo **la tiniebla se disuelve**, de nuevo se anuncia la luz, de nuevo es Egipto castigado con la oscuridad, de nuevo Israel alumbrado con columna de fuego. El pueblo que permanece en la oscuridad de la ignorancia vea la gran luz del conocimiento. «Han pasado las cosas antiguas, todo cuanto existe ha sido recreado». **La letra cede**, el espíritu es superior, las sombras declinan, amanece la verdad. **Se adivina a Melquisedec**: el que no tiene madre aparece sin padre. Primero sin madre, luego sin padre. Las leyes de la naturaleza tocan a su fin. Debe cumplirse el mundo superior. Cristo lo ordena, no nos opongamos. «Pueblos todos, batid palmas», porque «nos ha nacido un niño, un hijo se nos ha dado, lleva el poder sobre sus hombros» —en efecto, fue alzado juntamente con su cruz— es llamado «ángel del gran consejo» —esto es, del consejo del Padre—. Grite Juan: «preparad el camino del Señor». Yo pregonaré el significado de este día: se encarnó quien era incorpóreo, **el Lógos toma cuerpo, el invisible es visto, se hace tangible el intangible, comienza quien está fuera del tiempo. El Hijo de Dios se convierte en Hijo del Hombre.** «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos». Que se escandalicen los judíos, burlense los griegos, hablen sin medida los herejes. Creerán cuando vean que desciende del cielo, y si ni siquiera creen entonces, creerán cuando lo contemplen descendiendo del cielo sentado como juez.”³⁵

PARA REZAR MEJOR

Para la oración personal, cada uno de los días elige aquello en lo que quieres profundizar desde la luz que has recibido los días anteriores. Prepara la oración del día siguiente recordándolo y enriqueciéndolo con los textos que aparecen en esta hoja, si te pueden ser de ayuda.

1. Comienza a orar con la súplica acostumbrada pidiendo al Espíritu Santo que te permita poder comprender la profundidad del misterio que tienes ante ti.

³⁵ SAN GREGORIO NACIANCENO, *Homilía 38 sobre la Natividad, 1-2*, Homilías sobre la Natividad. Ciudad Nueva, Madrid, 1986.

2. Vuelve al texto evangélico y sitúate de nuevo en la escena con lo que rezaste los días anteriores. Considera los aspectos en los que recibiste más luz o más dificultad en las anteriores oraciones para poder volver a gustar o profundizar lo que ya se te ha mostrado.
3. Mira lo que tienes ante ti, deja que el Espíritu te pueda descubrir lo que tienes delante y no quieras forzar la oración. Espera, pide y Dios te dará lo que más te conviene en este momento. Lo importante es la fidelidad.
4. Si te puede ayudar incorpora la lectura de algunos de los textos que encuentras en esta repetición haciéndolo ante la escena que estás contemplando.
5. Concluye siempre con un diálogo con el Padre que te entrega a su Hijo, con Cristo en el pesebre y con la Virgen María.

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

Evangelio según san Mateo 2, 1-12

Jesús nació en Belén de Judea en tiempos del rey Herodes.

Entonces, unos magos de Oriente se presentaron en Jerusalén preguntando:

—«¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo.»

Al enterarse el rey Herodes, se sobresaltó, y todo Jerusalén con él; convocó a los sumos sacerdotes y a los escribas del país, y les preguntó dónde tenía que nacer el Mesías.

Ellos le contestaron:

—«En Belén de Judea, porque así lo ha escrito el profeta:

"Y tú, Belén, tierra de Judea,
no eres ni mucho menos la última
de las ciudades de Judea,
pues de ti saldrá un jefe
que será el pastor de mi pueblo Israel."»

Entonces Herodes llamó en secreto a los magos para que le precisaran el tiempo en que había aparecido la estrella, y los mandó a Belén, diciéndoles:

—«Id y averigüad cuidadosamente qué hay del niño y, cuando lo encontréis, avisadme, para ir yo también a adorarlo.»

Ellos, después de oír al rey, se pusieron en camino, y de pronto la estrella que habían visto salir comenzó a guiarlos hasta que vino a pararse encima de donde estaba el niño.

Al ver la estrella, se llenaron de inmensa alegría. Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron; después, abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra.

Y habiendo recibido en sueños un oráculo, para que no volvieran a Herodes, se marcharon a su tierra por otro camino.

La intención de los Magos de Oriente queda definida por sus mismas palabras cuando llegan a Jerusalén: *hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo*. Hay un largo camino recorrido por aquellos hombres en busca de aquel que trae la salvación a través del pueblo judío y el único signo que les mueve en todo este itinerario es el hecho de haber visto salir su estrella.

Es muy probable que fueran unos sabios, astrólogos que conocían las profecías propias del mesianismo judío y en los que el evangelio de Mateo ve a **los representantes de las religiones que vuelven la mirada a las promesas del**

judaísmo en busca de la salvación, por ello, su primera intención les conduce a Jerusalén, lugar en el que residen la esperanza de estas promesas. **Acuden a los sacerdotes, incluso al propio Herodes** para indagar sobre lo que ellos podrían conocer mejor. Pero la realidad era bien distinta porque **había quedado oculto a sus ojos y se había revelado a los más humildes**; así y todo, aquellos que no lo han conocido ejercen su función de custodios y orientadores que les permiten poder encaminarse al lugar en el que había nacido el salvador dándoles a conocer las palabras del profeta Miqueas que señalaban hacia Belén. **Ni lo quieren aceptar ni lo reconocen pero se hacen necesarios para que estos hombres puedan llegar a su destino**, como si el mismo Dios contara con aquellos que van a rechazarle más explícitamente para ayudar a los Magos a poder descubrir a quien buscaban. Así, la promesa de Dios se da a conocer mediante aquellos que **han sido depositarios de la misma durante siglos pero que ahora ha quedado abierta también a los pueblos paganos**. Según afirma el Catecismo de la Iglesia Católica, *en estos "magos", representantes de religiones paganas de pueblos vecinos, el Evangelio ve las primicias de las naciones que acogen, por la Encarnación, la Buena Nueva de la salvación* (528).

Como los Magos que buscan la verdad revelada, nosotros nos dirigimos en esta mañana, una vez más, hacia Belén para poder hacer lo mismo que estos hombres: adorarle y ofrecer nuestros dones.

1. Detengámonos en el primer verbo: adorarle, en griego προσκυνῆσαι αὐτῷ. En el evangelio de Mateo, junto con Juan y el Apocalipsis, son los lugares donde más aparece el verbo προσκυνέω. Se utiliza para designar **una manera de participar en el culto divino del Templo y suele ir unido a la postración**. Si en el griego extrabíblico el significado abarcaba desde la adoración al aprecio y el respeto, en el Nuevo Testamento designa la postura en que las personas se acercan a Jesús y contemplan el resplandor de Dios en su persona. Es el mismo verbo que el Tentador utiliza para pedir a Jesús la adoración y que el Señor rechaza señalando que sólo Dios es digno de adoración (proskynesis). En resumen, es el acto por el cual **se reconoce a Jesús como el Hijo de Dios que merece ser adorado de igual forma que Dios mismo**. Teniendo en cuenta estos datos se comprende la turbación que produce en Herodes las palabras de los Magos al vincular la búsqueda del Rey de los Judíos —Mesías— con un acto de adoración que es debido a Dios.
2. El volver a ver la estrella parada delante del lugar donde se encontraba Jesús vuelve a producir en estos hombres **la misma alegría** —literalmente *con mucha grande alegría*— **de la que se llenaron los pastores** y, al estar ante él, se postran como gesto de adoración. La segunda acción que realizan es la ofrenda de los dones (θησαυρούς) que viene a complementar el acto de adoración. La forma verbal que encontramos —προσήνεγκαν— lo manifiesta de una forma precisa, siendo el mismo verbo que en la carta a los Hebreos expresa la ofrenda que Jesús hace de sí mismo a al Padre. Si este verbo aparece en ocasiones con el significado de traer o llevar —a veces los enfermos ante Jesús—, en este caso, manifiesta la entrega de dones que va unida a la adoración del Niño de Belén como Hijo de Dios. Las ofrendas fueron el incienso y la mirra, propios de Arabia al que se pudieron añadir

unas monedas de oro. En ello la tradición siempre ha visto la ofrenda a Cristo como rey, como Dios y, al hombre, como mortal. Así, al rey, Dios y hombre se le anuncia anticipadamente la muerte y la sepultura.

SAN LEÓN MAGNO

“Así pues, que todos los pueblos vengan a incorporarse a la familia de los patriarcas, y que los hijos de la promesa reciban la bendición de la descendencia de Abrahán, a la cual renuncian los hijos según la carne. Que todas las naciones; en la persona de los tres Magos, adoren al Autor del universo, y que Dios sea conocido, no ya sólo en Judea, sino también en el mundo entero, para que por doquier sea grande su nombre en Israel.

Instruidos en estos misterios de la gracia divina, queridos míos, celebremos con gozo espiritual el día que es el de nuestras primicias y aquél en que comenzó la salvación de los paganos. Demos gracias al Dios misericordioso quien, según palabras del Apóstol, nos ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz; él nos ha sacado del dominio de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido. Porque, como profetizó Isaías, el pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban en tierra de sombras, y una luz les brilló. También a propósito de ellos dice el propio Isaías al Señor: Naciones que no te conocían te invocarán, un pueblo que no te conocía correrá hacia ti.

Abrahán vio este día, y se llenó de alegría, cuando supo que sus hijos según la fe serían benditos en su descendencia, a saber, en Cristo, y él se vio a sí mismo, por su fe, como futuro padre de todos los pueblos, dando gloria a Dios, al persuadirse de que Dios es capaz de hacer lo que promete.

También David anunciaba este día en los salmos cuando decía: *Todos los pueblos vendrán a postrarse en tu presencia, Señor; bendecirán tu nombre; y también: el Señor da a conocer su victoria, revela a las naciones su justicia.*

Esto se ha realizado, lo sabemos, en el hecho de que tres magos, llamados de su lejano país, fueron conducidos por una estrella para conocer y adorar al Rey del cielo y de la tierra. **La docilidad de los magos a esta estrella nos indica el modo de nuestra obediencia, para que, en la medida de nuestras posibilidades, seamos servidores de esa gracia que llama a todos los hombres a Cristo.**³⁶

³⁶ SAN LEÓN MAGNO, *Sermón 3 en la Epifanía del Señor*, 1-3.5. Oficio de Lecturas de la Epifanía del Señor.

PARA REZAR MEJOR

Son muchos los detalles que nos podrían ayudar a orar con este texto, pero propongo que podamos hacer lo mismo que realizaron los Magos ante el Señor: la adoración y la ofrenda para llenarnos de gran alegría al estar una vez más ante Cristo, Dios hecho hombre por nuestra salvación. Nos podríamos fijar también en lo que significa el itinerario de la fe en medio de la noche guiados por la estrella y la obediencia a este deseo puesto en sus corazones, considerando tantas personas y acontecimientos que nos han llevado hasta el Señor. Si a alguien le ayuda puede hacerlo.

1. Pide al Señor el don de la oración, de la contemplación, que puedas salir de ti mismo para poder reconocer la presencia de Dios en Cristo, adorarle y ofrecerle también tus propios dones.
2. Trata de situarte en la escena, más que querer comprender todos los datos que aparecen en el evangelio para que puedas estar con tu mirada ante lo que Mateo quiere poner enfrente de ti.
3. Como los Magos, póstrate ante el Señor. Son ya varios los días que estamos ante el Misterio de Dios, hecho hombre, presente en Cristo. Puede ser más sencillo que, más que con muchas palabras, adores a Jesucristo ante la mirada de su madre y de José postrándote ante él.
4. ¿Qué puedo yo ofrecer? Seguro que es una pregunta que te surge, no tienes ni oro, ni incienso –aunque más accesible– ni mirra. Ofrécele tu propia vida, es la mejor ofrenda agradable a Dios. Hazlo con humildad, con toda tu limitación y pobreza puedes ofrecer lo pobre de ti al que por ti se ha hecho pobre para enriquecerte. Pídele que cuente contigo.
5. ¿No es un motivo de alegría estar ante Dios y ofrecerle tu vida?

ADICIONES A LA CONTEMPLACIÓN DEL NACIMIENTO

Carta del apóstol San Pablo a Tito 3, 4-7

Ha aparecido la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor al hombre, no por las obras de justicia que hayamos hecho nosotros, sino que según su propia misericordia nos ha salvado, con el baño del segundo nacimiento y con la renovación por el Espíritu Santo; Dios lo derramó copiosamente sobre nosotros por medio de Jesucristo, nuestro Salvador.

Así, justificados por su gracia, somos, en esperanza, herederos de la vida eterna.

En la oración del día de **hoy y mañana** trataremos de traer al primer plano de nuestra atención los grandes objetivos de oración de contemplación y aplicarlos a todo lo que hemos orado, no sólo ante el pesebre, sino desde la Encarnación en el seno de María.

¿Qué es contemplar?, volvemos a preguntarnos una vez más. Lo hemos estado realizando ya durante un mes y ahora podemos reflexionar un poco mejor sobre ello para poder renovar nuestro deseo de hacerlo durante el tiempo que nos queda.

No contemplamos para llenar un rato de oración de una manera formal haciendo algo original a lo que, quizá, no estamos muy acostumbrados. **Se contempla a Cristo para conocerle mejor, conocer mejor su amor al hombre –el amor de Dios– y podernos sumergir en él;** es la mejor manera de entrar en los sentimientos del corazón de Dios que se nos ha manifestado en el corazón de carne de Cristo. Esto es una verdadera fuente de aprendizaje y de contagio, porque al mirar a Cristo de esta manera, con la mirada de la fe y del afecto, sus sentimientos pasan a nosotros y se ensanchan nuestras entrañas. **Contemplamos, por tanto, para amar más a Cristo** y, de esta manera, poder entregarle nuestra vida con una mayor generosidad.

No puede haber verdadera formación sacerdotal si no amamos a Jesucristo como tantos santos que le han entregado la vida. No se puede ser pastor si nuestro corazón no se ha modelado con el de Cristo, si no se ha configurado con él. **Contemplamos para aprender a ser sacerdotes como el Señor**, para aprender a amarle y para poder amar a todos los que él ama y pone en nuestras manos. No lo hacemos solamente para crecer en nuestra vida espiritual sino que es el alma de nuestra vida en el Seminario.

El cambio que obra en nosotros la contemplación de Cristo es la transformación que produce la gracia. Claro que hay que estar esperando, pidiendo, para que, cuando el Señor pase, pueda renovar todo aquello que con nuestras fuerzas no hemos podido cambiar; para que sane lo que no hemos podido curar y

poder adquirir un verdadero corazón sacerdotal.

Me voy a referir a algunos ejemplos de los santos que nos pueden ayudar en nuestra oración al descubrir el cambio que Dios produce en ellos; un cambio que descubre verdaderas certezas en la razón y que quedan impresas en el afecto para que la voluntad las pueda seguir con firme determinación. ¿Podríamos hacer nuestra la experiencia del **Beato Carlos de Foucauld**:

“Tan pronto creí que había un Dios, comprendí que no podía hacer nada más que vivir para él. Mi vocación religiosa data del mismo momento que mi fe. ¡Dios es tan grande...! ¡Existe tal diferencia entre Dios y todo lo que no es él. En los comienzos la fe tuvo que vencer muchos obstáculos; yo, que había dudado tanto, no lo creí todo en un día [...] Yo quería ser religioso, vivir sólo para Dios y hacer lo que era más perfecto, fuese lo que fuese...”³⁷

Estas son las certezas que se producen cuando Dios se presenta con toda su fuerza y como lo primero, se impone de tal manera que hace darse cuenta que vivir para él es el único camino posible. Pero él descubrió con una gran fuerza lo que significa identificarse con Cristo pobre y crucificado hasta las últimas consecuencias. En el día de su trágica muerte había dejado escrita y sellada una carta para ser enviada a su prima Marie, en ella afirmaba lo siguiente:

“Nuestro anonadamiento es el medio más poderoso que tenemos para unirnos a Jesús y hacer el bien a las almas; esto es lo que san Juan de la Cruz repite casi en cada línea. Cuando se puede sufrir y amar, se puede mucho; se puede lo que más se puede en este mundo. Se siente el sufrimiento, pero no siempre se siente que se ama, y esto es un sufrimiento más; ahora bien, se sabe que se querría amar, y querer amar es amar. Se nota que no amamos bastante —esto es verdad, nunca se amará bastante—; pero Dios, que sabe de qué barro nos ha hecho y que nos ama mas de lo que una madre podría amar su hijo, nos ha dicho —él, que no puede morir— que no rechazará a aquel que se acerque a él.”³⁸

Contemplar la pobreza de Cristo, desde el pesebre hasta la cruz, cambia sus afectos de tal manera que sólo busque vivir como él, de manera que puede llegar a afirmar:

“Dios mío, yo no se si es posible a ciertas almas verte pobre y permanecer voluntariamente ricas; verse mas grandes que su Maestro, que su Amado, y no querer parecerse a ti en todo, aun en lo que depende de ellas, y sobre todo en tus humillaciones; yo bien deseo que ellas te amen, Dios mío, sin embargo, creo que falta alguna cosa a su amor, y, en todo caso, yo no puede concebir el amor sin una necesidad, una necesidad imperiosas de conformidad, de parecido y, sobre todo, de participación en todas las penas, en todas la dificultades y dureza de la vida. Ser rico a mis anchas, vivir

³⁷ BEATO CARLOS DE FOUCAULD, *Escritos esenciales, Carta 14 de Agosto de 1901*, Sal Terrae. Santander, 2001, pp. 41-42

³⁸ BEATO CARLOS DE FOUCAULD, *Carta a su prima Marie, 1 de Diciembre de 1916*. Op. Cit., pg. 130.

cómodamente de mis bienes, cuando tú has sido pobre, sin dinero, viviendo penosamente de un duro trabajo...: por mi parte, yo no puedo, Dios mío, amar así.”³⁹

Todo esto queda impreso en él, de tal manera, que ya no podrá sino seguir el mismo camino de descenso que ha contemplado en el pesebre y en la cruz porque con la transformación de los sentimientos nace el deseo de imitación, que es inseparable del amor, tal y como escribe a su compañero de instituto Gabriel Lourdes en 1902: “bien lo sabes, todo aquél que ama quiere imitar: este es el secreto de mi vida, he perdido el corazón por este Jesús de Nazaret crucificado hace 1900 años. Paso la vida tratando de imitarlo en la medida que lo permite mi debilidad.”

La contemplación nos saca de nosotros mismos, de nuestros problemas, pecados, planes, frustraciones o ilusiones, rescatándonos de en un círculo concéntrico, en el que, por muchas vueltas que se dé, todo gira en torno a uno mismo. Nos saca de nuestra lógica y, al ponerse ante nosotros el misterio de Dios, el centro lo ocupa él y se hace presente su lógica, la del amor. **Un amor que es despojarse y abajarse**, tal y como afirma **san Juan de la Cruz**: “el amor no consiste en sentir grandes cosas, sino en tener grande pobreza y desnudez y padecer por el Amado”⁴⁰. **¿No es esta la lógica que descubrimos ante el pesebre? Gran pobreza y desnudez para padecer por el amado, en este caso el hombre, todo hombre, cada uno de nosotros mismos. Entrar en la contemplación es entrar en la lógica de Dios**, que sobrepasa la nuestra; es hacer de él el centro y poder observar que ha entrado un vector nuevo a la hora de comprender las cosas, lo que tengo que hacer, mi entrega, mi propia vocación, los estudios, mi familia, mis amigos, mis necesidades, mis pecados. Cuando esto sucede hemos entrado en la dinámica del amor, y este es contagioso: “donde no hay amor, ponga amor y sacará amor”⁴¹, tal y como él afirmaba.

En nuestra vida no siempre hay amor, no hemos recibido todo el que necesitábamos o lo hemos malgastado o, simplemente no sabemos expresarlo. En la contemplación nos ponemos ante el Amor y siempre se saca amor que hace que la vida vaya más ligera, con menos carga, porque, con palabras de san Juan de la Cruz, “el alma que anda en amor, ni cansa ni se cansa”⁴². Pero esto sólo lo vivimos ante el Misterio de Dios hecho carne, que, *siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza* (2 Co 8, 9). Es la pobreza del amor que enriquece, perdona los pecados, sana las heridas y nos sienta con él en el cielo porque *Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó: estando nosotros muertos por los pecados, nos has hecho vivir con Cristo –por pura gracia estáis salvados–, nos ha resucitado con Cristo Jesús y nos ha sentado en el cielo con él* (Ef 2, 4-6). Esto es lo que podemos seguir contemplando en la encarnación y el nacimiento de Cristo.

Volvamos de nuevo a una homilía de **san Gregorio Nacianceno** que nos ayude a seguir profundizando en esto mismo:

³⁹ BEATO CARLOS DE FOUCAULD, *Retiro en Nazaret, Noviembre de 1897*. Op, Cit. pg. 64

⁴⁰ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Dichos de amor y luz*, 114

⁴¹ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Carta 26, a la Madre María de la Encarnación*.

⁴² SAN JUAN DE LA CRUZ, *Dichos de amor y luz*, 96.

“Esto es nuestra fiesta, esto celebramos hoy: la venida de Dios a los hombres para que nosotros nos acerquemos a Dios o más propiamente, para que volvamos a El, para que despojados del hombre viejo nos revistamos del nuevo y muertos en Adán, vivamos en Cristo. Con Cristo, también nosotros nacemos, somos también crucificados, con El somos sepultados y resucitamos con El. **Es menester que yo siga el camino inverso, lleno de hermosura: porque como de las dotes más altas proviene el dolor, del dolor dimanarán las dotes más altas.** «Allí donde abundó el pecado sobreabundó la gracia» y si gustar el árbol fue nuestra condenación ¿cuánto más no habrá de justificarnos la pasión de Cristo? Celebramos, en suma, la fiesta. No una fiesta pública, sino divina, no mundana, sino por encima del mundo. No las cosas de nuestra enfermedad, sino las de nuestra curación, no las de nuestra creación, sino las de nuestra restauración.

¿Cómo es esto? No enguinaldaremos los zaguanes, ni organizaremos danzas, ni adornaremos las calles, ni ofreceremos placer a los ojos, ni nos deleitaremos con cantos, ni afeminaremos nuestro olfato, ni prostituiremos nuestro gusto, ni agradaremos al tacto: todas estas cosas son caminos fáciles para el alma y veredas que conducen al pecado. No nos daremos a la molicie con vestidos delicados y sedosos, tanto más caros cuanto más inútiles, ni con el brillo de las piedras preciosas o el oro, ni con artificios y colores que falsean la belleza natural y han sido diseñados contra la imagen de Dios. No con orgías y borracheras a las que, a ciencia cierta, se añaden el libertinaje y la insolencia, pues de sórdidos maestros proceden enseñanzas sórdidas o, dicho de otra forma, malas semillas dan frutos perversos. No construyamos altos lechos que den cobijo en nuestro vientre a la molicie. No estimemos con exceso los aromas del vino, los encantos del arte culinario y los ungüentos costosos. Que la tierra y el mar no nos brinden estiércol caro — por tal tengo yo el lujo—. No rivalicemos unos contra otros por ver quién aventaja a los demás en destemplanza, entendiendo que yo juzgo intemperancia cuanto sea inútil y falto de provecho. Y todo ello mientras otros, formados del mismo barro nuestro y con nuestra misma composición, pasan hambre y fatiga a causa de su pobreza.

Nosotros, sin embargo, **dejamos todas estas cosas a los griegos, al lujo y las fiestas helenas.** Ellos dan el nombre de Dios a seres que se regocijan con el olor de los sacrificios y por tanto, en buena lógica, adoran lo divino con el vientre. ¡Desatinados escultores, sacerdotes y adoradores de horribles divinidades! Nosotros por el contrario, como adoramos al Lógos, cuando debemos gozar lo hacemos con la palabra y con la ley divina y, muy particularmente, con las explicaciones correspondientes a la fiesta de hoy, de suerte que en manera alguna queden nuestras delicias lejos de Aquél por quien fuimos llamados [...]

[...] En nuestro entendimiento nos representamos a Dios, bastante oscura y limitadamente, no concibiendo los atributos que le son propios, sino valiéndonos de los seres que hacen referencia a El. Mas si la imagen de algo se alcanza a partir de otra cosa, se llega solamente a una figura de la verdad que escapa antes de poder retenerla, huye antes de que la comprendamos.

Tal figura de Dios ilumina lo mejor de nosotros mismos —con tal de que lo hayamos purificado—, al modo como un fugaz relámpago da luz a los ojos. Sucede esto, según mi parecer para que, por una parte, **por aquello por lo cual Él puede ser comprendido por nosotros, nos atraiga a Sí, pues nadie espera ni pretende conseguir lo que no le es dado conocer en modo alguno. Por otra, por cuanto nos es inasequible, se constituye en objeto de nuestra admiración, para que siendo admirado, sea deseado; deseándolo, nos purifique y purificados, nos haga divinos a fin de tener relación con quienes han sido hechos semejantes a Él.**⁴³

¡Cuánto distan las acostumbradas celebraciones de la Navidad con aquello que san Gregorio Nacianceno proponía! Nos parecemos más a los helenos, con sus cultos idolátricos y fiestas, que a los cristianos ¿Qué mejor manera para prepararse a vivirla de una manera renovada que la contemplación del Misterio que se está ofreciendo estos días ante nuestros ojos?

Nuestra oración de estos días no podrá ser otra cosa que **ponernos ante el Señor, niño y pobre, ante la mirada de María**, pidiéndola que nos ayude a guardar —como ella— en el corazón captando del verdadero sentido que tiene el nacimiento del Hijo de Dios, su efecto en nosotros, la transformación que realiza en la humanidad, aunque quede oculto a los ojos de los sabios y entendidos. Podemos escuchar resonar en nosotros las palabras de Jesús: *Dichosos vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen. Os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis vosotros y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron* (Mt 13, 17). Contemplamos no para saber sino para conocer, con la razón y el corazón, para percibir lo que decía también la carta a Tito que tenemos al comienzo de estas páginas: *Ha aparecido la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor al hombre.*

Poder acercarnos a Cristo para preguntarle ¿Cuánto me has amado? Poder pedir a la Virgen que nos ayude a conocer el amor de su Hijo, y que nos preste su corazón para poder amarle como ella, para que ya no podamos nunca apartarnos de él, para que se vaya formando en nosotros un corazón sacerdotal que se entrega a los hombres por amor a Jesucristo, que no encuentra razones para dejar de decir: todo por ti, Señor.

Acercarnos al pesebre para profundizar en la pobreza de Jesús, para ver como contrasta con nuestra vida, con lo que tantas veces buscamos y nos deja insatisfechos, con nuestros deseos de éxitos que no tienen nada que ver con el éxito del Dios hecho carne recostado en un pesebre. ¿Creemos que formarse para ser sacerdote es llenar el corazón de los mismos deseos de Dios que, por amor a la humanidad perdida, asume nuestra naturaleza, la une a la suya y se presenta de una manera tan desconcertante?

Hemos de rezar ante el Señor como quien se sabe llamado al sacerdocio y quiere decir un sí generoso y sin medida configurando el propio corazón con el suyo. Hay que contemplar como quien se sabe llamado a algo muy grande siendo muy pequeño, pero como quien tiene que aprender a creerse llamado a algo grande no para ser grande, como los poderosos de este mundo, sino en la grandeza que tenemos ante nuestros ojos en Belén. Es necesario meditar todo esto pero

⁴³ SAN GREGORIO NACIANCENO, *Homilía 38, sobre la Natividad 4-7*, Homilías sobre la Natividad, Ciudad Nueva, Madrid, 1986.

contemplando el misterio del Hijo de Dios para que ilumine nuestra razón, encienda nuestro deseo y nos haga caminar con paso firme hacia el sacerdocio al que hemos sido llamados. Seguro que son muchas cosas las que tienen que cambiar, pero la gracia de Dios lo hace posible si nos ponemos ante ella.

No es posible concluir la oración sin un canto de alabanza al Señor por lo que ha hecho y nos ha manifestado, para ello, nos puede ayudar orar con un salmo, como hemos hecho tantas veces, en este caso, el salmo 97:

Cantad al Señor un cántico nuevo,
porque ha hecho maravillas:
su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo.

El ha Señor da a conocer su victoria,
revela a las naciones su justicia:
se acordó de su misericordia y su fidelidad
en favor de la casa de Israel.

Los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.
Aclama al Señor, tierra entera;
gritad, vitoread, tocad:

tañed la cítara para el Señor,
suenen los instrumentos:
con clarines y al son de trompetas,
aclamad al Rey y Señor.

Retumbe el mar y cuanto contiene,
la tierra y cuantos la habitan;
aplaudan los ríos, aclamen los montes
al Señor, que llega para regir la tierra.

Regirá el orbe con justicia
y los pueblos con rectitud.

PARA REZAR MEJOR

Como podemos ver, el camino de oración que se propone mezcla la meditación con la contemplación, es decir, plantea aspectos importantes sobre los que hemos de reflexionar pero hay que hacerlo con una actitud contemplativa, ante

el mismo Jesús que se nos ha ido manifestando en estos días de atrás. Esta oración la vamos a extender durante el día de hoy y de mañana porque es necesario hacerlo sin mucha prisa pero sí con mucha hondura, toda la que el Señor nos quisiera conceder.

1. ¿Qué podemos pedir sino que, al contemplar al Hijo de Dios, podamos percibir su amor a los hombres, a mí mismo y que ese amor quede impreso en mí de tal manera que no quiera otra cosa que vivir para él?
2. Hay algunas preguntas que puedes hacerte ante el pesebre, poniendo delante a la Virgen María, para que te escuche y te pueda aconsejar: ¿Cómo vivo mi entrega al Señor? ¿Cómo está mi amor a él? ¿En qué puedo vivir buscando cosas y afectos en lo que no es él? ¿Qué produce en mí contemplar la pobreza de Cristo? ¿Tiene todo esto algo que decir a la forma en la que estoy viviendo mi formación en el Seminario?
3. Trata de responderle esas preguntas al mismo Cristo, viéndote ante él en Belén, bajo la mirada atenta de María. No quieras hacerlo todo, párate allí donde sea más tu corazón el que hable que tu cabeza. Piensa que tienes dos días para continuar esta oración.
4. Trae ante ti las palabras de Pablo o de los santos que aparecen en estas hojas tratando de descubrir, con la luz del Espíritu, la importancia que tienen. Continúa diciéndole al Señor por qué para ti son importantes, lo que te plantean...
5. Sigue ante Cristo pidiéndole lo que te haya ido haciendo descubrir qué puedes necesitar más considerando aquello a lo que eres llamado.
6. Puedes concluir alabando a Dios con las palabras del salmo, viendo la verdad que ponen cuando las rezamos ante el Misterio de Dios hecho hombre: es la victoria de nuestro Dios que tú puedes cantar con un sentido pleno. Hazlo con María y José.

LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR

Evangelio según san Lucas 2, 21-40

Al cumplirse los ocho días, tocaba circuncidar al niño, y le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción.

Cuando llegó el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén, para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo primogénito varón será consagrado al Señor», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones.»

Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo.

Cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo previsto por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo:

—«Ahora, Señor, según tu promesa,
puedes dejar a tu siervo irse en paz.
Porque mis ojos han visto a tu Salvador,
a quien has presentado ante todos los pueblos:
luz para alumbrar a las naciones
y gloria de tu pueblo Israel.»

Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo, diciendo a María, su madre:

—«Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma.»

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana; de jovencita había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del templo día y noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén.

Y, cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret.

El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba.

Este texto es la continuación de la manifestación de Jesús a los pastores; si, además de hacerlo a los hombres sencillos, Dios ha manifestado la gloria de su Hijo

a los pueblos paganos representados en los Magos de Oriente, ahora se manifiesta a Israel en medio del cumplimiento de todos los ritos prescritos por la Ley. Seguimos en un contexto, por tanto, de epifanía, de manifestación de la identidad del Hijo de Dios como cumplimiento de las profecías y del deseo mesiánico del pueblo de Israel. Se realiza en medio del Templo lugar de la presencia de Dios por excelencia.

Lucas presenta a María y José como dos judíos profundamente religiosos que quieren “cumplir la Ley”, tal y como insiste el evangelista en varias ocasiones. Por ello, al octavo día se cumple con los primeros ritos: la circuncisión y la imposición del nombre. Estos precedían a la doble purificación, tanto de la madre como del hijo, después del parto por medio de una ofrenda en el Templo. Hasta este punto no hay ninguna gran novedad con respecto a lo que haría cualquier matrimonio y cualquier madre que fueran judíos practicantes. **Dios ha entrado en la historia de la salvación a través de la aceptación de su palabra expresada en la Ley.**

El relato, sin embargo, tiene algo que hacer rebasar lo que podríamos decir “normalidad” de la ocasión: dos personas, una al menos, de avanzada edad, son testigos de la manifestación del Salvador. Es necesario detenerse en el significado de sus palabras y lo que está sucediendo en estos instantes.

Simeón, tal y como dice el evangelio, era un hombre justo y religioso que aguardaba el cumplimiento de las promesas mesiánicas que traerían la consolación a Israel debido a una promesa del Espíritu Santo: no moriría sin ver al Mesías. Todas las promesas de Dios tienen un grado de certeza y de incertidumbre al mismo tiempo y encienden en la persona un deseo cada vez mayor de aquello que se promete, pero puede parecer que no llegan nunca a realizarse. **No se puede dejar de esperar, porque, cuanto más dura el tiempo del cumplimiento se desea de una manera mayor.** Esta era la situación de Simeón, aunque en este caso había una seguridad: sucedería en esta vida, antes de ver la muerte. Movidado por el Espíritu Santo, sin dejar de buscar y de esperar, acude al Templo encontrando aquello que llevaba esperando tanto tiempo. En este momento se produce el encuentro con el Salvador: en el Templo, la presencia de Dios se hace real —hecha carne— y sus ojos pueden contemplar al salvador; ahora ya puede morir en paz. Lo más importante se ha cumplido y la vida queda relativizada. Ha visto a un niño en brazos de su madre, lo ha cogido en sus brazos y ha contemplado ante él la salvación, la luz de las naciones y la gloria de Israel. Ahora se cumple de forma plena las palabras del salmo veinticuatro, se abren las puertas del Templo para que entre el rey de la gloria: **en la humanidad de un niño en brazos de su madre podemos contemplar la gloria del Señor de los ejércitos en la humildad de la carne.**

Este hombre hará también de profeta anunciando a María el destino de ese hijo que es luz de las naciones y gloria de Israel. Su triunfo se manifestará de una manera que a su madre una espada le atravesará el alma. Todo lo que la Virgen había escuchado hasta ahora eran palabras de alabanza y bendición, todo hablaba de alegría, pero ahora se anuncia el dolor. Podemos imaginar la consternación que produjo en ella estas palabras que le dicen que aquel hijo que ha llevado en su seno, que es el Hijo de Dios, el Salvador, será una bandera discutida para muchos y otros caerán o se levantarán por su causa y a ella una espada la traspasará el alma.

Ana, una viuda anciana y profetisa que no había hecho otra cosa que servir a

Dios con ayunos y oraciones ahora puede alegrarse y hablar del Señor a todos los que también esperaban. **Toda una vida desgastándose en la espera para verse sorprendida.** Toda una vida en gratuidad, sacrificio y servicio para que se puedan ver cumplidas las promesas de Dios. Es un signo de constancia, fe y esperanza para quienes desfallecen por no conseguir lo que esperan.

SAN AGUSTÍN

“Exulten las vírgenes: una virgen dio a luz a Cristo. Mas no piensen que perdió aquélla lo que ellas han consagrado: permaneció virgen después del parto. Exulten las viudas: la viuda Ana reconoció a Cristo, niño sin habla aún. Exulten las casadas: Isabel, casada, profetizó que Jesucristo, el Señor, iba a nacer. Ningún estado ha quedado sin dar testimonio de quien es la salvación de todos. ¿Acaso sólo las vírgenes alcanzan el reino de Dios? Lo alcanzan también las viudas. Grandes fueron los méritos de Ana, aquella viuda santa: desde su virginidad había vivido siete años con su marido; muerto él, había llegado a la ancianidad, y en su santa vejez esperaba la infancia del Salvador, para verlo pequeño, ya entrada ella en años; para reconocerlo, ya viejecita, y **para ver entrar en el mundo al Salvador, ella que estaba a punto de salir de él.** También están recomendados los tres estados referidos al sexo masculino. El mismo Cristo nació niño: exulten los niños, consagrando su castidad al niño. El que otorgó la fecundidad a su madre sin quitarle la virginidad hizo, en verdad, sagrada la integridad de la castidad. El anciano Simeón, cuya edad iba pareja con la de Ana, había vivido muchos años, y había recibido la promesa de que no conocería la muerte sin haber visto antes al Cristo del Señor.

Comprended, hermanos, cuán grande era el deseo de ver a Cristo que tenían los santos antiguos. Sabían que tenía que venir, y cuantos vivían piadosamente decían: « ¡Oh, sí me encontrara aquí su nacimiento! ¡Oh, si lograra ver con mis ojos lo que creo en la Escritura de Dios! » Para que sepáis cuán grande era el deseo de los santos que conocían por la Sagrada Escritura que una virgen daría a luz, como oísteis cuando se leyó Isaías: *He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y se llamará Emmanuel...* ¿Qué significa Emmanuel? Nos lo descubrió el Evangelio al decir que se traduce por «Dios con nosotros». No te resulte extraño, alma incrédula, quienquiera que seas; no te parezca imposible que una virgen dé a luz y permanezca siendo virgen. Comprende que es Dios quien ha nacido y no te extrañará el parto de una virgen. Por tanto, para que sepáis que los santos y justos de la antigüedad desearon ver lo que se le concedió a este anciano Simeón, nuestro Señor Jesucristo dijo, dirigiéndose a sus discípulos: *Muchos justos y profetas quisieron ver lo que vosotros estáis viendo, y no lo vieron, y oír lo que estáis oyendo, y no lo oyeron. Este anciano era mayor ya para oírle, pero estaba maduro para verlo. No esperó a oír hablar a Cristo, porque le reconoció cuando aún no hablaba.* Y esto le fue concedido ya en su extrema vejez, como a hombre que deseaba y suspiraba y decía a diario en sus plegarias: «¿Cuándo vendrá? ¿Cuándo nacerá? ¿Cuándo podré verlo? ¿Viviré hasta entonces? ¿Me encontrará aquí? ¿Verán estos ojos míos a aquel que abrirá los ojos del corazón?» Todo esto lo decía

en su oración, y **en atención a su deseo recibió como respuesta que no gustaría la muerte antes de ver al Cristo del Señor.** María, su madre, llevaba al niño aún sin habla; él, anciano, lo vio y lo reconoció. ¿Dónde lo había visto para reconocerlo? ¿O es que se lo reveló dentro quien había nacido fuera? **Lo vio y lo reconoció. Simeón reconoció al niño que no hablaba, mientras los judíos dieron muerte a un hombre maduro que obraba maravillas.** Habiéndolo reconocido, lo tomó en sus manos y lo abrazó. **Llevaba a aquel por quien era llevado,** pues era Cristo, la Sabiduría de Dios, que se extiende poderosa de un extremo al otro y dispone todas las cosas con suavidad. **¡Cuán grande era el que estaba allí! Y, a pesar de ser tan grande, ¡qué pequeño se había hecho! Hecho pequeño, buscaba a los pequeños.** ¿Qué significa este buscar a los pequeños? Convocaba no a los soberbios u orgullosos, sino a los humildes y mansos. Se dignó ser colocado en un pesebre para convertirse en vianda para los jumentos piadosos. Simeón lo tomó en sus brazos y dijo: Ahora dejas, Señor, a tu siervo en paz. Me dejas en paz porque veo la paz. ¿Por qué me dejas en paz? Porque mis ojos han visto tu salvación. La salvación de Dios es Jesucristo, el Señor. Anunciad al día del día, su salvación.”⁴⁴

PARA REZAR MEJOR

Propongo dos perspectivas para poder orar durante estos dos días: una puede ayudarnos a descubrir la importancia de saber esperar y aguardar creciendo en la fidelidad; la otra, revelar, a través de la Virgen María, el significado que desvelan las palabras de Simeón.

1. Como siempre ponte en la presencia de Dios con la súplica para que puedas descubrir el “consuelo” de la presencia de Cristo que irrumpe como salvador en tu vida; que el Espíritu te dé la luz necesaria para captar el sentido de las palabras que vas a escuchar: la gloria de Israel, la luz de los pueblos hará que a su madre una espada le atravesase el corazón: que puedas descubrir cómo la cruz se empieza a abrir paso en la vida del Hijo de Dios.
2. Estas dos personas enseñan a esperar toda una vida porque se confía en que Dios cumple sus promesas. Resuenan tantos salmos que piden a Dios que brille su rostro y salve, que no oculte su rostro ¿Cómo esperas, con prisas o con esperanza, con deseo del corazón que se agranda o con inconstancia?
3. Contempla la espera de estos dos ancianos: su promesa se ve cumplida. Mira su alegría, trata de ver la escena, de escuchar sus palabras y deja que te puedan contagiar su deseo y que te enseñen a seguir aguardando cuando no se cumple lo que esperas. Como Simeón toma a Jesús en tus brazos y contempla la salvación.
4. Te puedes detener también en las palabras de Simeón a María: trata de ver

⁴⁴ SAN AGUSTÍN. *Sermón 370, 1-2, sobre el nacimiento del Señor*. OC XXVI. BAC, Madrid, 1985.

el impacto que producen en su corazón que guarda todo con su verdadero sentido. Habla con ella y pídelo que te ayude a comprender el destino de su Hijo que tiene que pasar por la cruz y su propio destino que se cumplirá cuando esté ante ella.

5. Tanto un día como otro termina con la alabanza, la misma que aparece en Ana para que crezca tu deseo de anunciarle a todos los que aguardan, a todos los que buscan sin encontrar y a todos los que desesperan en medio del camino. Da gracias porque a ti se te ha revelado la salvación y has podido contemplar la luz de Cristo.

EL “NUNC DIMITIS”: CONTEMPLACIÓN Y DESEO DE DIOS

Lc 2, 29-32

—«Ahora, Señor, según tu promesa,
puedes dejar a tu siervo irse en paz.
Porque mis ojos han visto a tu Salvador,
a quien has presentado ante todos los pueblos:
luz para alumbrar a las naciones
y gloria de tu pueblo Israel.»

El día anterior rezábamos desde el relato de la Presentación del Señor, pero no pudimos detenernos suficientemente en el texto del “Nunc Dimitis” que encierra en sí mismo una gran experiencia contemplativa. Ciertamente, Simeón contempla desde lo que ven sus ojos —la humanidad de Cristo— lo que descubre la fe —su salvador—. Ante su mirada se pone un niño en brazos de su madre y la fe le hace descubrir en él al Salvador prometido a lo largo de la historia de la salvación que le precedía. **Cuando la mirada es traspasada por el don del Espíritu se puede descubrir el misterio escondido que hace que todo quede relativizado.** Eran muchos años de espera y de búsqueda los que había detrás de la vida del anciano Simeón, mucho tiempo aguardando el cumplimiento de un deseo sostenido por una promesa pero, sólo la fe, hace que descubra que esta misma promesa se ha cumplido. Dios, después de una larga espera que sirve de preparación, cumple su palabra, un oráculo recibido del Espíritu Santo.

En Simeón se produce aquello que venimos describiendo en la contemplación: ante la presencia de Dios todo queda relativizado, ya nada es absoluto, la vida ya no tiene para él más significado porque ha visto al Salvador. Puede dejar la vida y lo puede hacer en paz porque su deseo se ha visto colmado; irse en paz de esta vida no resulta fácil cuando nos agarramos a ella como si fuera lo más absoluto que tenemos y, querer dejarla, se convierte en una solución para quien no encuentra nada en ella. Ante todo esto, la experiencia de la presencia de Dios sitúa la vida en su auténtica perspectiva.

Si en el Antiguo Testamento se afirmaba que **nadie podía ver a Dios y seguir con vida**, la experiencia que brota de la contemplación de Cristo es algo diferente: quien ve a Dios ya no le importa de la misma manera, más aún, se podría decir **¿qué importa la vida si no se consigue ver a Dios?**

Detengámonos en dos experiencias del Antiguo Testamento que pueden ayudarnos: Moisés y Elías. Comencemos con la primera: Después del becerro de oro Moisés se siente desfallecer ante Dios que quiere destruir al pueblo; después de una dura intercesión, consigue la misericordia para su pueblo y el acompañamiento

del éxodo por parte de Dios, pero, no contento con eso, le pide poder contemplar su gloria:

Moisés dijo al Señor:

«Déjame ver tu gloria.»

Y él respondió:

«Yo haré pasar ante ti toda mi bondad y pronunciaré ante ti el nombre del Señor, pues yo me compadezco de quien quiero y favorezco a quien quiero; pero mi rostro no lo puedes ver, porque nadie puede verlo y seguir viviendo.»

Y añadió:

«Ahí tienes un sitio donde puedes ponerte junto a la peña; cuando pase mi gloria ante ti, te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado; y, cuando retire la mano, podrás ver mi espalda, pero mi rostro no lo verás.»

Y el Señor bajó en la nube y se quedó con él allí, y Moisés pronunció el nombre del Señor. El Señor pasó ante él proclamando:

«Yahvéh, Yahvéh, Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en amor y fidelidad. Misericordioso hasta la milésima generación, que perdona culpa, delito y pecado, pero no deja impune y castiga la culpa de los padres en los hijos y nietos, hasta la tercera y cuarta generación.»

Moisés al momento se prosternó y se echó por tierra. (Ex 33 18-23. 34, 5-8)

El deseo de contemplar la gloria de Dios es sin duda el deseo de poder contemplar su rostro; el Señor sólo le permitirá ver su espalda y, para ello, le pone en la hendidura de la roca y le tapa con la palma de su mano mientras pasa delante de él pronunciando su nombre. Moisés ante la presencia de Yahvéh se postra en tierra.

Elías era perseguido por la reina Jezabel para quitarle la vida y él mismo se desea la muerte porque está cansado de tanto camino y dificultad; el Señor le hará proseguir durante cuarenta días y cuarenta noches sostenido por el alimento que le proporcionó para que pudiera ir al Monte Horeb, lugar privilegiado del encuentro con el Señor. Allí, llega a una cueva y Yahvéh se dirigirá a él pidiéndole que salga de ella porque va a pasar:

“Le fue dirigida la palabra del Señor, que le dijo:

«Sal y ponte en el monte ante el Señor. El señor va a pasar»

Hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebrantaba las rocas ante el Señor; pero no estaba el Señor en el huracán. Después del huracán, sobrevino un temblor de tierra; pero no estaba el Señor en el terremoto. Después del temblor, vino fuego; pero no estaba el Señor en el fuego. Después del fuego, se percibió un murmullo ligero de una suave brisa. Al oírlo Elías cubrió su rostro con el manto, salió y se puso a la entrada de la cueva.” (I Re 19, 11-13)

Cuando Dios se hace presente se cubre el rostro como un signo reverencial ante su presencia. Es el Señor mismo el que se ofrece para poder dialogar

directamente con él; ahora, con el rostro tapado, no puede ver pero puede escuchar.

Así es muchas veces la presencia de Dios, existe una necesidad apremiante de estar con él, de poder contemplar su rostro, de una manera especial cuando sentimos la fatiga del camino y de la propia vida espiritual. **Dios se hace presente pero nunca termina de mostrarlo todo de su ser, se hace presente en medio del deseo de conocerle pero nunca lo agota**; su presencia aumenta el deseo de verle y de querer estar con él. Por todo ello, el hombre busca a Dios: *como la cierva busca corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío* (Sal 42); con toda verdad se puede decir, *mi alma tiene sed de ti, mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua* (Sal 63), *tengo sed de ti como tierra reseca. Escúchame enseguida, Señor, que me falta el aliento. No me escondas tu rostro igual que los que bajan a la fosa* (Sal 143). Es como un rumor que se escucha dentro del corazón y que lleva a decir: *oigo en mi corazón: «buscad mi rostro». Tu rostro buscaré Señor, no me escondas tu rostro* (Sal 26).

Son muchos los textos que podríamos encontrar que hacen descubrir este deseo profundo que se manifiesta como **sed** en la experiencia espiritual del creyente y que nos ayuda a ir descubriendo este matiz que tiene la contemplación. Esta era la experiencia de Simeón, un gran deseo, un largo tiempo de espera que, al ser cumplido, relativiza la vida y produce la paz.

El deseo sólo quedará colmado cuando podamos contemplarle definitivamente cara a cara; mientras tanto, el hecho de poder contemplar su misterio –siempre presente y escondido a la vez– nos ayuda a **incrementar el deseo que nos prepara para su encuentro** y va encauzando tantos otros deseos menos ordenados que experimentamos. Podríamos decir que sólo un gran deseo de Dios orienta nuestros deseos, como fue en la vida de este anciano que, el hecho de querer ver al salvador, le llevo a una vida de fidelidad en su busca.

En la vivencia de **san Agustín** el deseo aparece en muchas ocasiones como motor de la búsqueda de Dios; esta es la experiencia que él expresa bellamente. Unas palabras en su comentario al salmo treinta y siete nos permiten profundizar aquello que estamos comentando:

“Tu deseo continuo es tu voz, es decir, tu oración continua. **Callas cuando dejas de amar**. ¿Quiénes se han callado? Aquellos de quienes se ha dicho: al crecer la maldad, se enfriará el amor en la mayoría.

La frialdad en el amor es el silencio del corazón; el fervor del amor es el clamor del corazón. Mientras la caridad permanece, estás clamando siempre; si clamas siempre, deseas siempre; y, si deseas, te acuerdas de aquel reposo.

Todo mi deseo está en tu presencia. ¿Qué sucederá delante de Dios si está el deseo y no el gemido? Pero ¿cómo va a ocurrir esto, si el gemido es la voz del deseo?”⁴⁵

Para él, el corazón no calla mientras ama a Dios a través del deseo, de manera que, **un corazón que clama a Dios es el que le desea mucho a través de una oración continua** que va más allá de la que realizamos en momentos

⁴⁵ SAN AGUSTÍN, *Comentario al Salmo 37*, Oficio de Lecturas del Viernes III de Adviento.

determinados del día; esta puede parar pero permanece viva ante el deseo del corazón que la expresa. El deseo es algo interior, el gemido es lo que expresa con su voz aquel que busca. En la Carta 130, a Proba aborda también esta misma cuestión:

“Puede resultar extraño que nos exhorte a orar aquel que conoce nuestras necesidades antes de que se las exponamos, si no comprendemos que nuestro Dios y Señor no pretende que le descubramos nuestros deseos, pues él ciertamente no puede desconocerlos, sino que pretende que, **por la oración, se acreciente nuestra capacidad de desear, para que así nos hagamos más capaces de recibir los dones que nos prepara**. Sus dones, en efecto, son muy grandes, y nuestra capacidad de recibir es pequeña e insignificante. Por eso, se nos dice: Ensanchaos; no os unzáis al mismo yugo con los infieles.

Cuanto más fielmente creemos, más firmemente esperamos y más ardientemente deseamos este don, más capaces somos de recibirlo; se trata de un don realmente inmenso, tanto, que ni el ojo vio, pues no se trata de un color; ni el oído oyó, pues no es ningún sonido; ni vino al pensamiento del hombre, ya que es el pensamiento del hombre el que debe ir a aquel don para alcanzarlo.

Así, pues, constantemente oramos por medio de la fe, de la esperanza y de la caridad, con un deseo ininterrumpido. Pero, además, en determinados días y horas, oramos a Dios también con palabras, para que, amonestándonos a nosotros mismos por medio de estos signos externos, **vayamos tomando conciencia de cómo progresamos en nuestro deseo y, de este modo, nos animemos a proseguir en él**. Porque, sin duda alguna, el efecto será tanto mayor, cuanto más intenso haya sido el afecto que lo hubiera precedido. Por tanto, aquello que nos dice el Apóstol: Sed constantes en orar, ¿qué otra cosa puede significar sino que debemos desear incesantemente la vida dichosa, que es la vida eterna, la cual nos ha de venir del único que la puede dar?”⁴⁶

No hay verdadera oración sin deseo de Dios y este, a su vez, se va ensanchando a través de la oración. Las dificultades que podemos experimentar en la oración de contemplación, sin que nos demos cuenta, van haciendo crecer en nosotros el deseo de poder contemplar, es decir, de poder ver a Dios en Cristo, en su humanidad; el deseo no siempre satisfecho puede desanimarnos, pero va produciendo en nosotros un aumento de ese mismo deseo, y así, el Señor nos va preparando para poder descubrirle en esta vida y, sobre todo, nos dispone para poder estar junto a él, cara a cara, en la vida eterna. En resumen, **no podemos contemplar a Dios si de verdad no le deseamos;** él, poco a poco, se va abriendo paso sin que nos demos cuenta si permanecemos en fidelidad a la oración.

Casi al final de esta reflexión os propongo un texto más, en este caso de **san Anselmo** en el primer capítulo de su *Proslogion*: es el alma que busca a Dios y que no sabe cómo encontrarle pero no puede dejar de buscar a través del amor. Sin duda este texto que nos presenta la Iglesia en el Oficio de Adviento puede ayudarnos no sólo a entender, sino a orar poniendo palabras en nuestros labios.

⁴⁶ SAN AGUSTÍN, *Carta 130 a Proba* 56-57, Oficio de Lecturas del Domingo XXIX del Tiempo Ordinario.

“Ea, hombrecillo, deja un momento tus ocupaciones habituales; entra un instante en ti mismo, lejos del tumulto de tus pensamientos. Arroja fuera de ti las preocupaciones agobiantes; aparta de ti tus inquietudes trabajosas. Dedicáte algún rato a Dios y descansa siquiera un momento en su presencia. Entra en el aposento de tu alma; **excluye todo, excepto Dios y lo que pueda ayudarte para buscarle**; y así, cerradas todas las puertas, ve en pos de él. Di, pues, alma mía, di a Dios: «Busco tu rostro; Señor, anhelo ver tu rostro». Y ahora, Señor, mi Dios, **enseña a mi corazón dónde y cómo buscarte, dónde y cómo encontrarte**.

Señor, si no estás aquí, ¿dónde te buscaré, estando ausente? Si estás por doquier, ¿cómo no descubro tu presencia? Ciertamente es que habitas en una claridad inaccesible. Pero ¿dónde se halla esa inaccesible claridad?, ¿cómo me acercaré a ella? ¿Quién me conducirá hasta ahí para verte en ella? Y luego, ¿con qué señales, bajo qué rasgo te buscaré? Nunca jamás te vi, Señor, Dios mío; no conozco tu rostro.

¿Qué hará, altísimo Señor, éste tu desterrado tan lejos de ti? ¿Qué hará tu servidor, ansioso de tu amor, y tan lejos de tu rostro? **Anhela verte, y tu rostro está muy lejos de él. Desea acercarse a ti, y tu morada es inaccesible**. Arde en el deseo de encontrarte, e ignora dónde vives. No suspira más que por ti, y jamás ha visto tu rostro.

Señor, tú eres mi Dios, mi dueño, y con todo, nunca te vi. Tú me has creado y renovado, me has concedido todos los bienes que poseo, y aún no te conozco. **Me creaste, en fin, para verte, y todavía nada he hecho de aquello para lo que fui creado**.

Entonces, Señor, ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo te olvidarás de nosotros, apartando de nosotros tu rostro? ¿Cuándo, por fin, nos mirarás y escucharás? ¿Cuándo llenarás de luz nuestros ojos y nos mostrarás tu rostro? ¿Cuándo volverás a nosotros?

Míranos, Señor; escúchanos, ilumínanos, muéstrate a nosotros. Manifiéstanos de nuevo tu presencia para que todo nos vaya bien; sin eso todo será malo. Ten piedad de nuestros trabajos y esfuerzos para llegar a ti, porque sin ti nada podemos.

Enséñame a buscarte y muéstrate a quien te busca; porque no puedo ir en tu busca a menos que tú me enseñes, y no puedo encontrarte si tú no te manifiestas. Deseando te buscaré, buscando te desearé, amando te hallaré y hallándote te amaré.⁴⁷

Es importante que los pasos que vamos dando en la contemplación vayan quedando bien fundamentados aunque nos demos cuenta que pueden ser un poco titubeantes, inseguros, como los primeros que se dan al comenzar a andar. Todos los textos que aparecen en estas hojas nos ayudan a poder hacer esto a través de la misma palabra de la Iglesia en sus santos y doctores. No es mala ayuda para quien no conoce muy bien el terreno en el que se mueve.

No es malo que podamos percibir en ocasiones oscuridad o que no terminemos de poder ver cuando nos ponemos a orar. Lo que es realmente

⁴⁷ SAN ANSELMO, *Proslogion* 1, Oficio de Lecturas del Viernes I de Adviento.

perjudicial es la indiferencia –que nos dé igual orar o no hacerlo– **y la desgana** que nos lleva a la falta de constancia. Lo demás puede entrar a formar parte del camino propio de la vida espiritual por el que el mismo Señor nos va conduciendo, no siendo nosotros quienes tenemos la iniciativa, pero sí la responsabilidad de hacerlo cada día para que él pueda obrar en nosotros.

Detrás de las palabras de Simeón está la búsqueda encendida de toda una vida que al final encuentra su recompensa. Sus palabras, que cada día rezamos en Completas al concluir la jornada y disponernos al descanso, son un estímulo constante para quien sigue en el camino buscando a Dios y cada noche se puede ir en paz porque Dios le ha hecho ver algo de sí, aún en medio de la oscuridad. De esta manera, **se incrementa el deseo de conocer algo más** del Salvador hasta que llegue el momento en que **el encuentro sea definitivo** porque no hemos dejado de buscarle. Hasta esa hora, el Señor que un día se nos mostrará en toda su gloria, viene a nuestro encuentro en los hombres y los acontecimientos; en los sacramentos de la Iglesia, de forma especial en la Eucaristía; en la oración y a través de su palabra en la que nos muestra su ser y nos habla a través de la meditación y la contemplación.

PARA REZAR MEJOR

Puede resultar extraño que un pequeño texto con el que ya hemos orado tantas veces y que aparecía en los días pasados pueda ofrecer tanto. Si es así, significa una oportunidad para profundizar en él descubriendo toda la riqueza que encierran esas palabras y, sobre todo la búsqueda y el deseo que encierran de toda una vida. Con todo lo que tenemos delante hay materia de oración suficiente para dos días que podríamos organizar de la siguiente manera.

1. Es necesario que hayamos leído con calma todo lo que aparece en estas páginas para no perdernos en medio de la oración. No hay que descuidarse sino prepararse para poder orar, porque ir a la oración sin un mínimo de preparación es lo más parecido a un elefante entrando en una cacharrería.
2. ¿Cuál puede ser nuestra súplica? Poder contemplar al Señor y que aumente nuestro deseo de buscarle a través de un amor cada vez más grande.
3. Estás delante del Señor, puedas verlo más o menos, lo importante es que él si te ve a ti, no estás oculto de su mirada, ninguna de tus dificultades ni de tus alegrías son ajenas a los ojos de Dios. Date cuenta de ello.
4. Los puntos anteriores los podemos hacer cada día, pero, en el primero de ellos, puedes detenerte más en la súplica; las palabras de san Anselmo te ayudarán, parándote en aquellas que expresen mejor lo que sientes. Con esto puede ser suficiente para el primer día.
5. El segundo día puedes comenzar con la súplica que hiciste el día anterior y, más tarde, volver de nuevo al Templo de Jerusalén y contemplar a Jesús en

brazos de Simeón bajo la atenta mirada de María y de José. Observa con la mirada y escucha con los oídos del corazón lo que sucede porque también se quiere poner ante ti aquello que suplicabas.

6. No quieras correr, trata de dialogar con María, con Simeón, con José y vuelve a tomar al Señor en tus brazos para poder hablar con él y pedir que te muestre su rostro con todo su misterio; que aumente tu amor hacia él y que puedas descubrir el que tiene por ti.

HUÍDA A EGIPTO Y MUERTE DE LOS INOCENTES

Evangelio según san Mateo 2, 13-18

Después que los Magos se fueron, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo:

«Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y quédate allí hasta que yo te avise; porque Herodes va a buscar al niño para matarlo».

José se levantó de noche, tomó al niño y a su madre, y partió hacia Egipto, donde permaneció hasta la muerte de Herodes. Así se cumplió lo que había anunciado el Señor por el profeta: De Egipto llamé a mi hijo.

Entonces Herodes, viéndose burlado por los Magos, se enfureció tanto que mandó matar a todos los niños de Belén y de todos sus alrededores que tuvieran menos de dos años, conforme a la información que había recibido de los Magos. Así se cumplió lo anunciado por el profeta Jeremías:

Se ha escuchado en Ramá un clamor, un gran llanto y lamento: es Raquel que llora por sus hijos, y no quiere consolarse, porque ya no existen.

Los misterios propios de la infancia siguen un correlato diferente en los evangelios de Lucas y de Mateo; Lucas no se refiere a la visita de los Magos ni a la huída a Egipto ni a la matanza de los inocentes por parte de Herodes. Después del nacimiento sitúa la presentación y purificación en el Templo que hemos visto anteriormente, la vuelta a Nazaret, el viaje a Jerusalén y la sabiduría de Cristo ante los doctores de la Ley.

Hoy volvemos al primer evangelio para poder reflexionar sobre la huida a Egipto y la matanza de los inocentes para acercarnos contemplativamente a estas escenas que Mateo señala; con ella nos presenta la oposición que desde el comienzo de su existencia tiene que afrontar la Sagrada Familia y el importante papel que juega san José, que asegura la dinastía davídica de Jesús. En todo ello señala la continuidad con las promesas proféticas y el verdadero cumplimiento de lo que esperaba Israel a lo largo de su historia.

Nada más nacido, queda prefigurada la pasión sangrienta de Jesús, es rechazado por Herodes y perseguido para ser asesinado, anticipando así el rechazo que Jesús sufrirá por parte de los judíos. La intervención del ángel en el sueño de José vuelve a significar la importancia de esta figura en el cuidado del niño y de la madre poniéndolos a salvo en Egipto, como lugar de refugio que estaba a nada más que dos o tres días de viaje desde Belén. De cualquier manera suponía un destierro forzado y, al mismo tiempo, elegido. Aquel para quien no había sitio en la posada tampoco encuentra espacio en Israel. Vuelven a resonar en nosotros las palabras del prólogo de Juan: *vino a los suyos y los suyos no le recibieron*. Pero, de esta

manera, **en Jesús se hace presente y se cumple toda la historia de Israel**; tiene que ir a Egipto –*de Egipto llamé a mi hijo* (Os 11, 1)– para ser llamado por Dios desde el que fue lugar de esclavitud, anunciando ya la nueva y definitiva Pascua. El P. Iglesias hace notar que parece que **el Padre, para defender a su Hijo, no pudiera hacer otra cosa que hacerle huir**. Así es, Dios se ha sometido a todas las contrariedades de la historia humana y su Hijo tendrá que ser un extranjero en otra tierra porque en la suya es amenazado de muerte, como la historia de tantos inocentes. Como afirma el texto, Jesús es buscado por Herodes *para matarlo*. La traducción más literal sería destruirlo, perderlo (*ἀπολέσαι αὐτό*). Es el mismo verbo que se utiliza para expresar la contraposición entre ganar y perder la vida, o la misión de Jesús que viene a buscar lo que está perdido. **Quien viene a buscar lo que está perdido y destruido, ahora es buscado para ser destruido o perdido por parte de Herodes.**

El asesinato de los niños viene a situarse históricamente en medio de las luchas dinásticas y conspiraciones contra Herodes en los últimos años y la respuesta del mismo a todas esas contiendas internas. El evangelista las enmarca en lo que podía suponer de amenaza para Herodes el nacimiento del Mesías, el verdadero rey de Israel y, una vez más, descubre en ello el cumplimiento de las palabras de Jeremías cuando Raquel lloraba a sus hijos.

Dios manifiesta que **ha vuelto a escoger el camino de la debilidad y el ocultamiento para manifestar el designio salvífico sobre la humanidad** que está mostrando en su propio Hijo; es un propósito que se hace obediencia a su voluntad desde la infancia, y de ella, José se tiene que hacer garante. A través de ello **Dios protegerá a su Hijo, pero lo hace a través de la mediación de un hombre**. Es el camino escogido por Dios que no es el del poder y la lucha sino el del ocultamiento, la “pasión” y la necesidad de los hombres; parece una gran contradicción. Lucha contra los poderosos huyendo a Egipto para que su Hijo pueda asumir todo el pasado de la historia del mismo pueblo que le rechaza.

José asumirá en obediencia este destino, llamando poderosamente la atención que Dios no revela del todo su voluntad: tendrá que permanecer en Egipto hasta que él le diga, no indica una fecha pero asegura el cuidado de su Hijo de una manera también oculta. Llegará un momento que ese cuidado se convertirá en abandono cuando manifieste plenamente su voluntad a través de la cruz. Como las grandes acciones de la fe, esta obediencia de José se realiza *de noche*, siendo esta palabra algo más que una mera indicación del momento en que todo esto sucede. Manifiesta que **la obediencia a Dios siempre tiene un componente de oscuridad y de misterio**: se sale de noche hasta que se manifieste el momento de la vuelta. El ángel le dice *levántate* y se levanta, *toma al niño y a su madre* y toma al niño y a su madre, *huye a Egipto* y es lo que hace sin demora. **No hay preguntas, sólo obediencia**, hace lo que Dios le pide por medio del ángel y esto se convierte en salvación para el niño, la madre y él mismo. No es necesario nada más para quien cumple la voluntad de Dios.

SAN AGUSTÍN

Además, Herodes teme, los magos desean; éstos desean encontrar al rey, aquél temió perder el reino. Por último, todos le buscan: aquéllos, para vivir por él; el otro, porque quiere darle muerte; Herodes, para cometer un gran pecado contra él; los magos, para que les perdone todos los suyos. Herodes da muerte a muchos niños con la intención de matar a uno preciso, y mientras causa tan cruel y sangrienta matanza en las personas de tantos inocentes, es él el primero en causarse la muerte con tanta maldad. Mientras tanto, nuestro rey, la Palabra que aún no habla, mientras los magos le adoraban y los niños morían por él, o bien yacía acostado o bien tomaba el pecho, y **antes de hablar encontraba creyentes y antes de padecer hacía mártires también**. ¡Oh niños dichosos, recién nacidos, nunca tentados, nunca forzados a luchar y ya coronados! Dude que habéis sido coronados al padecer por Cristo quien piense que de nada sirve a los niños el bautismo de Cristo. Aún no teníais la edad para creer en Cristo, que había de sufrir también su pasión, pero teníais carne en que padecerla por Cristo, que la sufriría posteriormente. **En ningún modo abandonaría a estos niños la gracia del Salvador, niño que había venido a buscar lo que se había perdido no sólo mediante su nacimiento, sino también colgando de la cruz**. Quien pudo tener como pregoneros de su nacimiento a los ángeles, como proclamadores a los cielos y como adoradores a los magos, pudo concederles el que no muriesen aquí por él si supiera que con aquella muerte iban a perecer y no a vivir en una felicidad mayor. Lejos, lejos de nosotros pensar que, viniendo a librar a los hombres, no se preocupase de la recompensa para aquellos que iban a morir por él quien, pendiente de la cruz, oró incluso por sus asesinos.⁴⁸

PARA REZAR MEJOR

Tres son los aspectos que hoy se ponen ante nosotros: las dificultades que Cristo tiene que asumir desde el comienzo de su vida y son prefiguradoras de su pasión, la custodia de San José que se realiza en obediencia a Dios y el hecho de la muerte de unos niños inocentes que sin saber hablar son ya testigos (mártires) del Señor. En unos cuantos versículos se señalan acontecimientos importantes que nos sitúan ante Cristo y la forma de actuar del Padre para podernos sumergir en su misterio.

1. La súplica podría ser poder acompañar este camino que realiza la Sagrada Familia, poder entrar en los sentimientos de María que tiene que ver desde la fe todo lo que está sucediendo; en la obediencia de José al designio del Padre para aprender nosotros a vivirla y, en último lugar, la grandeza de los

⁴⁸ SAN AGUSTÍN, *Sermón 373, 3, sobre la manifestación del Señor*, OC XXVI.

que son testigos de Cristo siendo niños.

2. Lee con calma el texto tratando de situar todos estos aspectos que muchas veces podemos pasar muy deprisa. Hazlo sin correr, como quien tiene algo que terminar, sino como quien quiere que gustar lo que tiene delante.
3. Trata de ver la escena, que no es de un instante y en la que no ocurre una sola cosa: Dios toma la iniciativa pidiendo a José que intervenga haciendo lo que le dice, la persecución y la muerte de los inocentes y el camino a Egipto; de nuevo María y José haciendo camino, ahora a tierra extranjera.
4. Como son bastantes escenas dentro de un solo texto evangélico (podríamos haberlo dividido en tres) trata de quedarte en una de ellas. Ya tendrás tiempo los próximos días de volver sobre aquello que quieras contemplar más o nuevamente.
5. Ante lo que sucede te puedes preguntar cómo vives las dificultades por el Señor, comparar tu manera de obedecer con la de José, tu silencio con el de María, que no dice nada en nuestro texto. Pero también preguntar a los protagonistas: a la Virgen, a José, a Jesús para permitir que ellos mismos puedan responder con su hacer y sus palabras.
6. Anota lo que sea significativo, tu propia oración para poder volver de nuevo sobre ello los próximos días.

DESDE LA PRESENTACIÓN A LA HUIDA A EGIPTO: REPETICIÓN

Hemos dedicado varios días a rezar con los diferentes acontecimientos que envuelven a la Sagrada Familia, desde la sorpresa que produce el reconocimiento de Cristo como salvador y luz de las naciones, al anuncio de su destino dramático por parte de Simeón y el anticipo del mismo con la huida a Egipto y la vuelta a Israel. Parece que no fue nada fácil asumir el destino que le aguardaba a la Palabra de Dios hecha carne porque **no deja de asumir en sí todas las circunstancias más difíciles que vive la humanidad**. En ellos nos hemos podido ver reflejados, desde nuestros miedos, a tantas preguntas que pueden surgir sobre la forma de ejercer Dios su poder en medio de la debilidad y el ocultamiento, manifestando así el amor más grande por el hombre.

Se nos presenta ese misterio de abajamiento en el amor en la persona de Cristo y esto nos permite poder reflexionar un poco más sobre lo que significa ese abajamiento y kénosis. En medio de las muchas cosas grandes que Dios podría hacer, decide que se gaste la vida de su Hijo **haciendo cosas pequeñas, más aún, haciéndose él mismo pequeño**. Con la encarnación y el nacimiento, Dios renuncia a grandes proyectos en los que se podría manifestar una manera de poder: el Lógos ha dejado la gloria del Padre para asumir ese camino de descenso. **Sí, Dios haciendo cosas pequeñas, abajándose para asumir lo más pobre y pequeño de nuestra humanidad**, nuestra carne de limitación y corrupción en la que experimenta las consecuencias del pecado: la última de ellas, la muerte.

Dios se limita a nuestra carne: pasa hambre y frío; quien nada necesita se somete a necesidades, ríe y llora como cualquier niño. Ha hecho suyas las pobrezas de todo hombre y se le anuncia ya una muerte ignominiosa que traspasará —como una espada— el corazón de su madre. **Ha descendido y ha hecho suyo todo lo nuestro para que nada le sea ajeno a Dios**, ni el destierro de tantos hombres, ni la persecución injusta de los débiles frente a los poderosos... **“porque no dejó de hacer ni sufrir nada que fuera útil para nuestra salvación, para que la virtud que residía en la cabeza residiera también en el cuerpo**. Lo suyo es nuestro y así lo podrá transformar sin hacer nada desde fuera sino desde el interior de la humanidad y, al hacerlo suyo, lo puede transformar desde dentro porque le comunica todo lo que le pertenece: la inmortalidad, la condición de hijos de Dios, la incorrupción y ser herederos de la vida eterna. Lo que nuestra carne no hubiera podido hacer por sí misma se ha realizado en Cristo para dárnoslo a todos los hombres.

Dios se pone en la pobreza, el oprobio y la persecución que llegará a ser hasta la muerte. Nosotros en la riqueza, la gloria y la vida **¡Menudo intercambio!** ¿No es esto el amor, dar y comunicar lo que se es y lo que se tiene y recibir lo que nosotros no podemos dar? Si, en Cristo Dios nos ha amado así **¡Cuánto ha descendido! ¡Cuánto ha hecho suyo por amor!** Todo está en el pesebre: se anuncia que, quien es luz y salvación de todos los pueblos será signo de contradicción al tener que huir y ser perseguido. Mirando este misterio descubrimos lo que somos y lo que estamos llamados a ser al ver lo que Dios mismo ha hecho.

En este intercambio Dios muestra su misericordia y nos da su salvación; es la experiencia de Simeón y Ana, es la nuestra cuando nos acercamos al Señor.

Cuando le pedimos a Dios que nos muestre su misericordia y nos de su salvación casi siempre pensamos el camino en el que debe hacerlo, pero él nos da a su Hijo y lo pone en nuestras manos. En el Sermón 163, **san Agustín** habla sobre la lucha entre el espíritu y la carne; pone ante nosotros esta experiencia que vivió Simeón y que nos puede ayudar a seguir profundizando en aquel momento y en el cántico de alabanza y bendición que es el *Nunc Dimitis*.

*“Cantad al Señor el cántico nuevo: frente al cántico viejo, el Testamento nuevo, porque el primer testamento es el viejo; **el hombre nuevo para eliminar al viejo. Despojaos del hombre viejo, con sus obras, y revestíos del nuevo, que fue creado según Dios en justicia y santidad verdadera.** Por lo tanto, cantad al Señor el cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra. Cantad y edificad; cantad y cantad bien. Anunciad el día del día, su salvación; anunciad el día del día, su Cristo. Pues **¿cuál es su salvación sino su Cristo?** Esta salvación es la que pedíamos en el salmo: **Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación.** Esta salvación deseaban los antiguos justos, de los que decía el Señor a sus discípulos: *Muchos quisieron ver lo que vosotros estáis viendo y no pudieron. Y danos tu salvación.* **Esto dijeron aquellos justos: Danos tu salvación, es decir, que veamos a tu Cristo mientras vivimos en esta carne. Veamos en la carne a quien nos libre de la carne; llegue la carne que purifica la carne; sufra la carne y redima el alma y la carne. Y danos tu salvación.** Con este deseo vivía aquel santo anciano Simeón; con este deseo, repito, aquel santo anciano y lleno de méritos divinos Simeón decía también: *Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación.* A **este deseo y a estas preces** recibió como respuesta que no gustaría la muerte hasta que no viera al Cristo del Señor. Nació Cristo: uno llegaba y otro estaba a punto de irse; pero éste no quería hacerlo hasta que no llegara aquél. **La senectud cumplida le echaba fuera, mas la piedad sincera le retenía.** Pero cuando llegó aquél, cuando nació, cuando vio que su madre le llevaba en brazos, la piadosa senectud reconoció a la divina infancia, la tomó en sus manos y dijo: *Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto tu salvación.* He aquí por qué decía: *Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación.* **Se cumplió el deseo del anciano cuando el mundo declina hacia la vejez. Quien encontró al mundo envejecido, él mismo vino al hombre anciano.** Por lo tanto, si encontró al mundo envejecido, escuche éste: *Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, toda la tierra.* Desaparezca la vetustez, resurja la novedad.”⁴⁹*

Es necesario que sigamos profundizando, desde lo que ya hemos orado y contemplado, en la novedad que Cristo viene a traernos. Con la encarnación y el nacimiento del Hijo de Dios **nace ya el hombre nuevo en nosotros y la contemplación permite que lo sigamos descubriendo en el presente de nuestra vida**, desde las circunstancias de hombre viejo en las que podemos vivir inmersos. **Cristo asume en sí todo lo viejo y lo hace nuevo** y nosotros podemos volver a revivirlo cuando nos ponemos en su presencia.

⁴⁹ SAN AGUSTÍN, *Sermón 163, 4, sobre la lucha entre el espíritu y la carne*, OC XXIII.

Como son varias las escenas que han formado parte de nuestra oración es necesario que elijamos aquellas en las que mejor nos podemos asomar a esa ventana que es la humanidad de Cristo que nos hace descubrir ese amor que, abajándose, todo lo hace nuevo.

PARA REZAR MEJOR

Son varios los días en los que nos vemos acompañando a la familia de Nazaret para asomarnos a la grandeza del amor que se manifiesta en la obediencia a la voluntad del Padre, no podemos perder la perspectiva de las palabras que profesamos en el credo: todo fue *por nosotros y por nuestra salvación*. Este es el Misterio en el que nos seguimos sumergiendo que, aunque parezca siempre el mismo, es por sí mismo inagotable. Estos dos días son una oportunidad para poder seguir haciéndolo.

1. Escoge lo que quieres “repasar” en la oración de cada uno de los días trayendo a tu memoria lo que has orado y de lo que has podido tomar nota.
2. Comienza con la oración que te prepare a poder recibir lo que Dios quiera concederte, con disponibilidad y sin exigencias, abierto a la novedad que siempre supone el Misterio de Cristo desde lo que ya has podido descubrir.
3. Vuelve a leer el texto del evangelio y hazlo como si fuera nuevo, no como si ya te lo supieras; no como quien quiere ir a un lugar y, pasando delante de un escaparate, no tiene tiempo para pararse ante lo que tiene enfrente. Muchas veces vamos a la oración como algo que hay que hacer para poder seguir haciendo otras cosas. La oración es el momento presente y lo que tienes ante ti es lo más importante que debes hacer en ahora.
4. Ve “haciendo pausas” en el texto o en las notas que has tomado queriendo saborearlas y gustar de ellas.
5. ¿Puedes ver el misterio del amor más grande? Es el amor que se abaja y ofrece todo lo que es y te pide todo lo que eres tú. Trata de mirar y escuchar sin necesidad de muchas palabras.
6. Entra en diálogo con el Señor. Lo puedes hacer de distintas maneras: ofreciendo todo lo tuyo, lo bueno y lo malo, lo que te duele y te alegra; pidiendo con las palabras del salmo que cita san Agustín, *muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación*; que te ayude a descubrir qué es la obediencia y qué es el amor que se abaja, recibe nuestra pobreza y comunica su riqueza.
7. El segundo día trata de ejercitarte en la acción de gracias por todos los bienes que te han sido regalados en Cristo.

VUELTA A NAZARET

Evangelio según san Mateo 2, 19-23

Cuando murió Herodes, el ángel del Señor se apareció de nuevo en sueños a José en Egipto y le dijo:

«Levántate, coge al niño y a su madre y vuélvete a Israel; ya han muerto los que atentaban contra la vida del niño.»

Se levantó, cogió al niño y a su madre y volvió a Israel.

Pero, al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea como sucesor de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allá. Y, avisado en sueños, se retiró a Galilea y se estableció en un pueblo llamado Nazaret. Así se cumplió lo que dijeron los profetas, que se llamaría Nazareno.

San Lucas sitúa la vuelta a Galilea justamente después de la Presentación, Mateo matiza este tiempo con la huida a Egipto y la vuelta a Galilea después de la muerte de Herodes. Es sustituido por su Hijo Arquelao en Judea de los años 4 al 6 d. C., hombre sanguinario y cruel que reinó sólo durante estos pocos años porque fue depuesto por Augusto y desterrado a las Galias. En Galilea reinaba Herodes Antipas.

De nuevo la figura de José vuelve a entrar en juego con una gran importancia: vuelve a destacar su obediencia tal y como lo ponen de manifiesto los tres verbos –levantarse, coger al niño y a la madre y volver– que indican el mandato del Señor y las acciones de José que son coincidentes. **Es una obediencia sin fisuras.** Han pasado unos años y, en este caso, la obediencia a Dios viene a sacarle de sus seguridades para volver a Israel; como tiene que pasar por Judea teme encontrarse con el sucesor de Herodes, es decir, la voluntad de Dios no evita el temor humano ante las dificultades porque muchas veces lo que Dios manifiesta queda confrontado con nuestros propios sentimientos y pensamientos. Al final, se quedará en Galilea estableciéndose en Nazaret. De esta manera vienen ya a coincidir Mateo y Lucas en el lugar en el que Jesús crece y, para el primero, es el cumplimiento de la Escritura que testimoniaba que el Mesías se llamaría *Nazareno*.

San José vuelve a ocupar el primer plano de la escena, **es él quien tiene que tomar la decisión**, aunque en este caso, el evangelista haga notar **su miedo**, pero así y todo, sigue obedeciendo. Muchas veces **los planes de Dios no dejan de ocasionar cierto temor porque ponen de manifiesto que las seguridades humanas no tienen la última palabra** porque él tiene algo más que decir. En este caso se plantea una cuestión que tiene un gran calado antropológico y espiritual. **José tuvo que huir a Egipto, ahora tiene que volver de nuevo; si hay ocasiones en que es necesario poner tierra por medio hay otras en las que hay que salir del lugar de**

refugio para seguir afrontando el futuro. Como sucede a la Sagrada Familia nos sucede a nosotros: los tiempos los marca Dios y no nuestros cálculos. Siempre que hay que volver o, dicho de otra forma, hay que dejar de huir para afrontar lo que viene y produce temor. José tendrá que volver con Jesús y María a Israel, pero no a Belén sino a Galilea. Siempre **hay que comenzar el itinerario de vuelta en el que Dios nos sitúa ante nuestros miedos, en el que, él mismo, va indicando el camino. Esta es la certeza; él conduce por el sendero y marca los tiempos.**

Situarnos en oración ante esta circunstancia que Cristo tiene que asumir nos puede ayudar a enfrentarnos con todo aquello que puede suponer en la vida huida, miedo y vuelta atrás para afrontar las dificultades, guiados por la providencia de Dios. Antes o después **Dios pide que nos enfrentemos con nuestros temores y que dejemos de vivir escondidos.** Volver a Israel desde Egipto produce inseguridad, pero el Señor muestra Galilea y Nazaret como lugar en el que se puede estar para seguir adelante para que el temor no domine y, con ello, se cumpla su plan.

Con mucha frecuencia nos encontramos en nuestro camino con temores que nos hacen huir de nuestra propia historia y que preferimos no enfrentarnos a ellos; temores que son amenazas e inseguridad, pero el Señor nos marca el momento de tener que encararlos. José, María y Jesús lo hicieron al tener que volver a su lugar de origen. Nada de la historia y la condición humana es ajeno a la vida de Cristo, toda la historia es asumida y afrontada por él, no hay ningún lugar al que el Señor no llegue o del que se tenga que esconder. **Por todo esto es necesario mirar nuestros miedos y nuestras huidas a la luz de lo mismo que tuvo que padecer la familia de Belén** que pasará por Egipto para ser la familia de Nazaret. Afrontados los problemas, será el lugar de crecimiento y maduración de la humanidad de Cristo para poder afrontar la voluntad del Padre.

De la misma manera nos sucede a nosotros dentro del proceso formativo y el **Seminario** puede ser el lugar donde tenemos que **afrontar nuestros miedos, dejar de huir para poder cumplir la voluntad de Dios.** Lo importante de todo ellos es que es el Señor quien cuida, marca el camino y nos acompaña en todo ese proceso que es necesario hacer en obediencia a Dios. Esta es la que nos lleva siempre más allá de nosotros mismos, y, en medio de todos los temores, hace descubrir siempre posibilidades insospechadas. ¿Eran esos nuestros planes? Seguramente no, pero sí los que Dios va revelando poco a poco. Creo que no será fácil que podamos **poner nombre concreto a todo eso que nos sucede para poder mirar a Cristo desde nuestra propia realidad.**

SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS

Al año siguiente de mi profesión, es decir, dos meses antes de la muerte de la madre Genoveva, recibí grandes gracias durante el retiro espiritual.

“Normalmente, los retiros predicados me resultan más penosos todavía que los que hago sola. Pero ese año no fue así.

Había hecho con mucho fervor una novena de preparación, a pesar del

presentimiento íntimo que tenía, pues me parecía que el predicador, dedicado sobre todo a ayudar a los grandes pecadores y no a las almas religiosas, no iba a ser capaz de comprenderme. Pero Dios, queriendo demostrarme que sólo él era el director de mi alma, se sirvió precisamente de este Padre, al que yo solamente aprecié en la comunidad...

Sufría por aquel entonces grandes pruebas interiores de todo tipo (hasta llegar a preguntarme a veces si existía un cielo). **Estaba decidida a callar acerca de mi estado interior**, por no saber explicarme. Pero apenas entré en el confesionario, sentí que se dilataba mi alma.

Después de haber pronunciado unas pocas palabras, me sentí maravillosamente comprendida, y hasta adivinada... **Mi alma era como un libro abierto, en el que el Padre leía mejor incluso que yo misma...**

Me lanzó a velas desplegadas por los mares de la confianza y del amor, que tan fuertemente me atraían, pero por los que no me atrevía a navegar... Me dijo que mis faltas no desagradaban a Dios, y que, como representante suyo, y en su nombre, me aseguraba que Dios estaba muy contento de mí...

¡Oh, qué dicha experimenté al escuchar esas consoladoras palabras...! **Nunca había oído decir que hubiese faltas pudiesen no desagradar a Dios.** Esta seguridad me colmó de alegría y me hizo soportar pacientemente el destierro de la vida...

En el fondo del corazón estaba convencida de que eso era así, pues Dios es más tierno que una madre.

De hecho, ¿No estabais vos, Madre mía querida, a perdonarme las pequeñas indelicadezas de que os hago involuntariamente...? ¡Cuántas y qué dulces pruebas tengo de ello...! Ningún reproche me conmovió tanto como una sola de tus caricias. **Soy de un carácter tal, que el miedo me hace retroceder, mientras que el amor no sólo me hace correr sino volar...**⁵⁰

PARA REZAR MEJOR

Sólo quien se enfrente a sus temores desde la confianza en el Señor, muchas veces en verdadera actitud de obediencia puede experimentar el amor. Como decía Santa Teresita, el temor hace vivir en un lugar estrecho; podríamos añadir, como si estuviéramos encogidos. Cuando los ponemos nombre, nos enfrentamos a ellos se puede hacer la experiencia del amor, que es todo lo contrario porque da amplitud y permite respirar. Hoy podemos rezar contemplando esta experiencia de la Sagrada Familia: afrontar el temor para dejar de vivir como exiliados, como quienes tienen que huir para vivir en la amplitud de la propia tierra donde Jesús podrá crecer en

⁵⁰ SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS, *Historia de un alma*, Obras Completas, Monte Carmelo, Burgos 8ª Ed, pp. 206-207.

sabiduría y en gracia.

1. Pide la luz del Espíritu Santo que te ayude a poner nombre a tus temores, a todo lo que te lleva a huir de ti mismo, de Dios o de los demás para que puedas ponerlos ante la mirada de María, de José y Jesús; para que puedas descubrir lo que ellos afrontaron y que esto te ayude a ti a seguir tu camino.
2. Lee el evangelio: José escucha al ángel, obedece pero tiene miedo ¿Qué te dicen estas palabras? Trata de conectar con el miedo de un padre por su hijo, por su esposa... pero, sigue leyendo... Dios seguirá mostrando el camino. Él no se paró.
3. Trata de intuir las preguntas que se hacía, las incertidumbres que tenían que afrontar, ponte en la escena que marca la partida y el camino. Mira y escucha sin hacer mucho más que eso.
4. ¿A qué tienes miedo? ¿En qué te descubres huyendo sin querer afrontar el camino que tienes que hacer? Trata de poner nombre a todas esas cosas de tu pasado, tu presente o tu futuro.
5. Ponte ante María y José y dialoga con ellos; lo puedes hacer no porque estuvieron en esa situación sino porque están vivos, pueden escuchar, interceder y explicarte su propia vivencia. Ponte ante Jesús, ya ha crecido algo, cuéntale tus miedos y tus huidas, lo que tienes que afrontar y te cuesta o te duele y deja que él pueda decir algo cuando calles.

LA VIDA OCULTA DE CRISTO I

Evangelio según san Lucas 2, 51a.52

El bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad.
Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres.

Siempre se han denominado todos estos años de la vida de Jesucristo como de vida oculta puesto que no queda constancia de ellos, a no ser por los relatos de la infancia de Lucas y Mateo. Marcos y Juan no tienen ninguna referencia a todo el tiempo anterior al comienzo de la predicación y de su vida pública. Que los evangelios no tengan referencias a tantos años no les privan de la importancia que tienen, puesto que, en ellos, **se va madurando su personalidad humana en consonancia con su filiación divina** que le irán capacitando para poder asumir el destino para el cual la Palabra ha venido a hacerse carne y habitar entre los hombres.

Son muchas las preguntas que surgen sobre lo que Jesús pudo hacer durante tantos años, pero vamos a tratar de centrarnos en lo que realmente puede suponer una vida oculta, escondida, en la que Jesús sigue bajo la autoridad de sus padres, en la que va creciendo en sabiduría, estatura y gracia ante Dios y ante los hombres.

Lo primero que destaca es que **la presencia de Dios ya está escondida en la humanidad de Cristo** y todo este tiempo de vida oculta es el tiempo en el que no se manifiesta todavía esta presencia a los ojos de los hombres; será pública para todos cuando Jesús la vaya haciendo presente en sus palabras y en sus signos, de una manera especial en su misterio pascual. Que esté oculta no significa que no esté presente, sino que tiene que ver con el crecimiento en gracia de Dios del que nos habla el evangelio; oculta a los hombres, pero madurando la personalidad humana de Cristo que va siendo modelada por la presencia de esta gracia que habita en él.

La vida pública de Jesús no la podemos suponer como algo que brota de la nada o como una conciencia súbita que tiene de su identidad y que le impulsa a una misión, sino que **todo el tiempo previo es realmente una preparación humana de su ser como Hijo del Padre**; esto es lo que precisamente va madurando en relación con aquel que es su Padre, pero realizado en una vida normal, circunscrito a la vida familiar en la que se fue desarrollando.

Pensar en la vida oculta nos lleva a recordar algunas de las parábolas de Jesús, tales como la de la **levadura en la masa y la semilla que crece por sí misma**: en ellas hay algo que está oculto, que no se ve pero que está produciendo un crecimiento. En eso que está lejos de la mirada de los hombres, lo que parece poco importante en la vida de Jesucristo, es **donde va creciendo la intimidad con el**

Padre, la conciencia de sí mismo y de su propia misión; así, el día que se presenta ante Juan para ser bautizado es el comienzo visible de algo que había permanecido escondido a los ojos de los hombres durante treinta años. Sí, son muchos años, pero **Dios Padre no quiere que su momento no vaya acompasado con el momento humano de su Hijo.**

Todo lo que podamos imaginar o decir que Jesús hizo durante esos años no deja de ser una cierta teología ficción; claro que, podemos decir que haría todo lo que un niño, un adolescente, un joven y un hombre judío. Lo que sabemos con una mayor certeza es que el comienzo de su vida pública no es una casualidad, que no manifiesta algo que no había, sino que lo hace patente. El hombre estaba oculto a los ojos de todos, Dios oculto en el hombre y eso es precisamente lo que contemplamos como una **escuela en la que nosotros podemos crecer y madurar nuestra relación con Dios, nuestra propia identidad y la conciencia de nuestra misión.** Es en lo oculto donde Dios va actuando y donde se le va encontrando: para Cristo fue necesaria esta vida oculta lo mismo que lo tiene que ser para todo aquel que tiene que salir al mundo más tarde. Todo tiene su fase que no se ve, que no se nota tanto, pero que es necesaria y eficaz: como la semilla y la levadura en la masa, la conciencia de la misión, la preparación para la misma que el Padre va haciendo en su persona, la gloria y la fuerza salvadora de la Palabra permanecen ocultas en la humanidad de Cristo. Todo ello es lo que va creciendo a la vez, la estatura humana y la gracia de Dios; todo armónicamente, sin rupturas, para que pueda brillar de una manera visible para todos la salvación de Dios.

Nosotros solemos ser amigos de las prisas, de querer hacerlo todo corriendo, de ver los frutos inmediatamente. Estamos acostumbrados a vivir en la **cultura de lo instantáneo:** cualquier mensaje a través de un móvil se puede realizar en un momento, una llamada telefónica reclama la atención al instante, damos a un botón de una máquina y sale café, podemos mandar cartas, fotografías y tantas otras cosas en un espacio breve de tiempo que son recibidas instantáneamente, hacemos una fotografía y ya la podemos ver en la misma máquina, no es necesario esperar días para revelar un carrete y que salga a la vista lo que habíamos hecho, los pañuelos no se lavan y planchan, se sacan de una bolsa, se usan y se tiran. **Todo al instante, pero, las cosas que realmente afectan a la vida no son así:** el amor necesita madurar, el hijo está escondido en el seno de su madre, las cualidades humanas o intelectuales necesitan tiempo de aprendizaje y dedicación, los afectos también están sometidos a esta inexorable ley, ¿y la fe?, ¿y la propia conciencia como hijos de Dios?, ¿y nuestra vocación? Para todo ello tenemos tanta prisa que parece nos queremos saltar la misma ley a la que estuvo sometido el Hijo de Dios. **La vida oculta de Cristo nos ayuda a descubrir la importancia del tiempo y a darnos cuenta que se necesita una etapa escondida,** de recogimiento, de poder tomar conciencia a través de la vida ordinaria de lo que Dios va haciendo. Podríamos decir que **Dios hace lo extraordinario a través de lo ordinario y lo oculto.**

Esto no es algo nuevo que se viene a vivir en el seminario, lleva siendo así durante toda nuestra vida, aunque es verdad que en el tiempo de formación adquiere unos matices muy específicos como veremos más adelante, pero ahora quisiera centrarme en algo que también es fundamental: **la importancia de la vida oculta en el crecimiento espiritual y en la relación con Cristo.** Hay algo en este

proceso que necesita de lo oculto, de lo escondido para que pueda llegar a florecer y es necesario también aprender a situarse en lo escondido para poder encontrarlo. Estamos tan acostumbrados a vivir las cosas públicamente, todo se sabe al instante, todo parece que está a los ojos de todos y es necesario saber rebasar el ámbito de lo público, para entrar en el de lo escondido, que no viene a coincidir con lo privado. **Lo oculto se descubre en lo oculto** porque es allí donde se encuentra, **por lo cual es necesario saber ocultarse para poder encontrarlo**. Todo esto tiene una gran implicación en la vida espiritual: encontrar al Señor, descubrir su voluntad, su actuación en nuestra vida... tantas cosas son las que parecen escondidas y, sin embargo, reales y patentes ¿Qué significaría este ocultamiento tan necesario? **San Juan de la Cruz** en su comentario al Cántico Espiritual describe muy bellamente lo que significa la necesidad de esconderse para poder encontrar al Señor. Sus palabras pueden ser de gran ayuda para comprender el alcance de estas ideas:

“[...] El alma que le ha de hallar **conviénele salir de todas** las cosas según la afección y voluntad y entrarse en sumo recogimiento dentro de sí misma, siéndole todas las cosas como si no fuesen. Que, por eso, san Agustín, hablando en los Soliloquios con Dios, decía: *No te hallaba, Señor, de fuera, porque mal te buscaba fuera, que estabas dentro. Está, pues, Dios en el alma escondido, y ahí le ha de buscar con amor* el buen contemplativo, diciendo: ¿Adónde te escondiste?

¡Oh, pues, alma hermosísima entre todas las criaturas, que tanto deseas saber el lugar donde está tu Amado, para buscarle y unirte con él! Ya se te dice que **tú misma eres el aposento donde él mora** y el retrete y escondrijo donde está escondido; que es cosa de grande contentamiento y alegría para ti ver que todo tu bien y esperanza está tan cerca de ti, que esté en ti, o, por mejor decir, tú no puedas estar sin él. *Cata*, dice el Esposo (Lc.17, 21), *que el reino de Dios está dentro de vosotros*. Y su siervo el apóstol san Pablo (2 Cor. 6, 16): Vosotros, dice, *sois templo de Dios*.

Grande contento es para el alma entender que **nunca Dios falta del alma**, aunque esté en pecado mortal, cuánto menos de la que está en gracia. ¿Qué más quieres, ¡oh alma!, y qué más buscas fuera de ti, pues dentro de ti tienes tus riquezas, tus deleites, tu satisfacción, tu hartura y tu reino, que es tu Amado, a quien desea y busca tu alma? Gózate y alégrate en tu interior recogimiento con él, pues le tienes tan cerca. Ahí le desea, ahí le adora, y **no le vayas a buscar fuera de ti, porque te distraerás y cansarás** y no le hallarás ni gozarás más cierto, ni más presto, ni más cerca que dentro de ti. **Sólo hay una cosa, que, aunque está dentro de ti, está escondido**. Pero gran cosa es saber el lugar donde está escondido para buscarle allí a lo cierto. Y esto es lo que tú también aquí, alma, pides cuando con afecto de amor dices: ¿Adónde te escondiste?

Pero todavía dices: **Puesto está en mí el que ama mi alma, ¿cómo no le hallo ni le siento? La causa es porque está escondido, y tú no te escondes también para hallarle y sentirle**. Porque el que ha de hallar una cosa escondida, tan a lo escondido y hasta lo escondido donde ella está ha de entrar, y, cuando la halla, él también está escondido como ella. Como quiera, pues; que tu Esposo amado es el tesoro escondido en el campo de tu

alma, por el cual el sabio mercader dio todas sus cosas (Mt. 13, 44), convendrá que para que tú le halles, olvidados todas las tuyas y alejándote de todas las criaturas, te escondas en tu retrete interior del espíritu (Mt. 6, 6), y, cerrando la puerta sobre ti, es a saber, tu voluntad a todas las cosas, ores a tu Padre en escondido; y así, quedando escondida con él, entonces le sentirás en escondido, y le amarás y gozarás en escondido, y te deleitarás en escondido con él, es a saber, sobre todo lo que alcanza la lengua y sentido.

¡Ea, pues, alma hermosa!, pues ya sabes que en tu seno tu deseado Amado mora escondido, procura estar con él bien escondida, y en tu seno le abrazarás y sentirás con afección de amor. Y mira que a ese escondrijo le llama él por Isaías (26, 20), diciendo: *Anda, entra en tus retretes, cierra tus puertas sobre ti*, esto es, todas tus potencias a todas las criaturas, **escóndete un poco hasta un momento, esto es, por este momento de vida temporal.**

Porque, si en esta brevedad de vida guardares, ¡oh alma!, con toda guarda tu corazón, como dice el Sabio (Pv. 4, 23), sin duda ninguna te dará Dios lo que adelante dice Dios también por Isaías (45, 3), diciendo: *Daréte los tesoros escondidos, y descubrirte he la sustancia y misterios de los secretos.* La cual sustancia de los secretos es el mismo Dios, porque Dios es la sustancia de la fe y el concepto de ella, y la fe es el secreto y el misterio. Y cuando se revelare y manifestare esto que nos tiene secreto y encubierto la fe, que es lo perfecto de Dios, como dice san Pablo (1 Cor. 13, 10), entonces se descubrirán al alma la sustancia y misterios de los secretos. Pero en esta vida mortal, aunque no llegará el alma tan a lo puro de ellos como en la otra, por más que se esconda, todavía, si se escondiere, como Moisés, en la caverna de la piedra (Ex. 33, 22-23), que es en la verdadera imitación de la perfección de la vida del Hijo de Dios, Esposo del alma, amparándola Dios con su diestra, merecerá que le muestren las espaldas de Dios, que es llegar en esta vida a tanta perfección, que se una y transforme por amor en el dicho Hijo de Dios, su Esposo; de manera que se sienta tan junta con él y tan instruida y sabia en sus misterios, que cuanto a lo que toca a conocerle en esta vida no tenga necesidad de decir: ¿Adónde te escondiste?

Dicho queda, ¡oh alma!, el modo que te conviene tener para hallar el Esposo en tu escondrijo. Pero, si lo quieres volver a oír, oye una palabra llena de sustancia y verdad inaccesible: es **buscarle en fe y en amor, sin querer satisfacerte de cosa, ni gustarla ni entenderla más de lo que debes saber;** que esos dos son los mozos del ciego que te guiarán por donde no sabes, allá a lo escondido de Dios. Porque la **fe, que es el secreto que habemos dicho , son los pies con que el alma va a Dios, y el amor es la guía que la encamina;** y andando ella tratando y manoseando estos misterios y secretos de fe, merecerá que el amor la descubra lo que en sí encierra la fe, que es el Esposo que ella desea, en esta vida por gracia especial, en divina unión con Dios, como habemos dicho, y en la otra, por gloria esencial, gozándole cara a cara, ya de ninguna manera escondido. Pero, entre tanto, aunque el alma llegue a esta dicha unión, que es el más alto estado a que se puede llegar en esta vida, por cuanto todavía al alma le está escondido en el seno del Padre,

como habemos dicho, que es como ella le desea gozar en la otra, siempre dice: ¿Adónde te escondiste?”⁵¹

Son dos los aspectos que viene a aportar San Juan de la Cruz para aquel que quiere encontrar a Dios: no está lejos de sí, sino en su interior, pero está escondido y es necesario esconderse de todo aquello que pueda distraer para encontrarlo. **Con toda seguridad podemos decir que el Señor nos ha salido al encuentro en personas, acontecimientos**, en todo lo que nos ha afectado, como si viniera de fuera; todo esto es una gran verdad, pero **hay también una relación personal que es única e intransferible como lo es toda relación en el amor, de tú a tú, donde es necesaria la sola compañía de la persona amada**. Es a esta realidad a la que se refiere este santo, que hay que cultivar escondido de todo aquello que supone distracción o tentación. ¿Tendría la vida oculta de Cristo mucho de escondido en esta relación con el Padre? Seguro que así fue. Tendrá que ir aprendiendo humanamente que todo lo que busca de Dios está escondido en él, en su humanidad.

El **segundo aspecto** que podemos considerar es la **relación de la vida escondida de Cristo con nuestra formación en el seminario**. Ciertamente la entrada en el seminario supone entrar en esa misma vida escondida que hace que podamos **profundizar, desde nuestra relación con el Señor, en nuestra propia identidad como hijos de Dios y la realización de la vocación** para llegar a vivir un día aquello que estamos llamados a ser.

Una **vida oculta significa una manera de vivir presente para el Señor dejándole hacer en nosotros**; supone una **ruptura** con muchos aspectos públicos de nuestra vida, incluso de nuestra actividad apostólica en la que antes podíamos estar inmersos: no podemos mantener las **relaciones y formas concretas de vivir** que teníamos antes, incluso se puede despertar en algunas ocasiones un cierto sentimiento de insignificancia o inactividad. Es necesario entrar en ella para que se pueda ir forjando una nueva identidad que, de alguna manera, **supone algo nuevo en nuestra vida, en la que tenemos que recolocar muchas cosas de lo anterior y lanzarnos a lo que está por venir**. No lo podemos hacer sin cuidar aquello que nos hace madurar en lo que somos y estamos llamados a ser, desde una relación cercana y cotidiana con el Señor y con una nueva forma de vivir las mismas relaciones que teníamos antes y de las nuevas que vamos descubriendo.

Pasar de las actividades habituales a las nuevas que se van generando supone una ruptura que, no en pocas ocasiones, podemos vivir en conflicto, de una manera más significativa **con la propia familia y amigos**; pero también con **nuestra forma de estar presente en el mundo**, la forma de entretenernos e incluso las propias formas de vida espiritual que hemos mantenido anteriormente. Como en la vida de Jesús, crecer en sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres supone estar sujeto o **bajo la autoridad** de la que es la nueva familia: el seminario.

Esta forma de vida no es un capricho de la Iglesia, del Obispo o de los formadores, sino que es el ámbito propio que nos asemeja a la vida de Cristo en su preparación para la vida pública. Se pierde publicidad pero para poder volver de nuevo al mundo y a los hombres con la identidad nueva que se va generando a lo

⁵¹ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico Espiritual* 1, 6-11.

largo de la formación, aunque muchas veces se pueda vivir con incomodidad o contrariedad.

Vida oculta y escondida no supone una vida apartada, sino en distancia adecuada con aquello que hasta ahora podría ser significativo; es aprender a vivir la vida sin parar pero con menos u otras actividades. Lo importante es que todo este proceso hay que hacerlo desde una cercanía con el Señor, con su misterio, con una nueva relación con el Padre que nos hace poder situarnos en la vida de una manera diferente, en una relación nueva con el Padre y con Jesucristo bajo la luz del Espíritu. Muchas veces pueden aparecer preguntas, deseos encontrados, pero es la forma más eficaz en la que se va generando en nosotros una novedad que, como toda novedad no deja de tener sus momentos de desconcierto que es necesario irlos resolviendo muy en relación directa con el Señor y con aquellos que el Señor sitúa en nuestra vida para poder contrastar y compartir todo lo que va apareciendo. **Es un tiempo de gracia en el que se va gestando algo nuevo en medio de lo que ya somos, suponiendo una promesa** no sólo para nosotros sino para la Iglesia y el mundo. Hay que ocultarse y no siempre queremos, hay que esconderse y no siempre resulta fácil, pero hay que evitar la tentación de volver a reconquistar nuestros espacios de vida pública en los que nos sentimos más cómodos y compensados afectivamente porque impiden que se pueda generar en nosotros la nueva identidad.

PARA REZAR MEJOR

Puede resultar algo más difícil orar con algo que no encontramos directamente reflejado en los evangelios; faltan escenas, personajes, situaciones en las que podamos ver la vida del Señor pero, lo más importante es poder darse cuenta de que fueron muchos años de la vida de Cristo los que se manifiestan en esta etapa y que, lo más importante son los distintos elementos que intervienen en esa situación. Puede ser una oración que nos permita evaluar cómo nos encontramos en este momento de nuestra vida en el Seminario y descubrir, ante la presencia del Señor, lo que está pidiendo de nosotros en estas circunstancias. Algunos puntos son para considerarlos un día y otros, el siguiente porque es mucha la materia que aparece.

1. Pide al Señor que te ayude a descubrir la importancia de una vida oculta, escondida en Cristo, en este momento de tu vida, para que no sea algo que tengas que sufrir pasivamente, sino algo en lo que, activamente, implicas toda tu vida.
2. El primer día puedes tener más en cuenta las dimensiones espirituales que hay en juego: ¿Qué significa para ti esconderse para encontrar a Cristo en lo escondido? El texto de san Juan de la Cruz te puede dar pistas para responder a esta pregunta. En medio de ella hay una llamada a ser del Señor, a dejar que él pueda llenar de verdad tu vida. Pide al Señor que te dé

luz para poder hacerlo.

3. El segundo día puedes tener más presente la vida concreta en el Seminario, las relaciones que tienes que ir recolocando y que no siempre son fáciles, las incomodidades o contrariedades que te pueden surgir cuando los gustos personales o los reclamos de los demás entrar en conflicto con el “hoy” que Dios te está pidiendo. Hazlo en diálogo con el Señor, no en monólogo ante ti mismo o ante otras personas a las que tratas de dar explicaciones. ¿Qué realidades o personas crees que pueden distraerte de esta tarea? No quieras resolver las preguntas, expónselas al Señor que también tuvo una vida oculta.
4. ¿Qué es la novedad que Dios va haciendo en ti? En tu relación con él, en la manera de verte a ti mismo y a los demás, en la forma de comprender tu vocación y los retos que plantea...
5. No dejes de dar gracias por lo que, “en lo oculto”, te va dando el Señor y lo que de él mismo te va manifestando y todo lo que va haciendo en ti, casi sin que te des cuenta.

LA VIDA OCULTA DE CRISTO II

Evangelio según San Lucas 2, 41-52

Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén por las fiestas de Pascua. Cuando Jesús cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre, y cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres.

Estos, creyendo que estaba en la caravana, hicieron una jornada y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén en su busca.

A los tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas: todos los que le oían, quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba.

Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre:

–Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados.

El les contestó:

–¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?

Pero ellos no comprendieron lo que quería decir.

El bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad.

Su madre conservaba todo esto en su corazón.

Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres.

Para estos días vamos a seguir considerando la vida oculta de Cristo como materia de contemplación y oración junto con el con el misterio de Jesús perdido en el Templo, que está íntimamente unido al primero. Ya sabemos que en la repetición no se trata de añadir nueva materia sino de poder considerar lo mismo con una mayor hondura incorporando alguna otra perspectiva. En un principio, las consideraciones que vamos a realizar podrían no serían necesarias, porque cada uno, con lo que ya ha orado, podría seguir según el camino que el Señor le va trazando desde lo que ya ha visto de luz o dificultad en los días anteriores. Trataremos de precisar algunos de los aspectos que aporta la contemplación de la vida oculta de Cristo de una manera algo más sistemática, incluso, para poder contrastarla con lo que nosotros estamos viviendo y descubrir la invitación que nos hace el Señor para sumergirnos en ella sin resistencias o, para que estas, puedan ser vencidas en virtud de la gracia que actúa en la oración.

Recordemos que los días anteriores hemos ido profundizando estos días: el sentido de la maduración de la personalidad en la relación con el Padre y la obediencia a él que permite armonizar nuestro mundo de relaciones afectivas; la

implicación que tiene en la vida espiritual lo oculto, como búsqueda de Dios que está en lo escondido sumergiéndonos en ello; las aportaciones que puede hacer para nuestra vida en el seminario. Todo ello mirando al Señor, no como un razonamiento que nos presenta una meta que tenemos que alcanzar y ante la que nos encontramos siempre como algo imposible. **Mirar al Señor para desear vivir como él, reproducir en nosotros sus sentimientos, su búsqueda de la voluntad del Padre a través de su humanidad**, para poder descubrir que lo que se nos ofrece a través de la contemplación: la invitación que Cristo nos hace a través de su mirada y de su voz **es un regalo y no una pérdida**. No se trata de buscar la manera de asumir normas que nos cuesta incluso comprender, sino dejarnos “seducir”, de la misma forma que Jeremías por el mismo Señor porque, nada más que el amor puede vencer las resistencias.

Veamos los aspectos que podemos considerar en la oración de estos días, si os ayudan o no si os distraen del camino por donde el Señor ha ido manifestando algo. Eso será lo más importante.

1. **Valor de lo ordinario.** Solemos estar buscando siempre lo extraordinario, lo diferente y, cuesta mucho meterse en la rutina de lo que puede parecer siempre lo mismo. Hoy día se busca hasta el riesgo: las experiencias de tantos jóvenes y adultos que están siempre pendientes de lo novedoso, de lo que no se ha probado, metidos en una espiral que cada vez conduce a un mayor vacío y sinsentido. Frente a ello, la vida oculta de Cristo manifiesta el sentido del cada día, de lo cotidiano. Es verdad que el evangelio no nos dice nada, pero sí la opinión de los contemporáneos de Jesús frente a sus palabras. Eran extraordinarias y producían admiración porque estaban cargadas de autoridad y de novedad. De la misma manera que lo hacían sus signos; todo ello manifestaba que antes de ese momento todo había sido normal y no sabían cómo casar lo que conocían de Jesús, de su familia, con lo que ahora estaba haciendo: “¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es ésta que le han enseñado? ¿Y esos milagros de sus manos? ¿No es éste el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y judas y Simón? Y sus hermanas ¿no viven con nosotros aquí? Y desconfiaban de él” (Mc 6, 2). En la vida del Seminario muchas veces cansa la rutina, tener la sensación de que, aunque hay muchas cosas, cada día, cada lunes, cada fin de semana pasa casi lo mismo y, curiosamente, lo diferente a veces supone una carga. Hay que mirar a Cristo y contemplar su vida oculta para que nos descubra el valor de lo ordinario.
2. **Sentido del Trabajo.** ¡Qué importante es trabajar! El sacerdote tiene que acostumbrarse a trabajar mucho y hacerlo por el Señor, más aún, en nombre del Señor, hecho entrega total a los hermanos; pero, como somos humanos, nos cansamos de trabajar, quizá porque lo hagamos con poco amor. Ante esto, la vida de Jesús, a quien se le conoce también como “carpintero”, denota esta constancia en el trabajo sin dejar de buscar la voluntad del Padre ¿Qué aporta esto a nuestro trabajo, es decir a nuestro estudio? Todo esto es la manera de ir a clase, de atender y procurar enterarnos, el tiempo que dedicamos al estudio personal, el empeño que ponemos en ello. Estudiar como trabajo, como encomienda de lo que el Señor y la Iglesia nos piden en este momento ¿Qué trabajo no cuesta? ¿Qué trabajador puede

decidir trabajar menos porque no le apetece o porque está cansado? ¿Qué sucedería?... ¿Qué dice la vida oculta del Señor y su trabajo constante a tu manera de estudiar?

3. **Obediencia.** Llama profundamente la atención que la vida de Cristo es **estar en las cosas de mi Padre**, y al mismo tiempo, vivir bajo la autoridad de María y de José. La vida de Jesús no es autónoma, está sometida, pero no limitada; es despliegue de una gran potencialidad que se va cargando como una batería para poder traducirse después en entrega hasta la última gota de su sangre. Obedecer no siempre está de acuerdo con los propios criterios, nos lleva más allá de nosotros mismos y siempre tiene un misterio de oscuridad y de dejarse hacer. Lo contrario de obediencia es desobediencia, no diálogo o un poco de autonomía personal –como habitualmente lo llamamos– para hacer lo que coincide con mis gustos. Hay que mirar a Cristo obediente, del que Pablo dirá más tarde que lo fue *hasta la muerte y muerte de cruz*, o la carta a los Hebreos que *aprendió sufriendo a obedecer*. Para llegar a ello hay que comenzar con “lo pequeño” que se va manifestando en la vida del Seminario.
4. **Silencio.** Estamos acostumbrados a vivir en medio de tanto ruido que, el silencio, a veces, se hace insoportable. **Es la posibilidad de escuchar y darnos cuenta de lo que de verdad sucede en nosotros, en los demás; de descubrir el sentido de los acontecimientos y de poder escuchar la voz de Dios, tantas veces tapada por otras muchas voces y sonidos que no nos permiten distinguirla.** El tiempo de silencio de Jesús en su vida pública no es algo improvisado, sino que se iría gestando en su búsqueda y escucha de la voluntad del Padre. Tenemos que aprender a quitar ruidos de nuestro alrededor, voces, portazos, radios, televisiones, música y tantos otros para poder escuchar el interior y descubrir que también está lleno de ellos: son las voces grabadas que no dejan de decir cosas, de reprochar, de exigir, de invitar a huir; voces que hemos escuchado durante tanto tiempo y que no es posible callarlas. Entrar en el silencio para descubrir que también está la voz del Señor que se eleva sobre todas y tiene una palabra definitiva sobre nuestra historia, nuestro presente y nuestro destino ¿Cómo vives de ruidos, de fuera y de dentro? ¿A qué te invita la vida de oculta de Jesús?
5. **Presencia de María.** Ella estuvo siempre allí, a su lado, aprendiendo de su hijo y también sobre sí misma y su vocación. Es la presencia que acompaña permanentemente la vida de Jesús. Nos enseña dos cosas muy importantes: una, es que siempre está allí, con nosotros, en lo oculto y lo escondido, y otra, su manera de vivir esa vida de Cristo. Lo hacía guardándolo todo en el corazón. Ella nos enseña la forma en que tiene que quedar grabada nuestra relación con Cristo: en nuestros afectos, en nuestro corazón. Si esto sucede nunca se borrará.

JUAN PABLO II

“Los evangelios ofrecen pocas y escuetas noticias sobre los años que la

Sagrada Familia vivió en Nazaret. San Mateo refiere que san José, después del regreso de Egipto, tomó la decisión de establecer la morada de la Sagrada Familia en Nazaret (cf. Mt 2, 22-23), pero no da ninguna otra información, excepto que José era carpintero (cf. Mt 13, 55). Por su parte, san Lucas habla dos veces de la vuelta de la Sagrada Familia a Nazaret (cf. Lc 2, 39 y 51) y da dos breves indicaciones sobre los años de la niñez de Jesús, antes y después del episodio de la peregrinación a Jerusalén: "El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él" (Lc 2, 40), y "Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres" (Lc 2, 52).

Al hacer estas breves anotaciones sobre la vida de Jesús, **san Lucas refiere probablemente los recuerdos de María acerca de ese periodo de profunda intimidad con su Hijo**. La unión entre Jesús y la "llena de gracia" supera con mucho la que normalmente existe entre una madre y un hijo, porque está arraigada en una particular condición sobrenatural y **está reforzada por la especial conformidad de ambos con la voluntad divina**.

Así pues, podemos deducir que el clima de serenidad y paz que existía en la casa de Nazaret y la constante orientación hacia el cumplimiento del proyecto divino conferían a la unión entre la madre y el hijo una profundidad extraordinaria e irrepetible.

En María la conciencia de que cumplía una misión que Dios le había encomendado atribuía un significado más alto a su vida diaria. **Los sencillos y humildes quehaceres de cada día asumían, a sus ojos, un valor singular, pues los vivía como servicio a la misión de Cristo**.

El ejemplo de María ilumina y estimula la experiencia de tantas mujeres que realizan sus labores diarias exclusivamente entre las paredes del hogar. Se trata de un trabajo humilde, oculto, repetitivo que, a menudo, no se aprecia bastante. Con todo, los muchos años que vivió María en la casa de Nazaret **revelan sus enormes potencialidades de amor auténtico y, por consiguiente, de salvación**. En efecto, la sencillez de la vida de tantas amas de casa, que consideran como misión de servicio y de amor, encierra un valor extraordinario a los ojos del Señor.

Y se puede muy bien decir que para María la vida en Nazaret no estaba dominada por la monotonía. En el contacto con Jesús, mientras crecía, **se esforzaba por penetrar en el misterio de su Hijo, contemplando y adorando**. Dice san Lucas: "María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón" (Lc 2, 19; cf. 2, 51).

"Todas estas cosas" son los acontecimientos de los que ella había sido, a la vez, protagonista y espectadora, comenzando por la Anunciación, pero sobre todo es la vida del Niño. Cada día de intimidad con él constituye una invitación a conocerlo mejor, a descubrir más profundamente el significado de su presencia y el misterio de su persona.

Alguien podría pensar que a María le resultaba fácil creer, dado que vivía a diario en contacto con Jesús. Pero es preciso recordar, al respecto, que habitualmente permanecían ocultos los aspectos singulares de la personalidad de su Hijo. Aunque su manera de actuar era ejemplar, él vivía una vida semejante a la de tantos coetáneos suyos.

Durante los treinta años de su permanencia en Nazaret, **Jesús no revela sus cualidades sobrenaturales y no realiza gestos prodigiosos**. Ante las primeras

manifestaciones extraordinarias de su personalidad, relacionadas con el inicio de su predicación, sus familiares (llamados en el evangelio "hermanos") se asumen -según una interpretación- la responsabilidad de devolverlo a su casa, porque consideran que su comportamiento no es normal (cf. Mc 3, 21).

En el clima de Nazaret, digno y marcado por el trabajo, **María se esforzaba por comprender la trama providencial de la misión de su Hijo**. A este respecto, para la Madre fue objeto de particular reflexión la frase que Jesús pronunció en el templo de Jerusalén a la edad de doce años: "¿No sabíais que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?" (Lc 2, 49). Meditando en esas palabras, María podía comprender mejor el sentido de la filiación divina de Jesús y el de su maternidad, esforzándose por descubrir en el comportamiento de su Hijo los rasgos que revelaban su semejanza con Aquel que él llamaba "mi Padre".

La comunión de vida con Jesús, en la casa de Nazaret, llevó a María no sólo a avanzar "en la peregrinación de la fe" (Lumen gentium, 58), sino también en la esperanza. Esta virtud, alimentada y sostenida en el recuerdo de la Anunciación y de las palabras de Simeón, abraza toda su existencia terrena, pero la practicó particularmente en los treinta años de silencio y ocultamiento que pasó en Nazaret.

Entre las paredes del hogar la Virgen vive la esperanza de forma excelsa; sabe que no puede quedar defraudada, aunque no conoce los tiempos y los modos con que Dios realizará su promesa. En la oscuridad de la fe, y a falta de signos extraordinarios que anuncien el inicio de la misión mesiánica de su Hijo, **ella espera, más allá de toda evidencia, aguardando de Dios el cumplimiento de la promesa.**

La casa de Nazaret, ambiente de crecimiento de la fe y de la esperanza, se convierte en lugar de un alto testimonio de la caridad. **El amor que Cristo deseaba extender en el mundo se enciende y arde ante todo en el corazón de la Madre;** es precisamente en el hogar donde se prepara el anuncio del evangelio de la caridad divina.

Dirigiendo la mirada a Nazaret y contemplando el misterio de la vida oculta de Jesús y de la Virgen, somos invitados a meditar una vez más en el misterio de nuestra vida misma que, como recuerda san Pablo, "está oculta con Cristo en Dios" (Col 3, 3).

A menudo se trata de una vida humilde y oscura a los ojos del mundo, pero que, en la escuela de María, puede revelar potencialidades inesperadas de salvación, irradiando el amor y la paz de Cristo."⁵²

PARA REZAR MEJOR

No conviene olvidar que se trata de volver sobre aquello que hemos orado para poder descubrir más perspectivas y dejar que el Señor pueda decir algo más. Quizá la oración anterior haya sido con mucha o poca luz o ninguna, que hayamos descubierto dimensiones importantes o no. No importa, tenemos una nueva

⁵² JUAN PABLO II, *Catechesis del 29 de Enero de 1977*.

oportunidad para poder acercarnos a treinta años de historia de Jesús. Sí, parece poco tiempo una semana al plantearlo en toda su hondura.

1. Siempre, comenzar orando, suplicando, sabiendo que no es algo nuestro sino suyo, que es querer estar “en sus cosas” para que sean las nuestras. Pide poder ver, oír, descubrir que te pide el Señor de vida oculta en estos años, que te haga descubrir tus tentaciones, tus huidas y que puedas amar estar escondido con Cristo escondido. Puedes pensar si verdaderamente estás o no en las cosas de Dios
2. Repasa lo que oraste los días anteriores. Muchas veces cuando lo hacemos descubrimos que había más de lo que pensábamos, que realmente estuvo presente o, a veces, todo lo contrario, que sólo estaba yo con mis pensamientos o distracciones. Es la oportunidad de volver, tan importante en la vida espiritual.
3. Distribuye entre los dos días los aspectos que aparecen en estas páginas que te puedan ayudar a contrastar tu vida con la de Jesús, a descubrir el valor de lo que muchas veces consideras pesado o poco importante.
4. Vuelve a María: considera su presencia en tu vida, como en la de Cristo, seguramente, muchas veces, de una manera oculta, sin llamar la atención, pero presente. Mira su forma de vivir y acompañar el misterio de Cristo, de comprender su propia vocación como madre del Hijo de Dios.
5. La catequesis del Papa Juan Pablo II puede arrojar alguna luz en medio de esta oración. Léela sin prisas, parando en aquello que te pueda ayudar más.
6. No conviene terminar la oración sin tomar nota de lo que hemos visto oído, deseado para que nos pueda ser de ayuda más tarde. Tampoco hay que terminar sin dar gracias por todo lo que estamos recibiendo en diálogo con Jesús y María.

EL RESUMEN

Hemos concluido la contemplación de los misterios de la infancia de la vida de Cristo: comenzamos con una introducción al método y la forma de realizarla con unos evangelios que nos permitían situarnos ante esta experiencia de oración; luego pasamos a la encarnación, nacimiento, epifanía y vida oculta del Señor. Todo ello lo hicimos con las debidas repeticiones que nos ayudaban a profundizar aquello que habíamosorado. Para esta semana, antes de comenzar el adviento, os voy a proponer una manera de seguir con esta profundización de los misterios que hemos contemplado y repetido: el resumen.

La materia de la oración es la misma de antes, es decir, todo lo que hemosorado, prestando especialmente atención a las repeticiones que se han hecho los viernes y sábado; lo que cambia es el proceso. Lo que se pretende es ir pasando todo como por un colador, tamizando, **quedándose con lo que realmente importa** porque se trata de ir entresacando lo fundamental, aunque no sea mucho. **Lo que queda permanece para siempre asentado en nuestra memoria, en el entendimiento, en la voluntad y en lo más profundo de nuestro afecto.** Es ir condensando cada vez más lo que se ha sentido, lo que Dios ha ido haciendo percibir. No hay que añadir nada, todo lo contrario, **ir eliminando lo sobreañadido, lo que ha habido de dispersión o vacío en la oración que se ha realizado.** Se puede pensar que no queda nada si hacemos esto pero, no es verdad, queda lo que es realmente importante, aunque pueda parecer muy poco. Pensemos en **la imagen de un buscador de oro entre la arena de un río.** Sin duda es mucha la arena que hay que pasar tamizándola por la criba, mucha el agua que se pierde; después de insistir se puede encontrar una pepita de oro que hace valorar el trabajo realizado y olvidar el esfuerzo que parece ineficaz en el cada día. El resumen nos ayuda a encontrar ese pequeño granito de oro que había en medio de toda la oración realizada. En la meditación es más difícil de encontrar porque son muchas las palabras pero, **en la contemplación, siempre están estos pequeños tesoros que no sabemos valorar. El resumen ayuda a encontrarlos.**

En la vida no son muchas cosas las que quedan, pero **deben quedar las fundamentales**, aquellas sobre las que se apoya el sentido fundamental y primero de nuestra existencia en y desde Dios y que nunca se puede perder. **Son las verdades que Dios ha dicho, lo que queda impreso a fuego en el corazón y que no se puede borrar.** En los Ejercicios Espirituales, muy enraizados en la tradición contemplativa de la Iglesia, San Ignacio propone repetir, no una, sino muchas veces, porque, gustando de nuevo lo fundamental, se sigue ahondando en nuestra verdad ante la misericordia de Dios. El resumen es el siguiente trabajo que tenemos que realizar en la presencia del Señor. Parte de lo que él llama **“gustar y sentir internamente”** para poder interiorizar, cada vez más, lo que Dios va dando a conocer en el entendimiento y el afecto y nos conduce a cambios en la forma de plantear las opciones fundamentales de nuestra vida; es profundizar en aquello que nos va pacificando y haciendo que brote en nosotros la gratitud. **Cuando se quita todo lo accesorio, que siempre aparece en la oración como muchas moscas**

revoloteando alrededor de un pastel, se percibe lo que es de Dios, lo que procede de él y hemos discernido que es verdaderamente suyo, es decir, gustar lo que es del Señor y no nuestro, lo que va más allá de nuestros gustos, planteamientos, imaginación u órdenes que nos damos, que trasciende nuestras culpabilizaciones o de lo que proyectamos hacia el futuro, incluso lo que nos ha sorprendido y no esperábamos. Es lo nuevo del Señor que ha irrumpido y que, al volver a ahondar en ello, va haciendo que **brote un sentimiento de gratitud**.

Tenemos ya la perspectivas de varias semanas contemplando y quizá, aunque en muchas ocasiones la oración pueda haber sido árida, distraída, oscura, o llena de luz y sensibilidad, quizá, de una manera sencilla, con todo lo que hemos ido viviendo, percibimos que algo está cambiando en nuestro interior, en nuestra manera de percibir las cosas, tanto las nuestras como las de Dios: **es el fruto del gota a gota que produce contemplar al Señor**. Es verdad que hay mucho que mejorar, en preparación, en manera de realizar la oración, en la revisión de la misma, pero, con toda la debilidad, él va haciendo su obra. Cuando nos damos cuenta de estos en una actitud orante surge lo que decía anteriormente: el agradecimiento por lo recibido, por lo que el Señor ha hecho, porque, **mirando hacia atrás, vemos que algo está cambiando**.

Resumir es volver de nuevo a todo ello, a lo fundamental, a lo que no distrae, a lo que invita a amar más al Señor y percibir su amor que se ha manifestado de una manera oculta en la humanidad –más propiamente la infancia– de Jesucristo.

Quisiera que, de la misma manera que leíamos lo que el P. Arzubialde decía sobre la contemplación, podamos ahora atender a lo que dice sobre el resumen en el lugar que citaba al comienzo. Es una síntesis muy buena de lo que venimos hablando y que nos puede ayudar para estos días. En el texto se omiten las notas, aclaraciones y citas que él recoge:

“La materia del Resumen es la misma que la de la Repetición, pero varía la técnica, la manera de hacerse y el fruto que de él se habrá de derivar.

En la repetición todavía se podía divagar, pero aquí, en el resumen, ya no. No hay materia nueva. **El espíritu se entrega a la memoria de lo ya gustado, para que «lo sentido»** se vaya como condensando más y más. A sabiendas se prescinde de determinadas cosas que no se sintieron tanto. No se trata ya de completar materia nueva, ni de añadir; sino, por el contrario, de **eliminar todo lo sobreañadido, para quedarse exclusivamente con lo sustancial**.

En realidad en la vida del hombre los elementos válidos, que se convierten en vida son muy pocos y relativamente simples. **El hombre necesita poseerlos «con el corazón»; cerciorarse de que son absolutamente sanos y limpios; tener seguridad de ellos, de modo que se conviertan en sus motivaciones más hondas;** saber por experiencia que no son meras ideas intercambiables, sino sus móviles más profundos, identificados totalmente con sus deseos de felicidad.

Estos elementos más vitales, seguridades entitativas sobre las que se sustenta la vida humana, le construyen a uno y se identifican con su «yo». Son muy pocos y no se pueden quebrar, ni cambiar todos a la vez. Si esto

ocurriera, el hombre entraría en un período de crisis y aniquilación, típico de los procesos depresivos, o de las épocas de cambios muy acelerados y profundos.

Por tanto, no se trata de ver muchas cosas, sino de *gustarlas y sentirlas internamente* [2,4]; de que se dé una sintonía tal que uno se sienta identificado, y en armonía con aquellos elementos más vitales, que le dan unidad y motivan su actividad.

El Resumen es, en fin, **una interiorización del lenguaje que viene de Dios, y de aquellos elementos que son las motivaciones más hondas del propio vivir.** La vida misma latente, que ha llegado a penetrar y configurar el mundo de los deseos y las apetencias de felicidad.”⁵³

Comenzamos como siempre **en actitud orante** pidiendo a Dios con la oración que ayuda a disponernos a orar, como en las contemplaciones anteriores. Se continúa repasando todo lo que hemos visto en los días anteriores que ha quedado como fundamental, sin dar vueltas sino gustando, trayéndolo a la memoria del corazón, parándonos y deteniéndonos donde veamos adecuado para ver, escuchar, hablar...

No hay ninguna materia nueva, lo nuevo será la profundidad que nos irá aportando el estar ante Dios e ir quedándonos con lo que hemos ido descubriendo **quitando las distracciones dichas o lo que ha podido ser más de nuestra cosecha que lo que el Señor ha sembrado.** Cuando se dice que no hay materia nueva es que no la hay, por lo cual, cada uno, durante la semana debe ir escogiendo aquello recuerda que ha quedado más grabado, incluso antes de repasar todas las notas que hemos podido tomar.

Como ya el curso ha avanzado y **hemos ido entrando más en nuestra propia verdad, nos podrá más sencillo ponernos desde ella, al desnudo, ante la verdad de Dios que se nos ha manifestado en la infancia de Cristo.** En este encuentro hay que **dejar hacer a Dios,** no querer hacer nosotros, ni revelarnos ante lo que somos ni ante lo que él es, ni siquiera como él hace. A este respecto querría traer ante nuestra atención un texto conocidísimo de **san Ireneo** que me atrevo a aplicar a este momento en el que Dios hace en nosotros, desde su verdad y la nuestra que se encuentran, y surge una “nueva creación” desde lo antiguo. Para que el hombre sea divinizado es necesario primero que sea hecho hombre. Sin lo primero nunca se puede llegar a lo segundo:

«¿Cómo va a ser "dios" quien todavía *no* fue hecho hombre? ¿Cómo perfecto (en lo divino), el recién hecho? Y ¿cómo inmortal (con la *athanasia* de Dios), quien no obedeció (con mérito) al Hacedor en naturaleza mortal? **Pues primero has de mantenerte a nivel de hombre, para luego participar en la gloria de Dios; ya que no haces tú a Dios sino Dios te hace a ti. Por tanto, si eres obra de Dios, aguarda la mano de tu Artífice,** que todo lo hace según conviene; según te conviene a ti, que eres hecho. **Entrégale tu corazón blando y manejable,** y conserva la forma con que te (con)figuró el Artífice, reteniendo en ti el agua (viva), **no vayas a perder endurecido las**

⁵³ ARZUBIALDE, SANTIAGO, *Op. cit.*, pp 167-168

huellas de Sus dedos. Mas si conservas la trabazón (del Espíritu), subirás hasta lo perfecto. El arte de Dios esconderá el limo que hay en tí. Su Mano dará forma en ti a la substancia; te bañará por dentro y por fuera con oro puro y con plata; y de (tal) suerte te adornará que el propio Rey codicie tu hermosura (cf. *Sal* 44,11). Mas si obdurado rechazas enseguida Su arte, y eres ingrato con El (acusándole) por haber sido hecho hombre (y no "dios"), **con tu ingratitud para Dios pierdes a la vez Su arte y vida. Pues propio es de la benignidad de Dios hacer; y propio de la naturaleza del hombre ser hecho. Si pues le ofrendas a Él lo que es tuyo, a saber la fe en El y la sumisión, recibirás Su arte y serás obra perfecta de Dios.»**⁵⁴

En la repetición se realiza **una búsqueda intuitiva en medio de todo aquello que hemos ido orando, rastreando la huella que el Señor ha ido dejando, la palabra, la imagen, la escena, el sentimiento que ha quedado en nosotros a lo largo de tantos días.** Dicho de otra forma, si tuviéramos que contar a alguien todo lo que hemos ido descubriendo ¿Cómo lo haríamos? ¿Qué diríamos? ¿Dónde tenemos que volver para beber de nuevo? Con un **ejemplo sencillo, a lo largo de un viaje podemos hacer muchas fotografías,** con el paso del tiempo hay algunas que son especialmente significativas porque traen a la memoria algún lugar, persona, situación o acontecimiento que el tiempo no ha borrado. Si tenemos que hacer una proyección para enseñar lo más importante a los demás, no sólo de un viaje, sino de todo lo que hemos vivido y fotografiado durante más tiempo ¿Cuáles se incluirían? Este es el resumen, **volver a mirar esas imágenes** que ha plasmado la cámara pero que han quedado en nosotros. Volver a mirarlas, **hablar de ellas trae algo a nuestro corazón** que ha sido verdadero e importante. **Con el paso del tiempo son muchas las fotografías que podríamos tirar sin perder lo que ha sido significativo. Mirar todo eso es resumir.**

Notaréis que la última página tan habitual está vacía porque cada uno tendrá que rellenar lo que le va a ayudar a rezar mejor desde lo que ha rezado. No es una cuestión de pereza sino pedir un esfuerzo personal que nos ayude verdaderamente a rezar mejor. **Nadie puede escribirla sino uno mismo** para poder recoger ese fruto de la oración en el que Dios se va manifestando en su misterio manifestado en la carne, en el que va tocando nuestra verdad y va haciendo en nosotros. Esto se realiza no con mucha innovación sino profundizando en lo que ha sido de verdad importante.

Una cosa más: os sugeriría que cada uno de los días tratéis de **sintetizar en una frase la oración que hacéis o lo que el Señor os ha podido decir o manifestar.** No es para hacer un esfuerzo de síntesis o simplificación matemática de una gran fórmula; tiene un sentido mucho más sencillo y de una gran importancia espiritual: poder ir gustando durante el resto del día aquello que hemos podido orar, **trayéndolo a la memoria durante toda la jornada,** haciendo pequeño espacios de silencio mientras vamos y venimos de un sitio a otro, al ir a orar en otros momentos o al salir o entrar de la capilla. Es una gran ayuda para **vivir en oración continua** desde la oración que se ha hecho por la mañana. Claro, hay que usar la memoria, por eso debe ser algo sencillo. Sin duda, **al final del día,** si lo hemos ido haciendo en diferentes ocasiones, nos daremos cuenta que **ha ido impregnando toda la jornada,** dándola un sentido y haciendo posible que lo orado se prolongue durante

⁵⁴ SAN IRENEO, en ANTONIO ORBE, *La espiritualidad de San Ireneo*, pp 94-95. IREN IV, 39, 2, 33, ss.

todo un día. Es una **forma sencilla de vivir en presencia de Dios** sin desconectar de aquello que hicimos ante el Señor al comienzo de la mañana.

Este mismo ejercicio habría que repetirlo al concluir los misterios de la vida pública, los de la pasión y de la resurrección siguiendo las ideas que se han recogido anteriormente.

II PARTE: LOS MISTERIOS DE LA VIDA PÚBLICA DE JESUS

EL BAUTISMO DEL SEÑOR I

Evangelio según san Mateo 3, 13-17

En aquel tiempo, fue Jesús de Galilea al Jordán y se presentó a Juan para que lo bautizara.

Pero Juan intentaba disuadirlo, diciéndole:

—«Soy yo el que necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?»

Jesús le contestó:

—«Déjalo ahora. Está bien que cumplamos así todo lo que Dios quiere. »

Entonces Juan se lo permitió. Apenas se bautizó Jesús, salió del agua; se abrió el cielo y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz del cielo que decía:

—«Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto.»

Son muchos los años de vida oculta que no han sido descritos en el evangelio y concluyen con esta escena que presentan los evangelistas. Esto marca el comienzo de la vida pública de Jesús. El relato del Bautismo encierra una gran riqueza teológica que permite acercarnos a ella desde la contemplación para poder descubrir el misterio del Dios Trinitario que se revela.

En ocasiones se ha visto esta narración con una cierta simplicidad: Jesús, como tantos otros se acerca a recibir el Bautismo de Juan y allí descubre una llamada del Padre que le desvela su condición y su identidad. Algo de realidad hay en todo esto pero lo que los evangelistas nos describen tiene una mayor profundidad de lo que puede parecer un hecho sorprendente para Jesús que hace que su vida tome un giro inesperado.

Es necesario que nos detengamos por un momento en **el significado del bautismo de Juan**: es una llamada al reconocimiento público de una vida de pecado, que al sumergirse en el agua, quiere renacer a una vida nueva como respuesta a la oportunidad que Dios mismo da para poder comenzar de nuevo. El que se sumergía en el agua realizaba un gesto ritual por el cual su condición pecadora quedaba sepultada en el agua, pudiendo estrenar una vida nueva cuando salía de ella. Se confesaban los pecados y se comenzaba una etapa nueva y distinta a la que Juan, a través de su predicación, estaba invitando.

El diálogo que encontramos entre Juan y Jesús manifiesta la extrañeza del primero ante el hecho de que Jesús se acerque a recibir el Bautismo; quien él anunciaba que vendría detrás de él y bautizaría con Espíritu Santo y fuego, ahora se encuentra ante él queriendo participar de este rito de purificación. La respuesta de Jesús encierra un cierto enigma que manifiesta algo a Juan y hace posible que este acepte el hecho de que Jesús sea sumergido en el agua. La traducción litúrgica habla de *cumplir lo que Dios quiere*, como si el hecho de este bautismo tuviera que ver

directamente con la voluntad de Dios y no como una iniciativa personal de Jesús que Juan tiene que aceptar. El texto griego dice literalmente *cumplamos toda justicia* (πληρώσαι πᾶσαν δικαιοσύνην). El verbo *πληρω* significa **cumplir, en sentido de dar plenitud**, no simplemente como algo que está marcado y que es necesario someterse a ello. Tiene que ver con la revelación y la manifestación de la justicia de Dios que se va a cumplir de una manera plena en la persona de Jesús, su identidad y su destino que estarán marcados por la cruz. En este último aspecto insiste **Benedicto XVI** en su obra *Jesús de Nazaret*, cuyas palabras pueden iluminar el sentido que nos abre al misterio del Bautismo de Cristo:

“No es fácil llegar a descifrar el sentido de esta enigmática respuesta. En cualquier caso, la palabra *árti* —por ahora— encierra una cierta reserva: en una determinada situación provisional vale una determinada forma de actuación. Para interpretar la respuesta de Jesús, resulta decisivo el sentido que se dé a la palabra «justicia»: debe cumplirse toda «justicia». En el mundo en que vive Jesús, **«justicia» es la respuesta del hombre a la Torá, la aceptación plena de la voluntad de Dios, la aceptación del «yugo del Reino de Dios»**, según la formulación judía. El bautismo de Juan no está previsto en la Torá, pero Jesús, con su respuesta, lo reconoce como expresión de un sí incondicional a la voluntad de Dios, como obediente aceptación de su yugo.

Puesto que este bautismo comporta un reconocimiento de la culpa y una petición de perdón para poder empezar de nuevo, este sí a la plena voluntad de Dios encierra también, **en un mundo marcado por el pecado, una expresión de solidaridad con los hombres, que se han hecho culpables, pero que tienden a la justicia. Sólo a partir de la cruz y la resurrección se clarifica todo el significado de este acontecimiento.** Al entrar en el agua, los bautizando reconocen sus pecados y tratan de liberarse del peso de sus culpas. ¿Qué hizo Jesús? Lucas, que en todo su Evangelio presta una viva atención a la oración de Jesús, y lo presenta constantemente como Aquel que ora—en diálogo con el Padre—, nos dice que Jesús recibió el bautismo mientras oraba (cf. 3,21). A partir de la cruz y la resurrección se hizo claro para los cristianos lo que había ocurrido: Jesús había cargado con la culpa de toda la humanidad; entró con ella en el Jordán. Inicia su vida pública tomando el puesto de los pecadores. La inicia con la anticipación de la cruz. Es, por así decirlo, el verdadero Jonás que dijo a los marineros: «Tomadme y lanzadme al mar» (cf. Jon 1, 12). **El significado pleno del bautismo de Jesús, que comporta cumplir «toda justicia», se manifiesta sólo en la cruz: el bautismo es la aceptación de la muerte por los pecados de la humanidad, y la voz del cielo —«Este es mi Hijo amado» (Mc 3, 17)—es una referencia anticipada a la resurrección.** Así se entiende también por qué en las palabras de Jesús el término bautismo designa su muerte (cf. Mc10, 38; Lc 12, 50).”⁵⁵

Este es el mensaje oculto que, al final Juan comprende y que Jesús quiere manifestar. El Bautismo encierra la apertura a algo que va más allá del rito; es un anuncio y anticipación del misterio pascual de Cristo: Jesús salvará a los hombres

⁵⁵ BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, La esfera de los libros, Madrid, 2007, pp. 39-40.

cargando el pecado de ellos sobre sí en la cruz pudiendo realizar la verdadera justificación de los pecadores pudiéndoles ofrecer una vida nueva a través del misterio de la muerte y la resurrección del Hijo de Dios.

SAN JUAN CRISÓSTOMO

El Señor viene a bautizarse entre los esclavos, el Juez entre los reos. Pero no te turbes, porque **en estas bajezas es donde brilla mejor su alteza**. El que quiso ser llevado por tanto tiempo en un vientre virginal y salir de allí con nuestra naturaleza, el que quiso luego ser abofeteado y crucificado y sufrir todo lo demás que sufrió, ¿qué maravilla es que quisiera también ser bautizado y acercarse, confundido entre la turba, a quien era siervo suyo? **Lo de verdad maravilloso es que, siendo Dios, quisiera hacerse hombre. Lo demás es ya pura consecuencia**. Por eso también Juan se adelantó a decir todo lo que dijo sobre que él no era digno de desatar la correa de su sandalia, y todo lo demás: que Él es juez, y ha de dar a cada uno conforme a su merecido y que a todos haría, copiosamente, don del Espíritu Santo. Con esto, al verle cómo se acerca para ser bautizado, ningún pensamiento bajo debemos tener sobre Él. De ahí que el mismo Juan, cuando llega Jesús, trata de impedirselo, diciendo: *Yo soy el que tengo necesidad de ser por ti bautizado, y ¿tú vienes a mí?* El bautismo de Juan era simple lavatorio de arrepentimiento y que sólo llevaba a la confesión de las propias culpas. Ahora bien, porque nadie pensara que también Jesús venía a él con esa intención, de antemano corrige Juan semejante idea, llamándole cordero de Dios y redentor de los pecados de la tierra entera. Porque quien tenía poder de quitar los pecados de todo el género humano, mucho más había de estar Él mismo sin pecado. De ahí que no dijo Juan: "Mirad al impecable", sino lo que era mucho más: *Mirad al que quita el pecado del mundo*. De este modo, y con absoluta plenitud, por lo uno habéis de recibir lo otro, y así recibido, ya podéis comprender que hubieron de ser otros los intentos de Jesús al acercarse para ser bautizado. Por eso, cuando Jesús llega, le *dice Juan*: Yo soy el que necesito ser por ti bautizado, y ¿tú vienes a mí? *Y no dijo*: "¿Y tú vas a ser por mí bautizado?" pues aun esto temió decir. Pues ¿qué dijo? ¿Y tú vienes a mí?

¿Qué hace entonces Cristo? Lo que más adelante había de hacer con Pedro, eso hace aquí con Juan. También Pedro se exponía a que Jesús le lavara los pies; pero el Señor le dijo: *Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; más adelante lo comprenderás*. Y luego: *No tendrás parte conmigo*. Y Pedro inmediatamente desistió de su oposición y cambió totalmente de sentir. Por modo semejante, le dijo aquí Jesús a Juan: *déjame por ahora, pues de esta manera es conveniente que cumplamos toda justicia*. Y Juan obedeció inmediatamente. Porque ni Pedro ni Juan eran desmedidamente contumaces, sino que mostraban a par su amor y su obediencia, y en todo trataban de seguir la ordenación del Señor. Mas considerad cómo justamente por el motivo que hacía a Juan recelar, por ése le

lleva Cristo a bautizarle. Porque no le dijo: "Así es justo", sino: *Así es conveniente*. **Lo que por más indigno tenía Juan era que el Señor fuera bautizado por un esclavo suyo, y eso justamente es lo que el Señor le opone para bautizarse.** Como si dijera: "¿Tú huyes y rehúas bautizarme por tenerlo por cosa inconveniente? Pues por eso justamente, *déjame por ahora*, pues es la cosa más conveniente del mundo". Y no dijo simplemente: *Déjame*, sino: *Déjame por ahora*. No siempre será así —parece decirle el Señor—; ya me verás un día como tú deseas. Por ahora, sin embargo, soporta esto. Y seguidamente le hace ver por qué es eso conveniente. **¿Por qué, pues, es conveniente? Porque de esta manera cumplimos toda la ley. Eso quiso decir al hablar de *toda justicia*. Porque justicia es el cumplimiento perfecto de los mandamientos.** Como quiera, pues, dice Jesús, que he ya cumplido todos los mandamientos y sólo esto me queda por cumplir, quiero también cumplir esto. Yo he venido para destruir la maldición que se fundaba en la transgresión de la ley. **Antes, pues, tengo que cumplirla yo toda, tengo que libraros a vosotros de la condenación, y entonces poner término a la ley. Es conveniente, pues, que yo cumpla toda la ley, porque conveniente es también que destruya la maldición contra vosotros que está escrita en la ley.** Para este fin tomé carne y he venido al mundo. *Entonces le dejó. Y, una vez bañado, Jesús subió inmediatamente del agua, y he aquí que se le abrieron los cielos. Y vio al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y se posaba sobre El.*⁵⁶

PARA REZAR MEJOR

Continuamos la oración contemplativa con la vida pública de Cristo. No podemos olvidar que el objetivo de la contemplación es podernos sumergir en aquello que está ante nosotros de manera real y eficaz para que pueda afectar a nuestra vida, iluminar nuestro entendimiento, transformar nuestro afectos y fortalecer nuestra voluntad. Nos situamos así ante una de las dimensiones del Bautismo de Cristo, en el que iremos profundizando en estos días, pero hoy nos detenemos en esa escena en la que Jesús, en medio de los pecadores, como uno más se pone ante el Bautista para pedir ser bautizado y, de una manera simbólica, anticipar la manera en la que el pecado será vencido cumpliendo en todo la voluntad del Padre, manifestando la plenitud de la justicia que se revelará en la cruz: el inocente en lugar de los culpables para que estos puedan recibir la salvación.

1. Pide la luz del Espíritu que te descubra la novedad y hondura de este

⁵⁶ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía 12, 1 sobre san Mateo*, Homilías sobre San Mateo I, BAC, Madrid. 2007.

misterio que se pone esta mañana ante ti, el misterio de la redención, Cristo entrando en el misterio del pecado, haciéndose solidario con él para poder redimirlo.

2. Trata de imaginar la escena evangélica: todas las personas que acuden a Juan, cada uno con sus pecados, buscando la conversión, queriendo una vida nueva. Van entrando en el Jordán para ser bautizados y allí se presenta Jesús, *como un hombre cualquiera*, como si fuera un pecador más. Escucha la sorpresa de Juan, sus palabras que manifiestan lo que no cuadra en esa escena, pero atiende a las palabras de Jesús: *es necesario que cumplamos toda justicia*. Es necesario que el Hijo de Dios entre en el misterio del pecado humano para poder redimirlo, que cargue con ello para salvarlo.
3. Ponte en la escena, con tu historia, con tus propios pecados, con todos aquellos que te pesan de una manera especial y deja que Jesús se ponga a tu lado y que pueda manifestarse ese misterio que queda oculto: tiene que cargar con ellos, sumergirse en la muerte para que puedas encontrar la vida. Cristo desciende al misterio del pecado, del tuyo, del de todos.
4. Habla al Señor, trata de escuchar lo que él te tiene que explicar de la misma forma que lo hizo con Juan el Bautista. No hay que sacar muchas conclusiones sino dejar que él mismo te revele su misterio, su persona y su destino.

EL BAUTISMO DEL SEÑOR II

Evangelio según san Lucas 3, 15-17. 21-22

En aquel tiempo, el pueblo estaba en expectación y todos se preguntaban si no sería Juan el Mesías; él tomó la palabra y dijo a todos:

–Yo os bautizo con agua; pero viene el que puede más que yo, y no merezco desatarle la correa de sus sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego. Tiene el bieldo en la mano para limpiar su era y juntar el trigo en su granero, mientras a la paja la quemará con fuego inextinguible.

En un bautismo general, Jesús también se bautizó. Y, mientras oraba, se abrió el cielo, bajó el Espíritu Santo sobre él en forma de paloma, y vino una voz del cielo:

–Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto.

Vamos a seguir profundizando en la oración ante el Bautismo del Señor, hoy, teniendo en cuenta algunos detalles que aporta san Lucas en su evangelio y nos permiten poder ahondar en la identidad propia de Jesús, tal y como lo manifiesta el Padre.

Como podemos ver, el tercer evangelista omite el diálogo entre Jesús y el Bautista, como si todo estuviera ya dado por supuesto y no fuera necesario que se aclarara nada. Juan lo presenta antes del bautismo, con una conciencia clara de quién es él mismo y quién es realmente el Mesías. La revelación de Dios parece que se dirige directamente a Cristo, igualmente que en el evangelio de Marcos, mientras que en Mateo parece que la intención es darlo a conocer a todos los presentes, siendo más una afirmación sobre el Hijo que al Hijo. En Lucas Jesús se encuentra en oración, de manera que la voz del Padre forma parte de la misma experiencia orante de Cristo. En Mateo y Marcos, la revelación se produce al salir del agua. Son pequeños matices que, antes de resultar contradictorios nos permiten acercarnos a una mayor profundidad del misterio que contemplamos.

La revelación de Cristo como el Hijo amado y predilecto se da en un contexto trinitario tal y como evocan los evangelios y refiere **Benedicto XVI** en su obra *Jesús de Nazaret*. Atendamos a lo que él mismo explica detrás del relato que estamos contemplando:

“Aquí deseo sólo subrayar brevemente tres aspectos. En primer lugar, la imagen del cielo que se abre: sobre Jesús el cielo está abierto. Su comunión con la voluntad del Padre, la «toda justicia» que cumple, abre el cielo, que por su propia esencia es precisamente allí donde se cumple la voluntad de Dios. A ello se añade la proclamación por parte de Dios, el Padre, de la misión de Cristo, pero que **no supone un hacer, sino su ser: Él es el Hijo**

predilecto, sobre el cual descansa el beneplácito de Dios. Finalmente, quisiera señalar que aquí encontramos, junto con el Hijo, también al Padre y al Espíritu Santo: **se preanuncia el misterio del Dios trino**, que naturalmente sólo se puede manifestar en profundidad en el transcurso del camino completo de Jesús. En este sentido, se perfila un arco que enlaza este comienzo del camino de Jesús con las palabras con las que el Resucitado enviará a sus discípulos a recorrer el «mundo»: «Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» (Mt 28, 19). El bautismo que desde entonces administran los discípulos de Jesús es el ingreso en el bautismo de Jesús, el ingreso en la realidad que Él ha anticipado con su bautismo. Así se llega a ser cristiano.”⁵⁷

Nadie más que el Padre puede dar a conocer quién es el Hijo y la identidad de Cristo viene siempre manifestada con la presencia del Espíritu Santo: él mismo que hace posible la encarnación es el que unge ahora la humanidad de Cristo haciendo ver su misterio más oculto como Hijo amado del Padre: Σὺ εἶ ὁ υἱὸς μου ὁ ἀγαπητός, ἐν σοὶ εὐδόκησα. Notemos la fuerza que tiene la expresión griega con la presencia del artículo, Jesús es **El Hijo**, no un hijo de Dios con una dimensión moral de la filiación, sino que está dando a conocer una vinculación única y diferente, es **El Amado** con una singularidad muy específica. Aquel que ha descendido al agua, siendo solidario en el misterio del pecado de la humanidad no es otro que **El Hijo Amado del Padre en quien él se complace. No es una vocación sino una afirmación, no es una llamada a una tarea, sino la manifestación de una identidad** en el mismo contexto del bautismo: el que ha descendido a la carne humana, que se ha hecho uno con el hombre asumiendo toda su historia; lo ha hecho hasta las últimas consecuencias, es decir, hasta aquello que separaba al hombre de Dios: el pecado. En éste, Dios se complace, encuentra agrado, la humanidad que Cristo tiene es amada por el Padre y encuentra su dignidad mayor porque es proclamado Hijo de Dios. **No era necesario que esto se afirmara del Lógos eterno**, del Hijo que, en su eternidad, era amado por el Padre, la gran novedad es que esto **se afirma de aquel que ahora comparte con el hombre su humanidad**; el que ha descendido a la historia, a la carne humana, al misterio mismo del pecado es el Amado del Padre. Este gran misterio que contemplamos en Cristo está anticipando la dignidad de todo hombre al hacerse partícipe del agua del Bautismo santificada por Cristo; tal y como afirma **san Ambrosio**, *El Señor ha sido, pues, bautizado: no quería él ser purificado, sino purificar las aguas, a fin de que, limpias por la carne de Cristo, que jamás conoció el pecado, tuviesen el poder de bautizar*⁵⁸. Lo que se realiza en la humanidad de Cristo, sucede en el hombre en virtud de la gracia del Bautismo. Terminemos ahondando en esta enseñanza con palabras de **san Juan Crisóstomo** en la misma homilía que leíamos ayer:

“Por ello justamente, el bautismo judaico cesa y empieza el nuestro. Lo que sucedió con la Pascua, eso mismo sucede también con el bautismo. Allí, en efecto, celebrando el Señor las dos pascuas, a la una le puso

⁵⁷ BENEDICTO XVI, *Op. cit.*, pp. 45-46.

⁵⁸ SAN AMBROSIO, *Tratado sobre el Evangelio de Lucas, Libro II, 83*, Obras Completas de San Ambrosio I, BAC.

término y dio principio a la otra; aquí también, al cumplir el bautismo judaico, abrió las puertas de la Iglesia. Como otrora en una sola mesa, así aquí, en un solo río, **Cristo está juntamente describiendo la sombra y realizando la verdad**. Porque sólo el bautismo de Cristo contiene el don del Espíritu Santo; el de Juan nada tiene que ver con ese don. De ahí que ningún prodigio se cumple en ninguno de los otros bautizados; sí solo al bautizarse Aquel que nos había de dar este bautismo. Con ello quiso el Señor que advirtierais, aparte lo ya dicho, que no fue la pureza del que bautizaba, sino la virtud del que era bautizado, la que hizo todo aquello. Sólo por Él se abrieron los cielos y descendió el Espíritu Santo. Porque, desde aquel momento, nos saca de la vida vieja a la nueva, nos abre las puertas de arriba, nos manda desde allí al Espíritu Santo y nos convida a nuestra patria celeste. Y no sólo nos convida, sino que, a par, **nos otorga la máxima dignidad**. Porque no nos hizo ángeles o arcángeles, sino hijos amados de Dios; de este modo nos conduce a aquella herencia celeste.”⁵⁹

PARA REZAR MEJOR

Nos acercamos a seguir contemplando en la oración el misterio del Bautismo de Cristo. Si ayer nos fijábamos más en el hecho mismo del significado del mismo en su relación con el pecado de la humanidad, hoy nos detenemos en la identidad de Jesús como Hijo amado del Padre que le complace siendo fiel a su voluntad y descendiendo a la realidad del pecado del hombre. Pero lo hacemos para descubrir no sólo lo que se revela del Señor sino también de la humanidad redimida que ha sido bañada en la gracia del Bautismo porque la identidad de Cristo es la que nos ayuda a descubrir nuestra propia identidad.

1. Hay que disponerse a la contemplación con la oración humilde de súplica en la que nos abrimos al don de Dios no desde nuestras capacidades, sino desde lo que necesitamos y deseamos convirtiéndolo en petición, como quien tiene que aguardar a recibir para que su deseo sea colmado. Pide la presencia del Espíritu que te haga descubrir quién es Jesús, aquel que ha salido del Jordán y quien eres tú también, porque sólo en la identidad de la humanidad del Señor se revela tu propia identidad.
2. Ponte de nuevo en la escena: contempla a Jesús en oración que busca hacer la voluntad del Padre, trata de escuchar aquello que permanece oculto para todos pero que está en el corazón de Cristo al dirigirse al Padre; pon el oído de la fe atento para poder percibir las palabras del Padre sobre su Hijo; escúchalas como dirigidas también a ti, que te dicen que aquel a quien contemplas en medio de la muchedumbre es el Hijo Amado en quien se

⁵⁹ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía 12, 3 sobre san Mateo*.

complace.

3. Escucha las palabras del Padre dirigidas a ti: tú también eres hijo amado del Padre en su Hijo, eres amado por Dios incluso en ese misterio del pecado al que Cristo ha descendido en el Jordán. Él se ha abajado para que tú puedas escuchar también la voz del Padre que se complace en ti: *tú eres mi hijo amado, en ti me complazco.*
4. Entra en diálogo con el Hijo y con el Padre con una actitud agradecida porque lo que se hace en ti, por lo que Dios hace por ti, porque el Hijo ha descendido al Jordán para que tú puedas ascender hacia Dios.

EL BAUTISMO DEL SEÑOR III

Evangelio según san Juan 1,25-34

– «Entonces, ¿por qué bautizas, si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?»

Juan les respondió:

– «Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia.»

Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde estaba Juan bautizando.

Al día siguiente, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó:

–«Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Éste es aquel de quien yo dije: "Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo." Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel.»

Y Juan dio testimonio diciendo:

–«He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él.

me dijo:

Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua dijo:

"Aquél sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ése es el que ha de bautizar con Espíritu Santo."

Y yo lo he visto, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios.»

Juan no narra la escena del Bautismo de Jesús pero, en ese mismo contexto aporta una serie de precisiones teológicas que nos ayudan a comprender la identidad de Jesucristo que se manifiesta en este misterio al que nos estamos acercando.

A la pregunta que hacen al Bautista, responde sobre su acción y su identidad en relación con el Mesías, a quien no merece desatarle la correa de las sandalias, como un gesto propio de los siervos que lavaban los pies a quienes llegaban a la casa. **Juan, ante el Mesías no se siente ni con la categoría de un siervo.** Será más tarde, al dar testimonio de Jesús cuando se esclarece todo lo que estaba oculto: Jesús es aquel que él anunciaba, aquel sobre quien había visto descender el Espíritu Santo como una posible alusión a la teofanía que se manifiesta en su Bautismo, y desde aquí explica su propia misión: él bautizaba para dar a conocer a Cristo dando testimonio de que es el Hijo de Dios.

Además de este dato sobre la identidad de Jesucristo **es de una gran importancia la afirmación que hace sobre él como el cordero de Dios que quita el pecado del mundo.** Si su bautismo es un bautismo de conversión que lava el pecado, él está apuntando a un hecho distinto que borra definitivamente el pecado,

ya no de aquellos que se sumergen en el agua, sino *del mundo*, y es una persona – Jesús– a la cual presenta con una figura: el cordero.

Puede tener distintas explicaciones: una de ellas en clara alusión al cordero sacrificial expiatorio, otra como el animal más inocente. Jesús es el siervo que hará posible que sea borrado definitivamente el pecado del hombre por su entrega en la cruz y, al mismo tiempo, el cordero pascual sacrificado. Leamos algunas precisiones que hace **Benedicto XVI** en su obra sobre esta cuestión:

“Con esta interpretación y asimilación eclesial del bautismo de Jesús, ¿nos hemos alejado demasiado de la Biblia? Conviene escuchar en este contexto el cuarto Evangelio, según el cual Juan el Bautista, al ver a Jesús, pronunció estas palabras: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (1, 29). Mucho se ha hablado sobre estas palabras, que en la liturgia romana se pronuncian antes de comulgar. ¿Qué significa «cordero de Dios»? ¿Cómo es que se denomina a Jesús «cordero» y cómo quita este «cordero» los pecados del mundo, los vence hasta dejarlos sin sustancia ni realidad?

Joachim Jeremías ha aportado elementos decisivos para entender correctamente esta palabra y poder considerarla —también desde el punto de vista histórico— como verdadera palabra del Bautista. En primer lugar, se puede reconocer en ella dos alusiones veterotestamentarias. El canto del siervo de Dios en Isaías 53, 7 compara al siervo que sufre con un cordero al que se lleva al matadero: «Como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca». Más importante aún es que **Jesús fue crucificado durante una fiesta de Pascua y debía aparecer por tanto como el verdadero cordero pascual, en el que se cumplía lo que había significado el cordero pascual en la salida de Egipto**: liberación de la tiranía mortal de Egipto y vía libre para el éxodo, el camino hacia la libertad de la promesa. A partir de la Pascua, el simbolismo del cordero ha sido fundamental para entender a Cristo. Lo encontramos en Pablo (cf. 1 Co 5, 7), en Juan (cf. 19, 36), en la Primera Carta de Pedro (cf. 1, 19) y en el Apocalipsis (cf. por ejemplo, 5, 6).

Jeremías llama también la atención sobre el hecho de que la palabra hebrea *taljá'* significa tanto «cordero» como «mozo», «siervo» (ThWNT I 343). Así, las palabras del Bautista pueden haber hecho referencia ante todo al siervo de Dios que, con sus penitencias vicarias, «carga» con los pecados del mundo; pero en ellas también se le podría reconocer como el verdadero cordero pascual, que con su expiación borra los pecados del mundo. «Paciente como un cordero ofrecido en sacrificio, el Salvador se ha encaminado hacia la muerte por nosotros en la cruz; con la fuerza expiatoria de su muerte inocente ha borrado la culpa de toda la humanidad» (ThWNT I 343s). Si en las penurias de la opresión egipcia la sangre del cordero pascual había sido decisiva para la liberación de Israel, **El, el Hijo que se ha hecho siervo —el pastor que se ha convertido en cordero— se ha hecho garantía ya no sólo para Israel, sino para la liberación del «mundo», para toda la humanidad.**

Con ello se introduce el gran tema de la universalidad de la misión de Jesús. Israel no existe sólo para sí mismo: su elección es el camino por el que Dios quiere llegar a todos. Encontraremos repetidamente el tema de la

universalidad como verdadero centro de la misión de Jesús. Aparece ya al comienzo del camino de Jesús, en el cuarto Evangelio, con la frase del cordero de Dios que quita el pecado del mundo.”⁶⁰

SAN AGUSTÍN

“Sabéis que algunos hombres dicen a veces: «Nosotros, que somos santos, quitamos a los hombres los pecados, ya que, si no fuese santo el que bautiza, ¿cómo *quita el pecado* de otro, siendo él hombre lleno de pecado?». Contra estas disputas no digamos palabras nuestras, leamos a éste: *He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo*. De los hombres no presuman los hombres; no transmigre *el pájaro a los montes*, confíe en el Señor y, si levanta los *ojos a los montes de donde le vendrá el auxilio*, entienda que su *auxilio viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra*. ¡Qué grandeza la de Juan! Se le dice: «¿Eres tú el Mesías?». Dice: «No». «¿Eres tú Elías?». Dice: «No». «¿Eres tú el Profeta?». Dice: «No». ¿Por qué, pues, bautizas? *He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo*. *Este es de quien dije: Detrás de mí viene un varón que ha sido hecho antes de mí porque estaba primero que yo*. Viene *detrás de mí*, porque ha nacido después; *ha sido hecho antes de mí*, porque ha sido preferido a mí; *estaba primero que yo*, porque *En el principio existía la Palabra, y la Palabra existía en Dios, y la Palabra era Dios*.”⁶¹

PARA REZAR MEJOR

Es necesario escuchar las palabras de Juan, El Bautista, para poder comprender mejor el misterio del Bautismo de Jesús que pone ante nosotros al Hijo de Dios, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Así nos ponemos en oración en esta mañana para poder mirar y escuchar y contemplar ante nosotros a Jesucristo, ante quien se posa el Espíritu Santo. Como Juan no somos dignos de desatarle la correa de las sandalias, de ser sus siervos y es él quien se pone como siervo nuestro, realizando el mayor de los servicios, más allá de limpiar una suciedad física, moral o espiritual, él es el que quita el pecado del mundo.

1. En tiempo de Jesús había una alta expectativa mesiánica detrás de la cual se estaba manifestando el deseo y la necesidad del hombre de salvación. ¿Te imaginas cómo escucharían aquellos hombres las palabras de Juan al señalar a Cristo? Pide a Dios que las puedas escuchar con toda su fuerza para que

⁶⁰ BENEDICTO XVI, *Op. cit.*, pp. 43-46.

⁶¹ SAN AGUSTÍN, *Tratado sobre el evangelio de San Juan IV, 11, OC XIII*.

descubras el misterio que nos manifiesta el Bautismo del Señor en orden a la salvación.

2. Ponte en medio de todas esas personas que preguntaban a Juan, escucha sus preguntas, las respuestas que el Bautista les daba a todos aquellos que le interrogaban y trata de oír como si fuera la primera vez, desde tu propia necesidad de salvación lo que dice Juan: *este es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo*.
3. Pon la mirada en Jesús como Juan porque también en esta mañana viene hacia ti. Deja que su persona y las palabras del Bautista resuenen en tu interior, repítelas una y otra vez, como una letanía mirando a Jesús y no quieras correr mucho.
4. Jesús está ante ti. ¿Qué le dices? Trata de dirigirte a él desde esa necesidad de salvación que experimentas, desde la experiencia del pecado que necesita ser perdonada y quitada de tu vida porque no puedes tu solo.
5. No eres tú quien le tiene que servir a él sino él quien te quiere servir a ti. La humildad comienza no por ponerse a su servicio, sino por dejar que sea él quien te sirva; no eres tú quien desata la correa de la sandalia, sino él quien lo hace a ti.

EL BAUTISMO DEL SEÑOR IV: REPETICIÓN

Isaías 43, 1-7

Así dice el Señor tu creador, Jacob, el que te creó, Israel:

«No temas, que yo te he rescatado, te he llamado por tu nombre. Tú eres mío. Si pasas por las aguas, yo estoy contigo, si pasas por los ríos, no te anegarán. Si andas por el fuego, no te quemarás, ni la llama prenderá en ti.

Porque yo soy el Señor tu Dios, el Santo de Israel, tu salvador. He puesto por expiación tuya a Egipto, a Kus y Seba en tu lugar dado que eres precioso a mis ojos, eres estimado, y yo te amo. Entrego a los hombres a cambio de ti, y los pueblos en pago de tu vida. No temas, que yo estoy contigo.

Desde Oriente haré volver tu raza, y desde Poniente te reuniré. Diré al Norte: "Dámelos"; y al Sur: "No los retengas", Traeré a mis hijos de lejos, y a mis hijas de los confines de la tierra; a todos los que se llamen por mi nombre, a los que para mi gloria creé, plasmé e hice.»

En estos dos días realizaremos la repetición de dos o de una de las contemplaciones que realizamos anteriormente. Conviene recordar que, en la repetición, no se trata de añadir contenido nuevo sino de **poder profundizar en lo que hemos rezado añadiendo algunos matices** o perspectivas pero, sobre todo, teniendo en cuenta nuestra propia oración. Hay que volver sobre el texto evangélico y sobre lo que ha quedado más marcado en cada uno teniendo en cuenta alguna imagen, frase del evangélio, aspectos o palabras percibidas en la oración, a las mismas palabras con las que nos hemos dirigido al Señor, aspectos que han quedado iluminados en nuestra inteligencia o sentimientos que se han producido en nuestros afectos. No hay que olvidar que también puede ser importante tener en cuenta las resistencias que se han podido producir en aspectos en los que la misma oración nos pedía dar algún paso más en nuestra vida. Todo ello puede ser objeto de la repetición, de volver a la escena, de escuchar, mirar, dialogar porque, no olvidemos que en la contemplación se avanza no por recorrer mucho camino sino por profundidad en el Misterio, siempre inagotable.

¿Qué se ha puesto ante nosotros en estos días? El Misterio del Hijo de Dios, solidario con los hombres en las consecuencias del pecado, que se pone en lugar de los pecadores con características de siervo y de cordero. Sí, el Hijo de Dios contado entre los pecadores, quien no conoció pecado confundiéndose entre quienes necesitan hacer penitencia y realizar ejercicios de conversión. Todo ello para cumplir *toda justicia*, el plan del Padre que hace justos a los hombres. No se salva el hombre porque haga esfuerzos en su conversión, aunque estos sean necesarios,

sino porque el Hijo desciende al lugar del pecado, a la historia pecadora y se sumerge en ella. Esto es lo que se ha puesto ante nosotros **para que lo miremos, lo escuchemos y lo toquemos, para que nos dejemos afectar por esa imagen**; para que podamos oír la voz del Padre que nos señala quien es Jesucristo y, también, para que nos demos cuenta de lo que podemos ser en él: hijos amados, predilectos en quien el Padre se complace. El pecado no cambia, nuestra vida no se transforma porque estemos tratando de empeñarnos en dar un giro a nuestra existencia, porque queramos alcanzar una dignidad que no podemos darnos a nosotros mismos, sino porque el Hijo de Dios entra en las aguas del Jordán, donde se encuentran los pecadores, las aguas que significan nuestra propia vida para que queden transformadas y adquieran la capacidad de limpiar, sanar, perdonar porque tienen la virtud que reciben por la gracia de Cristo. **Lo que somos, lo que Jesucristo es y lo que él realiza** es lo que tenemos ante nosotros en el misterio de su Bautismo, donde queda prefigurado el Bautismo cristiano. Ante estas dimensiones hay que volver en la oración de estos dos días, donde cada uno se sienta invitado a bucear de nuevo para percibir la grandeza de lo que Dios nos está mostrando en su Hijo. Para podernos mirar desde la voz del Padre, para que contemplarnos desde la figura de Cristo, para poder entrar en diálogo con ambos os sugiero un texto de Isaías que nos puede permitir entrar en lo que se realiza en nosotros en Cristo. Dios no entrega hombres a causa de nuestra vida, sino a su propio Hijo y esto nos hace amados y valiosos ante él. Podemos leer el comienzo del capítulo cuarenta y tres del profeta Isaías desde esta clave: El Padre no entrega pueblos por causa nuestra sino a su propio Hijo y este es el precio de nuestro valor

SAN PEDRO CRISÓLOGO

“Al ver Dios que el temor arruinaba el mundo, trató inmediatamente de volverlo a llamar con amor, de invitarlo con su gracia, de sostenerlo con su caridad, de vinculárselo con su afecto.

Por eso purificó la tierra, afincada en el mal, con un diluvio vengador, y llamó a Noé padre de la nueva generación, persuadiéndolo con suaves palabras, ofreciéndole una confianza familiar, al mismo tiempo que lo instruía piadosamente sobre el presente y lo consolaba con su gracia, respecto al futuro. Y no le dio ya órdenes, sino que con el esfuerzo de su colaboración encerró en el arca las criaturas de todo el mundo, de manera que el amor que surgía de esta colaboración acabase con el temor de la servidumbre, y se conservara con el amor común lo que se había salvado con el común esfuerzo.

Por eso también llamó a Abrahán de entre los gentiles, engrandeció su nombre, lo hizo padre de la fe, lo acompañó en el camino, lo protegió entre los extraños, le otorgó riquezas, lo honró con triunfos, se le obligó con promesas, lo libró de injurias, se hizo su huésped bondadoso, lo glorificó con una descendencia de la que ya desesperaba; todo ello para que, rebosante de tantos bienes, seducido

por tamaña dulzura de la caridad divina, **aprendiera a amar a Dios y no a temerlo, a venerarlo con amor y no con temor.**

Por eso también consoló en sueños a Jacob en su huida, y a su regreso lo incitó a combatir y lo retuvo con el abrazo del luchador; para que amase al padre de aquel combate, y no lo temiese.

Y así mismo interpeló a Moisés en su lengua vernácula, le habló con paterna caridad y le invitó a ser el liberador de su pueblo.

Pero así que la llama del amor divino prendió en los corazones humanos y toda la ebriedad del amor de Dios se derramó sobre los humanos sentidos, satisfecho el espíritu por todo lo que hemos recordado, **los hombres comenzaron a querer contemplar a Dios con sus ojos carnales.**

Pero la angosta mirada humana ¿cómo iba a poder abarcar a Dios, al que no abarca todo el mundo creado? La exigencia del amor no atiende a lo que va a ser, o a lo que debe o puede ser. EL amor ignora el juicio, carece de razón, no conoce la medida. EL amor no se aquieta ante lo imposible, no se remedia con la dificultad.

El amor es capaz de matar al amante si no puede alcanzar lo deseado; va a donde se siente arrastrado, no a donde debe ir.

El amor engendra el deseo, se crece con el ardor y, por el ardor, tiende a lo inalcanzable. ¿Y qué más?

El amor no puede quedarse sin ver lo que ama: por eso los santos tuvieron en poco todos sus merecimientos, si no iban a poder ver a Dios.

Moisés se atreve por ello a decir: Si he obtenido tu favor, enséñame tu gloria.

Y otro dice también: Déjame ver tu figura. Incluso los mismos gentiles modelaron sus ídolos para poder contemplar con sus propios ojos lo que veneraban en medio de sus errores.”⁶²

PARA REZAR MEJOR

Es necesario insistir en que hay preparar bien la oración previamente porque, si no es así, es imposible realizar la repetición. Es decir, hay que seleccionar aquello sobre lo que hay que volver para poder profundizarlo. La lectura de Isaías nos puede ayudar a entrar más a fondo en la escucha de las palabras del Padre a su Hijo, como palabras dirigidas a nosotros: *Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco*. Hay que leer esa lectura ante Jesús: él es el precio que el Padre paga por nosotros, él lo entrega todo a cambio de ti.

La lectura de San Pedro Crisólogo pone ante nosotros el deseo del amor que quiere contemplar a Dios, que no se conforma si no está con el amado. Podemos reconocer en él, hacer que vaya creciendo en la oración y poder darnos cuenta que en la contemplación algo de esto sucede en nosotros porque, en verdad, estamos

⁶² SAN PEDRO CRISÓLOGO, *Sermón 147*, Oficio de Lecturas del Jueves II de Adviento.

ante el Señor, él nos muestra algo de sí mismo y nos ama.

1. Repasa la oración que has realizado los días anteriores y elige aquello sobre lo que ves una necesidad de profundizar más, de volver a escuchar, de pedir, de mirar... Puedes escoger lo mismo para los dos días o dos aspectos diferentes; eso depende de ti.
2. Pide al Padre que te conceda el don del Espíritu Santo para poder descubrir la novedad de Cristo, su solidaridad con el hombre, su amor; que te ayude a descubrir quién eres para él y lo que entrega a cambio de ti.
3. Lee el texto del evangelio, ponte de nuevo en la escena y repite tu oración de manera que vaya pasando más al corazón. No dejes de mirar y de escuchar porque, cuando menos se espera, Dios aparece, su persona se hace presente, sus palabras empiezan a tener sentido. No quieras correr.
4. Si te ayuda puedes seguir escuchando lo que Dios dice para ti, lo que hace por ti en Cristo, lo que se te anuncia a través del Bautismo de Jesús. Para ello puedes leer sin correr, quedándote en alguna de las frases de la lectura de Isaías.
5. Dialoga con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo. Da gracias por lo que se te ha mostrado, por lo que se te ha hecho escuchar y ver y toma nota de ello para que el paso del tiempo no borre lo que Dios ha hecho y puedas seguir profundizando en ello.

LAS TENTACIONES I

Evangelio según San Lucas 4, 1-13

En aquel tiempo, Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y durante cuarenta días, el Espíritu lo fue llevando por el desierto, mientras era tentado por el diablo.

Todo aquel tiempo estuvo sin comer, y al final sintió hambre.

Entonces el diablo le dijo:

–Si eres Hijo de Dios, dile a esta piedra que se convierta en pan.

Jesús le contestó:

–Está escrito: «No sólo de pan vive el hombre.»

Después, llevándole a lo alto, el diablo le mostró en un instante todos los reinos del mundo, y le dijo:

–Te daré el poder y la gloria de todo eso, porque a mí me lo han dado y yo lo doy a quien quiero. Si tú te arrodillas delante de mí, todo será tuyo.

Jesús le contestó:

–Está escrito: «Al Señor tu Dios adorarás y a él sólo darás culto.»

Entonces lo llevó a Jerusalén y lo puso en el alero del templo y le dijo:

–Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo, porque está escrito: «Encargará a los ángeles que cuiden de ti», y también: «te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras.»

Jesús le contestó:

–Está mandado: «No tentarás al Señor tu Dios.»

Completadas las tentaciones, el demonio se marchó hasta otra ocasión.

El momento se sitúa después del Bautismo en el cual el Padre revela la identidad del Hijo y es ungido en su humanidad con el Espíritu Santo para realizar su misión. Aquí arranca nuestro relato. Jesús está lleno de la fuerza del Espíritu Santo, podríamos decir con más precisión, con la plenitud del Espíritu. Es esta acción de la tercera persona de la Trinidad la que le conduce al desierto, no es por tanto ajeno a la acción de Dios.

El lugar es el desierto. Siempre ha sido en el Antiguo Testamento lugar de prueba para Israel, momento de purificación y, por ello, de tentación y pecado, pero, al mismo tiempo, un camino en el que se ha podido experimentar la mayor cercanía, ternura y cuidado de Dios. Cuando Israel mira al desierto en el éxodo lo recuerda como momento de la experiencia del primer amor, tal y como lo recogen los profetas, de manera especial Oseas y Jeremías.

La palabra *πειρασμός* se refiere a la prueba, como traducimos habitualmente, tentación; de una manera más amplia es **soportar una carga, soportar un peso, verse sometido a incertidumbre, incluso, amenaza y desconfianza**. Puede tener un sentido positivo, que alguien se acredite con su actuación y, uno negativo, una seducción para que se caiga.

En la prueba –en el hecho de ser probados– se pone de manifiesto la verdad de lo que se es y se busca, bien porque nos tenemos que ratificar en ello, o bien porque algo lo ha puesto en duda, oscurecido, o se ha presentado algo que atrae más o lo relativiza. Porque la prueba ratifica la verdad de un camino y ayuda a purificar nuestras opciones. No conviene olvidar que la gran opción, la más verdadera es Jesucristo, Dios mismo. Todo lo demás debe conducir a él. Por ello buscar todo lo que conduce a Dios, aunque sea bueno, y no a Dios mismo, puede ser prueba o tentación. No es de extrañar que Eclo 2, 1 advierta: “si te propones servir al Señor prepara tu alma para la prueba”. Es necesaria para llegar a Dios por Dios mismo.

El Hijo de Dios, lleno del Espíritu Santo es conducido al desierto para ser probado; ¿en qué consiste esa tentación? ¿Hacia dónde va dirigida? En un primer momento nos damos cuenta de que va destinada al centro de flotación, es decir, a su misma identidad y a la manera de realizar su misión. En los próximos días nos centraremos más en el contenido propio de cada una de las tentaciones, pero hoy, pondremos nuestra atención en el mismo hecho de ser probado.

¿Cuándo se produce la tentación? Después de ayunar, de cuarenta días, que bíblicamente están hablando del tiempo que Dios concede para llegar a una meta después de un tiempo de purificación interior necesario, pero también para poder descubrir el camino verdadero que conduce hasta este término. Después de todos estos días Jesús siente hambre: el Hijo de Dios puede sentir hambre como cualquier hombre porque es realmente hombre, Cristo en su humanidad se encuentra necesitado de alimento y aquí se encontrará el punto de partida para ser tentado: **la necesidad humana y el medio de poder satisfacerla en relación con su identidad y su misión**. Es tentando en cuanto a su ser hombre porque es en su humanidad donde se tiene que hacer presente la fuerza y el poder del Hijo de Dios, el esplendor y la gloria. Por todo ello, las tentaciones tendrán que ver con la divinidad y con la forma de comprender el mesianismo. Veamos algunas precisiones de **Benedicto XVI** sobre el hecho mismo de la tentación que nos pueden ayudar a situarla en la vida de Jesús y en nuestra propia vida:

“Mateo y Lucas hablan de tres tentaciones de Jesús en las que se refleja su lucha interior por cumplir su misión, pero al mismo tiempo surge la pregunta sobre qué es lo que cuenta verdaderamente en la vida humana. Aquí aparece claro el núcleo de toda tentación: apartar a Dios que, ante todo lo que parece más urgente en nuestra vida, pasa a ser algo secundario, o incluso superfluo y molesto. **Poner orden en nuestro mundo por nosotros solos, sin Dios, contando únicamente con nuestras propias capacidades**, reconocer como verdaderas sólo las realidades políticas y materiales, y dejar a Dios de lado como algo ilusorio, ésta es la tentación que nos amenaza de muchas maneras.

Es propio de la tentación adoptar una apariencia moral: no nos invita directamente a hacer el mal, eso sería muy burdo. Finge mostrarnos lo mejor: abandonar por fin lo ilusorio y emplear eficazmente nuestras fuerzas en mejorar el mundo. Además, se presenta con la pretensión del verdadero realismo. Lo real es lo que se constata: poder y pan. Ante ello, las cosas de Dios aparecen irreales, un mundo secundario que realmente no se necesita. La cuestión es Dios: ¿es verdad o no que Él es el real, la realidad misma? ¿Es Él mismo el Bueno, o debemos inventar nosotros mismos lo que es bueno? La cuestión de Dios es el interrogante fundamental que nos pone ante la encrucijada de la existencia humana. **¿Qué debe hacer el Salvador del mundo o qué no debe hacer?: ésta es la cuestión de fondo en las tentaciones de Jesús.**⁶³

Antes de analizar las tentaciones es necesario que nos detengamos en la contemplación de lo que supone en Cristo la tentación, la prueba, la encrucijada que se le plantea al Hijo de Dios en su realidad humana a la hora de realizar su misión, de realizar la voluntad del Padre. Con palabras de **san Agustín**:

“¡Nada menos que Cristo tentado por el diablo! Pero en Cristo estabas siendo tentado tú, porque Cristo tenía de ti la carne, y de él procedía para ti la salvación; de ti procedía la muerte para él, y de él para ti la vida; de ti para él los ultrajes, y de él para ti los honores; en definitiva, de ti para él la tentación, y de él para ti la victoria.

Si hemos sido tentados en él, también en él vencemos al diablo. **Te fijas en que Cristo fue tentado, y ¿no te fijas en que venció?** Reconócete a ti mismo tentado en él, y reconócete también vencedor en él. Podía haber evitado al diablo; pero, si no hubiese sido tentado, no te habría aleccionado para la victoria cuando tú fueras tentado.”⁶⁴

PARA REZAR MEJOR

La oración de hoy trata de contemplar a Jesús tentando, lleno del Espíritu Santo, conducido al desierto para ser tentado: ante él se abre la posibilidad de realizar su misión de dos maneras distintas, desde el poder y la gloria, o poner a Dios como lo primero y absoluto de todo. No hay que hacer una meditación sobre el significado de cada una de las tentaciones, sino ponerse ante la presencia de Jesús en medio del desierto, en la soledad de quien tiene que asumir aquello que había hecho ya en el Bautismo, descender hasta el lugar de los pecadores y asumir su

⁶³ BENEDICTO XVI, *Op. cit.*, pp. 52-53.

⁶⁴ SAN AGUSTÍN, *Comentario al Salmo 60*, Leccionario Bienal Bíblico Patrístico de la Liturgia de las Horas III, Ediciones Montecasino, Homilía Domingo I de Cuaresma, Ciclo B.

destino. Allí es tentado, es probado por el demonio.

1. Pide la gracia de poder contemplar, de poder ver y oír, de descubrir cómo el Hijo de Dios es tentado y probado, como se tiene que enfrentar en su humanidad a asumir el destino de la salvación desde una clave en la que no considera un tesoro ser igual a Dios, sino que tiene que realizar la salvación siendo hombre, desde el destino de los hombres.
2. Sitúate en medio de la escena: Jesús está en el desierto, en soledad, siente hambre y, ante él se abre el destino de la obra de la salvación con distintas posibilidades. En la prueba, algo de lo humano se revela cuando se tiene que elegir situarse como siervo o desde el poder y la gloria. Trata de imaginar el lugar y a Jesús, los sentimientos que se albergaban en su interior.
3. Escucha al demonio, cada una de las tentaciones, aunque en los próximos días profundizaremos en ellas, el engaño y la seducción que encierran, lo atractivos que pueden llegar a ser y, ahí está Jesús, solo.
4. Escucha también las respuestas de Cristo; pone a Dios como lo primero y no sitúa su condición divina como una situación de privilegio. Ante la tentación responde buscando la fidelidad a Dios y muestra que la tentación puede ser vencida, que por muy sugerente o engañosa que parezca no tiene la última palabra para quien busca la voluntad de Dios como lo primero.
5. Dialoga con Cristo desde tus tentaciones, de lo que significa buscar en la vocación privilegios o una mejor vida y no querer entrar por el camino de la entrega y del servicio; lo que suponen en la manera de organizarte el tiempo, de estudiar, de vivir el ocio y el descanso, las relaciones con los demás y la forma de aceptar el sacrificio y el esfuerzo. Deja que él vaya respondiéndote y pide la fuerza necesaria para no caer en la tentación con la oración del Padrenuestro dirigida al Padre.

LAS TENTACIONES II

Evangelio según san Mateo 4, 1 -11

En aquel tiempo, Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Y después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al fin sintió hambre.

El tentador se le acercó y le dijo:

—«Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes».

Pero él le contestó, diciendo:

—«Está escrito: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"».

Entonces el diablo lo lleva a la ciudad santa, lo pone en el alero del templo y le dice:

—«Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: «Encargaré a los ángeles que cuiden de ti, y te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras».

Jesús le dijo:

—«También está escrito: "No tentarás al Señor, tu Dios"».

Después el diablo lo lleva a una montaña altísima y, mostrándole los reinos del mundo y su gloria, le dijo:

—«Todo esto te daré, si te postras y me adoras».

Entonces le dijo Jesús:

—«Vete, Satanás, porque está escrito: "Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto"».

Entonces lo dejó el diablo, y se acercaron los ángeles y le servían.

Seguimos con la contemplación del mismo texto del día de ayer y vamos a ir adentrándonos en la comprensión de las tres tentaciones que aparecen en nuestro relato para tenerlas como elementos que configuran nuestra oración en los tres próximos días. Puede ser de mayor ayuda dedicar a la contemplación de las tentaciones dedicando un día a cada una y uno sólo a la repetición.

Una de las primeras características que vemos forman parte de la tentación es que **no se presentan como una llamada directa hacia el mal, hacia el pecado que aparta de la voluntad de Dios**. Están enmascaradas en la misma palabra de Dios utilizada por el Tentador como remedio a lo que se presenta como una necesidad o como una posibilidad real, cercana a todo aquello que puede sentir el corazón humano, pensar la mente o necesitar el cuerpo. Las dos primeras vienen a

ofrecer una manera concreta de vivir como Hijo de Dios, como si esto tuviera que ser probado y, la última, sería la consecuencia final de ese camino.

La primera de ellas va dirigida directamente a la identidad divina de Jesús: debe **probar que es el Hijo de Dios haciendo que las piedras se transformen en pan**. Presente está **el propio hambre de Jesús, pero presente también la necesidad de pan de toda la humanidad**, tal y como hace constar **Benedicto XVI** en el libro *Jesús de Nazaret*: “¿qué es más trágico, qué se opone más a la fe en y a la fe en un redentor de los hombres que el hambre de la humanidad”⁶⁵ Esta es la gran tentación primera a la que se tendrá que enfrentar Jesús. Como afirma el Papa, Dios había alimentado a su pueblo con el maná en el camino del desierto y, sería una buena prueba de la identidad de Jesús como Redentor, que pudiera realizar una tarea semejante. **Ante un mundo hambriento** cabe pensar que esta es una de las primeras exigencias que se habría que pedir a quien tiene que salvarlo, pero, ¿de qué sirve el pan si el hombre no es salvado en su totalidad?, ¿cómo puede ser salvado el hombre si no pone a Dios en primer lugar? Escuchemos al Papa en el desarrollo que va haciendo dando respuesta a estas preguntas:

“**«Si eres Hijo de Dios...»: ¡qué desafío!** ¿No se deberá decir lo mismo a la Iglesia? Si quieres ser la Iglesia de Dios, **preocúpate ante todo del pan para el mundo, lo demás viene después**. Resulta difícil responder a este reto, precisamente porque el grito de los hambrientos nos interpela y nos debe calar muy hondo en los oídos y en el alma. La respuesta de Jesús no se puede entender sólo a la luz del relato de las tentaciones. El tema del pan aparece en todo el Evangelio y hay que verlo en toda su amplitud.

Hay otros dos grandes relatos relacionados con el pan en la vida de Jesús. Uno es **la multiplicación de los panes** para los miles de personas que habían seguido al Señor en un lugar desértico. **¿Por qué se hace en ese momento lo que antes se había rechazado como tentación?** La gente había llegado para escuchar la palabra de Dios y, para ello, habían dejado todo lo demás. Y así, como personas que han abierto su corazón a Dios y a los demás en reciprocidad, pueden recibir el pan del modo adecuado. Este milagro de los panes supone tres elementos: le precede la búsqueda de Dios, de su palabra, de una recta orientación de toda la vida. Además, el pan se pide a Dios. Y, por último, un elemento fundamental del milagro es la mutua disposición a compartir. Escuchar a Dios se convierte en vivir con Dios, y lleva de la fe al amor, al descubrimiento del otro. **Jesús no es indiferente al hambre de los hombres, a sus necesidades materiales, pero las sitúa en el contexto adecuado y les concede la prioridad debida.**

Este segundo relato sobre el pan remite anticipadamente a un tercer relato y es su preparación: **la Última Cena**, que se convierte en la Eucaristía de la Iglesia y el milagro permanente de Jesús sobre el pan. **Jesús mismo se ha convertido en grano de trigo que, muriendo, da mucho fruto** (cf. Jn 12, 24). **El mismo se ha hecho pan** para nosotros, y esta multiplicación del pan durará inagotablemente hasta el fin de los tiempos. De este modo entendemos ahora las palabras de Jesús, que toma del Antiguo Testamento (cf. Dt 8, 3), para rechazar al tentador: «No sólo de pan vive el hombre, sino

⁶⁵ BENEDICTO XVI, *Op. cit.*, pg. 55.

de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4, 4). Hay una frase al respecto del jesuita alemán Alfred Delp, ejecutado por los nacionalsocialistas: «El pan es importante, la libertad es más importante, pero lo más importante de todo es la fidelidad constante y la adoración jamás traicionada».

Cuando no se respeta esta jerarquía de los bienes, sino que se invierte, ya no hay justicia, ya no hay preocupación por el hombre que sufre, sino que se crea desajuste y destrucción también en el ámbito de los bienes materiales.

Cuando a Dios se le da una importancia secundaria, que se puede dejar de lado temporal o permanentemente en nombre de asuntos más importantes, entonces **fracasan precisamente estas cosas presuntamente más importantes**. No sólo lo demuestra el fracaso de la experiencia marxista.

Las ayudas de Occidente a los países en vías de desarrollo, basadas en principios puramente técnicomateriales, que no sólo han dejado de lado a Dios, sino que, además, han apartado a los hombres de El con su orgullo del sabelotodo, han hecho del Tercer Mundo el Tercer Mundo en sentido actual. Estas ayudas han dejado de lado las estructuras religiosas, morales y sociales existentes y han introducido su mentalidad tecnicista en el vacío. **Creían poder transformar las piedras en pan, pero han dado piedras en vez de pan. Está en juego la primacía de Dios.** Se trata de reconocerlo como realidad, una realidad sin la cual ninguna otra cosa puede ser buena. **No se puede gobernar la historia con meras estructuras materiales, prescindiendo de Dios. Si el corazón del hombre no es bueno, ninguna otra cosa puede llegar a ser buena. Y la bondad de corazón sólo puede venir de Aquel que es la Bondad misma, el Bien.**⁶⁶

La segunda de las tentaciones puede parecer más grosera que la anterior, mucho más fácil de detectar por lo que tiene de artificiosidad: **Jesús en el alero del Templo se puede arrojar para dar un espectáculo a los hombres de su poder** porque está en manos de Dios y los ángeles no van a permitir que su *pie tropiece en la piedra*. El Tentador cita el salmo noventa al que estamos tan acostumbrados por la oración de Completas después de las segundas vísperas del Domingo y las solemnidades. **Utiliza la palabra de Dios para invitar a Jesús a ejercer un mesianismo espectacular** ante los hombres que buscan estímulos fuertes. ¿Qué mayor signo de la verdad del mesianismo de Cristo, ante el cual se podrían convertir, que mostrar el ser invencible ante los accidentes, que se puede salir triunfante de situaciones especialmente peligrosas? ¿No sería así más escuchado y la gente se acercaría de una manera diferente? **Un mesianismo heroico.** Si dar de comer a los hombres no hubiera sido suficiente esta segunda prueba podría haber convencido a muchos. **¡Hacer cosas espectaculares para demostrar la salvación!** Tentación para Cristo y tentación para nosotros. Si pudiéramos hacer cosas más significativas, más llamativas para el hombre de hoy todo podría ser más sencillo, quizá nos escucharían más. Todo ello es querer tentar a Dios para que confirme de una manera espectacular lo que se puede proclamar con la palabra.

La respuesta de Jesús no se hace esperar con palabras del libro del Deuteronomio: *no tentarás al Señor, tu Dios*, porque Dios no tiene que probar de

⁶⁶ BENEDICTO XVI, *Op. cit.*, pp. 56-58.

ninguna manera que es Dios, simplemente salva, no como hacen los falsos dioses. **No hay que pedir a Dios ninguna prueba para que confirme la misión que realiza**, no tendrá que saltar desde el alero del templo al vacío para que el Padre demuestre nada, **tendrá que subir a la cruz para entrar en el vacío de la muerte**. Como dirá la carta a los hebreos, “la **fe** es la prueba de lo que se espera y prueba de lo que no se ve” (Hb 11.1). Escuchemos de nuevo al Papa ayudándonos a descubrir el sentido de la respuesta de Jesús:

“Nos encontramos de lleno ante el gran interrogante de cómo se puede conocer a Dios y cómo se puede desconocerlo, de cómo el hombre puede relacionarse con Dios y cómo puede perderlo. **La arrogancia que quiere convertir a Dios en un objeto e imponerle nuestras condiciones** experimentales de laboratorio no puede encontrar a Dios. Pues, de entrada, presupone ya que nosotros negamos a Dios en cuanto Dios, pues nos ponemos por encima de El. Porque dejamos de lado toda dimensión del amor, de la escucha interior, y **sólo reconocemos como real lo que se puede experimentar, lo que podemos tener en nuestras manos**. Quien piensa de este modo se convierte a sí mismo en Dios y, con ello, no sólo degrada a Dios, sino también al mundo y a sí mismo.

Esta escena sobre el pináculo del templo hace dirigir la mirada también hacia la cruz. **Cristo no se arroja desde el pináculo del templo. No salta al abismo. No tienta a Dios**. Pero ha descendido al abismo de la muerte, a la noche del abandono, al desamparo propio de los indefensos. Se ha atrevido a dar este salto como acto del amor de Dios por los hombres. Y por eso sabía que, saltando, sólo podía caer en las manos bondadosas del Padre. Así se revela el verdadero sentido del Salmo 91, el derecho a esa confianza última e ilimitada de la que allí se habla: **quien sigue la voluntad de Dios sabe que en todos los horrores que le ocurran nunca perderá una última protección**. Sabe que el fundamento del mundo es el amor y que, por ello, incluso cuando ningún hombre pueda o quiera ayudarlo, él puede seguir adelante poniendo su confianza en Aquel que le ama. Pero esta confianza a la que la Escritura nos autoriza y a la que nos invita el Señor, el Resucitado, es algo completamente diverso del desafío aventurero de quien quiere convertir a Dios en nuestro siervo.”⁶⁷

La tercera tentación ofrece a Jesús el señorío y el reinado sobre todos los pueblos de la tierra. Puede venir a nuestra memoria el diálogo entre Jesús y Pilato acerca de su identidad como rey, a la que Jesús responde que su reino no es de este mundo. Pero, ¿no ha venido Jesús a instaurar la soberanía de Dios en el mundo, a traer el Reino de Dios que no es posible realizar sin él?, ¿no es esta su tarea? El diablo le ofrece aquello a lo que ha venido tratando de introducir un orden distinto en ello; el Papa lo hace notar refiriéndose a la cita de Mt 28, 18: *se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra*:

“Aquí hay dos aspectos nuevos y diferentes: el Señor tiene poder en el cielo y en la tierra. Y sólo quien tiene todo este poder posee el auténtico poder, el

⁶⁷ BENEDICTO XVI, *Op. cit.*, pp. 62-63.

poder salvador. **Sin el cielo, el poder terreno queda siempre ambiguo y frágil.** Sólo el poder que se pone bajo el criterio y el juicio del cielo, es decir, de Dios, puede ser un poder para el bien. Y **sólo el poder que está bajo la bendición de Dios puede ser digno de confianza.**

A ello se añade otro aspecto: Jesús tiene este poder en cuanto resucitado, es decir: **este poder presupone la cruz,** presupone su muerte. **Presupone el otro monte, el Gólgota,** donde murió clavado en la cruz, escarnecido por los hombres y abandonado por los suyos. El reino de Cristo es distinto de los reinos de la tierra y de su esplendor, que Satanás le muestra. Este esplendor, como indica la palabra griega dóxa, es apariencia que se disipa. El reino de Cristo no tiene este tipo de esplendor. **Crece a través de la humildad de la predicación en aquellos que aceptan ser sus discípulos,** que son bautizados en el nombre del Dios trino y cumplen sus mandamientos (cf. Mt 28, 19s).⁶⁸

El Reino de Dios no irrumpe en la historia de la mano de los poderes de este mundo, tiene como presupuesto la adoración y el reconocimiento de Dios como la única realidad personal que puede ser adorada y que garantiza la libertad verdadera del hombre frente a cualquier otro tipo de poder. Sólo la cruz garantiza que nadie se someta a ningún imperio que quiera situarse en el lugar de Dios. Sólo ella hará posible en la vida de Jesucristo que se comprenda que **la acción salvadora de Dios no viene dada por el poder de los hombres sino por la entrega gratuita de la vida en donde el hombre alcanza su verdadera dignidad y realeza.** De esta manera, todo poder mundano queda desacralizado y colocado en su lugar, y la realización del Reino de Dios a través de un camino diferente; el mesianismo de Cristo no se dará por el progreso de un poder político sino que queda abierto a la entrega total y radical de su vida. Volvamos una vez más a las palabras de **Benedicto XVI** para profundizar en esta idea:

“El tentador no es tan burdo como para proponernos directamente adorar al diablo. Sólo nos propone decidarnos por lo racional, preferir un mundo planificado y organizado, en el que Dios puede ocupar un lugar, pero como asunto privado, sin interferir en nuestros propósitos esenciales [...]

Pero Jesús nos dice también lo que objetó a Satanás, lo que dijo a Pedro y lo que explicó de nuevo a los discípulos de Emaús: ningún reino de este mundo es el Reino de Dios, ninguno asegura la salvación de la humanidad en absoluto. El reino humano permanece humano, y el que afirme que puede edificar el mundo según el engaño de Satanás, hace caer el mundo en sus manos.

Aquí surge la gran pregunta que nos acompañará a lo largo de todo este libro: **¿qué ha traído Jesús realmente, si no ha traído la paz al mundo, el bienestar para todos, un mundo mejor? ¿Qué ha traído?**

La respuesta es muy sencilla: a Dios. Ha traído a Dios. Aquel Dios cuyo rostro se había ido revelando primero poco a poco, desde Abraham hasta la literatura sapiencial, pasando por Moisés y los Profetas; el Dios que sólo había mostrado su rostro en Israel y que, si bien entre muchas sombras, había sido honrado en el mundo de los pueblos; ese Dios, el Dios de

⁶⁸ BENEDICTO XVI, *Op. cit.*, pg. 64.

Abraham, Isaac y Jacob, el Dios verdadero, Él lo ha traído a los pueblos de la tierra.

Ha traído a Dios: ahora conocemos su rostro, ahora podemos invocarlo. Ahora conocemos el camino que debemos seguir como hombres en este mundo. Jesús ha traído a Dios y, con El, la verdad sobre nuestro origen y nuestro destino; la fe, la esperanza y el amor. **Sólo nuestra dureza de corazón nos hace pensar que esto es poco.** Si, el poder de Dios en este mundo es un poder silencioso, pero constituye el poder verdadero, duradero. La causa de Dios parece estar siempre como en agonía. Sin embargo, se demuestra siempre como lo que verdaderamente permanece y salva. **Los reinos de la tierra, que Satanás puso en su momento ante el Señor, se han ido derrumbando todos.** Su gloria, su dóxa, ha resultado ser apariencia. Pero la gloria de Cristo, **la gloria humilde y dispuesta a sufrir, la gloria de su amor, no ha desaparecido ni desaparecerá.**⁶⁹

En el evangelio de Mateo el relato termina –una vez vencida la prueba– con el servicio de los ángeles, que ahora sí, no sólo no han permitido que su *pie no tropiece en la piedra*, sino que manifiestan con su servicio la conformidad con la elección que Jesús ha hecho al aceptar la voluntad del Padre, en un orden muy diferente al que le ofrece el tentador. Pero **Lucas, termina de una manera que nos hace descubrir que no hay prueba que se ha superado del todo, que las tentaciones pueden volver a aparecer** en todos los momentos, no sólo en los que se empieza el camino, sino cuando este pasa por situaciones que hacen que haya de nuevo que volver a elegir; de esta manera, *después que el diablo acabó todo intento de tentarlo, se retiró de él hasta un momento oportuno.*

Nos podemos dar cuenta que toda tentación –a la hora de realizar la vocación y la propia misión– trata de apartar del camino escogido por Cristo: Dios siempre lo primero, antes y después que nada. La consecuencia se muestra por sí misma: la voluntad de Dios no se realizan por el camino del poder y la gloria humana, sino por el del siervo que entrega la vida en la cruz. No hay aplausos, sino rechazo; no hay riqueza, sino pobreza; no hay poder, sino debilidad. La tentación siempre hace ver el camino alternativo, muchas veces teñido de eficacia, triunfo apostólico y búsqueda de uno mismo. Rechazar la tentación en la vocación es aceptar y elegir el camino del siervo para uno mismo.

PARA REZAR MEJOR

Nos situamos ante el contenido fundamental de las tentaciones como un camino posible que no estuvo lejos de la realización de la salvación como una alternativa fácil a la misión del Hijo de Dios. Es necesario acercarnos contemplativamente a ellas, mirar a Cristo y entrar en la profundidad de sus

⁶⁹ BENEDICTO XVI, *Op. cit.*, pp. 66-67.69-70.

sentimientos, del debate interno en el que se mueve su humanidad al tener que asentar a la vida del Hijo de Dios que la sostiene. No todo en la vida de Jesucristo es sencillo, la salvación no se pone ante él como un paseo entre las flores, sino que tiene que elegir y decidir desde el camino del ocultamiento y de la cruz, alejado del poder, el prestigio y la gloria efímera. Sugiero dedicar tres días a esta contemplación, uno por cada tentación y dejar el sábado para la repetición como se mostrará.

1. Ponte en oración con actitud suplicante para que puedas ver y oír a Cristo, las seducciones del diablo, pero, sobre todo, poder entrar en los sentimientos de Cristo, en su mente y en su voluntad. Hagamos nuestras las palabras de Pablo: *¡Qué abismo de generosidad, de sabiduría y de conocimiento, el de Dios! ¡Qué insondables sus decisiones y qué irrazonables sus caminos! ¿Quién conoció la mente del Señor?* (Ro 11, 33-34. Podemos entrar en este abismo con el don del Espíritu Santo que tenemos que pedir.
2. Ponte en medio de la escena con la vista de la imaginación y trata de mirar a Cristo, escuchando las palabras del diablo en cada tentación y la respuesta que el Señor le da. (Es necesario haber comprendido antes el alcance teológico y existencial de la tentación.) Permítele que, en cada una de ellas, ponga su mirada en ti, para que, a través de ella, puedas entrar en sus sentimientos, en todo lo que hay en juego en la decisión que tiene que tomar.
3. Escucha a Cristo y habla con él, cuéntale como también en ti se presentan esas tentaciones, en qué aspectos concretos y deja que él te vaya respondiendo. No quieras apresurarte, habla, mira y escucha.
4. Habla también con el Padre, deja que él te explique por qué el amor salvador al hombre pasa por ese destino de su Hijo, que en todo su plan estás tú y tu salvación, que él no es ajeno al destino de su Hijo. No omitas este diálogo en cada una de las contemplaciones. Es de mucho fruto.

LAS TENTACIONES III: REPETICIÓN

Carta a los Hebreos 4, 12-16

La Palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo, penetrante hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos. Juzga los deseos e intenciones del corazón. Nada se oculta; todo está patente y descubierto a los ojos de Aquél a quien hemos de rendir cuentas.

Mantengamos la confesión de la fe, ya que tenemos un sumo sacerdote grande que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios.

No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo exactamente como nosotros, menos en el pecado.

Por eso, acerquémonos con seguridad al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia que nos auxilie oportunamente

La carta a los hebreos nos invita a acercarnos a Cristo para alcanzar misericordia y gracia que nos auxilie oportunamente; acercarse a Cristo probado en todo para encontrar la gracia que nos lleva a vencer la tentación. Estas palabras se pueden convertir en invitación para seguir profundizando en la oración hecha los días anteriores.

Ya sabemos que la repetición es una oportunidad de seguir profundizando en aquello que hemos contemplado para volver a mirar y escuchar lo que más impactó y afectó a nuestra comprensión, dejándola con alguna luz; a nuestros afectos que se vieron tocados, implicados y transformados; a nuestra voluntad en el cambio de nuestros deseos que nos abren nuevos horizontes a la hora de planificar y orientar la vida concreta. **En la contemplación Dios va entrando en todo aquello que normalmente defendemos más de nosotros mismos** mostrándose en su verdad a través de la humanidad de Cristo. Repetir no es volver a repasar una lección o decir de memoria, una vez más, algo que hemos aprendido: es volver nuestros afectos, nuestra inteligencia y nuestra voluntad allí donde el Señor nos ha concedido ver, escuchar y gustar.

Tenemos la oportunidad de **acercarnos a Cristo tentado y vencedor de la tentación para compartir con él nuestras propias tentaciones**, en las que somos vencidos y en las que estamos luchando para poder descubrir que él tiene algo que decirnos y tiene algo que hacer en nuestra vida. Tú, tentado y probado, ante Jesús, que antes fue tentado y probado. ¿Qué salió los días pasados de este encuentro? Este tiene que ser el punto de partida de la oración y a eso tienes que volver, a algo especial que escuchaste, a una mirada del Señor que quedó grabada en ti, a los sentimientos que descubriste en Cristo, a lo que dijiste al Hijo o al Padre desde lo

más profundo de tu corazón. Vuelve a todo eso y encuéntrate de nuevo con el Señor allí donde estuvo contigo. Nadie más que tú sabe cuál es ese lugar y nadie más que el Espíritu Santo y Jesucristo pueden conducirte.

Recuerda cada una de las tentaciones, especialmente, aquella que al contemplarla pudo producir más fruto o más resistencia en ti, porque todo puede indicar que Dios quiere mostrarte algo más que no percibiste a primera vista.

La homilía de san Gregorio Nacianceno, que encontramos a continuación, es una ayuda para seguir descubriendo el sentido de la tentación, pero también nos permite encontrar en las palabras de Cristo, las palabras que nosotros tenemos que decir al tentador porque son las mismas con las que el Señor venció. Sin duda nos ayudará a no temer ante la tentación y a descubrir que si miramos a Cristo podemos descubrir la victoria.

SAN GREGORIO NACIANCENO

“Si el tentador, el enemigo de la luz, te acomete después del bautismo —y ciertamente lo hará, pues tentó incluso al Verbo, mi Dios, oculto en la carne, es decir, a la misma Luz vetada por la humanidad— sabes cómo vencerlo: no temas la lucha. Oponle el agua, oponle el Espíritu contra el cual se estrellarán todos los ígneos dardos del Maligno.

Si te representa tu propia pobreza —de hecho no dudó hacerlo con Cristo, recordándole su hambre para moverle a transformar las piedras en panes— recuerda su respuesta. Enséñale lo que parece no haber aprendido; oponle aquella palabra de vida, que es pan bajado del cielo y da la vida al mundo. Si te tienta **con la vanagloria** —como lo hizo con Jesús cuando lo llevó al alero del templo y le dijo: *Tírate abajo*, para demostrar tu divinidad— no te dejes llevar de **la soberbia**. Si en esto te venciere, no se detendrá aquí: es insaciable y lo quiere todo; se muestra complaciente, de aspecto bondadoso, pero acaba siempre confundiendo el bien con el mal. Es su estrategia.

Este ladrón es un experto conocedor incluso de la Escritura. Aquí el *está escrito* se refiere al pan; más abajo, se refiere a los ángeles. Y en efecto, *está escrito: Encargará a los ángeles que cuiden de ti y te sostendrán en sus manos*. ¡Oh sofista de la mentira! ¿Por qué te callas lo que sigue? Pero aunque tú lo calles, yo lo conozco perfectamente. Dice: caminaré sobre ti, áspid y víbora, pisotearé leones y dragones; protegido y amparado —se entiende— por la Trinidad. **Si te tienta con la avaricia**, mostrándote en un instante todos los reinos como si te pertenecieran y exigiéndote que le adores, despréciale como a un miserable. Amparado por la señal de la cruz, dile: También yo soy imagen de Dios; todavía no he sido, como tú, arrojado del cielo por soberbio; **estoy revestido de Cristo; por el bautismo, Cristo se ha convertido en mi heredad; eres tú quien debe adorarme.**

Créeme, a estas palabras se retirará, vencido y avergonzado, de todos aquellos que han sido iluminados, como se retiró de Cristo, luz primordial.

Estos son los beneficios que el bautismo confiere a aquellos que reconocen la

fuerza de su gracia; éstos son los suntuosos banquetes que ofrece a quienes sufren un hambre digna de alabanza.”⁷⁰

PARA REZAR MEJOR

Podría sobrar las palabras que vienen a continuación porque en la repetición se sigue el mismo esquema. De todas formas, para recordar y para acercarlo a lo que estamos contemplando y los elementos que se aportan en este día me referiré a las cuestiones que son más fundamentales y los pasos que se pueden ir dando.

1. Prepara bien la oración el día antes repasando lo que es has rezado porque en ello hay un tesoro oculto que tienes que volver a mirar. ¿Te imaginas que te regalan un cuadro valioso, te admiras de su belleza y a continuación lo metes en el fondo de un armario para no volver a contemplarlo más? Eso hacemos cuando nos da pereza ir de nuevo a lo que hemos orado: ahí está escondido algo de más valor que un cuadro y ¿no quieres pararte una vez más ante ello?
2. Selecciona aquello que será objeto de la repetición para que lo tengas presente al siguiente día y no tengas que estar buscando.
3. Ponte ante Cristo probado como tú, acércate a él, repite todo lo que apareció en tu oración para poder decirlo con más corazón y con más conocimiento y vuelve a mirar al Señor y a escucharle. Seguro que todo irá sonando de una manera diferente.
4. La carta a los hebreos te puede ayudar al mismo hecho de acercarte a Jesús. Léela, escúchala porque es una invitación para ti, especialmente si tienes resistencia, si te cuesta trabajo, si hay algo de tus tentaciones que no quieres del todo ponerlas ante el Señor.
5. Dialoga con el Señor y hazlo también con el Padre que contempla a su Hijo, que ve tus propias tentaciones y dificultades, que conoce los temores que te ocasiona el pensar que una y otra vez caes en la tentación. Habla de ello y pide la fuerza para vencer con Cristo.
6. La lectura de San Gregorio Nacianceno te puede ayudar a encontrar la fuerza en medio de la prueba, las palabras en medio del miedo o de la duda. Más verdadera que la astucia del tentador es lo que ya eres en Cristo.

⁷⁰ SAN GREGORIO NACIANCENO, *Discurso 40*. Leccionario Bienal Bíblico Patrístico de la Liturgia de las Horas III. Homilía Domingo I de Cuaresma, Ciclo A.

LAS BODAS DE CANÁ I

Evangelio según San Juan 2, 1-5

A los tres días, había una boda en Caná de Galilea y la madre de Jesús estaba allí; Jesús y sus discípulos estaban también invitados a la boda.

Faltó el vino y la madre de Jesús le dijo:

–No les queda vino.

Jesús le contestó:

–Mujer, déjame, todavía no ha llegado mi hora.

Su madre dijo a los sirvientes:

–Haced lo que él diga.

Este relato es propio del cuarto evangelio y habría que situarlo cronológicamente después del testimonio del Bautista sobre Jesús y las primeras llamadas a los discípulos. El hecho de que Juan hable del **tercer día** está indicando algo que tiene que ver con una acción de Dios, con una **manifestación** suya, como en el Sinaí –“*al amanecer del tercer día hubo truenos y relámpagos... El Señor había bajado sobre él en medio de fuego*” (Ex 19, 16-18)– tal y como sugiere el Papa Benedicto XVI en su libro *Jesús de Nazaret*; pero, sobre todo, la resurrección de Cristo, la gran teofanía que sucede también al tercer día.

San Juan no relata las tentaciones de Jesús ni directamente el Bautismo; la manifestación primera de Jesús se realiza en Caná de Galilea, un lugar que sólo este evangelio refiere. Nos encontramos, por tanto, ante un hecho fundamental que presenta al estilo joánico la identidad de Jesús, es decir, **nos hace entrar en el misterio de su persona**, al cual nos vamos asomando en nuestro itinerario contemplativo. Un elemento importante es la presencia de **María**, tal y como Juan la presenta. No aparece su nombre y, desde este momento, no vuelve a estar presente hasta la crucifixión; tanto en un momento como en otro es llamada por Jesús **Mujer** y Juan la reconoce como **Madre**.

Según el mismo relato, no parece que María esté pidiendo directamente un milagro, sino que hace constar un detalle importante en la boda: *no tienen vino*. La respuesta de Jesús, literalmente, resulta un poco desconcertante: *qué para mí y para ti, mujer* (τί ἐμοὶ καὶ σοί, γύναι) podríamos decir, *¿cómo vienes tú a mí?*, *¿Qué tiene que ver esto con nosotros?* Da la sensación que Jesús toma una cierta distancia de su Madre al constatar que no tienen vino. Nos dejaría algo fríos esta respuesta si no fuera por la expresión de Jesús *todavía no ha llegado mi hora*. Podemos entenderlo mejor: ¿por qué vienes a mí con esta cuestión si todavía no ha llegado mi hora? **La hora** tiene una gran importancia en el evangelio, es el

momento fundamental de la manifestación de Jesús en su Pascua, **en el momento de su muerte, cuando se empieza a manifestar la gloria de Dios**. Todo en el evangelio conduce a este momento y, cada uno de los signos o milagros que Jesús realiza, son una anticipación de este momento fundamental. Los milagros no serán necesarios porque en *su hora* todo quedará manifestado; hasta ese momento, los milagros u obras o prodigios no aparecen como un signo del poder de Jesús sino de su identidad que se revelará plenamente en su muerte y resurrección. Si no ha llegado la hora, ¿por qué anticiparla?, ¿es necesario manifestar quién es de una manera sobreabundante?

Si nos fijamos en el final de nuestro relato, encontramos un término significativo que nos da la dimensión de todo lo que está sucediendo: es una verdadera **“manifestación”, una epifanía**, de tal forma, que en la liturgia siempre ha ido vinculado a la solemnidad de la Epifanía del Señor. Jesús anticipa su hora y así manifiesta su Misterio, su propia identidad y su gloria. **Así nos acercamos nosotros a este texto para que Jesús nos manifieste su gloria**, su poder salvador como sobreabundancia y podamos creer en él de la misma manera que lo hicieron sus discípulos. Este es el objeto de los signos en el cuarto evangelio, suscitar la fe en Jesús para poder creer que él es el Hijo de Dios.

Todo esto indica que nos encontramos ante un verdadero Misterio de la vida de Cristo: hay un signo, un sacramento, a través del cual se manifiesta su gloria. **Podríamos decir que se encierra un doble signo, el signo del agua convertido en vino y el de la misma persona de Jesús; uno remite a Cristo y, en su persona, podemos encontrar la gloria de Dios**. Este será el camino que vamos a recorrer en estos días: con la presencia de la Virgen, la escasez de vino, la sobreabundancia del signo poder reconocer la gloria de Dios en la persona de Cristo; a través de sus signos y del signo que es su humanidad poder llegar hasta Dios.

María anticipa la hora de Jesús, hace posible el milagro. Este va a ser el punto en el que hoy nos vamos a detener, mañana contemplaremos el vino y la sobreabundancia del milagro y el último día en la persona de Jesús para descubrir su gloria y poder creer en él. Detengámonos brevemente en lo que dice el Papa Benedicto XVI en la obra que venimos citando sobre este momento:

“Jesús dice a María, su madre, que todavía no le ha llegado su «hora». Eso significa, en primer lugar, que El no actúa ni decide simplemente por iniciativa suya, sino en consonancia con la voluntad del Padre, siempre a partir del designio del Padre. De modo más preciso, la «hora» hace referencia a su «glorificación», en que cruz y resurrección, así como su presencia universal a través de la palabra y el sacramento, se ven como un todo único. **La hora de Jesús, la hora de su «gloria», comienza en el momento de la cruz y tiene su exacta localización histórica**: cuando los corderos de la Pascua son sacrificados, Jesús derrama su sangre como el verdadero Cordero. Su hora procede de Dios, pero está fijada con extrema precisión en el contexto de la historia, unida a una fecha litúrgica y, precisamente por ello, es el comienzo de la nueva liturgia en «espíritu y verdad». Cuando en aquel instante Jesús habla a María de su hora, está relacionando precisamente ese momento con el del misterio de la cruz concebido como su glorificación. Esa hora no había llegado todavía, esto se

debía precisar antes de nada. Y, no obstante, Jesús tiene el poder de anticipar esta «hora» misteriosamente con signos. Por tanto, el milagro de Caná se caracteriza como una anticipación de la hora y está interiormente relacionado con ella.

¿Cómo podríamos olvidar que este conmovedor misterio de la anticipación de la hora se sigue produciendo todavía? **Así como Jesús, ante el ruego de su madre, anticipa simbólicamente su hora y, al mismo tiempo, se remite a ella, lo mismo ocurre siempre de nuevo en la Eucaristía: ante la oración de la Iglesia, el Señor anticipa en ella su segunda venida,** viene ya, celebra ahora la boda con nosotros, nos hace salir de nuestro tiempo lanzándonos hacia aquella «hora».”⁷¹

María trae a Dios a la vida, a la historia, lo sitúa en el centro de la humanidad necesitada de él. Así lo hace en Caná de Galilea: pone a su hijo en el centro de la necesidad de aquella fiesta para que su gloria pueda brillar donde nos encontramos cara a cara con la penuria humana, haciendo posible que esta sea remediada por la actuación salvadora de Dios en Cristo.

PARA REZAR MEJOR

No podemos olvidar la rica simbología que contiene el evangelio de Juan: el vino es el signo de la fiesta, de los bienes propios de Dios que alegran el corazón del hombre. Así, detrás del vino de nuestro relato se está escondiendo la falta de aquello que proviene de Dios, que es bendición suya y alegra el corazón humano. La falta de vino en una boda vendría a significar lo que estamos diciendo. Esto es lo que constata la Virgen María a Jesús; ella es la gran conocedora del Misterio de su Hijo y sabe que no hay verdadero vino, don de Dios para el hombre sin su Jesús, más aún, Jesús es el verdadero vino, “el vino nuevo”. Así nos acercamos al relato y a la presencia de aquella que anticipa la hora de Jesús y nos da a conocer la gloria de su Hijo.

1. Entra en la presencia del Señor para que se te pueda manifestar el Misterio escondido a través de este signo, pide que el Espíritu te ayude a entrar en lo que está oculto y poder descubrir al Hijo de Dios. Acércate a María y solicita su intercesión, para que te acerques a Cristo como ella lo hizo.
2. *La Madre de Jesús estaba allí.* Ponte ante la escena, una boda, todo es signo de alegría, pero, falta el vino. María estaba allí. Ella observa todo lo que está sucediendo y que, quizá, permanecía oculto a la mirada de muchos. Si la Madre de Jesús está no hay que temer.
3. *No tienen vino.* Ella hace descubrir a Jesús la realidad: hay una falta de aquello que es fundamental. Detente en María y en Jesús y escucha el diálogo entre ellos dos: no ha llegado mi hora, ¿Por qué te acercas a mí de esta manera? ¿Es el momento de manifestar lo que está oculto?

⁷¹ BENEDICTO XVI, *Op. cit.*, pp. 297-298.

4. Acércate tú, siente la cercanía de María que también se fija en tu vida y te hace descubrir la falta de vino, es decir, todo lo que es la escasez de alegría por la ausencia de los bienes de Dios, por la pérdida del “vino nuevo” que es Cristo. Ella, bien podría decir a su hijo de tí: mira, no tiene vino.
5. Habla con María, y habla con Jesús porque tú también estás en esa boda y todo lo que va a suceder, el vino sobreabundante será también para ti, como a los comensales te puede faltar lo más importante pero, la Madre de Jesús está ahí... su Hijo también... *Haced lo que él os diga*. ¿Qué significa escuchar hoy estas palabras a María?

LAS BODAS DE CANÁ II

Evangelio según San Juan 2, 6-10

Había allí colocadas seis tinajas de piedra, para las purificaciones de los judíos, de unos cien litros cada una.

Jesús les dijo:

–Llenad las tinajas de agua.

Y las llenaron hasta arriba.

Entonces les mandó:

–Sacad ahora, y llevádselo al mayordomo.

Ellos se lo llevaron.

El mayordomo probó el agua convertida en vino sin saber de dónde venía (los sirvientes sí lo sabían, pues habían sacado el agua), y entonces llamó al novio y le dijo:

–Todo el mundo pone primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el peor; tú en cambio has guardado el vino bueno hasta ahora.

El vino abundante, tal y como veíamos ayer, está presente en los escritos veterotestamentarios, de una manera especial, en los proféticos; es signo de los bienes mesiánicos y de la felicidad de los últimos tiempos. Si nos fijamos en la capacidad de las tinajas utilizadas para las purificaciones, veremos que la cantidad es ya bastante abundante, como refiere Benedicto XVI: "¿Qué sentido puede tener que Jesús proporcione una gran cantidad de vino —unos 520 litros— para una fiesta privada? Debemos, pues, analizar el asunto con más detalle, para comprender que en modo alguno se trata de un lujo privado, sino de algo con mucho más alcance"⁷². No son necesarios tantos litros cuando la boda está terminando y todo el mundo está bebido. De alguna manera, el signo está aludiendo a la sobreabundancia de la gracia que viene a través de Jesucristo; las tinajas destinadas a contener el agua para el gesto ritual de la purificación de una limpieza externa del hombre, que no afecta a su interior, ahora se convierten en depositarias del **signo del vino nuevo que es la misma persona de Cristo, que sí tiene capacidad de limpiar al hombre por dentro y devolverle no sólo la dignidad perdida, sino concederle una sobreabundante**: más de lo necesario, más de lo esperado y de una manera completamente gratuita. El agua convertida en vino es el anticipo, y al mismo tiempo, la realidad de la novedad de Jesucristo porque donde el Señor se hace presente siempre sucede algo nuevo que transforma a la persona y lo que hay alrededor.

⁷² BENEDICTO XVI, op. cit., pg. 296.

Dios Padre, en su Hijo se da a sí mismo con generosidad, no se reserva el vino bueno que es su Hijo porque en él no hay lugar para la cicatería, para dar con medida, todo es signo de plenitud como sigue explicando el **Papa Benedicto XVI**:

“De esta manera comenzamos a entender lo sucedido en Caná. **La señal de Dios es la sobreabundancia.** Lo vemos en la multiplicación de los panes, lo volvemos a ver siempre, pero sobre todo en el centro de la historia de la salvación: en el hecho de que **se derrocha a sí mismo por la mísera criatura que es el hombre. Este exceso es su «gloria».** **La sobreabundancia de Caná es, por ello, un signo de que ha comenzado la fiesta de Dios con la humanidad, su entregarse a sí mismo por los hombres.** El marco del episodio —la boda— se convierte así en la imagen que, más allá de sí misma, señala la hora mesiánica: la hora de las nupcias de Dios con su pueblo ha comenzado con la venida de Jesús. La promesa escatológica irrumpe en el presente.”⁷³

De esta forma, la indicación de María se convierte en la provocación que permite anticipar a través de este signo el derroche de la misericordia de Dios que se hace presente en la cruz de su Hijo; las tinajas de las purificaciones de la Ley Antigua dan paso a la Ley Nueva de la gracia de Cristo; de esta manera, las antiguas profecías ven cumplido su significado de manera sobreabundante; lo nuevo ha comenzado en lo viejo, con palabras de Pablo, *lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado* (I Co 5, 16).

De todo ello nos podemos dar cuenta en la oración y en lo que está sucediendo en nuestras vidas: **quizá quede algo de lo antiguo pero hay algo nuevo que no podemos ignorar.** Nosotros vivimos ya esa novedad, lo que en Caná se realizó en signo podemos vivirlo cada día en lo cotidiano. Me gustaría que pudiéramos volver la mirada a todo eso que ya estamos recibiendo en donde descubrimos la generosidad de la gracia de Dios. Para ello podemos hacer la lectura del comienzo de un sermón de **san Agustín** sobre las bodas de Caná, recogido en los tratados sobre el evangelio de san Juan. En él va describiendo los distintos significados que se encierran en el misterio de la transformación del agua en vino pero, antes de entrar en ellos, quiere dejar constancia sobre el gran milagro que se realiza en lo cotidiano:

“El Señor Dios nuestro me asista y conceda cumplir lo que prometí. Ayer, si recuerda Vuestra Santidad, no pude concluir mi sermón por falta de tiempo, dejando para hoy, con la ayuda de Dios, la explicación ya comenzada de los misterios puestos místicamente en este episodio de la lectura evangélica. Por tanto, no es preciso detenerse más en hacer valer el milagro de Dios, pues **es Dios en persona quien a lo ancho de toda la creación hace milagros cotidianos que para los hombres se han depreciado no por su facilidad, sino por su frecuencia.** En cambio, los hechos insólitos que ha realizado el mismo Señor, esto es, la Palabra encarnada por nosotros, produjeron a los hombres estupor mayor, no porque eran mayores de lo que son los que hace a diario en la creación, sino porque esos que suceden a

⁷³ BENEDICTO XVI, *Op. cit.*, pg. 298.

diario se realizan como por su curso normal; en cambio, los otros parecen presentados a los ojos de los hombres por la eficacia de un poder presente, por así calificarlo. Como recordáis, dije: resucitó un único muerto, los hombres se quedaron estupefactos, aunque nadie se extraña de que a diario nazcan quienes no existían. Así, ¿quién no se extraña del agua convertida en vino, aunque todos los años hace Dios esto en las vides? Pero, porque todo lo que hizo el Señor Jesús es capaz, no sólo de excitar nuestros corazones mediante los milagros, sino también edificarlos en la doctrina de la fe, es preciso que escrutemos qué quiere decir todo aquello, esto o, qué significa.”⁷⁴

PARA REZAR MEJOR

Continuamos contemplando el Misterio que se encierra en las bodas de Caná. Todo, como en cada uno de los misterios, parece quedar oculto: nadie se da cuenta de lo que sucede, los siervos no entienden el significado de lo que se les pide, el mayordomo felicita al novio sin saber lo que ha sucedido y él, podemos suponer, es el primer sorprendido. El signo ha sucedido pero sólo sus discípulos creerán en Cristo. Así sucede en el “sacramentum”, algo hay que es visible pero, con la fe, hay que entrar en lo oculto, lo que no se ve, para poder descubrir el verdadero significado. Todo lo que Jesús realiza es manifestación de lo que es él, de la vida divina sobreabundante que renueva a los hombres y a la que nos acercamos en los sacramentos, en la oración y en los hermanos.

1. Ponte en oración, quizá, como el ciego Bartimeo que le dice a Jesús: *Señor, que vea*. Que pueda ver lo que sucede en Caná, que mis ojos no estén ciegos para descubrir la vida plena que nos ofreces sin medida. Sigue pidiendo la intercesión de la Virgen, para que, a través de su mirada, puedas ver a Cristo.
2. Vuelve a la escena de ayer y detente en poder mirar el signo de la transformación del agua en vino. Para que suceda es necesario el trabajo de los sirvientes. Tú estás llamado a ser como los siervos que con su trabajo hacen posible que la gracia de Cristo pueda llegar a los hombres. Muchas tinajas, que con tu esfuerzo llenas de agua, es el mismo Señor quien las transforma en vino.
3. Puedes ver la sorpresa de los siervos, el diálogo del maestresala con el novio, la admiración de la gente por la calidad del vino. Todo sobreabundante, más de quinientos litros que significan la plenitud de la gracia que recibimos en Cristo.
4. Acércate de nuevo a Jesús y a María, sé testigo de lo que está sucediendo y pídeles que te ayuden a descubrir en esta mañana cómo se está dando esto

⁷⁴ SAN AGUSTÍN, *Tratados sobre el Evangelio de San Juan X*, 1, OC XII.

en tu vida y en la de los que tienes cerca de ti y oran contigo. ¿Qué significa para ti que lo antiguo ha pasado y lo nuevo ha comenzado?

5. Da gracias a Dios por la sobreabundancia de la gracia en ti, a través de todo lo ordinario de cada día, tal y como dice San Agustín, y pide que en nuestra comunidad no falte el buen vino que es Jesús.

LAS BODAS DE CANÁ III

Evangelio según San Juan 2, 10-12

Así, en Caná de Galilea Jesús comenzó sus signos, manifestó su gloria y creció la fe de sus discípulos en él.

Después bajó a Cafarnaúm con su madre y sus hermanos y sus discípulos, pero no se quedaron allí muchos días.

Con estas palabras concluye el relato de la transformación del agua en vino en Caná de Galilea, todo dirigido hacia Cristo, a su persona y a la fe que suscita en los discípulos; de esta manera, **el signo nos remite al Signo, a Jesucristo**, todo lo realizado conduce hacia él, a aquel en quien está escondida la presencia de Dios que se reconoce por la fe.

Jesús manifiesta su gloria. No olvidemos que un capítulo antes del evangelio de Juan, se afirmaba esta misma idea: *y hemos contemplado su gloria, gloria del Hijo único del Padre* (Jn 1, 14). Esta es una de las claves fundamentales del cuarto evangelio, dar a descubrir que en Jesús reside la gloria de Dios, el esplendor de la divinidad que se manifiesta a través de su verdadera humanidad, la de la Palabra hecha carne.

Hay que detenerse en esta frase para descubrir el Misterio de Cristo que se nos manifiesta en el misterio del agua convertida en vino: καὶ ἐφάνερωσεν τὴν δόξαν αὐτοῦ καὶ ἐπίστευσαν εἰς αὐτὸν οἱ μαθηταὶ αὐτοῦ (*manifestó su gloria y creció la fe de sus discípulos en él*). De las tres palabras destacadas en negrita, la primera de ellas –el verbo φανερώω– aparece en el nuevo testamento para **dar a conocer algo que permanece oculto** y que se hace patente a través de las palabras o signos de Jesús. En Juan tiene una significatividad especial al referirse directamente a Jesús, a su persona, en la que se manifiesta el misterio escondido del Hijo de Dios. Es por tanto un verbo utilizado para hablar de la revelación de Dios que se da en Cristo. De esta manera podemos comprender mejor la segunda palabra, la **gloria** de Jesús: no es otra que **la propia de la divinidad**, el resplendor de Dios que se hacía presente en el Antiguo Testamento en el monte Sinaí, la que reflejaba Moisés en su propio rostro. Esto era lo que los hombres podían contemplar de Dios, nada más que su gloria que era el reflejo de su ser. Ahora, en Cristo se puede descubrir la gloria de Dios que se hace presente de una manera oculta a través de este signo que estamos contemplando. Hay que acercarse a Jesús a través de sus signos para poder descubrir el gran Signo que es él, su humanidad, en la que se encuentra la gloria de Dios y que se descubre cuando el signo queda iluminado y hace que surja la fe en Jesús. Es la tercera palabra: “los discípulos **creyeron** en él.”

En este tercer día de contemplación de este misterio **somos puestos ante Jesús para creer en él**, para poder descubrir la gloria de Dios que se está manifestando en este milagro de la sobreabundancia, de la gracia que anticipa ya la muerte y la resurrección del Señor, donde su gloria quedará patente para todos. Es el Misterio de Dios que permanece escondido y que se nos manifiesta a través de la contemplación. Volvemos la mirada al signo, escuchamos las palabras que allí se pronunciaron para poder detenernos en Jesucristo, en su humanidad que manifiesta y hace patente el ser del Hijo de Dios: en la humildad de la carne descubrimos la gloria de Dios; la humanidad de Cristo se convierte en el camino que nos conduce al término que es la divinidad.

No podemos cansarnos de mirar a aquel en quien recibimos gracia tras gracia porque no sólo encontramos el remedio sino lo que estamos llamados a ser. No nos quedemos con los signos que el Señor nos ofrece para que no seamos como todos los que en Caná pudieron quedar satisfechos habiendo bebido nada más que un vino de buena calidad. Pongamos la mirada en Jesús, contemplemos el camino y la meta, descubramos la presencia de Dios que sale a nuestro encuentro. **Miremos al hombre, hablemos al Señor; creamos por la fe lo que no puede ser captado sólo por la mirada y escuchado por el oído. Acerquémonos a Cristo de la misma manera que lo hizo su madre**, como la primera que creyó; descubramos que el gran signo de nuestro relato no es el agua, sino que Cristo estuviera allí, , también su madre, aquella que asegura que aunque nosotros no nos demos cuenta, está siempre allí, consciente del momento en el que nos falta el vino para manifestar a su hijo.

SAN AGUSTÍN

Y ¿qué hizo en la boda? De agua, vino. ¡Asombroso poder! Ahora, pues, **quien se dignó hacer tal maravilla, se dignó carecer de todo. Quien hizo el agua vino, bien pudo hacer de las piedras pan**; el poder era igual, mas entonces la sugerencia venía del diablo, y Cristo no lo hizo. Sabéis, en efecto, que, cuando fue tentado el Señor Cristo, le incitaba el diablo a esto. Tuvo hambre, y la tuvo por dignación y porque también eso era humillarse. **Estuvo hambriento el Pan, fatigado el Camino, herida la Salud, muerta la Vida**. Teniendo, pues, hambre, como sabéis, le dijo el tentador: *Si eres el Hijo de Dios, di que se hagan pan estas piedras*; al que respondió él para enseñarte a ti a responderle, como lucha el emperador para que los soldados se adiestren en luchar. ¿Qué le respondió? *No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios*. Y no hizo panes de las piedras él, que cierto pudo hacer eso, cual hizo del agua vino. Tanto le costaba, en efecto, hacer pan de una piedra; mas no lo hizo para darle al tentador con la puerta en el hocico; pues al tentador no se le vence si no se le desprecia. En venciendo que venció al diablo tentador, vinieron los ángeles y le sirvieron de comer. **Pudiendo como podía tanto, ¿por qué no hizo aquello e hizo esto?** Leed, o mejor, recordad, lo que ha poco se os decía cuando esto hizo, es decir, vino del agua. ¿Qué añadió el evangelista? *Y creyeron en él sus*

discípulos. ¿Habría creído el diablo?

No obstante su gran poder, tuvo hambre, tuvo sed, tuvo cansancio, tuvo sueño, fue aprisionado, fue azotado, fue crucificado, fue muerto. **Tal es el camino: camina por la humildad para llegar a la eternidad. Dios-Cristo es la patria adónde vamos; Cristo-hombre, el camino por donde vamos; vamos a él, vamos por él;** ¿cómo temer extraviarnos? Sin alejarse del Padre vino a nosotros; tomaba el pecho, y conservaba el mundo; nacía en un pesebre, y era el alimento de los ángeles. Dios y hombre, Dios hombre, hombre y Dios en una sola pieza; mas no era hombre por la misma razón de ser Dios. Dios lo era por ser el Verbo; era hombre por haberse hecho hombre el Verbo sin dejar de ser Dios, tomando la carne del hombre; añadiéndose lo que no era sin perder lo que ya era.⁷⁵

PARA REZAR MEJOR

Hoy damos un paso más, una vez profundizado el sentido del Misterio de las bodas de Caná, llegamos al final del texto para quedarnos ante Jesús, más allá del tumulto y el ruido de la fiesta de la boda, de la alegría de los comensales y del regocijo de los nuevos esposos. Nos situamos junto a María y junto a sus discípulos poniendo la mirada en Jesús, descubriéndole a él que es quien asegura el buen vino. No hay que cansarse de mirar a Cristo, de poner en él la mirada para que crezca la admiración y con ella el reconocimiento y la adoración. Al final del relato no hay palabras sino manifestación de la gloria de Dios y la fe de los discípulos. María no vuelve a decir nada, la madre queda oculta cuando se manifiesta la gloria del Hijo hasta que tenga que ser madre de nuevo al pie de la cruz, entonces no solo de Jesús, sino de la Iglesia naciente.

1. Pide el don de una fe más grande que pueda seguir confiando en la grandeza del Señor, porque creer es aceptar a Jesús, a su persona como el verdadero salvador, el Hijo de Dios en quien está presente la gloria de la divinidad. Pide poder contemplar, no sólo escuchar y ver, sino poder hacer la misma experiencia que hicieron sus discípulos en esta fiesta de bodas.
2. ¿Qué te quedó más en el corazón los dos días anteriores? Seguramente a los apóstoles les quedaron muchas cosas grabadas, pero no se quedaron en ellas sino que creyeron y siguieron a Jesús. Recuérdalo y mira al Señor que manifiesta todo aquello que tú deseas; que te concede mucho más de lo que tú esperabas. Mírale a él que es el camino y la meta.
3. Poniendo los ojos en Jesús date cuenta de todo aquello en lo que él ha sido generoso contigo, de todo lo que ya te ha mostrado para que puedas creer y estar donde te encuentras. Pero no te quedes en lo que te él te regala

⁷⁵ SAN AGUSTÍN, *Sermón 123, 2-3, sobre las bodas de Caná*, OC XXIII.

porque él es más grande que todos los dones.

4. Habla con Cristo desde la fe; dirígete a él por ser quien es él y no por lo que te concede; agradece los signos, pero sobre todo agradece el gran Signo que es su propia persona, la del Hijo de Dios. Da gracias al Padre por haberte dado lo que más amaba.
5. Fíjate en María, sigue allí, sigue presente en tu vida, ella siempre ha estado y seguirá estando, aunque sea de manera oculta y sencilla.

LAS BODAS DE CANÁ IV: REPETICIÓN

Para poder realizar la repetición conviene fijarse bien en todo lo que se ha orado en los días anteriores teniendo en cuenta, más lo que hemos visto que lo que se nos ha dicho desde fuera. En cada momento de oración siempre encontramos súplicas que surgen del fondo del corazón, aspectos que iluminan nuestro entendimiento y fortalecen la voluntad; también encontramos dimensiones nuevas de la persona de Cristo, presencia de Dios en medio del silencio y palabras que adquieren una especial comprensión. **Hay que ir despojando la oración de todo lo que ha sido ruido y distracción para poder quedarnos con sólo lo que es importante y poder mirarlo una vez que lo hemos purificado.** No podemos creer que la oración es ponerse y todo está hecho, se tiene que implicar nuestro afecto, nuestro entendimiento y nuestra voluntad y, en todo ello, nuestra memoria, que nos ayuda a no olvidar lo que Dios ha ido dándonos a conocer y obrar en nosotros.

Por todo esto, la repetición es muy importante: lo hacemos en la liturgia, año tras año, y lo tenemos que realizar en la oración personal para poder profundizar en el Misterio: **sin volver a gustar no hay hondura, todo se queda en lo novedoso y, de esta manera, en la superficie.** Podríamos decir que en la repetición se puede encontrar lo más importante de la contemplación pero, puede ser lo que nos cuesta más trabajo porque tenemos que implicar más la voluntad y el esfuerzo. Son dos días en los que tenemos que preparar personalmente la oración, claro que, si no queda constancia de lo que hemos orado, será difícil poder realizar esta tarea. También hay otra dificultad: a la oración hay que dedicarle el tiempo necesario, y puede que no lo hagamos con la dedicación suficiente. **No hay oración sin sacrificio y este consiste en levantarse con tiempo suficiente para poder orar.** Si queremos profundizar tenemos que usar la libertad para buscar más a Dios, para poder madrugar por el Señor.

Otro aspecto importante debemos tener en cuenta es la posibilidad de experimentar cierta **dificultad en la contemplación**, para descubrir la presencia de Dios en Jesús que sale a nuestro encuentro porque tenemos **la mirada muy centrada en nosotros mismos o porque hay aspectos de nuestra vida que están enturbiando la mirada para poder ver a Dios.** Para dar un mayor contenido a estas afirmaciones propongo un texto que nos puede ayudar a **relacionar la oración con nuestra vida**, la contemplación con las dificultades que experimentamos en la forma de vivir y que disminuyen la capacidad de profundizar en el Misterio:

SAN TEÓFILO DE ANTIOQUÍA

“Si tú me dices: «Muéstrame a tu Dios», yo te diré a mi vez: «Muéstrame tú al hombre que hay en ti», y yo te mostraré a mi Dios. **Muéstrame, por tanto, si los ojos de tu mente ven, y si oyen los oídos de tu corazón.**

Pues de la misma manera que los que ven con los ojos del cuerpo perciben

con ellos las realidades de esta vida terrena y advierten las diferencias que se dan entre ellas –por ejemplo, entre la luz y las tinieblas, lo blanco y lo negro, lo deforme y lo bello, lo proporcionado y lo desproporcionado, lo que está bien formado y lo que no lo está, lo que es superfluo y lo que es deficiente en las cosas–, y lo mismo se diga de lo que cae bajo el dominio del oído –sonidos agudos, graves o agradables–, **eso mismo hay que decir de los oídos del corazón y de los ojos de la mente, en cuanto a su poder para captar a Dios.**

En efecto, ven a Dios los que son capaces de mirarlo, porque tienen abiertos los ojos del espíritu. Porque todo el mundo tiene ojos, pero algunos los tienen oscurecidos y no ven la luz del sol. Y no porque los ciegos no vean ha de decirse que el sol ha dejado de lucir, sino que esto hay que atribuírselo a sí mismos y a sus propios ojos. De la misma manera, **tienes tú los ojos de tu alma oscurecidos a causa de tus pecados y malas acciones.**

El alma del hombre tiene que ser pura, como un espejo brillante. Cuando en el espejo se produce el orín, no se puede ver el rostro de una persona; de la misma manera, **cuando el pecado está en el hombre, el hombre ya no puede contemplar a Dios.**

Pero puedes sanar, si quieres. Ponte en manos del médico, y él punzará los ojos de tu alma y de tu corazón. ¿Qué médico es éste? Dios, que sana y vivifica mediante su Palabra y su sabiduría. Pues por medio de la Palabra y de la sabiduría se hizo todo. Efectivamente, la Palabra del Señor hizo el cielo, el aliento de su boca, sus ejércitos. Su sabiduría está por encima de todo: Dios, con su sabiduría, puso el fundamento de la tierra; con su inteligencia, preparó los cielos; con su voluntad, rasgó los abismos, y las nubes derramaron su rocío.

Si entiendes todo esto y vives pura, santa y justamente, podrás ver a Dios; pero la fe y el temor de Dios han de tener la absoluta preferencia de tu corazón, y entonces entenderás todo esto. Cuando te despojes de lo mortal y te revistas de la inmortalidad, entonces verás a Dios de manera digna. Dios hará que tu carne sea inmortal junto con el alma, y entonces, convertido en inmortal, verás al que es inmortal, con tal de que ahora creas en él.”⁷⁶

PARA REZAR MEJOR

Esta oración de repetición nos puede ayudar de dos formas que podríamos aplicar a cada uno de los días: una, las dificultades que estamos encontrando para poder contemplar, y otra, ahondar en lo más importante que ha ido quedando a lo largo de los días anteriores. La primera puede ayudar a purificar y tomar conciencia de todo lo que significa algún obstáculo y poder ponerlo ante el Señor, al escuchar de nuevo la invitación de María a Jesús –*no les queda vino*– y la respuesta de Jesús a los sirvientes –*llenad las tinajas de agua*–. Esto permitirá poner nombre ante el

⁷⁶ SAN TEÓFILO DE ANTIOQUIA, *Libro a Autólico 1, 2. 7*, Oficio de Lecturas del Miércoles III de Cuaresma.

Señor a los impedimentos que encontramos y están necesitados de una mayor purificación: son nuestras pobreza, debilidades, miserias y pecados que ponemos ante la mirada de la Virgen para que ella lo pueda hacer notar a Jesús. En el siguiente día podemos volver –algo más purificados– a lo que el Señor ido poniendo en nosotros durante la oración con este relato de las bodas de Caná.

1. Esto es reiterativo, pero hay que hacerlo: ponte en la presencia de Dios, date cuenta ante quien estás y lo que quieres y pide poder orar, poder descubrir tus dificultades o poder profundizar en lo que el Señor te ha dado para que no se pierda ni una gota del vino nuevo.
2. La lectura de Teófilo de Antioquia puede dar luz sobre las dificultades que tienen que ver con la vida, con todo aquello que te ciega para no poder ver al Señor. Trata de poner nombre a todo esto porque muchas veces se convierten en agujeros en las tinajas que impiden que se llenen de agua o que se pierda el vino. No sólo hay que echar agua o alegrarse por la sobreabundancia de vino: si la tinaja está rota nunca se llena.
3. Acrecienta tu deseo de unificar tu vida en el Señor, de querer ser todo para él, de quererte llenar de él y vaciarte de todo lo que te impide el gustar de su presencia. Acreciéntalo con la súplica humilde.
4. El siguiente día repasa todo lo que oraste, la luz que recibiste y continúa allí donde lo dejaste: puesto en la escena, escuchando las palabras, tomando conciencia de lo recibido. Ponte ante Jesús que es médico, ante el Señor que transforma el agua en vino para que te ayude a ver, pero sobre todo a verle a él.
5. María sigue a tu lado, pide su intercesión, agradece su protección y contempla su confianza en Jesús.

LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR I

Evangelio según san Mateo 17, 1–9

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta.

Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz.

Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él.

Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús:

–«Señor, ¡qué bien se está aquí! Si quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.»

Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía:

–«Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo.»

Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto.

Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo:

–«Levantaos, no temáis.»

Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo.

Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó:

–«No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.»

Dentro del itinerario que conduce a Jerusalén, Jesús toma consigo a Pedro, Santiago y Juan, los tres apóstoles que le acompañarán en el momento de la agonía en Getsemaní, como si quisiera significar con ello que los tres son testigos de un único acontecimiento que tiene que ver con su misterio en dos momentos diferentes: **la angustia y la gloria**, la humanidad que siente el peso de la cruz antes de cargar con ella y la misma humanidad glorificada antes ya de la resurrección. **No se puede separar la cruz y la gloria, más aún, están tan unidas que, solamente unidas, pueden manifestar la grandeza del amor de Dios que se revela en su hijo hecho carne.**

El relato tiene **tres parte** diferentes: La transfiguración en sí misma con la presencia de Moisés y Elías y corroborada con la revelación del Padre; las reacciones de los discípulos –una primera de sentirse a gusto y una segunda de temor reverencial– y la vuelta de nuevo al camino de Jerusalén.

Es necesario poder leer los tres relatos sinópticos para descubrir lo peculiar que aporta cada uno de ellos y poder entrar mejor en el misterio que contemplamos. Para ello nos vamos a detener cada uno de los días en los aspectos

señalados anteriormente. Hoy, concretamente, en el hecho mismo de la transfiguración y la presencia de las dos figuras emblemáticas del Antiguo Testamento: Moisés y Elías que representan la Ley y los Profetas, es decir el fundamento de la revelación de Dios en las Escrituras del pueblo de Israel; también la presencia del Padre que manifiesta nuevamente su voz.

Antes de esto, conviene **precisar algo sobre el camino a Jerusalén**: durante este itinerario, Jesús va anunciando su final en tres ocasiones a aquellos que lo acompañan; sus reacciones son de miedo, silencio y división hasta llegar a polemizar sobre quién es el más importante o pedir a aquel que anuncia su muerte, poder sentarse con él, uno a la derecha y otro a la izquierda para regir a Israel. Es curioso que el Señor escoja para manifestar su gloria y su destino a Pedro, incapaz de aceptar el escándalo de la cruz que le conducirá a la triple negación, y a Santiago y Juan, que querían ocupar los primeros lugares.

Afirma el primer evangelista, que en medio de la montaña Jesús **se transfiguró delante de sus discípulos**. Si atendemos al significado del verbo, μεταμορφώθη aparece en voz pasiva, literalmente, **fue transfigurado**, es decir, **es un pasivo divino en el cual el sujeto agente de la acción es Dios mismo**, cuyo nombre se omite por respeto a su ser. Μεταμορφόω es un verbo que aparece en cuatro pasajes: en la transfiguración relatada por Marcos y Mateo y otras dos ocasiones en San Pablo en Rom 12, 2 y 2 Cor 3, 18, siempre en voz pasiva. Manifiesta **un cambio en la forma** (μορφή). **No es un cambio en la esencia de Jesús, sino más bien que la misma –oculta en su humanidad– se hace visible por la acción del Padre** que, al igual que en el Bautismo, vuelve a hacer oír su voz para manifestar la identidad de Cristo como su Hijo amado y predilecto. De él habla y de él manifiesta su gloria a través de la luz y el resplandor de su rostro e incluso, de sus vestidos. **El Padre manifiesta el ser de su Hijo dando a conocer su gloria, la que le corresponde en virtud de su divinidad en medio de su carne que la hace presente y la oculta al mismo tiempo**; además, quiere corroborar todo esto con su voz. Esta misma imagen es la que resuena en Pablo en el texto de 2 Cor 3, 18 en el que habla de la imagen transfigurada que se va realizando en el cristiano al afirmar que *todos nosotros, con el rostro descubierto, reflejando como un espejo la gloria del Señor, vamos siendo transfigurados en su misma imagen, de gloria en gloria, como que es por la acción del Espíritu del Señor*. El cristiano va manifestando en su propio rostro la gloria de Cristo por la acción del Espíritu Santo, de cara a una transformación que se consumará el día que pueda contemplar a Dios cara a cara y no en un espejo.

Marcos lo describe de la misma forma que Mateo y Lucas. No utiliza el término pero sí describe la misma imagen con una diferencia, al igual que en el Bautismo: sitúa a Jesús en oración (*mientras oraba*). Mateo y Marcos relatan la presencia de Moisés y Elías conversando con Jesús, sin decir nada de lo que hablaban, pero **Lucas aporta un matiz bastante importante: hablaban de su muerte, que iba a consumir en Jerusalén**. La Ley y los Profetas están dando testimonio de la identidad de Jesús, y al mismo tiempo, están manifestando su destino: la gloria y la cruz permanecen unidas de una manera inseparable en el Hijo de Dios. **Moisés y Elías con su palabra autorizada hacen descubrir que todo el Antiguo Testamento está mirando hacia el momento culminante: la muerte de Jesús**:

1. Testifican que el Hijo de Dios, resplandeciente con la gloria del Padre, tiene que consumir su camino en Jerusalén mediante la muerte.
2. El Señor, revestido de gloria en su humanidad, habla de su destino escrito en la Ley y los Profetas.
3. El Padre confirma que el que está hablando con Moisés y Elías es su Hijo amado, su predilecto, ratificando la afirmación del Bautismo, pero, en el evangelio de Mateo, hace una invitación a los tres apóstoles: *escuchadlo*. De esta manera la revelación no se dirige sólo a Jesús sino a Pedro, Santiago y Juan y a todos aquellos que puedan leer el evangelio tal y como lo quiere presentar el cuarto evangelista.

SAN AGUSTÍN

El mismo Señor Jesús resplandeció como el sol; sus vestidos se volvieron blancos como la nieve y hablaban con él Moisés y Elías. El mismo Jesús resplandeció como el sol, para significar que él es la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. **Lo que es este sol para los ojos de la carne, es aquél para los del corazón; y lo que es éste para la carne, lo es aquél para el corazón. Sus vestidos, en cambio, son su Iglesia, Los vestidos, si no tienen dentro a quienes los llevan, caen.** Pablo fue como la última orla de estos vestidos. El mismo dice: *Yo, ciertamente, soy el más pequeño de los Apóstoles*, y en otro lugar: *Yo soy el último de los Apóstoles*. La orla es la parte última y más baja de un vestido. Por eso, como aquella mujer que padecía flujo de sangre y al tocar la orla del Señor quedó salvada, así la Iglesia procedente de los gentiles se salvó por la predicación de Pablo. **¿Qué tiene de extraño señalar a la Iglesia en los vestidos blancos**, oyendo al profeta Isaías que dice: *Y si vuestros pecados fueran como escarlata, los blanquearé como nieve?* **¿Qué valen Moisés y Elías, es decir, la ley y los profetas, si no hablan con el Señor?** Si no da testimonio del Señor, ¿quién leerá la ley? ¿Quién los profetas? Ved cuán brevemente dice el Apóstol: *Por la ley, pues, el conocimiento del pecado; pero ahora sin la ley se manifestó la justicia de Dios: he aquí el sol. Atestiguada por la ley y los profetas: he aquí su resplandor.*⁷⁷

PARA REZAR MEJOR

Hoy nos detenemos en nuestra contemplación, una vez más, en el Misterio de Cristo que se hace presente en su humanidad revela y a la vez oculta la divinidad del Hijo de Dios. En nuestro relato se hace partícipes a Pedro, Santiago y Juan de

⁷⁷ SAN AGUSTÍN, *Sermón 78, 2, sobre la Transfiguración*, OC X.

esta verdad y, al mismo tiempo, a todos aquellos que creerán a través de su palabra. Nos situamos ante la presencia de Cristo transfigurado ante nosotros, manifestando su gloria y su destino que se consumará en Jerusalén con la muerte, ratificado por Moisés y Elías. Para evitar tratar de evitar el escándalo que supone y la posible decepción ante su persona, el Padre manifiesta que la gloria de la cruz es la del Hijo amado.

1. Pide la presencia del Espíritu que te desvele el significado que se oculta este Misterio de la Transfiguración. Pide al Padre que te permita escuchar su voz y al Hijo que te manifieste su gloria de la misma manera que hizo con sus tres discípulos.
2. El Monte Tabor es bastante elevado para lo que se acostumbra a encontrar en Palestina. Sitúate en él, camina con Jesús y sus discípulos y contempla la gloria de Cristo. Mírale con sorpresa y adoración al descubrir su misterio más oculto, el que se percibe a través de la fe; quizá puedas descubrir más que lo que descubrieron Pedro, Santiago y Juan.
3. Mira y escucha a Jesús conversando con Moisés y Elías, hablan de su muerte, de la cruz, de todo lo que sobre él había en las escrituras. Date cuenta que, en medio del rostro y los vestidos resplandecientes, se encuentra un anuncio de dolor y muerte. Acércate, pregunta el sentido, deja que se te explique de la misma manera que el Señor lo hizo con los discípulos de Emaús.
4. Escucha la voz del Padre que te invita a escuchar a su Hijo que habla de su muerte, que acepta el destino que este le marca. Habla de tus dificultades para aceptar la cruz cuando aparece el dolor y deja que el Padre y el Hijo te revelen que ese es el camino de la gloria, que es el camino de tu vida.
5. Escucha la oración de la Iglesia en el día que se lee este evangelio porque sus palabras te ayudarán a profundizar en este misterio: "quien, después de anunciar su muerte a los discípulos, les mostró en el monte santo el esplendor de su gloria, para testimoniar, de acuerdo con la ley y los profetas, que la pasión es el camino de la resurrección" (Prefacio de la Transfiguración del Señor).

LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR II

Mateo 17, 4-9

—«**Señor, ¡qué bien se está aquí! Si quieres, haré tres tiendas:** una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.»

Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y **una voz desde la nube** decía:

—«Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo.»

Al oírlo, los discípulos **cayeron de bruces, llenos de espanto.**

Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo:

—«**Levantaos, no temáis.**»

Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo.

Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó:

—«**No contéis** a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.»

Marcos 9, 5-9

—«**Maestro, ¡qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres tiendas,** una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.»

Estaban asustados, y no sabía lo que decía. Se formó una nube que los cubrió, y **salió una voz de la nube:**

—«Éste es mi Hijo amado; escuchadlo.»

De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos.

Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó:

—«**No contéis** a nadie lo que habéis visto, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.»

Esto se les quedó grabado, y discutían qué querría decir aquello de «resucitar de entre los muertos».

Lucas 9, 32-37

Pedro y sus compañeros **se caían de sueño; y espabilándose vieron su gloria** y a los dos hombres que estaban con él. Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús:

—«**Maestro, qué hermoso es estar aquí. Haremos tres chozas:** una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. **No sabía lo que decía.**

Todavía estaba hablando cuando llegó **una nube que los cubrió. Se asustaron al entrar en la nube.**

Una voz desde la nube decía:

—«Este es mi Hijo, el escogido, escuchadle.

Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. **Ellos guardaron silencio** y, por el momento, **no contaron** a nadie nada de lo que habían visto.

Para este día vamos a situarnos contemplativamente en la escena del Tabor desde las reacciones de los discípulos, especialmente desde lo que transmiten las palabras de Pedro. La primera impresión que recibimos al leer el evangelio es que **no acaban de comprender del todo el sentido de lo que está sucediendo**, no perciben la totalidad que se manifiesta, sin embargo, sí hay un testimonio de lo que significa estar en la presencia de Dios. Para ello, contamos con los tres relatos sinópticos que podemos ir leyendo a la vez para sumergirnos en la escena de una forma más completa, atento a las coincidencias y a los matices.

En los tres evangelios la afirmación de Pedro es la misma: *¡Qué bien se está aquí!* Aunque no todo se comprende ni se alcanza el significado verdadero de lo que está sucediendo, la contemplación de la divinidad, al **encontrarse en la presencia de Dios, se percibe como algo bueno y hermoso**. Se puede afirmar que contemplar la gloria de Cristo, oculta en la humanidad, pero presente en este momento de la transfiguración, hace descubrir a los apóstoles lo bueno que es encontrarse ante Dios; de ello surge **un deseo de permanencia**, es decir, que pueda durar para siempre. De alguna manera, la contemplación de Dios hace al hombre entrar en el deseo de la eternidad, de que no termine aquello que se está viviendo. Nos recuerda las palabras de algún salmo 72: “no te tengo a ti en el cielo, y contigo ¿Qué me importa la tierra?... para mí lo bueno es estar junto a Dios y hacer del Señor mi refugio”. Toda experiencia de Dios contiene este elemento, poder **descubrir la grandeza, la hermosura y la bondad de aquel que se hace presente a través de la contemplación**. Por ello, aprender a contemplar en la oración es tan importante, porque sólo de esta manera tenemos acceso a Dios y podemos encontrar la paz que produce su bondad.

Pero esta experiencia tiene un elemento más: **el sobrecogimiento** que expresan los evangelios: *cayeron de bruces, estaban asustados, se asustaron*. Lo bueno que allí se manifiesta y el deseo de que dure para siempre no está exento del temor que produce aquello que va más allá de lo que la persona entiende y controla al ser expresión de la mayor belleza y bondad que el hombre conoce. **Ante la inmensidad la persona se siente pequeña**.

Esto no conduce a un gran discurso del que contempla, ni siquiera a grandes ideas o explicaciones; no todo se entiende porque se ha hecho presente el Misterio de Dios que va más allá de la lógica humana –tan estrecha en muchas ocasiones– y lo ha hecho como misterio. Al hombre no le queda más remedio que **guardar silencio**, tal y como afirma Lucas al final del relato, porque, ante este misterio que se manifiesta en Cristo como gloria y sufrimiento no hay muchas palabras, tan sólo guardar silencio.

Pero nos queda un elemento que encontramos explícitamente en Marcos: *esto se les quedó grabado*, porque toda experiencia de contemplación de Dios **queda para siempre en el interior, permanece guardado**. Aunque no todo se entienda y discutan sobre su significado, hay algo que permanece para siempre. Literalmente el texto afirma, καὶ τὸν λόγον ἐκράτησαν πρὸς ἑαυτοὺς (y las palabras las guardaron para ellos). Κρατέω significa aferrarse a algo o asirlo con fuerza, también mantener una cosa o un pensamiento, sentimiento o tradición. No hablarán de esto, tal y como Jesús les indica, hasta después de la resurrección, cuando la identidad mesiánica de Cristo no sea confundida y haya quedado patente. Hasta entonces lo mantuvieron únicamente para ellos. Al poder leer en la

repetición el relato que hace Pedro de esta experiencia en una de sus cartas, nos daremos cuenta hasta dónde esto queda grabado y permaneció en él. Es precisamente el paso del tiempo lo que ayuda a comprender aquello que en su momento se manifestó y que afectó a la vida.

SAN AGUSTÍN

“Ve esto Pedro y, juzgando de lo humano a lo humano, dice: *Señor, es bueno estarnos aquí*. Sufría el tedio de la turba, había encontrado la soledad de la montaña. **Allí tenía a Cristo, pan del alma. ¿Para qué salir de allí hacia las fatigas y los dolores, teniendo los santos amores de Dios y, por tanto, las buenas costumbres?** Quería que le fuera bien, por lo que añadió: *Sí quieres, hagamos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías*. Nada respondió a esto el Señor, pero Pedro recibió, sí, una respuesta. Pues mientras decía esto, vino una nube refulgente y los cubrió. El buscaba tres tiendas. La respuesta del cielo manifestó que para nosotros es una sola cosa lo que el sentido humano quería dividir. Cristo es el Verbo de Dios, Verbo de Dios en la ley, Verbo de Dios en los profetas. ¿Por qué quieres dividir, Pedro? Más te conviene unir. Busca tres, pero comprende también la unidad.

Al cubrirlos a todos la nube y hacer en cierto modo una sola tienda, sonó desde ella una voz que decía: *Este es mi Hijo amado*. Allí estaba Moisés, allí Elías. No se dijo: «Estos son mis hijos amados». Una cosa es, en efecto, el Único, y otra los adoptados. Se recomendaba a aquél de donde procedía la gloria a la ley y los profetas. *Este es, dice, mi hijo amado, en quien me he complacido; escuchadle*, puesto que en los profetas a él escuchasteis y lo mismo en la ley. Y ¿dónde no le oísteis a él? Oído esto, cayeron a tierra. Ya se nos manifiesta en la Iglesia el reino de Dios. En ella está el Señor, la ley y los profetas; pero el Señor como Señor; la ley en Moisés, la profecía en Elías, en condición de servidores, de ministros. **Ellos, como vasos; él, como fuente. Moisés y los profetas hablaban y escribían, pero cuanto fluía de ellos, de él lo tomaban.**

El Señor extendió su mano y levantó a los caídos. A continuación *no vieron a nadie más que a Jesús solo*. ¿Qué significa esto? Oísteis, cuando se leía al Apóstol, que *ahora vemos en un espejo, en misterio, pero entonces veremos cara a cara*. Hasta las lenguas desaparecerán cuando venga lo que ahora esperamos y creemos. En el caer a tierra simbolizaron la mortalidad, puesto que se dijo a la carne: *Eres tierra y a la tierra irás*. Y cuando el Señor los levantó, indicaba la resurrección. Después de ésta, ¿para qué la ley, para qué la profecía? Por esto no aparecen ya ni Elías ni Moisés. Te queda el que *en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios*. **Te queda el que Dios es todo en todo**. Allí estará Moisés, pero no ya la ley. Veremos allí a Elías, pero no ya al profeta. La ley y los profetas dieron testimonio de Cristo, de que convenía que padeciese, resucitase al tercer día de entre los muertos y entrase en su gloria. Allí se realiza lo que Dios prometió a los que lo aman: *El que me ama será amado por mi Padre y yo también lo amaré*. Y como si le preguntase: «Dado que le amas, ¿qué le vas a dar?» *Y me mostraré a él*. **¡Gran don y gran promesa! El premio que Dios te reserva no es algo suyo, sino él mismo. ¿Por qué no te basta, ¡oh avaro! , lo**

que Cristo prometió? Te crees rico; pero si no tienes a Dios, ¿qué tienes? Otro puede ser pobre, pero si tiene a Dios, ¿qué no tiene?”⁷⁸

PARA REZAR MEJOR

El aspecto en el que hoy nos detenemos en la oración es todo un resumen de lo que significa la contemplación porque en él encontramos todos los elementos. No se puede contemplar si no se está, pero tampoco, si el Misterio de Dios no se manifiesta. Lo que los ojos ven y los oídos oyen remiten a lo que aparentemente no es visible y cuando esto es percibido algo cambia en el interior. Pedro no entiende pero sabe que algo importante ha estado ante ellos aunque no lo puedan expresar sino confusamente. Hoy nos situamos ante Cristo, de la misma manera que los apóstoles en el Tabor: queremos contemplar su gloria, descubrir el sentido de la cruz, pero sabemos que no podemos encontrarlo si no se nos revela.

1. Pide al Señor el don de la contemplación, de poder descubrir la verdad de Cristo, de poder experimentar que no hay nada mejor que estar ante Dios.
2. Lee con detenimiento los relatos de los evangelistas para poder hacer tuya la experiencia de Pedro, Santiago y Juan para poder descubrir todo lo que encierran sus palabras y sus gestos.
3. Escucha las palabras de Pedro y te darás cuenta que, de la misma manera que él, puedes descubrir lo bien que se está junto al Señor, el deseo de poder permanecer con él. Quizá, igual que él, no todo lo entiendas, incluso el ver a Cristo y descubrir su camino hacia la cruz te pueda producir temor. Ellos se caían de sueño pero pudieron contemplar su gloria, lo importante es que el Señor los llevó para estar con él. Así es la oración: el Señor nos lleva y nos muestra su gloria aunque nuestras limitaciones humanas parezca que lo impiden.
4. Las palabras que te surgen en la oración puede parecer que no tienen sentido, que no agotan lo que estás viviendo o descubriendo, incluso puede parecer que es imposible explicarlo o que no sabes lo que dices. No tengas prisa porque con el tiempo lo entenderás todo mejor, igual que los apóstoles. Ahora, trata de decir al Señor lo que quieres, lo que te asusta, lo que no eres capaz de comprender pero, no lo olvides, mírale a él que te manifiesta su misterio. Entra en la nube y escucha la voz del Padre.

⁷⁸ SAN AGUSTÍN, *Sermón 78, 3-5, sobre la Transfiguración*, OC X.

LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR III

Como decíamos el primer día, la transfiguración sucede en medio de los anuncios de la pasión subiendo a Jerusalén; después de este momento el camino continúa, tanto para Jesús como para los apóstoles. No se trataba de un final de ruta sino una manifestación que pretendía **poner de manifiesto la identidad de Cristo y su destino**; podríamos decir que es otro anuncio más de su muerte, en este caso, únicamente para Pedro, Santiago y Juan que volverán a estar de nuevo con él, a solas, en la agonía en Getsemaní.

Mateo y Marcos sitúan un diálogo entre Jesús y estos apóstoles sobre la relación de Elías con el Mesías, según la creencia de que este volvería antes que él llegara. La respuesta de Jesús les hace comprender que se trataba de Juan el Bautista que ya había sido decapitado: “Elías, sí, vendrá y lo restaurará todo; pero os digo que Elías vino y no lo reconocieron, sino que hicieron con él cuanto quisieron. Así también el Hijo del Hombre va a sufrir de parte de ellos. Entonces comprendieron los discípulos que les había hablado de Juan el Bautista” (Mt 17, 11-13).

Así vamos descubriendo el sentido pleno del Misterio de la Transfiguración como **una revelación del camino de la salvación que no se llevará a cabo a través de la predicación y los milagros sino por el oscuro camino del sufrimiento y la muerte de cruz**. Nos encontramos, por tanto, con un verdadero anuncio de la pasión en medio de la manifestación de la gloria del Hijo Amado del Padre a quien tienen que aprender a escuchar. **¿Somos capaces de intuir la conmoción** que produjo esta visión y estas palabras en los apóstoles? ¿Es fácil comprender que la gloria de Dios, el resplandor y la **belleza infinita de la divinidad tienen que asumir en la humanidad de Cristo un camino de sufrimiento?** ¿Podemos entrar en los **sentimientos humanos de Cristo** que debe asumir este camino rechazando toda tentación de poder y gloria como le proponía Satanás en las tentaciones?

Este es el Misterio que contemplamos, la humanidad de Dios en Cristo –en la cual brilla la gloria del Unigénito del Padre desde la eternidad– tiene que **asumir el camino de la cruz como único camino posible de salvación**. Por todo ello, después de la experiencia que le hace afirmar a Pedro *que bien se está aquí*, de repente, cuando vuelven a mirar **descubren solo a Jesús**. Moisés y Elías han desaparecido y el resplandor que le envolvía se ha apagado. Jesús vuelve a ser el mismo que antes, la divinidad no se hace presente de la misma manera y **hay que seguir el camino hacia Jerusalén**. Sólo cuando nos encontremos en el huerto de Getsemaní podremos comprender el alcance de lo que se nos está ahora manifestando: **la gloria de Dios señala la cruz ocultándose**. Esto es lo que tenemos que mirar y escuchar para seguir haciendo con Jesús y los doce el camino hacia Jerusalén. Como ayuda para poder realizar esta tarea podemos leer a continuación lo que produce en sus discípulos el segundo anuncio de la pasión que Mateo sitúa después de la transfiguración: “Mientras andaban ellos juntos por Galilea, les dijo Jesús: el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán; pero al tercer día resucitará. Y se entristecieron mucho”(Mt 17, 22-23).

La Transfiguración conduce a un camino de descenso del Tabor tanto para Jesús como para los testigos de su gloria, un descenso que conduce a seguir la marcha hacia Jerusalén. Nosotros **contemplamos para ver y oír, pero también para poder**

seguir haciendo nuestro camino de una forma más real y consciente, para tomar la determinación de seguir a Cristo por donde él tiene que ir, **de asumir su destino como el nuestro**. Por todo ello, en este itinerario, el *sígueme* del comienzo se transforma en *si alguno quiere* (Mc 8, 34), como una invitación a coger la cruz con él y seguirlo.

SAN AGUSTÍN

“Desciende, Pedro. Querías descansar en la montaña, pero descende, predica la palabra, insta oportuna e importunamente, arguye, exhorta, increpa con toda longanimidad y doctrina. **Trabaja, suda, sufre algunos tormentos para poseer en la caridad, por el candor y la belleza de las buenas obras, lo simbolizado en las blancas vestiduras del Señor.** Cuando se lee al Apóstol, oímos en elogio de la caridad: *No busca lo propio. No busca lo propio*, porque entrega lo que tiene. Y en otro lugar dijo algo que, si no lo entiendes bien, puede ser peligroso; siempre con referencia a la caridad, el Apóstol ordena a los fieles miembros de Cristo: *Nadie busque lo suyo, sino lo ajeno*. Oído esto, la avaricia, como buscando lo ajeno a modo de negocio, maquina fraudes para embaucar a alguien y conseguir, no lo propio, sino lo ajeno. **Reprímase la avaricia y salga adelante la justicia; escuchemos y comprendamos.** Se dijo a la caridad: *Nadie busque lo propio, sino lo ajeno*. Pero a ti, avaro, que ofreces resistencia y te amparas en este precepto para desear lo ajeno, hay que decirte: «Pierde lo tuyo». En la medida en que te conozco, quieres poseer lo tuyo y lo ajeno. Cometes fraudes para obtener lo ajeno; sufre un robo que te haga perder lo tuyo tú que no quieres buscar lo tuyo, sino que quitas lo ajeno. Si haces esto, no obras bien. Oye, ¡oh avaro! ; escucha. En otro lugar te expone el Apóstol con más claridad estas palabras: *Nadie busque lo suyo, sino lo ajeno*. Dice de sí mismo: *Pues no busco mi utilidad, sino la de muchos, para que se salven*. Pedro aún no entendía esto cuando deseaba vivir con Cristo en el monte. Esto, ¡oh Pedro!, te lo reservaba para después de su muerte. Ahora, no obstante, dice: **«Desciende a trabajar a la tierra, a servir en la tierra, a ser despreciado, a ser crucificado en la tierra. Descendió la vida para encontrar la muerte; bajó el pan para sentir hambre; bajó el camino para cansarse en el camino; descendió el manantial para tener sed, y ¿rehúsas trabajar tú? No busques tus cosas. Ten caridad, predica la verdad; entonces llegarás a la eternidad, donde encontrarás seguridad».**”⁷⁹

⁷⁹ SAN AGUSTÍN, *Sermón 78 6, La Transfiguración*, OC X.

PARA REZAR MEJOR

Con la contemplación de hoy podemos tener una visión más completa del significado de la transfiguración al ponerse ante nosotros el sentido completo de este relato. Hay que bajar del monte para ponerse en camino. No se trataba de quedarse allí sino de poder recorrer el itinerario en que se cumplirá lo que Jesús hablaba con Elías y Moisés. Sólo después de su muerte, se podrá contemplar la gloria del Resucitado y adquirirán sentido las palabras que en ese momento no podían comprender. Somos invitados a entrar en los sentimientos de Cristo y los de los apóstoles para poder conocer más internamente al Señor, poder descubrir nuestros propios temores, todo lo que no terminamos de comprender y nuestro miedo a preguntar a Jesús, para que nuestra verdad se pueda enfrentar con la verdad del Hijo de Dios en la contemplación y seguir oyendo la voz del Padre que nos invita a escucharle.

1. Ponte en la presencia del Señor tomándote tu tiempo. El día está comenzando y necesitas hacerlo de la mano de Cristo que te quiere manifestar sus sentimientos y hacer suyos los tuyos. Pide que puedas conocerle más, que te ayude a descubrir tus miedos de querer seguir a Cristo hasta el final y que puedas escuchar lo que él te dice.
2. Recuerda el relato y trata de reconstruir el momento en que los discípulos vuelven la mirada y descubren a Jesús solo, como si todo lo que hubiera pasado hubiera sido un sueño y quédate junto a él tratando de mirar y recordar todo lo que ha sucedido.
3. Él tiene que seguir caminando, asumiendo un destino que pasa por la cruz y los apóstoles con él están llenos de miedo. Trata de imaginar esa escena y sitúate en ella al lado de Jesús y trata de explicarle los miedos que se te despiertan porque siempre hay algo en el interior que no termina de aceptar la entrega hasta el extremo y la cruz.
4. Siguiendo la voz del Padre escucha al Hijo que tiene algo que decirte respondiendo a tus inquietudes. No le des muchas vueltas a tus ideas sino que deja que sea él quien te lleve, no quieras respuesta, simplemente trata de mirar.
5. Da gracias porque ese camino lo recorre Cristo por ti, para que tú puedas ser salvado; date cuenta que en su mirada está también tu vida y todas tus necesidades.

LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR IV: REPETICIÓN

Segunda carta del apóstol san Pedro 1, 16-19

Queridos hermanos:

Cuando os dimos a conocer el poder y la última venida de nuestro Señor Jesucristo, no nos fundábamos en fábulas fantásticas, sino que habíamos sido testigos oculares de su grandeza.

Él recibió de Dios Padre honra y gloria, cuando la Sublime Gloria le trajo aquella voz: «Éste es mi Hijo amado, mi predilecto.» Esta voz, traída del cielo, la oímos nosotros, estando con él en la montaña sagrada.

Esto nos confirma la palabra de los profetas, y hacéis muy bien en prestarle atención, como a una lámpara que brilla en un lugar oscuro, hasta que despunte el día, y el lucero nazca en vuestros corazones.

Han pasado unos cuantos años desde el momento de la transfiguración, Pedro ha vivido la muerte y la resurrección de Cristo, ha sido confirmado en su misión como pastor de la Iglesia y ahora escribe en esta carta la verdad sobre la segunda venida de Cristo: está no se fundamenta en fábulas sino en lo que ellos vieron y oyeron porque fueron testigos oculares de su grandeza. Ahora, Pedro ha comprendido todo lo que vio, ahora reconoce lo que quería decir la voz del Padre y la palabra de los profetas. Él es testigo de lo que vio, y entiende que era una anticipación de lo que estaba por venir, incluyendo la última venida del Señor porque la gloria de este momento, que es la del Resucitado, ya estaba anticipada en el Monte Tabor, al ser anunciada su muerte como cumplimiento de la palabra de los profetas.

En la vida espiritual y la relación con el Señor escuchamos palabras, tenemos sentimientos, se nos descubren caminos que **no siempre comprendemos del todo en el momento; no hay que olvidarlos**, porque su verdadero significado se irá esclareciendo en la medida que la verdad de Cristo nos vaya siendo comunicada a través de otros acontecimientos. Ni hay que tener prisa, ni hay que desesperarse, sino **tener la fe suficiente que nos lleva a saber esperar en el Señor guardando en la memoria y en el corazón lo que ya se nos ha revelado**. Tuvieron que suceder más acontecimientos para que Pedro pudiera llegar a comprender del todo aquella visión y aquellas palabras; en ocasiones sólo quedaría un recuerdo oscuro y lejano. El paso del tiempo, la muerte y la resurrección de Cristo que hacen verdad lo que vieron y oyeron le hará descubrir que todo lo que un día se manifestó en el Tabor era cierto y que nada había sucedido por casualidad sino que todo estaba ya anunciado desde muy antiguo: la muerte no fue un fracaso sino el plan de Dios y la

resurrección no era algo imaginario o fantasmagórico sino que ya había sido predicho tiempo antes.

La oración de repetición es una invitación a volver a mira, a escuchar, a sorprendernos de nuevo en la escena que hemos contemplado para descubrir un poco más la hondura del misterio. ¿Cuántas veces se repetiría en Pedro el recuerdo del Tabor? ¿Cuántas veces se convertiría en una invitación para seguir en el camino por donde otros le llevaban? **Sin recuerdo no hay verdadero amor**, y poder reavivar en estos dos días lo que hemos orado nos ayudará a que permanezca en la memoria viva de la fe.

SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA

“Jesús subió a una montaña con sus tres discípulos preferidos. Allí se transfiguró en un resplandor tan extraordinario y divino, que su vestido parecía hecho de luz. Se les aparecieron también Moisés y Elías conversando con Jesús: hablaban de su muerte, que iba a consumar en Jerusalén, o sea, del misterio de aquella salvación que había de operarse mediante su cuerpo, de aquella pasión –repito– que habría de consumarse en la cruz. Pues la verdad es que la ley de Moisés y los vaticinios de los santos profetas preanunciaron el misterio de Cristo: las losas de la ley lo describían como en imagen y veladamente; los profetas, en cambio, lo predicaron en distintas ocasiones y de muchas maneras, diciendo que en el momento oportuno aparecería en forma humana y aceptaría morir en la cruz por la salvación y la vida de todos.

Y el hecho de que estuviesen allí presentes Moisés y Elías conversando con Jesús, quería indicar que **la ley y los profetas son como los dos aliados de nuestro Señor Jesucristo, presentado por ellos como Dios a través de las cosas que había preanunciado y que concordaban entre sí**. En efecto, no disuenan de la ley los vaticinios de los profetas: y, a mi modo de ver, de esto hablaban Moisés y Elías, el más grande de los profetas.

Habiéndose aparecido, **no se mantuvieron en silencio, sino que hablaban de la gloria que el mismo Jesús iba a consumir en Jerusalén**, a saber, de la pasión y de la cruz y, en ellas, vislumbraban también la resurrección. Pensando quizá el bienaventurado **Pedro** que había llegado el tiempo del reinado de Dios, **gustoso se quedaría a vivir en la montaña**; de hecho, y sin saber lo que decía, propone la construcción de tres chozas. Pero aún no había llegado el fin de los tiempos, ni en la presente vida entrarán los santos a participar de la esperanza a ellos prometida. Dice, en efecto, Pablo: *El transformará nuestra condición humilde, según el modelo de su condición gloriosa*, es decir, de la condición gloriosa de Cristo.

Ahora bien, estando estos planes todavía en sus comienzos, sin haber llegado aún a su culminación, sería una incongruencia que Cristo, que por amor había venido al mundo, abandonase el proyecto de padecer voluntariamente por él. Conservó, pues, aquella naturaleza infraceleste, con la que padeció la muerte según la carne y la borró por su resurrección de entre los muertos.

Por lo demás y al margen de este admirable y arcano espectáculo de la gloria de

Cristo, ocurrió además otro hecho útil y necesario para consolidar la fe en Cristo, no sólo de los discípulos, sino también de nosotros mismos. **Allí, en lo, alto, resonó efectivamente la voz del Padre** que decía: *Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo.*⁸⁰

PARA REZAR MEJOR

¿Qué tal te ha ido estos días contemplando la Transfiguración del Señor? Si ha sido provechoso te costará menos repetir la oración y seguir profundizando; si te ha resultado dificultoso tienes una oportunidad más para no perderte esta importante escena de la vida de Cristo que tan grabada quedó en el recuerdo de Pedro, tal y como hemos escuchado en el fragmento de su carta. Nos hemos detenido ante Cristo transfigurado, lo hemos escuchado hablar con Moisés y Elías de su muerte en Jerusalén, hemos podido oír la voz del Padre que nos señalaba a su Hijo amado y nos invitaba a escucharle, hemos visto las reacciones de Pedro, Santiago y Juan y hemos podido tomar de nuevo el camino a Jerusalén, no sin un cierto temor. Podéis escoger dos de estos momentos para la oración de repetición de estos dos días.

1. Recuerda lo que has orado y comienza cada día pidiendo aquello que más deseas poder revivir en esta oración; lo que de verdad necesitas contemplar y escuchar; lo que tu débil voluntad necesita ser fortalecida; en definitiva todo lo que tiene que ver con poder escuchar a Cristo y contemplar su gloria en el anuncio de su pasión y su victoria.
2. Lee el texto de la carta de Pedro que te ayudará a remitirte al evangelio de estos días y también el fragmento del sermón de San Cirilo de Alejandría que te permitirá añadir más perspectivas a lo que ya profundizaste los días de atrás. Como siempre, no tengas prisa y detente en aquello que más te ayude.
3. Vuelve cada día al momento de toda la escena de la transfiguración que has elegido: párate a mirar, tratar de escuchar, y recuerda lo que oraste para poder gustar de ello una vez más.
4. Continúa tu diálogo con el Señor que te habla de su muerte; habla también con Pedro, con Santiago y Juan y pídeles que intercedan por ti y que te ayuden a comprender el misterio que se encierra para que puedas ser fiel al Señor hasta la muerte.
5. Habla con el Padre y déjale que él te hable de su Hijo, de su plan de salvación, y escúchale decirte que tú también eres hijo amado en Cristo para que te revele tu identidad.

⁸⁰ SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Sermón 9 en la Transfiguración del Señor*, Homilía Ciclo B del domingo II de Cuaresma, Leccionario bienal bíblico-patristico de la Liturgia de las Horas.

LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES Y LOS PECES I

Evangelio según San Mateo 14, 13-21

En aquel tiempo, al enterarse Jesús de la muerte de Juan el Bautista, se marchó de allí en barca a un sitio tranquilo y apartado. Al saberlo la gente, lo siguió por tierra desde los pueblos.

Al desembarcar vio Jesús el gentío, le dio lástima y curó a los enfermos. Como se hizo tarde, se acercaron los discípulos a decirle:

—Estamos en despoblado y es muy tarde, despide a la multitud para que vayan a las aldeas y se compren de comer.

Jesús les replicó:

—No hace falta que vayan, dadles vosotros de comer.

Ellos le replicaron:

—Si aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces.

Les dijo:

—Traédmelos.

Mandó a la gente que se recostara en la hierba y, tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos; los discípulos se los dieron a la gente. Comieron todos hasta quedar satisfechos y recogieron doce cestos llenos de sobras. Comieron unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños.

La escena se sitúa tras la muerte de Juan, el Bautista. Como en otras ocasiones, Jesús busca un lugar apartado y tranquilo para poder orar o estar con sus apóstoles, aunque en este caso no se indique explícitamente. Su deseo contrasta con el de la gente, que, en cuanto se enteran, van detrás de él. Así, **nos encontramos con dos situaciones interiores contrapuestas**: la del Señor después de conocer la suerte del Bautista y la de la gente que le busca. Él tiene necesidad de soledad y de tranquilidad después de la muerte trágica de Juan y la gente necesidad de su palabra y de sus milagros.

Otro dato que ayuda a situar la escena es el Lago de Galilea: Jesús va recorriendo los distintos pueblos y aldeas predicando el evangelio y curando a los enfermos y la barca es el medio más rápido para poder desplazarse de un lugar a otro, pero también, para poder alejarse de la gente. Probablemente la mayoría se trasladaría andando de un lugar a otro siguiendo a Jesús, por lo cual, los desplazamientos eran más largos y se encontraban más alejados de sus casas. Así los indica el mismo Mateo al afirmar que la gente lo siguió por tierra desde los pueblos.

Para acercarse al evangelio con deseo de poder orar y contemplar es necesario colocarse en la situación física, anímica y espiritual, tanto de Cristo, de los apóstoles o las distintas personas que buscan a Jesús y se acercan a él, porque en

ellas nos podemos reconocer a nosotros mismos y al mismo Señor en la situación en la que se encuentran. En este primer día en el que nos acercamos a contemplar este misterio de la vida de Cristo nos vamos a fijar en estas distintas situaciones que el evangelio describe y que nos pueden ayudar a empezar a orar poniéndonos nosotros mismos, con nuestra situación, delante de Jesús para poder descubrir mejor su persona, su identidad, su corazón y su misión, pero también, para poder percibir, no sólo la necesidad que tenemos de él, sino a lo que él nos está llamando.

Vamos a fijarnos en las distintas escenas que componen este pasaje evangélico para tener una mirada sobre lo que nos describen y la manifestación que hace Jesús sobre su propia identidad en el signo que realiza:

1. La muerte de Juan Bautista se convierte en un anuncio de lo que al mismo Jesús vendrá a sucederle. El destino de Juan y de Jesús están asociados desde el comienzo del evangelio, por ello, podemos percibir **la conmoción humana que sufrió el Señor** al recibir la noticia de la muerte en la cárcel del precursor. De hecho, Jesús decide retirarse a un lugar solitario, lo cual expresa su deseo de tener una mayor intimidad con su Padre para buscar su voluntad.
2. Aparece una multitud que busca a Jesús; vienen de muchos pueblos de alrededor porque conocían ya su palabra y los signos de curación que realizaba con los enfermos. El evangelio habla de ὄχλοι –multitudes– y de “mucha multitud” –πολὺν ὄχλον–, un poco más adelante; se trata de una gran cantidad de personas que se expresa de una manera redundante, en plural, de manera que son más que una gran multitud, son muchos grupos de personas que provienen de las distintas poblaciones y que buscan al Señor como si fueran riadas de gente que van confluyendo en torno al lugar donde él se encuentra.
3. Jesús, al llegar y desembarcar puede contemplar a toda la gente que le está esperando; como en otras ocasiones, le sacan de la soledad y el descanso que buscaba; **lo que podía parecer una incomodidad se convierte en ocasión para manifestar la compasión del corazón de Cristo**. Jesús se compadeció de ellos, literalmente el término griego ἐσπλαγχνίσθη habla de **una acción que se realiza con las entrañas**, va más allá de una mirada de lástima sobre aquellos que están en torno a él. Podríamos decir que, a Jesús, **se le conmueven las entrañas, igual que al padre del hijo pródigo cuando ve aparecer a su hijo perdido**. No tiene que esforzarse para atenderlos, es algo que brota espontáneamente de su interior al ver la necesidad de todos los que le buscan y del camino que han tenido que recorrer para encontrarle. El esfuerzo de ellos y su deseo de encontrarle hacen que se ponga en su lugar y que les atienda porque actúa conforme a su corazón. Podríamos decir que el esfuerzo, el deseo y la necesidad de los demás van a hacer que se ponga en funcionamiento las entrañas del Señor. Así, se pone de manifiesto que aquello que sucede es fruto de la compasión de Jesús y no el de una estrategia o una demostración de poder.
4. El siguiente cuadro que nos pinta este texto es la actitud de **los discípulos** que, hasta este momento, parece que no estaban presentes. Su entrada en escena es para poner de manifiesto que **su corazón no está sincronizado con el de Jesús**; ellos miran a los demás de otra forma y sienten también de

una manera diferente. Ante la multitud de gente que se acerca, lo primero que se les ocurre es despedirlos porque son muchos y no hay comida suficiente para ellos. Cae la tarde y, para ellos, la única solución es que vuelvan a las aldeas para poder comprar algo de comer.

5. La respuesta de Cristo parece sorprender a sus discípulos porque hace una afirmación que contradice la intención que ellos tenían: no hace falta que vayan a comprar comida. Al mismo tiempo, les realiza un encargo con el que no contaban, al pedirles que sean ellos los que les tienen que dar de comer. Ellos miran de una forma diferente la realidad; parece que después de haber curado a los enfermos todo ha terminado y el Señor les abre la puerta a algo más que no son capaces de comprender, porque lo primero que hacen es tener en cuenta las posibilidades humanas, es decir, la comida con la que cuentan: cinco panes y dos peces.
6. **La pobreza de medios se convierte en algo que Jesús no desprecia**, cuenta con ello al pedirles que se los traigan. Es como si quisiera indicar que quiere realizar el milagro contando primero con la realidad de lo que hay, en este caso una comida bastante escasa para una multitud tan grande.
7. La última escena manifiesta de nuevo las entrañas compasivas de Cristo. Hace la función del padre de familia que bendice los alimentos y parte el pan para darlo a los que están sentados a la mesa. Hay un gesto previo que llama la atención, Jesús levanta los ojos al cielo, expresando así la comunión con el su Padre y contando con él. Él no dará la comida directamente a la gente sino que se entregará a los apóstoles para que sean ellos los que les den de comer, tal y como les había pedido previamente.
8. La conclusión, igual que sucedía en las bodas de Caná apunta a la plenitud que manifiesta la acción de Cristo: comieron hasta saciarse y con las sobras se llenaron doce cestos, un número que tiene un especial significado de universalidad y plenitud.

BENEDICTO XVI

El Evangelio de este domingo describe el milagro de la multiplicación de los panes, que Jesús realiza para una multitud de personas que lo seguían para escucharlo y ser curados de diversas enfermedades (cf. *Mt 14, 14*). Al atardecer, los discípulos sugieren a Jesús que despida a la multitud, para que puedan ir a comer. Pero el Señor tiene en mente otra cosa: «Dadles vosotros de comer» (*Mt 14, 16*). Ellos, sin embargo, no tienen «más que cinco panes y dos peces». Jesús entonces realiza un gesto que hace pensar en el sacramento de la Eucaristía: «Alzando la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos, y los discípulos se los dieron a la gente» (*Mt 14, 19*). **El milagro consiste en compartir fraternamente unos pocos panes que, confiados al poder de Dios, no sólo bastan para todos, sino que incluso sobran, hasta llenar doce canastos.** El

Señor invita a los discípulos a que sean ellos quienes distribuyan el pan a la multitud; de este modo los instruye y los prepara para la futura misión apostólica: en efecto, deberán llevar a todos el alimento de la Palabra de vida y del Sacramento.

En este signo prodigioso se entrelazan la encarnación de Dios y la obra de la redención. Jesús, de hecho, **«baja» de la barca para encontrar a los hombres.** San Máximo el Confesor afirma que el Verbo de Dios «se dignó, por amor nuestro, hacerse presente en la carne, derivada de nosotros y conforme a nosotros, menos en el pecado, y exponernos la enseñanza con palabras y ejemplos convenientes a nosotros» (*Ambiguum* 33: PG 91, 1285 C). El Señor nos da aquí un ejemplo elocuente de su compasión hacia la gente. Esto nos lleva a pensar en tantos hermanos y hermanas que en estos días, en el Cuerno de África, sufren las dramáticas consecuencias de la carestía, agravadas por la guerra y por la falta de instituciones sólidas. **Cristo está atento a la necesidad material, pero quiere dar algo más, porque el hombre siempre «tiene hambre de algo más, necesita algo más»** (*Jesús de Nazaret*, Madrid 2007, p. 315). En el pan de Cristo está presente el amor de Dios; en el encuentro con él «nos alimentamos, por así decirlo, del Dios vivo, comemos realmente el “pan del cielo”» (*ib.*, p. 316). Queridos amigos, «en la Eucaristía Jesús nos hace testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana. Nace así, en torno al Misterio eucarístico, el servicio de la caridad para con el prójimo» (*Sacramentum caritatis*, 88). Nos lo testimonia también san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, de quien hoy la Iglesia hace memoria. En efecto, Ignacio eligió vivir «buscando a Dios en todas las cosas, y amándolo en todas las criaturas» (cf. *Constituciones de la Compañía de Jesús*, III, 1, 26). Confiemos a la Virgen María nuestra oración, para que abra nuestro corazón a la compasión hacia el prójimo y al compartir fraterno.⁸¹

PARA REZAR MEJOR

Aunque nos encontramos con un pasaje no muy largo, el contenido que encontramos para la oración y la contemplación es bastante amplio. Hoy podemos tener una mirada más de conjunto y los próximos días fijarnos más en algunos de los detalles que transmite el texto. Se trataría de poder realizar un recorrido completo durante toda esa jornada acompañando a Jesús, los discípulos y las multitudes que llegaban de todas las aldeas.

1. Ponte en la presencia del Señor y pídele la luz de poder estar abierto a su palabra, de poder salir de ti mismo, de tus distracciones, preocupaciones, etc, para que puedas encontrar al Señor como lo primero y más importante;

⁸¹ BENEDICTO XVI, *Angelus* 31 de julio de 2011, Palacio apostólico de Castelgandolfo.

suplícale que te ayude con la luz de su espíritu a poder penetrar el misterio de su persona y de su corazón compasivo para con la gente.

2. Pon la primera mirada en Jesús: trata de ponerte en su lugar con la muerte de Juan Bautista, su deseo de poder estar en soledad y silencio, la necesidad de hablar con el Padre. Te puede ayudar el hecho de traer a tu memoria momentos en los que has querido buscar momentos de soledad y oración cuando hay alguna circunstancia difícil a la que quieres encontrar un sentido.
3. Trata de imaginar el lago, la gente, los pequeños pueblos que hay alrededor y a las personas que ven a Jesús que sube en la barca y lo siguen con la mirada tratando de descubrir el lugar donde irá a desembarcar y como van caminando hacia allí: hay enfermos, personas que quieren escucharle, que llevan a sus seres más queridos.
4. Mira al Señor, su corazón compasivo que le hace dejarse encontrar, salir a su encuentro y curarlos.
5. ¿Te podrías situar entre la gente buscando a Jesús, con tus propias dolencias y necesidades y dejar que el Señor se acerque a ti y te muestre su compasión? Trata de hablar con él, de mirarle, de escucharle, dile lo que a ti te sucede.
6. Si tienes tiempo o te cuesta más lo anterior puedes ponerte con los discípulos, su diálogo con el Señor, su perplejidad ante lo que Jesús les pide ¿No hay veces que te parece que no se puede hacer nada, que es mejor que cada uno se ocupe de lo suyo? ¿Cuántas veces te ves impotente ante las necesidades de los otros?
7. Observa de nuevo al Señor, su preocupación por la gente, su manera de elevar los ojos al cielo tratando de orar al Padre ¿Qué pasaría por su corazón? Ahí surge el milagro, la sorpresa de los discípulos, la sobreabundancia, la admiración de la gente. Mira a Cristo, escúchale y trata de hablar con él desde lo que te sale del corazón al comprobar su manera de actuar y como sigue contando contigo, igual que hizo con los apóstoles.

LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES Y LOS PECES II

Evangelio según San Marcos 8, 1-10

Uno de aquellos días, como había mucha gente y no tenían qué comer, Jesús llamó a sus discípulos y les dijo:

–Me da lástima de esta gente; llevan ya tres días conmigo y no tienen qué comer, y si los despido a sus casas en ayunas, se van a desmayar por el camino. Además, algunos han venido desde lejos.

Le replicaron sus discípulos:

–¿Y de dónde se puede sacar pan, aquí, en despoblado, para que se queden satisfechos? Él les preguntó:

–¿Cuántos panes tenéis?

Ellos contestaron:

–Siete.

Mandó que la gente se sentara en el suelo: tomó los siete panes, pronunció la Acción de Gracias, los partió y los fue dando a sus discípulos para que los sirvieran. Ellos los sirvieron a la gente.

Tenían también unos cuantos peces: Jesús los bendijo, y mandó que los sirvieran también.

La gente comió hasta quedar satisfecha, y de los trozos que sobraron llenaron siete canastas; eran unos cuatro mil.

Jesús los despidió, luego se embarcó con sus discípulos y se fue a la región de Dalmanuta.

Nos encontramos con un segundo relato de la multiplicación de los panes y los peces. Lo descubrimos también en Mateo; pero vamos a fijarnos para esta ocasión en la descripción que hace Marcos del mismo. Es prácticamente igual al que podíamos contemplar ayer, pero permite que nos fijemos en algunos matices que permiten volver a continuar con nuestra contemplación.

Después de la primera multiplicación, Jesús continuará realizando signos y curaciones recorriendo los pueblos en torno al lago. Los evangelios nos han descrito previamente el hecho de Señor caminando sobre las aguas, de lo cual nos ocuparemos más tarde. De nuevo se encuentra con una gran multitud, aunque, en este caso, algo menor que la anterior. Marcos y Mateo hablan de cuatro mil.

De nuevo se nos habla de mucha multitud –πολλοῦ ὄχλου– que lleva tres días con Jesús y no tienen que comer. Son personas que llevan este tiempo fuera de sus casas y que van acompañando a Jesús en el recorrido que va realizando por los pueblos y aldeas. El evangelista parece querer indicar que ninguno ha vuelto a su casa y por ello no tienen nada que comer. **Será Jesús el que tome directamente la iniciativa llamando a sus discípulos.** Volvamos a los detalles concretos que nos recordarán al de ayer:

1. Como decíamos, Jesús toma la iniciativa llamando a los suyos. **No le es indiferente la situación de aquellos que le acompañan:** se da cuenta que llevan tres días con él y que algunos han venido desde muy lejos. **No hay detalle que le sea ajeno al Señor:** anunciar el Reino, curar a los enfermos, expulsar a los demonios no se convierte en algo que le hace perder el sentido de la necesidad del conjunto de la gente, su mirada lo penetra todo y hace que no pierda nada de lo que sucede en los demás.
2. Igual que en la primera multiplicación vuelve a aparecer la compasión, las entrañas de Jesús que le hacen ponerse en el lugar de los que llevan tiempo sin comer. **No sólo necesitan su palabra, sino también el pan cotidiano para poder subsistir.** La forma verbal *Σπλαγχνίζομαι* manifiesta la verdadera compasión, la que brota de las entrañas y no de la estrategia, la que impide permanecer indiferente ante el sufrimiento o la escasez de los demás porque se vive como propio. Esta compasión es la propia de la encarnación por la cual Dios toma todo lo nuestro para comunicarnos lo suyo, **hace propia la indigencia y nos otorga su sobreabundancia.**
3. Una vez más nos encontramos con la discusión entre Jesús y los suyos, la incredulidad de estos y el deseo de Jesús de realizar un signo que haga visible, a través de la compasión, que el Reino ha llegado, que **Dios ha irrumpido en la historia para mostrar a los hombres su misericordia y poder ofrecerles la abundancia de la vida divina.** Todo va destinado a que el corazón de los hombres se puedan convertir y aceptar el don que se les ofrece. **El Señor con su corazón y entrañas compasivas quiere vencer el corazón duro e incrédulo de los hombres,** pero, los discípulos, aún no acaban de percibirlo.
4. La acción de **Dios siempre cuenta con la indigencia del hombre,** con lo que este tiene, no se salta la naturaleza humana, por ello, lo primero que pide es su colaboración, la oferta de lo que se tiene, siete panes y unos cuantos peces.
5. Igualmente, como en la vez anterior, los discípulos se encargan de repartir, siendo los primeros colaboradores en la dispensación de los dones ofrecidos por Cristo; de alguna manera, el Señor, contando con ellos, quiere sacarles de la incredulidad y abrirles a lo que ellos tendrán que ser más tarde.
6. Quedaron satisfechos y sobró. Como dice el texto, *καὶ ἔφαγον καὶ ἐχορτάσθησαν*, comieron y comieron hasta saciarse; **es la sobreabundancia de los tiempos** mesiánicos en los que Dios otorga más allá de lo que necesita el hombre, es la gracia que cuenta con la naturaleza, que no la suple pero va más allá de lo que esta es. Así es el actuar de Dios, así son los signos de Cristo que están anunciando lo que Dios es, es decir, son un sacramento de su propio ser. A través de lo visible muestra la plenitud de su ser y le hace partícipe al hombre del mismo

SAN JERÓNIMO

Leímos en un pasaje anterior que el Señor, con cinco panes, dio de comer a cinco mil hombres, y que de las sobras se recogieron doce cestos. Y oportunamente explicamos entonces lo que en aquella parábola habíamos descubierto. Ahora bien, esta historia, que ahora hemos leído, es distinta, pero al mismo tiempo la misma: en parte es semejante y en parte es diferente. En aquel relato leímos que los que comieron, comieron en el desierto, en éste, sin embargo, hemos leído que los que comieron, comieron en el monte.

Quiero hablar en primer lugar sobre lo que es distinto en uno y en otro pasaje. Pues debemos conocer las mismas venas y la carne misma de las Escrituras, de modo que una vez hayamos entendido lo que hay escrito, podamos después ver su sentido.

Allí leímos que fueron cinco mil hombres los que comieron; aquí, sin embargo, hemos leído que fueron cuatro mil. Allí que fueron cinco los panes; aquí leemos que fueron siete. Allí según el Evangelio de Juan, que fueron cinco panes de cebada; aquí, sin embargo, que los siete panes son de trigo.

Veis la diferencia. Veis que es lo mismo y que no es lo mismo. Por tanto, no debemos leer las Escrituras con negligencia.

¿Es esto todo lo que es distinto? ¿No hay ninguna otra cosa más? Veamos qué dice la Escritura. Allí leímos que el pueblo, que come del pan, sólo estuvo un día con Jesús, y comen no al mediodía, sino por la tarde, a la caída del sol. De éstos, sin embargo, es decir de los cuatro mil, que comen los siete panes de trigo, ¿qué dice de ellos el mismo Jesús, no ya los apóstoles como en el caso anterior? Allí dicen los apóstoles: «He aquí que te esperan todo el día»; aquí es el Salvador mismo el que habla: «Hace ya tres días que permanecen conmigo». Fijaos en la diferencia entre uno y tres días. Allí son los apóstoles los que suplican al Señor que dé de comer; aquí es el Señor quien les invita a ellos a que den de comer. ¿Qué indica aquí el Señor? Si les mando a su casa en ayunas, desfallecerán. **Se habían hecho dignos de la solicitud del Señor, por haberle esperado durante tres días.**

Veamos a continuación lo restante. Cinco mil hombres comen cinco panes y de las sobras de los cinco panes todavía se llenan doce cestos. Aquí son cuatro mil hombres —el número es inferior: allí son cinco mil, aquí cuatro mil—. Pues bien, estos cuatro mil hombres comen siete panes. Es decir, un número menor de hombres come mayor cantidad de panes: «Pues muchos son los llamados, mas pocos los elegidos». Fijaos en lo que dice. Cuatro mil hombres comen siete panes. Con las sobras de cinco panes se llenan doce cestos; con las de los siete panes se llenan siete cestos. De un número menor de hombres sobra menos, de un número mayor sobra más. Pues estos cuatro mil son, en efecto, inferiores en número, más superiores en fe. **El que es superior en fe, come más y, porque come más, le sobra menos. ¡Ojalá podamos también nosotros comer más de los panes de trigo de las Escrituras, a fin de que nos falte menos en su conocimiento!**

Muchas cosas más deberíamos decir, mas como ya fueron explicadas en el comentario de la parábola anterior, hemos querido solamente señalar la diferencia entre las dos parábolas. El sentido ha sido expuesto ya en la anterior.

Sigamos, por lo demás, los pasos del santo presbítero, y ya que él ha disertado bastante ampliamente sobre el comienzo del salmo. Nosotros nos ocuparemos del resto.⁸²

PARA REZAR MEJOR

Vamos a fijarnos de una manera más detallada en algunos aspectos que ayer podíamos observar de una forma más general para poder aplicarlos a nuestra propia realidad y que lo hagamos ante la misma realidad de Cristo. Tres van a ser los detalles desde los que podemos contemplar y dirigirnos al Señor: se fija en nosotros, nuestra necesidad, cuenta con lo que tenemos y nos ofrece su sobreabundancia.

1. Nunca hay que cansarse de pedir el don de aquello que no es obra nuestra: la oración y la contemplación; tampoco de pedir que todo ello esté ordenado al servicio y alabanza de Dios, tal y como indica san Ignacio en los ejercicios espirituales en la oración preparatoria. Por ello dedica un tiempo suficiente a hacer esto que es tan importante y que, en no pocas ocasiones, olvidamos.
2. Sitúate en la escena: la multitud que llevan varios días con el Señor, caminando con él, algunos han sido curados y viven un don que no habían conocido, otros se llenan de la escucha de su palabra ¿Puedes imaginar la novedad, alegría y expectación que estaban viviendo? ¿Cuántos anhelos y esperanzas ponían en Jesús? Pero como desvela el evangelio había muchos intereses que no estaban rectamente ordenados. Ponte allí en medio, con tu realidad, ten en cuenta lo que el Señor ha hecho por ti, lo que necesitas que siga haciendo y cuanto hay todavía en tu vida que no está puesto en la dirección por la que el Señor quiere caminar.
3. El Señor se fija en su necesidad, en su carencia, en su falta de alimento. También se fija en ti, no eres ajeno a su mirada, le importa tu vida y cada una de tus pobreza. Deja que el Señor te mire y descubra todo lo que hay en tu interior y que, muchas veces, te cuesta reconocer.
4. El Señor pide que le traigan lo que tienen: los siete panes y los pocos peces ¿Qué puedes poner tú en este momento ante el Señor? Mira todo aquello en lo que te ves falto de recursos y junto con los que tienen poco ofréceselo al Señor para que él lo reciba. No le decepciona “tu poco” sino que cuenta con ello y lo acoge.
5. En la oración muchas veces pedimos, pero no siempre ejercitamos el deseo de recibir, el abrirnos a lo que el Señor nos está comunicando, lo que nos da sobreabundantemente y con generosidad. Si piensas en cada don que el Señor te ha concedido verás que siempre ha habido sobreabundancia. Cada

⁸² SAN JERÓNIMO, *Comentario al Evangelio de San Marcos IV*. Ciudad Nueva, Madrid 1989, pp. 55-57

vez que te pones ante el Señor el responde de esa manera porque ejerce su compasión, se pone en tu lugar y te ofrece lo suyo. Porque tu indigencia mueve su corazón puedes recibir, no depende de tu capacidad de convencer sino de sus entrañas de misericordia.

6. Habla con él de todo lo que tienes, lo que te falta y lo que deseas ofrecerle y deja que él te pueda mostrar su amor y sus entrañas de misericordia. Escucha lo que tiene que decirte.

LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES Y LOS PECES III

Evangelio según san Juan 6, 1-15

En aquel tiempo, Jesús se marchó a la otra parte del lago de Galilea (o de Tiberíades). Lo seguía mucha gente, porque habían visto los signos que hacía con los enfermos.

Subió Jesús entonces a la montaña y se sentó allí con sus discípulos.

Estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos. Jesús entonces levantó los ojos, y al ver que acudía mucha gente, dice a Felipe:

– «¿Con qué compraremos panes para que coman éstos?»

Lo decía para tantearlo, pues bien sabía él lo que iba a hacer.

Felipe le contestó:

– «Doscientos denarios de pan no bastan para que a cada uno le toque un pedazo.»

Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dice:

– «Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y un par de peces; pero, ¿qué es eso para tantos?»

Jesús dijo:

– «Decid a la gente que se siente en el suelo.»

Había mucha hierba en aquel sitio. Se sentaron; sólo los hombres eran unos cinco mil.

Jesús tomó los panes, dijo la acción de gracias y los repartió a los que estaban sentados, y lo mismo todo lo que quisieron del pescado.

Cuando se saciaron, dice a sus discípulos:

– «Recoged los pedazos que han sobrado; que nada se desperdicie.»

Los recogieron y llenaron doce canastas con los pedazos de los cinco panes de cebada, que sobraron a los que habían comido.

La gente entonces, al ver el signo que había hecho, decía:

– «Éste sí que es el Profeta que tenía que venir al mundo.»

Jesús entonces, sabiendo que iban a llevárselo para proclamarlo rey, se retiró otra vez a la montaña él solo.

El evangelio de Juan deja más manifiestas las intenciones de la gente y la incredulidad de los discípulos. Comienza el relato afirmando que la gente seguía a Jesús porque “habían visto los signos que realizaba con los enfermos” y termina con la retirada de Jesús porque “iban a llevárselo para proclamarlo rey”. Podemos decir que **las intenciones de la gente no coinciden con lo que Jesús trata de manifestar**. El signo no consigue lo que pretende realizar. El discurso del “pan de vida” que sigue al relato de la multiplicación de los panes pondrá de manifiesto esta discrepancia entre Jesús y la gente debido a su incredulidad, hasta el punto, que muchos le abandonaron a partir de aquel momento. **Pero también aparece el pueblo creyente, los que afirman “este sí es el Profeta que tenía que venir al**

mundo” y los que permanecerán a su lado, tal y como representa Pedro porque sólo él tiene palabras de vida eterna.

Son muchos los que van en busca de Jesús, aunque lo hagan por motivos diferentes y el cuarto evangelio pone de muy de manifiesto la división de los corazones en torno al Señor. Nos podemos fijar en los detalles en los que insiste Juan para seguir adentrándonos a través de la contemplación en el misterio de Cristo estando cerca de él, escuchando sus palabras y mirando con los ojos de la fe sus gestos.

1. Juan pone un primer acento: la multiplicación de los panes y los peces se realiza en una montaña y Jesús es el nuevo Moisés; si este alimentó al pueblo de Israel con la Torá, con la Ley de Dios y el maná, Jesús alimentará ahora a los que le siguen de una manera diferente. Los panes y los peces, sobre todo el pan –en el que se centrará el discurso del pan de vida, del cual nos ocuparemos más adelante en la contemplación de la Cena del Señor– es un signo que trata de despertar el verdadero deseo por el pan de vida que es él mismo, y de la eucaristía a través de la cual alimenta a los fieles con su cuerpo y su sangre. Así pues, la montaña se convierte en el lugar del signo y de la revelación de la identidad de Jesús. Con toda solemnidad sube a la montaña, levanta la mirada y contempla a aquellos que le están acompañando en el camino.
2. Jesús probará a Felipe tomando la iniciativa con una pregunta: “¿con qué compraremos panes para que coman estos?”. Con el interrogante se sitúa directamente en la mentalidad de Felipe, lo material y la manera ordinaria de poder conseguir lo que se necesita. **Jesús lee los corazones** como encontramos repetidamente en este evangelio y con las palabras que dirige al apóstol está poniendo de manifiesto que ya lo conoce y por eso lo pone a prueba.
3. La respuesta de Felipe y la intervención de Andrés dan a conocer su manera de pensar: doscientos denarios no sería suficiente y tan sólo un muchacho tiene cinco panes y un par de peces, pero eso es insuficiente para tanta gente. De alguna forma, **los discípulos están describiendo la realidad de las posibilidades humanas y con ello han probado que es lo único que tienen:** una capacidad de analizar la realidad que sólo mira a sus posibilidades y cálculos
4. Continúa de una manera semejante a como hemos podido contemplar en los dos momentos anteriores, por ello no vamos a insistir, la bendición, el reparto, la abundancia, la gente satisfecha, lo habíamos encontrado ya antes. Sin embargo, Juan añade un detalle más: **el deseo de Jesús de que se recoja todo lo que sobra para que nada se desperdicie.** Llama la atención que lo que se recoge son los pedazos sobrantes de la multiplicación de los cinco panes y así insiste el evangelista. Aunque haya sobrado, nada puede desperdiciarse porque es signo del don de Dios, se puede tener con ello para otro momento. **Siempre se puede conservar lo que el Señor otorga, aunque de momento no se utilice o no sea necesario.** Lo mismo sucede con su palabra y con la eucaristía. Puede saciar pero siempre hay más siempre se puede volver a ellas en otro momento para encontrar la misma

sobreabundancia y el mismo alimento, no se puede prescindir de nada porque todo es don del mismo Hijo de Dios

5. Al final encontramos la reacción de la gente y la de Jesús ante ellos: unos han visto en él el mesías rey que puede liberarlos de la opresión, incluso de alimentarlos. **Jesús se esconderá de ellos.** Otros manifiestan la verdad del Señor, él es “el Profeta que tenía que venir al mundo”, el que viene a traer la palabra de Dios, podríamos decir, acudiendo la prólogo del evangelio: la Palabra que se ha hecho carne, carne humana y, si seguimos con el discurso del pan de vida, pan de vida que es su carne, Eucaristía.
6. Jesús se retirará, el solo, a la montaña huyendo de toda pretensión y tentación mesiánica que no coincidiera con el plan trazado por su Padre. **Si en el desierto venció las tentaciones del demonio, en el cuarto evangelio rechaza la tentación de los hombres retirándose a la montaña, lugar de la revelación de Dios.**

SAN AGUSTÍN

Los milagros que hizo nuestro Señor Jesucristo son obras ciertamente divinas y estimulan a la mente humana a comprender a Dios a partir de lo visible. De hecho, porque él no es sustancia tal que los ojos puedan ver, y sus milagros, con que rige el mundo entero y gobierna toda la creación, por su frecuencia se han depreciado hasta el punto de que casi nadie se digna observar en cualquier grano de semilla las admirables y asombrosas obras de Dios, según esa misericordia misma suya se ha reservado ciertas obras para realizarlas en tiempo oportuno, fuera del curso y orden normales de la naturaleza, para que, aquellos para quienes se han depreciado las cotidianas, se queden estupefactos al ver otras no mayores, sino insólitas. En efecto, mayor milagro es el gobierno del mundo entero que saciar a cinco mil hombres con cinco panes; y empero nadie se asombra de aquello; **se asombran de esto los hombres no por ser mayor, sino por ser raro.** ¿Quién, en efecto, alimenta ahora al mundo entero, sino quien de pocos granos crea las mieses? Obró, pues, como Dios, ya que, con lo que de pocos granos multiplica las mieses, con eso multiplicó en sus manos lo cinco panes. La potestad estaba, en efecto, en las manos de Cristo; en cambio, los cinco panes eran cual semillas, no ciertamente echadas en tierra, sino multiplicadas por quien hizo la tierra. Esto, pues, **se acercó a los sentidos para levantar la mente, y se mostró a los ojos para aguijonear la inteligencia, para que admirásemos mediante las obras visibles al invisible Dios y, erguidos hacia la fe y purgados por la fe, deseásemos ver invisiblemente al Invisible que a partir de las cosas visibles habíamos conocido.**

No basta empero mirar esto en los milagros de Cristo. Interroguemos a los milagros mismos, qué nos dicen de Cristo, ya que, si se los entiende, tienen su lengua porque, ya que Cristo es la Palabra de Dios, también un hecho de la Palabra es para nosotros palabra. Como, pues, hemos oído cuán grande es este milagro, busquemos también cuán profundo es; no nos deleitemos sólo en su superficie,

sino investiguemos también su profundidad, pues lo que fuera nos asombra tiene dentro algo. Hemos visto, contemplado cierta cosa grande, cierta cosa deslumbradora y enteramente divina, que sólo Dios puede hacer; por el hecho hemos loado al hacedor. Pero, como si examinásemos en alguna parte letras hermosas, no nos bastaría loar el trazo del amanuense por haberlas hecho parecidas, iguales y bellas, si no leyéramos también qué nos indicó mediante ellas, así, quien sólo examina este hecho se deleita en la hermosura del hecho, de forma que admira al artífice; quien, en cambio, lo entiende, lee, digamos. Por cierto, la pintura se ve de una forma, las letras se ven de otra forma. Cuando has visto una pintura, esto es todo: haber visto, haber loado; **cuando has visto unas letras, esto no es todo, porque se te advierte también que leas.** De hecho, cuando has visto las letras, si quizá no sabes leerlas, dices: ¿Qué suponemos que es lo que está escrito aquí? Aunque ya ves algo, interrogas qué es. **A quien solicitas que reconozca lo que has visto te mostrará otra cosa. Él tiene una clase de ojos, tú otra.** ¿Acaso no veis similarmente los detalles de las letras? Pero no conocéis similarmente los signos. **Tú, pues, ves y loas; él ve, loa, lee y entiende. Porque, pues, hemos visto, porque hemos loado, leamos y entendamos.**

El Señor está en el monte: mucho más entendamos que el Señor en el monte es la Palabra en lo alto. Por ende, lo que en el monte sucedió no yace como a ras del suelo ni hay que dejarlo atrás de pasada, sino que hay que levantar la vista hacia ello. Vio a las turbas, reconoció que tenían hambre, **misericordiosamente las alimentó, no sólo según su bondad, sino también según su potestad.** ¿Qué aprovecha; en efecto, la sola bondad, donde no había pan con que alimentar a la turba hambrienta? Si la potestad no asistiese a la bondad, la turba continuaría ayuna y hambrienta. Por eso, también los discípulos que con hambre estaban con el Señor, también ellos querían alimentar a las turbas, pero que no continuasen vacías, pero no tenían con qué alimentarlas. Interrogó el Señor cómo comprar panes para alimentar a las turbas. Y asevera la Escritura: «Ahora bien, *decían esto para ponerlo a prueba* —o sea, al discípulo Felipe, quien le había preguntado—, pues *él mismo sabía qué iba a hacer*. ¿Para qué bien lo ponía a prueba sino porque; demostraba la ignorancia del discípulo? Y quizá con la demostración de la ignorancia del discípulo significó algo. Aparecerá, pues, cuando a propósito de los cinco panes comience a hablarnos del misterio mismo y a indicar qué significa; allí, en efecto, veremos por qué el Señor, **interrogando lo que sabía, quiso mostrar la ignorancia del discípulo** respecto a este hecho. Por cierto, a veces interrogamos lo que desconocemos, pues queremos oír para aprender; a veces interrogamos lo que sabemos, pues queremos saber si también lo sabe ese a quien interrogamos; una y otra cosa sabía el Señor; sabía aquello por lo que interrogaba, pues sabía qué iba a hacer, y sabía similarmente que Felipe lo desconocía.⁸³

⁸³ SAN AGUSTÍN, *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, XXIV 1-3. OC XIII.

PARA REZAR MEJOR

Ante los signos del Señor en nuestra vida, en la vida de los demás, en su Iglesia y en el mundo, nosotros debemos ponernos ante él para purificar nuestra intención y darnos cuenta por qué le buscamos, cuáles son nuestros intereses para que podamos llegar a afirmar que él nuestro interés, más allá de todo lo que pueda ofrecernos. Cada una de sus obras en nosotros las realiza por amor, un amor que nos quiere conducir hacia él el gran signo del Padre, el Pan de Vida. El relato de Juan nos puede ayudar a realizar este proceso contemplando a Cristo y dialogando con él, puestos en su presencia y dejándonos enseñar.

1. Comienza pidiendo el don del Espíritu para que te conceda poder acercarte a Cristo, conocerle mejor y amarle, para poder vivir para él, para su gloria y su alabanza y no para tus propios intereses.
2. Lee el párrafo de la multiplicación de los panes de Juan, sin prisas, no creas que por haberlo leído antes en otros evangelistas ya lo sabes todo, porque siempre hay matices y sorpresas que el Señor tiene reservados. Lee para gustar, para aprender, para mirar y escuchar.
3. El Señor está en la montaña con toda la autoridad del maestro que quiere enseñar y del profeta que quiere traer la palabra de Dios, a ti en concreto, en este momento. Mírale, escúchale, fíjate en la gente a la que Jesús mira y que le pueden ver a él, trata de darte cuenta de sus intereses y pregúntale al Señor: ¿Por qué te sigo? ¿Por qué te busco? ¿Qué espero de ti?
4. Vuelve a traer a tu memoria los dones de Dios en tu vida, quizá no ha multiplicado panes y peces pero sí otras muchas cosas, ¿cuáles son?, ¿qué has hecho con ellas?
5. Pregúntate, ante el Señor, mirándole a él, si no te sucede como a los apóstoles, que, a veces, en las cosas del Señor te mueves muchas veces con cálculos humanos y no vives abierto al don de la gracia. Mira a Felipe y Andrés, quizá te puedas reconocer en ellos. Escucha las palabras de Jesucristo y deja que te puedan hablar también a ti.
6. El Señor no quiere que se desperdicie nada. Piensa en todo lo que Dios te da cada día en la oración, en la eucaristía, en su palabra y trata de darte cuenta si recoges todo lo que cada día sobra y no puedes comer, incluso, si guardas adecuadamente todo lo que te concede. Puede ser que tus cestos estén vacíos y vayas en contra de lo que Cristo quiere: no desea que nada se desperdicie. Teniendo esto en cuenta dialoga con él, también con el Padre que te entrega a su Hijo.

LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES IV: REPETICIÓN

Evangelio según San Marcos 8, 14-21

En aquel tiempo, a los discípulos se les olvidó llevar pan, y no tenían más que un pan en la barca.

Jesús les recomendó:

–Tened cuidado con la levadura de los fariseos y con la de Herodes.

Ellos comentaban:

–Lo dice porque no tenemos pan.

Dándose cuenta, les dijo Jesús:

–¿Por qué comentáis que no tenéis pan? ¿No acabáis de entender? ¿Tan torpes sois?

¿Para qué os sirven los ojos si no veis, y los oídos si no oís? A ver, ¿cuántos cestos de sobras recogisteis cuando repartí cinco panes entre cinco mil? ¿Os acordáis?

Ellos contestaron:

–Doce.

–¿Y cuántas canastas de sobras recogisteis cuando repartí siete entre cuatro mil?

Le respondieron:

–Siete.

Él les dijo:

–¿Y no acabáis de entender?

Este precioso relato de Marcos nos ayuda a volver a lo que hemos leído, contemplado y orado en estos días anteriores. En los versículos anteriores, los fariseos habían pedido a Jesús un gran signo del cielo para ponerlo a prueba, porque no se fiaban de él. Jesús se embarcará de nuevo y no les concederá aquello que le están pidiendo. **Sus signos no quieren probar nada, sino hacer presente la potencia salvadora de Dios que ha irrumpido en su humanidad y la misericordia divina que destruye el poder del pecado que domina al hombre y sus consecuencias.**

En este contexto, Jesús advertirá a los suyos que tengan cuidado con la levadura de los fariseos y de Herodes ¿Por qué? Porque ella, aunque sea muy poca cantidad, hace fermentar toda la masa; si se dejan llevar y alimentar por su incredulidad puede que se transformen de acuerdo a esa levadura y no con la de la predicación y actuación de Cristo. Pero ellos, como siempre, no entienden. Otra vez vuelven su atención a las miras humanas: “lo dice porque no tenemos pan”. De nuevo su preocupación es que no tiene pan y no el sentido espiritual y teológico de las palabras de Jesús. **No tienen pan**, el aspecto más humano, y, aunque esa fuera toda la realidad, **tampoco tienen memoria ni comprensión de la realidad**, han olvidado las dos ocasiones en que Jesús multiplicó el pan y los peces. Por ello, Jesús irá directamente al centro de la cuestión: el problema son ellos: “¿No acabáis de entender? ¿Tan torpes sois? ¿Para qué os sirven los ojos si no veis, y los oídos si no oís?”.

Veamos con algo más de detenimiento las palabras que recoge el evangelista Marcos:

1. οὐπω νοεῖτε οὐδὲ συνίετε, podríamos precisar mejor porque utiliza dos verbos que tienen que ver con la capacidad de entender, el primero –νοέω– significa entender, pero también discernir, considerar algo con un sentido más reflexivo. El segundo –συνίημι– es un sinónimo que incluye también el hecho de poder darse cuenta de la realidad. Realmente, **no son capaces de reflexionar sobre lo que ha sucedido antes, ni siquiera han llegado a comprender su sentido**, la realidad que Jesús estaba haciendo presente. Podríamos traducir así: “todavía no entendéis, no sois capaces de reflexionar y discernir y, ni siquiera de comprender la realidad”. Ponemos más verbos para poder precisar mejor y que quede más clara la raíz de su incapacidad.
2. Hay otro detalle más: nuestra traducción habla de **su torpeza**, pero si somos fieles al texto griego, nos ayuda a comprender que **no es una falta de capacidad intelectual, sino que radica en la dureza de su corazón**; así nos encontramos que afirma lo siguiente: πεπωρωμένην ἔχετε τὴν καρδίαν ὑμῶν. El verbo πωρώ significa endurecer, hacer insensible o embotar. Jesús les dirá: “endurecido tenéis vuestro corazón.” Esta es la raíz de su falta de comprensión, un corazón duro, incrédulo, poco permeable a la acción de Dios, como el resto del pueblo. Aunque caminan con él y son partícipes directos, incluso han sido mediadores en la distribución de los panes y de los peces, tienen un corazón embotado, incapaz de percibir la acción de Dios en Cristo. **Ahora Jesús, que escruta los corazones revela lo que de verdad estaba pasando en las entrañas** de los suyos cuando él estaba actuando desde su corazón compasivo. **Un corazón duro tiene que ablandarse primero para poder llegar a ser un día compasivo**. Esta es la tarea que le queda por hacer a Jesús con sus apóstoles y se lo enseñará en su misterio pascual.

SAN AGUSTÍN

Para recorrer el relato brevemente: por los cinco panes se entienden los cinco libros de Moisés; con razón no son de trigo, sino de cebada, porque Pertenecen al Antiguo Testamento. Ahora bien, sabéis que la cebada está creada de forma que apenas se llega a su médula, pues la misma médula está vestida con una cubierta de paja, y la paja misma es tan resistente y está tan adherida, que se la arranca con esfuerzo. **Tal es la letra del Antiguo Testamento, está vestido con las cubiertas de sacramentos carnales; pero, si se llega, su médula, alimenta y sacia**. Ciertamente, pues, llevaba *cinco panes y dos peces*; Si preguntamos quién sería ese muchacho, quizá era el pueblo de Israel; los llevaba con actitud pueril y no los comía, pues **lo que llevaba, cerrado, abrumaba; abierto, alimentaba**. Por otra parte, los dos peces me parece que significaba, aquellas dos personas sublimes del Antiguo Testamento a las que se ungía para santificar y gobernar al pueblo: la de

sacerdote y la del rey. Y en misterio vino por fin ese que era significado mediante aquéllas; **vino por fin quien se mostraba mediante la médula de la cebada, pero se ocultaba mediante la paja de la cebada.** Vino ese único que en sí lleva, una y otra persona, la del sacerdote y la del rey; la del sacerdote mediante la víctima, él mismo, que por nosotros ofreció a Dios; la del rey, porque él nos gobierna; y está abierto lo que se llevaba cerrado. ¡Gracias a él! Mediante sí cumplió lo que se prometía mediante el Antiguo Testamento.

Y mandó partir los panes; partiéndolos, se multiplicaron. Nada más verdadero. En efecto, aquellos cinco libros de Moisés, ¿a cuántísimos libros han dado origen, cuando se los expone, partiéndolos, digamos, esto es, explicándolos? Pero, porque en la cebada se ocultaba la ignorancia del pueblo primero, pueblo primero del que está dicho: «Mientras se lee a Moisés, un velo está puesto sobre sus corazones» —pues aún no se había retirado el velo, porque Cristo no había venido aún; el velo del templo no se había rasgado aún, colgado él en la cruz—; porque, pues, en la Ley estaba la ignorancia del pueblo, la prueba del Señor demostraba la ignorancia del discípulo.

Por tanto, nada es ocioso, todo hace señas, pero requiere un entendedor, porque también ese número de pueblo alimentado significaba al pueblo constituido bajo la Ley. ¿Por qué, en efecto, eran cinco mil sino porque estaban bajo la Ley, Ley que se desarrolla en los cinco libros de Moisés? Por eso, también los enfermos estaban puestos a la vista en aquellos cinco pórticos, mas no se curaban. En cambio, el mismo que allí curó al enfermo, aquí alimentó con cinco panes a las turbas. Porque se recostaban sobre la hierba pensaban, pues, carnalmente y reposaban en lo carnal. En efecto, toda carne es heno. Por otra parte, **¿qué significan los fragmentos sino lo que el pueblo no pudo comer?** Se entienden, pues, ciertas realidades muy secretas de comprender, que la masa no puede captar **¿Qué resta, pues, sino que las realidades muy secretas de comprender, que la masa no puede captar, se confíen a quienes son idóneos incluso para enseñarlos a otros, como eran los apóstoles?** Por eso se llenaron doce canastos. Esto se hizo maravillosamente por ser un hecho grande, y útilmente por ser un hecho espiritual. **Quienes lo vieron entonces, se asombraron; en cambio, nosotros no nos asombramos al oírlo.** Sucedió, en efecto, para que ellos lo vieran; fue escrito, en cambio, para que nosotros lo oyéramos. **Lo que los ojos fueron capaces de hacer en ellos, esto es capaz de hacer en nosotros la fe,** pues percibimos con el ánimo lo que con los ojos no hemos podido, y los aventajamos porque de nosotros está dicho: *Dichosos quienes no han visto y han creído.* Ahora bien, añadido que quizá hasta hemos entendido lo que la turba no entendió. Y verdaderamente hemos sido alimentados nosotros, porque hemos podido llegar a la médula de la cebada.⁸⁴

⁸⁴ SAN AGUSTÍN, *Tratados sobre el Evangelio de San Juan XXIV 5-7*, OC XIII.

PARA REZAR MEJOR

Como en otras ocasiones, en las repeticiones, somos invitados a volver sobre lo que hemos rezado antes, lo que hemos contemplado y lo que hemos podido escuchar y decir al Señor. Este texto de hoy nos ayuda a estar de nuevo en los lugares que hemos recorrido antes, pero nos permite dejar que la mirada del Señor, que escruta los corazones y revela la verdad que hay en ellos nos ayude a darnos cuenta si todo lo que hemos visto y oído lo hemos podido comprender o si tenemos falta de comprensión porque también nuestro corazón está endurecido.

1. Pide al Señor que te conceda poder dejar que la mirada de Cristo ilumine la verdad de tu corazón, para que puedas descubrir qué te bloquea para estar abierto al hacer de Cristo y descubrir lo que él quiere manifestar para poder discernir mejor su voluntad.
2. Si dedicas dos días, en el primero puedes volver sobre lo que rezaste con los evangelios de Marcos y Mateo, y, el segundo, con el de Juan. Trata de descubrir qué es lo que quedó en ti. Los gestos o palabras que se grabaron más en tu interior, incluso aquello que estuvo presente en tu diálogo con el Señor.
3. Después puedes leer la conversación de Jesús con los suyos en el evangelio de hoy, puedes darte cuenta de cómo está tu corazón. No comprendemos al Señor no por falta de capacidad intelectual, sino que el problema radica en el corazón que se ha ido haciendo duro por todo lo que hemos ido viviendo y por el pecado que nos va embotando el interior.
4. Trata de examinarte sobre cosas que sigues sin comprender, escucha lo que el Señor te dice: ¿no acabas de comprender? ¿Para qué te sirven los ojos si no ves? No es suficiente ver con los ojos, es necesario ver con los ojos del corazón, con los ojos de la fe. Para esto la contemplación es un camino que ayuda a transformar el corazón porque va cambiando los afectos.
5. Habla con el Señor de todo ello y deja que te enseñe igual que lo hizo aquel día con sus discípulos.

LAS CURACIONES I: EL CIEGO DE JERICÓ

Evangelio según San Marcos 10, 46-52

En aquel tiempo, al salir Jesús de Jericó con sus discípulos y bastante gente, el ciego Bartimeo (el hijo de Timeo) estaba sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar:

—Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí.

Muchos le regañaban para que se callara. Pero él gritaba más:

—Hijo de David, ten compasión de mí.

Jesús se detuvo y dijo:

—Llamadlo.

Llamaron al ciego, diciéndole:

—Animo, levántate, que te llama.

Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús.

Jesús le dijo:

—¿Qué quieres que haga por ti?

El ciego le contestó:

—Maestro, que pueda ver.

Jesús le dijo:

—Anda, tu fe te ha curado.

Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino.

Nos encontramos con un relato que es necesario analizar en su contexto: la subida de Jesús a Jerusalén y los anuncios repetidos de la pasión a los suyos. Hay una conciencia clara en el Señor de su misión y de la manera en la que deberá consumir su tarea; al mismo tiempo, encontramos un gran desconcierto por parte de los suyos que van viviendo estos anuncios con temor, silencio, decepción, enfrentamiento entre ellos y miedo. Los sinópticos no omiten estos detalles porque van creando una atmósfera de un profundo sentido teológico y espiritual que dará sentido a la entrega de Cristo en la cruz. Así, la muerte no es algo que le sorprende en Jerusalén como un fracaso de su misión, sino la culminación de la misma.

Jericó es un punto importante en el último tramo del trayecto de Galilea a Jerusalén. A partir de allí, se incrementa mucho la pendiente de la subida a la ciudad santa. Será, a la salida de la ciudad y antes de comenzar este trecho, cuando Jesús se encontrará con el ciego y realizará el milagro de su curación que se convierte en una verdadera catequesis de lo que significa la iniciación del cristiano como seguidor de Cristo.

Como el texto es muy rico por todos los elementos visuales, diálogos y toda la simbología que encierra, vamos a detenernos en algunos de ellos que pueden situar mejor la escena para la oración y la contemplación

1. No hay que perder de vista **el momento psicológico y espiritual que supone, tanto para Jesús como para los discípulos la subida a Jerusalén** y los anuncios de la pasión: la firme determinación de Jesús, el miedo y el escándalo de los discípulos, la enseñanza que Jesús va realizando a los apóstoles sobre el sentido de sus palabras y el silencio que en alguna ocasión se va originando en torno a Jesucristo. Las últimas palabras antes del encuentro con el ciego Bartimeo fueron: “porque el Hijo del Hombre no ha venido para ser servido sino a servir y a dar la vida por muchos” (MC 10, 45).
2. La ciudad de Jericó era importante por la agricultura, bastante fértil y por ser un lugar obligado de paso en el camino hacia Jerusalén. Por todo ello, no era infrecuente que se encontraran en ella enfermos y mendigos que pedían limosna a los que iban de camino. Muchos estarían en la misma ciudad, otros, quizá los más pobres, en medio del camino en la entrada y la salida de la ciudad.
3. Jesús sale de Jericó acompañado por sus discípulos y un gran grupo de gente; el primer detalle que nos da el evangelista es el nombre del ciego, Bartimeo, el hijo de Timeo, lo cual hace indicar que era un personaje conocido y no un individuo anónimo. Fijémonos, **se encontraba al borde del camino, pidiendo limosna**. Hay por tanto, tres detalles: es un ciego conocido, no está en la ciudad, sino afuera, no va caminando sino que su lugar está sentado al borde del camino. Así se convierte en todo un símbolo que representa a todo aquel que aún no se ha encontrado por Cristo: está fuera del camino del discipulado y se encuentra sujeto a las ataduras del pecado representado en la ceguera. Hay que comprender la situación de ese hombre que no puede ver ni puede recorrer solo el camino por donde transitan los demás, por ello se encuentra sentado, al borde del camino. El evangelio, literalmente, nos dice que nos encontramos con alguien que es un ciego –τυφλός– mendigo –προσάιτης– que se ha querido traducir “que pedía limosna” puesto que esto es lo que suelen hacer los mendigos. Pero el texto no indica esto último en el sentido literal. **Bartimeo es un mendigo ciego que está al borde del camino**. No espera nada más que lo que puedan darle los que pasan por allí.
4. El ciego no es sordo. Al oír el gentío y darse cuenta que es Jesús de Nazaret comienza a gritar llamándole por su nombre para que tenga misericordia de él: ἐλέησόν με, “ten misericordia de mí”. Es una petición abierta, no indica lo que pide en concreto, aunque la mayoría de la gente lo podía interpretar como una llamada a la limosna. Pero, **quien pide misericordia a Jesucristo está haciendo una llamada a que se actúe de acuerdo con lo que Dios tiene en sus entrañas**.
5. La gente tratará de silenciar su voz para que se calle, pero, por el contrario, el gritaba más... hasta que Jesús le oyó, se detuvo y mandó llamarle. **El discípulo es llamado, no es una iniciativa personal**, es llamado a estar ante Jesús a través de los que en su nombre le llaman. Está siendo llamado a algo más que se irá desvelando a lo largo de este relato. Él dará un salto, dejará el manto y se pondrá delante del Señor; **deja lo que tiene** para ir al lado del que responde a su llamada haciéndole llamar.

6. El diálogo es muy sencillo, pocas palabras pero muy importantes: “Que quieras que haga por ti. Rabboni, que vea.” El verbo hacer –ποιέω– tiene un sentido amplio, pero es también el que utiliza el evangelio para indicar la constitución de los doce y el que la traducción de los LXX traduce en el texto de la creación del relato del Génesis. De alguna forma está indicando la novedad que Jesús realizará en aquel hombre. El ciego no quería limosna, quería la vista; así lo indica el verbo ἀναβλέπω, que significa mirar, recuperar la vista.
7. La respuesta de Jesús no se hará esperar: al que estaba sentado, al borde del camino, le manda ponerse en camino, al que estaba ciego le concede la vista por la fe que manifestaban los gritos que invocaban la misericordia y pedían volver a ver. El que estaba sin vista, fuera del camino, ahora ha sido iluminado y se encuentra, como un discípulo, siguiendo a Jesús por el camino tal y como indica el verbo ἀκολουθεῖω. Acólito viene de ahí, es el que sigue al Señor. El ciego ha sido llamado a ser discípulo y ha respondido con determinación, dejando el manto, puesto ante el Señor, siendo iluminado por él, se ha hecho su seguidor.

SAN GREGORIO DE NISA

La salud corporal es un bien para el hombre; pero lo que interesa no es saber el porqué de la salud, sino el poseerla realmente. En efecto, si uno explica los beneficios de la salud, mas luego toma un alimento que produce en su cuerpo humores malignos y enfermedades, ¿de qué le habrá servido aquella explicación, si se ve aquejado por la enfermedad? En este mismo sentido hemos de entender las palabras que comentamos, o sea, que el Señor llama dichosos no a los que conocen algo de Dios, sino a los que lo poseen en sí mismos. Dichosos, pues, los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Y no creo que esta manera de ver a Dios, la del que tiene el corazón limpio, sea una visión externa, por así decirlo, sino que más bien me inclino a creer que lo que nos sugiere la magnificencia de esta afirmación es lo mismo que, de un modo más claro, dice en otra ocasión: El reino de Dios está dentro de vosotros; para enseñarnos que **el que tiene el corazón limpio de todo afecto desordenado a las criaturas contempla, en su misma belleza interna, la imagen de la naturaleza divina.**

Yo diría que esta concisa expresión de aquel que es la Palabra equivale a decir: "Oh vosotros, los hombres en quienes se halla algún deseo de contemplar el bien verdadero, cuando oigáis que la majestad divina está elevada y ensalzada por encima de los cielos, que su gloria es inexplicable, que su belleza es inefable, que su naturaleza es incomprensible, no caigáis en la desesperación, pensando que no podéis ver aquello que deseáis".

Si os esmeráis con una actividad diligente en limpiar vuestro corazón de la suciedad con que lo habéis embadurnado y ensombrecido, volverá a resplandecer

en vosotros la hermosura divina. Cuando un hierro está ennegrecido, si con un pedernal se le quita la herrumbre, en seguida vuelve a reflejar los resplandores del sol; de manera semejante, la parte interior del hombre, lo que el Señor llama el corazón, cuando ha sido limpiado de las manchas de herrumbre contraídas por su reprochable abandono, recupera la semejanza con su forma original y primitiva y así, por esta semejanza con la bondad divina, se hace él mismo enteramente bueno.

Por tanto, el que se ve a sí mismo ve en sí mismo aquello que desea, y de este modo es dichoso el limpio de corazón, porque al contemplar su propia limpieza ve, como a través de una imagen, la forma primitiva. Del mismo modo, en efecto, que el que contempla el sol en un espejo, aunque no fije sus ojos en el cielo, ve reflejado el sol en el espejo, no menos que el que lo mira directamente, así también vosotros —es como si dijera el Señor—, **aunque vuestras fuerzas no alcancen a contemplar la luz inaccesible, si retornáis a la dignidad y belleza de la imagen que fue creada en vosotros desde el principio, hallaréis aquello que buscáis dentro de vosotros mismos.**

La divinidad es pureza, es carencia de toda inclinación viciosa, es apartamiento de todo mal. Por tanto, si hay en ti estas disposiciones, Dios está en ti. Si tu espíritu, pues, está limpio de toda mala inclinación, libre de toda afición desordenada y alejado de todo lo que mancha, eres dichoso por la agudeza y claridad de tu mirada, ya que, por tu limpieza de corazón, puedes contemplar lo que escapa a la mirada de los que no tienen esta limpieza, y, **habiendo quitado de los ojos de tu alma la niebla que los envolvía, puedes ver claramente, con un corazón sereno, un bello espectáculo.** Resumiremos todo esto diciendo que la santidad, la pureza, la rectitud son el claro resplandor de la naturaleza divina, por medio del cual vemos a Dios.⁸⁵

PARA REZAR MEJOR

Se trataría de poder mirar y escuchar lo que sucede en este pasaje evangélico sin perder ningún detalle: el ciego, el lugar que ocupa, la gente que sigue a Jesús, el Señor que va camino de Jerusalén... cada detalle puede permitir que nosotros nos identifiquemos con Bartimeo para ponernos ante el Señor y que pueda hacer en nosotros de la misma forma que hizo en el ciego.

Llevamos tiempo siguiendo al Señor. Quizá no toda la tiniebla se ha convertido en luz ni todo lo vemos con claridad, por eso necesitamos descubrir nuestra situación viéndonos reflejados en aquel hombre. Lo primero a lo que estamos llamados es a salir de la autosuficiencia, del que cree que ve, entiende y puede todo, para podernos mirar en este hombre que fue transformado por Jesús, haciendo nuestra su situación, sus deseos y sus palabras.

⁸⁵ SAN GREGORIO DE NISA, *Homilía 6 sobre las bienaventuranzas*. Oficio de Lecturas del Sábado XII del Tiempo Ordinario.

1. Comienza pidiendo, con una actitud humilde, que se pueda hacer verdad en ti lo que el ciego Bartimeo vivió, que puedas identificarte con él para poder percibir que el Señor te escucha, se fija en ti, te llama y te devuelve la vista para que puedas seguirle con fidelidad.
2. ¿Hay algo en ti que te haga sentirte como nuestro personaje? ¿Hay aspectos que no terminas de ver en tu seguimiento del Señor? ¿Descubres ataduras que te hacen estar a veces al borde del camino, pecados que te impiden caminar con más agilidad y soltura? ¿Te sientes necesitado y ves que te falta algo?
3. Fíjate en la escena, ve leyendo el evangelio con detenimiento tratando de percibir todos los detalles que se han descrito. Escucha cada una de las palabras, a la gente, al ciego que grita y llama a Jesús, el diálogo entre ambos.
4. El ciego llevaba mucho tiempo pidiendo, era mendigo, pero la gente no podía darle lo que más necesitaba, ¿descubres que a ti te sucede algo parecido?
5. Haz como el ciego, pide misericordia, si parece que no te escucha grita más. La oración no son muchas palabras: el ciego solo pronunció el nombre de Jesús y pidió misericordia. Dios es rico en misericordia y sabe como ejercitarla.
6. El Señor te llama, suelta lo que tienes y dirígete a su lado. Deja que te pregunte igual que a aquel hombre: “¿Qué quieres que haga por ti? Responde con tus propias palabras dando sentido a lo que el ciego dice: “Maestro, que vuelva a ver.”
7. Presenta al Señor tu deseo de seguirle, de querer vivir en fidelidad a él y date cuenta que el día que comienza es el momento para comenzar el camino.

LAS CURACIONES II: LOS DIEZ LEPROSOS

Evangelio según San Lucas 17, 11-19

Yendo Jesús camino de Jerusalén, pasaba entre Samaría y Galilea. Cuando iba a entrar en un pueblo, vinieron a su encuentro diez leprosos, que se pararon a lo lejos y a gritos le decían:

—Jesús, maestro, ten compasión de nosotros.

Al verlos, les dijo:

—Id a presentaros a los sacerdotes.

Y mientras iban de camino, quedaron limpios. Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos, y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias.

Este era un samaritano.

Jesús tomó la palabra y dijo:

—¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios?

Y le dijo:

—Levántate, vete: tu fe te ha salvado

La lepra es una enfermedad mortal, al menos lo era antes de que se encontrara una cura eficaz para ella. Además del significado físico que tenía por el que la carne se iba pudriendo tenía un sentido religioso. Si la enfermedad en el Antiguo Testamento se interpretaba como castigo, maldición o prueba, la lepra lo era de una manera especial. Era la señal de impureza por excelencia que obligaba al enfermo a vivir apartado del resto del pueblo sin poder tener contacto con ninguna persona sana. Basta leer en el libro del Levítico las prescripciones que había que aplicar a las personas enfermas de lepra:

“El Señor dijo a Moisés y a Aarón:

— «Cuando alguno tenga una inflamación, una erupción o una mancha en la piel, y se le produzca la lepra, será llevado ante Aarón, el sacerdote, o cualquiera de sus hijos sacerdotes. Se trata de un hombre con lepra: es impuro. El sacerdote lo declarará impuro de lepra en la cabeza.

El que haya sido declarado enfermo de lepra andará harapiento y despeinado, con la barba tapada y gritando: "impuro, impuro!" Mientras le dure la afección, seguirá impuro; vivirá solo y tendrá su morada fuera del campamento.»” (Lev 13, 1-2. 44-46)

Esta era la situación de estos diez enfermos que describe el evangelio de Lucas: lejos de los demás, teniendo que gritar “impuro” para ser reconocidos a

distancia por los demás, siendo una desgracia para cualquiera que pudiera tocarlo porque quedaría también en situación de impureza, y por ello, alejado del pueblo. **Con esta conciencia salen al encuentro de Jesús, gritando y desde lejos, sin acercarse a él.**

Jesús recorre territorio pagano, entre Samaría y Galilea; antes de entrar en el pueblo, los leprosos se dirigen a él porque dentro del mismo no habrían podido estar. Era normal que se agruparan para poder sobrevivir mejor y que caminaran en grupo para defenderse. Es curioso que, al final del relato, quede constancia que iban juntas personas que en cualquier otra circunstancia nunca hubieran estado unidos, judíos y samaritanos. La enfermedad y la pobreza acerca a los que se encontraban lejos por su forma de concebir la fe. Veamos algún detalle de este encuentro:

1. Como decíamos son un grupo de leprosos **unidos por su enfermedad, que, desde lejos, gritan a Jesús**. Seguro que había oído hablar de él de sus milagros, de su misericordia para con los enfermos. Le reconocen como maestro y así se dirigen a él. Al contrario que Marcos, que utilizaba la palabra hebrea en el texto de ayer, Lucas utiliza el término griego ἐπιστάτα porque escribe para quienes no conocen bien el hebreo o lo desconocen. Sin embargo gritan a Jesús con el mismo verbo que podíamos escuchar ayer en labios del ciego –ἐλεέω– **pidiendo misericordia**. No es necesario añadir más sobre este término.
2. Jesús les responderá sin acercarse a ellos, dando por supuesta la curación, porque los invita a ir al sacerdote para que pueda declararlos puros, tal y como indica la escritura: “pero si la úlcera cambia, volviéndose blanca, el afectado ha de presentarse al sacerdote. El sacerdote lo examinará, y al ver que la llaga se ha vuelto blanca, declarará puro al afectado por la enfermedad: es puro” (Lev 13, 16-17).
3. Cuando comienzan su camino se darán cuenta que han quedado limpios. Su fe y la acción del Señor han hecho posible la curación que se realiza en medio de este camino. Era necesario que el sacerdote los declarara puros para que pudieran reinsertarse de nuevo al pueblo creyente, sin embargo, en este momento, los que habían estado unidos antes y gritaban juntos a una sola voz ahora se separarán. **Uno sólo vuelve ante el Señor: el samaritano.**
4. Podemos atender a los gestos de este hombre: **viene gritando, alabando a Dios, se echa a sus pies y da gracias**. Una vez curado, seguirá siendo samaritano, ¿cómo iba a presentarse él a los sacerdotes? No tiene otro lugar al que acudir para reconocer la curación que ante aquel que le había sanado. No podía hacer ninguna ofrenda más que la de la acción de gracias. Habitualmente **la alabanza brota de la gratitud y se da en quienes son humildes**, por ello se postra ante Jesús, manifestando su adoración humilde y reconociendo el señorío de Cristo que ahora ha descubierto de una manera cierta.
5. Jesús reconocerá la fe de este hombre y su gratitud y, por el contrario, se extraña de la falta de agradecimiento de los otros nueve que han seguido su camino. Por ello, este hombre no sólo ha sido curado como los otros nueve,

sino que Jesús dirá que ha sido salvado, tal y como indica el verbo σωζω, que es más que una curación física

SAN BRUNO DE SEgni

Yendo Jesús camino de Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea. Cuando iba a entrar en un pueblo, vinieron a su encuentro diez leprosos.

¿Qué otra cosa son esos diez leprosos sino la totalidad de los pecadores? Al venir Cristo, psíquicamente todos los hombres eran leprosos; corporalmente no todos lo eran. Es verdad que la lepra del alma es mucho peor que la del cuerpo. Pero veamos lo que sigue: *Se pararon a lo lejos y a gritos le decían: Jesús, maestro, ten compasión de nosotros.*

A lo lejos se pararon, porque en aquellas condiciones no osaban acercarse. **Igual nos pasa a nosotros: nos mantenemos a distancia cuando nos obstinamos en el pecado.** Para sanar, para ser curados de la lepra de nuestros pecados, gritemos a voz en cuello y digamos: Jesús, maestro, ten compasión de nosotros. Pero **gritemos no con la boca, sino con el corazón.** El grito del corazón es más agudo. El clamor del corazón penetra los cielos y se eleva más sublime ante el trono de Dios. Al verlos, les dijo Jesús: *Id a presentaros a los sacerdotes.* **En Dios, mirar es compadecerse.** Los vio e inmediatamente se compadeció de ellos, y les mandó presentarse a los sacerdotes, no para que los sacerdotes los limpiaran, sino para que los declararan limpios.

Y mientras iban de camino, quedaron limpios. Escuchen esto los pecadores y examinen con diligencia su significado. Al Señor le es fácil perdonar pecados. En efecto, muchas veces al pecador le son perdonadas las deudas, antes de presentarse al sacerdote. Arrepentimiento y perdón coinciden en un mismo e idéntico momento. En cualquier momento que el pecador se convirtiere, ciertamente vivirá y no morirá. Pero considere bien cómo ha de convertirse. Que escuche lo que dice el Señor: Convertíos a mí de todo corazón con ayuno, con llanto, con luto.

Rasgad los corazones y no las vestiduras. Que quien se convierte, conviértase interiormente, de corazón, pues Dios no desprecia un corazón quebrantado y humillado.

Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos, y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias. Éste era un samaritano. En este uno están representados aquellos que, después de haber sido purificados en las aguas bautismales o han sido curados a través de la penitencia, no siguen ya al diablo, sino que imitan a Cristo, lo siguen, le alaban, lo adoran, le dan gracias y no se apartan de su servicio.

Y Jesús le dijo: *levántate, vete: tu fe te ha salvado.* Grande es, en efecto, el poder de la fe, sin la cual —como dice el Apóstol— es imposible agradar a Dios.

*Abrahán creyó a Dios, y eso le valió la justificación. Luego la fe es la que salva, la fe es la que justifica, la fe es la que sana al hombre interior y exteriormente.*⁸⁶

PARA REZAR MEJOR

En cada una de las curaciones que venimos contemplando podemos descubrir la identidad de Cristo y su poder salvador. Venciendo la enfermedad hace presente el poder de la salvación de Dios que ha irrumpido en la historia. Son signos que remiten a él, quien es de verdad la salvación del hombre, pero no todos están dispuestos a reconocerlo, convertirse y creer. El episodio de la curación de los diez leprosos nos hace descubrir este aspecto: todos son curados, pero sólo uno se postra ante él en señal de reconocimiento y gratitud.

En este tiempo debemos hacer el recorrido de estos enfermos, especialmente del samaritano, desde nuestra situación personal a la adoración y gratitud al Señor. Es necesario advertir que cada persona se encuentra en una situación diferente y hay que tener la libertad suficiente para detenernos más en el momento en el que sentimos una mayor identificación.

1. Pide que el Espíritu Santo ilumine tu propio espíritu para que puedas reconocer a Jesucristo, escuchar su palabra y experimentar en ti la salvación y el agradecimiento.
2. ¿Te imaginas lo que es vivir alejado de la gente, sintiéndote siempre diferente, teniendo que gritar continuamente tu propio mal, diciendo, “leproso, leproso”? La propia situación condiciona la propia imagen y la relación con los otros. Quizá en algo te puedas sentir así en algún aspecto de tu vida o conocer a alguien que se puede sentir como “maldito” entre los demás, siempre gritando y autolamentándose. Esa es la situación para poder hoy acercarse al Señor.
3. No importa si algo te hace sentirte alejado, diferente, desde ahí puedes gritar, aunque sea de lejos, que tenga misericordia contigo.
4. Quizá el Señor te haya pedido o te esté pidiendo, igual que a estos leprosos que vayas a la Iglesia, que te fíes, te pongas en camino para decir lo que te pasa. Es el camino de la curación ¿Te cuesta por algo hacer este recorrido? Si es así, trata de decírselo al Señor.
5. También es un buen momento para mirar a Cristo, descubrir su misericordia para contigo, la invitación que no deja de hacerte para seguir adelante y postrarte ante él, como el samaritano, para agradecer todo lo que hace por ti.

⁸⁶ SAN BRUNO DE SEGNI, *Comentario al Evangelio de san Lucas, II, 40*. Leccionario Bienal Bíblico Patristico de la Liturgia de las Horas IV, Homilía del Domingo XXVIII del Ciclo B. Ediciones Montecassino.

LAS CURACIONES III: EL PARLÍTICO DE CAFARNAÚN

Evangelio según San Marcos 2, 1-12

Cuando a los pocos días volvió Jesús a Cafarnaún. se supo que estaba en casa.

Acudieron tantos, que no quedaba sitio ni a la puerta.

Él les proponía la Palabra.

Llegaron cuatro llevando un paralítico, y como no podían meterlo por el gentío, levantaron unas tejas encima de donde estaba Jesús, abrieron un boquete y descolgaron la camilla con el paralítico.

Viendo Jesús la fe que tenían, le dijo al paralítico:

—Hijo, tus pecados quedan perdonados.

Unos letrados, que estaban allí sentados, pensaban para sus adentros:

—¿Por qué habla éste así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados fuera de Dios?

Jesús se dio cuenta de lo que pensaban y les dijo: —¿Por qué pensáis eso? ¿Qué es más fácil: decirle al paralítico «tus pecados quedan perdonados» o decirle «levántate, coge la camilla y echa a andar»?

Pues, para que veáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados... entonces le dijo al paralítico:

—Contigo hablo: Levántate, coge tu camilla y vete a tu casa.

Se levantó inmediatamente, cogió la camilla y salió a la vista de todos.

Se quedaron atónitos y daban gloria a Dios diciendo:

—Nunca hemos visto una cosa igual.

Otra nueva curación, en este caso un paralítico. Nos encontramos en Cafarnaún, en torno al lago de Geneseret. Es un pueblo pequeño y forma parte del recorrido que Jesús va realizando en el comienzo de su vida pública predicando la llegada del Reino de Dios, realizando signos y obras que manifiestan esta irrupción e invitando a todos a incorporarse la salvación por medio de la conversión y de la fe. En este contexto sitúa el evangelista la curación del paralítico. Está predicando la palabra de Dios en una casa, como hacía en otras ocasiones.

Este hombre, por su condición, no podía ir por sí mismo, **necesitaba de los demás para poder ir de un lugar a otro**, tal y como afirma el evangelio porque era transportado por cuatro hombres que le llevaban sobre una camilla. No se dice si eran de Cafarnaún o venían de lejos, pero el hecho de ser cuatro personas indica que podían ser de otro pueblo de alrededor. Como hemos podido ver en la multiplicación de los panes, la gente acudía a Jesús de todos los lugares en torno al lago.

También es habitual que el evangelio nos hable de grandes multitudes que, en este caso, impiden que los que llevan al enfermo puedan conducirlo ante la presencia de Cristo.

La construcción de las casas era sencilla, tenían una puerta estrecha que daba acceso al interior y una terraza a la que se podría tener acceso desde el

exterior. El participio aoristo ἐξορύξαντες, del verbo ἐξορύσσω, significa hacer una abertura y arrancar; esto es lo que hicieron con lo que cubría la parte superior de la terraza, más que las tejas que conocemos, serían unas losetas sencillas. Desde este orificio descolgaron al paralítico, de manera que quedó justo delante de Jesús. No omite el evangelio todos estos detalles porque están poniendo de manifiesto lo primero que percibe el Señor: **la fe de aquel hombre que se ha dejado conducir por el esfuerzo que le han llevado en la camilla**. Muchas veces podemos creer que la fe no tiene que ver con el trabajo que se realiza para conseguir algo, todo lo contrario, **el esfuerzo tiene que ver mucho con la fe**; no se deja de hacer todo lo necesario para poder estar cerca del Señor, para escuchar su palabra y experimentar su salvación.

Podemos dividir el relato en las diferentes escenas que lo componen para que permita mejor acercarnos a él:

1. Hay tal cantidad de gente que, no sólo está llena la casa, sino que hay mucha gente a la puerta que impiden el paso al interior. Todo ello no hace desistir a los que transportan al paralítico, todo lo contrario, **la dificultad agudiza el ingenio para quien no quiere volver a casa sin hacer aquello para lo que habían salido**. La fe manifestada en el esfuerzo de los que le llevan y del paralítico que se deja llevar hace descubrir una manera en la que hay que acercarse al Señor.
2. El Señor valora la fe que tiene aquel hombre y aquellos que le llevan en la camilla porque **han puesto todos los medios** para estar ante él. Se puede suponer que los que le llevaban se habían quedado arriba; su labor había terminado, ahora el centro del relato lo ocupa Jesús y el paralítico, parece que todo lo que estaba sucediendo hasta entonces quedara detenido, centrándose la atención en el paralítico.
3. Jesús tomará la iniciativa; a la fe del hombre responde la acción de Cristo. Es fundamental detenerse en las palabras que pronuncia: “hijo, tus pecados quedan perdonados.” **Pone de manifiesto la relación entre la parálisis y el pecado, entre el origen y las consecuencias. El perdón no es sólo una palabra judicial que levanta una condena, es una rehabilitación total de la persona**, una vuelta al estado original, como si nunca hubiera existido la enfermedad.
4. El pensamiento de uno de los maestros de la Ley no es nada extraño; cualquier entendido en la Escritura podría reconocer que **el perdón de los pecados es potestad de Dios**, no es algo que ningún hombre puede conceder ni se puede arrogar para sí algo que sólo le corresponde a Dios. Es una blasfemia.
5. Jesús manifiesta que escruta los corazones, reconoce los pensamientos al poner de manifiesto lo que permanece oculto y que estaría también en la mente de muchos. La respuesta que da hace descubrir su autoridad, con la que habla y con la que actúa; **si la parálisis es fruto del pecado, poder hacer que aquel hombre camine lleva implícito el perdón**, se diga lo que se diga, lo importante es lo que se realiza y lo que manifiesta. Pero hay algo más, Jesús quiere dejar claro que si aquel hombre puede llegar a caminar es porque **él tiene la autoridad que le corresponde a Dios mismo para perdonar los pecados**. Nos encontramos así con una verdadera epifanía, una

manifestación de la realidad divina oculta en la humanidad de Jesús de Nazaret: “Pues, para que veáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados... entonces le dijo al paralítico: Contigo hablo: Levántate, coge tu camilla y vete a tu casa.” El paralítico no dijo nada, no pidió nada y el Señor supo reconocer lo que necesitaba y otorgárselo. Hay veces en las que los gestos, el camino recorrido, las barreras que se han ido superando dicen más que lo que pueden decir los labios.

6. La camilla –lugar de la postración– al ser llevada por el que era paralítico se convierte en un signo del milagro que se ha realizado; aquello a lo que estaba sujeto manifiesta ahora lo que ha sucedido; lo que antes hablaba del hombre ahora habla de Cristo que le ha curado. Aquel que no podría sostenerse a sí mismo puede cargar con aquello a lo que estaba atado y quien entró ayudado por otros es capaz de caminar ahora por sí mismo.

SAN PEDRO CRISÓLOGO

Viendo, dice, su fe. Observad en este caso, hermanos, que Dios no busca las disposiciones de los necios, no aguarda la fe de los ignorantes, no indaga los deseos sin criterio de un enfermo, sino que refuerza la fe de los demás, para conceder, no rehusar, por la gracia sola, todo lo que es propio de la divina voluntad. Pues en realidad, hermanos, cuándo el médico se informa o tiene en cuenta las preferencias de los pacientes, sabiendo que el enfermo desea y pide siempre lo que le perjudica. Por eso les suministra e impone, incluso en contra de su voluntad, ya sea el hierro, ya el fuego, ya brebajes amargos, para que así comprendan los sanos el tratamiento que hubieran podido experimentar estando enfermos. Y si al hombre no le importan las injurias, no hace caso de las maldiciones, con tal de devolver la vida y la salud a cuantos están afectados de enfermedades, cuánto más Cristo, médico de bondad divina, atraerá a la salud, incluso en contra de su voluntad y sin querer, a los enfermos que sufren del delirio de los pecados y delitos.

¡Ojalá quisiéramos, hermanos, ojalá quisiéramos todos darnos cuenta de la parálisis de nuestro espíritu! Veríamos a nuestra alma, despojada de las virtudes, estar tendida en el lecho de los vicios; nos parecería evidente que Cristo, en tanto que vigila cada día nuestros deseos nocivos, nos atrae y solicita, aunque seamos reacios, a un saludable remedio.

Hijo, dice, tus pecados te son perdonados. Al decir esto, **quería ser reconocido como Dios quien se ocultaba aún a los ojos humanos mediante su humanidad.** Porque por las virtudes y milagros era comparado con los profetas, que por medio de Él habían realizado, también ellos, prodigios; en cambio el perdonar los pecados, ya que no corresponde al hombre y es signo distintivo de la divinidad, le mostraba como Dios a los corazones de los hombres.

Prueba de esto era la envidia de los fariseos; porque cuando dijo: *Tus pecados te son perdonados*, respondieron ellos: Este blasfema; *porque ¿quién puede perdonar los pecados, sino solo Dios?*

Fariseo, que sabiendo ignoras, confesando niegas y cuando atestiguas te retractas: si es Dios quien perdona los pecados, ¿por qué Cristo no es Dios para ti,

aquel Cristo que, está demostrado, ha quitado los pecados de todo el mundo, por obra de su sola misericordia?

He aquí, dice, el cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Mas para que puedas recibir mayores pruebas de su divinidad, escucha cómo ha penetrado Él en lo más íntimo de tu corazón; mira cómo ha atravesado las tinieblas de tus pensamientos; comprende cómo ha dejado al descubierto los tácitos designios de tu alma.

Y habiendo visto, dice, Jesús sus pensamientos, les dijo: ¿Por qué tenéis malos pensamientos en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil decir: Perdonados te son los pecados, o decir: Levántate y anda? Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene potestad para perdonar los pecados —dijo al paralítico—: Levántate, toma tu lecho y vete a tu casa. Y él se levantó y marchó a su casa.

El escudriñador de las almas ha prevenido los designios malignos de las mentes y ha demostrado con el testimonio de las obras el poder de su divinidad, sanando los miembros de un cuerpo deforme, tensando los nervios, juntando los huesos, curando los órganos, fortaleciendo las articulaciones y renovando para el camino los pasos, sepultados ahora en un cadáver viviente.

Toma tu lecho, esto es, lleva lo que te llevaba, intercambia la carga, de modo que lo que era la prueba de la enfermedad sea testimonio de la curación; que el lecho de tu dolor sea señal de mi curación; que la gravedad del peso atestigüe la grandeza de la fuerza recibida.

Vete a tu casa, para que no te detengas más, después de quedar curado con la fe cristiana, en los caminos de la perfidia judía.⁸⁷

PARA REZAR MEJOR

Un nuevo milagro nos permite situarnos ante la humanidad de Cristo en la cual se manifiesta la gloria de la divinidad que permanece oculta. Ante los ojos de los testigos y protagonistas de estas acciones no siempre parece reconocida, incluso se malinterpreta y se ve en ella un signo contrario a lo que en verdad es. La contemplación nos permite poder descubrir de una forma patente lo que estaba escondido para los contemporáneos de Jesús, excepto a aquellos que se abrían a él por la fe. Para nosotros, confrontados con su palabra, sus acciones y gestos, se sigue haciendo verdad aquello que contemplamos. Hoy el Señor continúa realizando milagros, hoy continúa perdonando pecados. Pero estas acciones no siempre son inmediatas, requieren nuestro esfuerzo, a veces un largo recorrido que tenemos que realizar hasta estar en su presencia. Otras veces hay que realizar el trabajo pesado de cargar con el que está enfermo para ponerlo delante del Señor y no siempre es tarea fácil. La oración con esta palabra de Dios puede iluminar nuestros

⁸⁷ SAN PEDRO CRISÓLOGO, *Homilía 50, 4-6, sobre el paralítico*. Ciudad Nueva, Madrid, 1998, pp. 99-101.

esfuerzos en medio de todo aquello que nos cuesta superar, tanto en nuestras debilidades humanas como en las morales en las que se manifiesta el pecado.

1. Nunca olvides a comenzar a orar pidiendo, porque esto te hará darte cuenta que lo que vas a realizar no es tan sólo tarea tuya, sobre todo lo es del Señor y de la acción de su Espíritu.
2. En la contemplación suele ser una gran ayuda tratar de leer el texto no sólo con la mente, sino con la mirada, el oído, la ayuda de la imaginación que permite ver la escena; así nos podemos situar en ella de una manera activa, viendo el lugar en el que nos colocamos, desde aquello en lo que nos sentimos más identificados.
3. ¿Dónde te pondrías tú? ¿Con qué personaje te identificas más? No quieras sacar conclusiones antes de tiempo. Una vez hecho esto, ¿qué harías o dirías ante el Señor? Trata de hablar con él, escucha lo que tenga que decirte, porque las palabras que puedes leer pueden cobrar un especial interés para ti.
4. “Hijo, tus pecados están perdonados”. “Levántate, coge tu camilla y vete a tu casa”. “El Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados”. Son palabras de Cristo que siguen teniendo fuerza hoy para ti ¿Qué le tendrías que agradecer al Señor? ¿No ha habido gente que te ha ayudado o te ayuda a llevar la camilla a ti también?

LAS CURACIONES: REPETICIÓN

Los relatos evangélicos a los que nos hemos podido acercar estos días tienen una gran riqueza, recogen tres situaciones humanas diferentes que se convierten en la ocasión para encontrar al Señor. Los tres manifiestan una verdad común: la de aquellos que desde su necesidad buscan y claman a Jesús pidiendo la curación. **No tienen nada más que lo que les falta –la salud– para encontrar a Cristo.** Esto es una gran enseñanza para los que piensan que tienen que ponerse ante Dios con todo lo bueno y con las manos llenas y no con aquello que han perdido o que nunca han tenido. **La sencillez de nuestros protagonistas nos enseña a gritar desde lo que necesitamos, a dejarnos llevar cuando no podemos ir solos para buscar al Señor y a confiar.** Son tres actitudes fundamentales que hay que ejercitar en la vida espiritual y en el recorrido personal que tenemos que realizar en la oración de cada día.

Repetir, no nos podemos cansar de recordarlo, es de una gran importancia, ya que nos permite volver al lugar en el que hemos encontrado algo especial en algunas ocasiones y, otras veces, resistencias o dificultades que parecían detenernos; nos ayuda a disfrutar de lo conseguido y a ejercitarnos en el esfuerzo, como el ciego que gritaba más cuando pretendían silenciarle o aquellos que ayudaban al paralítico transportando su camilla. En otras ocasiones nos permite hacer el recorrido del leproso, que se da la vuelta para ponerse de nuevo ante el Señor y mostrarle su gratitud y experimentar más plenamente la salvación. Como podemos ver es una práctica habitual en la vida de oración, tanto vocal –algo a lo que estamos más acostumbrados– como en la oración mental o de meditación y, sobre todo, en la contemplación. Siempre ha formado parte de la rica tradición espiritual de la Iglesia.

Podemos recordar algunos de los aspectos que hemos ido encontrando para poder volver sobre ellos:

1. **Buscar al Señor desde nuestra pobreza**, desde aquello que nos falta, quizá no experimentemos físicamente la enfermedad, pero sí la enfermedad del espíritu y del alma, la debilidad moral y la fuerza del pecado que esclaviza y del cual no podemos salir por nosotros mismos; también puede ser la desesperanza de ver que hay aspectos de nuestra vida en los que no crecemos adecuadamente, situaciones familiares que arrastramos y partes de nuestra historia que nos cuesta más integrar. Todo ello es nuestra ocasión para gritar al Señor, para clamar a él, ya sea a oscuras o desde lejos, incluso la ocasión para pedir ayuda a quien nos puede conducir a él porque no podemos llegar por nosotros mismos.
2. **La misericordia y la compasión forman parte del ser de Cristo**; él se ha puesto en nuestro lugar para que nosotros podamos estar en el suyo, conoce nuestra naturaleza humana; por ello, **alcanzar su gracia depende de su ser y no de nosotros mismos.** Lo único que podemos hacer es ponernos a su alcance, bajo su mirada, poder escuchar su voz y reconocer que somos acogidos, comprendidos en nuestra verdad y salvados.

3. Podemos reconocer también todo lo que ya hemos experimentado de esa acción salvífica en nuestra vida. **No empezamos de cero, no buscamos a un desconocido porque ya nos ha encontrado antes.** Es verdad que no todo está convertido y transformado, que su obra no ha terminado en nosotros, por eso necesitamos una vez y otra acudir a él. Su acción en nosotros no es una obra puntual, sino **todo un proceso** que concluye con la llamada a participar eternamente de su gloria, por eso mismo, nunca podemos dejar depender de él; no hay lugar para la autosuficiencia, ni para pensar que podemos seguir adelante por nosotros mismos. **Siempre estaremos necesitados de su gracia, de su misericordia porque ella son nuestra seguridad y nuestra garantía.** Sabemos que siempre que le necesitemos estará allí esperando, que su puerta nunca estará cerrada ni dejará de decirnos aquello que necesitemos oír.
4. Porque sabemos de él, de lo que puede realizar, no podemos dejar de reconocer que también estamos llamados a llevar a otros a él, a sostener a los que no pueden caminar por sí solos. Esta es parte de la vocación de cada uno de nosotros. Quien se ha dejado conducir, puede ayudar a los demás; quien se ha dejado llevar puede cargar con el peso de los otros. **Nuestra debilidad nos ayuda a comprender a los que son débiles y a no escandalizarnos nunca de la pobreza** de los demás porque lo experimentamos en nosotros mismos. Aprender esta lección es prepararse para servir un día a los demás.

SAN AGUSTÍN

“Oíd todos sus beneficios: *El perdona todas tus iniquidades, El sana todas tus dolencias, El rescata tu vida de la muerte, Él te corona por su misericordia y conmisericordia, El colma de bienes tu deseo, Él te renovará tu juventud cual la del águila.* Aquí tienes las dádivas. ¿Qué se debía al pecador sino el suplicio? ¿Qué se debía al blasfemo sino el fuego ardiente del infierno? No retribuyó estas cosas. No te espantes, no te aterrorices, no temas sin amor. No te olvides de todos sus excelentes beneficios ni te cambies porque no experimentes sus dádivas. ¿Qué diré malas? Si son justas, no son, malas. Para ti son malas; sin embargo, para Dios ni aun los males que padeces son malos; pues, si son justos, son buenos, pero son males para ti que los padeces. ¿No quieres que te sea mal lo que es cosa justa para Dios? No exista delante de Dios ninguna iniquidad tuya mala. Pues El no cesó de llamar, ni se descuidó de enseñar al llamado, ni dejó de perfeccionar al instruido, ni de coronar al perfecto. ¿Qué dices? ¿Que eres pecador? Conviértete y recibe estas dádivas, pues *Él, perdona todas tus iniquidades.* **Después de la remisión de los pecados, no te olvides que llevas aún cuerpo flaco; por tanto, es natural que existan ciertas inclinaciones carnales que te muevan y halaguen y que te sugieran, deleites ilícitos; pues ellas proceden de tu enfermedad.** Aún llevas carne enferma, aún no ha sido sumida la muerte en victoria; aún, esto corruptible no se vistió de

incorruptión, todavía el alma es agitada por ciertas perturbaciones después de la remisión de los pecados, todavía se halla en medio de los peligros de las tentaciones, todavía se deleita con algunas sugerencias, con otras no se deleita; con las que se deleita, alguna vez consiente y es atrapada por ellas. Estás enfermo, pero *Él cura todas tus enfermedades. No temas; se curarán todas tus dolencias. "Son grandes", dices. Pero mayor es el médico. Al Médico omnipotente no le sale al paso ninguna enfermedad incurable. Tú déjate únicamente curar; no apartes su mano; Él sabe lo que hace.* No sólo te deleites cuando acaricia, sino tolérale también cuando saja. Soporta el dolor medicinal pensando en la futura curación. Observad, hermanos míos, cuántas cosas no toleran los hombres en las enfermedades corporales para vivir algunos días más y después morir, siendo, además, estos días inciertos. Pues muchos, después de haber tolerado intensísimos dolores al ser operados por los médicos, o murieron en la operación o, curados, sobreviniéndoles alguna complicación, fenecieron. Si hubieran sabido que tenían tan cerca la muerte, ¿hubieran soportado tan intensos dolores? **Tú no soportas con incertidumbre; el que prometió la salud no puede engañarse.** El médico, al prometer la salud del cuerpo humano, algunas veces se engaña. ¿Por qué se engaña? Porque no cura lo que hizo. Dios hizo tu cuerpo, Dios hizo tu alma, y conoce el modo de restaurar lo que creó y de reformar lo que El mismo formó. Tú ponte únicamente bajo las manos del médico, pues El aborrece al que rechaza sus manos. Esta curación no se hace con manos de médico humano. Los hombres se entregan a ser ligados y sajados y se comprometen a dar una gran paga por una curación incierta y un seguro dolor. Sin embargo, Dios, que te hizo, te cura con certeza y gratis. ¡Oh alma que bendices a Dios!, sin olvidarte de sus dádivas, soporta sus manos, pues cura todas tus dolencias.

Él rescata tu vida de la corrupción. Cura todas tus enfermedades, porque rescata tu vida de la corrupción. Ved *Por qué el cuerpo corruptible sobrecarga al alma.* Luego el alma tiene vida en el cuerpo corruptible. ¿Qué vida? La que soporta la carga, la que mantiene el peso. Para pensar en Dios con la dignidad que al hombre le conviene pensar en El, ¿cuántos obstáculos, debido a la necesidad humana, no se lo impiden? ¿Cuántas cosas le apartan de ello? ¿Cuántas le tuercen la recta intención? ¿Cuántas le embarazan? ¿Qué turba de fantasmas? ¿Qué multitud de sugerencias? Todo esto se halla en el corazón humano como manantial de, gusanos que aflora de esta corrupción. Hemos dado pábulo a la enfermedad, llamemos al médico. ¿No te ha de curar el que te, hizo tal que no enfermases si hubieses querido observar la ley que recibiste de salud? ¿Por ventura no determinó y mandó lo que debías tocar y no tocar para conservar la salud? **No oíste para conservarla, oye para recibirla.** Por tu enfermedad experimentaste cuán verdaderas eran las cosas que mandó. Oiga ya, por fin, el hombre experimentado lo que no retuvo en otro tiempo avisado. ¿Qué dureza es, aquella que no la quebranta ni la experiencia? ¿Pero no te curará el que te hizo tal, que, si hubieras querido observar sus preceptos, jamás enfermases? ¿No te curará el que hizo a los ángeles y el que a ti, te ha de igualar a ellos una vez restaurado? ¿No curará al que hizo a su imagen, el que hizo el cielo y la tierra? **Te curará, pero es necesario que quieras. El cura a cualquier enfermo, pero no al que se opone a ello.** ¿Quién más dichoso que tú, puesto que de tal modo depende la salud de tu voluntad, que la tienes como en tu mano? Si quisieras conseguir algún encumbrado honor en la tierra, por ejemplo, un ducado, un proconsulado, una

prefectura, ¿acaso le obtendrías tan pronto como quisieras? ¿Por ventura seguiría a tu voluntad la dignidad? Muchos pretenden conseguir estas cosas y no pueden; pero, si las consiguen, ¿de qué aprovecha el honor a los enfermos? ¿Y quién no enferma en esta vida? ¿Quién no arrastra consigo una prolongada enfermedad? Nacer aquí en cuerpo mortal es comenzar a enfermar. Con medicamentos cotidianos se apuntala nuestra indigencia, ya que medicinas cotidianas son las reparaciones de todas nuestras necesidades. ¿No te mataría el hambre si no la aplicases su propio medicamento? ¿No te llevaría la sed a la muerte a no ser que bebiendo la amortiguases, ya que no la extingas por completo, pues, atemperada un tanto la sed, vuelve de nuevo? Por tanto, con estos medicamentos calmamos la miseria de nuestra enfermedad. Estando de pie, te cansas; sentándote, te repones; el mismo sentarse sirve de medicina para el cansancio, pero con esta medicina de nuevo te cansas, ya que no podrás estar mucho tiempo sentado. Lo que sirve de alivio para el cansancio, incoa otra nueva fatiga. Luego ¿por qué deseas estas cosas hallándote enfermo? Piensa primero en la salud (verdadera del alma), ya que, aunque esta dolencia del alma es manifiesta, no quieren considerarla los hombres. [...] Tu salud es Cristo. Luego piensa en Cristo. Toma, pues, el cáliz de su salud, puesto que cura todas tus enfermedades. Si quieres, obtendrás esta salud. Cuando intentas conseguir los honores y las riquezas, no las obtienes al instante de quererlas. Esto es cosa más excelente y sigue inmediatamente al querer. El cura todas tus dolencias, El rescata tu vida de la destrucción. **Toda tu enfermedad quedará curada cuando esto corruptible se vista de incorrupción. Tu vida fue rescatada de la corrupción; estate seguro.** Se hizo un contrato de buena fe; nadie engaña a tu redentor; nadie le apremia, nadie le fuerza. Comerció en este mundo; pagó el precio debido; derramó su sangre. El Hijo único de Dios, repetiré, derramó su sangre por nosotros. ¡Oh alma mía de tanto valor!, encúmbrate. *Rescató tu vida de la corrupción.* Demostró con el ejemplo lo que prometió en premio, pues *murió por nuestros pecados y resucitó por nuestra justificación.* **Esperen los miembros lo que se cumplió en la Cabeza.** ¿Por ventura aquella Cabeza que fue elevada al cielo no se cuidará de sus miembros? Luego *Él rescató tu vida de la corrupción.*⁸⁸

PARA REZAR MEJOR

El comentario de san Agustín que hemos leído es una buena ayuda que permite interiorizar la experiencia de la enfermedad, el pecado y la sanación del hombre desde la acción del Dios compasivo y misericordioso que salva al hombre. Cada uno de los textos evangélicos que hemos contemplado estos días nos hace descubrir esta realidad que experimentaron los protagonistas de estos relatos y que sigue siendo viva en nosotros. Poder volver, una vez más sobre ellos, con la finura y delicadeza que describe el obispo de Hipona hará que podamos seguir

⁸⁸ SAN AGUSTÍN, *Comentario al salmo 102, 6-7*. OC XXI.

profundizando en lo que se nos ha podido revelar estos días sobre el Señor y sobre nosotros mismos.

1. Lee previamente el texto de san Agustín y pide al Señor el don de poder “gustar y sentir internamente”, como afirmaba san Ignacio. No se trata de un conocimiento externo del Señor y de su misericordia, sino de percibirla real y actual en nosotros.
2. Conviene escoger una de las escenas cada día para poder volver de nuevo a ellas repasando lo que el Señor te ha podido conceder, ver oír, gustar o escuchar; también lo que has podido poner de ti mismo delante de él.
3. Vuelve a leer de nuevo el evangelio con calma, parando en las palabras que más te llaman la atención en virtud de lo que se decía en el punto anterior. Puede ayudar fijarse en las personas, en lo que expresan los verbos que aparecen, dejarse mirar por Cristo viendo como lo hace con los demás y escuchar lo que dicen como salido de ti mismo y lo que el Señor dice como algo que es también para ti.
4. Quédate en aquello que más te llega personalmente, sin querer pasar adelante y desde ahí haz un coloquio con el Señor; para ello te puede ayudar lo que hayas tomado nota en la anterior contemplación.

OTROS MILAGROS I: EL ENDEMONIADO DE GERASA

Evangelio según San Marcos 5, 1-20

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos llegaron a la orilla del lago en la región de los Gerasenos.

Apenas desembarcó, le salió al encuentro, desde el cementerio, donde vivía en las tumbas, un hombre poseído de espíritu inmundo –ni con cadenas podía ya nadie sujetarlo–; muchas veces lo habían sujetado con cepos y cadenas, pero él rompía las cadenas y destrozaba los cepos, y nadie tenía fuerza para domarlo.

Se pasaba el día y la noche en los sepulcros y en los montes, gritando e hiriéndose con piedras.

Viendo de lejos a Jesús, echó a correr, se postró ante él y gritó a voz en cuello:

–¿Qué tienes que ver conmigo, Jesús Hijo de Dios Altísimo? Por Dios te lo pido, no me atormentes.

Porque Jesús le estaba diciendo:

–Espíritu inmundo, sal de este hombre.

Jesús le preguntó:

–¿Cómo te llamas?

El respondió:

–Me llamo Legión, porque somos muchos.

Y le rogaba con insistencia que no los expulsara de aquella comarca.

Había cerca una gran piara de cerdos hozando en la falda del monte.

Los espíritus le rogaron:

–Déjanos ir y meternos en los cerdos.

Él se lo permitió.

Los espíritus inmundos salieron del hombre y se metieron en los cerdos; y la piara, unos dos mil, se abalanzó acantilado abajo al lago y se ahogó en el lago.

Los porquerizos echaron a correr y dieron la noticia en el pueblo y en el campo. Y la gente fue a ver qué había pasado.

Se acercaron a Jesús y vieron al endemoniado que había tenido la legión, sentado, vestido y en su juicio.

Se quedaron espantados.

Los que lo habían visto les contaron lo que había pasado al endemoniado y a los cerdos.

Ellos le rogaban que se marchase de su país.

Mientras se embarcaba, el endemoniado le pidió que lo admitiese en su compañía.

Pero no se lo permitió, sino que le dijo:

–Vete a casa con los tuyos y anúnciales lo que el Señor ha hecho contigo por su misericordia.

El hombre se marchó y empezó a proclamar por la Decápolis lo que Jesús había hecho con él; todos se admiraban.

Dentro de los milagros o signos que Jesús realiza, nos encontramos con unos que tienen una especial significación: la lucha contra el poder del mal en los exorcismos contra los demonios. En ellos manifiesta la victoria sobre aquellas fuerzas contrarias a Dios, siendo uno de los signos de la irrupción del Reino de Dios en su persona: “si yo expulso a los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el Reino de Dios ha llegado a vosotros (Lc 11, 20).” Los que han tenido sujetos al hombre, de una forma peculiar a través de las posesiones, son derrotados por el poder de Dios que se está manifestando en Jesucristo con toda su potencia.

Dentro de los relatos de exorcismos, el del endemoniado de Gerasa contiene una riqueza especial por todos los elementos que aparecen: la descripción del endemoniado, la incapacidad de los hombres por hacer algo en su favor, el reconocimiento de los demonios de la filiación divina de Jesús, la fuerza definitiva del Señor con su palabra sobre los espíritus inmundos, la reacción de la gente y la respuesta del que ha sido sanado. Iremos describiendo cada uno de estos detalles que nos acerca el evangelista Marcos:

1. Gerasa estaría situada en torno al Lago de Galilea, puesto que llegan a ella después de haber desembarcado. Nos encontramos en los primeros momentos de la predicación de Jesús y los primeros signos que va realizando en la Galilea de los gentiles. Llama la atención la indicación del evangelista, **parece que no hay demora, como si lo estuviera esperando**, porque aquel hombre poseído sale a su encuentro “apenas habían desembarcado”.
2. ¿Qué le sucedía a aquel hombre? Fijémonos en la raíz del problema y después en las consecuencias del mismo. Nos dice que había sido poseído por un espíritu inmundo, tal como afirma nuestro texto. Si atendemos a la expresión griega *ἄνθρωπος ἐν πνεύματι ἀκαθάρτῳ* nos daremos cuenta que se nos dice que era un hombre con un espíritu impuro. El adjetivo *ἀκάθαρτος* lo encontramos en los evangelios sinópticos y en Pablo para designar la realidad de algo impuro, tanto referido a los espíritus como a las comidas, a las manos que no han sido lavadas antes de comer, etc. El hombre que tiene contacto con realidades impuras queda impuro, contaminado, pierde su situación de limpieza exterior ante los hombres y ante Dios y no puede acercarse al ámbito de lo sagrado si no ha sido purificado antes. Por lo tanto, este hombre **tenía un espíritu separado de Dios, fuera del ámbito de la gracia que había transformado a esta persona convirtiéndolo también en alguien impuro, y además, sometido al control de este espíritu que lo tenía subyugado**.
3. **¿Cuál era su situación?** Vivía entre los muertos, junto a las tumbas y también en los montes. Su lugar no estaba junto a los hombres y su comportamiento era el de una persona que no tenía control de sí mismo: se hería con piedras, no se le podía sujetar de ninguna forma. Este espíritu impuro le había sometido de tal manera que no era dueño de sus propias acciones y atentaba contra su misma persona. Nadie pudo hacer algo para ayudarlo. **Todo parecía que estaba perdido para él**.
4. Sin embargo, llama poderosísimamente la atención que sale corriendo al encuentro de Cristo y se postra ante él. Es el espíritu que tiene el control de este hombre el que reconoce al Hijo de Dios; lo que permanece oculto para los hombres está de manifiesto para los demonios, conocen su identidad y,

por ello, su poder. La pregunta que realiza –*¿Qué tienes que ver conmigo, Jesús Hijo de Dios Altísimo? Por Dios te lo pido, no me atormentes*– demuestra lo que estamos diciendo: Sí, los espíritus impuros pueden confesar la fe de los creyentes, reconocer a Cristo, postrarse ante él, pero esto no significa que estén en el ámbito del bien, todo lo contrario. Si hacen esto es porque quieren evitar que el que es más poderoso intervenga en su contra. **No es suficiente conocer todo del Señor, hay que vivir bajo su autoridad y su voluntad**, El conocimiento sin el amor no sirven.

5. Después de todo lo que han dicho este grupo de demonios –llamado Legión– demuestra que lo único que quieren de Jesús es que les permita seguir en esa región. En el fondo, el espíritu estaba hablando porque Jesús le estaba increpando, diciéndole: “sal de este hombre.” En parte atenderá a su petición porque les permite salir del hombre e ir a entrar en los cerdos, animal impuro por excelencia entre los judíos. Detrás de ello esta la creencia de que estos espíritus sólo podían estar en el interior de alguna persona o de algún animal. El final será que los cerdos se precipitarán por el monte hacia el lago ahogándose y el hombre quedará libre.
6. El que antes no tenía ningún control de sí mismo, ahora se encuentra sentado, vestido y en su juicio. **Había desaparecido aquello que le tenía sometido** y había vuelto a recuperar su identidad, su dignidad y el comportamiento propio de un hombre.
7. En último lugar encontramos **las reacciones**: los porquerizos, después de lo que escucharon y ver lo sucedido estaban asustados (ἐφοβήθησαν), y por ello le piden que se aleje de aquel lugar. El que estaba endemoniado, ahora en su sano juicio, pide a Jesús que le deje incorporarse al grupo de los suyos como un discípulo y seguirle. Jesús no se lo permitirá. **La llamada no es una iniciativa personal**, sino de Cristo, pero esto no indica que no le envíe una misión, no la que él pensaba, sino la que debía realizar: ir de nuevo con los suyos, de los que llevaría alejado mucho tiempo, para anunciarles la misericordia que el Señor había tenido con él.

De esta manera se ha manifestado el poder de Dios en su Hijo, lo oculto aparece manifiesto para los espíritus impuros y para los hombres, pero los hombres parecen tener más miedo de la acción de Dios y estar más cerrados ante ella que el temor que les despiertan los demonios. Estos le reconocen pero no pueden someterse a la voluntad de Dios nada más que cambiando de lugar donde habitar. El Reino de Dios está irrumpiendo haciendo que el mal pierda su poder sometiendo a las personas, pero los hombres parecen estar ciegos y no terminan de comprender todo lo que está sucediendo.

SAN AMBROSIO

[...] **Este hombre poseído del demonio es figura del pueblo gentil, cubierto de vicios, está desnudo; para el error, descubierto para el crimen.** Los otros dos son también figura del pueblo gentil: pues Noé, habiendo engendrado a tres hijos: Sem,

Can y Jafet, sólo la familia de Sem ha sido tomada por Dios como posesión suya: los otros dos formaron los pueblos de diversas naciones; uno fue maldecido por no haber cubierto la desnudez de su padre; el otro bendecido, porque con la vista hacia atrás, para no ver la vergüenza de su padre, la piedad lo condujo a cubrirlo y de esta forma eludió la maldición de la raza de su hermano.

Era agitado desde hacía mucho tiempo. Evidentemente, puesto que era atormentado desde el diluvio hasta la venida del Señor, rompiendo en su demencia furiosa los lazos de la naturaleza. Y no sin motivo nos dice San Mateo que ellos habitaban en los sepulcros; pues **tales almas parecen habitar como en tumbas y en sepulcros**: ¿qué son, en efecto, los cuerpos de los no creyentes, sino especies de sepulcros para los muertos, donde no habitan las palabras de Dios? **Era empujado hacia los lugares desiertos, es decir, estériles de virtudes espirituales, fugitivo de la Ley, separado de los Profetas, excluido de la gracia.**

Pues no sufría por un solo demonio, sino que era atormentado por una legión; la cual, a la vista del Señor, sabiendo y previendo que a la venida del Señor sería empujada hacia el abismo, comenzó a pedir que se le permitiera introducirse en una piara de cerdos. Debemos notar en primer lugar la clemencia del Señor: Él no condena a nadie el primero, sino que cada uno es el artífice de su propia pena; no son enviados los demonios a los cerdos, sino que ellos mismos lo piden, porque **no pueden resistir el resplandor de la luz celestial, como los que, teniendo malos los ojos, no pueden aguantar la luz del sol, sino que eligen los lugares tenebrosos y dejan la claridad.** Huyan, pues, los demonios del resplandor de la luz eterna y teman antes de tiempo los tormentos que ellos merecen, no previendo lo que ha de suceder, sino conociendo lo que ha sido profetizado; pues Zacarías dice: *y sucederá en aquel día, dice Yahvé de los ejércitos, que yo extirparé del país los nombres de los ídolos y no serán más recordados, y asimismo quitará de la tierra el espíritu de impureza* (Zach 13,2). Nos enseña, pues, que su malicia no perdurará siempre, para que su malicia no sea perpetua. Ahora, pues, temiendo esa pena, dicen: *tú has venido para hacernos perder.* Pero, como ellos quieren existir aún, alejándose de los hombres, a causa de los cuales saben que han de sufrir castigo, piden ser enviados a los cerdos.

¿Quiénes son estos cerdos? ¿No serán acaso aquellos de los cuales se ha dicho: *no des lo santo a los perros ni echas las piedras preciosas a los cerdos, no sea que las aplasten con los pies?* (Mt 7,6). Lo cual quiere decir que, a modo, de los animales inmundos, privados de palabra y de razón, manchan con las acciones fangosas de su vida el ornato de las virtudes naturales: Sus arrebatos los conducen a los precipicios, pues no los retiene la consideración de alguna recompensa, sino, como **empujados de arriba hacia abajo por la pendiente de la perversidad, son ahogados en las aguas entre el oleaje de este mundo,** y perecen como estrangulados, obstruidos los canales de la respiración pues para los que el ardor y fluidez de los placeres los llevan de aquí para allá sin rumbo fijo, no puede haber ninguna relación vivificante con el Espíritu.

Vemos, pues, que **el hombre es el artífice de su propio tormento.** Pues, si no hubiese vivido a la manera de un cerdo, el diablo no hubiera recibido poder sobre él; o lo recibió no para perderlo, sino para probarlo. Tal vez, no pudiendo, después de la venida del Señor, pervertir más a los buenos, busca ahora la perdición no de todos los hombres, sino de los inconstantes; del mismo modo que el ladrón no

ataca a los armados, sino a los desarmados, y llena de injurias al débil, sabiendo que sería despreciado por el fuerte o condenado por el poderoso.

Pero, dirá alguno, ¿por qué permite Dios esto al, diablo? A fin, diría yo, de que sean probados los buenos y castigados los malos. Tal es, en efecto, la pena del pecado. Lee, por lo demás, cómo Dios envía la fiebre, el temblor, los malos espíritus y la ceguera y todos los azotes, según los méritos de los pecadores (Deut 28, 59; Ps 31, 10).

Pero volvamos a nuestra lectura: *al ver esto, los dueños de la piara se enfurecieron*. Ni los profesores de filosofía, ni los jefes de la Sinagoga pueden ofrecer un remedio cualquiera a los pueblos que perecen: **Sólo Cristo puede perdonar los pecados de los pueblos con tal que ellos no rehúsen soportar el remedio**. Por lo demás, él no intenta forzar a nadie y deja a los enfermos en quienes ve que su presencia constituye una carga; tal sucedió con el pueblo de Gerasa, que, saliendo de la ciudad en la cual parecía residir la figura de la Sinagoga, le rogaba que se retirase *porque se había apoderado de ellos un gran temor*.

Es que el alma enferma no puede soportar al Verbo de Dios ni puede sostener el peso de la sabiduría; se fatiga y se hunde.

Por eso no les fue molesto por mucho tiempo, sino "subió y "se retiró"; sí, subió de lo bajo a lo alto, de la Sinagoga a la Iglesia: "y regresó por el lago", como se dice aquí, o como dice san Mateo, "por el mar" (Mt 9,1); pues entre nosotros y ellos hay un brazo de mar (cf. Lc 16,26); por eso nadie puede pasar de la Iglesia a la Sinagoga sin arriesgar su salvación y aun el que desea pasar de la Sinagoga a la Iglesia ha de llevar su cruz a fin de escapar del peligro.

Pero ¿por qué el hombre librado no es acogido, sino que serle advierte que vuelva a su casa? ¿No es para evitar una ocasión de vanagloria, y para que su ejemplo muestre a los infieles que esta morada es la ley natural? Por eso, habiendo obtenido el remedio de la curación, se le prescribe volver de las tumbas y sepulcros a esta morada espiritual, a fin de que **llegue a ser templo de Dios lo que era sepulcro del alma**.⁸⁹

PARA REZAR MEJOR

Esta manifestación de Cristo nos permite poder postrarnos ante él y adorarlo, no como los espíritus impuros, sino como el que ha sido liberado del poder del mal. El espíritu del mal puede someter la vida del creyente de distintas maneras: desde la tentación, a la esclavitud que va generando el poder del pecado para quien ha sucumbido en dicha tentación y, como un último eslabón, a la posesión del cuerpo. Este pasaje nos permite descubrir el poder del mal y sus consecuencias en el hombre y el poder de Cristo como liberador de toda esclavitud que tiene subordinado al hombre.

⁸⁹ SAN AMBROSIO, *Tratado sobre el evangelio de san Lucas, Libro VI, 44-53*. Obras de San Ambrosio I, BAC, Madrid 1966.

1. Pide la luz del Espíritu Santo para poder para poder comprender el poder del Mal, discernir adecuadamente la voluntad de Dios para ser libre frente a toda tentación y astucia del mal espíritu.
2. En el Padrenuestro el Señor nos enseñó a orar pidiendo que nos libre del mal. Es fácil quedar esclavizado por él. Por ello lee el evangelio y trata de profundizar en las consecuencias del poder del espíritu inmundo en nuestro personaje: cómo ha ido perdiendo su dignidad y su humanidad, su capacidad de relación con las personas y su alejamiento de Dios.
3. Escucha el diálogo entre Jesús y los demonios, contempla la autoridad y el poder de Cristo. Él vence lo que hombre no puede vencer, sale triunfante donde salimos derrotados. Es una llamada a la esperanza para quien quiere vivir bajo la autoridad de Cristo; él no esclaviza sino que libera; no quita nada, más bien hace al hombre libre y le devuelve su dignidad.
4. ¿Te encuentras en algo sometido, esclavizado, con dificultad para relacionarte con los demás o con Dios? ¿Hay lugares y situaciones en las que te reconoces esclavo, incluso perdiendo tus fuerzas y tu dignidad? Reconócelo ante el Señor en este rato de oración y trata de escuchar sus palabras en medio del silencio sin querer llenarlo tú todo.
5. Manifiesta al Señor tu deseo de querer seguir a su lado puesto que te ha llamado y si tienes alguna duda pregúntale para que él te responda como hizo con aquel endemoniado que se convirtió en un hombre libre que quería seguir a Cristo.

OTROS MILAGROS II: LA TEMPESTAD CALMADA

Evangelio según San Mateo 8, 23-27

En aquel tiempo, subió Jesús a la barca, y sus discípulos lo siguieron.
De pronto se levantó un temporal tan fuerte, que la barca desaparecía entre las olas; él dormía.
Se acercaron los discípulos y lo despertaron gritándole:
–¡Señor, sálvanos, que nos hundimos!
El les dijo:
–¡Cobardes! ¡Qué poca fe!
Se puso en pie, increpó a los vientos y al lago, y vino una gran calma.
Ellos se preguntaban admirados:
–¿Quién es éste? ¡Hasta el viento y el agua le obedecen!

El milagro que describe Mateo forma parte de otro tipo de signos que no tiene que ver ni con las curaciones ni con los exorcismos, sino que con las fuerzas de la naturaleza, en este caso con del viento y las olas que, por la palabra de Jesús, vuelven a recuperar la calma.

El Lago Genesaret puede pasar de la calma a la tempestad en poco tiempo. El viento puede hacer que se encrespe el agua y producir un oleaje lo suficientemente fuerte para que pequeñas embarcaciones puedan zozobrar. Si a esto añadimos la lluvia, no tan frecuente, el panorama empeora mucho más. En este caso la palabra utilizada por el evangelista para describir el fenómeno meteorológico es una palabra conocida en castellano también, literalmente “un gran seísmo” –σεισμός μέγας–. Realmente indica un terremoto, aunque también se puede utilizar para hablar de una tormenta en el mar. En una barca no muy grande, cualquier tormenta puede parecer mucho mayor que desde tierra; en este caso, el evangelista quiere dejar constancia de su potencia al indicar que era grande y que las olas cubrían la barca. El miedo que aparece en los apóstoles, hombres acostumbrados al lago y a las olas dan un mayor realismo al “seísmo” que nos describe.

El segundo detalle que se pone ante aquellos hombres y ante el que se acerca al evangelio es la tranquilidad del Señor: mientras que ellos tienen miedo y las olas entran en la barca permanece dormido. Es lo que sirve de preámbulo a la súplica de los discípulos y a la respuesta de Jesús. Fijémonos en ello brevemente:

1. “Sálvanos, Señor, que nos hundimos.” No apelan a Jesús como si fuera un experto navegante capaz de dominar cualquier clase de temporal y conducir la nave a puerto. Se refieren a él como κύριος, es decir, como Señor, con toda la autoridad que tiene este vocativo como forma de dirigirse a una gran figura de autoridad y a Dios. Pero además, **a lo que se apela es a la salvación**, a algo que uno no puede darse a sí mismo y que tiene que

suplicar a quien tiene la capacidad y la autoridad para poder hacerlo. La forma imperativa del verbo σώζω lo encontramos en el evangelio para pedir la salvación, como, por ejemplo, Pedro al hundirse en el agua, como veremos en la próxima contemplación, o las palabras que dirigen a Jesús cuando está en la cruz, diciéndole que se salve a sí mismo. Son situaciones en las que está en peligro la vida. De él, la palabra salvador –σωτήρ– con la que se anuncia el nacimiento de Jesús a los pastores (Lc 2, 11). También lo podemos encontrar en Jn 4, 42, Ef 5, 23 y 1 Tim 4, 10. En este último caso Pablo lo utiliza para referirse al “Dios vivo” y en la carta a los efesios, para habla de Cristo como cabeza de la Iglesia y salvador del mundo.

2. El verbo “hundirse” que encontramos en nuestra traducción es una interpretación, porque, lo que nos indica el verbo griego es una realidad mucho más amplia, como **perecer**. Así, ἀπολλύμεθα –en forma infinitiva ἀπολλυμι– indica también perderse, arruinarse o destruir. Si lo unimos al sustantivo “Señor”, y al verbo “salvar”, nos daremos cuenta que los discípulos **están reconociendo en Jesús una identidad y una capacidad de salvación que va más allá de lo que ellos podrían hacer por sí mismos**.
3. La respuesta de Jesús puede parecer desconcertante: ¿Cómo puede llamarles “cobardes” y recriminarles la falta de fe cuando se dirigen a él de esta manera? Podría tener dos interpretaciones: una primera, por no confiar en que pudieran hacerlo ellos mismos, y otra, porque tuvieron miedo, de manera que su temor manifestaba una inseguridad que no hubiera surgido si su confianza en Cristo hubiera sido mayor. Estando él en la barca no podría suceder nada, aunque estuviera dormido.
4. Jesús se dirigirá al viento y al lago, como si fueran seres vivos y se produce la calma. El verbo ἐπιτιμάω significa reprender, ordenar o exigir algo con una gran autoridad. También es el que indica la acción de Jesús sobre los espíritus inmundos. Manifiesta que la autoridad de Jesús también tiene características cosmológicas, es Señor del mundo. La calma que viene a continuación indica que **sus palabras, como la palabra creadora de Dios, son eficaces, realizan aquello que dicen**. Por el contrario, una vez más, la reacción de los discípulos, de admiración y de interrogación sobre la identidad de aquel a quien habían invocado como Señor y pedido la salvación, hacen reconocer que todavía no le conocen tanto como parecía: “¿Quién es este que hasta el viento y las olas le obedecen?”. Sin duda es mucho lo que todavía les queda por descubrir.

SAN AGUSTÍN

“Con la gracia del Señor, os voy a hablar de la lectura del santo Evangelio que acabamos de oír. En nombre del Señor **os exhorto a que vuestra fe no se duerma en vuestros corazones en medio de las tempestades y oleajes de este mundo**. No se puede aceptar que el Señor tuviera dominio sobre su muerte y no lo tuviera sobre su sueño, ni cabe la sospecha de que el sueño se apoderase del

navegante omnipotente sin quererlo él. Si esto creyerais, él duerme en vosotros; si, por el contrario, Cristo está despierto en vosotros, despierta está vuestra fe. Lo dice el apóstol: *por la fe habita Cristo en vuestros corazones*. Por tanto, también **el sueño de Cristo es signo de algún misterio. Los navegantes son las almas que pasan este mundo en un madero. También la nave aquélla figuraba a la Iglesia. Cada uno, en efecto, es templo de Dios y cada uno navega en su corazón. Si sus pensamientos son rectos, no naufragará.**

Oíste una afrenta, he ahí el viento. Te airaste, he ahí el oleaje. Soplando el viento y encrespándose el oleaje, se halla en peligro la nave, peligra tu corazón, fluctúa tu corazón. Oída la afrenta, desear vengarte. Te vengaste y, cediendo a la injuria ajena, naufragaste. ¿Cuál es la causa? Porque duerme en ti Cristo. **¿Qué significa: duerme en ti Cristo? Te olvidaste de Cristo. Despierta, pues, a Cristo, acuérdate de él, esté despierto en ti: piensa en él.** ¿Qué querías? Vengarte. ¿Se te ha pasado de la memoria que él, cuando fue crucificado, dijo: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*? Quien dormía en tu corazón no quiso vengarse. Despiértale, acuérdate de él. Recordarle es recordar su palabra. Recordarle es recordar su precepto. Si Cristo está despierto en ti, ¿qué dices en tu interior? ¿Quién soy yo para querer vengarme? ¿Quién soy yo para proferir amenazas contra un hombre? Moriré quizá antes de vengarme. Y si saliere de este mundo inflamado de ira, anhelando y sediento de venganza, no me recibirá aquel que no quiso vengarse. No me recibirá aquel que dijo: *Dad y se os dará, perdonad y se os perdonará*. Por lo tanto, calmaré mi ira y volveré a la quietud de mi corazón. Dio órdenes Cristo al mar y se produjo la bonanza.

Lo que dije respecto a la ira, aplicadlo regularmente en todas vuestras tentaciones. **Surgió la tentación, es el viento; te turbaste, es el oleaje. Despierta a Cristo; hable él contigo.** ¿Quién es este a quien obedecen el viento y el mar? ¿Quién es este a quien obedece el mar? Suyo es el mar; él lo hizo. Todo ha sido hecho por él. Con mayor motivo, imita a los vientos y al mar; obedece al Creador. **Escucha el mar la orden de Cristo, ¿y tú permaneces sordo?** Oye el mar, amaina el viento, ¿y tú soplas? ¿Qué? Lo digo, lo hago, lo finjo. ¿Qué, sino soplar, es el no querer cesar bajo la orden de Cristo? No os venza el oleaje cuando se perturbe vuestro corazón. Pero, puesto que somos hombres, **si el viento nos impulsa, si nos mueve el afecto de nuestra alma, no perdamos la esperanza; despertemos a Cristo para navegar en la bonanza y llegar a la patria. Vueltos al Señor...**⁹⁰

PARA REZAR MEJOR

El temor que produce la tempestad, la súplica de los discípulos y la manifestación del Señorío de Cristo sobre el viento y el mar contienen una importante riqueza simbólica que nos ayudan a ejercitarnos en el reconocimiento

⁹⁰ SAN AGUSTÍN, *Sermón 63, la tempestad calmada*, OC X.

de Jesucristo, de su fuerza, su poder y el crecimiento en la confianza en él. Quizá no nos encontramos en medio de una gran tormenta ni de una tempestad, pero sí, todo lo que ello simboliza: la inseguridad, el temor, el verse en peligro o en medio de algo que nos supera puede ayudar a poner en relación algunos acontecimientos que suceden en nuestra vida con este pasaje evangélico. La explicación que hace san Agustín puede hacernos ver que estamos más cerca de lo que pensamos de esta situación que describe el evangelista.

1. Comienza la oración pidiendo crecer en confianza en el Señor para que, pase lo pase y venga lo que venga, puedas seguirle sin temor. Pero también puedes suplicar conocimiento interno de Jesús para poder irte adentrando cada vez más en su misterio y su misión.
2. Piensa situaciones en las que te veas en peligro, quizá no sea físico, pero sí espiritual, moral o vocacional. Temor hacia ti mismo o hacia los demás, situaciones que tienen que ver con retos que te parecen insuperables, tentaciones... Seguro que puedes poner nombres concretos. Puedes pensar que están poniendo en cuestión tu futuro y tu respuesta al Señor pero son la ocasión que te permiten orar en estos momentos.
3. Sitúate en la escena: Jesús dormido, el viento, las olas, los discípulos tratando de mantener a flote la barca y el miedo que surge al ver que pueden perecer. Hay momentos en los que parece que el Señor duerme, que Dios no responde. Son momentos de gritar desde nuestra necesidad, como hacen los discípulos ¿Qué tiene que ver todo esto contigo? ¿Qué debes gritar a Dios?
4. Fíjate también en cómo el Señor increpó al viento y a las olas con la fuerza de su palabra. Él no permite que los suyos perezcan, también cuida de ellos. Tú estás también bajo su protección y su cuidado; no te ha llamado para dejarte solo en medio del peligro, aunque esté dormido está a tu lado y esta es la razón para confiar. Despiértale, dirígete a él y termina con un diálogo en el que explícites tu confianza en Cristo y en el Padre que la ha enviado para tu salvación.

OTROS MILAGROS III: JESÚS CAMINA SOBRE LAS AGUAS

Evangelio según San Mateo 14, 22-33

Después que se sació la gente, Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. Y, después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar. Llegada la noche, estaba allí solo.

Mientras tanto la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario. De madrugada se les acercó Jesús andando sobre el agua. Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma.

Jesús les dijo en seguida:

–¡Animo, soy yo, no tengáis miedo!

Pedro le contestó:

–Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua.

El le dijo:

–Ven.

Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua acercándose a Jesús; pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó:

–Señor, sálvame.

En seguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo:

–¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?

En cuanto subieron a la barca, amainó el viento.

Los de la barca se postraron ante él diciendo:

–Realmente eres Hijo de Dios.

El evangelio de hoy tiene algunas características comunes al que leíamos ayer: el lago, el viento y las olas, el temor, en este caso de Pedro, el poder de Cristo sobre los elementos. La reacción de Pedro y la actuación de Jesús nos ayudan a descubrir algunos aspectos necesarios para la oración y la contemplación y seguir ahondando más en el misterio de la vida de Cristo, su identidad, misión y poder salvador; pero también aparece la dimensión humana de Pedro, sus dudas, temores, inseguridad y la necesidad de salvación que experimenta al ver peligrar su vida en medio de las aguas. Fijémonos en los detalles que se describen con meticulosidad por parte de Mateo para poder entrar en toda la profundidad que nos describe esta perícopa.

1. **El momento es posterior a la primera multiplicación de los panes.** Jesús manda a la gente que vuelva a sus casas y los discípulos que se embarquen para ir a la otra orilla. El desea permanecer en la soledad para poder **orar durante la noche en el monte** como nos describen los evangelios en varias ocasiones. La noche, con la soledad y el silencio, es el momento que Jesús elige para poder entrar en diálogo con el Padre y buscar su voluntad. Mateo

quiere dejar constancia de que estaba solo cuando se hizo de noche. Este es el primer momento: después del bullicio de la gente, de la predicación, la curación de enfermos, la multiplicación de los panes y los peces, las reacciones de la gente y de los discípulos, Jesús entra en oración. No encontramos datos sobre el contenido de esta oración, pero podemos darnos cuenta de su importancia y de todo lo que Jesús podría dialogar con su Padre.

2. Han pasado varias horas, pues ya es de madrugada, el evangelio da más detalles al afirmar que era “la cuarta vigilia de la noche” –τετάρτη δὲ φυλακὴ τῆς νυκτὸς–, es decir, antes de salir el sol. Los discípulos permanecen en la barca que está alejada de tierra, literalmente “a muchos estadios de tierra” –σταδίους πολλοὺς ἀπὸ τῆς γῆς– y está siendo agitada por las olas y por el viento. En este contexto, el Señor se acerca a ellos caminando sobre el agua, no le reconocen y se asustan, hasta gritar de miedo, ya que piensan que es un fantasma. Todos los detalles quieren hacer indicar que **había pasado bastante tiempo desde que embarcaron, que era todavía de noche y permanecían en la barca sin haber llegado todavía a la otra orilla**. De esta manera se quiere dejar constancia de que Jesús no va caminando por la orilla, cerca de tierra, sino que están en un lugar mucho más profundo. Además se insiste que Jesús se acerca caminando “caminando sobre el lago” –περιπατῶν ἐπὶ τὴν θάλασσαν– para que no quede lugar a equívocos.
3. La respuesta de Jesús nos recuerda las apariciones de la resurrección cuando los apóstoles se asustan porque creen ver un fantasma: “tened valor, soy yo, no temáis” –Θαρσείτε, ἐγὼ εἰμι· μὴ φοβεῖσθε–. El verbo θαρσέω significa tener valor, animo o coraje. Es una invitación a no dejarse arrastrar por el temor. La fuerza del ἐγὼ εἰμι, que guarda directa relación con el nombre de Dios, pone de manifiesto la identidad y la autoridad de Jesús, es decir, lo que nos describe el evangelio **es una autorevelación de Jesús**, de forma parecida a los otros misterios que hemos ido encontrando en la vida pública.
4. Ahora cobra el protagonismo **el apóstol Pedro**, que necesita alguna prueba para saber que es el Maestro: no pide que se acerque para que puedan verle mejor, sino que va a lo más difícil: pedir acercarse él caminando sobre las aguas. Lo pedirá como una prueba porque desconfía, por ello dirá, “si eres tú, mándame ir a ti”. **No quiere ir para estar junto a él sino para que le demuestre que es él haciendo algo que es imposible para un hombre, poder andar sobre el lago**. Jesús le invita a hacerlo con el imperativo del verbo venir: ven –ἐλθέ–.
5. Jesús le ha invitado a acercarse, ha hecho lo que le pedía. **Contrariamente a lo que hace con los fariseos o los judíos cuando le piden un signo, hace caso a Pedro**, como si desde el principio quisiera fortalecer su débil fe o dejar claro que la fuerza y la misión de Pedro se cimienta, no sobre sí, puesto que es débil y desconfiado, sino en la autoridad de Cristo. **El Señor le pone a caminar, pero ahora se pondrá de manifiesto su poca fe y su temor. No es suficiente empezar a andar sobre el agua, hay que mantenerse sobre ella cuando sopla el viento y se siente las olas**.
6. Además de la duda inicial, ahora encontramos su **incapacidad** –puesto que se hunde– y su **miedo**; **pero ello le abre a pedir la salvación**. “Señor,

sálvame” –Κύριε, σῶσόν με– de manera semejante a como veíamos ayer que gritaban los discípulos en la barca. El apóstol, llamado a ser la roca sobre la que se cimienta la Iglesia, se hunde y tiene que gritar pidiendo ser salvado, no se puede sostener por sí mismo en la dura tarea de caminar sobre las aguas en medio de las olas y el viento. Todo ello se convierte en un símbolo de lo que le tocará hacer después, una vez que Jesús haya resucitado y ascendido a los cielos.

7. El detalle que describe el evangelio nos hace descubrir **la gran delicadeza con la que el Señor trata a Pedro: lo coge de la mano. No hace que salga a flote sino que tiene que dejarse agarrar por él para poder salvarse.** Es el Señor en persona, no solo su palabra, como cuando le invitaba a ir hacia él, el que le ayuda. Si no se deja llevar por su mano no puede hacer nada. No es su capacidad sino el mismo Señor el que le sostiene. No puede tener otra seguridad.
8. Jesús pone de manifiesto que se ha hundido porque ha dudado, **es un problema de fe, no de fuerza o de iniciativa personal.** El vocablo griego: ὀλιγόπιστε es por sí mismo la condición de una persona, alguien con una fe pequeña, insuficiente para sostenerse. La pregunta sobre la duda –“¿por qué has dudado?”– hace descubrir que es una forma de una pobre fe. **Es la fe la que hace superar las dudas aunque los elementos externos sean adversos,** la que mantiene en pie cuando parece que no es posible sostenerse
9. A continuación suben a la barca, amaina el viento y brota espontáneamente la fe de todos esos hombres asustados e incrédulos. Todo lo que sucede lo manifiestan con los gestos los gestos y con las palabras. Lo podemos reconocer en **la postración como forma de adoración debida a Dios y en la afirmación de fe:** “verdaderamente eres Hijo de Dios.”

SAN AGUSTÍN

“Más en todas las cosas que hizo el Señor nos enseña cómo hemos de vivir acá. Porque en este siglo no hay nadie que no sea peregrino, aunque no todos deseen regresar a la patria. **Y el mismo camino nos proporciona oleajes y tempestades; pero es menester que vayamos en la barca. Porque si en la barca hay peligro, fuera de ella hay desastre seguro.** Por mucha fuerza que tenga en sus brazadas el que nada en el piélago, al fin será engullido y sumergido por la inmensidad del mar. Es, pues, necesario que vayamos en la barca, esto es, que nos acojamos a un madero, para poder atravesar este mar. **Y este madero, que sustenta nuestra debilidad, es la cruz del Señor,** con la que nos signamos y nos defendemos de los embates de este mundo. Afrontamos el oleaje; pero quien nos sostiene es el mismo Dios.

Sube el Señor a orar a solas en el monte, dejando a las turbas. Ese monte significa la altura de los cielos. **Dejando las turbas, subió solo el Señor después de**

su resurrección al cielo, y allí interpela por nosotros, como dice el Apóstol. Eso es lo que significa el dejar a las turbas y subir al monte para orar a solas. Porque todavía está solo el primogénito entre los muertos, después de su resurrección, a la derecha del Padre, pontífice y abogado de nuestras preces. La Cabeza de la Iglesia está ya arriba, para que los demás miembros le sigan al fin. Y si interpela por nosotros, como en la cúspide del monte, sobre la excelsitud de todas las criaturas, es que está solo.

Entre tanto, la barca que llevaba a los discípulos, esto es, la Iglesia, fluctúa y es sacudida por tempestades de tentaciones. Y no cesa el viento contrario, el diablo que la combate y trata de impedir que llegue al descanso. Pero es aún mayor el que interpela por nosotros. Porque en esa fluctuación en que nos debatimos nos da confianza, viniendo a nosotros y confortándonos; basta que en nuestra turbación no saltemos de la nave y nos arrojemos al mar. Porque aunque la barca fluctúe, es una barca: sola ella lleva a los discípulos y recibe a Cristo. **Ella peligra en el mar; pero sin ella, la perdición es inmediata.** Mantente, pues, en la barquilla y ruega a Dios. Cuando fallan todas las decisiones, cuando no basta el gobernalle y la misma extensión del velamen causa mayor peligro que utilidad, dejando a un lado todos los auxilios y fuerzas humanos, sólo queda a los nautas la intención de orar y elevar la voz a Dios. Quien ayuda a los navegantes para que lleguen al puerto, ¿abandonará a su Iglesia y no la llevará más bien al descanso?

¿Y qué significa también el que Pedro osara llegar hasta él sobre las aguas? Con frecuencia representa Pedro el papel de la Iglesia. Al decir: *Señor, si ere tú, mándame venir a ti sobre las aguas*, ¿qué otra cosa dice sino: «Señor, si eres veraz y no mientes en nada, sea honrada también tu Iglesia en este siglo, pues eso predicó de ti la profecía»? Camine, pues sobre las agua y así venga hasta ti aquella de quien se dijo: Desearía ver tu rostro los magnates del pueblo. Pero la alabanza humana no tiente al Señor, y, en cambio, **los hombres en la Iglesia son con frecuencia perturbados por las alabanzas y honores de los hombres, y casi naufragan**; por eso, Pedro tembló en el mar, aterrado por la fuerte violencia de la tempestad. ¿Pues quién no temerá aquella voz: *Los que os llaman felices os inducen a error y dificultan las sendas de vuestros pies*? Y **pues el espíritu lucha contra la concupiscencia de la alabanza humana, bueno es que en tal peligro recurra a la oración y a la súplica**; no sea que quien se ablanda con la alabanza se vea sorprendido y anegado por la vituperación. En el oleaje grite el vacilante Pedro y diga: *Señor, sálvame*. El Señor extiende la mano y parece increparle, diciendo: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? **¿Por qué no caminaste derechamente, mirando a Aquel a quien tendías, y fiándote sólo en el Señor? Sin embargo, le saca del oleaje y no le deja perecer, pues confiesa su debilidad y solicita el auxilio divino.** Una vez que el Señor es recibido en la barca, confirmada la fe, eliminada toda vacilación, clamada la tempestad del mal, para llegar a la estabilidad y seguridad de la tierra, todo le adoran diciendo: *En verdad, tú eres el Hijo de Dios*. Y ése es el gozo eterno, con el que es conocida y amada la verdad desnuda, el Verbo de Dios, la Sabiduría por la que fueron creadas todas las cosas y la eminencia de su misericordia.”⁹¹

⁹¹ SAN AGUSTÍN, *Sermón 75, 2-4.10*, OC X.

PARA REZAR MEJOR

Aunque los milagros que estamos contemplando tienen una gran similitud, cada uno permite ir haciendo nuestra la experiencia de aquellos que al encontrar a Jesús fueron salvados desde sus propias circunstancias; al mismo tiempo, son una camino para ir ahondando el misterio de Cristo vivo y presente entre nosotros. La presencia y el protagonismo de Pedro y el recorrido que va haciendo con el Señor en su preparación para la tarea que él le encomendará, nos ayuda a reconocernos en el apóstol y a reconocer al Señor en nosotros y en nuestro peculiar camino de seguimiento de Cristo. Como el texto con el que pretendemos orar y contemplar al Señor tiene elementos diversos, es bueno recordar que cada uno debe pararse allí donde surge la identificación con el Señor y con la experiencia de Pedro para que se pueda hacer actual entre nosotros lo que encontramos en la Palabra de Dios, siempre viva y eficaz entre nosotros.

1. Comienza pidiendo el don de la oración. Al Padre que te acerque a su Hijo, que te lo de a conocer, a Cristo que te conceda amarle y seguirle con fidelidad; al Espíritu que te de conocimiento y sabiduría para poder penetrar en la insondable riqueza que es la contemplación del evangelio. Acude también a la intercesión de María para que te ayude a guardar en tu corazón todo aquello que se te va revelando.
2. Ve leyendo el evangelio. Puedes realizar una lectura seguida fijándote bien en cada uno de los detalles para poder, en un segundo momento, ir al instante de la escena que produce en ti una mayor atracción o genera una mayor sensibilidad espiritual.
3. No olvides que no se trata de dar vueltas, sino de mirar y escuchar lo que está sucediendo, permitiendo que se vaya revelando lo que en un principio puede parecer oculto. Cada detalle es importante porque puede ayudarnos a identificarnos con aquello que está sucediendo y que nos hable a nosotros más directamente: el Señor en la noche orando al Padre, la búsqueda de los apóstoles en el Lago, el temor que experimentan, la falta de confianza y la petición de pruebas, la falsa seguridad, el hecho de hundirse, la mano de Cristo que levanta a Pedro. No hay que pasar por alto ningún detalle. En todos se va revelando la verdad de Cristo.
4. Escucha al Señor y habla con él ¿Podrían estar dirigidas a ti las palabras con las que habla a Pedro? ¿Necesitas también de su mano? Déjate sostener, permite que sea su mano la que te levanta y te ayuda a seguir adelante. En la cercanía de Jesús, Pedro va saliendo de su autosuficiencia, de sus temores y, antes que poder realizar ninguna misión, va conociendo más al Señor.
5. Si te queda tiempo puedes concluir haciendo la misma adoración que realizaron los apóstoles confesando a Cristo como el Hijo de Dios.

OTROS MILAGROS IV: REPETICIÓN

Salmo 93

El Señor reina, vestido de majestad,
el Señor, vestido y ceñido de poder:
así está firme el orbe y no vacila.

Tu trono está firme desde siempre,
y tú eres eterno.

Levantán los ríos, Señor,
levantan los ríos su voz,
levantan los ríos su fragor;

pero más que la voz de aguas caudalosas
más potente que el oleaje del mar,
más potente en el cielo es el Señor.

Tus mandatos son fieles y seguros;
la santidad es el adorno de tu casa,
Señor, por días sin término.

Este salmo canta la alabanza a Dios como Rey por su victoria sobre las fuerzas del caos, representadas en las aguas. El cielo es la morada de Dios desde donde ejerce su soberanía y da firmeza a la existencia por encima de las fuerzas amenazantes para el hombre y para la historia.

Este salmo nos permite poder volver a las escenas que hemos contemplado para realizar la oración de repetición, profundizando en lo anterior con las palabras que nos presta el Salmo para orar. En él podemos descubrir posibilidad de ejercitar la mirada y la escucha al contemplar y percibir la amenaza de la fuerza impetuosa de las aguas caudalosas y del oleaje del mar y, al mismo tiempo, la acción de Dios, más potente que las voces y hechos anteriores. **Es la voz de Cristo que hemos podido escuchar en medio del lago, mandando callar a las aguas, que manda a Pedro acercarse a él, que tiene autoridad sobre los espíritus inmundos.** Es la voz de Dios que se eleva por encima de todo y nos hace descubrir su gloria y su fuerza.

¿Nos podría ayudar la repetición de la oración realizada en los días anteriores a alabar al Señor porque nos dirige su voz cuando estamos acobardados, porque siendo una voz suave es más potente que el viento y las olas que nos amenazan? El salmo nos prestará una ayuda importante porque puede poner voz a nuestra propia voz al experimentar y reconocer la fuerza salvadora de Cristo.

Podemos imaginar al mismo Pedro, en medio del lago Genesaret, percibiendo el ruido del oleaje y la fuerza del viento que parecen ensordecen la voz del Señor que le invitaba a ir hacia él. Su fe era muy débil, quería entender su caminar sobre las aguas como un signo de seguridad porque no le bastaba la voz del Señor o no era capaz de reconocerla. Lo mismo les sucedía al resto de sus compañeros. Igual que Pedro y el resto de los apóstoles, nosotros muchas veces necesitamos vernos a nosotros mismos “caminando sobre las aguas”, parece que la voz del Señor, su presencia no nos resulta clara o no es suficiente. Necesitamos pruebas. También hay muchos ruidos y oleajes que nos impiden caminar con confianza, que a veces nos paralizan; muchas voces que han quedado grabadas en nuestro interior y no somos capaces de olvidarlas.

En medio de aquel viento y aquellas olas, será la mano del Señor y su voz la que le rescatan de su miedo, ahora más grande, porque se está hundiendo. El Señor le sostiene con su mano y con su voz cuando la fe es débil. No sólo Pedro, sino el resto de los discípulos quedarán sobrecogidos postrándose ante Jesús y confesando su fe en él. No sólo es su fuerza, sino su persona: él es el Hijo de Dios. De la misma manera que quedaron sobrecogidos los habitantes de Gerasa al ver lo que el Señor había realizado.

JUAN PABLO II

“Los “milagros y los signos” que Jesús realizaba para confirmar su misión mesiánica y la venida del reino de Dios, están ordenados y estrechamente ligados a la *llamada a la fe*. Esta *llamada* con relación al milagro *tiene dos formas*: la fe precede al milagro, más aún, es condición para que se realice; la fe constituye un efecto del milagro, bien porque el milagro mismo la provoca en el alma de quienes lo han recibido, bien porque han sido testigos de él.

Es sabido *que la fe es una respuesta del hombre a la palabra de la revelación divina*. El milagro acontece en unión orgánica con esta Palabra de Dios que se revela. Es una “señal” de su presencia y de su obra, un signo, se puede decir, particularmente intenso. Todo esto explica de modo suficiente el vínculo particular que existe entre los “milagros-signos” de Cristo y la fe: vínculo tan claramente delineado en los Evangelios.

Efectivamente, encontramos en los Evangelios una larga serie de textos en los que la llamada a la fe aparece como un coeficiente indispensable y sistemático de los milagros de Cristo.

Al comienzo de esta serie es necesario nombrar las páginas concernientes a *la Madre de Cristo* con su comportamiento en Caná de Galilea, y aún antes y sobre todo en el momento de la Anunciación. Se podría decir que precisamente aquí se encuentra el punto culminante de su adhesión a la fe, que hallará su confirmación en las palabras de Isabel durante la Visitación: “Dichosa la que ha creído que se cumplirá lo que se le ha dicho de parte del Señor” (Lc 1, 45). Sí, María ha creído como ninguna otra persona, porque estaba convencida de que “para Dios nada hay imposible” (cf. Lc 1, 37).

Y en *Caná de Galilea* su fe anticipó, en cierto sentido, la hora de la revelación de Cristo. Por su intercesión, se cumplió aquel *primer milagro-signo*, gracias al cual los discípulos de Jesús “creyeron en él” (*Jn* 2, 11). Si el Concilio Vaticano II enseña que María precede constantemente al Pueblo de Dios por los caminos de la fe (cf. LG, 58 y 63; RM, 5-6), podemos decir que el fundamento primero de dicha afirmación se encuentra en el Evangelio que refiere los “milagros-signos” en María y por María en orden a la llamada a la fe.

Esta llamada se repite muchas veces. Al jefe de la sinagoga, Jairo, que había venido a suplicar que su hija volviese a la vida, Jesús le dice: “No temas, ten sólo fe”. (Dice “no temas”, porque algunos desaconsejaban a Jairo ir a Jesús) (*Mc* 5, 36).

Cuando el padre del epiléptico pide la curación de su hijo, diciendo: “Pero si algo puedes, ayúdanos...”, Jesús le responde: “Si puedes! *Todo es posible al que cree*”. Tiene lugar entonces el hermoso acto de fe en Cristo de aquel hombre probado: “¡*Creo!* Ayuda a mi incredulidad” (cf. *Mc* 9, 22-24).

Recordemos, finalmente, el coloquio bien conocido de Jesús con Marta antes de la resurrección de Lázaro: “Yo soy la resurrección y la vida... ¿*Crees esto?* “Sí, Señor, *creo...*” (cf. *Jn* 11, 25-27).

El mismo vínculo entre el “milagro-signo” y la fe se confirma por oposición con otros *hechos* de signo negativo. Recordemos algunos de ellos. En el Evangelio de Marcos leemos que Jesús de Nazaret “no pudo hacer...ningún milagro, fuera de que a algunos pocos dolientes les impuso las manos y los curó. Él se *admiraba de su incredulidad*” (*Mc* 6, 5-6).

Conocemos las delicadas palabras con que Jesús reprendió una vez a Pedro: “Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?”. Esto sucedió cuando Pedro, que al principio caminaba valientemente sobre las olas hacia Jesús, al ser zarandeado por la violencia del viento, se asustó y comenzó a hundirse (cf. *Mt* 14, 29-31).

Jesús subraya más de una vez que los milagros que Él realiza están vinculados a la fe. “*Tu fe te ha curado*”, dice a la mujer que padecía hemorragias desde hacía doce años y que, acercándose por detrás, le había tocado el borde del manto, quedando sana (cf. *Mt* 9, 20-22; y también *Lc* 8, 48; *Mc* 5, 34).

Palabras semejantes pronuncia Jesús mientras cura al ciego Bartimeo, que, a la salida de Jericó, pedía con insistencia su ayuda gritando: “(Hijo de David, Jesús, ten piedad de mí!” (cf. *Mc* 10, 46-52). Según Marcos: “Anda, tu fe te ha salvado” le responde Jesús. Y Lucas precisa la respuesta: “Ve, tu fe te ha hecho salvo” (*Lc* 18, 42).

Una declaración idéntica hace al Samaritano *curado de la lepra* (*Lc* 17, 19). Mientras a los otros dos ciegos que invocan volver a ver, Jesús les pregunta: “¿*Creéis que puedo yo hacer esto?*”. “Sí, Señor”... “Hágase en vosotros, según vuestra fe” (*Mt* 9, 28-29).

Impresiona de manera particular el episodio de la *mujer cananea* que no cesaba de pedir la ayuda de Jesús para su hija “atormentada cruelmente por un demonio”. Cuando la cananea se postró delante de Jesús para implorar su ayuda, Él le respondió: “*No es bueno tomar el pan de los hijos y arrojarlo a los perrillos*” (Era una referencia a la diversidad étnica entre israelitas y cananeos que Jesús, Hijo de David, no podía ignorar en su comportamiento práctico, pero a la que alude con finalidad metodológica para provocar la fe). Y he aquí que la mujer llega intuitivamente a un acto insólito de fe y de humildad. Y dice: “*Cierto, Señor, pero*

también los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores". Ante esta respuesta tan humilde, elegante y confiada, Jesús replica: "*¡Mujer, grande es tu fe! Hágase contigo como tú quieres*" (cf. Mt 15, 21-28).

¡Es un suceso difícil de olvidar, sobre todo si se piensa en los innumerables "cananeos" de todo tiempo, país, color y condición social que tienden su mano para pedir comprensión y ayuda en sus necesidades!

Nótese cómo en la narración evangélica se pone continuamente de relieve el hecho de que Jesús, cuando "ve la fe", realiza el milagro. Esto se dice expresamente en el caso del parálítico que pusieron a sus pies desde un agujero abierto en el techo (cf. Mc 2, 5; Mt 9, 2; Lc 5, 20). Pero la observación se puede hacer en tantos otros casos que los evangelistas nos presentan. El factor fe es indispensable; pero, apenas se verifica, el corazón de Jesús se proyecta a satisfacer las demandas de los necesitados que se dirigen a Él para que los socorra con su poder divino.

Una vez más constatamos que, como hemos dicho al principio, ***el milagro es un "signo" del poder y del amor de Dios que salvan al hombre en Cristo***. Pero, precisamente por esto *es al mismo tiempo una llamada del hombre a la fe*. Debe llevar a creer sea al destinatario del milagro sea a los testigos del mismo.

Esto vale para los mismos Apóstoles, desde el primer "signo" realizado por Jesús en Caná de Galilea; fue entonces cuando "creyeron en Él" (Jn 2, 11). Cuando, más tarde, tiene lugar la *multiplicación milagrosa de los panes cerca de Cafarnaum*, con la que está unido el preanuncio de la Eucaristía, el evangelista hace notar que "desde entonces muchos de sus discípulos se retiraron y ya no le seguían", porque no estaban en condiciones de acoger un lenguaje que les parecía demasiado "duro". Entonces Jesús preguntó a los Doce: "*¿Queréis ir vosotros también?*". Respondió Pedro: "Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos *creído* y sabemos que Tú eres el Santo de Dios" (Cfr. Jn 6, 66-69). **Así, pues, el principio de la fe es fundamental en la relación con Cristo, ya como condición para obtener el milagro, ya como fin por el que el milagro se ha realizado**. Esto queda bien claro al final del Evangelio de Juan donde leemos: "*Muchas otras señales hizo Jesús en presencia de los discípulos que no están escritas en este libro; y éstas fueron escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre*" (Jn 20, 30-31)."⁹²

PARA REZAR MEJOR

Conviene recordar que la oración de repetición requiere una preparación más minuciosa porque es necesario poder repasar la oración de los días anteriores, las notas que hemos podido tomar porque tenemos que decidir a qué es a lo que queremos volver para poder profundizar, echar raíces en la seguridad que da el Señor con su presencia, su voz y su mano que nos sostiene. No estamos solos frente a las fuerzas del mal, ni ante las dificultades personales o la incompreensión de los

⁹² JUAN PABLO II, *Audiencia General del miércoles 16 de 1987*.

demás. El Señor nos acompaña, es nuestra garantía y nuestra seguridad. Una y otra vez nos invita a no temer porque él está con nosotros.

1. Pide al Señor que te conceda no estar sordo para escuchar su voz, que todas las voces y ruidos que hay dentro y fuera de ti no impidan que puedas escucharle una vez más.
2. Como sugerencia, podrías dedicar un día a volver sobre el episodio del endemoniado de Gerasa y otro a repetir la experiencia de los apóstoles y de Pedro en medio del Lago.
3. Recuerda lo que más te ayudó en los días que oraste con esos textos, lo que dijiste al Señor y cuáles de sus palabras quedaron más grabadas en ti porque te ayudaron a crecer en confianza, a confesar tu fe en él y a adorarlo.
4. Sitúate una vez más en la escena, junto a los protagonistas, junto al Señor y vuelve a mirar y a escuchar según vas leyendo el evangelio, deteniéndote allí donde veas que quieres pararte.
5. Si te ayuda el salmo puedes utilizarlo en el momento final de la oración o cuando lo veas conveniente para expresar tu alabanza al Señor y tu confianza confesando tu fe en él.

III PARTE: LOS MISTERIOS DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

CONTEMPLAR LOS MISTERIOS DE LA PASIÓN DEL SEÑOR: INTRODUCCIÓN

Durante todos estos días de oración se nos presentará el gran misterio de la entrega del Hijo hasta la muerte como objeto de nuestra contemplación, no de nuestra reflexión, ni siquiera de nuestra meditación. Si ya, en los días anteriores, nos hemos iniciado en la contemplación de los misterios de la vida de Cristo, ahora presentaremos unas claves particulares que recorrerán cada uno de los días que abarcan estos misterios de la pasión. Iremos descubriendo tres aspectos fundamentales: la humanidad dolorida y humillada de Jesús, la kénosis u ocultamiento de la divinidad y la presencia del pecado en todo este camino: la misma cruz, pecado con el que Cristo carga; la cruz, el pecado de los hombres que se ceba en el inocente.

En la contemplación de estos momentos se decide nuestra configuración con Cristo y el deseo de imitarle porque se muestra el *hasta el extremo* de su entrega que reclama nuestra respuesta. Esto es algo que hay que realizar con calma, sin prisas, sin querer recorrer mucho camino; es necesario que cada uno se detenga en la contemplación en el momento de la escena donde encuentra gusto y consolación dejando que le afecte para irse configurando con el Señor al contemplar la plenitud del amor manifestado en su entrega.

Encontraremos la **humanidad dolorida del Señor** ante la cual la persona es invitada a guardar silencio. Allí, todas nuestras propias ideas, tan cargadas de subjetividades, culpabilizaciones y, muchas veces justificaciones, encuentran que no tienen nada que decir. Ante Cristo que va a la muerte solo cabe el silencio, la contemplación y dejar **que sea el mismo misterio que contemplamos el que hable y actúe en nosotros, y no tanto, nosotros mismos.**

Se trata, por tanto, de salir de nosotros mismo y entrar en los sentimientos de Cristo para identificarse desde el afecto con él. Tienen que ir desapareciendo muchas de nuestras palabras innecesarias y brotar el sobrecogimiento ante lo que contemplamos, cayendo todas las autodefensas y justificaciones que esgrimimos ante los demás, ante nosotros mismos, e incluso ante el mismo Dios.

Nos enfrentaremos ante el misterio del dolor y del sufrimiento como elemento configurador en la relación con el Señor; en estos momentos, el que contempla puede sentirse bloqueado porque siempre cuesta integrar la cruz en la vida: la enfermedad, los fracasos apostólicos, la muerte de seres queridos, la soledad, el dolor físico y psíquico, etc.

La persona que ora no es centro de nada, lo es el Señor a quien hay que contemplar, y, en la medida que se encuentra en la inmediatez del misterio de Cristo, este se vuelve elocuente, y, ante él, brota el afecto y el deseo de configuración, de querer imitarle y ser como él. **Cuando llamamos y nos colocamos de esta manera ante el misterio que se nos manifiesta en la humanidad de Cristo dolorido y quebrantado**, —con palabras de San Ignacio en sus Ejercicios Espirituales— **Dios puede hablar más de lo que pensamos o podemos concebir y hacer en nosotros por un camino siempre distinto y sorprendente.**

Hay por tanto cuatro claves fundamentales —las mismas que señala San Ignacio— que hay que tener en cuenta: el padecimiento de la humanidad de Cristo,

como la divinidad se esconde y cómo este padecimiento no es en abstracto sino que es por mí y por mis pecados. Profundicemos en cada uno de estos aspectos:

1. **Miramos al sufrimiento físico y moral que se manifiesta en la humanidad de Cristo** en la cual el dolor humano adquiere unas cotas pocos superables y, a través de él podemos acceder al Misterio del Verbo encarnado porque quien tenemos ante nosotros es Dios mismo, el Hijo que está siguiendo en entrega y docilidad la voluntad de Dios, su Padre. En este sufrimiento **no sólo se hace presente la figura del Verbo sino el propio misterio del Padre**, que ahora no hace oír su voz. Así, desde la humanidad que podemos ver y oír a través de los sentidos, iluminados por la fe, accedemos al Misterio de Dios o, dicho de otra manera, se presenta el ser de Dios para nosotros en el momento de la oración. Si, por la encarnación, Dios se hace solidario con la historia humana, —uno de nosotros— ahora el grado de identificación por el amor llega hasta compartir el sufrimiento en un grado sumo; el Padre aparece detrás de este misterio de amor hasta el extremo a través de su Hijo: el Padre entregando al Hijo que asume y hace suyo el dolor humano y el Hijo entregándose a sí mismo libremente. Dios se ha abajado hasta el misterio mismo del sufrimiento, de la humanidad ultrajada y lo ha hecho como signo de ese amor entregado que irá apareciendo a lo largo de toda la Pasión.
2. **Pero el ser de Dios está escondido.** Ante la humanidad dolorida y quebrantada parece que la divinidad está más escondida que en la humildad y pobreza del pesebre: los ángeles no cantan la gloria de Dios, a nadie se le anuncia nada. **Sólo está el silencio:** el del Padre que no dice nada, el del Hijo que no da respuestas y permanece callado; cabe preguntarse dónde queda el poder de Dios, dónde está su omnipotencia, por qué el Padre permite el dolor del Hijo y por qué el Hijo no hace nada. La divinidad parece ausente ante la furia de los hombres que descargan toda la maldad del pecado sobre el inocente. Aquí, el vaciamiento del que estaba *en forma de Dios* adquiere su sentido pleno: *se vació... hasta la muerte y una muerte de cruz* (Flp 2, 7-8). Pero **cuando decimos escondida no estamos diciendo ausente, más bien manifestando otra plenitud**, la del poder verdadero que todo lo transforma: **es el poder del amor entregado y sufriente.** A Jesús sólo le queda el depender de su Padre en el silencio, aceptar su voluntad en medio del dolor físico y moral, del ultraje y del juicio de los hombres. Dios ha callado ante la maldad de los hombres pero, a través de la contemplación descubrimos que es más elocuente que nunca; que no dice nada porque lo dice todo su Hijo —que es su Palabra— aceptando su voluntad en medio de la pasión.
3. **Junto con Verdad de Dios en medio de la pasión se hace presente la otra verdad, la del pecado de la humanidad**, la de la historia de todos los hombres y la de aquellos que intervienen directamente en todo este proceso. Parece que todo el **pecado de la historia cae sobre el Hijo de Dios y hace presa en su humanidad, en su propia carne.** ¡El hombre llega a rechazar a Dios que está entregando su vida! Esta es la gran paradoja, Dios, amando hasta el extremo y el sujeto a quien va dirigido el amor, crucificándole. Sí, se ha hecho presente la Verdad de Dios y también la del hombre, **el hasta dónde del amor de Dios y el hasta dónde del pecado**

humano. Más aún han cargado con el pecado del hombre y su poder destructor hasta el extremo:

“Jesús ha llegado hasta el extremo en que nosotros nos hallábamos, acabados y muertos, y ahí ha pronunciado la palabra única y definitiva de Dios. No ha quedado destruido por esa mortífera manifestación del pecado, ni por ese cruel paroxismo contra Dios, sino que sigue siendo eternamente amante, y, de este modo, ha destruido por completo la «separación». En la medida en que Jesús ha vivido esto en toda la hondura de su condición divina y humana, y ha gustado la destrucción, la desmembración humana y la ruptura de la comunión con el Padre (Mc 15, 34) a favor de los hombres, ha cargado real y físicamente con el pecado de la humanidad; ha bebido el cáliz de dolor hasta las heces, para dar a gustar a los hombres el cáliz de la salvación.”⁹³

Dios ha hecho suyo el mal, todo lo que separaba de él y lo ha convertido por el amor sufriente y entregado en redención, en salvación y comunión del hombre con él.

4. **Todo lo que podemos contemplar en la pasión de Cristo tiene un sentido, ha sido por mí y por mi salvación, por nosotros y por todos los hombres.** Tiene un significado, no es el absurdo del dolor por el dolor sino que tiene una finalidad última: la propia salvación de todo aquel que está ante aquello que contempla, en cada escena en la que se hace real y presente lo que un día sucedió en Jerusalén hace ya más de dos mil años. Es poder vivir hoy, con palabras de la petición de S. Ignacio en los Ejercicios Espirituales, “dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas por tanta pena que Cristo pasó por mí, confusión porque por mis pecados va a la pasión el Señor”⁹⁴. Este es el salto que se da en la contemplación: lo que tengo ante mí está aconteciendo por mí que soy parte activa de esa pasión y, al mismo tiempo, pasiva, al recibir el amor y la salvación.

Esto son los elementos que iremos descubriendo en cada una de las escenas que contemplamos, en las que somos invitados a salir de la masa para quedarnos a solas con Cristo sufriente: él y yo, **lo que él ha padecido por mí y qué respuesta brota en mí.** Hay que dejar que sea la contemplación del misterio la que transforma los afectos y vence todas las resistencias. La sensibilidad solo se transforma por contagio, en la medida que nos dejamos afectar por el misterio de Cristo doliente ante quien no tenemos mucho que decir.

No se trata de sacar consecuencias morales sino identificarse con él para que en la vida cristiana se pueda responder como él, porque es él el que nos ha transformado. Por ello hay que mirar no sólo con los ojos, ni escuchar con los oídos, sino una mirada que se hace con el corazón y que se deja impresionar por la imagen que se contempla, de manera que, cuando se ha llegado a esto, afecta a nuestro propio ser y permanece para siempre en la memoria afectiva, como si quedara

⁹³ ARZUBIALDE, SANTIAGO *Op.cit.*, pg. 432

⁹⁴ SAN IGNACIO DE LOYOLA, EE 203.193.

grabado a fuego en el corazón. Lo que así se ha contemplado es algo que Dios ha dicho y que nunca olvida porque ha sido algo verdadero: **¡Le ha sucedido a Cristo, el Hijo de Dios, lo ha querido el Padre y ha sucedido por mí!** Puede que todo esto se pueda empañar o estar casi apagado, pero, el mínimo soplo del Espíritu hace que vuelva a recobrar toda su fuerza.

La presencia del Espíritu Santo es el que hace que todo prenda en el corazón, que se pueda comprender lo que se está contemplando, que se pueda escuchar y ver el misterio oculto que late detrás de lo que nos está siendo narrado y que se pone ante nosotros. Sin él no hay oración, sin él no se llega a la verdad de Cristo ni se conoce al Padre; sin él cada palabra y cada imagen las borra el paso del tiempo y son sólo un recuerdo; en definitiva, sin él no se hace posible la salvación en el espacio y el tiempo porque es él único que hace de Cristo presencia de vida y, de su pasión, salvación.

Tratando de resumir y concentrar todo lo descrito anteriormente, se puede afirmar que en Cristo doliente esta la divinidad escondida. Pero está; es **la kénosis del crucificado en el que se esconde la misma gloria de Dios**, tal y como san Juan la presenta en su evangelio en la misma impotencia de la pasión. **Es la omnipotencia de Dios que se manifiesta en la impotencia del amor que se abaja.** Dios ama al hombre de tal forma que permite el padecimiento de la humanidad de su Hijo. No basta contemplar la humanidad dolorida sino que hay que postrarse ante la divinidad que, escondida, está presente en este hombre ultrajado, auténtico *varón de dolores*.

En el primer plano nos encontramos la aparente impotencia a la que llega Dios a causa del pecado del hombre; si miramos más a fondo, en el sufrimiento del Hijo se descubre la esencia misma del pecado y su poder destructor que se ceba en el mismo Dios, hecho hombre por nuestra salvación. Es el pecado que destruye al hombre y oculta a Dios. Tener todo esto delante en la oración de contemplación produce una mayor aversión al pecado y aborrecimiento del mismo y al agradecimiento por todo lo recibido. **Se adquiere una deuda** con Cristo que, por mucho que se intente, nunca se podrá pagar. Crece el deseo de responder a un amor que nunca podrá ser correspondido del todo. Hay una distancia que llevará a una **entrega agradecida** de la vida porque se quiere estar con quien tanto te ha amado y vivir con él y como él. Esto es posible porque **la contemplación del amor entregado transforma el afecto y genera el deseo de amar como se ha sido amado.**

LA ÚLTIMA CENA I

Evangelio según san Lucas 22, 7-20

El primer día de los Ázimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos:

—«¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?»

Él envió a dos discípulos, diciéndoles:

—«Id a la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo y, en la casa en que entre, decidle al dueño: "El Maestro pregunta: ¿Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?" Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, arreglada con divanes. Preparadnos allí la cena.»

Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la cena de Pascua.

Y, llegada la hora, se sentó y los apóstoles con él, y les dijo:

—«He tenido gran deseo de comer con vosotros esta Pascua antes de padecer; pues os digo que ciertamente no lo comeré hasta que tenga su cumplimiento en el Reino de Dios.»

Y, cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias y dijo:

—«Tomadlo y repartidlo entre vosotros. Pues os digo que, ciertamente no beberé desde ahora del fruto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios.»

Y, tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo:

—«Tomad, esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros; haced esto en memoria mía.»

Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio, y todos bebieron.

Y les dijo:

—«Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que será derramada por vosotros.»

El relato de la Última Cena de Lucas es el escogido para presentar este acontecimiento en el Catecismo de la Iglesia Católica. Este evangelista distingue más claramente la diferencia entre la pascua judía y la cristiana que aparecen en la escena, siendo el contexto de la primera, el lugar donde se realiza la segunda y adquiere su significado propio la cena pascual de Jesús con los doce. Veamos algunos de los elementos que nos pueden ayudar a realizar la composición del lugar y las palabras que aparecen en este texto que hemos leído.

La cena pascual se iba realizando en torno a la participación en cuatro copas en diferentes momentos de la comida. Comenzaba con la bendición que pronunciaba el padre de familia sobre la primera copa como una oración de alabanza. A continuación se servía el primer plato, que contenía hierbas amargas,

legumbres y la salsa denominada *haroset* (una mezcla de higos, dátiles, pasas, manzanas y almendras con especias y vinagre), que venía a ser como un aperitivo antes de empezar la comida. Después de este inicio comenzaba la liturgia pascual propiamente dicha: el padre de familia pronunciaba la *haggadá* y la primera parte del *Hallel*, el salmo 114, y se bebía la segunda copa. Cuando se terminaba, de nuevo, el padre pronunciaba la oración sobre el pan ázimo y se comía el cordero pascual y las hierbas amargas con la salsa *haroset* y el vino, para realizar luego la acción de gracias sobre la tercera copa, la de la bendición. Para concluir la cena se servía la cuarta copa y se recitaba la segunda parte del *Hallel*, el salmo 115 y se pronunciaba la oración de alabanza sobre la cuarta copa.

¿Qué es lo que se iba explicando en las distintas plegarias? El pan sin fermentar era el recuerdo de la miseria padecida en Egipto; las hierbas amargas la esclavitud a la que se encontraban sometidos; el cordero, el de la compasión de Dios para con su pueblo. Todo esto se iba narrando, al tiempo que se respondía con el *Hallel* como alabanza por la liberación de Egipto y el recuerdo de las plagas.

Antes de ver el nuevo significado que adquiere la pascua celebrada por Jesús, es necesario señalar algunos aspectos sobre el momento existencial en el que se celebra, tanto por parte de Jesús, como de los doce. Al comienzo del capítulo trece del evangelio de Juan se hace constar la dirección de esta cena pascual con los suyos y de todo lo que sucederá después: “habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13, 1), pero este es el momento en que “el diablo había metido a Judas en el corazón la idea de traicionarlo” (Jn 13, 2). Será el mismo Jesús el que anuncie esta traición: “os aseguro que uno de vosotros me va a entregar” (Mt 26, 21), “uno que está cenando conmigo” (Mc 14, 18). Si esto produce tristeza en el corazón de los apóstoles (cf. Mt 26, 22; Mc 14, 19), ¿qué no producirá en el del Señor?

En este contexto se manifiesta ese **amor llevado a plenitud, hasta el último extremo, y, al mismo tiempo, la ofuscación del hombre para aceptar este mismo amor**. Hay un dato más que encontramos en Lc 22, 15: “He tenido gran deseo de comer este cordero pascual con vosotros antes de padecer.” **Esta comida estaba en el corazón del Señor**, formaba parte de su mayor deseo, tal y como podemos descubrir más claramente si nos fijamos en el texto griego: ἐπιθυμία ἐπεθύμησα. Tendríamos que traducir literalmente, con deseo he deseado. Es un hebraísmo que manifiesta una manera cumbre de desear: Jesús está abriendo el corazón a los suyos al manifestarles el deseo de la cena de pascua para hacerles partícipes de aquello que realizará más tarde en la cruz: de esta manera, la salvación se anticipa para ellos. El Señor quiere entregar a los suyos el misterio de su propia donación que ellos mismos deberán continuar realizando en su nombre. No lo hace por querer enseñarles algo, ni tampoco por querer celebrar la pascua y nada más, sino porque forma parte del deseo de su corazón que les quiere revelar y anticipar el significado de todo lo que va a suceder para que ellos mismos lo continúen haciendo presente en el tiempo.

Jesús referirá el pan directamente a sí mismo y a su cuerpo; los comensales, al participar de él, adquieren una nueva comunión con él. Si añadimos las palabras sobre la copa hacen comprender que es una comunión con quien va a ir a la muerte. Si en todas las comidas, especialmente con los pecadores, la comunión se establecía en el mismo hecho de estar con él, ahora, en esta cena, **se establece a**

través de la participación del pan y del vino de la copa, de su cuerpo y de su sangre. Podemos decir que la Eucaristía se encuentra enmarcada en la celebración de esta cena judía, pero adquiere un significado diferente por la interpretación que Jesús hace de la misma utilizando los mismos signos de Israel. No se remite ahora a la alianza antigua, a un recuerdo de sucesos salvadores pasados que el pueblo sigue agradeciendo, sino de una Alianza Nueva que no está significada en el vino, el pan y el cordero sino en su propio cuerpo y sangre.

La pascua judía hacía alusión a un recuerdo pasado, la eucaristía hace ya presente, en ese pan y ese vino, un acontecimiento futuro: la muerte de Jesucristo en la cruz. Si antes la pascua tenía que ser recordada, ahora esta última cena tendrá que ser realizada siempre en recuerdo de Jesús; de ahora en adelante no se recordará un acontecimiento pasado que liberó al pueblo de la esclavitud egipcia, sino que hará presente la entrega de Cristo en la cruz que libera al hombre de la verdadera esclavitud: la del pecado.

Además, anuncia algo que va más allá, un futuro que está ligado a la gloria futura y al triunfo definitivo de Cristo: “no beberé del fruto de la vida hasta el día que beba con vosotros el vino nuevo en el reino de mi Padre” (Mt 26, 29). De esta manera, la eucaristía es anuncio de la vida futura, de la plenitud de Reino de Dios que ha sido anticipado ya en esta última cena de Jesús con los suyos. Quien participa de ella recibe las primicias de la gloria que está por venir.

SAN JUAN CRISÓSTOMO

“[...] —¿Por qué razón celebró el Señor este misterio en el tiempo de la pascua? —Por que por todos los modos advirtamos ser Él también legislador de la antigua alianza y que las realidades de la nueva están de antemano esbozadas en ella. De ahí que donde se da la figura, el Señor añada la verdad. En cuanto a la tarde, era como símbolo de la plenitud de los tiempos y prueba de que las cosas estaban ya tocando a su fin. Y da gracias para enseñarnos que así hemos nosotros de celebrar este misterio, a par que **da a entender que no va forzado a su pasión.** Danos, en fin, la lección de que cuanto suframos, lo sepamos llevar con hacimiento de gracias. Y por las mismas circunstancias de la institución, nos da las mejores esperanzas. **Porque si la figura fue liberación de tanta esclavitud, con mucha más razón liberará la verdad a la tierra entera,** y se nos dará para beneficio de nuestra naturaleza. De ahí no haber instituido antes este misterio, sino en el momento en que habían de cesar ya las prescripciones legales. Y **así hace caducar la más importante de las fiestas judaicas trasladándola a otra mesa mucho más santa,** y dice: *Tomad, comed; éste es mi cuerpo, que por vosotros se rompe.* ¿Y cómo no se turbaron al oír esto? —Porque ya antes les había hablado muchas y grandes cosas sobre ese misterio. De ahí que ahora no se detiene en demostrárselo, pues bastante habían oído ya sobre ello. **Y les dice la causa de su pasión, que es la remisión de los pecados.** Y llama a su sangre, sangre del Nuevo Testamento, es decir, de la promesa, del anuncio, de la ley nueva. Porque esto había Él

prometido de antiguo y esto es lo que sostiene la alianza de la nueva ley. Y como en la antigua se ofrecían en sacrificio ovejas y novillos, así se ofrece en la nueva la sangre del Señor. Y por ahí mismo da a entender a los 'suyos que está próximo a la muerte. **De ahí que hable de su testamento y recuerde el antiguo, pues también el antiguo se inauguró por medio de sangre.** Y nuevamente les dice la causa de su muerte, que es la remisión de los pecados: *Mi sangre, que por muchos es derramada para remisión de los pecados.* Y añade: *Haced esto en memoria mía.* Mirad cómo los va apartando de las costumbres judaicas. Como si les dijera: A la manera que celebrabais la pascua en memoria de las maravillas de Egipto, así celebrad la Eucaristía en memoria mía. **La sangre del cordero fue derramada para salvación de los primogénitos; la mía se derrama para remisión de los pecados de toda la tierra.** Porque: *Ésta es—dice—mi sangre, que se derrama para remisión de los pecados.* Al hablar así, da a entender que su pasión y su cruz son un misterio, a par que cota ello consuela también a sus discípulos; y como dijo Moisés: *Esto será para vosotros memorial eterno,* así dice ahora el Señor: *Haced esto en memoria mía, hasta que yo venga''.* De ahí que dijera también: *Con deseo he deseado comer esta pascua con vosotros'.* Es decir, entregaros las nuevas realidades y daros una pascua por la que os he de hacer espirituales. Y Él mismo bebió de su sangre. Porque al oír eso no dijeran: ¿Cómo? ¿Conque vamos a beber sangre y comer carne?, y con ello se turbaran, como se turbaron cuando por vez primera les habló de este misterio, y muchos se escandalizaron de solas sus palabras; así, pues, porque no se turbaran también entonces, Él fue el primero en darles ejemplo, induciéndolos a que tranquilamente participaran de la Eucaristía. Por esto, pues, Él mismo bebió su propia sangre. [...]”⁹⁵

PARA REZAR MEJOR

La institución de la eucaristía en la Última Cena se convierte en un anticipo de lo que va a ser la pasión y su culminación en la cruz, pero también de la vida nueva inaugurada en la resurrección. Toda la teología que aquí aparece la podremos ir comprendiendo mejor a la luz de los relatos en los que se cumple lo que aquí se anuncia. Nosotros nos queremos situar hoy en aquel mismo lugar, en medio de Jesús y los doce para ponernos con ellos a la mesa y poder ver y oír todo lo que allí sucedió.

1. Comienza con la súplica pidiendo poder adentrarte en el amor que le lleva a Cristo a querer entregar la vida, que te ayude a descubrir el misterio de la eucaristía como acontecimiento de salvación; pide el don de poder revivir en la oración aquel momento en el que Cristo realiza lo que cada día celebramos para poder acudir a este Misterio de salvación de una manera

⁹⁵ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía 82,1 sobre san Mateo*, Obras de San Juan Crisóstomo II, BAC.

más verdadera.

2. Lee el relato de la Eucaristía desde la comprensión de la pascua judía y de la novedad que supone esta cena que Lucas relata.
3. Sitúate en el lugar, una segunda planta de una casa, donde todo había sido preparado con esmero: las hierbas, el pan, el vino, las copas, el cordero. Mira cómo van entrando Jesús y los apóstoles en aquel lugar, se recuestan junto a la mesa y comienza la cena; mira cada uno de los gestos que se van realizando, la sorpresa de los apóstoles al descubrir que Jesús está dando un nuevo significado: la alianza es nueva, no es un cordero el que muestra la misericordia de Dios sino él mismo, no se habla de una sangre ritual sino de la suya propia. ¿Qué produciría en aquellos hombres escuchar estas palabras? Detente en sus miradas, en cómo tomarían el pan, el cáliz...
4. Fíjate en Jesús: está hablando de su entrega, de todo lo que va a suceder; trata de entrar en sus sentimientos, en su manera de hablar y de mirar a los apóstoles. ¿Qué significa estar cenando anunciando una muerte por el perdón de los pecados? ¿Qué significa anticipar la culminación de la salvación yendo a la cruz?
5. Mira el pan y el vino, es Cristo, su Cuerpo y su Sangre y date cuenta que está ante ti, que sigue presente en la Eucaristía. Habla con él, pídele que te ayude a comprender este misterio del amor más grande, de su muerte, de su permanencia entre nosotros.

LA ÚLTIMA CENA II: EL LAVATORIO DE PIES

Evangelio según san Juan 13, 1-15

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo.

Estaban cenando, ya el diablo le había metido en la cabeza a Judas Iscariote, el de Simón, que lo entregara, y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido.

Llegó a Simón Pedro, y éste le dijo:

—«Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?»

Jesús le replicó:

—«Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde.»

Pedro le dijo:

—«No me lavarás los pies jamás.»

Jesús le contestó:

—«Si no te lavo, no tienes nada que ver conmigo.»

Simón Pedro le dijo:

«Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza.»

Jesús le dijo:

—«Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos. »

Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios.»

Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo:

—«¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros; os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis.»

El relato de la última Cena adquiere un significado muy peculiar, desde el lavatorio de los pies a los discípulos. El Señor adquiere la misión del siervo que realiza la función propia de los esclavos. Es un momento de especial significatividad que pone de manifiesto el alcance del ministerio salvífico de Cristo y que nos ayuda a situarnos en el horizonte en el que se ha de desarrollar nuestra vida como futuros presbíteros.

Para situarnos en este aspecto del Misterio de la Eucaristía en la Última Cena tenemos que darnos cuenta de la solemnidad con la que Juan introduce todo lo que sucede: tiene que ver que con toda la vida de Jesús, no es un momento puntual sino que es culminación de todo lo que había vivido: εἰς τέλος ἠγάπησεν αὐτοῦς (“los amó hasta el extremo”). No es la primera vez que aludimos al término “télös”, indica no sólo un grado máximo con lo que algo puede darse —en este caso el amor— sino la plenitud y la finalidad del mismo amor. Todo lo que Jesús realiza en esta cena y los acontecimientos que viene después tienen que ver con la plenitud del amor que se manifiesta en Cristo: *habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*. Sí, ciertamente los había amado antes y en él lo estaba haciendo el Padre, pero, a partir de este momento, el amor llega a su plenitud, a un grado en el que no se puede amar más.

Hay un dato más, todo esto no es un accidente que sucede y Jesús tiene que asumir. Para el cuarto evangelista está clara la conciencia con la que Jesús lo hace todo: *sabiendo Jesús que **había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre...** sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía*. No es algo sorprendente, está previsto, es esperado y había sido anunciado. Esta es la hora que no había llegado en Caná de Galilea y que, sin embargo, María anticipa; allí estaba prefigurado ya este momento; ya había sido anunciado durante la subida a Jerusalén, explicado por Elías y Moisés en la transfiguración. **La hora** indica el momento de la plenitud de la salvación, donde se va a revelar la identidad de Cristo y su gloria en un contexto de entrega hasta la muerte y sufrimiento como plenitud del amor hasta el extremo.

Este es el marco en el que se sitúa nuestro relato y esto quiere decir que aquí es donde nos tenemos que colocar en la contemplación, es decir, en todo aquello que Juan nos quiere mostrar y hacer ver en lo que el Señor se dispone a realizar. Él no relata la institución de la Eucaristía, hablará de este misterio en el capítulo sexto de su evangelio, pero introduce algo que sólo él narra: el lavatorio de pies.

Con toda la solemnidad que presenta a Jesús como Señor, levantándose de la mesa y quitándose el manto para adquirir la simbología del siervo, ciñéndose una toalla y poniéndose a los pies de los discípulos. Así lo revelará más tarde: *si yo, el Maestro y el Señor os he lavado los pies...* **El Maestro y Señor**, con toda la fuerza que tienen estos dos nombres en Juan, **ya no sólo se hace diácono, servidor de la mesa, sino siervo, que lava los pies y entrega la vida renovando al hombre en su interior**. Todo ello sin perder en ningún momento su dignidad, todo lo contrario, manifestándola en el grado más alto en el amor de quien sirve. Resuenan las palabras que San Juan referirá más tarde: *nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos* (Jn 15, 13). Quien va a dar la vida comienza lavando los pies a aquellos a los que ha enseñado, con los que ha caminado durante tres años; lo ha hecho con sus palabras, ahora lo hará con sus gestos y con su propia entrega porque lo que les quedaba por aprender no lo podrán comprender si no lo ven directamente en su maestro y señor.

Ante **la negativa de Pedro a dejarse lavar los pies**, la respuesta de Jesucristo es tajante: *si no te lavo los pies, nada tienes que ver conmigo*. Jesús quiere manifestar a Pedro con este gesto, que la comprensión del mismo **conlleva el ser partícipe o no de su persona y de su misión**. Pedro no comprende que sea

necesario llegar a niveles tan bajos para realizar la obra de la salvación; la no aceptación de que Jesús le lave los pies significa **el escándalo del apóstol**: el no puede aceptar que el Señor y el Maestro tenga que realizar esas tareas; se puede servir, pero no hasta esos extremos, porque, para él, el señorío tiene unas connotaciones distintas. No es sólo que Pedro sea poco humilde y le cueste trabajo que le tengan que servir desde tan abajo, sino que manifiesta sobre todo, la falta de comprensión de la misión de Cristo; **más que un problema de humildad es un problema de identidad de Jesús y de él mismo.**

El hecho de ponerse al nivel del suelo, despojado de la túnica, indica la forma propia de realizar dicha tarea. La medida no estará, por tanto, en el hecho de ayudar, sino ayudar desde quien se sabe en el último lugar; desde el que no puede hacer otra cosa que servir porque esa es su misión. La diaconía no es un honor que se manifiesta ayudando a los otros, sino que es aceptar el lugar del siervo, cuya única misión es esa, y que por ella no puede, ni debe, ni quiere esperar nada a cambio, porque sólo hace lo que tiene que hacer. No hay honores o satisfacciones por los servicios prestados.

Contemplar a Jesucristo desde esta dimensión se convierte en la imagen que lo dice todo, de él y de nosotros. Se trataría simplemente de **mirar la escena y al Señor, de rodillas lavando los pies de aquellos que necesitan ser servidos aunque no puedan comprender dicho servicio; de aquellos que pueden llegar a traicionar, negar y abandonar.** No se sirve para nada, sino únicamente para servir, y esto es lo que nos enseña Jesucristo, sin discursos, sin necesidad de grandes palabras, sino poniendo su vida en un nivel que no se podía sospechar.

Los apóstoles habían visto muy de cerca los distintos servicios de Jesús a los pobres, enfermos, pecadores, y ahora tienen que contemplar que ellos también tienen que ser servidos para ser partícipes de la misión de Cristo, es decir, tiene que ser lavados y purificados primero. Esto les indicará que la entrega de la vida no tiene límites para ninguna persona: *si yo he hecho esto, es para que también vosotros os lavéis los pies unos a otros.* **El que se ha dejado lavar los pies puede comprender lo que significa el tener que lavarlos a los demás;** el que no ha permitido esto, difícilmente lo hará siempre para los otros sin ningún tipo de excusas. Cristo, lavando los pies, enseña que no hay ningún pretexto para no hacerlo, y que el mismo hecho de realizarlo es el signo de identidad de aquellos que están llamados a participar de su sacerdocio.

El mismo Señor da en ese día dos mandatos que, por salir de la misma boca y porque se realizan en la misma cena son inseparables: *haced esto en memoria mía y os lavéis los pies unos a otros.* Eucaristía y servicio son inseparables, que el que está llamado a presidir los Ministerios de la salvación, está llamado a presidir el ministerio de la caridad, siendo el primero que lava los pies. Esto es lo que enseña el Señor desvelando su ser y su hacer como servicio.

BENEDICTO XVI

“Queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

"Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo" (Jn 13, 1). Dios ama a su criatura, el hombre; lo ama también en su caída y no lo abandona a sí mismo. Él ama hasta el fin. Lleva **su amor hasta el final, hasta el extremo: baja de su gloria divina. Se desprende de las vestiduras de su gloria divina y se viste con ropa de esclavo**. Baja hasta la extrema miseria de nuestra caída. Se arrodilla ante nosotros y desempeña el servicio del esclavo; lava nuestros pies sucios, para que podamos ser admitidos a la mesa de Dios, para hacernos dignos de sentarnos a su mesa, algo que por nosotros mismos no podríamos ni deberíamos hacer jamás.

Dios no es un Dios lejano, demasiado distante y demasiado grande como para ocuparse de nuestras bagatelas. Dado que es grande, puede interesarse también de las cosas pequeñas. Dado que es grande, el alma del hombre, el hombre mismo, creado por el amor eterno, no es algo pequeño, sino que es grande y digno de su amor. La santidad de Dios no es sólo un poder incandescente, ante el cual debemos alejarnos aterrorizados; es poder de amor y, por esto, es poder purificador y sanador.

Dios desciende y se hace esclavo; **nos lava los pies para que podamos sentarnos a su mesa**. Así se revela todo el misterio de Jesucristo. Así resulta manifiesto lo que significa redención. El baño con que nos lava es su amor dispuesto a afrontar la muerte. Sólo el amor tiene la fuerza purificadora que nos limpia de nuestra impureza y nos eleva a la altura de Dios. El baño que nos purifica es él mismo, que se entrega totalmente a nosotros, desde lo más profundo de su sufrimiento y de su muerte.

Él es continuamente este amor que nos lava. En los sacramentos de la purificación —el Bautismo y la Penitencia— él está continuamente arrodillado ante nuestros pies y nos presta el servicio de esclavo, el servicio de la purificación; nos hace capaces de Dios. **Su amor es inagotable; llega realmente hasta el extremo**.

"Vosotros estáis limpios, pero no todos", dice el Señor (Jn 13, 10). En esta frase se revela el gran don de la purificación que él nos hace, porque desea estar a la mesa juntamente con nosotros, de convertirse en nuestro alimento. "Pero no todos": **existe el misterio oscuro del rechazo**, que con la historia de Judas se hace presente y debe hacernos reflexionar precisamente en el Jueves santo, el día en que Jesús nos hace el don de sí mismo. El amor del Señor no tiene límites, pero el hombre puede ponerle un límite.

"Vosotros estáis limpios, pero no todos": ¿Qué es lo que hace impuro al hombre? Es el rechazo del amor, el no querer ser amado, el no amar. **Es la soberbia que cree que no necesita purificación, que se cierra a la bondad salvadora de Dios**. Es la soberbia que no quiere confesar y reconocer que necesitamos purificación.

En Judas vemos con mayor claridad aún la naturaleza de este rechazo. Juzga a Jesús según las categorías del poder y del éxito: para él sólo cuentan el poder y el éxito; el amor no cuenta. Y es avaro: para él el dinero es más importante que la

comuni3n con Jes3s, m3s importante que Dios y su amor. As3 se transforma tambi3n en un mentiroso, que hace doble juego y rompe con la verdad; uno que vive en la mentira y as3 pierde el sentido de la verdad suprema, de Dios. De este modo se endurece, se hace incapaz de conversi3n, del confiado retorno del hijo pr3digo, y arruina su vida.

"Vosotros est3is limpios, pero no todos". El Se3or hoy nos pone en guardia frente a la autosuficiencia, que pone un l3mite a su amor ilimitado. **Nos invita a imitar su humildad, a tratar de vivirla, a dejarnos "contagiar" por ella.** Nos invita - por m3s perdidos que podamos sentirnos- a volver a casa y a permitir a su bondad purificadora que nos levante y nos haga entrar en la comuni3n de la mesa con 3l, con Dios mismo.

Reflexionemos sobre otra frase de este inagotable pasaje evang3lico: "Os he dado ejemplo..." (Jn 13, 15); "Tambi3n vosotros deb3is lavaros los pies unos a otros" (Jn 13, 14). 3En qu3 consiste el "lavarnos los pies unos a otros"? 3Qu3 significa en concreto? Cada obra buena hecha en favor del pr3jimo, especialmente en favor de los que sufren y los que son poco apreciados, es un servicio como lavar los pies. El Se3or nos invita a bajar, a aprender la humildad y la valent3a de la bondad; y tambi3n a estar dispuestos a aceptar el rechazo, actuando a pesar de ello con bondad y perseverando en ella.

Pero hay una dimensi3n a3n m3s profunda. El Se3or limpia nuestra impureza con la fuerza purificadora de su bondad. **Lavarnos los pies unos a otros significa sobre todo perdonarnos continuamente unos a otros,** volver a comenzar juntos siempre de nuevo, aunque pueda parecer in3til. Significa purificarnos unos a otros soport3ndonos mutuamente y aceptando ser soportados por los dem3s; purificarnos unos a otros d3ndonos rec3procamente la fuerza santificante de la palabra de Dios e introduci3ndonos en el Sacramento del amor divino.

El Se3or nos purifica; por esto nos atrevemos a acercarnos a su mesa. Pid3mosle que nos conceda a todos la gracia de poder ser un d3a, para siempre, hu3spedes del banquete nupcial eterno. Am3n."⁹⁶

PARA REZAR MEJOR

Continuamos en el mismo escenario de ayer, el cen3culo, Jes3s a la mesa se levanta de la misma, se quita el manto y con una toalla ce3ida lava los pies a los disc3pulos. No s3lo da un sentido distinto a la Pascua refiri3ndola a su muerte y resurrecci3n sino que tambi3n se salta toda pr3ctica: si los pies se lavaban al entrar en la casa, antes de sentarse a la mesa, Jes3s hace el gesto de despojarse de su dignidad levant3ndose de ella, como Maestro y Se3or, para realizar la labor del esclavo. No se puede comprender la entrega de la vida que ayer contempl3bamos sin descubrir que es el extremo del servicio que realiza en este gesto. La limpieza que significa el lavar los pies es s3mbolo de la que realiza en su cuerpo entregado y

⁹⁶ BENEDICTO XVI, *Homil3a del Jueves Santo 13 de abril de 2006.*

su sangre derramada.

1. Ponte en oración pidiendo comprender lo que el Señor realiza, suplicando que te sea concedido dejarte lavar por el Señor, que te puedas comprender lo que significa el servicio sacerdotal que el Señor realiza y al que eres llamado.
2. Lee el evangelio de Juan fijándote en cada uno de los detalles que describe; no trates de querer leer más deprisa de lo que eres capaz de escuchar y mirar.
3. Mira a Jesús y a los apóstoles, de nuevo sus caras de sorpresa ante lo que Jesús realiza; escucha a Pedro y reconócete también en sus palabras porque te cuesta dejar que el Señor te sirva y te lave los pies, porque es difícil comprender que Dios se ponga así, a los pies del hombre.
4. Mira a Jesús: se levanta de la mesa, se quita el manto, se ciñe una toalla y se pone de rodillas, detrás de sus discípulos lavándoles los pies; ellos, reclinados en los divanes junto a la mesa, vuelven su mirada y ven lo que Jesús hace. ¡El Maestro nos lava los pies!, podrían ser sus palabras. Como decía Benedicto XVI en el texto anterior *se desprende de su gloria divina, se viste de esclavo y lava nuestros sucios pies*.
5. Ponte junto a esa mesa, reclínate en el suelo y contempla como el Señor se te acerca para lavarte los pies. ¿Qué le dices? ¿Cuál es tu actitud?
6. Trata de escuchar lo que te explica con las mismas palabras que le dijo a Pedro: *si no te lavo los pies, nada tienes que ver conmigo*. Dile al Señor todo lo que necesitas de él, todo lo que tiene que limpiar y hacer nuevo en ti y déjale que te sirva. Escúchale también cuando te dice que tú también estás llamado a lavar los pies a los demás. Pregúntale qué significa esto en tu vida y cómo puedes empezar a hacerlo.

LA ÚLTIMA CENA III: EL ANUNCIO DE LA TRAICIÓN

Evangelio según San Marcos 14, 17-20. 26-31

Al atardecer llegó él con los doce. Estando a la mesa comiendo, dijo Jesús:
«Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar uno que está comiendo conmigo.»

Ellos, consternados, empezaron a preguntarle uno tras otro:

«¿Seré yo.»

Respondió:

–«Uno de los Doce, el que está mojando en la misma fuente que yo. El Hijo del hombre se va, como está escrito de él; pero, ¡ay del que va a entregar al Hijo del hombre!, ¡más le valdría no haber nacido!»

Después de cantar el salmo, salieron para el monte de los Olivos. Jesús les dijo:

«Todos vais a caer, como está escrito: "Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas.

Pero, cuando resucite, iré antes que vosotros a Galilea.»

Pedro replicó:

«Aunque todos caigan, yo no.»

Jesús le contestó:

«Te aseguro que tú hoy, esta noche, antes que el gallo cante dos veces, me habrás negado tres.»

Pero él insistía:

«Aunque tenga que morir contigo, no te negaré.»

Y los demás decían lo mismo.

Nos encontramos en la misma cena que estamos contemplando estos días. Esta escena tiene dos partes, una en el cenáculo, y otra, en el camino hacia el Monte de los Olivos. Entre estos dos momentos encontramos la parte central del relato de la institución de la Eucaristía. Son los prolegómenos y la conclusión de la contemplación que hemos realizado ya, pero que es muy necesario detenernos en ellos. Nos fijamos que en el lugar **donde Cristo anticipa su entrega y realiza la salvación en su cuerpo entregado y su sangre derramada, se anuncia la decepción de los suyos, el abandono, la traición y la negación**. Quizá nos encontramos ante uno de los momentos de dolor moral y psicológico mayor: aquellos con los que ha compartido los últimos años, a los que ha llamado para hacerles partícipes de su misma misión, a los que ha lavado los pies y ha entregado su cuerpo y sangre son los primeros en abandonarle, negarle y traicionarle. No ha llegado este momento, pero ya Jesús lo anuncia porque ya está presente. Ha llegado "su hora" pero ésta lo es también del abandono y la traición de los suyos.

Podemos tratar de **comprender los sentimientos humanos de Cristo** que ha

hecho suyos el Hijo de Dios porque, desde la encarnación, nada de lo humano le es ajeno a Dios, todo forma parte de él en Jesús de Nazaret. Entrega de la vida y salvación; traición, abandono y decepción de los suyos. Todo **va configurando la soledad con la que Cristo se tendrá que enfrentar a su destino**. Amando hasta el extremo, el Señor, en su humanidad, se va quedando solo, se va creando junto a él un círculo de soledad por parte de los suyos. Este es el misterio que hoy contemplamos.

¿Qué va sucediendo en sus apóstoles? El primer dato lo encontramos en la consternación o tristeza profunda (λυπείσθαι) que comienzan a sentir ante el anuncio de la traición. El verbo que indica lo que les sucede volveremos a encontrarlo más tarde, en Getsemaní, pero en ese momento, en el mismo Jesús. ¿Por qué se entristecen? ¿Es el hecho de saber que uno de ellos le va a entregar o que podría ser cualquiera?

Otro antecedente de la traición también lo afirma Jesús: les indica que les va a escandalizar, que va a ser motivo de tropiezo o de caída, como indica la traducción que hemos leído. Jesús les dirá: todos os escandalizareis (Πάντες σκανδαλισθήσεσθε). El verbo σκανδαλίζω indica “ser causa de tropiezo”. Sí, Jesús va a ser la causa de su escándalo, de su tropiezo porque su fe se va a derrumbar en un primer momento ante todo lo que va a suceder. El mismo Pedro utilizará el mismo verbo que ha usado el Señor para afirmar con toda rotundidad que él no lo hará, no se escandalizará, que su fe se mantendrá firme

La tentación siempre aparece y es posible que a lo largo de la vida existan momentos en que podamos vivir que el Señor nos decepciona, que no responde a lo que esperábamos, que muchas cosas se vienen abajo. No es fácil escuchar que él tiene que dar la vida, que se pone a nuestros pies, porque, muchas veces, nos encontramos atados a una imagen de la salvación, de cómo deberían de ser las cosas y cuesta aceptar la verdad que el Señor nos ofrece. **La Eucaristía es la escuela del amor para el sacerdote y para los seminaristas**; en ella aprendemos el misterio del amor más grande y encontramos la fuerza para vencer todas las decepciones y encontrar en Cristo el remedio para nuestras fragilidades y pecados, para nuestras traiciones y nuestras impotencias; en ella encontramos siempre al Señor que, en la entrega de su amor, vence todas las dificultades.

En el amor más grande que se manifiesta en la Eucaristía se hacen patente las infidelidades personales, los abandonos de cada día, las pequeñas o grandes traiciones; pero, en ella, siempre está el Señor, esperando, aguardando a que podamos acudir a él para renovar el amor y la fuerza, encontrarnos con su misericordia para podernos apoyar en él y no en nuestras propias fuerzas.

El anuncio de la traición de Judas y de las negaciones de Pedro nos ayudan a comprender que nadie puede sentirse más seguro de sí mismo que los demás; que no podemos caer en una autosuficiencia omnipotente al encontrarnos con el propio Pedro porque con sus palabras pone de manifiesto nuestra propia realidad al afirmar, como nosotros podríamos decir cuando estamos muy seguros de nosotros mismos, que *aunque tenga que morir contigo, no te negaré*.

La Eucaristía pone de manifiesto que lo único que no falla es el Señor que encomienda que repitan eso mismo en su memoria a aquellos que le van a negar o traicionar: esto es lo que nunca desaparece y a lo que siempre tenemos que volver, dándonos cuenta que el que ha dicho *haced esto en memoria mía* también dice *me*

vas a negar. No es fácil reconocerse diciendo *seré yo, maestro*, no como pregunta sino como afirmación. La certeza de la vocación y del sacerdocio no se puede establecer sobre la propia seguridad o santidad de vida, sino que arranca directamente del Señor y se sostiene sólo en él y en sus palabras.

JUAN PABLO II

“Precisamente desde este lugar quiero dirigiros la carta, con la que desde hace más de veinte años me uno a vosotros el Jueves Santo, día de la Eucaristía y « nuestro » día por excelencia.

Sí, os escribo desde el Cenáculo, **recordando lo que ocurrió aquella noche cargada de misterio**. A los ojos del espíritu se me presenta Jesús, se me presentan los apóstoles sentados a la mesa con Él. Contemplo en especial a Pedro: me parece verlo mientras observa admirado, junto con los otros discípulos, los gestos del Señor, escucha conmovido sus palabras, se abre, aun con el peso de su fragilidad, al misterio que ahí se anuncia y que poco después se cumplirá. **Son los instantes en los que se fragua la gran batalla entre el amor que se da sin reservas y el *mysterium iniquitatis* que se cierra en su hostilidad**. La traición de Judas aparece casi como emblema del pecado de la humanidad. « Era de noche », señala el evangelista Juan (13, 30): la hora de las tinieblas, hora de separación y de infinita tristeza. Pero en las palabras dramáticas de Cristo, destellan ya las luces de la aurora: « pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar » (Jn 16, 22).

Han pasado casi 2000 años desde aquel momento. ¡Cuántos sacerdotes han repetido aquel gesto! Muchos han sido discípulos ejemplares, santos, mártires. ¿Cómo olvidar, en este Año Jubilar, a tantos sacerdotes que han dado testimonio de Cristo con su vida hasta el derramamiento de su sangre? Su martirio acompaña toda la historia de la Iglesia y marca también el siglo que acabamos de dejar atrás, caracterizado por diversos regímenes dictatoriales y hostiles a la Iglesia. Quiero, desde el Cenáculo, dar gracias al Señor por su valentía. Los miramos para aprender a seguirlos tras las huellas del Buen Pastor que « da su vida por las ovejas » (Jn 10, 11).

Es verdad. **En la historia del sacerdocio, no menos que en la de todo el pueblo de Dios, se advierte también la oscura presencia del pecado**. Tantas veces la fragilidad humana de los ministros ha ofuscado en ellos el rostro de Cristo. Y, ¿cómo sorprenderse, precisamente aquí, en el Cenáculo? Aquí, no sólo **se consumó la traición de Judas**, sino que el mismo Pedro tuvo que vérselas con su debilidad, **recibiendo la amarga profecía de la negación**. Al elegir a hombres como los Doce, Cristo no se hacía ilusiones: en esta debilidad humana fue donde puso el sello sacramental de su presencia. La razón nos la señala Pablo: « llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros » (2 Co 4,7).

Por eso, a pesar de todas las fragilidades de sus sacerdotes, el pueblo de Dios ha seguido creyendo en la fuerza de Cristo, que actúa a través de su ministerio.

¿Cómo no recordar, a este respecto, el testimonio admirable del pobre de Asís? Él que, por humildad, no quiso ser sacerdote, dejó en su testamento la expresión de su fe en el misterio de Cristo presente en los sacerdotes, declarándose dispuesto a recurrir a ellos sin tener en cuenta su pecado, incluso aunque lo hubiesen perseguido. «Y hago esto -explicaba- porque del Altísimo Hijo de Dios no veo otra cosa corporalmente, en este mundo, que su Santísimo Cuerpo y su Santísima Sangre, que sólo ellos consagran y sólo ellos administran a los otros » (Fuentes Franciscanas, n. 113).

El misterio eucarístico, en el que se anuncia y celebra la muerte y resurrección de Cristo en espera de su venida, es el corazón de la vida eclesial. Para nosotros tiene, además, un significado verdaderamente especial: **es el centro de nuestro ministerio**. Este, ciertamente, no se limita a la celebración eucarística, sino que también implica un servicio que va desde el anuncio de la Palabra, a la santificación de los hombres a través de los sacramentos y a la guía del pueblo de Dios en la comunión y en el servicio. Sin embargo, la Eucaristía es la fuente desde la que todo mana y la meta a la que todo conduce. Junto con ésta, ha nacido nuestro sacerdocio en el Cenáculo.

« Haced esto en memoria mía » (Lc 22, 19): **Las palabras de Cristo, aunque dirigidas a toda la Iglesia, son confiadas, como tarea específica, a los que continuarán el ministerio de los primeros apóstoles**. A ellos Jesús entrega la acción, que acaba de realizar, de transformar el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre, la acción con la que El se manifiesta como Sacerdote y Víctima. Cristo quiere que, desde ese momento en adelante, su acción sea sacramentalmente también acción de la Iglesia por las manos de los sacerdotes. Diciendo «haced esto» no sólo señala el acto, sino también el sujeto llamado a actuar, es decir, instituye el sacerdocio ministerial, que pasa a ser, de este modo, uno de los elementos constitutivos de los dos mil años del nacimiento de Cristo, en este Año Jubilar, tenemos que recordar y meditar, de modo especial, la verdad de lo que podemos llamar su « nacimiento eucarístico». El Cenáculo es precisamente el lugar de este « nacimiento ». Aquí comenzó para el mundo una nueva presencia de Cristo, una presencia que se da ininterrumpidamente donde se celebra la Eucaristía y un sacerdote presta a Cristo su voz, repitiendo las palabras santas de la institución.

Esta presencia eucarística ha recorrido los dos milenios de la historia de la Iglesia y la acompañará hasta el fin de la historia. Para nosotros es una alegría y, al mismo tiempo, fuente de responsabilidad, el estar tan estrechamente vinculados a este misterio. Queremos hoy tomar conciencia de él, con el corazón lleno de admiración y gratitud, y con esos sentimientos entrar en el Triduo Pascual de la pasión, muerte y resurrección de Cristo.

Permanezcamos fieles a esta « entrega » del Cenáculo, al gran don del Jueves Santo. Celebremos siempre con fervor la Santa Eucaristía. Postrémonos con frecuencia y prolongadamente en adoración delante de Cristo Eucaristía. Entremos, de algún modo, « en la escuela » de la Eucaristía. Muchos sacerdotes, a través de los siglos, han encontrado en ella el consuelo prometido por Jesús la noche de la Última Cena, el secreto para vencer su soledad, el apoyo para soportar sus sufrimientos, el alimento para retomar el camino después de cada desaliento, la energía interior para confirmar la propia elección de fidelidad. El testimonio que daremos al pueblo de Dios en la celebración eucarística depende mucho de nuestra

relación personal con la Eucaristía.

Aquí nos encontramos, en efecto, en la cima del amor: « habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo ».⁹⁷

PARA REZAR MEJOR

Nos seguimos situando en el cenáculo y en la institución de la Eucaristía profundizando en este inagotable misterio que descubre siempre facetas nuevas que tienen que quedar grabadas en nuestra memoria: desde ella comprendemos al Señor, penetramos en sus sentimientos y avanzamos en el camino de nuestra llamada y del don inmerecido que es el sacerdocio. Este no se cimienta en nuestras capacidades o fuerzas sino en el amor inagotable del Señor que descubrimos como una fuente en la celebración eucarística, en su presencia viva en el sagrario donde siempre podemos encontrar ayuda y consuelo. Nos acercamos al cenáculo para poder escuchar que este misterio de entrega y salvación no está exento de la debilidad, del pecado y la traición que se va gestando en aquellos que han sido llamados por él.

1. Pide al Señor que te conceda el don de fundamentar tu vida y tu vocación en él, no en tus seguridades; no en tus deseos de perfección sino en su amor y misericordia; que te ayude a comprender que no eres tú quien da la vida por él sino él quien la da por ti; que puedas entrar en los sentimientos que le llevan a dar la vida por ti que eres llamado y le puedes negar.
2. Lee el evangelio y trata de situarte en los personajes: los apóstoles, entre ellos, Pedro y Judas. ¿Qué supondría escuchar las palabras que Jesús les dirige y que acabas de oír?
3. Mira al Señor ¿Qué significaría para él tratar de desvelar esa verdad que ellos no estaban dispuestos a reconocer que, quizá algunos ni podrían intuir? Estaban seguros de sí mismos pero había algo que estaban empezando a desmoronarse. ¿Para qué les advierte el Señor? ¿Quiere que no lo hagan o que no se decepcionen por lo que van a hacer?
4. Trata de mirar, escuchar y dejar que las palabras de los apóstoles y de Cristo *–haz esto en memoria mía, uno me va a entregar, me negarás tres veces, todos vais a caer–* en este contexto del cenáculo, se dirijan a ti y te puedan ayudar a salir de las autosuficiencias, de poner la seguridad en tu perfección, de creer que nunca vas a fallar. Mira tu fragilidad y háblale al Señor de ella, para que no te asuste, para que no sea una excusa para no seguirle.
5. No dejes de dar gracias porque allí también estabas tú en el corazón del Señor.

⁹⁷ JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdotes*, 2.5.10.14-15, Jueves Santo 2000.

LA ÚLTIMA CENA IV: REPETICIÓN

Evangelio según san Juan 6, 30-35. 44-56

En aquel tiempo, dijo la gente a Jesús:

– «¿Y qué signo vemos que haces tú, para que creamos en ti? ¿Cuál es tu obra? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: "Les dio a comer pan del cielo."»

Jesús les replicó:

– «Os aseguro que no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo.»

Entonces le dijeron:

– «Señor, danos siempre de este pan.»

Jesús les contestó:

– «Yo soy el pan de la vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí nunca pasará sed.»

– «Nadie puede venir a mí, si no lo atrae el Padre que me ha enviado.

Y yo lo resucitaré el último día.

Está escrito en los profetas: "Serán todos discípulos de Dios."

Todo el que escucha lo que dice el Padre y aprende viene a mí.

No es que nadie haya visto al Padre, a no ser el que procede de Dios: ése ha visto al Padre.

Os lo aseguro: el que cree tiene vida eterna.

Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron: éste es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera.

Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre.

Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.»

Disputaban los judíos entre sí:

– «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?»

Entonces Jesús les dijo:

– «Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día.

Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él.

El Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come vivirá por mí.

Éste es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre.»

Esto lo dijo Jesús en la sinagoga, cuando enseñaba en Cafarnaún.

Muchos discípulos de Jesús, al oírlo, dijeron:

–«Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?»

Adivinando Jesús que sus discípulos lo criticaban, les dijo:

– «¿Esto os hace vacilar?, ¿y si vierais al Hijo del hombre subir a donde estaba antes? El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve de nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Y con todo, algunos de vosotros no creen.»

Pues Jesús sabía desde el principio quiénes no creían y quién lo iba a entregar.

Y dijo:

– «Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí, si el Padre no se lo concede.»

Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él.

Entonces Jesús les dijo a los Doce:

– «¿También vosotros queréis marcharos?»

Simón Pedro le contestó:

«Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo consagrado por Dios.

Como veíamos al contemplar el lavatorio de los pies, el evangelio de Juan no relata la institución de la Eucaristía, pero desarrolla el mensaje y contenido de la misma en el capítulo sexto al presentar a Jesús como el pan de vida. Os invito a poder profundizar en el sentido de este sacramento con la lectura de este texto, no haciéndolo como algo independiente a lo que hemos orado los días anteriores sino pudiendo leerlo en el mismo contexto. La contemplación permite que se pueda hacer esto porque, sin perder el sentido de lo que estamos contemplando, podemos introducir matices que nos ayuden a ir a un nivel más hondo.

Las palabras que Jesús pronunció el día siguiente de la multiplicación de los panes adquieren su verdadero y pleno sentido en el contexto de la celebración de la última cena; ¿no podemos decir con toda verdad que lo que el Señor anuncia de sí mismo como pan de vida es lo que realizó en la institución de la Eucaristía? Ciertamente, **lo que presenta san Juan sólo puede comprenderse desde la realidad del *tomad y comed, esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros***. Sin estas palabras, el discurso del pan de vida permanece oscuro y sin sentido; a la luz de lo que Jesús realizó se convierte en algo luminoso que realmente lo hace verdadero y con un significado pleno.

¿Sería muy forzado escuchar hoy este relato de labios de Jesús en el cenáculo y no en la sinagoga de Cafarnaún? Creo que no, porque en él aparecen los mismos elementos que encontramos en el relato de la institución. Por lo tanto, en los dos días en que podemos repetir algunos de los momentos de la contemplación que hemos realizado, sería una gran ayuda –al escoger una o dos de las escenas– que leamos el discurso del pan de vida y escuchemos a Jesús diciendo estas palabras. Nos daremos cuenta que nos ayudan a profundizar mucho más en la contemplación del misterio de la eucaristía que hemos ido realizando encontrando nuevos puntos de luz y significados.

Cuando afirma, *el pan que yo os dará es mi carne para la vida del mundo*, ¿no está diciendo *esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros*? Cuando dice

*este es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él no muera, ¿no está hablando del cuerpo que se entrega y la sangre que se derrama para el perdón de los pecados, que son la verdadera muerte? En las palabras *el que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él*, ¿no está aludiendo a la comunión que hay detrás del *tomad y comed, esto es mi cuerpo; tomad y bebed, este es el cáliz de mi sangre*? Cuando pregunta, *¿esto os hace vacilar?*, ¿no es lo mismo que anunciar *uno de vosotros me va a entregar*? Al preguntar a los suyos, *¿también vosotros queréis marcharos?*, ¿no está diciendo *todos vais a caer*? Cuando Pedro dice, *¿a quién iremos si sólo tú tienes palabras de vida eterna?*, ¿no está diciendo, *aunque tenga que morir contigo yo nunca te negaré*?*

Como podemos darnos cuenta, mirando sólo algunos detalles, vemos que detrás de este discurso está el momento de la cena pascual en la que el Señor instituye la Eucaristía. No es nada forzado que podamos llegar al sentido de este texto poniéndolo en labios de Jesús en el mismo momento de la cena de Pascua. Así, en cada uno de los días podéis tener en cuenta el momento que queréis profundizar desde lo que se ha orado los días anteriores pudiendo hacer una escucha y una mirada más profunda de Cristo y sus palabras, de los discípulos y sus reacciones con el capítulo sexto del cuarto evangelio. Seguro que descubriremos toda la riqueza que encierra.

A continuación podemos leer un fragmento de **un sermón de san Juan de Ávila sobre la Eucaristía** que nos puede ayudar a descubrir dos dimensiones importantes sobre la participación de la Eucaristía, puesto que es una realidad que no sólo podemos contemplar y descubrir su misterio, sino participar del mismo cada vez que la celebramos. En él aparece la importancia de recibir el cuerpo del Señor y lo que significa como participación de su muerte y resurrección y de los frutos de la misma. Sin duda, la oración de estos días y este texto nos pueden ser de gran ayuda para **mejorar nuestra vivencia de la Eucaristía** que, muchas veces, se encuentra sometida a la rutina y a una cierta falta de vida. Si cada vez que participamos de ella pudiéramos darnos cuenta de lo que está sucediendo y lo que estamos haciendo, muchas cosas nos serían más sencillas. El cansancio y la rutina en la oración y en la celebración de los sacramentos, entre ellos la Eucaristía, pone de manifiesto el **poco sentido que descubrimos** cuando lo hacemos; por ello, poder orar desde el momento en que el Señor instituye lo que es la *f fuente y el culmen* de la vida cristiana será de suma importancia.

No comer su carne y no beber su sangre lleva a la falta de vida interior que impide afrontar la misma vida, pero comerla y beberla sin darnos cuenta de lo que estamos celebrando es no dar al Señor la oportunidad de que realice en nosotros lo que él quiere hacer. Es necesario no sólo participar de la Eucaristía, sino adorarla en el sagrario o en la custodia y meditar y profundizar contemplativamente aquello que celebramos y adoramos para que no nos pase algo parecido a lo que les sucedió a los apóstoles cuando escucharon a Jesús en aquella cena y participaron del pan y del vino que les ofrecía, su cuerpo y su sangre. No desaprovechemos la oportunidad que nos brinda el evangelio estos días ni las lecturas que la Iglesia nos ofrece sobre la misma.

La presencia de Cristo y la eficacia de su acción en nosotros no depende de que seamos más o menos conscientes, pero sí nos ayudará cuando participamos de ella –tanto en la celebración eucarística como en la adoración– tener la conciencia

clara de lo que se está realizando y está ante nosotros para que pueda producir un mayor fruto.

SAN JUAN DE ÁVILA

“Tengo mucha compasión de veros tan desmayados, tan tristes; que el uno falta aquí, el otro desfallece allí; ya le espanta la carne, ya la vanagloria, ya otras tentacioncillas. ¿Desmayados había de haber? ¿Desesperados había de haber estando con nosotros Jesucristo? Sí, desmayados estáis; sí, tristes; sí, desesperados, porque **no sabéis comulgar**: el uno llega tibio, el otro desconfiado, el otro no lleva más esperanza que lo ha de remediar Jesucristo que si allá no fuese.

¿Qué es comulgar, di? Un certificarte, en cuanto es de tu parte, que lo que Jesucristo ganó en la cruz, es para ti; para que sepas que la sed, hambre y cansancio, deshonras, tormentos de Cristo, todo es para tu propio rescate. ¿Qué es comulgar? **Hacerte saber que eres una de las ovejas por cuyo amor derramó su sangre.** Para eso abres tú la boca y comulgas tú, para que sepas que Cristo se cansó, lloró y gimió, le azotaron, le coronaron de espinas y murió en la cruz por ti mismo.

No sabéis comulgar ¿Habéisme entendido? Creo que no. ¿Por qué no sentís provecho? Porque no sabéis comer. No hay manjar, por muy amargo que sea, que, si no lo mascáis, sintáis su amargura. Si no, miraldo en una píldora, que, con ser como una hiel, no se siente, porque no se masca. Ni tampoco hay manjar tan dulce, que, si os lo tragáis sin mascar, sintáis su dulzura.

¿Por qué no sabéis comulgar? Porque os tragáis el Santísimo Sacramento entero y no lo desmenuzáis; que si el sacerdote, antes que fuese a decir misa, pensase un rato en los trabajos de Cristo; si se entrase un rato en un rincón y se parase a pensar en aquella tristeza que Jesucristo pasó en el huerto de Getsemaní; si te lo estuvieses allí mirando con cuánta tristeza oraba al Padre, y te dolieses allí de El, y llorases y te entristecieses con El; y si pasases más adelante, cómo le prendieron y cómo iba aquel benditísimo Cordero entre aquellos lobos rabiosos con tanta masedumbre; si te pasases a mirarlo cómo anda de juez en juez; si tus ojos lo mirasen en aquella durísima columna amarrado, desnudas sus carnes, y te parases a pensar cómo las desmenuzan con crueles azotes; si un rato antes tu ánima se parase a mirar a Jesucristo, cómo lo coronaban de espinas, y mirases por aquel rostro sacratísimo cómo corrían arroyos de sangre; si te parases a considerar cuál iba por aquella calle de la Amargura, tan cansado con la cruz por ti; si lo considerases puesto después en ella con tanta deshonra y tormento, tan blasfemado y hollado de todos; si te parases a pensar esto, y dijases: «¿Adónde voy? ¿Qué voy a hacer? Señor, ¿qué os voy a recibir a vos? Señor, ¿qué habéis vos de entrar en mi cuerpo? Bendito vos seáis», y ¿cómo desfallecemos pensando en esto?

Si el sacerdote y el que va a comulgar desmenuzase muy bien a Jesucristo primero, no dudo sino que sentiríades grandísimo sabor y dulzura en comulgar.

Pero no lo desmenuzáis, no os aparejáis, ¿qué queréis que os haga?

Ojalá, hermano, os aparejásedes como para un convite que hacéis a un amigo vuestro. Ver qué negociado andáis, qué solícito, diligente, buscando lo uno y lo otro. No os disponéis como sería razón; no hay más sino ¡alto! a comulgar quiero ir; no lo habéis pensado cuando ya lo tenéis hecho. En comulgando, ni os recogéis más que antes; hacéislo como primero; en comulgando luego ¡alto! a la plaza; ¡alto! a casa a comer las ollas, a entender el uno con el otro; ¡alto! a la conversación y andar por ahí perdidos. No lo desmenuzamos; no sentimos nada, porque no rumiamos. **Comémonos el pan de la fuerza, y quedámonos desmayados y flacos; comémonos el pan de alegría, y quedámonos tristes; comémonos el pan de la vida, y quedamos amortecidos como antes.**

¿Qué es comulgar? El Santísimo Sacramento es manjar para flacos, manjar de desmayados, de tristes, llorosos, desconsolados, manjar de pobres. En recibéndole, di: «Comulgado he; he sido participante de lo que ganó la sangre de mi Señor Jesucristo; mío es ya, con haber comulgado, lo que El mereció; parte tengo en la herencia que me ganó; participado he de sus merecimientos». Así lo dice el apóstol San Pablo en la epístola que escribió a los Hebreos: *Participes Christi «feci sumus (participamos de la suerte de Cristo)»* (cf. Heb 3,14). Dice Santo Tomás que «así como el bautismo es entrada y puerta por donde uno entra a ser partícipe de los merecimientos de Jesucristo, ni más ni menos la santísima comunión es una señal de que eres uno de aquellos a quien ha de aprovechar la pasión y muerte de Jesucristo». **¿Qué quiere decir: «Comulgado he»? He participado de lo que Jesucristo pasó.**

—Padre, pues tanto bien gano en la santísima comunión, ¿cómo no la siento? Que ni tengo acá dentro sentimientos como otras personas, ni consolaciones, ni otras cosas de éstas. —Eso, hermano, nuestro Señor lo da a quien Él es servido, no tengas tú cuidado de eso; bástate que recibes lo principal, que es la gracia para la gloria que esperamos, si bien comulgaste. ¿Pues qué más quieres? **«Comulgado he», no quiere decir otra cosa sino «uno soy de aquellos para quien Jesucristo quiere su gloria».**⁹⁸

PARA REZAR MEJOR

En estos dos días vamos a seguir profundizando en el Misterio de la Eucaristía como anticipo de la pasión del Señor, como anuncio de su muerte y resurrección y como memoria para siempre de su entrega en la cruz; vamos a poder ver a sus apóstoles ante esta realidad que no terminan de comprender, que les asusta y les llevará a la traición, la negación y el abandono que anuncia el Señor. Es el momento de la verdad, de la hora de Cristo. Es la hora de la salvación que somos invitados a actualizar entre nosotros cada vez que celebramos la Eucaristía y de la cual podemos participar con la misma fuerza salvadora que tuvo en aquella cena en Jerusalén.

⁹⁸ SAN JUAN DE ÁVILA, *Sermón 47, 22-25, sobre el Santísimo Sacramento*, Obras Completas III.

1. Pide al Señor que te conceda descubrir la importancia que tiene la Eucaristía en tu vida, que te ayude a salir de la rutina al contemplar lo que el Señor realizó en la Última Cena descubriendo el sentido de las palabras y los gestos del Señor. Pídele también que te conceda seguir profundizando en la vocación al sacerdocio que se te descubre desde este misterio de invitación y mandato del Señor y de fragilidad personal.
2. Escoge para estos dos días una o dos de las escenas que contemplaste los días anteriores: la eucaristía en el contexto de la pasión y la muerte en la cruz, el lavatorio de pies y la realidad del pecado y el abandono unido al mandato de perpetuar la celebración en su nombre.
3. Sitúate en la escena: mira las personas que aparecen, a Jesús; escucha las palabras que allí se pronunciaron; párate en los distintos gestos que te han resultado significativos y vuelve a mirar y a escuchar.
4. Ve leyendo el discurso del pan de vida que te permitirá encontrar el sentido de lo que allí está aconteciendo; párate en las palabras o frases que tienen especial significado para ti y trata de saborearlas.
5. Habla con Cristo, quizá como Juan, con la cabeza recostada junto a su pecho y trata de escuchar todo lo que él tiene que decirte. Anótalo para que la falta de memoria no haga que pierdas nada de lo que estás recibiendo.

LA AGONÍA EN GETSEMANÍ I

Evangelio según San Mateo 26, 36-46

Entonces Jesús fue con ellos a un huerto, llamado Getsemaní, y les dijo: «Sentaos aquí, mientras voy allá a orar.»

Y, llevándose a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, empezó a entristecerse y a angustiarse. Entonces dijo: «Me muero de tristeza: quedaos aquí y velad conmigo.»

Y, adelantándose un poco, cayó rostro en tierra y oraba diciendo: «Padre mío, si es posible, que pase y se aleje de mí ese cáliz. Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres.»

Y se acercó a los discípulos y los encontró dormidos. Dijo a Pedro: «¿No habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para no caer en la tentación, pues el espíritu es decidido, pero la carne es débil.»

De nuevo se apartó por segunda vez y oraba diciendo: «Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad.»

Y, viniendo otra vez, los encontró dormidos, porque tenían los ojos cargados. Dejándolos de nuevo, por tercera vez oraba, repitiendo las mismas palabras. Luego se acercó a sus discípulos y les dijo: «Ya podéis dormir y descansar. Mirad, está cerca la hora, y el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levantaos, vamos! Ya está cerca el que me entrega.»

Concluida la cena, Jesús se dirige al Huerto de los Olivos con sus discípulos para mostrar una dimensión que aún no se había manifestado de su humanidad. Si en el Tabor hizo brillar la gloria de la divinidad que anticipa la del Señor resucitado, en Getsemaní, esa misma gloria, se oculta **poniéndose de manifiesto la debilidad de la humanidad que tiene que asumir el destino de la salvación a través del camino de la cruz.**

San Juan no refiere el acontecimiento de la agonía en el huerto; para él la pasión comienza con el prendimiento, pero podemos ver una pequeña alusión en el capítulo doce al hablar Jesús de su *hora* cuando afirma: “ahora mi alma está turbada, ¿y qué diré: Padre líbrame de esta hora? Pero si para esto he llegado a esta hora. Padre glorifica tu nombre”. Las palabras anteriores de este capítulo indicaban la necesidad de la muerte para poder dar fruto: “si el grano de trigo no cae en tierra y muere queda infecundo pero, si muere, produce más fruto”.

En los sinópticos el contexto es el mismo teniendo cada uno sus propias matizaciones que nos ayudan a percibir este acontecimiento. Mateo y Marcos presenta mucho más **los sentimientos humanos** de Cristo en la **tristeza** (*empezó a entristecerse y angustiarse, mi alma está triste hasta la muerte*), en el **terror** y la **angustia** (*comenzó a sentir terror y angustia*); Lucas hace descubrir las repercusiones físicas del dolor humano al afirmar que **sudaba gotas de sangre**. Así

se muestra que el dolor psicológico se hace físico en el drama humano que presenta la humanidad de Cristo. El peso de su destino y del pecado del hombre caen sobre el Hijo de Dios que, en su naturaleza mortal, sufre. **¿Dónde queda la gloria de la divinidad del Tabor cuando aparece el miedo en el Hijo de Dios?**

Le acompañan, como en la subida a Jerusalén sus discípulos, ahora, uno menos –Judas– y, de ellos, al igual que en la Transfiguración, elige a Pedro, Santiago y Juan, no para mostrarles la gloria que se iría a manifestar en la resurrección cuando anunciaba su pasión, sino para pedir **que le acompañen y permanezcan con él en oración** y para que no dejen de ser testigos de hasta dónde llega el tener que hacer la voluntad del Padre. No quiere que permanezca oculto a los más cercanos el drama humano que se cierne sobre él para poder mostrar que la carne y la naturaleza humana, asumida en la encarnación por el Hijo de Dios, no está exenta de la tristeza, el terror y la angustia. **El rostro de Cristo no manifiesta la gloria, nuevamente se ha transfigurado, pero ahora muestra la tristeza y el abatimiento más profundo.**

Fijémonos en **los términos** que aparecen en el evangelio de Mateo: *λυπείσθαι καὶ ἀδημονέειν* (entristecerse y angustiarse) Marcos utilizará *ἐκθαμβείσθαι* (afligirse) en vez del primero, mientras que el segundo es el mismo. El verbo *λύπεο* y el sustantivo *λύπη* designan tanto en un sentido físico como espiritual el dolor, la tristeza, la pena y la fatiga. El verbo *ἀδημονέω* tiene el significado de estar afligido o preocupado. El usado por Marcos –*ἐκθαμβέω*– manifiesta susto, pavor, incluso temblor. Sólo es usado por este evangelista.

Como podemos ver, los distintos términos que aparecen no son genéricos, sino que matizan con distintas palabras un estado muy concreto de tristeza y aflicción que vienen producidos por el dolor. Realmente podemos decir que, en Cristo, **se realiza lo que parece imposible para Dios:** el sufrimiento y el dolor que son asumidos en virtud de la unión del Lógos de Dios a la humanidad; de esta manera, se puede afirmar con toda verdad que el Hijo de Dios padece en Jesucristo, que el dolor y la tristeza han sido asumidos por Dios en la humanidad de Cristo que nosotros contemplamos en Getsemaní.

En **los estudios médicos** que se realizan en torno a la pasión y los datos que aportan los evangelios lo refieren como una mezcla indecible de tristeza, de espanto y angustia. Esto expresa una pena moral que ha llegado al mayor grado de su intensidad.

Fue tal el grado de sufrimiento moral, que presentó como manifestación física en su cuerpo como un verdadero sudor de sangre (hematohidrosis o hemohidrosis): *sudor de sangre, que le cubrió todo el cuerpo y corrió en gruesas gotas hasta la tierra.* (Lc 22, 43). Cuando se presenta, está asociado a desordenes sanguíneos. Fisiológicamente se debe a una congestión vascular de los capilares o venitas más finas y a hemorragias en las glándulas sudoríparas. La piel se vuelve frágil y tierna y puede aflorar la sangre a través del sudor.

El evangelista **Lucas introduce un elemento de consuelo** en medio de la agonía al situar la presencia de un ángel: *y se le apareció un ángel del cielo confortándole* (Lc 22, 43). Este es el único momento de consuelo que encontramos en toda la pasión y sólo está presente en este evangelista.

Conviene **situarse en la escena, muy rica en elementos visuales ofrecidos por el evangelio.** Hoy nos centramos más directamente en la figura de Jesús. Jesús

desea estar con Pedro, Santiago y Juan, pero ellos se duermen y toda la escena queda ocupada por Cristo en oración. Este es el dato fundamental: **Cristo está orando, dirigiéndose al Padre**; es en esta circunstancia en la que se presenta la intensidad del dolor. **¿Cómo puede haber una relación con Dios que lleve a vivir un sufrimiento moral, psíquico y físico tan grande?** Jesús manifiesta en la plenitud de su humanidad una relación con el Padre que **no le evita asumir estas consecuencias del plan de salvación**. Nada es ajeno al Hijo de Dios. ¿Podemos imaginar lo que supusieron estos momentos? Es la angustia que aparece ante decisiones que hay que tomar e implican la vida hasta el extremo de tener que entregarla. Es el momento de la decisión, de la proximidad de la entrega total a través del camino del sufrimiento extremo tanto físico como moral. Es la situación que se ha adueñado de los discípulos y de una manera plena en Jesús, tal y como afirma Benedicto XVI:

“cuando el traidor abandona el Cenáculo, la oscuridad penetra en su corazón –es una noche interior–, el desaliento se apodera del espíritu de los demás discípulos –también ellos penetran en la noche–, mientras **las tinieblas del abandono y del odio se adensan alrededor del Hijo del Hombre que se prepara para consumir su sacrificio en la cruz.**”⁹⁹

Es el momento de la prueba en el que hay que tomar la decisión fundamental: todo mesianismo glorioso y en compañía de multitudes queda lejos de la realidad. Es la llamada a la entrega de la vida total, en soledad, donde **nadie puede entregarla por Cristo, ni nadie puede acompañarle**. A partir de ahora estará solo. La decisión es suya y no es decisión que se toma en momento de consolación, sino de pavor y de angustia, en la profundidad de la oración, donde sólo el Padre puede decir una palabra.

Es, ante todo, el momento de la obediencia que contemplaremos más adelante, la de Cristo, que, *a pesar de ser Hijo, aprendió sufriendo a obedecer*. **Es la obediencia que se realiza en oscuridad**. Es asumir que la salvación sólo se puede realizar por el camino de la cruz en la máxima humillación. La desobediencia y la soberbia, raíces del pecado, son restauradas cuando Dios asume el camino contrario en sí mismo: la obediencia y la humillación.

Se puede, por tanto, contemplar la actitud exterior e interior de Cristo, pidiendo que se nos ayude a entrar en sus sentimientos, para compartirlos, descubriendo que ellos manifiestan el “hasta dónde” del amor del Padre y del Hijo en favor de los hombres. **Ambos están dispuestos a que se consume la obra de la salvación a través del camino del amor más grande: dar la vida por los hombres.**

La oración de este día tiene como objeto poder contemplar a Cristo en este momento decisivo teniendo en cuenta los elementos que se presentaban en la introducción a la contemplación de los misterios de la pasión:

1. **Situarnos ante la humanidad de Cristo que padece** tanto física como moral y espiritualmente ante el hecho de tener que tomar la decisión de asumir la muerte en soledad, como el camino querido por el Padre para la salvación de los hombres. Hay que detenerse en los distintos elementos

⁹⁹ BENEDICTO XVI, *Catequesis de preparación al Triduo Pascual*. 4 de Abril de 2007.

que configuran esta realidad en el pasaje del evangelio y que hemos descrito.

2. **El ocultamiento de la divinidad:** sólo en el silencio de la relación de Cristo con el Padre se puede encontrar y es necesario que nos **adentremos en aquello que parece oculto** para descubrir el designio salvador de Dios y percibir que lo que se nos presenta no es un simple padecer por padecer, como si el dolor en sí mismo fuera algo bueno y querido por Dios. Es en esta relación con el Padre donde se sigue manifestando el Hijo de Dios, pero no lo descubriremos si no entramos en los mismos sentimientos de Cristo.
3. Vemos también **la presencia del pecado** y su fuerza que hacen presa en el Hijo de Dios, el de todos los hombres, el de los discípulos que le abandonarán, el de Judas que le traiciona y Pedro que le niega; pero también los nuestros y mis propios pecados. Es el peso de toda la historia del pecado que caen sobre Jesucristo para poder ser redimidos haciéndolos suyos. Es el momento en que *el Hijo del Hombre va ser entregado en manos de los pecadores*.

Todo lo que sucede es por la salvación del hombre y, en concreto, por mí. Hay que percibir que todo lo que está ante nosotros tiene que ver con la propia salvación, que en medio de la tristeza, la angustia, la soledad y cada una de las gotas de sangre que caen al suelo está presente el amor de Dios que **no escatima nada por mi propia salvación**. Es la sangre derramada *por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados* que Jesús entrega anticipadamente en la Eucaristía y que ya empieza a ser derramada en Getsemaní.

SAN JUAN CRISÓSTOMO

“Estaban los discípulos tan inseparablemente unidos con su Maestro, que tuvo el Señor que decirles: *Permaneced aquí mientras yo me retiro para orar*. Porque tenía Él costumbre de orar a solas. Lo cual hacía para enseñarnos a nosotros a que también nos procuremos para nuestras oraciones la mayor tranquilidad y soledad. Y, tomando a sus tres predilectos, les dijo: *Triste está mi alma hasta la muerte. —¿Por qué no los tomó a todos consigo?—Para que no se abatieran. Sólo llevó consigo a éstos que habían sido testigos de su gloria. Y aun a éstos los dejó*. Y, adelantándose breve trecho, oró diciendo: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz. Sin embargo, no sea como yo quiero, sino como tú. Y marchó a ellos, y los halló dormidos, y dijo a Pedro: *¿Conque no habéis sido capaces de velar una sola hora conmigo? Velad y orad porque no entréis en tentación. Porque el espíritu está pronto, pero la carne es flaca*. No sin razón se dirige el Señor particularmente a Pedro, a pesar de que todos se habían dormido. Es que quería reprenderle también aquí por la causa que antes hemos dicho. Luego, como quiera que también los otros habían hablado como Pedro, pues cuando éste dijo: *Aun cuando fuere menester morir contigo, yo no te*

negaré, nos cuenta el evangelista que lo mismo repitieron todos los discípulos; con todos habla el Señor, arguyendo su flaqueza. Porque los que alardeaban de morir con Él no tuvieron entonces fuerzas para permanecer despiertos y acompañarle en su tristeza, sino que se dejaron vencer del sueño. Mas Él ora intensamente. Y porque no pudiera pensarse que se trataba de un acto de hipocresía, por la misma causa corre el sudor por todo su cuerpo; **para que los herejes no dijeran que su agonía fue ficción, le corre el sudor como gotas espesas de sangre, y aparece un ángel que le conforta, y se presentan otros mil signos del auténtico temor.** Nadie pudiera decir que sus palabras eran fingidas. De ahí, justamente, la misma oración. Ahora bien, en las palabras: *Si es posible, pase de mí este cáliz, nos descubrió su lado humano; mas al decir: Sin embargo, no sea como yo quiero, sino como tú, nos muestra su virtud y entrega al Padre, a par que nos enseña a seguir la voluntad de Dios, a despecho de toda la resistencia de la naturaleza.* Y como no era bastante para los insensatos mostrar su cara, añade también las palabras; y como tampoco bastaban las palabras, sino que hacían falta hechos, a las palabras junta los hechos, a fin de que, aun los más pertinaces, crean que se hizo hombre y murió por nosotros. Pues si con todos estos hechos aun hay ahora quienes no lo creen, mucho menos se creyera de no haber habido todo eso. ¿Veis por cuántos medios trata de establecer la verdad de su encarnación? Por lo que dice, por lo que sufre.”¹⁰⁰

PARA REZAR MEJOR

Con esta oración, la de Cristo y la nuestra, nos adentramos ya directamente en los misterios de la Pasión que tienen que ir configurando nuestros propios sentimientos y sensibilidad al irnos introduciendo en todo lo que hay oculto que se nos va haciendo presente en la humanidad del Señor. Conviene preparar adecuadamente la oración para que tengamos tiempo suficiente para poder contemplar con calma, aprovechando todo el tiempo posible. Es una oración que hay que hacer sin prisa, sin querer correr tratando de querer detenernos en todo lo que tenemos delante. Es necesario pararse allí donde encontremos un mayor consuelo, un mayor conocimiento de Cristo y una comunión con sus sentimientos.

1. Pide al Padre que te permita entrar en los sentimientos de su Hijo y en los suyos propios, tal y como pide San Ignacio en la contemplación de la Pasión: *dolor con Cristo dolorido, quebranto con Cristo quebrantado, pena por tanta pena que pasó el Señor por mí, confusión porque por mis pecados va a la pasión el Señor.*
2. Lee con detenimiento el texto del evangelio que, si lo has preparado antes,

¹⁰⁰ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre San Mateo 83,1*, Obras de San Juan Crisóstomo I, BAC.

podrás hacerlo con menos prisa y captando mejor los detalles que en él se describen.

3. Sitúate en la escena: Jesús está apartado de sus discípulos que se encuentran dormidos. El lugar que ha recorrido desde Jerusalén implica un camino de bajada hasta el torrente Cedrón y otro de subida hasta este lugar –Getsemaní– que está repleto de olivos. Es de noche. Fíjate en Jesús, orando rostro en tierra, lleno de temor, tristeza y angustia, sudando gotas de sangre. Penetra en sus sentimientos, ponte en su lugar.
4. Escucha al Señor, de una manera especial su forma de dirigirse al Padre; detente en cada una de sus palabras y trata de escuchar su voz que resuena en medio de la oscuridad de la noche. Sólo su Padre puede escucharla.
5. Acércate a Cristo poco a poco y ponte a su lado para poder ver y oír, para poder fijarte en lo que está sucediendo y preguntarle por qué todo eso y te pueda explicar el dolor y el amor. Escucha que él te puede decir que todo eso sucede por ti. En sus miedos, tristeza, sufrimientos están los tuyos.

LA AGONÍA EN GETSEMANÍ II: LA OBEDIENCIA DE CRISTO

Carta a los Hebreos 5, 1-10

Hermanos:

El Sumo Sacerdote, escogido entre los hombres, está puesto para representar a los hombres en el culto a Dios: para ofrecer dones y sacrificios por los pecados.

El puede comprender a los ignorantes y extraviados, ya que él mismo está envuelto en debilidades. A causa de ellas tiene que ofrecer sacrificios por sus propios pecados, como por los del pueblo. Nadie puede arrogarse este honor: Dios es quien llama, como en el caso de Aarón.

Tampoco Cristo se confirió a sí mismo la dignidad de Sumo Sacerdote, sino Aquél que le dijo:

«Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy»,

o como dice otro pasaje de la Escritura:

«Tú eres Sacerdote eterno,

según el rito de Melquisedec».

Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, cuando en su angustia fue escuchado. Él, a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer.

Y, llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna, proclamado por Dios Sumo Sacerdote, según el rito de Melquisedec.

El culto que Cristo inaugura es diferente al levítico, y su sacerdocio también. Todo Sumo Sacerdote se encontraba envuelto en debilidad y así podía comprender a los débiles y extraviados, había sido llamado por Dios para poder realizar su tarea y nadie podía atribuirse esa dignidad. Para el autor de Hebreos, a Cristo le sucede lo mismo, **es llamado por Dios desde toda la eternidad para realizar este ministerio en servicio de los hombres**. Si los sacerdotes tenían que ofrecer víctimas por sus pecados y los del pueblo, en el caso de Jesucristo no es así: su sacerdocio no es levítico ni heredado, sino, de una manera nueva, al modo de Melquisedec, rey de Salem que aparece en Gn 14, 17-21; él presentó pan y vino y bendijo a Abrahán y no tenía genealogía sacerdotal. Él sin ser sacerdote realiza una función que es propia de ellos estableciendo una forma de sacerdocio que no viene por herencia.

Cristo ejerce su sacerdocio **en obediencia total al Padre y así perfecciona la condición humana**. No es el Hijo de Dios el que se perfecciona o consume, sino la humanidad del Hijo de Dios. Si el hombre, queriendo ser igual a Dios, en un acto de soberbia pierde su dignidad, **en Cristo, obediente en medio del sufrimiento, envuelto en debilidad, la humanidad llega a su perfección**. Si por la desobediencia

el hombre queda alejado de Dios, por la obediencia de Cristo la humanidad queda restaurada; esta obediencia es expresada en grado sumo en toda la pasión, pero el texto de la agonía en Getsemaní lo expresa de una forma explícita.

La filiación divina no se convierte en una dignidad que evite el dolor, todo lo contrario, es la posibilidad de poder realizar un acto de obediencia total que le llevará a la entrega de la vida, tal y como lo expresa la carta a los hebreos: “a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, cuando en su angustia fue escuchado” (Hb 5, 7). **Sí, Cristo fue escuchado por el Padre, pero el Hijo también escuchó al Padre.** El Padre no desatiende la oración que Jesucristo ofrece uniendo a los hombres con Dios, pero esto lo tendrá que hacer de manera plena en la ofrenda de su vida en la cruz oyendo la petición del Padre. Esta es la oración que nosotros escuchamos en Getsemaní, llena de dramatismo, pero llena también de fidelidad a Dios y a los hombres, **de escucha al Padre y de ponerse en lugar de la humanidad pecadora.** Si a través de la encarnación el Verbo Dios ha entrado en la historia para salvar al hombre, por medio de la obediencia lleva a su consumación el plan trazado desde antiguo.

Cristo ora con lágrimas y gritos a quien podría salvarlo de la muerte. Es una forma de oración que no solemos contemplar hasta que llega en la vida. ¿No están detrás de estas palabras las mismas que leíamos ayer, *Padre mío, si es posible que pase y se aleje de mí este cáliz?* ¿No quiere decir que fuera escuchado en su angustia el hecho de que pudiera decir al final de su oración, *pero que no se haga mi voluntad sino la tuya?* **Que Dios nos escuche en medio de la angustia y las lágrimas no quiere decir que se tenga que hacer nuestra voluntad;** si Dios nos atiende es para que podamos comprender la suya y podamos aceptarla con serenidad una vez que le hemos expuesto nuestra propia angustia y escuchado lo que tenía que manifestarnos.

Cristo en esta oración nos hace descubrir **cómo se ora en medio de la dificultad y cómo se ora sacerdotalmente** cuando hay que entregar la vida en favor de los hermanos. Se ora para escuchar al Padre y para ser uno mismo escuchado, pero se ora para descubrir su voluntad y hacerla posible. Una voluntad que tiene que ver con la salvación de los hombres y con el amor que se hace entrega a través de su cuerpo y su sangre.

La carta a los hebreos muestra la manera en la que Cristo fue escuchado por el Padre y cómo él lleva a cabo esa misma escucha al aceptar su voluntad; el Hijo tiene que aprender en la humanidad lo que cuesta obedecer para convertirse en autor de salvación eterna y de esta manera llegar a ser Sumo Sacerdote. El sacerdocio une al hombre con Dios, hace de pontífice, y así lo hace Cristo porque en él se une la humanidad y la divinidad de una forma plena y perfecta. **¿No resonarían en medio de la noche de Getsemaní las tentaciones del desierto una vez más?** ¿No tiene que aceptar de nuevo un mesianismo salvador que no pasa por la espectacularidad sino por la sumisión completa a la voluntad del Padre de la cual hace su alimento? ¿No es un mesianismo realizado en debilidad y no desde el poder? ¿No es la manera de no tentar a Dios sino de someterse en todo a su voluntad y abandonarse en medio de la prueba? No hay pretensión de soberbia, sino de completa humildad hasta el grado supremo de la misma, no hay dignidad si no es la del amor y la entrega, no existe separación del débil, del que sufre, incluso de las consecuencias del pecado, sino ponerse en su lugar.

En su angustia fue escuchado, pero no se nos dice nada, ni en los sinópticos, ni en la carta a los hebreos ni una palabra de lo que el Padre le dijo. Permanecerán en el silencio y ocultas para que podamos intentar escucharlas nosotros en el silencio cuando ocultamente buscamos la voluntad de Dios rechazando toda tentación.

Nos ponemos ante Cristo para poder contemplar su obediencia, para descubrir cuál es el modo en el que realiza la redención y para querer participar de su sacerdocio a través del ministerio sacerdotal. Él, desde Getsemaní, bien podría preguntar a todo aquel que llama: ¿estás dispuesto?, ¿de esta manera?

SAN AGUSTÍN

“Apenas habrá quien muera por un justo; por un hombre de bien tal vez se atrevería uno a morir. Es posible, en efecto, encontrar quizás alguno que se atreva a morir por un hombre de bien; pero por un inicuo, por un malhechor, por un pecador, **¿quién querrá entregar su vida, a no ser Cristo, que fue justo hasta tal punto que justificó incluso a los que eran injustos?**

Ninguna obra buena habíamos realizado, hermanos míos; todas nuestras acciones eran malas. Pero, a pesar de ser malas las obras de los hombres, la misericordia de Dios no abandonó a los humanos. Y siendo dignos de castigo, en lugar del castigo que se merecían, les gratificó la gracia que no se merecían. **Y Dios envió a su Hijo para que nos rescatara, no con oro o plata, sino a precio de su sangre**, la sangre de aquel Cordero sin mancha, llevado al matadero por el bien de los corderos manchados, si es que debe decirse simplemente manchados y no totalmente corrompidos. Tal ha sido, pues, la gracia que hemos recibido. Vivamos, por tanto, dignamente, ayudados por la gracia que hemos recibido y no hagamos injuria a la grandeza del don que nos ha sido dado. Un médico extraordinario ha venido hasta nosotros, y todos nuestros pecados han sido perdonados. Si volvemos a enfermar, no sólo nos dañaremos a nosotros mismos, sino que seremos además ingratos para con nuestro médico.

Sigamos, pues, las sendas que él nos indica e imitemos en particular, su humildad, aquella humildad por la que él se rebajó a sí mismo en provecho nuestro. Esta senda de humildad nos la ha enseñado él con sus palabras y, para darnos ejemplo, él mismo anduvo por ella, muriendo por nosotros. **En efecto, no habría muerto, si no se hubiera humillado.**

¿Quién hubiera podido matar a Dios, si Dios no se hubiera humillado? Y Cristo es Hijo de Dios, y el Hijo de Dios es ciertamente Dios. Él es el Hijo de Dios, la Palabra de Dios, de la que dice Juan: “En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. *La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada.* ¿Quién hubiera podido matar a aquel por quien se hizo todo y sin el que no se hizo nada? ¿Quién hubiese podido acabar con él, si no se hubiera humillado? ¿Y cómo se humilló? Dice el mismo Juan: *La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros.* Pues la Palabra de Dios no hubiera podido sufrir la muerte. Para poder morir por nosotros, siendo como era inmortal, *la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros.*

Así, el que era inmortal, se revistió de mortalidad para poder morir por nosotros y destruir nuestra muerte con su muerte.”¹⁰¹

PARA REZAR MEJOR

Continuamos nuestra oración contemplando a Cristo en Getsemaní, en concreto su obediencia al Padre que se manifiesta en aceptar su voluntad para aprender a obedecer como él y querer ser partícipes de su sacerdocio ante la vocación a la que somos llamados. Él se pone ante nosotros como modelo perfecto de aceptar la voluntad del Padre en obediencia que le consume como autor de salvación eterna para todos aquellos que le obedecen. Nunca es fácil obedecer ni nadie puede hacerlo por nosotros; esta siempre se realiza en oscuridad cuando es verdadera y supone aceptar el plan de Dios en nuestras vidas que no siempre tiene que ver con nuestros planes. Quien se siente llamado al sacerdocio tiene que aprender de Cristo lo que significa obedecer rechazando toda tentación humana que quiera ir por otro camino. Con este propósito contemplamos a Cristo en oración.

1. Ponte ante el Señor en oración para pedir que puedas compartir sus sentimientos cuando mira el pecado de los hombres y tiene que aceptar el camino de la salvación que implica la entrega de la vida: *dolor con Cristo dolorido, quebranto con Cristo quebrantado, pena por tanta pena que pasó el Señor por mí.*
2. Sitúate de nuevo en la escena de Getsemaní y lee la lectura de la carta a los hebreos que hoy se nos ofrece para poder profundizar más en lo que allí sucede: es Cristo que ora al padre con gritos y con lágrimas esperando ser salvado de la muerte pero, en su humanidad, aprende a obedecer para convertirse en autor de salvación eterna.
3. Vuelve a escuchar el diálogo de Cristo con su Padre que sucede en medio de aquella noche.
4. Ponte a su lado y trata de dialogar con él pidiéndole que te enseñe cuál es el camino de la obediencia para poder hablar de tus tentaciones y dificultades, para que le puedas mostrar cuáles son tus caminos y que él te muestre los suyos.
5. Si, en ese momento, junto al Señor, él te pregunta si quieres seguirle ¿cuál es tu respuesta? Lo que él hace por ti es lo que te pide que tú estés dispuesto a hacer por todos los hombres. Él te muestra el camino de la verdadera dignidad.

¹⁰¹ SAN AGUSTÍN, *Sermón 23 A, 2-3 sobre el Antiguo Testamento*, Oficio de Lecturas del Domingo XXII del Tiempo Ordinario.

EL PRENDIMIENTO DE JESÚS

Evangelio según San Mateo 26, 46-56

Levantaos, vamos, ya viene el que me va entregar.

Todavía estaba hablando, cuando apareció Judas, uno de los Doce, acompañado de un tropel de gente, con espadas y palos, mandado por los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo. El traidor les había dado esta contraseña:

—«Al que yo bese, ése es; detenedlo.»

Después se acercó a Jesús y le dijo:

—«¡Salve, Maestro!»

Y lo besó. Pero Jesús le contestó:

—«Amigo, ¿a qué vienes?»

Entonces se acercaron a Jesús y le echaron mano para detenerlo. Uno de los que estaban con él agarró la espada, la desenvainó y de un tajo le cortó la oreja al criado del sumo sacerdote.

Jesús le dijo:

—«Envaina la espada; quien usa espada, a espada morirá. ¿Piensas tú que no puedo acudir a mi Padre? El me mandaría en seguida más de doce legiones de ángeles. Pero entonces no se cumpliría la Escritura, que dice que esto tiene que pasar.»

Entonces dijo Jesús a la gente:

—«¿Habéis salido a prenderme con espadas y palos, como a un bandido? A diario me sentaba en el templo a enseñar y, sin embargo, no me detuvisteis»

Todo esto ocurrió para que se cumpliera lo que escribieron los profetas. En aquel momento todos los discípulos lo abandonaron y huyeron.

Después de la oración, Jesús se dispone a afrontar su destino para **encontrarse con aquellos que vienen a prenderle**. Desde este momento nos daremos cuenta de la gran contradicción: el autor de la vida, **el salvador** de los hombres, aquel que comparte con el Padre la condición divina **es puesto en manos de los hombres**, es apresado como un criminal —*el inocente por los culpables*— y entregado al juicio de los hombres. Todo ello comienza con una traición, la de Judas, uno de los suyos. Se hacen realidad las palabras del salmo 40: “incluso mi amigo, de quien yo me fiaba, que compartía mi pan, es el primero en traicionarme”. Aquel que había compartido con él la cena se convierte en la mediación del mal para que el Hijo de Dios sea entregado en manos de los hombres. Nos encontramos ante una gran paradoja: si toda la creación, que fue hecha a través de él, no es suficiente para contener al Hijo de Dios, ahora su vida y su destino son puestos en manos de los culpables. Así se va tejiendo la historia de la salvación, el **pecado del**

hombre se encuentra con el Misterio de Dios en Cristo. ¡Qué lejos quedan aquellas páginas del libro del Génesis, cuando por un pecado Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso, del Jardín de Edén! En estos momentos, en un huerto distinto, el pecado viene al encuentro del Hijo de Dios y este no se defiende, permanece impasible, no lo rechaza ni aleja de sí a los que tendrán en sus manos su propio destino.

1. El relato de Getsemaní concluía con el primer versículo del texto de hoy y tiene una gran importancia leerlo también unido a este del prendimiento. Jesús invita a los suyos a levantarse porque ya viene el que lo entrega. Hay que fijarse con detenimiento en este verbo que encontramos en Mateo y Marcos –entregar– porque tiene un gran sentido teológico. En griego encontramos ὁ παραδίδούς με (*el que me entrega*). El verbo παραδίδωμι significa una manera muy intensificada de dar, como un proceso por el cual **una cosa o una persona es puesta a disposición de otra**, como *tradere* en latín, podríamos traducirlo también como **poner en manos de**. Esta idea va apareciendo en toda la pasión, de una manera especial en Marcos. Jesús es puesto en manos de los judíos por Judas; estos lo pondrán en manos de los gentiles y, de las de estos, será entregado a la muerte. Pero tiene un matiz muy significativo –y es su sentido más teológico– ya que **es una entrega que tiene que ver con el plan de Dios, es aceptada por él y tiene que ver con su voluntad**. Es el mismo verbo que aparece en Mateo en labios de Jesús en la última cena cuando habla de la traición: “uno de vosotros me va a entregar... ¡Ay de aquel hombre por el cual el Hijo del hombre es entregado!” (Mt 26, 24).
2. **Es el Padre mismo quien está entregando a su Hijo a los hombres y lo hace a través de su mismo pecado** (la traición de Judas); no hace nada ajeno a la misma historia de los hombres sino que, a través de ella, expresa y realiza la entrega de Jesús. Aquí se van haciendo realidad los anuncios de la pasión en los cuales el pasivo divino hacía notar que es Dios mismo quien está entregando a su Hijo: “El Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los hombres y lo matarán” (Mc 9, 31).
3. **Es el propio Jesús quien toma la iniciativa de salir al encuentro de aquellos que vienen a buscarle**; es el quién pregunta por la persona a la que buscan; es él, en definitiva **quien ha decidido ponerse en manos de los hombres** para cumplir el designio de salvación ¿Dónde quedan el poder y la gloria de Dios? Aquí, precisamente: en el deseo de entregarse en un vaciamiento de sí mismo sin límites. **Sólo se puede entregar sin límite quien no lo tiene, es decir, el Hijo de Dios**. Los que buscan a Cristo para prenderlo –los pecadores– como un malhechor son realmente encontrados por él, que facilita su arresto.
4. Mateo es más lacónico que Lucas en el diálogo entre Jesús y Judas; en **Marcos no hay diálogo, sólo el gesto del beso**. En el primero de ellos parece que Jesús tiene prisa, le llama amigo y le dice más literalmente, *a lo que has venido*. **El beso en Mateo es un “besar efusivamente”** (κατακφίλησεν) al igual que en Marcos, pero no en Lucas (φιλήσεν). Sin embargo, en **Lucas**, el diálogo con Jesús adquiere unas características propias porque **Jesús pregunta a Judas uniendo la entrega con el mismo**

hecho del beso: “¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?” (Lc 22, 48). El Señor es puesto en manos de los hombres a través de un beso por uno de los suyos. **El signo de la amistad se convierte en el de la traición.** Esta es la gran paradoja que encontramos en este relato del prendimiento.

5. Una vez más, la reacción de **Pedro hace notar que no ha comprendido el sentido de lo que está sucediendo:** después del Tabor, de las palabras de Jesús sobre su pasión y muerte, de la Última Cena, del lavatorio y de la oración en Getsemaní sigue pensando en un mesianismo que no tiene que ver con el de Cristo: simplemente trata de evitar lo que sin remedio tendrá que suceder. Las palabras de Jesús manifiestan que lo que está pasando se podría ser evitado por medio de *legiones de ángeles* que tendría capacidad de pedir al Padre, pero la petición que había hecho fue otra: *que se haga tu voluntad y no la mía*. Todo lo que sucede es para que se cumplan la Escrituras de los profetas, algo cuyo sentido está todavía velado a los apóstoles.
6. Cuando Jesús es apresado como un malhechor —con espadas y palos— se realiza lo que anunció en la cena: *en aquel momento todos los discípulos lo abandonaron y huyeron*. Ahora sí, **Jesús se queda completamente solo en medio de los pecadores.**

Ante esta realidad nos tenemos que situar nosotros para poder escuchar, mirar, dialogar y contemplar todo aquello que a Pedro se le escapaba. A través del silencio y la contemplación se nos puede ir revelando esta verdad de Cristo que nos quiere interpelar de cara a su seguimiento y configuración con él en la vocación a la que cada uno hemos sido llamados.

SAN JUAN CRISÓSTOMO

“Al decirles: *En manos de los pecadores*, el Señor levanta los pensamientos de sus discípulos, pues les pone de manifiesto que **su pasión era obra de la maldad de los pecadores y no culpa suya**. *Levantaos, vamos de aquí. Mirad que se acerca el que me va a entregar*. No pierde el Señor ocasión de enseñar a sus discípulos que su pasión no dependía de necesidad ni de flaqueza, sino que **entraba en un designio inefable**. El sabía, en efecto, de antemano que sus enemigos iban a llegar, y, sin embargo, no sólo no huyó, sino que les salió al encuentro. *Y fue así que, cuando aún estaba él hablando, he aquí que Judas, uno de los doce, se presentó, y con él una gran muchedumbre, armados de cuchillos y palos, mandados por los sumos sacerdotes y ancianos del pueblo. ¡Hermosos instrumentos de los sacerdotes! Toda aquella chusma viene armada de cuchillos y de palos. Y Judas—dice el evangelista—, uno de los doce, iba con ellos. De nuevo le llama uno de los doce, y no se avergüenza. Y el que le había traicionado, les dio la señal diciendo: Aquel a quien yo besare, ése es; echadle mano. ¡Oh! ¡Cuánta maldad no mostró el alma del traidor! Porque ¿con qué ojos*

pudo entonces mirar a su maestro? ¿Con qué boca besarlo? ¡Oh abominable designio! ¡Qué consejo tomó! ¡Qué crimen cometió! ¡Qué contraseña dio en su traición! *Aquel a quien yo besare—les dice—*. Tenía él confianza en la mansedumbre de su maestro. Pues eso más que nada era bastante para cubrirlo de ignominia, eso le quitaba todo perdón: haber entregado a un maestro tan manso. —Y ¿por qué dice Judas eso? —Sin duda, porque muchas veces había el Señor pasado por en medio de ellos al quererle detener, sin que ellos le vieran. Sin embargo, lo mismo hubiera sucedido entonces, si El no hubiera querido que entonces se le detuviera. Y porque quería darle esa lección al traidor, cegó los ojos de sus perseguidores, y fue El quien les preguntó: *¿A quién buscáis?* Y no le conocieron, a pesar de llevar sus faroles y lámparas y tener a Judas consigo. Y cuando aquéllos le respondieron: *A Jesús*, entonces El les dijo: Yo soy *a quien buscáis*. Y luego a Judas: *Amigo, ¿a qué has venido?* Sólo después de haber hecho alarde de su poder, consintió que le prendiesen. Juan, por su parte, nos dice que hasta el último momento trató el Señor de corregir a Judas, diciéndole: *Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?* Como si dijera: ¿Ni de la forma de tu traición tienes vergüenza? Sin embargo, puesto que ni esto tampoco le detuvo, **el Señor se dejó besar y se entregó voluntariamente a ellos, y ellos echaron sobre El sus manos y le prendieron, todo en la misma noche en que habían comido la pascua**. Tal era su furor y su locura. Sin embargo, de no habérselo El consentido, nada hubieran podido contra El. Este consentimiento del Señor no exime a Judas de su insoportable castigo, más bien le condena más gravemente; pues, no obstante las pruebas que tenía del poder de Jesús, de su modestia, de su mansedumbre y de su bondad, él se convirtió en la más salvaje de todas las fieras.”¹⁰²

PARA REZAR MEJOR

Este momento de nuestra oración está íntimamente unido a la cena y la oración en Getsemaní: todo lo anunciado empieza a cumplirse al detalle y Jesús se queda solo ante los hombres, realmente ha sido puesto en sus manos. Nosotros nos ponemos en oración ante estas escenas: Jesús sale al encuentro de los que lo buscan, Judas lo entrega con un beso, es apresado como un bandido y todos sus discípulos salen huyendo. Cada uno de estos momentos podría constituir en sí mismo un momento contemplativo, por lo cual, se podría elegir uno de ellos o ir haciendo un recorrido por todas estas escenas.

1. Pide poder compartir los sentimientos de Cristo, reconocer el amor al

¹⁰² SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía 83,2 sobre san Mateo*, Obras de San Juan Crisóstomo II, BAC.

hombre y la fidelidad al Padre que le lleva a ponerse en manos de los pecadores.

2. Lee con mucho detenimiento el evangelio, si quieres puedes buscar los otros sinópticos y Juan para poder tener una visión más completa.
3. Fíjate en los personajes que intervienen en medio de la noche: Judas besando a Jesús, los apóstoles que se encuentran atónitos y asustados ante lo que está sucediendo, Pedro sacando la espada y cortando la oreja a uno de los guardias del templo, todos los que lo prenden atándolo como a un criminal, los apóstoles huyendo. Mira también a Jesús, escucha sus palabras, la dignidad con la que afronta lo que se le viene encima después de la angustia en la oración.
4. Ponte ante el Señor en tu verdad, en tus miedos y cobardías, en tus traiciones, en tu incapacidad para entregarte cuando tienes que salir perdiendo, en tu deseo de querer darlo todo... No seas como los apóstoles que salen huyendo, ni como Pedro que quiere solucionarlo todo con la espada... ni Judas... Mira a ver con qué personaje te identificas de una manera especial, es decir, que permite poner tu realidad ante Cristo.
5. Habla con Jesucristo y escúchale. Haz que tu oración se dirija al Padre para que él te ayude a comprender todo lo que está sucediendo, para que también te pueda aclarar que todo lo que ves es por ti, por tu propia salvación. Cristo es apresado como malhechor para que tú puedas ser inocente.

LA AGONÍA EN GETSEMANÍ Y EL PRENDIMIENTO: REPETICIÓN

Durante dos días podemos volver a situarnos en el huerto de los olivos, muy atentos a estos dos grandes acontecimientos que allí sucedieron poco antes de la muerte de Cristo en la cruz: la oración de Cristo, junto con la traición de Judas y el prendimiento por parte de la guardia del sanedrín.

Seguramente han quedado en nosotros algunas imágenes grabadas de los momentos de oración que es necesario volver a recordar y ponernos de nuevo ante ellas para poder captar mejor el misterio de Dios que se manifiesta en la humanidad de Jesús, angustiada en la oración, pero confiada en la voluntad del Padre y decida para salir al encuentro de aquellos que le buscan. **El fruto de la obediencia que contemplamos en Cristo es la fortaleza** para poder entregar su vida y poder afrontar el futuro que ya es inmediato, que el Padre le ha revelado y que él conoce.

Venimos diciendo que la contemplación nos ayuda a sumergirnos en el misterio de Dios en Jesucristo, en toda su verdad divina y humana desde nuestra propia verdad, desde nuestra realidad, pudiendo descubrir **lo que realmente somos y lo que el Señor está realizando por nosotros y por nuestra salvación** sin dejar de hacer nada que pudiera ser necesario para manifestar su *amor más grande*. Habitualmente, es difícil convivir con la propia verdad a no ser que descubramos que ha sido amada por Dios, que por ella Cristo entrega su vida y que, en su propia **fragilidad** y debilidad humana que carga con el pecado –con mi propio pecado– puedo descubrir también su **fuerza**. En la angustia de Cristo podemos descubrir nuestras angustias; en su miedo, nuestro miedo; en su dolor, el nuestro; todo lo vivió para que nos pudiéramos mirar en él y, para que en él, pudiéramos descubrir el camino para vivir la fidelidad y la obediencia a Dios como camino de salvación y de plenitud humana, porque es en él donde la humanidad adquiere su máxima realización.

Al volver a estas escenas podemos descubrirnos en Cristo que pasa del temor a la decisión, de la angustia a la confianza, de pedir ser librado del cáliz de la muerte a querer beber de él. En su humanidad descubrimos una **verdadera escuela de aprendizaje para no escandalizarnos en nuestra debilidad y turbación** y un camino para seguir adelante en medio de la prueba. Pero, qué difícil es hacer este itinerario si no somos capaces de permanecer junto a él, de poder mirarle y escucharle; **aunque el espíritu esté dispuesto la carne es débil**, aunque estemos convencidos tener que hacer la voluntad de Dios, la nuestra es frágil. En estos momentos de oración debemos escuchar la invitación de Cristo: *quedaos aquí y velad conmigo*.

Nuestra oración no puede ser otra cosa que esto: **permanecer junto a Cristo**, mirarle, escucharle, darnos cuenta de lo que hace –y hace por mí– para ir dejando que sus sentimientos se contagien en nuestro afecto, que su voluntad se imprima en la nuestra; para que nos descubra la forma de orar y relacionarse con el Padre y podamos aprenderla como discípulos suyos que somos; para que su inteligencia ilumine la nuestra, tantas veces perdida y

dispersa. Esto **sucede en la oración cuando contemplamos, cuando tratamos de hacer silencio ante nuestros ruidos y barullos interiores y permitimos que sea el Misterio el que brille con luz propia ante nuestra propia verdad.**

En estos días nos tomaremos un tiempo suficiente para poder ir realizando este itinerario que nos irá conduciendo desde la angustia a la decisión de querer aceptar la voluntad del Padre; lo haremos, como siempre, mirando al Señor en primer lugar, dejando que sea su persona y su humanidad la que nos revelen también nuestra propia verdad. Esta sólo aparece cuando contemplamos la verdad de lo que el Hijo de Dios revela al aceptar la muerte como un camino de salvación por los hombres, de cada uno de los hombres. Entre ellos estamos nosotros.

SAN AGUSTÍN

*“[...] Cristo no amó su vida en este mundo; vino precisamente para perderla, para entregarla por nosotros y para recuperarla; cuando quisiera. Más él era hombre y también Dios. Cristo, en efecto, consta de la Palabra, el alma y la carne; es Dios y hombre verdadero; pero hombre sin pecado, para quitar el pecado del mundo. Por su poder era mayor, hasta serle permitido decir con verdad: **Tengo poder para entregar mi vida y poder para recuperarla de nuevo;** nadie me la quita, sino que soy yo mismo quien la entrega y la recupera de nuevo. **Siendo, pues, tan grande su poder, ¿por qué dijo: Ahora mi alma está turbada? ¿Por qué se siente turbado el hombre Dios sino porque en él se halla la imagen de nuestra debilidad?** Tengo poder para entregar mi alma y poder para recuperarla de nuevo. Cuando escuchas esto en boca de Cristo, habla él en nombre propio; cuando su alma se siente turbada ante la inminencia de la muerte, **es él, pero en ti.** En efecto, la Iglesia no sería su cuerpo si no estuviese él también en nosotros.*

Así, pues, el mismo Cristo, Señor y Salvador nuestro, cabeza de la Iglesia, nacido del Padre sin madre; el mismo, repito, Jesucristo, Señor y Salvador nuestro, por lo que a él respecta, entregó por poder propio su vida y por poder propio la recuperó. Propiamente, no cae dentro de este poder lo dicho: *Mi alma está turbada. Nos personificó en sí mismo; nos vio, nos examinó, nos acogió fatigados y nos estimuló,* no fuera que, cuando llegara para alguno de sus miembros el último día, momento de dar fin a esta vida, se sintiese turbado por su flaqueza, desconfiase de alcanzar la salvación y dijese que no pertenecía a Cristo por no hallarse preparado para la muerte. Prueba de lo cual sería que aún no se había apagado en él toda turbación y la tristeza aún nublaba la devoción de su alma. Sus miembros podrían hallarse en peligro por la desesperación si al acercarse la muerte sentían que perdían la calma al no querer concluir esta vida miserable y siendo perezosos para iniciar la que nunca termina; así, pues, para que no los resquebrajase la desesperación, dirigió su mirada a esos miembros débiles; y a esos miembros no demasiado fuertes nos acogió en su seno; **cual**

gallina, tampoco ella muy fuerte, cubrió a sus polluelos, y como dirigiéndose a ellos dice: ***Mi alma está turbada***. Reconoceos en mí, para que, si alguna vez os sentís turbados, no os desesperéis, antes bien dirijáis la mirada a vuestra cabeza y os digáis: «Cuando, el Señor pronunciaba estas palabras: *Mi alma está turbada*, estábamos nosotros en él; en nosotros tenía puesta su mirada.» Nos sentimos turbados, pero no perecemos. ¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me llenas de turbación? ¿No quieres que llegue a su fin esta mísera vida? Es tanto más miserable cuanto que, aun siendo mísera, es amada y no quieres que se termine; sería menos miserable si no se la amase. ¡Cómo será la vida feliz, si así es amada la vida miserable por el simple hecho de llamarse vida! **¿Por qué estás triste, alma mía? ¿Por qué me llenas de turbación? Sabes ya qué hacer. ¿Has desfallecido en ti? Espera en el Señor. ¿Te sientes lleno de turbación? Espera en el Señor**, que te eligió antes de la creación del mundo, que te predestinó, que te llamó; que, siendo tú impío, te justificó; que te prometió la gloria eterna, que sufrió por ti una muerte que no merecía, que por ti derramó su sangre, que se transfiguró en ti cuando dijo: *Mi alma está turbada*. **Perteneciendo a él, ¿temes? ¿Ha de dañarte en algo el mundo por el que murió su creador? Perteneciendo a él, ¿temes? Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros? Quien no perdonó a su propio hijo, sino que lo; entregó por nosotros, ¿cómo no nos donará todo con él? Opón resistencia a las perturbaciones, no seas condescendiente con el amor del mundo. Insinúa, halaga, acecha; no le creáis y quedaos con Cristo.**”¹⁰³

PARA REZAR MEJOR

Nos gusta avanzar, descubrir aspectos nuevos, probar otras experiencias y se nos olvida que en la oración no se crece por acumulación y novedades sino por profundidad en el misterio de Cristo. Repetir puede costar, volver por el camino andado para pararnos una vez más puede dar una cierta pereza. Si la vencemos, allí encontraremos los mejores frutos. No quieras recogerlos antes de tiempo, si el Señor te da tiempo dáselo tú a él también para que pueda hacer en ti.

1. Pide, no te canses de pedir con una gran humildad que te sea revelado aquello que desees contemplar y descubrir, que te puedas encontrar con Cristo en la prueba, en la angustia, en la búsqueda de la voluntad del Padre; que puedas sentir como él siente dándote cuenta de lo que siente por ti. Suplica que la contemplación de la pasión sea el camino del aprendizaje del amor más grande que Cristo manifiesta.
2. Repasa la oración de los días anteriores. ¿Dónde encontraste luz? ¿Qué se te mostró del amor del Señor? ¿Qué viste de ti mismo? No pases por alto estas

¹⁰³ SAN AGUSTÍN, *Sermón 305, 2.4; La turbación de Cristo ante la muerte*, OC XXV.

cosas porque pueden ser algo que el Espíritu ha comenzado a revelarte. Siempre hay algo oculto que sólo él es capaz de hacer visible.

3. Lee el evangelio de nuevo, las dos escenas que hemos contemplado y observa el cambio que se opera en Cristo a través de la oración; la necesidad que hay de ella, de permanecer en vela para no sucumbir en la prueba. ¿Qué les pasó a los apóstoles? ¿Qué hicieron cuando el Señor les invitaba a velar y orar?
4. Mira a Cristo y escucha su invitación: *quédate aquí, vela conmigo*. ¿Es la oración algo más importante que esto, estar con el Señor, ante su presencia en la Eucaristía? Ponte a su lado, no te quedes a distancia, agudiza el oído y afina tu mirada.
5. El primer día puedes mirar más la oración en Getsemaní y permanecer junto a él y el segundo todo lo que acontece en torno al prendimiento.
6. Ora con él, como un amigo habla con un amigo: ¿eres probado? Él también. ¿Tienes miedo? Él lo tuvo; ¿estás turbado? Leer las palabras de san Agustín te podrán ayudar.

EL PROCESO DE JESÚS: INTRODUCCIÓN

¿Cómo es posible que aquellos hombres estuvieran tan ciegos? **¿Es posible que el hombre se cierre de tal manera a la acción salvadora de Dios?** Ante el proceso de Jesús es necesario que demos el salto para descubrir nuestra implicación en ese proceso histórico. La pregunta debería ser: **¿dónde estoy yo?** No se trata de hacer un discurso para dar una respuesta, sino de contemplar a Cristo y la actuación de los hombres ante él para poder descubrir mi verdad, es decir, dónde estoy yo.

Vamos a contemplar la **pasión del ultraje, de la dignidad arruinada**: Jesús ante los tribunales es condenado y humillado. Para el tribunal religioso Jesús es un blasfemo; para el tribunal del mundo y Herodes es un loco: Para los importantes, como Anás y Caifás, es digno de ser abofeteado y condenado; el pueblo que antes lo seguía y aclamaba, ahora grita, "crucifícale". En los discípulos hay decepción y miedo que se traducen en traición, negación y huida. Pilato representa el juicio de la historia: *ahí tenéis al hombre*. Es el salvador ultrajado, irreconocible; burlándose de él están manifestando toda la hondura de lo que significa la entrega de Jesucristo, porque, en ese hombre, Dios está mostrando que no puede dar más por la salvación de todos.

El justo es condenado por todas las instancias y poderes de la época. Quizá detrás del pueblo y de los propios discípulos late la decepción porque no ha respondido a las expectativas que ellos tenían: no ha organizado la revolución, ha renunciado a la violencia, ha dejado de realizar signos porque los entendían en otra clave. Cristo les ha fallado, y detrás de la condena del pueblo está la rabia de los que se rebelan contra aquellos que no responden a lo que esperaban; **Cristo va a dar la vida pero ellos aguardaban otra salvación**; hubieran estado dispuestos a dar la vida luchando, pero no tan inútilmente. Nosotros, igualmente le seguimos, pero de la misma manera abandonamos cuando se nos pide más; negamos cuando nuestra reputación puede quedar en ridículo y condenamos cuando no nos salva como a nosotros nos gustaría.

Es necesario situarse ante Jesús antes de pensar en nosotros mismos porque **el centro de todo es él** y hay que ir descubriendo cómo se está manifestando el misterio escondido del amor de Dios y de la salvación, lo que sucede cuando Dios mismo se encuentra con el pecado de los hombres y decide someterse a las últimas consecuencias del mismo. Ante todas las personas por las que el Señor irá pasando se va manifestando la verdad de Dios y la verdad del pecado del hombre: **la fuerza del pecado es tan grande que pueden llegar a no reconocer al autor de la vida, a condenarle como un blasfemo y llevarle hasta la muerte de cruz**. Para todo ello tendrán que contar con un pueblo manipulado y con los poderes de este mundo: todo se vuelve en contra de Jesucristo.

Vamos a ir siguiendo a lo largo de estos días las personas y circunstancias que intervienen en este proceso para poder contemplar a Cristo ante aquellos que le condenan; **situarnos de manera viva y real en la escena para que aparezca nuestra realidad ante quien está dando la vida, no sólo por aquellos hombres, sino por todos, también por nosotros que ahora le contemplamos** en medio del Sanedrín, del

Sumo Sacerdote, junto a los discípulos y Pedro, al lado de Pilato y ocultos en medio del pueblo también podemos estar nosotros.

Podremos descubrir también al resto fiel que le acompaña, a Juan, a María Magdalena, a las mujeres y, cómo no, a su madre. También tendremos que ponernos junto a ellos para descubrir el camino de la fidelidad.

Todo esto no lo recorreremos elucubrando o analizando sino contemplando, es decir, dejando que a través de la humanidad de Cristo que miramos y escuchamos vaya emergiendo la divinidad oculta para poder admirarnos una vez más y decir: ¡Ese es Dios! ¡Todo lo que sucede es por mí!

EL PROCESO DE JESÚS I: JESÚS ANTE EL SANEDRÍN

Evangelio según san Mateo 26, 57-68

Los que detuvieron a Jesús lo llevaron a casa de Caifás, el sumo sacerdote, donde se habían reunido los escribas y los ancianos. Pedro lo seguía de lejos, hasta el palacio del sumo sacerdote, y, entrando dentro, se sentó con los criados para ver en qué paraba aquello.

Los sumos sacerdotes y el sanedrín en pleno buscaban un falso testimonio contra Jesús para condenarlo a muerte y no lo encontraban, a pesar de los muchos falsos testigos que comparecían. Finalmente, comparecieron dos, que dijeron:

—«Este ha dicho: "Puedo destruir el templo de Dios y reconstruirlo en tres días»

El sumo sacerdote se puso en pie y le dijo:

—«¿No tienes nada que responder? ¿Qué son estos cargos que levantan contra ti?»

Pero Jesús callaba. Y el sumo sacerdote le dijo:

—«Te conjuro por Dios vivo a que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios»

Jesús le respondió:

—«Tú lo has dicho. Más aún, yo os digo: Desde ahora veréis que el Hijo del hombre está sentado a la derecha del Todopoderoso y que viene sobre las nubes del cielo.»

Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo:

—«Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué decidís?»

Y ellos contestaron:

—«Es reo de muerte.»

Entonces le escupieron a la cara y lo abofetearon; otros lo golpearon, diciendo:

—«Haz de profeta, Mesías; ¿quién te ha pegado?»

Jesús se ha quedado solo en medio de aquellos que le buscan para ser juzgado. Pedro iba tras él, pero como afirma el evangelista, *de lejos*. Han tenido que hacer el camino inverso desde la Cena, bajando de nuevo por el torrente Cedrón hasta subir al palacio del Sumo Sacerdote. Se ha convocado una reunión del Sanedrín para **realizar un juicio siendo de noche**, algo que estaba fuera de la legalidad judía; por esta razón, los sinópticos sitúan otra sesión del sanedrín al amanecer para dar legitimidad al anterior, sin lugar a duda, un juicio en contra del derecho judío; es un juicio con testigos falsos en el que no se ofrece ninguna posibilidad que permita la defensa de quien está siendo juzgado; las pruebas que se aportan son también falsas, malas interpretaciones de palabras de Jesús, sacadas de contexto, sin nadie que le defienda. Tenemos ante nosotros el juicio de la autoridad religiosa, el de los hombres de Dios que hablan en nombre suyo: **Jesús será condenado por blasfemo ¡Qué contradicción!** El Hijo de Dios, condenado en nombre de aquellos que tienen que aplicar la justicia divina tratado como un blasfemo y, por ello, condenado a la pena de muerte que

tendría que haberse ejecutado a través de la lapidación. No será así, tendrán que acudir al procurador romano porque en ese momento tenían limitados sus poderes de poder ejecutar a un condenado. Veamos algunos elementos que intervienen en este proceso religioso que nos ayuden a poder contemplar la escena.

El Diccionario de la Real Academia define la blasfemia como *palabra injuriosa contra Dios, contra la Virgen o los santos*. En el griego del Nuevo Testamento, βλασφημία expresa la realidad del hombre que afrenta y ultraja el nombre de Dios, aunque en algunos contextos aparece referida contra el propio Jesús, por ejemplo en la cruz, o al Espíritu Santo. Esta es la gran contrariedad: **el Hijo de Dios es condenado por el tribunal religioso como alguien que está afrentando y ultrajando a Dios con sus conductas y sus palabras.**

Fijémonos en la escena: hay un patio interior donde Pedro permanece sentado esperando a ver qué es lo que sucede. Jesús entra con la guardia en el recinto interior del palacio donde se encuentra Caifás y otros miembros del sanedrín. La condena estaba decidida previamente y lo único que se buscan son pruebas para poder realizarla, por ello, se muestra el juicio de la mentira, en un contexto sin legalidad, haciéndose verdad las palabras de Isaías en el cuarto cántico del Siervo: **“sin defensa, sin justicia, se lo llevaron y nadie se preocupó de su suerte”** (Is 53, 8).

El mismo evangelio refiere la dificultad del proceso al buscar testigos que hicieran posible la condena, aunque fueran testimonios falsos. Después de ello, alguien alude a la polémica en el Templo con unas palabras mal interpretadas que parecen convertirse en la ocasión propicia para pronunciar una palabra de juicio definitivo. Jesús es preguntado después de la acusación. En un primer momento guarda silencio, hasta que interviene el sumo sacerdote que le preguntará en nombre de Dios. Hasta este momento no pronuncia ninguna palabra, no responde nada, como quien renuncia a su defensa.

Juan 18, 20-23 aporta un dato que no aparece en los sinópticos de la misma manera: al ser interrogado, responde más directamente y con una gran libertad, ante el sacerdote y ante aquél que le da una bofetada:

«Yo he hablado abiertamente al mundo; yo he enseñado continuamente en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada a escondidas. ¿Por qué me interrogas a mí? Interroga a los que me han oído, de qué les he hablado. Ellos saben lo que he dicho yo.»

Apenas dijo esto, uno de los guardias que estaba allí le dio una bofetada a Jesús, diciendo:

—«¿Así contestas al sumo sacerdote?»

Jesús respondió:

—«Si he faltado al hablar, muestra en qué he faltado; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?»

Jesús no se defiende en ninguno de los evangelios; en el de Juan manifiesta de una manera más patente su identidad y su dignidad, como si la humanidad, aun sufriendo lo mismo, pareciera menos afectada. Ante sus palabras, que invitan a preguntar a aquellos que le han visto y oído, es respondido con una bofetada. Este gesto no le callará, todo lo contrario, será ocasión para manifestar su gran libertad y dignidad, poniendo de manifiesto que sus palabras son verdaderas y no son motivo

para que el guardia le pegue. El cuarto evangelio presenta a Jesús como testigo de la verdad, como volverá a aparecer en su diálogo con Pilato.

Si seguimos con los sinópticos, nos daremos cuenta que, ante el nuevo interrogatorio sobre su identidad mesiánica, en el evangelio de Lucas, Jesús responde de una manera enigmática; no dice directamente que él sea el Mesías, simplemente sitúa la respuesta en la misma pregunta que le acaban de hacer afirmando, “vosotros lo decís: Yo soy”. En Mateo y Marcos la es mucho más explícito al atestiguar que es el Hijo del Hombre que realiza el juicio universal y que está sentado en el trono junto a Dios. Curiosamente este es quien es juzgado en nombre de Dios.

Ante estas palabras, la respuesta de Caifás no se hace esperar: se rasga la vestidura como signo de escándalo, afirma de no necesitar más pruebas, pronuncia la palabra *blasfemia*, se pronuncia el veredicto por parte del Sanedrín. Todo está dicho, ahora se puede afirmar que *es reo de muerte*.

SAN JUAN CRISÓSTOMO

“¿A qué fin cometían todos esos ultrajes con Jesús, cuando estaban para quitarle la vida? ¿Qué necesidad había de toda esa cruel comedia, si no era para poner por todos los medios de manifiesto su insolente manera de ser? Diríase que habían dado con un botín de guerra, a juzgar por el desenfreno de que daban pruebas, por la locura de que estaban poseídos. Aquello era para ellos una fiesta que celebraban con placer y en la que mostraban sus instintos sanguinarios. Mas considerad, os ruego, la filosofía de los evangelistas al contarlo todo con tanta puntualidad. **Aquí se muestra bien patente su amor a la verdad**, pues narran con absoluta objetividad lo que parece más ignominioso, sin disimular nada, sin avergonzarse de nada, teniendo más bien por una gloria, como a la verdad lo era, que el Señor de la tierra entera se dignara sufrir tales oprobios por nuestro amor. Esto ponía de manifiesto su inefable caridad, a par que la maldad imperdonable de los judíos, que tales cosas se atrevieron a hacer con un Señor tan manso y bueno y cuyas exhortaciones hubieran podido hacer un cordero de un león. Porque nada, absolutamente nada faltó a la mansedumbre del Señor, como nada faltó tampoco a la insolencia y crueldad de aquellos esbirros, lo mismo en sus obras que en sus palabras. Todo eso lo había de antemano predicho el profeta Isaías, y en una sola palabra había resumido todo este oprobio que ahora sufre el Señor: *A la manera que muchos quedarán atónitos sobre ti –dice–, así quedará desfigurado tu rostro en parangón con los hombres, y tu gloria desaparecerá de los hijos de los hombres*. ¿Qué insulto, en efecto, comparable con éste? **En aquel rostro a cuya vista tuvo el mar respeto, el rostro que contempló el sol en la cruz y recogió los rayos de su luz, sobre ése escupieron, ése abofetearon y aquella cabeza golpearon**, saciando bien a su placer la rabia de que estaban llenos. Le dieron los golpes más

ignominiosos, cachetes y bofetadas, y a los golpes añaden el ultraje de escupirle. Y aún le dirigen las palabras de las más crueles burlas. Como las gentes le tenían por profeta, ahora le dicen éstos: *Adivínanos, Cristo, quién es el que te ha pegado*. Otro evangelista nos cuenta que le cubrieron el rostro con un paño, y así le sometieron a todas esas burlas, como si el Señor fuera un desgraciado que no valiera tres óbolos. Y allí se burlaban así de Él, lo mismo gentes libres que la hez de los esclavos. **Leamos esto continuamente, oigámoslo como se debe y grabémoslo en nuestra alma, pues ésta es nuestra gloria.** Yo no me enorgullezco sólo de los infinitos muertos que el Señor volvió a la vida, sino también de los sufrimientos que por nosotros sufrió. De esto habla también en todo momento Pablo: de la cruz, digo, de la muerte, de los sufrimientos, de los oprobios, injurias y burlas del Señor. Una vez nos dice: *salgamos a El llevando su propia ignominia*. Y otra: *El cual, en lugar de la alegría que tenía delante, sufrió la cruz, despreciando la vergüenza.*¹⁰⁴

PARA REZAR MEJOR

Vamos a contemplar una parte del juicio judío de Jesús. En él nos daremos cuenta de cómo los representantes de Dios ante el pueblo, los que detentan el poder religioso, se unen para condenar al Hijo de Dios apoyados en falsos testimonios y palabras mal interpretadas. Jesús es preguntado como un criminal, abofeteado, escupido, insultado y, al final, se decide su muerte sin que pueda ser defendido, más aún, renunciando él mismo a su defensa. Conviene no tener prisa, como si quisiéramos abarcarlo todo. Es mucho más importante que cada uno se detenga en aquella escena en la que descubre la humanidad ultrajada de Cristo, la divinidad escondida, la fuerza del pecado y el amor que manifiesta el Señor.

1. Vuelve de nuevo a pedir que los sentimientos que le llevaron al Señor a dar la vida por nosotros, se hagan presentes en ti, que puedas sentir lo que Jesús sintió, que puedas mirar con los ojos de la Virgen María para que te sea revelado el misterio escondido.
2. Haz una lectura, haciendo pausas en cada uno de los momentos que se describen. Fíjate en los personajes: los guardias, el sumo sacerdote, la gente que grita, las bofetadas, los escupitajos, Pedro, de lejos. Detén tu mirada en Cristo, sus palabras, sus silencios, su dignidad, el dolor moral que tuvo que padecer, el sufrimiento físico. Colócate tú mismo en la escena, entre la gente o al lado de Jesús, en el patio interior con Pedro, donde puedas mirar y escuchar mejor. Trata de descubrir la mirada de aquellos hombres, la furia de sus gestos y palabras y fíjate también en la mirada de Jesús.
3. Haz silencio y contempla sin querer decir muchas palabras, deja que brote en ti el afecto: el dolor por tus pecados y los de los hombres, el sufrimiento de Jesucristo, el amor al Señor que es juzgado y condenado. Esto no nace

¹⁰⁴ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía 85, 1 sobre San Mateo*, Obras de San Juan Crisóstomo II, BAC.

porque te esfuerces, es un don que has tenido que pedir, y que tienes que tener que seguir pidiendo si te cuesta poder contemplar.

4. Imagina que, por un momento, en medio de aquella escena, todo se queda en silencio, las personas desaparecen o se quedan quietas o inmóviles. Estáis Jesús y tú solos. Camina hacia Jesús y habla con él y dile lo que hay en tu corazón, mírale y escúchale.

EL PROCESO DE JESÚS II: LAS NEGACIONES DE PEDRO

Evangelio según san Lucas 22, 54-62

Ellos lo prendieron, se lo llevaron y lo hicieron entrar en casa del sumo sacerdote. Pedro lo seguía desde lejos Ellos encendieron fuego en medio del patio, se sentaron alrededor y Pedro se sentó entre ellos

Al verlo una criada sentada junto a la lumbre, se le quedó mirando y le dijo: También éste estaba con él. Pero él lo negó diciendo:

- No lo conozco, mujer.

Poco después lo vio otro y le dijo: Tú también eres uno de ellos. Pedro replicó:

- Hombre, no lo soy.

Pasada cosa de una hora, otro insistía: Sin duda, también éste estaba con él, porque es galileo. Pedro contestó:

- Hombre, no sé de qué habla.

Y estaba todavía hablando cuando cantó un gallo. El Señor, volviéndose, le echó una mirada a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra que el Señor le había dicho: «antes de que cante hoy el gallo, me negarás tres veces». Y, saliendo afuera, lloró amargamente.

Las negaciones de Pedro ponen de manifiesto un proceso interior que va de la autosuficiencia a la traición y de la negación a la compunción. Para situarnos adecuadamente en esta escena que hoy contemplamos tenemos que dar algunos pasos atrás en la historia:

1. Jesús había anunciado el abandono y la traición de Pedro; lo podemos ver en Lc 22, 31-34, Mt 26, 33-35 y Mc 14, 29-31. Ante este anuncio, Pedro, en los tres sinópticos responde de una manera firme: *aunque todos tropiecen, yo no tropezaré*; Mateo y Lucas darán un paso más: *Señor, contigo estoy dispuesto a ir a la cárcel y a la muerte*. En el tercer evangelista, las palabras previas de Jesús traslucían dolor y esperanza: “¡Simón, Simón!, mira, Satanás os reclamó para cribaros como el trigo, pero yo he rogado por ti, para que tu fe no decaiga. Y tú, cuando hayas vuelto confirma a tus hermanos.” En los tres evangelios Jesús anunció con claridad al apóstol: “Pedro, te digo que no cantará hoy el gallo antes de que hayas negado conocerme tres veces”.
2. **Pedro es un hombre dispuesto a dar la vida por el Señor**, de hecho, en el prendimiento está dispuesto a luchar con la espada para defender a Jesús, pero, las palabras de este pudieron dejarle atónito: su maestro, el que anunciaba el Reino de Dios y hacía milagros no estaba dispuesto a defenderse como él habría hecho. Después de este momento le abandona como el resto, aunque Lucas insiste que **seguía a Jesús de lejos**. Se ha

producido un distanciamiento entre el apóstol y el Señor, ya no está cerca de él y comienza a estar profundamente confundido ante lo que está sucediendo; la realidad le saca de la falsa seguridad en sí mismo que vivía cuando afirmaba su “yo” dispuesto a ir a la cárcel con el Señor. **El “yo” valiente y seguro de Pedro está empezando a derrumbarse** al contemplar que Jesús no está dispuesto a defenderse cuando es juzgado, escupido y abofeteado: se está escandalizando de Jesús tal y como el mismo Señor anunció a todos: “todos vais a tropezar (*escandalizaros*) por mi causa esta noche” (Mt 26, 31).

3. En este momento comienza a surgir el miedo y a tomar distancia con el que, hasta ese momento era su Maestro y Señor. **El interior de Pedro se está derrumbando porque ha caído también la imagen que tenía de Cristo.** En este contexto podemos situar el diálogo que leemos en el evangelio de Lucas que, muy parecido a los otros sinópticos, aporta un dato que puede ayudar más a realizar una oración contemplativa de la escena, como veremos más adelante.
4. En el cuarto evangelio, Juan se sitúa junto a Pedro siguiendo a Jesús hacia la casa de Anás. Dice que era conocido del Sumo Sacerdote y hace posible que Pedro entre en el patio interior del palacio (cf. Jn 18, 15-16).
5. por tres veces es preguntado por su relación con Jesús y en las tres responde que no le conoce o que no es uno de ellos. Mateo y Marcos hacen ver que en la última de las preguntas que le hacen va creciendo su grado de indignación y rabia: *entonces empezó a maldecir y a jurar: ¡no conozco a ese hombre!* Fijémonos en estas palabras: **Pedro dice no conocer a Jesús**, de alguna manera está diciendo una verdad, el Jesús conducido por los hombres a juicio, injuriado, maltratado, abofeteado y escupido no es el hombre que él había conocido antes, parece distinto, no comprende nada de lo que sucede aunque Jesús lo hubiera anunciado por tres veces en la última subida a Jerusalén desde Galilea. **Tiene miedo pero, además, Jesús se ha hecho un desconocido.** Le niega por miedo y lo hace también por decepción; niega a aquel que está siendo motivo de escándalo para él. **¿Cómo puede estar Dios en un hombre así?** La fe de Pedro se ha derrumbado.
6. La negación no es la última palabra; una vez que el “yo” con toda su fuerza se ha roto, **cuando queda menos de nosotros mismos, cuando ha aparecido nuestra verdad, tenemos la posibilidad de encontrar la verdad del Señor**, lo que no habíamos conocido hasta entonces: no somos nosotros quien vamos a dar la vida por él sino él por nosotros. No era Pedro quien iba a salvar a Jesús sino Jesús quien tenía que salvarle a él. Esto es lo que se descubre al final del relato de las negaciones de Pedro en dos detalles después del canto del gallo: uno lo relata Lucas: **el Señor se volvió y miró a Pedro.** Con esta mirada y con el sonido del canto del gallo **Pedro comienza a recordar** lo que el Señor le había dicho: *antes que cante el gallo, me negarás tres veces.* Es la mirada de Jesús la que le devuelve a la realidad, la suya y la de Cristo. Él le seguía de lejos, pero Jesús le sigue de cerca con la mirada, y en el momento de la máxima decepción y traición le encuentra y le recuerda sus palabras. No es mirada de juicio, es la mirada de un hombre abofeteado y escupido,

insultado y juzgado, pero es la mirada de Dios que transforma el corazón humano y manifiesta la misericordia que hace posible la compunción del corazón de Pedro: **y, saliendo fuera, lloró amargamente.**

La situación de Pedro no es ajena a la de cualquier persona que pueda leer este evangelio cuando se ve probado, cuando llega el momento en que parece que Cristo no realiza lo que se espera de él, que el poder de su divinidad permanece oculto y no dice nada ante el mal, el sufrimiento y el dolor; es muy fácil que ante la impotencia humana y la falta de respuesta de Dios, el hombre llegue a escandalizarse de Jesús, incluso a negarle en su interior o ante los demás. **Nunca estamos tan lejos de Pedro como nos pensamos:** seguros de nosotros mismos, de estar dispuestos a dar la vida por Cristo pero, a nuestra manera, con nuestros criterios y parámetros. La crisis interior que lleva a la negación y al pecado tiene detrás la decepción porque parece que Dios no actúa y, poco a poco, algo dentro de nosotros se va desmoronando, **la fuerza inicial va decayendo y, de las primeras palabras pronunciadas no queda nada**, casi ni el recuerdo de haber dicho que estábamos dispuestos a dar la vida por él. Tampoco el recuerdo del Señor, del conocimiento que tenía de nosotros, de habernos advertido de la posibilidad de escandalizarnos de él, de nuestra propia debilidad y nuestra posibilidad de llegar a negarlo porque casi no le conocemos. **Él si sabía a quién había llamado, pero nosotros, como Pedro, ni le conocíamos de verdad ni nos conocíamos a nosotros mismos.**

SAN AMBROSIO

*“Y Pedro le seguía a lo lejos. Con razón dice que le seguía de lejos, ya que estaba próximo a negarle; **pues no podría haberle negado si se hubiese mantenido cercano a Cristo.*** Con todo, quizás debamos tener para con él una gran reverencia y admiración, puesto que, aun con mucho miedo, no abandonó al Señor. El miedo es propio de la naturaleza, pero la solicitud es hija de la piedad. Lo que uno teme es algo extraño; sin embargo, aquello de lo que no se puede huir es algo propio. Si él sigue, lo hace por una devota entrega, pero la negación es algo propio de la sorpresa. **Su caída es algo común, su arrepentimiento está provocado por la fe.** Ya había comenzado a arder el fuego en la casa del príncipe de los sacerdotes; y Pedro se acercó para calentarse, puesto que, una vez preso el Señor, se había enfriado también el calor de su alma.

Y al ser denunciado, Pedro reniega —admitamos, pues, que Pedro renegó, ya que el Señor le dijo: *Tú me negarás tres veces* (Mt 26,34), y, en verdad, prefiero creer que Pedro renegó antes que pensar que el Señor se equivoca—; y ¿qué es lo que él negó? Exactamente lo que había imprudentemente prometido. **Él había valorado su entrega, pero no había reflexionado sobre su condición humana y fue castigado por haber presumido de que moriría por El, cosa que es un regalo del poder divino y no un fruto de la debilidad del hombre.** Si él pagó tan caro una palabra imprudente, ¿qué pena no tendrá reservada la falsa fe?

Y ¿dónde tiene lugar la negación de Pedro? No en la montaña, ni en el

templo, ni en su casa, sino en el pretorio de los judíos, en la casa del príncipe de los sacerdotes. **Le niega allí donde no está la verdad, allí donde fue apresado Cristo, donde fue atado Jesús.** ¿Cómo no iba a caer aquel a quien había introducido dentro una portera de los judíos, que fue la que le interrogó? Desgraciadamente Eva sedujo a Adán, y también desgraciadamente una mujer fue quien introdujo a Pedro; pero el primero cayó en el paraíso, donde la caída era irreparable; éste, en cambio, en el pretorio de los judíos donde es difícil que se dé la inocencia. Al primero se le prohibió el pecar, al segundo se le había predicho su error. La caída del primero fue causa del engaño del segundo, pero éste reparó la de aquél.

Hemos de considerar también en qué estado de ánimo renegó. *Él tenía frío.* Si atendemos a la estación, debemos reconocer que no podía hacer mucho frío, pero lo cierto es que allí donde no se reconoce a Jesús, hace frío, como lo hace también allí donde no había nadie que viera la luz y donde se negaba el fuego que consume. Se trataba, pues, de un frío del alma, no del cuerpo. Y así **Pedro se había arrimado a los carbones, porque tenía el corazón frío.** Pero la lumbre de los judíos no es buena; abrasa, pero no calienta. Malo, en verdad, es ese fuego que esparce una especie de cenizas de error aun sobre las almas de los santos, por causa de la cual se cegaron también los ojos interiores de Pedro, es decir, no sus ojos corporales, sino los de su alma, que era con la que había visto a Cristo.

[...] Pero, aunque nosotros le excusemos, él no se excusó, ya que **para confesar a Jesús no es suficiente una respuesta ambigua, sino que es necesaria una confesión franca.** Porque ¿de qué sirve un rodeo en las palabras, si quieres aparecer como uno que ha renegado?. Y por eso se dice que Pedro no respondió así con objeto de dar un rodeo, ya que, cuando después lo recordó, **comenzó a llorar. Y así prefirió confesar él mismo su pecado, para que, por la confesión, le fuese perdonado el pecado que había contraído por la negación —pues el justo empieza por acusarse a sí mismo** (Prov 18,17)— y después lloró.

¿Por qué lloró? Porque el pecado le cogió de sorpresa. También yo suelo llorar si no peco, es decir, si no me vengo, si no obtengo lo que injustamente deseo; Pedro se arrepintió y lloró porque se había equivocado como hombre. No atiende tanto a lo que dijo, fija más mi atención en que lloró. **Veo sus lágrimas, no encuentro un afán de excusarse; y aunque no puede defenderse, puede empero lavarse. ¡Que las lágrimas laven ese pecado que no se atreve a confesar de viva voz!** Los llantos conducen al perdón y a la honradez. **Las lágrimas confiesan la culpa sin temor, las lágrimas reconocen el crimen sin el tormento de la vergüenza, las lágrimas no piden el perdón, pero lo obtienen.** Ya he encontrado el por qué Pedro guardó silencio, era para que una demanda de perdón tan pronta no hiciera más grande su pecado. Es necesario llorar antes, y ya después se puede pedir.

¡Qué buenas lágrimas son las que lavan la culpa! Por eso todos aquellos a los que Jesús mira, lloran. La primera vez, Pedro renegó y no lloró, era porque el Señor no le había mirado. Le negó una segunda vez y tampoco lloró, pues aún no le había mirado el Señor; pero, **al negarle por tercera vez, Jesús clavó en él su mirada, y comenzó a llorar con incontenible amargura. Míranos, Señor Jesús, para que sepamos llorar nuestro pecado.** Con esto se nos enseña que aun la caída de los santos es provechosa. Ningún daño me acarreó la negación de Pedro, y, sin embargo, he recibido un gran beneficio de su arrepentimiento. He aprendido a guardarme de los planes de los hombres de mala fe. Pedro, cuando estaba entre los

judíos, renegó; Salomón, engañado por sus amigos paganos, cayó en el error.

90. Pedro lloró y con una amargura profunda, lloró con el fin de que sus lágrimas pudieran lavar su pecado. **También tú debes llorar tu culpa con lágrimas si quieres conseguir el perdón en el mismo momento e instante en que te mire Cristo.** Si te acontece caer en algún pecado, el que está como testigo en lo más íntimo de tu ser, te mira para hacerte recordar y confesar tu error. **Imita a Pedro, que, en otro lugar, responde a la tercera pregunta: Señor, Tú sabes que te amo** (Io 21,15). Pues como le había negado, serán otras tres las que le confiese, y, habiéndole negado de noche, le confiesa de día.

Ahora bien, todo esto está escrito para que comprendamos que nadie se debe vanagloriar; porque si el mismo Pedro cayó porque dijo: *Aunque los otros se escandalizaren, yo jamás me escandalizaré* (Mt 24,33), **¿quién podrá presumir, con derecho, de sus propias fuerzas?** También David, después de decir: *Yo dije en el tiempo de mi bienestar, jamás seré conmovido*, confiesa que esa jactancia le hizo engañarse, diciendo: *Apartaste tu rostro de mí y fui confundido* (Ps 29,7ss).

¿Cómo podrías hacerte presente a mí, Pedro, para que me mostrases en qué pensabas cuando llorabas? ¿De dónde —me pregunto— te podría hacer venir? ¿Acaso del cielo, donde ya tienes un puesto entre los coros de los ángeles, o tal vez de la tumba? En realidad, no creo que pienses que sea una injuria para ti el estar allí mismo de donde resucitó el Señor. Enséñame qué gran utilidad te reportaron las lágrimas. Aunque, en verdad, bien pronto lo has enseñado ; **ya que, al llorar después de caer, ese llanto te ha hecho digno de ser elegido para regir a otros, precisamente tú que, antes ni a ti mismo eras capaz de gobernarte.**" ¹⁰⁵

PARA REZAR MEJOR

Contemplar las negaciones de Pedro, la mirada de Jesús y el arrepentimiento que produce, son una gran ayuda en el proceso personal que estamos siguiendo al contemplar la pasión de Cristo. Permite que nos podamos identificar con el apóstol, con su decepción, su miedo y sus negaciones, pero también, con sus lágrimas de dolor por la traición. Es necesario que podamos descubrir en Pedro nuestra propia verdad, nuestros miedos y decepciones, nuestros pecados y traiciones, para permitir que, igual que a él, el Señor se vuelva y nos mire. Es una oración que hay que tratar de hacer contemplativamente, sin prisas y con todo el afecto del corazón para que pueda transformar nuestro interior de la misma forma que lo hizo con Pedro. El comentario de San Ambrosio puede ayudarnos a profundizar más en la escena y ponerla en relación con nosotros.

1. Pide al Señor que te ayude a llegar a la verdadera compunción del corazón, como un derretimiento interior de todo lo que se encuentra endurecido por el pecado; que te permita poder encontrarte en la oración con la misma

¹⁰⁵ SAN AMBROSIO, *Tratado sobre el Evangelio de Lucas, Libro X 72.74-90-91*, Obras de San Ambrosio I, BAC

mirada que se encontró Pedro y le cambió el corazón; pedir las lágrimas del arrepentimiento porque por tus pecados va el Señor a la pasión.

2. Lee el texto teniendo en cuenta toda la historia anterior en la que se enmarca; fíjate en las palabras de Pedro, trata de descubrir sus sentimientos y reconócelte en él: las ocasiones en que Cristo te decepciona porque no responde como tú piensas, las veces que guarda silencio, lo poco que conoces del misterio del amor que le lleva a dar la vida de esa manera.
3. Ponte junto al apóstol, mírale y repasa tus decepciones y traiciones a lo largo de tu vida; fíjate especialmente en aquellas que han quedado más grabadas en tu mente y tu corazón y no trates de ocultarlas en la oración.
4. Observa la mirada del Señor que, abofeteado, ultrajado, condenado y escupido te mira a ti; todo eso es por el perdón de tus pecados, para manifestar que él te conoce, que sabe de tu debilidad y que, así y todo, te ha llamado como a Pedro. Simplemente, déjate mirar por Cristo en tu verdad y deja que brote el arrepentimiento, las lágrimas y el deseo de querer responder a todo el amor recibido.

EL PROCESO DE JESÚS III: JESÚS ANTE PILATO Y EL PUEBLO

Evangelio según San Mateo 27, 1-2. 11-25

Al hacerse de día, todos los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo se reunieron para preparar la condena a muerte de Jesús. Y, atándolo, lo llevaron y lo entregaron a Pilato, el gobernador.

Jesús fue llevado ante el gobernador, y el gobernador le preguntó:

—«¿Eres tú el rey de los judíos?»

Jesús respondió:

—«Tú lo dices»

Y, mientras lo acusaban los sumos sacerdotes y los ancianos, no contestaba nada. Entonces Pilato le preguntó:

—«¿No oyes cuántos cargos presentan contra ti?»

Como no contestaba a ninguna pregunta, el gobernador estaba muy extrañado. Por la fiesta, el gobernador solía soltar un preso, el que la gente quisiera. Tenía entonces un preso famoso, llamado Barrabás. Cuando la gente acudió, les dijo Pilato:

—«¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, a quien llaman el Mesías?» Pues sabía que se lo habían entregado por envidia. Y, mientras estaba sentado en el tribunal, su mujer le mandó a decir:

—«No te metas con ese justo, porque esta noche he sufrido mucho soñando con él.»

Pero los sumos sacerdotes y los ancianos convencieron a la gente que pidieran el indulto de Barrabás y la muerte de Jesús.

El gobernador preguntó:

—«¿A cuál de los dos queréis que os suelte?»

Ellos dijeron:

—«A Barrabás»

Pilato les preguntó:

—«¿Y qué hago con Jesús, llamado el Mesías?»

Contestaron todos:

—«Que lo crucifiquen.»

Pilato insistió:

—«Pues, ¿qué mal ha hecho?»

Pero ellos gritaban más fuerte:

—«¡Que lo crucifiquen!»

Al ver Pilato que todo era inútil y que, al contrario, se estaba formando un tumulto, tomó agua y se lavó las manos en presencia de la multitud, diciendo:

—«Soy inocente de esta sangre. ¡Allá vosotros!»

Y el pueblo entero contestó:

—«¡Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!»

Nos encontramos ante un doble juicio: **el de Pilato y el del pueblo**. Están entremezclados de manera que no es fácil separar uno del otro, ya que suceden al mismo tiempo. El procurador romano dicta cobardemente la sentencia sin querer complicarse mucho la vida –aunque no hubiera hallado en Jesús culpabilidad alguna– porque el pueblo vociferante se lo pide alentado por los miembros del sanedrín.

Se ha procedido a la reunión del sanedrín durante el día para poder así legalizar la sesión nocturna ilegal condenado a Jesús por blasfemo; como no podían ejecutar directamente la lapidación porque en ese momento les estaba vetada la posibilidad de realizar la condena, tienen que presentar a Jesús ante el procurador romano que sí puede hacerlo: **el poder religioso judío y el poder ejecutivo pagano se tienen que unir para consumir la muerte de Cristo**. En un acto flagrante de hipocresía, los sacerdotes **cambian el motivo de la condena**, tal y como lo presenta cada evangelista. En el cuarto evangelio lo hace de esta manera: “nosotros tenemos una ley y según esa ley debe morir, porque se cree Hijo de Dios... si sueltas a ese no eres amigo del César. Todo el que se cree rey va contra el César” (Jn 19, 7.12b). En Lc 23, 2 se dice positivamente que han comprobado que “este hombre anda amotinando a nuestra nación, oponiéndose a que se paguen impuestos al César e incluso diciendo que él es el Mesías rey”, y más adelante, continúan con la misma acusación: “solivianta al pueblo, enseñando por toda Judea, empezando desde Galilea hasta aquí” (Lc 23 ,5).

Pilato no puede condenarle por una cuestión religiosa interna pero si lo hará si se lo presentan como un sedicioso que pretende levantar una revuelta en contra de la autoridad romana. El argumento es dado la vuelta para que así pueda ser aceptado en la legislación romana. Pero hay un dato más que aparece en todos los evangelios: el hecho de que sea **comparado con Barrabás** que había sido un criminal que *por causa de un motín ocurrido en la ciudad, y de un asesinato, había sido metido en la cárcel* (Lc 23, 29). Así es asumida la acusación por Pilato al interrogar a Jesús sobre su condición real y mesiánica, lo cual supone que ha comprendido el cargo con el que le presentan los sumos sacerdotes.

¿Qué datos nos presentan los evangelios sobre este proceso?

1. Parte de una mentira manifiesta porque Jesús **había sido sentenciado por blasfemo y ahora aparece como si fuera el cabecilla de una revuelta**, como tantas otras que se habían dado en Palestina. Aparecen datos que no se encuentran en el proceso del sanedrín: no se ponía tanto el acento sobre su condición mesiánica –aunque sí aparece también en la pregunta de Caifás– sino en su condición de Hijo de Dios. Tampoco encontramos mención alguna a la cuestión sobre los impuestos que sí recoge Lucas como un elemento importante de la acusación. Se omite toda referencia al Templo, que sí era la prueba fundamental sobre la que basaban el juicio realizado durante la noche. Todo esto quiere decir que los cargos han sido dados la vuelta, unos se omiten y otros se cambian. **De nuevo nos encontramos con la mentira como elemento configurador de todo el proceso.**
2. Al ser presentado ante el procurador y ser interrogado por él, Jesús **responderá de una forma enigmática –tú lo has dicho–** que no es una afirmación directa sobre la acusación. En griego encontramos σὺ λέγεις, que habría que traducir literalmente por *tú [lo] dices*, siendo la misma respuesta

que aparece en los cuatro evangelios. Se podría interpretar como una afirmación directa sobre su condición de rey de los judíos, cosa que Jesús nunca dijo de sí mismo; también se podría interpretar como una evasiva al dar la respuesta queriendo decir que eso es una afirmación de Pilato. Lo que sí está claro es que en los sinópticos, y en Marcos de una manera especial, existe el secreto mesiánico, por el cual Jesús no aclara explícitamente su condición mesiánica a no ser que sea reconocido por otro, como los espíritus inmundos o Pedro. **Jesús rechaza toda concepción de su ser y de su hacer en clave política o puramente temporal como ahora está siendo presentado a Pilato.** Sólo en Juan hace notar que cualquier comprensión de su reino no tiene que ver con los reinos de este mundo al afirmar: “mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo mil hombres habrían luchado para que no fuese entregado a los judíos; ahora bien, mi reino no es de aquí” (Jn 18, 36). En cualquiera de los casos, la respuesta pronunciada no lleva al procurador romano a encontrar culpa en él, tal y como manifiesta en todos los evangelios en distintas ocasiones.

3. **Es comparado con un criminal** como Barrabás, cuyo nombre podría significar *hijo de Dios*, literalmente hijo del Padre (Bar'-Abbá), aunque no sea está la única interpretación que se ha hecho del nombre. Pero es muy interesante lo que podría sugerir: el inocente que es Hijo del Padre desde la eternidad es puesto en comparación con el criminal *hijo del padre* de nombre. El culpable será salvado y el inocente condenado poniéndose en el lugar del pecador y culpable cargando con su condena.
4. Hay que tener en cuenta **la intervención del pueblo** que ha sido manipulado y que se siente también decepcionado. Ellos son los primeros que gritan pidiendo la condena en la cruz; los mismos que le habían oído predicar por las calles y le habían recibido en Jerusalén con alabanzas; no dejaría de ser probable que gritaran los que fueron testigos de sus milagros. Son los habitantes de la ciudad de Jerusalén; Jesús había derramado sus lágrimas por ella porque no había reconocido el día de su venida e iba a quedar desierta: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus pollitos bajo las alas! Pero no habéis querido. Vuestra casa se os quedará vacía” (Lc 13, 34-35). Es el pueblo manipulado, que cuando se manifiesta como masa, pierde su identidad **haciéndose incapaces de reconocer al inocente, cambiando su vida por el criminal.** Este pueblo aquí representado es la humanidad presente, pasada y futura que, **condenando a Cristo, están haciendo posible que él entregue la vida por su salvación.**
5. **Pilato** es capaz de reconocer que Jesús es inocente, es entregado por envidia y no hace nada para intentar salvarlo, anteponiendo sus intereses personales a la verdadera justicia. La única defensa que encontramos es la de su propia esposa, que, además de reconocer a Jesús como justo, manifiesta haber sufrido por él en sus sueños. Una mujer pagana es la única valedora ante el poder romano. ¿Qué es el testimonio de la propia esposa ante los sumos sacerdotes y un pueblo que pide la cruz para Jesús?

Nosotros nos situamos ante esta escena, tan rica en elementos, para poder contemplarla; lo hacemos **como testigos y protagonistas** que intervenimos y nos

situamos ante la condena de Cristo. Son muchos los protagonistas que intervienen en la condena de Jesús basada en la mentira y en los intereses personales, tanto de los miembros del sanedrín como de Pilato; de un pueblo que está pidiendo la vida del Señor como el peor de los criminales. A través de todo lo que contemplamos podemos ir entrando en los sentimientos humanos de Cristo a través de los cuales se manifiesta el amor salvador de Dios. Podemos escuchar los improprios que **la Iglesia canta el día de Viernes Santo** en labios de Jesús al escuchar la voz de aquellos que piden para él la cruz: *pueblo mío, ¿qué te he hecho?, ¿en qué te he ofendido? Respóndeme.*

SAN JUAN CRISÓSTOMO

“Mirad cómo lo primero que el gobernador examina es lo que los enemigos del Señor traían y llevaban. Porque, como vieron que Pilatos no hacía caso alguno de lo que ellos habían tratado, derivan su acusación del Señor hacia los delitos políticos. Así lo hicieron también más adelante contra los apóstoles, a quienes no se cansaban de acusar que andaban por todas partes pregonando por rey a un tal Jesús. Y es que hablaban del Señor como de un puro hombre y atribuían a sus apóstoles ambiciones de poder tiránico. De ahí resulta evidente que todo aquel rasgarse las vestiduras el sumo sacerdote y sus aspavientos de espanto fue pura comedia. Lo que hacían era moverlo y revolverlo todo a trueque de llevar a Cristo a la muerte. Como quiera, eso fue lo que Pilatos le preguntó entonces. ¿Qué responde, pues, Cristo? Tú lo has dicho. Confesó Cristo que era rey, pero rey del cielo. Lo cual dijo, en otro evangelista, más claramente, respondiendo a Pilatos: *Mi reino no es de este mundo*. Así, ni los judíos ni Pilatos podían tener motivo alguno al acusarle de esto. Y da seguidamente una razón irrefutable: *Si yo fuera de este mundo, los míos lucharían para que no fuera entregado*. Justamente para eliminar toda sospecha en ese punto, el Señor había pagado el tributo y había mandado a los otros que lo pagaran; y, cuando le quisieron hacer rey, él huyó. ¿Por qué, pues —me dirás— no alega Él todo eso cuando se le acusa de aspirar a la tiranía? Porque ya tenían en los hechos de su vida mil pruebas de su poder, de su mansedumbre y modestia y, sin embargo, estaban voluntariamente ciegos. **El tribunal, por tanto, estaba corrompido. De ahí que no contesta a nada, sino que calla. Sólo con breves palabras, a fin de no dar con un silencio absoluto la impresión de arrogancia,** contesta cuando le conjura el sumo sacerdote y cuando le interroga el gobernador; mas a las acusaciones que se le hacen, ya no contesta absolutamente, pues sabía que no los había de convencer. Así lo había de antemano manifestado el profeta, diciendo: *En su humillación fue quitado su juicio*. El gobernador se quedó maravillado de ello. Y a la verdad, cosa de maravilla era ver tanta modestia y cómo callaba, cuando hubiera podido decir infinitas cosas. Porque no le acusaban porque realmente supieran nada malo contra, sino de pura envidia

y malquerencia. En efecto, cuando los falsos testigos nada pudieron alegar contra el Señor, ¿por qué sus enemigos insisten en su empeño de condenarle a muerte? Y cuando vieron expirar a Judas, y a Pilatos que se lavaba las manos, ¿cómo no sintieron ellos el menor remordimiento? A la verdad, muchas cosas hizo el Señor aun en este mismo tiempo, a fin de hacerles entrar dentro de sí mismos, pero con ninguna de ellas se corrigieron. ¿Qué le dice, pues, Pilatos? ¿No oyes cuántas cosas atestiguan contra ti? En realidad, Pilatos quería que el Señor se defendiese, y así librarle. De ahí su pregunta. Más como vio que nada le contestaba, se le ocurrió otra salida. ¿Qué salida? Tenía costumbre de soltarles por pascua a un condenado, y por aquí intenta Pilatos poner a Jesús en libertad. Si no queréis –parece decirles– que se le suelte como inocente, por lo menos hacédle gracia como a condenado, en honor de la fiesta. **¡Mirad cómo se trastorna aquí el orden! La petición en favor de los condenados era costumbre que la hiciera el pueblo; la gracia, naturalmente, tocaba al gobernador.** Aquí sucede al revés: el gobernador es el que pide al pueblo, y ni aun así se amansan aquellas fieras, sino que se enfurecen más y más y gritan arrebatados de furor por la pasión de la envidia. Porque nada tenían de qué acusarle, y eso que el Señor estaba callado. Más aun así los confundía por la evidencia de su vida santa, y, **callando, vencía a los que en su frenesí lanzaban contra El** mil acusaciones. *Más, estando el gobernador sentado en el tribunal, le envió recado su mujer diciéndole: No te metas para nada con ese justo, pues mucho he padecido hoy, en sueños, por causa suya.* Mirad cómo nuevamente sucede algo que hubiera bastado para hacerles desistir de su intento. No era, en efecto, poco que a la prueba y demostración de las cosas se juntara también el sueño. Mas ¿por qué razón no es Pilatos el que lo ve? O porque su mujer acaso era más digna o porque, de haberlo visto él, no le hubieran creído y quizá ni lo hubiera revelado. Por eso la Providencia dispone que sea la mujer quien lo vea, de modo que a todos fuera manifiesto. Y notemos que no se trata simplemente de ver, sino que también sufre mucho, a fin de que, por compasión a su mujer, fuera Pilatos con más tiento en el asunto de la muerte del Señor. Y no había de ser de poco peso el tiempo mismo, pues la visión fue vista aquella misma noche. Se dirá que no era seguro para Pilatos soltar al Señor una vez que sus enemigos le acusaban de que se hacía rey. Pues que buscara pruebas y argumentos y cuanto suele ser señal de ambición a la realeza: si había juntado tropas, si había reunido dinero, si había hecho fabricar armas, si tenía planes por el estilo. Pero no, Pilatos se deja arrastrar sin averiguación ninguna. De ahí que tampoco a él le absuelve Cristo de culpa, diciendo: *El que me ha entregado a ti, mayor pecado comete que tú.* Su condescendencia fue acto de debilidad; debilidad, habérselo entregado después de azotarlo. Pilatos, pues, fue cobarde y débil; los sumos sacerdotes fueron malvados y pérfidos. Porque apenas el gobernador tuvo una idea, es decir, la ley de la pascua que mandaba soltar a un condenado, ¿qué traman aquéllos? *Persuadieron –dice el evangelista– a la chusma que pidieran a Barrabás*¹⁰⁶

¹⁰⁶ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía 86 1-2 sobre San Mateo*, Obras de San Juan Crisóstomo II, BAC.

PARA REZAR MEJOR

El objeto de la contemplación es profundizar en el misterio de Cristo, en su persona y en el amor salvador que le lleva a entregar la vida por la redención de los hombres. Él es quien ocupa el centro de todo; cada uno de los personajes que van interviniendo en todo este proceso permite descubrir la profundidad de este amor hasta el extremo que se somete al poder del pecado de los hombres. Es necesario no situarnos nosotros en primer plano sino la humanidad de Cristo que está ante nosotros, tratar de penetrar en los sentimientos del Señor para descubrir a Dios en el dolor moral, en la experiencia de la soledad y el abandono. Hay que tratar de escuchar también su silencio. Cuando siempre estamos acostumbrados a escuchar palabras tenemos que darnos cuenta de todo aquello que no es necesario decir porque queda expresado con la misma entrega. En medio de toda la escena se encuentra el que contempla, escuchando, mirando y dejándose afectar por todo lo que sucede y que Cristo revela.

1. Vuelve a pedir con palabras de San Ignacio: *dolor con Cristo dolorido, quebranto con Cristo quebrantado; pena de tanta pena que pasó el Señor por mí*. Invoca al Espíritu Santo para que te ayude a penetrar y hacer tuyos los sentimientos del Señor.
2. Lee el evangelio con detenimiento tratando de comprender las palabras, las acciones que expresan los verbos. Pero, no sólo leas, trata de escuchar a los personajes, sitúate en medio de la escena: los sumos sacerdotes, Pilato, el pueblo, el propio Jesús que va de uno a otro *como cordero llevado al matadero*.
3. ¿Qué produce en ti el silencio de Cristo y su falta de defensa? Trata de confrontar tu propio deseo de querer llevar siempre la razón y defenderte ante cualquier acusación con lo que él está manifestando. Mírale y trata de penetrar con la imaginación su pensamiento, su oración en silencio al Padre, su mirada hacia todos aquellos que le condenan. ¿Cómo miraría al pueblo que prefiere a un bandido y pide su crucifixión? Tú, ¿en qué lugar te encuentras?
4. Como siempre, entra en diálogo con el Señor más con el afecto y el corazón que con las ideas; habla con aquel que todo lo sufrió por ti.

EL PROCESO DE JESÚS IV: REPETICIÓN

Estos dos días nos darán la oportunidad de **volver a contemplar** alguna o algunas de las escenas que hemos tenido ante nosotros en las oraciones anteriores. Esta parte del proceso de Jesús en la que vemos como protagonistas a los sumos sacerdotes y autoridades del pueblo, al propio Pedro, al gobernador romano y al pueblo nos dan la oportunidad de **poner la mirada en la persona de Cristo** que es capaz de asumir el peso del pecado, el juicio de los hombres, el abandono y la traición de los suyos como voluntad del Padre que expresa el amor hasta el extremo a los hombres. No salva el dolor sino el amor, pero este primero es el grado supremo de hasta dónde puede llegar el segundo.

El objeto de la contemplación es siempre el mismo: la persona de Jesús, su humanidad a través de la cual tenemos acceso al Misterio de Dios que está más allá de todos los parámetros que tenemos los hombres sobre su ser. **En la humanidad de Cristo golpeado, ultrajado, manipulado, abandonado se está manifestando Dios** que, en virtud de la unión hipostática, se ha unido a nuestra carne para siempre. ¿Cómo ver la presencia de Dios en esa humanidad que se nos presenta en todo este proceso? La mirada descubre al hombre; los oídos escuchan las palabras de este y el Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra debilidad para que podamos dar el gran salto de la fe: **el reconocimiento de Dios y la adoración. Nuestros afectos se ven movidos, y no sólo nuestros sentidos**, ante aquel que es ofrecido en espectáculo público delante de los hombres y descubrir, no sólo el sufrimiento humano que manifiesta el amor entregado, sino al darnos cuenta que ese amor entregado es el de Dios, **un amor humillado y anonadado que no se reserva nada**.

El silencio de Cristo, que cada vez va siendo mayor, no es tanto el silencio de la impotencia al verse sometido a la crueldad y la manipulación de los hombres, sino **la manifestación de ese amor entregado que, al ser verdadero, no se expresa con palabras, sino con signos: con la misma vida**. Podemos ver como quien es la Palabra del Padre guarda silencio ante los hombres, **no es la Palabra que convence con su voz sino la Palabra que convence con el silencio y con la entrega**. Cuando Dios guarda silencio —el mayor exponente del mismo es el hiato, es decir desde la muerte de Cristo hasta la resurrección— adquiere su mayor elocuencia y muestra a aquel que contempla que **el amor más grande no es el que trata de convencer con la elocuencia sino con el silencio de la vida entregada y callada**. ¡Cuánto tenemos que aprender a amar de esta manera contemplando a Cristo! No hay otra forma de adquirir el amor del que da la vida que dejando que los sentimientos de Cristo que manifiestan el dolor y la angustia en su humanidad nos puedan descubrir el amor redentor que nos va impregnando en la medida que estamos cerca de él y nos hace desear estar junto a él. Sí, contemplar a Cristo juzgado, traicionado y negado, que mira a Pedro y le cambia el corazón, que mira a los que piden su muerte y no dice nada, que no se defiende, pero manifiesta así su verdad, transforma nuestros afectos y puede hacer que, en nosotros, se produzca el deseo de decir: Señor, yo contigo; yo, a pesar de toda mi debilidad, como tú; quiero poder amar de la misma manera, corresponder al amor que tú has tenido por mí; si no te hubieras hecho hombre, si no hubieras dejado ser juzgado por mí, si no hubieras sufrido el temor y la angustia ante la muerte, si no hubieras dado la vida, yo no podría haber conocido

el amor y no estaría salvado. Tu condena anula la mía, tu amor perdona mi pecado y restaura mi humanidad caída. Señor, yo quiero responder a ese amor.

Volvamos sobre las escenas que hemos contemplado estos días para poder profundizar en la experiencia de estar ante el amor entregado de Dios que mira nuestra vida y nos transforma. Hay que permitir que el Misterio de Cristo opere en nosotros estando ante él, velando con él, mirándole a él. Un fragmento de **San Buenaventura** en su itinerario de la mente hacia Dios puede ayudarnos a percibir los aspectos que intervienen en la contemplación. Él se refiere a la contemplación de la cruz –que realizaremos próximamente– pero nos puede ayudar a aplicarlo al momento en el que nos encontramos para poder realizar de una manera más adecuada el ejercicio contemplativo.

SAN BUENAVENTURA

“Cristo es el camino y la puerta. Cristo es la escalera y el vehículo, él, que es la placa de la expiación colocada sobre el arca de Dios y el misterio escondido desde el principio de los siglos. El que mira plenamente de cara esta placa de expiación y la contempla suspendida en la cruz, con la fe, con esperanza y caridad, con devoción, admiración, alegría, reconocimiento, alabanza y júbilo, este tal realiza con él la Pascua, esto es, el paso, ya que, sirviéndose del bastón de la cruz, atraviesa el mar Rojo, sale de Egipto y penetra en el desierto, donde saborea el maná escondido, y descansa con Cristo en el sepulcro, como muerto en lo exterior, pero sintiendo, en cuanto es posible en el presente estado de viadores, lo que dijo Cristo al ladrón que estaba crucificado a su lado: Hoy estarás conmigo en el paraíso.

Para que este paso sea perfecto, hay que abandonar toda especulación de orden intelectual y concentrar en Dios la totalidad de nuestras aspiraciones. **Esto es algo misterioso y secretísimo, que sólo puede conocer aquel que lo recibe, y nadie lo recibe sino el que lo desea, y no lo desea sino aquel a quien inflama en lo más íntimo el fuego del Espíritu Santo, que Cristo envió a la tierra.** Por esto, dice el Apóstol que esta sabiduría misteriosa es revelada por el Espíritu Santo.

Si quieres saber cómo se realizan estas cosas, pregunta a la gracia, no al saber humano; pregunta al deseo, no al entendimiento; pregunta al gemido expresado en la oración, no al estudio y la lectura; pregunta al Esposo, no al Maestro; pregunta a Dios, no al hombre; pregunta a la oscuridad, no a la claridad; no a la luz, sino al fuego que abrasa totalmente y que transporta hacia Dios con unción suavísima y ardentísimos afectos.

Este fuego es Dios, cuyo horno, como dice el profeta, está en Jerusalén, y Cristo es quien lo enciende con el fervor de su ardentísima pasión, fervor que sólo puede comprender el que es capaz de decir: Preferiría morir asfixiado y la misma muerte. El que de tal modo ama la muerte puede ver a Dios, ya que está fuera de duda aquella afirmación de la Escritura: Nadie puede ver mi rostro y quedar con vida. Muramos, pues, y entremos en la oscuridad, **impongamos silencio a nuestras preocupaciones, deseos e imaginaciones; pasemos con Cristo crucificado de este mundo al Padre, y así, una vez que nos haya mostrado al Padre, podremos decir**

con Felipe: Eso nos basta; oigamos aquellas palabras dirigidas a Pablo: Te basta mi gracia; alegrémonos con David, diciendo: Se consumen mi corazón y mi carne por Dios, mi lote perpetuo. Bendito sea el Señor por siempre, y todo el pueblo diga: "¡Amén!"¹⁰⁷

PARA REZAR MEJOR

Para la oración de estos dos días sugiero hacer una lectura continua de los dos textos del proceso, tanto el judío como el romano, para poder profundizar en el significado del juicio que el pecado del mundo hace sobre el Hijo de Dios y en un segundo momento volver de nuevo al pasaje de las negaciones de Pedro para seguir dejándonos mirar por el Señor en nuestras propias decepciones, miedos y negaciones de Cristo. Al volver sobre lo que hemos orado, lo hacemos ya con la experiencia de lo que hemos podido ver, oír y experimentar de modo que sea el punto de partida de cada una de las contemplaciones.

1. Ora al Padre para que te ayude a poder tener su mirada sobre los que juzgan y condenan y no son capaces de reconocer la salvación y se cierran a ella; para poder descubrir la intimidad de su relación con su propio Hijo; para permitir que sus ojos y los de Cristo puedan dirigirse a ti y descubrir la manera en la que Dios mira toda tu vida. Pide al Espíritu Santo que te conduzca a poder experimentar el amor de Cristo que por ti y tu salvación, por el perdón de tus pecados es juzgado y condenado.
2. El primer día repasa tu propia oración sobre las escenas de los juicios de Jesús por el sanedrín, Pilato y el pueblo. Trae a tu memoria lo que has orado y lo que el Señor te ha descubierto y vuelve a leer los textos de la palabra de Dios para que puedas detenerte en aquello que produce una mayor experiencia afectiva o que ilumina tu inteligencia sobre Cristo y sobre ti mismo
3. El segundo día vuelve a traer a tu memoria tus decepciones sobre el Señor, tus miedos al entregar tu vida, tus deseos de poder salvarte sin él y tus propias negaciones. Vuelve a leer el evangelio de las negaciones de Pedro y deja que la mirada del Señor se vuelva a ti en tu verdad, en tu pobreza y en tu necesidad.
4. Cada día termina la oración con un diálogo de amistad con el Señor en el que le puedes abrir tu corazón sin temor, dejando que su mirada te hable, tratando de escuchar y de no estar haciendo razonamientos sobre lo que sucede o sobre ti mismo.

¹⁰⁷ SAN BUENAVENTURA, *El itinerario de la mente hacia Dios*, 7,1,2,6, Oficio de Lecturas del 15 de Julio, fiesta de San Buenaventura.

EL PROCESO DE JESÚS V: FLAGELACIÓN Y CORONACIÓN

Evangelio según San Juan 19, 1-16a

Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar. Y los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto color púrpura; y, acercándose a él, le decían:

—«¡Salve, rey de los judíos!»

Y le daban bofetadas.

Pilato salió otra vez afuera y les dijo:

—«Mirad, os lo saco afuera, para que sepáis que no encuentro en él ninguna culpa.»

Y salió Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo:

—«Aquí lo tenéis»

Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron:

—«¡Crucifícalo, crucifícalo!»

Pilato les dijo:

—«Lleváoslo vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro culpa en él.»

Los judíos le contestaron:

—«Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha declarado Hijo de Dios»

Cuando Pilato oyó estas palabras, se asustó aún más y, entrando otra vez en el pretorio, dijo a Jesús:

—«¿De dónde eres tú?»

Pero Jesús no le dio respuesta.

Y Pilato le dijo:

—«¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?»

Jesús le contestó:

—«No tendrías ninguna autoridad sobre mí, si no te la hubieran dado de lo alto. Por eso el que me ha entregado a ti tiene un pecado mayor.»

Desde este momento Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban:

—«Si sueltas a ése, no eres amigo del César. Todo el que se declara rey está contra el César.»

Pilato entonces, al oír estas palabras, sacó afuera a Jesús y lo sentó en el tribunal, en el sitio que llaman «el Enlosado» (en hebreo Gábbata). Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia el mediodía.

Y dijo Pilato a los judíos:

—«Aquí tenéis a vuestro rey.»

Ellos gritaron:

—«¡Fuera, fuera; crucifícalo!»

Pilato les dijo:

—«¿A vuestro rey voy a crucificar?»

Contestaron los sumos sacerdotes:

—«No tenemos más rey que al César.»
Entonces se lo entregó para que lo crucificaran.

Los evangelios sinópticos sitúan la flagelación y la coronación de espinas al final de todo el proceso romano y justamente antes de la ejecución de la condena en la cruz. San Juan lo sitúa en medio del interrogatorio de Pilato. La flagelación era una pena que sufrían los condenados antes de ser ejecutados; además del duro castigo físico que suponía, aceleraba la muerte en la cruz que se podría prolongar durante tres días. **La pérdida de sangre que se producía y las grandes lesiones debilitaban al reo de manera que la muerte se podría producir mucho antes.** A la víctima le desnudaban la parte superior del cuerpo, lo sujetaban a un pilar poco elevado, con la espalda encorvada, de modo que, al descargar sobre ella los golpes, no perdiesen toda su fuerza, siendo golpeado sin compasión y sin misericordia alguna.

Había dos tipos de instrumentos que se utilizaban, el primero eran las varas que producían grandes hematomas y a veces pequeños corte en el cuerpo, pero el instrumento usual era un azote más corto (flagrum o flagellum) con varias cuerdas o correas de cuero, a las cuales se ataban pequeñas bolas de hierro o trocitos de huesos de ovejas a varios intervalos. Cuando los soldados azotaban repetidamente y con todas sus fuerzas las espaldas de su víctima, las bolas de hierro causaban profundas contusiones y hematomas. Las cuerdas de cuero con los huesos desgarraban la piel y el tejido subcutáneo. Al continuar los azotes, las laceraciones cortaban hasta los músculos, produciendo tiras sangrientas de carne desgarrada. Se creaban las condiciones para producir pérdidas importantes de sangre. Hay que tener en cuenta que el sudor de sangre que reflejaba San Lucas en Getsemaní, habría dejado la piel en Jesús muy sensible al impacto de los golpes.

Después de la flagelación, los soldados solían burlarse de sus víctimas con una especie de juego humillante: el juego del rey. En él **hacían aparecer al condenado como una figura de rey burlesca. A Jesús, le fue encajada sobre su cabeza, como emblema irónico de su realeza, una corona de espinas.** Posteriormente, le fue colocada una túnica sobre sus hombros (un viejo manto de soldado, que **simulaba la púrpura de que se revestían los reyes**, "clámide escarlata"), **y una caña como cetro** en su mano derecha. Así lo reflejan los sinópticos después de la condena de Pilato. Podemos fijarnos en el evangelio de Mateo:

“Los soldados del gobernador se llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la compañía: lo desnudaron y le pusieron un manto de color púrpura y, trenzando una corona de espinas, se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Y, doblando ante él la rodilla, se burlaban de él, diciendo: «¡Salve, rey de los judíos!» Luego le escupían, le quitaban la caña y le golpeaban con ella la cabeza.” (Mt 27, 27-30)

El resultado final era la presencia de un rey lacerado e ignominioso del cual los soldados podían burlarse por medio de saludos hirientes.

Con esta apariencia es presentado Jesús de nuevo ante Pilato y así lo muestra él al pueblo: **ecce homo**, ἰδοὺ ὁ ἄνθρωπος, **he aquí el hombre**, y más tarde, ἰδε ὁ βασιλεὺς ὑμῶν, **he aquí a vuestro rey**. Así aparecerá Jesús ante el pueblo judío en dos ocasiones: ese es el hombre, el rey azotado, coronado y burlado ante el cual siguen pidiendo la condena de la cruz. En medio de la burla y de los gritos de todos, Jesús es presentado realmente como rey que al ser juzgado y burlado está ejerciendo verdaderamente su soberanía porque todos quedan juzgados ante su presencia. Es el juicio del amor y de la entrega ante el pecado de los hombres que han situado el Hijo de Dios en una condición tan deplorable. Ciertamente, su reino no es de este mundo, **sólo la mirada de la fe puede descubrir el verdadero misterio que se está manifestando en medio del dolor y del escarnio**. Ante todo ello, ante el pueblo que grita, ante los soldados que le azotan, le coronan de espinas y se burlan de él, **Jesús guarda silencio: es el silencio de Dios**, que ante el pecado de los hombres calla y se somete al peso del mismo a través del sufrimiento físico y del dolor moral. Nada dice el Padre porque lo está diciendo todo poniendo a su Hijo ante el mundo.

En este punto, podemos considerar como dice San Ignacio lo *que sufre Cristo crudelísimamente en su humanidad*, en cada golpe, en cada espina, porque ellos muestran el amor salvador de Dios *por mí*.

SANTA TERESA DE JESÚS

“Pues tornando a lo que decía de pensar a Cristo a la columna, **es bueno discurrir un rato y pensar las penas que allí tuvo y por qué las tuvo y quién es el que las tuvo y el amor con que las pasó**. Mas que no se canse siempre en andar a buscar esto, sino que se esté allí con El, acallado el entendimiento. **Si pudiere, ocuparle en que mire que le mira, y le acompañe y hable y pida y se humille y regale con Él, y acuerde que no merecía estar allí**. Cuando pudiere hacer esto, aunque sea al principio de comenzar oración, hallará grande provecho, y hace muchos provechos esta manera de oración; al menos hallóle mi alma”¹⁰⁸

“¡Oh Padre eterno! **mirad que no son de olvidar tantos azotes e injurias y tan gravísimos tormentos**. Pues, Criador mío, ¿cómo pueden sufrir unas entrañas tan amorosas como las vuestras que lo que se hizo con tan ardiente amor de vuestro Hijo y por más contentaros a Vos (que) mandasteis nos amase sea tenido en tan poco como hoy día tienen esos herejes el Santísimo Sacramento, que le quitan sus posadas deshaciendo las iglesias? ¡Si le faltara algo por hacer para contentaros! **Mas todo lo hizo cumplido**. No bastaba, Padre eterno, que no tuvo adonde reclinar la cabeza mientras vivió, y siempre en tantos trabajos, sino que ahora las que tiene para convidar sus amigos (por) vernos flacos y saber que es menester que los que han de trabajar se sustenten de tal manjar se las quiten? ¿Ya no había pagado bastantísimamente por el pecado de Adán? ¿Siempre que tornamos a pecar lo ha

¹⁰⁸ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida* 13, 22.

de pagar este amantísimo Cordero? No lo permitáis, Emperador mío. Apláquese ya Vuestra Majestad. No miréis a los pecados nuestros, sino a que nos redimió vuestro sacratísimo Hijo, y a los merecimientos suyos y de su Madre gloriosa y de tantos santos y mártires como han muerto por Vos¹⁰⁹.

PARA REZAR MEJOR

Todo lo que había sido prefigurado en la escritura, como veremos en los próximos días, se está cumpliendo ya en Jesús: el Hijo de Dios, el Rey de reyes es el Siervo de Dios sufriente que guarda silencio y asume el sufrimiento en su propia carne. Ante él nos situamos nosotros con una actitud contemplativa: cada vez más la razón humana va guardando silencio ante el Misterio que se está haciendo presente. Son momentos para mirar en silencio y observar lo que los evangelios nos presentan sin omitir ningún detalle.

1. Pide de nuevo lo mismo que esto días: *dolor con Cristo dolorido, quebranto con Cristo quebrantado; pena de tanta pena que pasó el Señor por mí*. Hay que tratar de no caer en mirar solamente el dolor físico como si fuera lo único que se impone en estos momentos; por ello hay que pedir entrar en el mismo corazón del Padre y del Hijo que aceptan la condena de los hombres y hacen de ello un instrumento de salvación.
2. Sitúate en las escenas: la flagelación y la coronación; la presentación que de él hace Pilato y los gritos del pueblo que no se conmueven ante el dolor y la falta de apariencia humana de quien le presentan como su rey. Son dos momentos diferentes pero que están íntimamente unidos entre sí, ya que sin el primero, el segundo no tiene el verdadero significado. Jesús es presentado en medio del tribunal, en el enlosado, constituido por unas baldosas de piedra que todavía hoy se pueden contemplar en Jerusalén. El juez aparece como reo, el salvador como condenado, el que no cometió pecado carga con las consecuencias del mismo.
3. Trata de escuchar lo que se dice, cada una de las palabras, las caras de las personas y mira a Jesús en silencio, que no dice nada ni se defiende. Pon en él tus ojos y reconoce al rey y señor de tu vida, ante quien *toda rodilla se dobla*. Ellos le proclaman rey con la burla. Manifiéstalo tú con la adoración, situándote ante Jesús que te muestra lo que cuesta tu propia salvación, haciéndolo como decía Santa Teresa en el primero de los textos de hoy, mirando cómo te mira.
4. Pídele a la Virgen María que se sitúe a tu lado y que te ayude a comprender lo que sin duda también guardó en su corazón.

¹⁰⁹ SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección* 3, 8-9.

CAMINO DE LA CRUZ

Evangelio según San Lucas 23, 24, 32

Pilato decidió que se cumpliera su petición: soltó al que le pedían (al que había metido en la cárcel por revuelta y homicidio), y a Jesús se lo entregó a su arbitrio.

Mientras lo conducían, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que volvía del campo, y le cargaron la cruz para que la llevase detrás de Jesús.

Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se daban golpes y lanzaban lamentos por él.

Jesús se volvió hacia ellas y les dijo:

–Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que llegará el día en que dirán: «dichosas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado». Entonces empezarán a decirles a los montes: «desplomaos sobre nosotros» y a las colinas: «sepultadnos»; porque si así tratan al leño verde, ¿qué pasará con el seco?

Conducían también a otros dos malhechores para ajusticiarlos con él.

Son muchas páginas en la espiritualidad las que se han dedicado a la contemplación del vía crucis. No todos los elementos que encontramos en él aparecen en el evangelio, por ello, nosotros no vamos a realizar un vía crucis en el sentido estricto de la palabra, sino que vamos a contemplar las mismas escenas que aparecen en los evangelios.

Una de las primeras diferencias que encontramos entre los sinópticos y el evangelio de Juan es la ausencia del Cireneo: “entonces se lo entregó para que fuera crucificado. Ellos se apoderaron de Jesús. Y llevando él su cruz salió hacia el lugar llamado de la calavera, que en hebreo se denomina Gólgota”. (Jn 19,16). Jesús carga con la cruz solo, sin necesidad de ayuda, manifestando más la fuerza y la gloria de Cristo en medio de la debilidad.

Jesús fue obligado, como era la costumbre, a cargar la cruz; desde el poste de flagelación al lugar de la crucifixión. La cruz pesaba unos 136 kilos, pero sólo llevaría el travesaño transversal –*patibulum*– que pesaba entre 35 y 75 kilos. Fue colocado sobre su nuca y se balanceaba sobre sus dos hombros. Con agotamiento extremo y debilitado, tuvo que caminar un poco más de medio kilómetro para llegar al lugar del suplicio, una zona rocosa a la salida de Jerusalén, que tenía cierta semejanza con un cráneo, de ahí su nombre en hebreo, Gólgota, o su derivación latina, calvario.

Si vamos recorriendo el camino hasta la cruz nos tendríamos que situar en un itinerario que recorre Jesús desde el pretorio romano, por la ciudad, hasta salir de esta para subir al Gólgota que se encontraba fuera de la muralla de Jerusalén. Mateo y Marcos no señalan nada más que el hecho de ser llevado para ser crucificado pidiendo a Simón de Cirene que le ayudara a llevar la cruz. Lucas introducirá el encuentro con las mujeres de Jerusalén como hemos podido leer en

el pasaje del comienzo.

Son pocas las palabras que se refieren a este duro trayecto pero, por lo que podemos saber por la historia, normalmente **el reo era cargado con el madero transversal de la cruz**; en la mayoría de los casos y debido al castigo que suponía la flagelación, **tenía que ser ayudado a llevarlo** por alguna otra persona, como sucede en el caso de Jesús con el Simón de Cirene.

Si a alguien le ayuda más el poderse fijar en algunas de las tradicionales estaciones del vía crucis puede hacerlo, pero yo sugiero que nos fijemos en el hecho de tomar la cruz, ser ayudado por el Cireneo y el encuentro con las mujeres que describe Lucas. Para este, es muy significativo el hecho de que **Simón lleva la cruz detrás de Jesús**, como un rasgo típico del discípulo que camina en pos de Jesús cargando con la cruz y siguiéndole. De esta manera, el evangelista está poniendo ante nosotros la actitud de todo aquel que quiere seguir a Cristo; él va siempre primero camino del calvario y el que le sigue va detrás de él; es Jesús mismo quien va abriendo el camino de manera que siempre se pueden tener los ojos fijos en él. Seguir a Jesús es ayudarlo a llevar la cruz; **la cruz que lleva su discípulo es la misma de Jesucristo**.

Las mujeres, junto con el pueblo, salen al encuentro de Jesús dándose golpes y lamentándose: con mucha más claridad que los otros dos sinópticos, **Cristo aparece como juez de aquellos que le han juzgado previamente**. No trata de consolar a las mujeres sino de realizar una seria advertencia sobre **la necesidad de conversión** que tiene que producir el verle camino del calvario. Al final, el mismo Israel que le ha condenado va a ser juzgado en medio de signos escatológicos que describe Jesús. **Ni los montes ni las colinas podrán ocultarlos del juicio de Dios**. Israel en tiempos de Oseas se lamenta por la desgracia que le sobreviene por rebelarse contra Dios, pidiendo a los montes y a las colinas que les ocultaran: *entonces dirán a los montes: ¡cubridnos! y a las colinas: ¡caed sobre nosotros!* (Os 10, 8). Ahora, esta generación se lamentará en sus hijos por no haber aceptado el día de la venida de Cristo. De esta manera, pidiendo que no lloren por él está diciendo que **el mayor dolor no es el suyo sino el de aquellos que no se han convertido** ante su predicación y su vida. Él es el *leño verde* que ha sido herido, pero el *seco*, es decir, todos aquellos que no han aceptado la vida que él ha ofrecido sufrirán un castigo mayor. Si la madera verde –que es el inocente– se echa al fuego qué no se hará con la que está seca –los culpables–. Las mujeres son puestas como testigos entre lo que le está sucediendo al Señor y el destino de aquellos que le rechazan y no se convierten: ellos deben ser más el objeto de sus lágrimas.

Hay que tratar de **ir recorriendo con la mirada todo este camino que conduce a la crucifixión para detenerse en Cristo herido, sin fuerzas**, que se dirige a consumar la obra de la salvación y que, en medio de este camino sigue haciendo una seria llamada a la conversión. La contemplación de este misterio vuelve la atención sobre nosotros mismos al recordarnos que *por nuestros pecados va a la pasión el Señor*, y permite descubrir, no sólo el dolor de aquel que recorre este camino, sino **nuestros propios pecados que son la causa de todo lo que sucede**. Así, el que contempla la escena de Cristo caminando hacia el calvario –con todo el pueblo que ve lo que está sucediendo y las mujeres que salen al encuentro– puede observar que **la pasión y muerte de Cristo es la última llamada posible que Dios nos hace para convertirnos**; quien no atiende a esta última invitación será difícil que evite el juicio

de Dios porque, ni siquiera el ver al Señor humillado, ablanda su corazón y hace que se convierta. Es la situación del hombre que se cierra definitivamente al amor hasta el extremo que Dios está manifestando. Es lo máximo que puede hacer.

SAN AGUSTÍN

“[...] Esta solemnidad anual ocupa mucho más a la mente en el recuerdo de tan gran acontecimiento, de modo que lo que hace muchos años cometió la maldad de los judíos en un único lugar y lo que sus ojos vieron, ahora se contempla en todo el orbe de la tierra con la mirada de la fe cual si hubiera tenido lugar hoy mismo. Si ellos veían entonces con agrado el resultado de su crueldad, ¡con cuánto mayor agrado, ayudados por la memoria, hemos de traer de nuevo a nuestras mentes lo que piadosamente creemos! **Si ellos miraban con placer su maldad, ¿no hemos de recordar nosotros, con gozo mayor aún, nuestra salvación?** En el único acontecimiento se manifestaban los crímenes que cometían en aquel momento y se borraban también los futuros. Por último, **donde detestamos las maldades cometidas por ellos, allí mismo nos alegramos del perdón de las nuestras.** Ellos obraron la maldad, nosotros celebramos la solemnidad; ellos se congregaron porque eran despiadados, nosotros porque somos obedientes; ellos estaban perdidos, nosotros encontrados; ellos vendidos, nosotros rescatados; **ellos le miraban para insultarle, nosotros le adoramos con veneración.** [...]”¹¹⁰

PARA REZAR MEJOR

Poder contemplar el camino hacia el calvario será una gran ayuda de cara a nuestra conversión personal. Somos puestos ante Cristo que, azotado, coronado de espinas y ultrajado se dirige hacia la crucifixión pudiendo ver que pasa ante nosotros y escuchamos sus palabras de la misma manera que aquellas mujeres siendo urgidos a la conversión. Somos invitados también, como el Cireneo, a coger la cruz de Cristo y caminar detrás de él pudiendo renovar nuestra condición de discípulos. El que mira y escucha se tiene que preguntar, ante la imagen herida del Señor que va a la muerte, si está dispuesto a convertir más su vida a su amor, a aceptar la invitación que el Padre realiza en su Hijo ultrajado para transformar la propia existencia y a querer caminar detrás de él llevando la cruz. Ante estas imágenes y ante estas preguntas nos situamos hoy en nuestra oración dejando que pasen de la vista y el oído a nuestros afectos y a nuestra mente para renovar la voluntad de decir un sí al Señor.

¹¹⁰ SAN AGUSTÍN, *Sermón 218 b, 1, sobre la pasión del Señor*, OC XXIV.

1. Pide que te sea concedido el don de convertir tu vida ante Cristo que pasa ante ti camino de la cruz, más aún, que puedas escuchar la llamada que invita a llevarla y seguirle.
2. El recorrido hasta el calvario no es un camino corto y puedes ir descubriendo todas las personas que van apareciendo en él: los curiosos, los que se distraen ante el mal ajeno, los que se sienten asustados por lo que está sucediendo, los discípulos que siguen sin comprender lo que pasa y tienen miedo, la madre de Jesús que camina con su hijo hacia el calvario como la perfecta discípula, la guardia romana, los sacerdotes y representantes del pueblo que quieren ver como se ejecuta la sentencia, las mujeres que se golpean y gritan y los que se conmueven ante todo lo que está sucediendo. Es un camino largo en el que tú te tienes que poner porque el Señor va a pasar junto a ti.
3. Jesucristo se para ante ti, has escuchado lo que dice a las mujeres y pone su mirada en ti. Fíjate en su aspecto y descubre detrás de él la mirada del Padre que te muestra al Hijo Amado para que le escuches y, ante su entrega por ti, te conviertas. También eres invitado a llevar la cruz: ¿qué le dices al Señor? ¿qué estás dispuesto a hacer?

LA CRUCIFIXIÓN

Evangelio según San Mateo 27, 33-38

Cuando llegaron al lugar llamado Gólgota (que quiere decir: «La Calavera»), le dieron a beber vino mezclado con hiel; él lo probó, pero no quiso beberlo. Después de crucificarlo, se repartieron su ropa, echándola a suertes, y luego se sentaron a custodiarlo. Encima de su cabeza colocaron un letrero con la acusación: «Éste es Jesús, el rey de los judíos». Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda.

Podemos fijarnos en un primer momento en **las repercusiones físicas** que supone la crucifixión a la que Jesús fue sometido. No es el único aspecto en el que tendremos que poner nuestra atención, pero es necesario tenerlo en cuenta puesto que nos ayuda a comprender de nuevo la afirmación de san Ignacio: ***lo que sufre crudelísimamente en su humanidad***. A través de ella se manifiesta el misterio de la salvación.

Antes de comenzar el suplicio de la crucifixión **era costumbre dar una bebida narcótica** (vino, con mirra, e incienso) a los condenados con el fin de mitigar un poco sus dolores. Cuando presentaron a Jesús este brebaje **no quiso beberlo**. El Señor está dispuesto a asumir el dolor físico hasta sus consecuencias más extremas.

Con los brazos extendidos, pero no demasiado tensos, las muñecas eran clavadas en el patíbulo. De esta forma, los clavos de un centímetro de diámetro en su cabeza y de 13 a 18 centímetros de largo, eran probablemente puestos entre el antebrazo y las muñecas, o entre las dos hileras de los huesos carpianos que la forman. En estos lugares aseguraban el poder soportar el peso del cuerpo porque, si hubieran sido puestos en las manos, se habrían rasgado con toda seguridad.

El clavo penetrado destruía o, al menos afectaba, al nervio sensorial, o a los nervios mediano, radial y cubital. **La afección de cualquiera de estos nervios tuvo que producir tremendas descargas de dolor en ambos brazos** y provocaría una fuerte contracción en las manos.

Los pies eran fijados al frente por medio de un clavo de hierro, clavado a través del primero o segundo espacio entre los huesos metatarsianos. El nervio del peroné y sus ramificaciones de los nervios medianos y laterales de la planta del pie fueron heridos por el clavo.

El número de clavos de los pies es una cuestión discutida. Pero es mucho más probable que cada uno de los pies estuvo fijado a la cruz con clavo distinto. San Cipriano que, más de una vez había presenciado crucifixiones, habla en plural de los clavos que traspasaban los pies. San Ambrosio, san Agustín y otros mencionan expresamente los cuatro clavos que se emplearon para crucificar a Jesús.

Con estos datos que nos proporciona la historia en la forma de aplicar la muerte de cruz y la luz que aporta la medicina podemos dar paso a los aspectos teológicos que los evangelistas ponen de manifiesto en el momento de la crucifixión.

Los escuetos relato que nos proporcionan Mateo y Marcos difieren ligeramente del de Lucas, que en el momento de la crucifixión recoge las palabras de Jesús *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*. En el judaísmo se ofrecía a los condenados pedir perdón por sus culpas y ofrecer su vida como expiación. Jesús, el verdadero inocente, lo único que puede hacer es pedir el perdón para aquellos que le crucifican apelando a su ignorancia sobre lo que están haciendo. Seguramente, para un soldado romano sería una ejecución más, pero, para los judíos que le habían condenado, supondría una victoria. Detrás de estas palabras podemos descubrir **el perdón para toda la humanidad** ofreciendo su vida. Aunque sean unos pocos los que ejecutan la condena, son todos los hombres, con el peso de sus pecados a lo largo de la historia presente y futura, los que son el objeto de este perdón.

La muerte de cruz estaba destinada para los peores malhechores como un castigo ejemplar y para los esclavos, no habiendo muchos testimonios de ciudadanos romanos que fueran crucificados. Los evangelios insistirán en que Jesús **es crucificado entre dos malhechores**, sobre los cuales, solamente Lucas, aporta algún detalle más. El Hijo de Dios está en medio de los bandidos, de los que han cometido el mal. El paso que dio en su Bautismo al ponerse en el lugar de los pecadores y asumir la tarea del siervo de Dios ha llegado en este momento al grado más extremo, al ser ejecutado como un malhechor en medio de ellos.

Otro dato que encontramos es la bebida –el vino mezclado con mirra– que se le ofrece a la hora de ser crucificado: pretendía ser un narcótico que les hiciera más llevadera la crucifixión y la muerte. Marcos afirma esta tradición al señalar que el vino que le ofrecen está mezclado con mirra. En Mateo y Lucas, por influencia del Salmo 69, 22, expresan una diferencia. El primero, en vez de la mirra hay hiel, y el segundo, vinagre. Jesús **no querrá beberlo, manifestando que está dispuesto a aceptar todo el sufrimiento que conlleva la muerte en la cruz, asumiéndolo hasta las últimas consecuencias**. Él va a beber la copa que le ha ofrecido su Padre, pero no la que le ofrecen los hombres como alivio en el dolor.

Después de la crucifixión colocaron un letrero con la causa de la condena escrito en hebreo, griego y latín: **el rey de los judíos**. Lo que en toda ejecución aparecía como explicación de lo que le había llevado a la muerte y en el caso de Jesús se había presentado como causa de la condena está manifestando **la gran verdad escondida para aquél que se acerca y contempla la escena con los ojos de la fe**. Jesús es el rey de Israel, descendiente de David, el que restaura definitivamente y para siempre el reino de Dios, pero lo ha hecho como siervo que se entrega a la muerte y arranca de su poder a los que a ella estaban sometidos.

SAN AMBROSIO

“Y puesto que ya hemos contemplado el trofeo, veamos ahora cómo el triunfador sube a su carro y no cuelga el botín conquistado del mortal enemigo sobre troncos de árboles o sobre las cuadrigas, sino que **los despojos arrebatados al mundo los coloca sobre su patíbulo triunfal**. No vemos aquí a los pueblos vencidos con las manos atadas a la espalda, ni el espectáculo de ciudades arrasadas o las estatuas de los lugares ocupados; tampoco observamos las cabezas humilladas de los reyes cautivos, como suele ocurrir entre los triunfadores humanos, ni tampoco contemplamos que se lleva esa victoria hasta los límites de otro país; por el contrario, lo que vemos es precisamente que los pueblos y las naciones, llenos de alegría, son atraídos no por el castigo, sino por la recompensa, los reyes rinden adoración por propia decisión, las ciudades se entregan a un culto voluntario, las estatuas de las poblaciones reciben una especial mejora, no realizada ésta por el arte del colorido, sino **hermoseadas por una fe entregada**, las armas y los derechos de los vencedores se extienden por todo el orbe; contemplamos asimismo cómo el príncipe de este mundo es cogido preso y cómo los espíritus del mal que vagan por los cielos (Ef 6,12) obedecen a las órdenes de una palabra humana, y cómo están las potestades sumisas y las diversas clases de virtudes resplandecen, no gracias a su seda, sino gracias a sus costumbres. Brilla la castidad, resplandece la fe, y la valiente entrega se levanta ya airosa una vez que se ha vestido con los despojos de la muerte. **El solo triunfo de Dios, la Cruz del Señor, ya hizo triunfar a todos los hombres.**

Parece conveniente considerar el modo de subir. Yo lo veo desnudo; así tiene que subir el que se dispone a vencer al mundo, de modo que no se debe preocupar en buscar los auxilios del siglo. Adán, que fue a buscar el vestido (Gen 3,7), **fue vencido, mientras que el vencedor es Aquel que se despojó de sus vestidos**. El subió con la misma realidad con la que la naturaleza nos había formado bajo la acción de Dios. Así había vivido el primer hombre en el paraíso, y así también entró el segundo hombre al paraíso. Y con el fin de que el triunfo no fuera para El solo, sino para todos, **extendió sus manos para atraer todas las cosas hacia sí** (Io 12,32), con propósito de romper las ligaduras de la muerte, atarnos con el yugo de la fe y unir al cielo todo aquello que antes estaba ligado a la tierra.

También se coloca una inscripción. De ordinario, a los vencedores les precede un cortejo; y así el carro triunfal del Señor estaba precedido por el acompañamiento de los muertos resucitados. También es costumbre indicar con un escrito el número de naciones dominadas. En esa clase de triunfos que se dan dentro de un orden preestablecido, existen los pobres cautivos de las naciones vencidas, cosa que es vergonzosa cuando son ellas las desoladas; sin embargo, **aquí resplandece le belleza de los pueblos redimidos**. Los que llevan el carro son dignos de un triunfo semejante, y así, el cielo, la tierra, el mar y los infiernos pasan de la corrupción a la gracia.

Se coloca una inscripción y se pone sobre la cruz, y en la parte inferior de ella, puesto que el principado está sobre sus hombros (Is 9,6). Y **¿qué otra cosa es este principado, sino su eterno poder y su divinidad?** Por eso, cuando le preguntaron: Tú quién eres, El respondió: El principio que os habla (Io 8,25). Pero, leamos esta

inscripción: Jesús Nazareno –dice– Rey de los judíos.

No se trata, pues, de una inscripción cualquiera. Y aún más, el mismo lugar de la cruz, bien puesta en medio para que fuera vista por todos, o levantada, como discuten los hebreos, sobre la sepultura de Adán, tiene gran importancia, ya que **convenía que la primicia de nuestra vida se colocara en el mismo sitio donde tuvo lugar el comienzo de nuestra muerte.**¹¹¹

PARA REZAR MEJOR

Ante la crucifixión no es fácil mantener fija la mirada al considerar el sufrimiento que se infligía en el reo y la crueldad que se descargaba sobre él. Nos situamos ante este momento en que Jesús es clavado en la cruz junto con dos ladrones, pidiendo el perdón para todos aquellos que son incapaces de reconocer el misterio de salvación que se hace presente. Si, camino del calvario, anunciaba el destino de aquellos que no se convertían, ahora pide el perdón. Cada uno de los clavos que traspasan sus manos y sus pies manifiestan el precio de la salvación. Ahora, los pies de Cristo, que han recorrido los caminos de Galilea, Samaría y Judea, se detienen en el Gólgota, fuera de la ciudad santa porque en ella no había sitio para él. Sólo los clavos son capaces de detener el anuncio del Reino de Dios y de la salvación que incansablemente proclamó durante tres años. Ahora se consumará por la entrega en la cruz. Él es el rey de los judíos, el rey de toda la humanidad ante quien nosotros tenemos que rendir adoración y reconocimiento.

1. Comienza la oración con la súplica humilde, pidiendo que se te conceda penetrar en los sentimientos de Cristo por los que se deja clavar en la cruz y rechaza la droga que le ofrecen para aliviar el dolor.
2. Lee el párrafo del evangelio de una manera contemplativa, es decir, sin prisa, parándote en las palabras, fijándote en los verbos y tratando de imaginar todo lo que se describe en tan pocos versículos. Jesús llegaría exhausto, casi sin fuerzas; el único descanso que le aguarda es ser clavado en la cruz. Trata de observar a los soldados romanos, a los sacerdotes y al pueblo, a la Virgen María que contempla cómo su hijo es clavado en una cruz. Ante ella se está haciendo verdad la profecía de Simeón: “y a ti, una espada te traspasará el alma.”
3. Fija tu mirada en Jesús, la posición de su cuerpo, la expresión de su rostro, el dolor físico que refleja, la entereza con la que se entrega a la muerte. Reconoce al Señor, al rey de tu vida y del mundo entero y contempla a aquel que por ti es clavado en la cruz, que es puesto en el lugar de la condena para

¹¹¹ SAN AMBROSIO, *Tratado sobre el Evangelio de San Lucas, Libro X 109-112.114*, Obras de San Ambrosio I, BAC

que tú te puedas ver libre de ella: sube al árbol de la muerte para que tú puedas subir al de la vida. Escucha el perdón de Cristo y aprende tú a perdonar.

FLAGELACIÓN, CORONACIÓN Y CRUCIFIJÓN: REPETICIÓN

Isaías 42, 1-4. 6-7

Así dice el Señor:

«Mirad a mi siervo, a quien sostengo;
mi elegido, a quien prefiero.
Sobre él he puesto mi espíritu,
para que traiga el derecho a las naciones.
No gritará, no clamará,
no voceará por las calles.
La caña cascada no la quebrará,
el pabilo vacilante no lo apagará.
Promoverá fielmente el derecho,
no vacilará ni se quebrará,
hasta implantar el derecho en la tierra,
y sus leyes que esperan las islas.
Yo, el Señor, te he llamado con justicia,
te he cogido de la mano,
te he formado, y te he hecho
alianza de un pueblo, luz de las naciones.
Para que abras los ojos de los ciegos,
saques a los cautivos de la prisión,
y de la mazmorra a los que habitan las tinieblas.»

Isaías 50, 4-7

Mi Señor me ha dado una lengua de iniciado,
para saber decir al abatido
una palabra de aliento.
Cada mañana me espabila el oído,
para que escuche como los iniciados.
El Señor me abrió el oído.
Y yo no resistí ni me eché atrás:
ofrecí la espalda a los que me apaleaban,
las mejillas a los que mesaban mi barba;
no me tapé el rostro ante ultrajes ni salivazos.
El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes;
por eso endurecí el rostro como pedernal,
sabiendo que no quedaría defraudado.

Para estos dos días de oración podemos profundizar en las escenas que hemos contemplado los días anteriores, de una manera especial, la flagelación y la coronación de espinas que conducen al *ecce homo* que presenta Pilato y a la misma crucifixión, sin olvidar el itinerario que Jesús realiza desde el pretorio hasta llegar al Gólgota. En cualquiera de esas escenas, **con la imagen que más grabada ha quedado** en nosotros, podemos ir profundizando a través de la repetición. Para ello tendremos como ayuda dos de los cánticos del siervo de Isaías. **En ellos está anunciado y prefigurado el verdadero siervo de Dios:** el Hijo fiel al Padre que trae el derecho y la salvación a los hombres sin gritar, sin pelear, ofreciendo su propio cuerpo a aquellos que querían someterlo a todo tipo de ultrajes físicos y morales.

Estas dos lecturas nos ayudan a centrar la mirada en Jesucristo que entrega su vida para descubrir los aspectos escondidos del plan de salvación de Dios que están patentes y ocultos en la humanidad de Cristo. El camino ya estaba anunciado por medio de la Ley y los Profetas, tal y como pusieron de manifiesto Moisés y Elías en la Transfiguración. Acudir a los textos proféticos nos ayuda a **conectar con el plan de salvación que estamos viendo hacerse presente en la pasión y muerte de Jesucristo**; al mismo tiempo permite alimentar nuestra fe porque nos hace penetrar en el misterio de la salvación que tenemos ante nuestra mirada que va más allá del mismo sufrimiento humano, dándole un sentido último porque está integrado en toda la historia de salvación.

La pasión y la cruz de Cristo no son un accidente inesperado que sobreviene sin que se pueda evitar; es algo querido por Dios, ya anunciado en el siervo que no grita, que no tapa su rostro ante insultos y salivazos, que no oculta su espalda a los que le golpean; de esta manera, trae la justicia y el derecho de Dios, saca de la mazmorra a los que se encuentra en las tinieblas de la muerte y de la prisión del hombre esclavizado por el pecado. Este es el siervo de Dios, Jesucristo, que asume en su humanidad el sufrimiento y la ignominia para poder hacer presente este plan anunciado en todo el Antiguo Testamento.

Realizamos la contemplación de Cristo, varón de dolores, presentado ante el pueblo como rey ignominioso y ultrajado física y moralmente; ante Cristo que acepta los clavos para quedar sostenido entre el cielo y la tierra y hacer que los hombres encuentren en su persona el camino para llegar al Padre. Lo hacemos profundizando en este misterio que se nos revela en la humanidad de Cristo, en la carne del hombre en quien Dios habita en toda su plenitud, en todo lo humano que nos ayuda a descubrir y penetrar el amor de Dios. **Si todo esto no lo hubiéramos visto con nuestros ojos, escuchado con nuestro oídos, palpado con nuestras manos, no hubiera sido posible que descubriéramos el amor del Dios Trino que es un amor *hasta el extremo* al entregarse en la pasión y muerte del Hijo.**

SAN AGUSTÍN

“La pasión de nuestro Señor y Salvador Jesucristo es para nosotros un ejemplo de paciencia, a la vez que confianza de alcanzar la gloria. ¿Qué cosa no

pueden esperar de la gracia de Dios los corazones de los fieles? Por bien de ellos, el Hijo único de Dios y coeterno con el Padre consideró poco el nacer como hombre de hombre, pues hasta sufrió la muerte de manos de quienes fueron creados por él. **Gran cosa es lo que el Señor promete realizar en el futuro, pero mucho mayor es lo que recordamos ya hecho por nosotros.** ¿Dónde estaban o qué eran ellos cuando *Cristo murió por los impíos*? (Rom 5,6). ¿Quién duda de que él ha de donar su vida a los santos, si les regaló incluso su muerte? ¿Por qué vacila la fragilidad humana a la hora de creer que será una realidad que los hombres vivan algún día en compañía de Dios? **Mucho más increíble es lo que ya ha tenido lugar: Dios ha muerto por los hombres.** ¿Quién es Cristo sino *la Palabra que existía en el principio, la Palabra que existía junto a Dios y la Palabra que era Dios*? (Jn 1,1). Esta *Palabra de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros* (Jn 1,14). No hubiera tenido en sí mismo dónde morir por nosotros si no hubiese tomado nuestra carne mortal. De esta manera el inmortal pudo morir y donar la vida a los mortales: haciendo partícipes de sí mismo en el futuro a aquellos de quienes él se había hecho partícipe antes.

Pues ni nosotros teníamos en nuestro ser de dónde conseguir la vida ni él en el suyo en dónde sufrir la muerte. Realizó, pues, con nosotros un admirable comercio sobre la base de una mutua participación: **era nuestro lo que le posibilitó morir, será suyo lo que nos posibilite vivir.** Pero la carne que tomó de nosotros para morir, él mismo la dio, puesto que es el creador; en cambio, la vida, gracias a la cual viviremos en él y con él, no la recibió de nosotros. En consecuencia, si consideramos nuestra naturaleza por la que somos hombres, no murió en algo suyo, sino en algo nuestro, puesto que de ninguna manera puede morir en su naturaleza propia por la que es Dios. Si, en cambio, consideramos que es criatura suya, que él la hizo en cuanto Dios, murió también en algo suyo, puesto que él es autor también de la carne en que murió.

Así, pues, no sólo no debemos avergonzarnos de la muerte del Señor, nuestro Dios, sino más bien poner en ella toda nuestra confianza y nuestra gloria. En efecto, recibiendo de nosotros la muerte que encontró en nosotros, hizo una promesa totalmente fidedigna de que nos ha de dar en él la vida que no podemos obtener de nosotros. Quien nos amó tanto que, sin tener pecado, sufrió lo que los pecadores merecimos por el pecado, ¿cómo no va a darnos lo que da a los justos el que nos justifica? ¿Cómo no va a cumplir su promesa quien promete sinceramente dar el galardón a los santos, él que, sin cometer maldad alguna, sufrió el castigo que merecían los malvados? Sin temor alguno, confesemos, o más bien profesemos, hermanos, que Cristo fue crucificado por nosotros; digámoslo llenos de gozo, no de temor; cubiertos de gloria, no de bochorno. Lo vio el apóstol Pablo y lo recomendó como título de gloria. Muchas obras grandiosas y divinas podía mencionar en relación con Cristo; no obstante, no dijo que se gloriaba en las maravillas obradas por él, que, siendo Dios junto al Padre, creó el mundo, y, siendo hombre como nosotros, dio órdenes al mundo, sino: *lejos de mí el gloriarme a no ser en la cruz de nuestro Señor Jesucristo* (Gal 6,1.4). Veía por quiénes, quién y de dónde había pendido, y presumía de tan grande humildad de Dios y de la divina excelsitud. Esto el Apóstol.”¹¹²

¹¹² SAN AGUSTÍN, *Sermón 218 C, 1-2 sobre la pasión del Señor*, OC XXIV

PARA REZAR MEJOR

La pasión de Jesucristo es una fuente insondable que nos sumerge en Dios mismo, en su plan de salvación, en su amor y misericordia inagotables a través de la humanidad de Cristo; ella es el sacramento de Dios, en ella y a través de ella se nos manifiesta el misterio escondido por los siglos. Poner los ojos en cada uno de los momentos que fueron configurando esta pasión nos ayuda a adentrarnos en algo que es en sí mismo insondable. A través de cada palabra y cada gesto de Cristo, de cada silencio, de la fuerza del pecado que se manifiesta en los hombres, nosotros tenemos acceso a esos mismos momentos con la luz que nos da el Espíritu Santo que lo hace vivo y real ante nosotros, ante la verdad de nuestra vida, ante nuestros propios pecados y sufrimientos. Nuestra vida y nuestra historia queda iluminada a través de los misterios de la pasión del Señor: nuestros pecados son cargados por él, nuestros dolores y sufrimientos se hacen presentes en él, en él somos perdonados y sanados y en él aprendemos a perdonar.

1. Pide al Espíritu Santo que haga presente ante ti la verdad que contemplas en Cristo para que puedas descubrir que en la pasión del Señor te puedes unir a él y él a ti, que puedas contemplar para entrar en comunión con el Padre y el Hijo en virtud de la presencia viva de su Espíritu.
2. Vuelve a leer o a ir trayendo a la memoria los momentos de los días anteriores fijándote en lo que te afectó más y tratando de dejar fuera todo lo que te distrajo o no tuvo mayor resonancia. Repasa lo que pudiste escuchar al Señor y lo que pudiste decirle.
3. Puesto en cada escena, con el recuerdo vivo de lo que contemplaste, lee cada día una de las lecturas del profeta Isaías que se te ofrecen y trata de ver en ellas al Cristo que contemplas, de manera que te ayuden a profundizar más en su misterio que te están explicando las palabras que lees.
4. No trates de dar vueltas y entra en diálogo con el Señor desde tu propia verdad: tus pecados, tus sufrimientos, lo que necesitas del amor y del perdón, de tus dificultades para perdonar. Mira a Cristo y deja que con su mirada y con todo lo que ves en su rostro y en su cuerpo puedan hablarte, aunque sea sin palabras.

ANTE JESUCRISTO EN LA CRUZ I: LA EXPERIENCIA DEL PERDÓN

Evangelio según San Lucas 23, 33-42

Y cuando llegaron al lugar llamado «La Calavera», lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía:

–Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Y se repartieron sus ropas echándolas a suerte. El pueblo estaba mirando. Las autoridades le hacían muecas diciendo:

–A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido.

Se burlaban de él también los soldados, ofreciéndole vinagre y diciendo:

Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.

Había encima un letrero en escritura griega, latina y hebrea: Este es el Rey de los Judíos.

Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo:

–¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros

Pero el otro le increpaba:

–¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en el mismo suplicio? Y lo nuestro es justo, porque recibimos el pago de lo que hicimos; en cambio, éste no ha faltado en nada.

Y decía:

–Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino.

Jesús le respondió:

–Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso.

Hay **dos aspectos contrapuestos que se manifiestan en la cruz del Señor**: en primer lugar, las injurias y las burlas de los romanos y los judíos y, en el segundo, la actitud de perdón y misericordia de Dios que Jesús manifiesta. La única palabra que aparece para aquellos que le crucifican es perdón, no hay juicio ni condena en sus labios.

El evangelio de Lucas sitúa las burlas en las autoridades del pueblo, en los soldados romanos y en uno de los ladrones crucificados con él. Son **una manera velada de tentación**, de igual manera que aparecían en desierto al ser probado por el tentador. Esta es la última, de nuevo vuelve a aparecer la posibilidad de manifestar su ser Mesías e Hijo de Dios desde los parámetros del éxito y del poder, en este caso, para salvarse a sí mismo. ¿Cómo va a salvar el Hijo de Dios si no puede salvarse a sí mismo? De una manera más significativa lo expresan los que pasan ante la cruz en el evangelio de Mateo; son personas indeterminadas que no se identifican con los sumos sacerdotes, pudiendo ser todos los curiosos que acudían a presentar el macabro espectáculo: *los que pasaban por allí lo insultaban, meneando*

la cabeza y diciendo: «*tú que destruyes el Santuario y en tres días lo levantas, ¡sálvate a ti mismo, si eres hijo de Dios, y baja de la cruz!*» (Mt 27, 39-40). Encontramos de nuevo cómo se presenta el conflicto ante el Templo y sus palabras como una prueba que le invita a manifestar su poder mesiánico bajándose del madero: el que podría destruir y reconstruir el templo en tres días ¿no puede salvarse? Pero **había otra manera de manifestar la salvación, y esta era permaneciendo clavado y llegando a morir.**

La tentación de mostrar la salvación y la identidad de Jesús por el camino del éxito y del poder aparecen una vez más; al mismo tiempo son la posibilidad de aceptar la voluntad del Padre entregando la vida. **Dios parece que está escondido, Cristo en la cruz nada tiene que ver con los antiguos prodigios con los que Yahvéh salvó a su pueblo** de la esclavitud de Egipto y los condujo a través del desierto. **Dios guarda silencio**, Jesús no puede salvarse aunque afirmen que *a otros salvó* (Mt 27, 42). Le piden esta última prueba para creer en él: *que baje ahora de la cruz y crearemos en él. Ha puesto su confianza en Dios; que le salve ahora, si es que de verdad le quiere; ya que dijo: «soy Hijo de Dios.»* La tentación es bastante aguda, porque, igual que en el desierto, se está poniendo en tela de juicio su propia identidad y su relación con Dios Padre. Ahora no demostrará nada, porque su filiación divina y su relación con su Padre está basada en unos parámetros que los hombres no son capaces de entender. Esta es la gran novedad que Jesús viene a traernos de Dios, es decir, que **su Padre y él aman a los hombres hasta dar la vida, que la salvación no se manifiesta bajándose de la cruz, sino permaneciendo en ella; que la fe no nace de un hecho extraordinario sino de ver suspendido en ella a Cristo, como sucede con el centurión romano** (Cf. Mt 27, 54; Mc 15, 39; Lc 23, 47).

Lucas relata con mayor detalle el diálogo entre los bandidos y Jesús que los otros dos sinópticos. Será uno de ellos el que ejerza de tentador y otro el que proclama la fe en lo que está sucediendo. **El primero no se abre a la salvación** que se otorga en la misma cruz; **el segundo sí lo hace: reconoce su culpa y acepta su condena sometiéndose a la misericordia que Jesús** manifiesta al pedir que se acuerde de él cuando llegue a su Reino. **Quien se abre a la misericordia encuentra palabras de misericordia: en verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.** Literalmente, este ladrón está diciendo: *acuérdate de mí cuando vuelvas en tu reino.* Está mirando al futuro contemplando un tiempo en el que Jesús ejercerá su victoria mesiánica y quiere acogerse a él; lo sorprendente es la respuesta de Jesús que habla de presente al afirmar el **hoy** de su presencia en el paraíso. Lo que Cristo realiza acontece en ese momento, las puertas de la salvación quedan abiertas desde ese día.

Vemos que hay dos posturas claramente diferenciadas ante el Señor crucificado: la recriminación, el escándalo de contemplar al Hijo de Dios suspendido de una cruz, burlado y escarnecido poniendo a prueba el poder de Dios; y otra que es acoger el perdón que Cristo ofrece a quien está a su lado reconociendo el pecado.

Hay que contemplar al crucificado que desoye las palabras de los que se acercan pidiendo que muestre su poder bajando de la cruz para creer en él; **hay que mirarle clavado en ella, haciendo del instrumento de condena y de muerte un medio de salvación.** Cristo crucificado **invita a acercarse** a él para encontrar el perdón y la misericordia del Padre porque él no condena sino que ofrece este

perdón.

San Ignacio, en la primera semana de los ejercicios espirituales invita a ponerse ante la cruz al ejercitante para poder reconocer sus pecados de una manera muy sugerente haciéndole la siguiente pregunta: ***¿qué he hecho por Cristo?, ¿qué hago por Cristo? ¿qué debo hacer por Cristo?*** Cuestiona sobre lo que ha hecho, hace y debe hacer ante la presencia del que sí ha hecho y sigue haciendo por su salvación, ante el que ha dado la vida y no se ha reservado nada.

Se entra en comunión con los sentimientos de Cristo para ponerse ante él en la propia verdad de la vida, no para sentir intensa emoción, incluso compunción –que es necesario– sino para **plantearse la totalidad de la existencia como respuesta al amor que se recibe del crucificado**. Esta es la oración que podemos hacer a ella somos invitados para poder hacer la misma experiencia que el buen ladrón: eso sí, nosotros no hemos sido puestos en el lugar de la condena; no ha sido necesario porque el Señor lo ha hecho posible al colocarse él mismo en ese puesto.

SAN AMBROSIO

“Se reparten los vestidos, y a todos les favorece la suerte con algo, pues el Espíritu de Dios no está prisionero de la inteligencia del hombre, sino que actúa sobre ella de una manera imprevista. Quizás se pueda ver también en esos cuatro soldados una figura de los cuatro evangelistas, que fueron aquellos por quienes nos consta esa inscripción que todos podemos leer. Cuando leo: *Mi reino no es de este mundo* (Io 18,36), me parece leer la inscripción de “Rey de los judíos”; igualmente, cuando leo: *y el Verbo era Dios* (Io 1,1), me parece ver claro que el proceso de Cristo estaba escrito sobre su cabeza, pues, *la cabeza de Cristo es Dios* (1 Cor 11,3).

En verdad, en verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso. **Preciosísimo ejemplo el que aquí se narra de un trabajo de conversión**, puesto que se le concede al ladrón tan pronto el perdón, resultando el premio mucho más grande que la petición; en realidad, el Señor siempre da más de lo que se le pide. Aquél pedía que el Señor se acordara de él cuando estuviera en su reino, y el Señor le contestó: *En verdad, en verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso*; y es que **la vida verdadera consiste en estar con Cristo, porque donde está Cristo allí está el reino**.

El Señor perdona prontamente, porque con esa misma prontitud se convirtió el que se lo pedía. De aquí se puede deducir por qué los otros evangelistas muestran a los dos ladrones lanzando injurias, y Lucas, por el contrario, pone a uno blasfemando y al otro rogándole. Pudiera ser que uno de ellos antes estuviera injuriándole y de repente se convirtiera. Y no es de admirar que, si se convirtió, le perdonara la culpa Aquel que concedía el perdón a los mismos que le insultaban. Aunque también cabe la posibilidad de que hablara de uno en plural, como lo hizo en otro texto: Los reyes de la tierra se reunieron y a una se confabularon los príncipes (Ps 2,2); ya que Herodes es el único rey y Pilato el único príncipe que, según el sentir de Pedro en los Hechos de los Apóstoles, conspiraron contra Cristo. Y

por esa misma razón puedes leer en la epístola a los Hebreos: Anduvieron cubiertos con pieles de cabra, fueron aserrados y obstruyeron las bocas de los leones (11,33.37), cuando en realidad sabemos que solamente Elías era quien llevaba la piel de cabra (2 Reg 1,8), sólo Isaías fue aserrado y únicamente Daniel fue quien permaneció indemne entre los leones (Dan 6,23).

Con todo, ¡qué execrable esta iniquidad de los judíos, que crucificaron al Redentor de todos, como si fuera un ladrón! Aunque no hay duda de que, en sentido místico, **El es verdaderamente un buen ladrón, que ha logrado dominar al demonio con el fin de arrebatarse sus instrumentos** (cf Mt 12,29). También en ese sentido místico, los dos ladrones son una figura de los pueblos pecadores, que fueron crucificados con Cristo por el bautismo, enseñándonos igualmente su desacuerdo que los creyentes serían de diversas condiciones. A continuación dice que uno estaba a la izquierda y otro a la derecha. Y **los reproches nos revelan que el escándalo de la cruz (Gal 5,11) seguirá existiendo aun entre los creyentes.**¹¹³

PARA REZAR MEJOR

En estos días vamos a orar poniéndonos ante la presencia de Cristo en la cruz, a la vez que profundizamos en el misterio que nos manifiesta. La cruz se revela como fuente de gracia y misericordia para todo aquel que acude a ella; Dios se hace presente de una manera nueva e insospechada en la persona de su propio Hijo, no es un hombre más el que está colgado del madero sino el mismo Dios que en nuestra naturaleza humana y en nuestra propia carne está sumergido en la pasión de Dios y del hombre. La misericordia y el perdón se hacen presente de manera plena y desbordante, pero pone de manifiesto la cara más oscura del hombre: el pecado. Su fuerza ha sido tan grande que ha llegado a poner al mismo Hijo de Dios en una cruz; ante ella se desvela nuestro propio pecado por el cual, el Señor, pende en ella. Es el amor que revela la verdad de cuantos se ponen en su presencia porque ilumina los rincones más oscuros y escondidos de quienes lo contemplan. Así nos ponemos nosotros ante la cruz de Cristo, reconociendo todo lo recibido y reconociendo el propio pecado que el Señor no condena, sino perdona. Como la mujer adúltera, podríamos escuchar de sus labios: *ya tampoco te condeno. No peques más.*

1. Pide la gracia de poder descubrir el amor que manifiesta Dios Padre en la cruz de su Hijo, que te pueda ser revelado el peso y la gravedad del pecado de los hombres y de los tuyos propios por los cuales da la vida el Señor. Suplica la verdadera conversión del corazón, el arrepentimiento sincero y el deseo de querer vivir del todo para Cristo.
2. Mira a todos aquellos que se burlan del Señor porque no se baja de la cruz,

¹¹³ SAN AMBROSIO, *Tratado sobre el Evangelio de San Lucas, Libro X*, 115.121-123, Obras de san Ambrosio I, BAC

no pueden creer en él por lo que tú seguramente crees, ya que, en ella encuentras la salvación. Escucha sus palabras y el silencio de Jesús y del Padre; escucha también las palabras de salvación para el buen ladrón ¿Dónde te encuentras tú?

3. Ponte ante el Señor, tú y él solos y, dándote cuenta de todo lo que ha hecho por ti, hazte las preguntas que San Ignacio plantea: *¿qué he hecho por Cristo?, ¿qué hago por Cristo? ¿qué debo hacer por Cristo?*
4. Termina tu oración, si te diera tiempo, con un diálogo con el Señor agradeciendo todo lo que ha hecho por ti y manifestando tu deseo de querer entregarle la totalidad de tu vida respondiendo a tu vocación.

ANTE JESUCRISTO EN LA CRUZ II: AHÍ TIENES A TU MADRE

Evangelio según San Juan 19, 25-27

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre:

«Mujer, ahí tienes a tu hijo.»

Luego, dijo al discípulo:

«Ahí tienes a tu madre.»

Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa.

Junto a la cruz se encuentran los perfectos discípulos, los que han seguido a Cristo hasta la cruz, entre ellos estaba su madre, la Virgen María, junto con otras mujeres y el discípulo amado. María había desaparecido del evangelio de Juan después de las bodas de Caná. Ella fue la que anticipó el signo que hizo que muchos creyeran en él, y ahora, al final de todo, vuelve a emerger al pie de la cruz para poder vivir su vocación más plena: pasar de ser la madre del Hijo de Dios a la madre de todos los creyentes, de toda la Iglesia. **Tendrá que sobrepasar los límites de su maternidad humana y divina para llegar a la maternidad espiritual de todos sus nuevos hijos y esto lo tendrá que aprender junto a la cruz**, viendo morir a quien ella había dado la vida, llevado en su seno, cogido en sus brazos; al que había escuchado anunciar la Buena Noticia y había seguido como primera discípula. Ahora, al manifestarse la plenitud del amor, está también **viviendo los dolores de parto del nuevo alumbramiento**; es el sufrimiento de la madre que ve padecer a su hijo, al Hijo de Dios; es la pasión de aquella que tiene que aceptar la voluntad sobre Cristo y sobre sí misma. Un día dijo *hágase en mí según tu palabra*, ahora llega al extremo el cumplimiento de la palabra que pronunció; hace tiempo se le anunció que una espada le traspasaría el alma, ahora está viviendo lo profetizado con toda su fuerza. Es el dolor de una madre que ve morir a su hijo de una forma ignominiosa, la dificultad del creyente de aceptar que sea el camino elegido para la salvación, la firmeza de la Iglesia fiel que permanece en su lugar en los momentos más difíciles, el amor de una madre que está junto a su hijo en los momentos más duros. **El sufrimiento ensancha su corazón** para que en él puedan caber todos sus nuevos hijos que el Hijo le está otorgando en la persona del discípulo amado.

Si atendemos al orden de las frases en las que Jesús se dirige a María y al discípulo, nos hace ver que lo primero que quiere paliar Jesús es **la sensación de orfandad que podría quedarle al discípulo** con su ausencia; se dirige a María llamándola *mujer*, igual que en Caná de Galilea, –con todo el significado de esta

palabra que rebasa el de la simple maternidad– para indicarle que el discípulo amado es su hijo. Posteriormente se dirigirá a este para manifestarle que ella es su madre. En el texto encontramos *mujer, mira tu hijo... mira tu madre* (γύναι, ἴδε ὁ υἱός σου... ἴδε ἡ μήτηρ σου) El término ἴδε, es un aoristo imperativo del verbo εἶδω significa ¡mira!, ¡mirad! Se utiliza como una partícula, más que como forma verbal, para llamar la atención sobre una persona o sobre varias. Jesús lo está haciendo con su madre y con el discípulo amado para establecer entre ambos una relación materno-filial que se dará para siempre, encargando a su madre que se convierta en la madre de los discípulos y pidiendo a estos que la reciban como tal. El evangelista, a continuación dirá que *desde aquel momento la recibió entre sus cosas*, es decir **pasó a ser parte de todo lo suyo** y así tendría que tratarla para siempre.

La espada que le traspasa el alma al ver a su hijo suspendido en la cruz, asociándose a sus dolores, le ensancha el corazón y hace posible que en él tengan cabida todos los discípulos de su hijo a los que tendrá que acoger como hijos: **ser madre y perfecta discípula de Cristo le ha revelado su gran vocación, la de ser madre de todos los creyentes.** Todo el que se pone al pie de la cruz escucha a Jesús que le muestra la relación que debe establecer con María como madre y como debe acogerla como cosa suya. Son las palabras del crucificado que, al entregar su vida, nos descubre parte del misterio de salvación escondido: poder encontrar una relación con su madre viviendo como hijos suyos.

SAN AMBROSIO

“Allí estaban contemplando el espectáculo algunas mujeres, y allí estaba también su Madre, anteponiendo el celo de su ternura a los peligros que corría. **Y el Señor, que permanecía suspendido en la Cruz, despreciando sus padecimientos, encomendaba a su Madre haciendo un supremo alarde de piedad.** No sin razón es Juan quien lo cuenta con toda profusión de detalles; los otros, en efecto, describieron la conmoción del mundo, la acción de las tinieblas oscureciendo el cielo, la huida del sol. Mateo y Marcos, que dieron más importancia al aspecto humano y moral, añadieron: *¡Dios mío, Dios mío, mírame! ¿Por qué me has abandonado?*, para que creyésemos que la naturaleza humana asumida por Cristo es la que había subido a la cruz. Y Lucas es quien ha afirmado con más claridad cómo el ladrón, gracias a la intercesión sacerdotal, obtuvo el perdón, y cómo, con el mismo beneficio, pidió misericordia para los mismos judíos que lo perseguían.

Y Juan, que fue quien penetró con más profundidad en los misterios divinos, trabajó sin cesar para declarar que aquella que había engendrado a Dios, había permanecido virgen. El es el único que enseña lo que no consignaron los otros, es decir, cómo, mientras estaba en la cruz, se dirigió a su Madre, Aquel que, vencedor de los suplicios y de los tormentos y triunfador sobre el diablo, creía más importante cumplir sus deberes de piedad que entregar el reino de los cielos. **Pues, si el hecho de que el Señor perdone al ladrón es algo verdaderamente sagrado, mucho más lo es que el Hijo honre a su Madre.**

Que no se vaya a pensar que he cambiado el orden por haber puesto la

absolución del ladrón antes que esas palabras dirigidas a su Madre, ya que, como venía a salvar a los pecadores (1 Tim 1,15), no creo que sea absurdo el que yo, en mis escritos, le imite a llevar a cabo la misión que se propuso de buscar y salvar a un pecador. Y por ese motivo El mismo preguntó: *¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?*, y es que no había venido precisamente a llamar a los justos, sino a los pecadores (Mt 12,48; 9,13). Pero allí habló en metáfora, y, en cambio, aquí no se pudo olvidar de su Madre y la llamó desde la cruz, diciéndole: *He ahí a tu hijo*, y a Juan: *He ahí a tu madre*. **Cristo hacía su testamento desde la cruz, testamento que recogía Juan en su libro, como un testigo digno de tan gran testador.** Un testamento que es de gran valor, aunque no ciertamente pecuniario, sino vital, escrito no con tinta, sino por el Espíritu de Dios vivo (cf. 2 Cor 3,3). Mi lengua es la pluma de un amanuense que escribe con rapidez (Ps 44,3).

Por su parte, María no aparecía indigna de ser Madre de Cristo, ya que, cuando los apóstoles huyeron, Ella permaneció al pie de la cruz, contemplando con sus piadosos ojos las heridas de su Hijo, aunque no atendía tanto a la muerte de su Hijo cuanto a la salvación del mundo. Tal vez, porque sabía que de la muerte de su Hijo brotaba la redención del mundo, Ella, que era “la morada del Rey”, pensaba que con su propia muerte podría ayudar en algo a la gracia que se derramaba sobre todos. Pero Jesús no necesitaba ayuda para redimir a todo el universo, pues El mismo dijo: Me he constituido como un hombre que no tiene ayuda y libre entre los muertos (Ps 87,6). El recibió ciertamente el cariño de su Madre, pero no buscó su ayuda humana. En El, pues, tenemos un maestro de piedad. Este texto nos enseña qué es lo que debe imitar todo afecto materno y cómo regular el respeto de los hijos, para que las madres se ofrezcan a defender a los hijos cuando éstos peligran, y ellos, a su vez, **tengan en más valor la solicitud materna que la tristeza de la propia muerte.**

En este pasaje se nos presenta un testimonio sobreabundante de la virginidad de María. Pero no se trata aquí de que la esposa rechace a su marido, ya que está escrito : *Lo que Dios unió, no lo separe el hombre* (Mt 19,6), sino que aquel que tuvo durante todo su matrimonio el velo del misterio, no tenía ya necesidad de esa unión, una vez que esos misterios se cumplieron. Tal vez pudiéramos ver en esto, siguiendo un sentido moral, que la castidad sólo se guarda con el sacrificio.

En verdad, a Juan, el más joven de todos, le ha encomendado un misterio que no nos es lícito escuchar con oídos indiferentes. No hay duda de que el trato frecuente con un joven, así como la belleza de su juventud, son peligrosos para las mujeres, porque, tal vez, alguna, mirando la cosa externa, sin preocuparse del misterio, queriendo gozar de Cristo, pretenda imitar las apariencias de María, sin imitar su voluntad; así lo entienden, por desgracia, esas mujeres del montón que, abandonando a su marido ya viejo, se unen a otro más joven. Que esa tal se dé cuenta de que aquí se trata del misterio de la Iglesia, la cual antes estaba unida al pueblo antiguo, aunque en apariencia, no en realidad, después dio a luz al Verbo y lo sembró en los cuerpos y en las almas de los hombres por medio de la fe en la cruz y en la sepultura del cuerpo del Señor, eligiendo, por precepto divino, la unión con otro pueblo más joven.”¹¹⁴

¹¹⁴ SAN AMBROSIO, *Tratado sobre el Evangelio de San Lucas, Libro X, 129-134*, Obras de San Ambrosio I, BAC.

PARA REZAR MEJOR

La Iglesia contempla en María al pie de la cruz el dolor de la madre y la fidelidad de la auténtica creyente, modelo de la Iglesia que nacerá del costado abierto de Cristo y recibirá el don del Espíritu entregado por Cristo al morir. Aprende a recibirla como madre suya y a vivir, al mismo tiempo como hija de la madre de Cristo. Hoy nos ponemos al pie de la cruz con María y con Juan para poder escuchar al Señor, para poder contemplar a la madre dolorosa y fiel que nos enseña como acepta el plan de salvación y se asocia al mismo para siempre. Ya lo estaba desde el momento que dijo sí al ángel, ahora queda expresado hasta sus últimas consecuencias. Nos acercamos a la cruz para poder recibir a María como nuestra propia madre, incorporándola a nuestra vida y dejando que ejerza su maternidad sobre nosotros.

1. Pide el don de poder descubrir el dolor de la madre y la fidelidad de su vocación junto a la cruz. Suplica que te sea concedido el don de escuchar las palabras de Jesús como dirigidas a ti para descubrir la novedad que siempre encierran y lo que te revela de tu relación con María.
2. Los versículos del evangelio son pocos, pero de una gran densidad. En medio de toda la gente que pasa al pie de la cruz para burlarse o que son incapaces de permanecer junto a ella por la dureza de la escena, María y otras dos mujeres junto con Juan están allí. Trata de penetrar los sentimientos de la madre que ve agonizar y morir a su hijo de esta manera. Se la podría escuchar, con palabras del libro de las lamentaciones ante la ruina de Jerusalén: “por esto lloro yo; mi ojo, mi ojo se va en agua, porque está lejos de mí el consolador que reanime mi alma. Mis hijos están desolados, porque ha ganado el enemigo” (Lam 2, 16). Pero fíjate en su amor y su fidelidad; ponte a su lado y deja que ella pueda explicarte sus propios sentimientos.
3. Escucha a Jesús que habla a María y a Juan. Atiende a esas palabras que te invitan a poner toda tu atención: te dice que allí está también tu madre, que puedes acogerla como tuya, como tantas cosas que te pertenecen. Está entregando su vida pero está entregando a su madre. Escucha estas palabras.
4. Habla con Cristo, desde tu vida y tu necesidad, desde tu verdad y hazlo también con la que él te entrega como madre.

ANTE JESUCRISTO EN LA CRUZ III: LA MUERTE EN LA CRUZ

Evangelio según San Mateo 27, 45-56

Desde el mediodía hasta la media tarde, vinieron tinieblas sobre toda aquella región. A media tarde, Jesús gritó:

—«Elí, Elí, lamá sabaktaní.»

(Es decir:

—«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

Al oírlo, algunos de los que estaban por allí dijeron:

—«A Elías llama éste.»

Uno de ellos fue corriendo; en seguida, cogió una esponja empapada en vinagre y, sujetándola en una caña, le dio a beber.

Los demás decían:

—«Déjalo, a ver si viene Elías a salvarlo.»

Jesús dio otro grito fuerte y exhaló el espíritu.

Entonces, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; la tierra tembló, las rocas se rajaron. Las tumbas se abrieron, y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron. Después que él resucitó, salieron de las tumbas, entraron en la Ciudad santa y se aparecieron a muchos.

El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba, dijeron aterrorizados:

—«Realmente éste era Hijo de Dios.»

Había allí muchas mujeres que miraban desde lejos, aquellas que habían seguido a Jesús desde Galilea para atenderlo; entre ellas, María Magdalena y María, la madre de Santiago y José, y la madre de los Zebedeos

Evangelio según San Juan 19, 28-37

Después de esto, sabiendo Jesús que todo había llegado a su término, para que se cumpliera la Escritura dijo:

—«Tengo sed.»

Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una cana de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo:

—«Está cumplido.»

E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día solemne, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que

uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: «No le quebrarán un hueso»; y en otro lugar la Escritura dice: «Mirarán al que atravesaron.»

Nos seguimos fijando en el sufrimiento extremo de la humanidad de Cristo y, para ello, vamos a intentar comprender mejor lo que **supone físicamente la muerte en la cruz**, porque todo lo que nos ayuda a descubrir mejor la dimensión humana del Hijo de Dios, se convierte en clave de interpretación para acceder al misterio de la salvación que se revela a través de ella:

1. El efecto principal de la crucifixión, aparte del **tremendo dolor**, que presentaba en sus brazos y piernas, **era la dificultad para respirar con normalidad**, particularmente en la exhalación. El peso del cuerpo, con los brazos y hombros extendidos, tendían a someter a los músculos intercostales a un estado de inspiración y que dificultaba la expulsión del aire. De esta manera, la expiración del aire era realizada, sobre todo, a través del diafragma y era muy leve. Esta forma de respiración no era suficiente y pronto produciría, retención de dióxido de carbono y asfixia.
2. El desarrollo de **calambres musculares** debido a la fatiga y la falta de oxígeno afectaron aún más a la respiración. Una respiración adecuada requería que se incorporara el cuerpo empujándolo hacia arriba apoyándose en los pies y flexionando los codos y subiendo los hombros. Esta maniobra colocaría el peso total del cuerpo en los pies y causaría tremendo dolor. Más aún, la flexión de los codos causaría un giro de las muñecas en torno a los clavos de hierro y provocaría enorme dolor a través de los nervios afectados. El levantar el cuerpo rasparía dolorosamente la espalda azotada contra el madero. **Como resultado de eso cada esfuerzo de respiración se volvería agonizante y fatigoso**, llevaría a la asfixia y finalmente a su fallecimiento, siendo esta la causa de la muerte.
3. Era costumbre de los romanos que los cuerpos de los crucificados permaneciesen largas horas pendientes de la cruz; a veces hasta que entraban en putrefacción o las fieras y las aves de rapiña los devoraban. Por lo tanto, antes que Jesús muriese, y ante la fiesta de Pascua, los príncipes de los sacerdotes y los miembros del Sanedrín pidieron a Pilato que, según la costumbre romana, mandase **rematar a los ajusticiados, haciendo que se le quebrasen las piernas a golpes** (Jn 20, 27). Esta bárbara operación se llamaba en latín *crurifragium*. Sería una manera de acelerar la muerte por asfixia al impedir que se pudiera apoyar en las piernas para respirar adecuadamente.
4. Las piernas de los ladrones fueron quebradas, más al llegar a Jesús y observar que ya estaba muerto, renunciaron a golpearle; pero uno de los soldados para mayor seguridad quiso darle lo que se llamaba el “golpe de gracia” y **le traspaso el pecho con una lanza**. En esta sangre y en esa agua

que salieron del costado, los médicos han concluido que el pericardio, (saco membranoso que envuelve el corazón), debió ser alcanzado por la lanza, o que se pudo ocasionar perforación del ventrículo derecho; también podría ser fluido de la pleura y el pericardio, de donde habría procedido la efusión de sangre y agua. En todo caso, este tipo de sangre era postmortem.

5. Los cambios sufridos en la humanidad de Jesucristo, vistos a la luz de la medicina, nos ayudan a descubrir el carácter humano de la muerte en la cruz, en quien está presente el Hijo de Dios, y que, voluntariamente, **aceptó este suplicio, convirtiéndolo en el acto de la redención y la salvación.**

Después de describir los aspectos físicos que nos permiten poder hacernos cargo de lo que supuso la muerte en la cruz, podemos entrar más en los aspectos teológicos que presentan los evangelios para poder descubrir cómo, en **la humanidad que muere se está manifestando Dios**, más aún, Dios mismo está presente de una manera que parecerá locura o escándalo.

Recogemos los textos de Mateo y Juan que dan una visión complementaria. Como **Mateo** sigue a Marcos, el relato es muy semejante. Nos daremos cuenta que en el primer evangelista encontramos **el drama humano y espiritual** que supone la muerte de Jesús en la cruz, mientras que **Juan** lo presenta con una **mayor serenidad, la propia del Señor que en la cruz entrega el espíritu**. Muere entregando el espíritu a la Iglesia representada en María y Juan que se encuentran a sus pies. El cuarto evangelio quiere manifestar la gloria de Dios en la muerte de Jesús en la cruz. Tratemos de sintetizar todos estos datos:

1. La muerte de Jesús llegará con toda la solemnidad del que aguarda que se cumpla la hora para la que había venido; no hay dolor, no hay ocultamiento de Dios, simplemente se tiene que cumplir la escritura. **Jesús muere con toda la grandeza de aquel que está manifestando la gloria y el poder de Dios: todo está cumplido. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu.** Desaparece el dramatismo, encontramos la exaltación porque la cruz es glorificación; en la muerte se cumple todo, ya no es necesario aguardar nada más. No hay grito desgarrador, simplemente entrega el espíritu e inclina la cabeza; **es el cumplimiento de la promesa del envío del Espíritu**, que es enviado en la mutua entrega del Padre y del Hijo. Ambos entregan, uno al Hijo, y el otro a sí mismo; pero ambos aceptan, cada uno la voluntad del otro, y en esta perfecta armonía de voluntades y de donación, surge el fruto del amor recíproco, el Espíritu que ya desde la cruz es entregado a su Iglesia. Es el doble lenguaje del evangelista Juan, **detrás de la realidad más simple se puede hacer la lectura de la afirmación teológica más profunda**, nada es insignificante, nada es superficial, ni pasa porque sí para los discípulos fieles, representados en el discípulo amado y la Iglesia naciente, contemplada en María.
2. Toda **la gloria de la Trinidad** se manifiesta en Cristo muerto en la cruz: el Padre enviando, el Hijo entregándose y el Espíritu Santo brotando de la vida del Hijo que es aceptada por el Padre. La gloria de Dios se ha manifestado en el ocultamiento de la cruz.
3. De este misterio de la cruz nacerá la vida de la Iglesia, a través de la lanzada en el costado. La Iglesia, a los pies de Cristo, recibe los sacramentos que la hacen posible, la crean y la alimentan: el **Bautismo y la Eucaristía**. Es la

Iglesia que nace del costado abierto de Cristo, del amor del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo. La entrega de la vida de Cristo no ha sido vacía, de ella surge la Iglesia y los sacramentos que la vivifican.

4. No puede terminar san Juan sin volver a aludir a la escritura. Con la última cita se cumple la intención del evangelista; todo lo narrado en la pasión está puesto para ser contemplado. Mirar **a la cruz, es ver el misterio de Dios y de la Iglesia**. Todos los futuros lectores del evangelio son invitados a entrar en esta profundidad del amor de Dios mirando al que fue traspasado. **La gloria oculta de Dios queda ahora manifestada de manera patente para todo aquel que sabe mirar** y descubrir el gran acontecimiento de la salvación que se está ofreciendo a los hombres de todos los pueblos, culturas y tiempos. El que acude a la cruz, la mira y la contempla, descubre en ella el misterio mismo de la salvación, en el que nosotros estamos llamados a entrar.
5. Si **volvemos a los sinópticos**, en concreto a Mateo, nos permite descubrir el drama de la muerte; nos introduce en los **sentimientos humanos del Hijo de Dios** que llega al final de su vida mortal; es el dolor del hombre que muere y **puede llegar a sentir el abandono de Dios** que se manifiesta en el grito desgarrador *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* Además de este, nos hace escuchar un **último grito más fuerte** en el momento de la muerte. Lucas lo mitigará un poco más introduciendo las palabras de Jesús que manifiestan su abandono en las manos del Padre: *Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu*. Sobre todo esto volveremos más tarde para encontrar su verdadero sentido.
6. Los evangelistas insisten en el entorno: a pesar de ser la hora en que el sol está en su punto más alto –la hora sexta– hasta que llega la muerte de Jesús **todo se va llenando de tinieblas**, como si, lo que los hombres no son capaces de percibir, lo estuviera mostrando la misma naturaleza; el mundo se llena de oscuridad porque está muriendo el Hijo de Dios. **El momento de la muerte es descrito como un acontecimiento escatológico**: temblor de tierra, rocas que se parten en dos, muertos que resucitan y se aparecen a los demás. Literalmente aparece un pasivo divino –*fueron despertados*– que manifiesta ser fruto de Dios mismo porque la Vida ha entrado en la muerte. Todo describe que, con la muerte de Cristo, ha irrumpido **Dios como juez de la historia** y se anticipa lo que sucederá al final de los tiempos y que Jesús había descrito en el discurso escatológico.
7. Hay un dato más: **el velo del Templo se rasga en dos**. En Ex 26, 33 se dice lo siguiente: “Colgarás el velo debajo de los broches; y allí, detrás del velo, llevarás el arca de la Alianza, y el velo os servirá para separar el Santo del Santo de los Santos”. Esta cortina que caía de arriba abajo separaba la presencia de Dios dentro del lugar más sagrado del templo impidiendo que la visión de Dios pudiera quedar desvelada, es decir que la manifestación de la gloria de Dios quedara al alcance de cualquier persona. **Cuando este velo se rompe ya no existe espacio de separación entre Dios y el hombre porque esta distancia ha desaparecido con la muerte de Cristo**; el acceso a la revelación de Dios ha quedado abierto para todos a través de Jesús. La cruz revela a Dios en su Hijo de manera que hasta los gentiles pueden reconocerlo, tal y como hace el centurión romano. Si los sumos sacerdotes y

representantes del pueblo exigían un signo para creer, un hombre gentil descubre en el grito de Cristo y en su muerte la fe en el Hijo de Dios. Sólo con la muerte en la cruz se comprende quien es Jesús, porque, en ella, **Dios se ha revelado e irrumpido de una manera definitiva** en la vida de todos los hombres y no sólo del pueblo judío.

8. Si queremos alcanzar el sentido de las palabras de Jesús en la cruz en los momentos que rodean a su muerte tenemos que referirnos al **Salmo 21** que probablemente Jesús rezó desde la cruz: en él encontramos **el drama de quien se siente abandonado por Dios pero, al mismo tiempo, confía en él**. ¿Cómo no iba Jesús a sentir humanamente todo aquello que este salmo describe si había asumido todo lo humano y lo había dado un significado pleno, haciéndolo revelación y encuentro definitivo con Dios? ¿Por qué no se iba a dirigir a su Padre con las palabras de los salmos, como rica tradición orante de Israel, en el momento definitivo de su muerte? **A través de este salmo podemos adentrarnos en los sentimientos de Cristo al escuchar cómo se dirigía a su Padre**. Son sólo unos versos los que se recogen en los sinópticos, pero, a través de ellos, podemos tener acceso a todo lo que permaneció en el silencio: la oración de Cristo en la cruz.

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?
a pesar de mis gritos, mi oración no te alcanza.
Dios mío, de día te grito, y no respondes;
de noche, y no me haces caso;
aunque tú habitas en el santuario,
esperanza de Israel.

En ti confiaban nuestros padres;
confiaban, y los ponías a salvo;
a ti gritaban, y quedaban libres;
en ti confiaban, y no los defraudaste.

Pero yo soy un gusano, no un hombre,
vergüenza de la gente, desprecio del pueblo;
al verme, se burlan de mí,
hacen visajes, menean la cabeza:
"acudió al Señor, que lo ponga a salvo;
que lo libre si tanto lo quiere".

Tú eres quien me sacó del vientre,
me tenías confiado en los pechos de mi madre;
desde el seno pasé a tus manos,
desde el vientre materno tú eres mi Dios.
No te quedes lejos, que el peligro está cerca
y nadie me socorre.

Me acorrala un tropel de novillos,
me cercan toros de Basán;

abren contra mí las fauces
leones que descuartizan y rugen.

Estoy como agua derramada,
tengo los huesos descoyuntados;
mi corazón, como cera,
se derrite en mis entrañas;
mi garganta está seca como una teja,
la lengua se me pega al paladar;
me aprietas contra el polvo de la muerte.

Me acorrala una jauría de mastines,
me cerca una banda de malhechores;
me taladran las manos y los pies,
puedo contar mis huesos.
Ellos me miran triunfantes,
se reparten mi ropa,
echan a suerte mi túnica.

Pero tú, Señor, no te quedes lejos;
fuerza mía, ven corriendo a ayudarme.
líbrame a mí de la espada,
y a mí única vida de la garra del mastín;
sálvame de las fauces del león;
a éste pobre, de los cuernos del búfalo.
Contaré tu fama a mis hermanos,
en medio de la asamblea te alabaré.

SAN JUAN CRISÓSTOMO

“Éste es el signo que antes le pidieran y Él prometió dar, diciendo: *tina generación torcida y adúltera requiere un signo, y signo no se le dará, si no es el signo de Jonás profeta*; palabras en que aludía a la cruz y a su muerte, a su sepultura y resurrección. Y otra vez, explicando de modo diferente la virtud de la cruz, decía: *Cuando levantareis al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy*. Como si dijera: **Cuando me hubiereis crucificado y penséis que me habéis vencido, entonces conoceréis mi poder**. Y fue así que, después que fue crucificado, la ciudad fue destruida, cesó el judaísmo, perdieron ellos su Estado y libertad, floreció la predicación del Evangelio y la doctrina de Cristo se extendió hasta los confines del orbe; y la tierra y el mar, lo habitado y lo inhabitado, están constantemente pregonando el poder de Cristo. Así, pues, a todo esto se refirió el Señor, no menos que a lo sucedido en el momento mismo de su

crucifixión. A la verdad, **más maravilloso es que todo eso sucediera estando Él clavado en la cruz que no caminando sobre la tierra.** Y no sólo era todo ello maravilloso por esa circunstancia, sino porque eran fenómenos celestes, que era, sin luda, lo que le habían pedido, y se extendieron a toda la tierra, cosa que no había sucedido antes, si no es en Egipto, cuando iban a celebrar la pascua. Lo de Egipto era figura de esto. Y mirad cuándo sucedieron aquellas tinieblas: al mediodía, fin de que todos los habitantes de la tierra se dieran cuenta que entonces era pleno día en todo el mundo. Este prodigio hubiera sido bastante para convertirlos, no sólo por su grandeza, sino por la oportunidad del momento en que aconteció. El prodigio, en efecto, sucede después de todas aquellas burlas, después de la inicua comedia; cuando ellos habían ya saciado su cólera, y habían puesto término a su risa, y se habían hartado de sarcasmos, y habían dicho cuanto habían querido, entonces aparecen las tinieblas, a fin de que, dejando siquiera así su ira, sacaran algún provecho del milagro. **Más admirable, en efecto, que bajar de la cruz era obrar ese milagro estando sobre la cruz.** Porque si pensaban que El producía aquellas tinieblas, tenían que creerle y temerle; y si no se las atribuían a Él, sino al Padre, también así debían compungirse, pues aquellas tinieblas eran prueba de su ira contra los que habían cometido aquel crimen. Que no se trata de un eclipse, sino de ira e indignación divina, no se prueba sólo por ahí, sino por el tiempo que duraron, que fue tres horas. El eclipse, en cambio, no dura más que un momento, como lo saben los que han visto alguno, y uno ha sucedido en nuestro mismo tiempo. —Y ¿cómo es —me dices— que no se admiraron todos y tuvieron a Cristo por Dios?— Porque el género humano estaba entonces sumido en gran negligencia y maldad. Por otra parte, este prodigio fue uno solo, y, apenas cumplido, desapareció y nadie se preocupó de inquirir su causa. La prevención y costumbre de la impiedad era grande. Y tampoco sabían la causa del fenómeno, y acaso pensaron que se trataba de un eclipse o de otro fenómeno natural. Y ¿qué tiene de extraño que los de fuera nada supieran ni trataran tampoco de averiguarlo por su mucha negligencia, cuando los mismos que se hallaban en la Judea continuaron injuriándole después de tamaños prodigios, a pesar de haberles manifestado claramente ser Él quien los obraba? [...]

Juntamente con éstos, por los prodigios que luego se siguen, el Señor se manifestaba a sí mismo. "Tales la resurrección de los muertos, el oscurecimiento de la luz, la mutación de los elementos. En tiempo de Eliseo, un muerto resucitó al contacto de otro muerto; ahora es una voz la que los resucita, mientras el cuerpo del Señor estaba allá arriba sobre la cruz. Aparte de que aquello era figura de esto. Porque fuera creído lo uno sucedió antes lo otro. Mas no sólo resucitan los muertos, sino que se resquebrajan las rocas y se estremece la tierra, para que se dieran cuenta que también a ellos tenía poder para cegarlos y despedazarlos. [...]. Miremos más bien cuán grandes prodigios hizo el Señor. Unos en el cielo, otros sobre la tierra, otros en el mismo templo. Con ellos les mostraba su indignación, pero juntamente **nos significaba que lo antes inaccesible sería en adelante accesible, que el cielo quedaría abierto y que aquello se**

cambiaría en el verdadero sancta sanctorum. Ellos le habían dicho: *Si es rey de Israel, que baje de la cruz;* y Él les demuestra que no sólo lo es de Israel, sino de todo el orbe. Ellos le habían dicho en son de rechifla: *¡El que destruye este templo y lo reedifica en tres días!*, y Él les demuestra que su templo quedaría absolutamente desierto. Le habían dicho también: *A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse;* y Él les demuestra, permaneciendo en la cruz, en los cuerpos de sus siervos, que lo podía sobradamente. Porque si fue grande hazaña hacer salir del sepulcro a Lázaro de cuatro días muerto, mucho más era que aparecieran de golpe vivos todos los que de antiguo dormían el sueño de la muerte. Lo cual, por otra parte, era signo de la futura resurrección. Porque muchos cuerpos—dice *el evangelista*—de los santos que habían dormido se levantaron. Y entraron en la ciudad santa y se mostraron a muchos. Para que no pensaran que se trataba de un hecho fantástico, *se aparecieron a muchos en la ciudad. Y el centurión glorificó entonces a Dios diciendo: Verdaderamente este hombre era un justo.* Y las gentes que habían acudido a ver el espectáculo se volvían dándose golpes de pecho. **Tal era el poder del crucificado, que, después de tantas burlas, comedias y sarcasmos, hace que se compunjan el centurión y el pueblo.** Y no faltan quienes dicen que este centurión sufrió el martirio, pues dio posteriormente pruebas del valor de su fe.”¹¹⁵

PARA REZAR MEJOR

La contemplación que se abre ante nosotros bien podría ocupar dos días de oración, por ello, conviene hacerla sin mucha prisa, deteniéndonos en aquello que más nos ayude, continuando el día siguiente.

En primer lugar se presenta ante nosotros la humanidad de Jesús y el hecho del sufrimiento que supone la muerte de cruz. Es el primer aspecto en que podemos fijarnos puesto que no dejó de padecer nada que fuera necesario para nuestra salvación. Pero hay que dar un paso más, descubrir todo lo que los evangelios están describiendo, desde los fenómenos de la naturaleza a los signos escatológicos, para descubrir el misterio escondido que hay detrás de esa humanidad que padece y muere en la cruz. No hay que conformarse con esto porque, en tercer lugar, podemos entrar en la intimidad de la relación del Hijo con su Padre a través del Salmo 21. Todo ello nos permitirá ir estructurando el propio proceso de contemplación y oración con estos elementos.

1. Más que nunca, hay que pedir al Espíritu Santo que te haga presentes los acontecimientos de la salvación que se vivieron en la muerte de Cristo, que te ayude a penetrar en los sentimientos del Señor y su relación con el Padre

¹¹⁵ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía 88, 1-2 sobre San Mateo*, Obras de San Juan Crisóstomo I, BAC.

- y te haga ver el precio de tu propia salvación.
2. Puedes situarte en la escena que hay contemplar ayudado por el evangelio de Mateo o el de Juan o, si te ayuda más, por ambos, siempre y cuando no te distraiga. Fíjate en las personas, escucha sus palabras, mira a María y a Juan. Detente en las palabras de Jesús, escucha sus gritos, contempla sus sufrimientos y descubre el amor de Dios en medio de todo ello. Reconoce con el centurión y sus hombres al Hijo de Dios. El Padre está hablando sin palabras a través de su Hijo: *tanto amó Dios al mundo que entregó a su único Hijo...*
 3. El salmo 21 te puede ayudar a entrar en los sentimientos de Cristo, a ponerte en su lugar, a orar al Padre con sus mismas palabras. Detente en aquello que te ayude a penetrar mejor en este misterio sin querer agotarlo todo. Puedes seguir el día siguiente.
 4. Habla con Cristo que muere y respira su último aliento. Ponte ante su corazón abierto y recibe los dones de gracia que se derraman. Dialoga también con el Padre para que te pueda mostrar todo el misterio allí encerrado. Puedes terminar con un coloquio con la Virgen María para que te ayude a no apartarte nunca de aquel que dio la vida por ti...

ANTE JESUCRISTO EN LA CRUZ IV: EL SIERVO SUFRIENTE**Lectura del libro de Isaías 52, 13-53, 12**

Mirad, mi siervo tendrá éxito,
subirá y crecerá mucho.
Como muchos se espantaron de él,
porque desfigurado no parecía hombre,
ni tenía aspecto humano,
así asombrará a muchos pueblos,
ante él los reyes cerrarán la boca,
al ver algo inenarrable
y contemplar algo inaudito.
¿Quién creyó nuestro anuncio?,
¿a quién se reveló el brazo del Señor?
Creció en su presencia como brote,
como raíz en tierra árida,
sin figura, sin belleza.
Lo vimos sin aspecto atrayente,
despreciado y evitado de los hombres,
como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos,
ante el cual se ocultan los rostros,
despreciado y desestimado.
Él soportó nuestros sufrimientos
y aguantó nuestros dolores;
nosotros lo estimamos leproso,
herido de Dios y humillado;
pero él fue traspasado por nuestras rebeliones,
triturado por nuestros crímenes.
Nuestro castigo saludable cayó sobre él,
sus cicatrices nos curaron.
Todos errábamos como ovejas,
cada uno siguiendo su camino;
y el Señor cargó sobre él
todos nuestros crímenes.
Maltratado, voluntariamente se humillaba
y no abría la boca;
como cordero llevado al matadero,
como oveja ante el esquilador,
enmudecía y no abría la boca.
Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron,
¿quien meditó en su destino?
Lo arrancaron de la tierra de los vivos,

por los pecados de mi pueblo lo hirieron.
 Le dieron sepultura con los malvados,
 y una tumba con los malhechores,
 aunque no había cometido crímenes
 ni hubo engaño en su boca.
 El Señor quiso tritularlo con el sufrimiento,
 y entregar su vida como expiación;
 verá su descendencia, prolongará sus años,
 lo que el Señor quiere prosperará por su mano.
 Por los trabajos de su alma verá la luz,
 el justo se saciará de conocimiento.
 Mi siervo justificará a muchos,
 porque cargó con los crímenes de ellos.
 Le daré una multitud como parte,
 y tendrá como despojo una muchedumbre.
 Porque expuso su vida a la muerte
 y fue contado entre los pecadores,
 él tomó el pecado de muchos
 e intercedió por los pecadores.

El quinto cántico del Siervo nos da la oportunidad de seguir profundizando en nuestra contemplación del misterio de Cristo crucificado. En medio del destierro de Babilonia, en el anuncio del retorno a la tierra por parte del **segundo Isaías**, aparece una figura enigmática, difícil de descifrar a quién se refiere. Los exegetas han apuntado a distintas interpretaciones, desde una personificación del pueblo a la misma figura del profeta u otro personaje anónimo.

El siervo de Dios va apareciendo en cada uno de los cánticos como aquel que **asume el pecado de su pueblo, lo carga sobre sí y obtiene para ellos la justificación a través de su propia entrega a través del sufrimiento**, donde el dolor es un elemento redentor que hace posible la salvación para los demás planteando un verdadero dilema para la fe: ¿Quién puede creer que en una figura así se esté haciendo presente la redención del pecado de muchos? ¿Cómo en alguien tan desfigurado se puede reconocer el rostro del siervo de Dios? ¿Quién puede encarnar una misión que produzca el fruto aquí descrito? Los evangelistas siempre vieron en este siervo de Dios a la figura de Jesús, de la misma manera que lo ha hecho la larga tradición de la Iglesia, más aún, él mismo, desde el Bautismo y las tentaciones; desde la elección que va realizando del camino de la cruz y su entrega voluntaria a la misma comprende su misión desde la clave del siervo de Isaías.

El profeta hablaba de él, anunciaba lo que siglos más tarde se realizaría y sacaría a la humanidad entera del destierro del pecado para conducirlo a la nueva tierra de la promesa. Ningún hombre puede realizar la redención de la humanidad entera, nadie puede amar con un amor tal que enmienda toda una historia de pecado sino lo hace Dios mismo –tal y como contemplamos en su propio Hijo– en quien se han unido lo humano y lo divino para siempre. **El hace posible que Dios**

manifieste el amor redentor hasta el extremo en el propio hombre y el hombre pueda acogerlo en su propia carne.

El siervo de Dios no es otro que Dios mismo, hecho uno de nosotros, sin reservarse nada. La contemplación de la cruz y del crucificado, por medio de la luz del Espíritu Santo puede hacer posible que, en aquel que no tenía ni apariencia humana, podamos descubrir a Dios mismo que está salvando al hombre y le está conduciendo a través de su amor junto a sí mismo, de manera que ya nada pueda separarlos. Él ha cargado con los crímenes de todos, con las consecuencias del pecado y así las ha redimido de una vez para siempre. Lo que prefiguraban los sacrificios del antiguo testamento, Dios lo ha hecho verdad a través de la naturaleza humana de su propio hijo, en quien podemos decir con toda verdad que Dios ha asumido y hecho suyas las consecuencias del pecado y las ha redimido. Nuestras heridas se han hecho sus propias heridas, y por haber quedado herido, nosotros en él, hemos sido sanados. Podemos ir incluso más allá: porque en él hemos sido sanados, nuestra vida no puede ser otra cosa que suya, como la suya, ya que su amor nos llama a vivir sólo para él.

El apóstol Pedro, en su primera carta, pone como ejemplo la pasión de Cristo para que el cristiano descubra la manera de vida a la que ha sido llamado. Él es el único modelo que puede configurar la nuestra *porque sus heridas nos han curado*.

“Habéis sido llamados a comportaros así, pues Cristo padeció por nosotros dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas.

El no cometió pecado

Ni encontraron engaño en su boca;

Cuando lo insultaban,

No devolvía el insulto;

En su pasión no profería amenazas;

Al contrario,

Se ponía en manos del que juzga justamente.

Cargado con nuestros pecados, subió al leño,

Para que, muertos al pecado,

Vivamos para la justicia.

Sus heridas nos han curado.

Antes erais ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras almas” (1 Pe, 2, 21-25).

SAN LEÓN MAGNO

“El verdadero venerador de la pasión del Señor tiene que contemplar de tal manera, con la mirada del corazón, a Jesús crucificado, **que reconozca en él su propia carne**.

Toda la tierra ha de estremecerse ante el suplicio del Redentor: las mentes infieles, duras como la piedra, han de romperse, y los que están en los sepulcros,

quebradas las losas que los encierran, han de salir de sus moradas mortuorias. Que se aparezcan también ahora en la ciudad santa, esto es, en la Iglesia de Dios, como un anuncio de la resurrección futura, y lo que un día ha de realizarse en los cuerpos efectúese ya ahora en los corazones.

A ninguno de los pecadores se le niega su parte en la cruz, ni existe nadie a quien no auxilie la oración de Cristo. Si ayudó incluso a sus verdugos, ¿cómo no va a beneficiar a los que se convierten a él?

Se eliminó la ignorancia, se suavizaron las dificultades, y la sangre de Cristo suprimió aquella espada de fuego que impedía la entrada en el paraíso de la vida. La oscuridad de la vieja noche cedió ante la luz verdadera.

Se invita a todo el pueblo cristiano a disfrutar de las riquezas del paraíso, y a todos los bautizados se les abre la posibilidad de regresar a la patria perdida, a no ser que alguien se cierre a sí mismo aquel camino que quedó abierto, incluso, ante la fe del ladrón arrepentido.

No dejemos, por tanto, que las preocupaciones y la soberbia de la vida presente se apoderen de nosotros, de modo que renunciemos al empeño de conformarnos a nuestro Redentor, a través de sus ejemplos, con todo el impulso de nuestro corazón. **Porque no dejó de hacer ni sufrir nada que fuera útil para nuestra salvación, para que la virtud que residía en la cabeza residiera también en el cuerpo.**

Y, en primer lugar, el hecho de que Dios acogiera nuestra condición humana, cuando la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros, ¿a quién excluyó de su misericordia, sino al infiel? ¿Y quién no tiene una naturaleza común con Cristo, con tal de que acoja al que a su vez lo ha asumido a él, puesto que fue regenerado por el mismo Espíritu por el que él fue concebido? Y además, ¿quién no reconocerá en él sus propias debilidades? ¿Quién dejará de advertir que el hecho de tomar alimento, buscar el descanso y el sueño, experimentar la solicitud de la tristeza y las lágrimas de la compasión es fruto de la condición humana del Señor?

Y como, desde antiguo, **la condición humana esperaba ser sanada de sus heridas y purificada de sus pecados**, el que era unigénito Hijo de Dios quiso hacerse también hijo de hombre, para que no le faltara ni la realidad de la naturaleza humana ni la plenitud de la naturaleza divina.

Nuestro es lo que, por tres días, yació exánime en el sepulcro y, al tercer día, resucité; lo que ascendió sobre todas las alturas de los cielos hasta la diestra de la majestad paterna: para que también nosotros, si caminamos tras sus mandatos y no nos avergonzamos de reconocer lo que, en la humildad del cuerpo, tiene que ver con nuestra salvación, seamos llevados hasta la compañía de su gloria; puesto que habrá de cumplirse lo que manifiestamente proclamó: Si uno se pone de mi parte ante los hombres, yo también me pondré de su parte ante mi Padre del cielo.”¹¹⁶

¹¹⁶ SAN LEÓN MAGNO, *Sermón 15, 3-4 sobre la pasión del Señor*, Oficio de Lecturas del Jueves IV de Cuaresma.

PARA REZAR MEJOR

En la cruz de Cristo se manifiesta un misterio que es inagotable; tantas veces como nos ponemos ante el Señor crucificado podemos descubrir la hondura de esta gran verdad sobre Dios. Siempre lo hacemos desde lo que la escritura y la tradición nos revelan sin poder olvidar que lo hacemos desde el momento presente que estamos viviendo, es decir, con todo aquello que se hace realidad en el ahora de la contemplación, profundizamos desde lo concreto del momento de nuestra historia: el crucificado puede hablar en nuestras alegrías y tristezas, en nuestros enfados y miedos, descubriéndonos más la profundidad de su entrega por nosotros y por nuestra salvación. El texto del segundo Isaías nos hará descubrir mejor el misterio que estos días ha sido manifestado ante nosotros y estamos contemplando.

1. Pide al Señor que te conceda poder valorar el precio de la redención, que esta salvación se pueda hacer contemporánea para ti a través de la oración porque lo que un día sucedió en la cruz hoy se sigue actualizando por ti.
2. El texto de Isaías comienza con un imperativo: *mirad*. Es una manera de empezar a contemplar poniendo los ojos en Cristo crucificado, en su persona, en sus dolores y en su propia muerte. Tú no eres el centro sino Jesucristo y tienes que dejar que esa imagen que tienes ante ti pueda expresar todo lo que encierra: no es algo pasado sino presente, y a la vez, en aquel pasado tú también estabas allí, en su corazón y en su mente.
3. Sigue leyendo el texto de Isaías sin dejar de levantar la mirada al crucificado para que puedas ver lo anunciado siglos antes y lo realizado en el Señor. Cuando alguna frase te ayude a mirar mejor o descubrir lo que sucede, quédate en ella y sigue mirando a Cristo porque él es quien tiene que decir, con palabras o a través del silencio.
4. Reserva un tiempo de la oración para dialogar con el Señor en la cruz, con el siervo sufriente que está entregando la vida por la tuya. Esto hay que hacerlo más con el corazón que con la cabeza, más con el afecto que con sesudas reflexiones sobre lo que pasa. Ante él no puedes permanecer indiferente porque él no lo permaneció por ti. Haz lo mismo con el Padre que te entrega a su Hijo y con María que permanece al pie de la cruz ayudándote a guardarlo todo en el corazón. Eso es contemplar.

LA SEPULTURA DE JESÚS: EL DESCENSO A LOS INFIERNOS

Evangelio según San Lucas 23,50-56

Un hombre llamado José, que era miembro del Consejo, hombre bueno y honrado (que no había votado a favor de la decisión y del crimen de ellos), que era natural de Arimatea y que aguardaba el Reino de Dios, acudió a Pilato a pedirle el cuerpo de Jesús. Y, bajándolo, lo envolvió en una sábana y lo colocó en un sepulcro excavado en la roca, donde no habían puesto a nadie todavía. Era el día de la Preparación y rayaba el sábado. Las mujeres que lo habían acompañado desde Galilea fueron detrás a examinar el sepulcro y cómo colocaban su cuerpo. A la vuelta prepararon aromas y ungüentos. Y el sábado guardaron reposo, conforme al mandamiento.

Los ajusticiados por los romanos pasaban a ser propiedad del imperio, por lo cual, era potestad del gobernador otorgar el cuerpo del difunto que había sufrido la pena de muerte. En este caso, José de Arimatea, que era miembro del Consejo del Sanedrín, solicitó que le fuera concedido el cuerpo de Jesús para depositarlo en el sepulcro. Parece que era uno nuevo excavado en la roca.

Las mejores sepulturas judías se encontraban excavadas en una roca y tenían una primera parte de entrada y otro espacio interior en el que había una piedra sobre la que se depositaba el cuerpo envuelto longitudinalmente en una sábana y la cabeza en un sudario. Había costumbre de embalsamar el cuerpo con aromas y mirra, tal y como describe el evangelio. Era una tarea que realizaban las mujeres. Como el día de Pascua estaba ya muy cerca y era el día de la Preparación, dice Lucas, que *brillaba* el sábado, pudiendo significar que era ya de madrugada, o más probablemente todavía, que era el momento en que se encendían las lámparas al comienzo del sábado cuando ya caía la noche. Como comenzaba la celebración y era día de descanso no pudieron llevar a cabo el embalsamamiento del cadáver, lo cual tendrían que hacerlo el primer día de la semana, para nosotros, el domingo.

Jesús permanecerá en el sepulcro desde el día anterior al sábado de Pascua al primer día de la Semana. **Su cuerpo está muerto, pero, ¿cuál es el misterio que la Iglesia proclama para el día del sábado santo?, ¿qué es lo que realmente ha sucedido con Jesucristo cuyo cuerpo ha sido colocado en el sepulcro? El hombre ha muerto y, ¿Dios puede morir?, ¿qué les sucede a los muertos?**

El Credo confiesa que Cristo descendió a los infiernos, forma parte de nuestra fe, de la fe de la Iglesia, y por ello es algo que tampoco podemos ignorar en nuestro itinerario espiritual. No se puede pasar de largo este tiempo aguardando la celebración de la resurrección del Señor. Podemos caer en la tentación de no entrar en toda la hondura que se concentra en este periodo, en teología denominado *hiato*, que comienza el mismo día de la muerte de Cristo, el Viernes Santo, y que

nos deja ante su tumba sellada durante todo el sábado hasta la madrugada del domingo de resurrección. La segunda lectura del oficio del Sábado Santo nos introduce en este gran misterio de nuestra fe:

“¿Qué es lo que hoy sucede? Un gran silencio envuelve la tierra; un gran silencio y una gran soledad. Un gran silencio, porque el Rey duerme. La tierra está temerosa y sobrecogida, porque Dios se ha dormido en la carne y ha despertado a los que dormían desde antiguo. Dios ha muerto en la carne y ha puesto en conmoción al abismo.”

Uno de los grandes teólogos del siglo XX, **Hans Urs von Balthasar**, ha reflexionado en sus escritos sobre los tres días de Pascua acerca de este momento, y puede ayudarnos a situarnos en lo que sucede en este período de tiempo:

“Sin el Hijo nadie puede ver al Padre (Jn 1,18), nadie puede llegar al Padre (Jn 14,6), a nadie puede revelársele el Padre (Mt 11,27). Si esto es así, una vez que el Hijo, Palabra del Padre, está muerto, nadie puede ver ni oír ni llegar al Padre. **Y ese día en que el Hijo murió y Dios se hizo inasequible existe.** Es más, como la tradición nos ha dicho, Dios se hizo hombre en orden a ese día, Se puede decir que vino para llevar nuestros pecados en la cruz, para romper nuestra factura, para triunfar sobre dominaciones y potestades (Col 2,14s). Pero ese «triunfo» se produce cuando Cristo grita al verse abandonado por Dios en las tinieblas (Mc 15,33-37), cuando «bebe el cáliz», cuando «pasa por el bautismo» (Mc 10,38), que le sumerge en la muerte y en el infierno. Entonces el silencio se cierra, como se cierra la tumba sellada. **Al final de la pasión, cuando la Palabra de Dios está muerta, la Iglesia no tiene ya palabras.** Mientras muere la semilla de mostaza, no hay nada que cosechar... Entre la muerte de un hombre, muerte que, por definición, es final sin regreso, y eso que llamamos resurrección no existe conmensurabilidad. Hay que comenzar valorando esto seriamente: lo mismo que un hombre que muere y es enterrado queda mudo y no dice ni comunica nada, así **cuando muere el hombre Jesús, que era la palabra, la manifestación y la comunicación de Dios, cesa lo que en su vida era revelación de Dios...** Bajo el velo de un ilimitado cansancio de muerte no bulle ya nada que pueda parecerse a una fe viva y esperanzadora.”¹¹⁷

Sin duda son palabras de un gran contenido que nos ayudan a poder adentrarnos en uno de los misterios más hondos que puede reflexionar la teología y que es parte fundamental del kerigma cristiano: Cristo muerto por nuestros pecados. En Cristo, Dios se ha hecho solidario con el hombre llegando a experimentar **lo que para Dios mismo es inalcanzable: la misma muerte.** Si la Palabra no asume la humanidad esta no es salvada, pero la encarnación no sería total si Dios no entra en la oscuridad y el silencio de la misma muerte. Sin duda, así contemplado, la muerte de Cristo y su sepultura dan la posibilidad de adentrarnos un paso más en ese siempre insondable *los amó hasta el extremo* que nos anunciaba el evangelio de Juan y nos viene acompañando durante toda la

¹¹⁷ HANS URS VON BALTHASAR, *El Misterio Pascual*, MSIII, Cristiandad, Madrid, 2ª Ed., pg. 686.

contemplación de los misterios de la vida de Cristo.

Si durante los días anteriores el centro de la contemplación ha sido la cruz de Cristo y Cristo en la cruz, hoy lo es Cristo muerto en el silencio de la tumba. Es el silencio del Hijo. Pero también es el silencio del Padre. La voz del Padre solo la escuchamos dos veces en toda la vida de Jesús, en el Bautismo y en la Transfiguración, en ambas ocasiones para revelar que Cristo es el Hijo Amado. No era necesario más que eso porque todo lo decía su Palabra. Tal y como afirma **san Juan de la Cruz**:

“Porque en darnos, como nos dio, a su Hijo –que es una Palabra suya, que no tiene otra–, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra, y no tiene más que hablar [...] Dios ha quedado ya como mudo, y no tiene más que hablar, porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado en él todo, dándonos el todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiere preguntar a Dios o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necesidad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra cosa o novedad. Porque le podría responder Dios de esta manera: **«Si te tengo ya hablado todas las cosas en mi Palabra, que es mi Hijo, y no tengo otra cosa que te pueda revelar o responder que sea más que eso, pon los ojos sólo en él; porque en él te lo tengo puesto todo y dicho y revelado, y hallarás en él aún más de lo que pides y deseas.»**” ¹¹⁸

Pero **ahora es el momento de la muerte**. En la muerte de Cristo **ni se oye voz alguna del Padre ni podemos escuchar ya su Palabra**. La Palabra ha callado y el Padre no puede decir nada. Es el silencio de Dios que **sólo en nuestro silencio** podemos comprender; en él hay que aprender a escuchar de una manera diferente a la que estamos acostumbrados. Se contempla donde ya no hay palabras. Es el silencio de la adoración, del reconocimiento que va más allá de toda expresión. Es silencio que lleva a la **admiración y al sobrecogimiento porque Dios ha cesado de hablar al ser silenciada su Palabra por los hombres con la fuerza del pecado**. Sólo el silencio puede escuchar donde no puede decir nada más. Esta es la expresión máxima de la fe: en el silencio más absoluto se puede percibir el misterio de Dios de la manera más pura y elocuente.

Pero Dios ha entrado en la misma muerte, ha conocido sus consecuencias, de manera que podemos decir que ya nada nuestro le es ajeno a Dios porque lo ha experimentado con nuestra propia carne. Él ha descendido hasta el lugar del cual el hombre nunca podría salir por sí mismo.

De esta manera **el silencio de la muerte no lleva al vacío sino también a la alabanza** que brota de labios de la Iglesia en este día ante este misterio admirable que reconoce el amor más grande de Dios, que se ha hecho solidario con el hombre hasta el aniquilamiento total que supone la muerte y el dolor desgarrador que se produce, sobre todo, cuando es fruto de la violencia contra el inocente, expresión máxima del pecado. Por ello, también del silencio contemplativo que lleva al reconocimiento y la alabanza, **brota la súplica, el grito más hondo de la humanidad**, que, con palabras del cántico de Isaías, la Iglesia reza en los laudes del Sábado Santo ante la tumba de Cristo: *Señor que me oprimen, sal fiador por mí*.

¹¹⁸ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida al monte Carmelo* Libro 2, cap. 22, 3-4

Podríamos decir a Cristo en estos momentos que contemplamos su descenso a la muerte: **«sal del sepulcro para que podamos escucharte, Palabra del Padre;** para que podamos comprender que el dolor, el sufrimiento del mundo y la misma muerte no son las palabras definitivas en nuestra historia».

Donde la Palabra del Padre ha callado, nosotros nos ponemos al lado de aquella que nos dejó su Hijo por Madre al pie de la cruz. De ella podemos escuchar con el libro de las lamentaciones que nos grita: “vosotros que pasáis por el camino, mirad, fijaos bien si hay dolor parecido al dolor que me atormenta” (Lam 1, 12). Pero también, al mismo tiempo que la acompañamos y consolamos, nos sentimos consolados por ella al escuchar de sus labios en este día las palabras de este mismo libro que cobran en ella un mayor sentido: “que el amor del Señor no ha acabado, que no se ha agotado su ternura, cada mañana se renuevan. ¡Grande es tu fidelidad! Mi porción es el Señor, me digo, por eso en él esperaré. Bueno es el Señor para quien lo espera, para todo aquel que lo busca. Es bueno esperar en silencio la salvación del Señor” (Lam 3, 22-26).

Después de la muerte de Cristo parecía que todo se había perdido. Los discípulos eran un pequeño grupo de hombres acobardados que habían huido con todas sus esperanzas rotas. **La Virgen María conservó la fe y se mantuvo aguardando.** Quien permaneció fiel al pie de la cruz hasta el último momento y escucho de labios de su Hijo: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”, no puede desesperar ante el sepulcro y dejar a sus “nuevos hijos”. Sólo quien ha llevado al Hijo de Dios en su seno sabe que puede seguir esperando. Ella nos muestra que las lágrimas del dolor no son incompatibles con la fe y la esperanza. Por esto, todos los sábados del año, la Iglesia conmemora a la Virgen María con una liturgia propia, tanto para la Eucaristía como la Liturgia de las Horas. **La Virgen María, que permanece junto al sepulcro de su Hijo, tal como la representa la tradición eclesial, es imagen de la Iglesia Virgen que vela junto a la tumba de su Esposo** en espera de celebrar su Resurrección. ¡Cuánto tenemos que aprender a creer y a esperar como ella! Especialmente en momentos en los que la inseguridad, el miedo y tantas dudas nacen en el corazón de los cristianos en un mundo en el que son tan abundantes los signos de la muerte.

En sus entrañas, años atrás, fue concebida la Palabra de Dios; en ella Dios se hizo hombre, la Palabra tomó la carne de ella. Estuvo escondida en su seno durante nueve meses para poder ver la luz por vez primera; ahora es el seno de la tierra donde queda escondida la humanidad muerta de Cristo para que, al clarear el primer día de la semana, sea su humanidad glorificada la que muestre la luz de la divinidad. La vida nueva, por la acción del Espíritu Santo y el seno de María hicieron posible que Dios quedara presente y a la vez oculto en la naturaleza humana. Ahora, **la muerte y la tierra del sepulcro han sido el lugar en donde el Espíritu de Dios ha revestido de gloria y eternidad la carne de Cristo.** Con María, sostenidos en la fe y la esperanza aguardamos. **Cuando el Hijo no está queda la Madre; cuando el Esposo ha muerto queda la Esposa:** la Iglesia, que junto con la Madre, en sus palabras, espera y aguarda. La Iglesia, que en María, la Virgen de la Esperanza, encuentra su misma identidad, espera el triunfo para toda la humanidad muerta por el pecado y necesitada de una vida nueva.

Esta es la primera mirada que podemos dirigir a este tiempo del *hiato*, pero podemos ir todavía más allá. **Cristo ha entrado en el lugar de los muertos,** pero la

vida ha entrado en la muerte, la luz del Padre y la Palabra del Padre han desaparecido de la tierra de los vivos, pero es este mismo Misterio el que ha entrado en la muerte. Así lo ha visto siempre la tradición de la Iglesia; a ella nos podemos referir en las palabras del autor anónimo que la Iglesia medita en el Oficio de Lecturas del Sábado Santo, al que antes nos habíamos ya referido:

“Va a buscar a nuestro primer padre como si éste fuera la oveja perdida. Quiere visitar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte. Él, que es al mismo tiempo Dios e Hijo de Dios, va a librar de sus prisiones y de sus dolores a Adán y a Eva.

El Señor, teniendo en sus manos las armas vencedoras de la cruz, se acerca a ellos. Al verlo, nuestro primer padre Adán, asombrado por tan gran acontecimiento, exclama y dice a todos: «Mi Señor esté con todos.» y Cristo, respondiendo, dice a Adán: « y con tu espíritu. » y, tomándolo por la mano, lo levanta, diciéndole: «Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos, y Cristo será tu luz.

Yo soy tu Dios, que por ti y por todos los que han de nacer de ti me he hecho tu hijo; y ahora te digo que tengo el poder de anunciar a los que están encadenados: "Salid", y a los que se encuentran en las tinieblas: "iluminaos", y a los que duermen: "levantaos."

A ti te mando: Despierta, tú que duermes, pues no te creé para que permanezcas cautivo en el abismo; levántate de entre los muertos, pues yo soy la vida de los muertos. Levántate, obra de mis manos; levántate, imagen mía, creado a mi semejanza. Levántate, salgamos de aquí, porque tú en mí, y yo en ti, formamos una sola e indivisible persona.

Por ti, yo, tu Dios, me he hecho tu hijo; por ti, yo, tu Señor, he revestido tu condición servil; por ti, yo, que estoy sobre los cielos, he venido a la tierra y he bajado al abismo; por ti, me he hecho hombre, semejante a un inválido que tiene su cama entre los muertos; por ti, que fuiste expulsado del huerto, he sido entregado a los judíos en el huerto, y en el huerto he sido crucificado.

Contempla los salivazos de mi cara, que he soportado para devolverte tu primer aliento de vida; contempla los golpes de mis mejillas, que he soportado para reformar, de acuerdo con mi imagen, tu imagen deformada; contempla los azotes en mis espaldas, que he aceptado para aliviarte del peso de los pecados, que habían sido cargados sobre tu espalda; contempla los clavos que me han sujetado fuertemente al madero, pues los he aceptado por ti, que maliciosamente extendiste una mano al árbol prohibido.

Dormí en la cruz, y la lanza atravesó mi costado, por ti, que en el paraíso dormiste, y de tu costado diste origen a Eva. Mi costado ha curado el dolor del tuyo. Mi sueño te saca del sueño del abismo. Mi lanza eliminó aquella espada que te amenazaba en el paraíso.

Levántate, salgamos de aquí. El enemigo te sacó del paraíso; yo te coloco no ya en el paraíso, sino en el trono celeste. Te prohibí que comieras del árbol de la vida, que no era sino imagen del verdadero árbol; yo soy el verdadero árbol, yo, que soy la vida y que estoy unido a ti. Coloqué un querubín que fielmente te vigilara; ahora te concedo que el querubín, reconociendo tu dignidad, te sirva.

El trono de los querubines está a punto, los portadores atentos y preparados, el tálamo construido, los alimentos prestos; se han embellecido los eternos tabernáculos y moradas, han sido abiertos los tesoros de todos los bienes, y el reino de los cielos está preparado desde toda la eternidad.» “

PARA REZAR MEJOR

En este día podemos contemplar hasta donde llega el camino del descendimiento de Cristo y lo que supone el hecho mismo de la muerte del Señor, del Hijo de Dios. Podemos decir que la humanidad de Cristo ha hecho posible lo que para Dios no era imposible: morir. Es el grado mayor en el que se nos revela el misterio de la encarnación, porque vemos que al asumir todo lo nuestro ha sido conducido a nuestro mismo destino, pero en virtud de su ser Hijo de Dios, ha hecho que brille una nueva realidad donde sólo reinaba la muerte. Hoy estamos llamados a sumergirnos en la experiencia de los apóstoles, en la de María y la del mismo Cristo. Podemos entrar en el silencio de Dios, en el descenso al lugar de los muertos. Es el fracaso que se convierte en victoria porque en el infierno ha entrado el Hijo de Dios; necesitaba nuestra carne para poder llegar allí y ahora la salvación se anuncia no sólo en la tierra de los vivos sino en la de los muertos donde estaban atrapados los hombres para que les fuera anunciada su futura resurrección.

1. Pide a Dios Padre que te conceda descubrir la hondura y la profundidad de este gran misterio: el cuerpo de Cristo en el sepulcro, su alma humana y la persona del Verbo entrando en los infiernos. Sigue pidiendo profundizar en este misterio de descenso inmenso que ha realizado el Hijo sumergiéndose en el destino que atrapa al hombre y del que no puede salir por sí mismo.
2. Ponte ante la tumba de Cristo, acompaña a María, a las mujeres y a los apóstoles. Mira como corren la losa del sepulcro y allí permanece el cuerpo del Señor quedando en silencio la Palabra de Dios.
3. Entra en el silencio de Dios con toda su elocuencia: la Palabra no puede hablar porque ha querido descender al lugar del que los muertos no pueden salir. Quédate en silencio y descubre que todas las veces en las que parece que Dios calla no son sino reflejo de lo que hoy contemplas.
4. Con la homilía del sábado santo puedes ir contemplando lo que sucede en el lugar de los muertos, descubriendo lo que a ti desde allí te anuncia el Señor. Él ha entrado en tu propia muerte para que se te anuncie la vida.
5. Es un día para guardar silencio, contemplar y entrar en diálogo con la Virgen María, escuchándola a ella que sostiene tu esperanza. ¿Cómo percibiría ella la muerte y la ausencia de su hijo? Con todo el dolor de la madre del Hijo de Dios, pero con la esperanza y la fe que nos decía el libro de las Lamentaciones.

IV PARTE: LOS MISTERIOS DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

LOS MISTERIOS DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR: INTRODUCCIÓN

En los misterios de la resurrección del Señor nos encontramos con tres elementos fundamentales de cara a la contemplación que ha recogido siempre la tradición espiritual de la Iglesia, de una forma muy especial, san Ignacio de Loyola en la cuarta semana de los ejercicios espirituales:

1. La alegría y el gozo que contagia la gloria y el gozo del Señor Resucitado.
2. El surgimiento de la divinidad que parecía escondida en la pasión.
3. El consuelo que produce el Señor Resucitado y el oficio que tiene de consolar.

Se trata de llegar a percibir al Resucitado, vivo y presente, para verlo y oírlo en el aquí y ahora y contemplar la fuerza de su divinidad. Es una experiencia de adoración, de veneración del Hijo de Dios al experimentar el triunfo del amor de quien fue crucificado, la alegría y el gozo que se ha purificado del amor propio porque sólo se busca la gloria de Dios que se encuentra en Cristo Resucitado.

El encuentro con el Resucitado produce la conversión a la verdadera alegría que nace de contemplar la fidelidad del Padre y de la presencia viva y gloriosa del Señor. Si en la pasión contemplábamos el amor entregado y anonadado, ahora se manifiesta el amor glorificado; son las dos caras de la misma moneda que es el amor de Dios. **Es el amor incondicional de Dios al que nos tenemos que convertir para experimentar la verdadera alegría** que no proviene de nuestras acciones sino de la fidelidad de Dios.

El centro de todo lo ocupa la fidelidad de Dios, más allá de todas nuestras propuestas, ideas o proyectos; con ella será con la que nos encontramos en la presencia del Resucitado. Nos permite encontrar la alegría en el Señor a través de sus acciones, de manera especial en su poder de consolar y hacerse presente más allá de nuestros propios pecados, infidelidades y signos de muerte. No hay verdadera alegría cuando esta brota de alguna acción nuestra de la que somos propietarios, por ello, hay que pasar de buscar la alegría en nosotros a encontrarla solo en Dios.

Cuanto más delicado y profundo es el amor, cuanto más purificado está, mayor capacidad tiene de alegrarse con el triunfo; esto es algo más grande que la mera compasión ante el dolor que brota espontáneamente. Se trata la alegría por el triunfo de Cristo, pero también la alegría que produce el consuelo que trae el Señor en cada una de las apariciones a aquellos con quienes se encuentra. Sí, es el triunfo de Cristo que manifiesta su gloria su consuelo a aquellos a los que decide presentarse y les transforma haciendo brotar en ellos la verdadera alegría.

El Resucitado toma contacto con las situaciones reales de las personas a las que se manifiesta con poder y gloria, personas que muestran situaciones vitales que guardan estrecha relación con la diversidad de momentos en los que nosotros mismo podemos encontrarnos, es decir, la resurrección penetra en el hueco que le deja nuestro propio momento personal: huida, pecado, encerramiento, dolor y lágrimas, desesperanza, falta de fe, pérdida de ilusión, fracaso y vacío. Son todas situaciones reales en los apóstoles, las mujeres y también, situaciones reales en nosotros mismos.

Pero si todo es gracia, mucho más lo es el encuentro con el Señor Resucitado, y, por ello, los efectos que de dicho encuentro se derivan. Al Señor, vencedor de la muerte, no se le encuentra, es él quien nos encuentra y se hace presente en nuestras vidas con su multiplicidad de situaciones de la misma forma que lo hizo con los testigos de la resurrección. Es él quien sale al encuentro siempre de forma sorprendente e inesperada. Por ello es una gracia que hay que pedir para que se haga presente en nuestras vidas, especialmente donde más experimentamos el pecado, el dolor humano, la desesperanza, el fracaso y la muerte.

La alegría en el Señor y la falsa alegría

La alegría es como una brújula en el camino del seguimiento de Cristo que nos dice si el rumbo es el adecuado en el cumplimiento de la voluntad de Dios. Es como el estado en el que se encuentra quien vive la comunión con Dios.

Conviene distinguir bien qué es la alegría a la que nos queremos referir: **la diferencia entre la alegría en Cristo y otras alegrías**. Al mismo tiempo, **compararlo con lo contrario: la tristeza**. Vamos a comenzar por esto último. Salvo en el caso de algún tipo de enfermedad psíquica, manifiesta una paralización o regresión en la fidelidad al Señor; a través de ella queda al descubierto el amor propio, el pecado o la muerte; nace en muchas ocasiones del resentimiento de no haber podido o sabido encontrar el amor escondido determinados acontecimientos de la vida, que tienen que ver, en muchas ocasiones, con la experiencia de la cruz en sus diferentes manifestaciones.

La alegría es una manifestación de estar avanzando correctamente en el camino de fidelidad al Señor y nace del encuentro con él, independientemente de las circunstancias en las que la persona se pueda encontrar inmersa. Siempre supone un empuje y una confirmación en las decisiones que se toman. Es un estado de ánimo y consuelo, de sosiego y de paz interior que ayudan a seguir en medio de las distintas dificultades que se encuentren.

El P. Santiago Arzubialde, en la obra ya citadas sobre los ejercicios espirituales de san Ignacio, afirma que las alegrías que el hombre puede vivir son muy diferentes, dependiendo de la causa que las provoca. No todas tienen en su base el bien, todo lo contrario, hay algunas que proceden de experiencias de pecado y del mal, otras que están mezcladas con el bien y las que son del todo limpias sin ningún tipo de mezcla de mal. Las situaciones que inducen este estado son muy diversas y, por ello, pueden provocar distintas gamas en la profundidad y duración de esta alegría (Cf. pgs. 698-670).

1. Unas afectan a lo más profundo e interior de la persona satisfaciendo sus mayores deseos de felicidad y tienen que ver con la posesión de la verdad, el saberse querido y valorado, la dicha de la realización personal, etc.
2. Hay alegrías que se experimentan en convivencia con el mal: la alegría del que se venga de una persona, de quien experimenta un placer pecaminoso o se da algún tipo de satisfacción, no son la verdadera alegría, siempre termina desapareciendo y dejando a la persona en oscuridad.
3. Otras, afirma él, tienen un *sabor agri dulce* porque no proporcionan una alegría completa, que afecte a la totalidad de la persona, hay algún aspecto de la existencia que no queda satisfecho. También se pueden ver afectadas

por el temor a la pérdida, a que no dure para siempre, como por ejemplo la experiencia del amor, que por muy profundo que sea se ve amenazado por la infidelidad o la muerte del ser amado.

4. Las que provienen de motivos puramente humanos se pueden dar con sentimientos de tristeza o de lejanía de Dios como experiencia de desolación espiritual. También las puede vivir una persona que se encuentre en una situación psíquica o moral de gran deterioro: la victoria de un equipo deportivo, un premio en algún tipo de apuesta, etc. Puede haber razones para la alegría, pero no todas vienen del Espíritu de Dios.

La verdadera alegría, la que proviene de Dios, afecta a lo más hondo de la persona, a sus deseos de felicidad más profundos que sólo se pueden ver satisfechos con su presencia.

Podemos decir por tanto, que se puede estar alegre humanamente porque las cosas nos salen bien, porque nos sentimos satisfechos, útiles, queridos, valorados, por tantas y tantas cosas; a veces perdemos la alegría porque nos falta alguna de ellas; pero, la verdadera alegría, la que viene de Dios está más allá de todo ello. **Dios puede afectar a la persona independientemente de las circunstancias.** Más aún, podríamos decir que, incluso en circunstancias en las que todo invita a la tristeza y el desconsuelo, se puede percibir la alegría serena que procede del Señor: «también vosotros estáis tristes ahora, pero volveré a vosotros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar» (Jn 16, 22). De esta alegría hablamos, la que nadie nos puede quitar. Igual que María, que también escogió la mejor parte y nadie se la podrá quitar, tal y como dice Jesús a su hermana Marta, inquieta por tantas cosas.

En el libro de las Confesiones, san Agustín se pregunta acerca de la felicidad que él ha conocido y todos los hombres buscan. Dice lo siguiente:

“¿Dónde y cuándo he tenido yo experiencia de la felicidad, para poder recordarla, amarla y desearla? Porque no soy yo solo o unos pocos en exclusiva los que deseamos ser felices, sino absolutamente todos... Porque hay una clase de gozo que no se da a los pecadores, sino a aquellos que te sirven sin pedir nada a cambio. **Tú mismo eres su gozo.** La felicidad consiste en el gozo que ti y que se motiva en ti. Esta es la felicidad, ni más ni menos. Y todos los que piensan que la felicidad es otra, es claro que el tipo de gozo que andan buscando es otro, no el gozo auténtico. De todos modos, su voluntad no se aparta de una cierta imagen de gozo.”¹¹⁹

Se trata de la alegría que está motivada en Dios mismo y en su experiencia, que proviene de él y que conduce también a él. Tiene un elemento de gratuidad porque nace directamente de Dios sin necesidad de que se le pida nada; brota realmente de la comunión con él y de su presencia cuando se ha descubierto la Verdad:

“La felicidad es el gozo de la verdad, es decir, el gozo de ti, que eres la Verdad, Oh Dios, mi luz y la salvación de mi rotos, Dios míos. Esta felicidad todos la desean, todos desean esta vida que es la única feliz, todos desean

¹¹⁹ SAN AGUSTÍN, *Las Confesiones*, Libro X, 22, 31. 22, 32.

este gozo de la Verdad.”¹²⁰

Podemos mirar a todas las cosas que nos hacen perder la alegría, y a veces, la ilusión; circunstancias que no sabemos encajar a primera vista, que nos producen desconcierto. Siempre han pasado, pasan y siempre pasarán. No hay que alarmarse, no hay que perder la paz. Todo ello nos hace descubrir en dónde estaban puestas nuestras seguridades, certezas y dónde descansaba de verdad nuestro corazón. Son una oportunidad de purificación, de descubrir nuevamente el centro, la raíz y quicio de nuestra vida, el sentido de la propia vocación. Nos permitirá abrir el camino para encontrar el verdadero gozo: la alegría en el Señor.

Encontrarse con el Resucitado en toda circunstancia

Los apóstoles después de la muerte de Jesús tenían muchas razones para estar tristes, decepcionados y doloridos: por la pérdida, por la traición, porque se habían derrumbado sus esperanzas. Nada invitaba a la alegría; basta recordar las palabras de los de Emaús en Lc 24; la situación de los once, encerrados por miedo a los judíos (Jn 20, 19-28). Solo la presencia del Señor, más allá de todo, hace que surja de nuevo la alegría y que se puedan convertir en verdaderos apóstoles. Podemos decir que la verdadera alegría solo se recupera con la presencia del Señor, no proviene de circunstancias favorables o de expectativas humanas cumplidas. Esto es poco para que se pueda lograr la verdadera alegría. **No se recupera la alegría si no es dejando que el Señor ocupe el centro de nuestra vida.** Por ello, la verdadera tristeza es la ausencia de Dios y nada puede transformar esta pena; se puede anestesiar a través de distintos tipos de drogas y compensaciones, pero nunca ser curada.

Quien recupera la presencia de Cristo como totalidad y sentido de la vida, centro de sus afectos y fin de todo su quehacer puede verificar que la alegría nace de nuevo y renueva su existencia. Entonces es menos complicado ser apóstol, se pierde el miedo al mundo, y, como aquellos hombres después de Pentecostés, que estaban alegres al sufrir por causa de Cristo, podemos afrontar la tarea en lo que resulta poco atrayente o, incluso rechazable.

Recuperar la presencia de Cristo es recuperar la mirada sobre las cosas y las personas descubriendo su acción que muchas veces permanece oculta para quien no sabe mirar o, dicho de otra forma, sólo mirando al Señor tenemos el enfoque adecuado para descubrir cómo actúa en medio de todo. Cuando no se ve más que negatividad, exceptuando lo que se refiera al pecado en sí mismo, tenemos la mirada desenfocada.

Todo esto quiere decir que **no existe verdadera alegría si no nos encontramos con el Señor Resucitado** que es capaz de entrar hasta los estratos más profundos de nuestra existencia y transformar a la persona, haciendo que sea sanado todo aquello que produce la tristeza como fruto de la infidelidad al Señor o del amor propio herido. Todos aquellos con los que se encuentra Cristo Resucitado se encuentran tristes por varias razones: desde la experiencia de la negación del Señor y del pecado, a la pérdida sufrida que no había sido integrada. Se había roto la comunión con Jesucristo y se había difuminado la imagen que tenían de él; al mismo tiempo, la imagen de sí mismos, sus esperanzas y expectativas rotas que

¹²⁰ SAN AGUSTÍN, *LAS CONFESIONES*, LOBRO X, 23, 33.

habían llevado al abandono. Cuando él se hace presente, entonces todo se transforma porque encuentran que de nuevo son buscados, amados, elegidos, perdonados y enviados. **Cristo sana sus corazones heridos, perdona sus infidelidades, reúne a los que se han dispersado, abre las puertas a los que están encerrados.** Ahora se encuentran que el amor entregado que no entendieron tenía un sentido y se ha transformado en amor glorificado.

En Cristo se encuentran razones para la alegría en un mundo que se encuentra necesitado de él; se descubre la finalidad de la propia vocación: que todos puedan alegrarse en el Señor. La alegría en el Señor es el fundamento de la ilusión en la tarea. No lo confundamos con las circunstancias favorables. Si esto es lo que buscamos, y la ausencia de las mismas se convierten en excusas o justificaciones, no estamos viviendo el verdadero gozo que se contagia a los demás; si nos falta la verdadera alegría es que algo hemos perdido: a Cristo como centro.

Contemplar al Señor Resucitado es encontrarnos con el verdadero Jesucristo que, aunque sigue siendo el crucificado, ya ha vencido al pecado y la muerte y se puede presentar en nuestras circunstancias vitales de manera semejante a como lo hizo con los primeros testigos de la resurrección. A través de la contemplación irrumpe el Señor en nuestra vida, se hace vivo y real en cada una de las situaciones personales o de la historia y les da un sentido. Quien se encuentra con el Resucitado percibe que algo ha cambiado aunque todo permanezca de la misma manera, porque la experiencia del encuentro con él abre al horizonte de una mirada nueva sobre la propia realidad y la ajena, al percibirse a sí mismo y a los demás desde los ojos del amor glorificado de Cristo que todo lo hacen nuevo. Este amor lo ha vencido todo, especialmente aquello que tenía atrapado al hombre para siempre: el pecado y la muerte. En él, todo puede ser diferente, ya que cargó con el pecado, descendió hasta la misma muerte y la venció con las armas de la cruz; de esta manera, quien se encuentra con Cristo, puede hacer esta experiencia de victoria que él comunica directamente: sus pecados son perdonados, es arrancado del reino de la muerte y puede vivir la verdadera libertad de los hijos de Dios. Este es el poder de Dios que no tiene nada que ver con lo que nosotros consideramos poder con los criterios del mundo. Su victoria es la del amor y la entrega que vencen la muerte y el pecado.

Pero hay que dejarse encontrar y sorprender. No es suficiente que nos sepamos la experiencia porque la hemos oído muchas veces, porque lo hemos leído o hablamos de ello. Quien no se encuentra con él, no sólo una vez, sino en los distintos acontecimientos, corre el peligro de pensar que conoce una montaña porque ha leído mucho sobre ella, la ha visto en una fotografía, pero nunca ha hecho la experiencia de subir a ella y contemplar el mundo desde su cima. Es lo que sucede a los testigos de la resurrección: algo salta dentro de ellos cuando escuchan oír hablar a otros testigos, pero esto no es nada si el mismo Señor no les sale al camino y les encuentra. Muchos oyeron hablar de la resurrección, pero sólo quien se encontró con el Resucitado, puede comprender lo que significa esa experiencia y como puede transformar la existencia.

Convertirse a la resurrección del Señor

Hay una nueva experiencia de conversión que nace del encuentro con Jesús vencedor de la muerte que es distinta a la que supone la contemplación de la muerte en la cruz y que da verdadero sentido a esta. No es lo mismo descubrir el amor del que da la vida por ti y hace pensar la propia vida de una manera diferente que encontrar que ese amor ha vencido y se muestra lleno de gloria y de victoria. Quien encuentra este amor, su vida se convierte a una incondicionalidad diferente, hace suya la experiencia de la fidelidad que no abandona nunca y que vence toda circunstancia. Se trata de la conversión a la fidelidad de Dios como un aprendizaje en la vida que lleva a estar cimentado en ella: es lo único que se tiene, lo único que nos sostiene y lo único a lo que podemos agarrarnos en toda circunstancia. **Es pasar de vivir la vida desde nuestros proyectos o ideas de santidad a hacerlo desde el Señor que es fiel y su fidelidad es la verdadera victoria.** Es una conversión que simplifica mucho la vida y hace que se vaya superando la frustración porque se experimenta que la vida no cambia como se quisiera, tanto la personal como la de los demás, que hay sufrimientos que siguen presentes porque son heridas que no terminan de cerrar, experiencias pastorales que no acaban de cuajar adecuadamente y tantas otras cosas. Lo más importante no somos nosotros, ni las circunstancias que nos envuelven, ni nuestros logros o fracasos, sino que el Señor está presente y es fiel porque eso nada ni nadie lo puede cambiar.

Esta experiencia lleva a la convicción más profunda de que el triunfo de Cristo ya se ha dado y no tiene vuelta atrás aunque nuestra vida o la historia de los hombres sí la tenga en muchas ocasiones, pero él permanece, ya ha vencido y esa es nuestra victoria. Convertirse es hacerlo a la victoria del Señor más que a nuestras propias victorias; vivir de esa experiencia como lo más cierto que ayuda a seguir viviendo en medio de todo lo que se ve amenazado por la pérdida, el pecado y la muerte.

No es posible sin la fe, porque muchas circunstancias hacen vivir que no hay victoria sino derrota, consuelo sino desconsuelo, alegría sino tristeza. Cuando el Resucitado irrumpe en esas circunstancias todo se transforma y hace posible que se pueda dar la vida por Cristo hasta el extremo confiado en su propia victoria. **Vivir de la fe en la resurrección y del encuentro con el Señor Resucitado es afianzar la vida sobre la verdadera roca:** aunque vengan vientos, tempestades y todo tipo de inclemencias se puede seguir adelante porque la amenaza de derrota ha sido vencida ya en aquel que ha triunfando sobre el pecado y la muerte. Porque esto es así, se acepta el martirio, se vive alegre en medio de insultos o de privaciones y se llega a todo aquello que hace posible el amor de Cristo que ha triunfado ya sobre todo. Nada se puede perder, aunque se pierda la vida: Jesucristo ha sido glorificado ya y él es nuestro triunfo.

LA APARICIÓN A LA VIRGEN MARÍA

La aparición a la Virgen María no es narrada por los evangelios y se ha escrito mucho sobre las razones que no hay constancia sobre este relato, desde que no se escribió porque no había necesidad de ello, ya que es lógico que así fuera, a que en los evangelios, las apariciones se dan para suscitar la fe y en María no sería necesario. No vamos a detenernos en hacer análisis o hipótesis sobre la cuestión sino aprovechar el elemento contemplativo tan importante que tiene esta escena para el creyente y ver la relación que tiene con la fe eclesial la consideración del encuentro del Resucitado con su madre. Seguiremos, de alguna manera, el esquema que san Ignacio presenta en los ejercicios espirituales. Él parte de un dato: el silencio de los evangelios sobre ello; pero, al mismo tiempo, la realidad de que se apareció a otros (cf. EE 299). Ciertamente no hay ningún dato en los evangelios sobre este hecho, pero toda la tradición desde muy antiguo se ha entretenido en este acontecimiento; especialmente, en la Iglesia oriental, forma parte de la comprensión de la fe que presupone san Ignacio en el punto citado del libro de los ejercicios. Si María participó de todo el misterio de la vida de Cristo –sólo ella fue testigo de la encarnación, lo cuidó con amor de madre, fue primera discípula, lo acompañó al pie de la cruz– no es nada forzado que **ella participaría como nadie del misterio de la resurrección porque es la primera que ha sido asociada a la victoria de Cristo desde su concepción inmaculada. Ella, figura y tipo de la Iglesia simboliza mejor que nadie la alegría de la Iglesia** que antes estaba al pie de la cruz y a la que ahora se hace partícipe de la alegría pascual.

Este es por tanto un dato que Ignacio toma de la tradición que él ha recibido. Los textos más antiguos los encontramos en san Efrén en el siglo IV, que, aunque parte de un texto erróneo que interpreta la aparición a María Magdalena como a la Virgen María, presupone ya un encuentro entre el Hijo y la Madre. Del mismo modo san Juan Crisóstomo interpreta que la “otra María” del sepulcro del evangelio de Mateo es la madre de Jesús. En definitiva, el argumento es que, quien participó de los sufrimientos, ahora es partícipe de la alegría y la gloria, lo cual no es nada descabellado ni humana ni espiritual ni teológicamente hablando.

Si se puede presentar esta aparición como primera de todas es porque es el prototipo de cada una de ellas. En María, Jesús se presenta a toda la Iglesia, es la nueva tierra que ya no es ni abandonada ni devastada sino favorita de Dios, desposada; es la novia que se prepara para desposarse con el esposo, la nueva Jerusalén. Es la Iglesia que se alegra, en quien Cristo ofrece su salvación a todos los hombres y mujeres de toda época y lugar.

María, encontrada por su hijo resucitado, se convierte en el verdadero modelo de la esperanza cristiana, y por ello es denominada en muchos lugares con este apelativo, la Virgen de la Esperanza. En la introducción que hacíamos en el capítulo anterior a la contemplación de los misterios de la resurrección no aparecía ninguna alusión a la esperanza, para poder contemplarla desde la experiencia de María como Madre de la Esperanza. Si la resurrección de Cristo produce la verdadera alegría y la conversión al amor y la fidelidad incondicional de Dios es

porque de ella nace la verdadera esperanza. Tal y como afirma el Papa **Benedicto XVI** en su encíclica *spe salvi*, **la gran esperanza**, porque manifiesta ya una victoria definitiva, pase lo que pase, sean cuales sean las circunstancias, aunque haya que encontrarse con el sufrimiento y la misma muerte. María es testigo privilegiada de esta esperanza porque en ella se ha dado también esta victoria sobre el pecado y sobre la muerte y se ha anticipado el destino de toda la humanidad. A continuación podemos leer la conclusión de esta encíclica del Papa que es una oración a María, como estrella de la esperanza:

“Con un himno del siglo VIII/IX, por tanto de hace más de mil años, la Iglesia saluda a María, la Madre de Dios, como «estrella del mar»: Ave maris stella. La vida humana es un camino. ¿Hacia qué meta? ¿Cómo encontramos el rumbo? La vida es como un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso, un viaje en el que escudriñamos los astros que nos indican la ruta. Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Ellas son luces de esperanza. Jesucristo es ciertamente la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar hasta Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía. Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza, Ella que con su «sí» abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo; Ella que se convirtió en el Arca viviente de la Alianza, en la que Dios se hizo carne, se hizo uno de nosotros, plantó su tienda entre nosotros (cf. Jn 1,14)?

Así, pues, la invocamos: Santa María, tú fuiste una de aquellas almas humildes y grandes en Israel que, como Simeón, esperó «el consuelo de Israel» (Lc 2,25) y esperaron, como Ana, «la redención de Jerusalén» (Lc 2,38). Tú viviste en contacto íntimo con las Sagradas Escrituras de Israel, que hablaban de la esperanza, de la promesa hecha a Abrahán y a su descendencia (cf. Lc 1,55). Así comprendemos el santo temor que te sobrevino cuando el ángel de Dios entró en tu aposento y te dijo que darías a luz a Aquel que era la esperanza de Israel y la esperanza del mundo. Por ti, por tu «sí», la esperanza de milenios debía hacerse realidad, entrar en este mundo y su historia. Tú te has inclinado ante la grandeza de esta misión y has dicho «sí»: «Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). Cuando llena de santa alegría fuiste aprisa por los montes de Judea para visitar a tu pariente Isabel, te convertiste en la imagen de la futura Iglesia que, en su seno, lleva la esperanza del mundo por los montes de la historia. Pero junto con la alegría que, en tu Magnificat, con las palabras y el canto, has difundido en los siglos, conocías también las afirmaciones oscuras de los profetas sobre el sufrimiento del siervo de Dios en este mundo. Sobre su nacimiento en el establo de Belén brilló el resplandor de los ángeles que llevaron la buena nueva a los pastores, pero al mismo tiempo se hizo de sobra palpable la pobreza de Dios en este mundo. El anciano Simeón te habló de la espada que traspasaría tu corazón (cf. Lc 2,35), del signo de contradicción que tu Hijo sería en este mundo. Cuando comenzó después la actividad pública de Jesús, debiste quedarte a un lado

para que pudiera crecer la nueva familia que Él había venido a instituir y que se desarrollaría con la aportación de los que hubieran escuchado y cumplido su palabra (cf. Lc 11,27s). No obstante toda la grandeza y la alegría de los primeros pasos de la actividad de Jesús, ya en la sinagoga de Nazaret experimentaste la verdad de aquella palabra sobre el «signo de contradicción» (cf. Lc 4,28ss). Así has visto el poder creciente de la hostilidad y el rechazo que progresivamente fue creándose en torno a Jesús hasta la hora de la cruz, en la que viste morir como un fracasado, expuesto al escarnio, entre los delincuentes, al Salvador del mundo, el heredero de David, el Hijo de Dios. Recibiste entonces la palabra: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26). Desde la cruz recibiste una nueva misión. A partir de la cruz te convertiste en madre de una manera nueva: madre de todos los que quieren creer en tu Hijo Jesús y seguirlo. La espada del dolor traspasó tu corazón. ¿Había muerto la esperanza? ¿Se había quedado el mundo definitivamente sin luz, la vida sin meta? Probablemente habrás escuchado de nuevo en tu interior en aquella hora la palabra del ángel, con la cual respondió a tu temor en el momento de la anunciación: «No temas, María» (Lc 1,30). ¡Cuántas veces el Señor, tu Hijo, dijo lo mismo a sus discípulos: no temáis! En la noche del Gólgota, oíste una vez más estas palabras en tu corazón. A sus discípulos, antes de la hora de la traición, Él les dijo: «Tened valor: Yo he vencido al mundo» (Jn 16,33). «No tiemble vuestro corazón ni se acobarde» (Jn 14,27). «No temas, María». En la hora de Nazaret el ángel también te dijo: «Su reino no tendrá fin» (Lc 1,33). ¿Acaso había terminado antes de empezar? No, junto a la cruz, según las palabras de Jesús mismo, te convertiste en madre de los creyentes. **Con esta fe, que en la oscuridad del Sábado Santo fue también certeza de la esperanza, te has ido a encontrar con la mañana de Pascua. La alegría de la resurrección ha conmovido tu corazón y te ha unido de modo nuevo a los discípulos, destinados a convertirse en familia de Jesús mediante la fe.** Así, estuviste en la comunidad de los creyentes que en los días después de la Ascensión oraban unánimes en espera del don del Espíritu Santo (cf. Hc 1,14), que recibieron el día de Pentecostés. El «reino» de Jesús era distinto de como lo habían podido imaginar los hombres. Este «reino» comenzó en aquella hora y ya nunca tendría fin. Por eso tú permaneces con los discípulos como madre suya, como Madre de la esperanza. Santa María, Madre de Dios, Madre nuestra, enséñanos a creer, esperar y amar contigo. Indícanos el camino hacia su reino. Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino.”¹²¹

¹²¹ BENEDICTO XVI, *Spe Salvi* 49-50.

PARA REZAR MEJOR

Como para esta contemplación no tenemos un relato evangélico en el que nos podamos apoyar, cada uno puede situar esta escena del encuentro donde más le ayude o donde mejor lo pueda imaginar: en alguna casa de Jerusalén de algún conocido, o en Betania en la casa de Marta y María, o con Juan, quien la había recibido como Madre. Lo importante de la contemplación no es tanto los lugares sino la posibilidad que nos ofrece para que se haga real en nosotros el verdadero misterio que acontece porque eso es lo verdaderamente real e importante. Quizá María no necesitara el consuelo del Señor como las mujeres o los discípulos pero no se vio privada de él y de la alegría que comporta este encuentro.

1. Pide poder participar del gozo y de la alegría de la resurrección que vivió la Virgen María al encontrarse con su hijo resucitado; suplica también que puedas esperar su encuentro como ella, con verdadero deseo de aguardar una esperada alegría.
2. Trata de imaginar la escena: el lugar en el que se encuentra María, su actitud interior, la presencia de Cristo, las palabras que podría brotar tanto de la madre como del hijo, los gestos, la mirada...
3. Contempla la gloria que Cristo transmite a su madre, la alegría incomparable que se produce en este momento, la paz y el consuelo que encuentra aquella que le había visto morir en la cruz.
4. Sitúate tú mismo en la escena y sé testigo de lo que está sucediendo o de lo que ha sucedido. Acércate a María y deja que sea ella misma la que te explique lo que está viviendo, su alegría y su consuelo; acércate para que sea ella misma quien te ayude a descubrir a su hijo resucitado y que te pueda hacer partícipe de su gozo.
5. Si no puedes encontrar todavía al Señor, no pierdas la calma, la Pascua es muy larga. Pero sí puedes encontrar a María y pedirle que ella te muestre a Jesús, el fruto bendito de su vientre que ahora está resucitado y vivo para siempre; que sea ella misma la que le diga a su hijo que se acerque a ti, que te busque y que te encuentre en medio de las circunstancias que estás viviendo. Ella puede ser el signo de la esperanza en medio de este tiempo y de lo que esperas encontrar.

LA APARICIÓN A LAS MUJERES

Evangelio según san Mateo 28, 1-10

En la madrugada del sábado, al alborear el primer día de la semana, fueron María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Y de pronto tembló fuertemente la tierra, pues un ángel del Señor, bajando del cielo y acercándose, corrió la piedra y se sentó encima. Su aspecto era de relámpago y su vestido blanco como la nieve; los centinelas temblaron de miedo y quedaron como muertos. El ángel habló a las mujeres:

—«Vosotras, no temáis; ya sé que buscáis a Jesús, el crucificado.

No está aquí. Ha resucitado, como había dicho. Venid a ver el sitio donde yacía e id aprisa a decir a sus discípulos: "Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis." Mirad, os lo he anunciado.»

Ellas se marcharon a toda prisa del sepulcro; impresionadas y llenas de alegría, corrieron a anunciarlo a los discípulos.

De pronto, Jesús les salió al encuentro y les dijo:

—«Alegraos.»

Ellas se acercaron, se postraron ante él y le abrazaron los pies.

Jesús les dijo: —«No tengáis miedo: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán.»

Ningún evangelio narra el hecho en sí de la resurrección. Es algo que sucede en medio de la noche y de la que no hay testigos, podríamos decir que queda entre los misterios de la vida de Cristo más importantes y se guardan en el silencio y el secreto de Dios. Los evangelios van articulando la fe en la resurrección y en Cristo Resucitado en torno a dos grandes acontecimientos: el hallazgo del sepulcro vacío y las "apariciones" del Resucitado. Son estos hechos los dos grandes pilares que nos introducen en los misterios de la resurrección del Señor y que nos van desvelando el contenido de la vida de Cristo y nos hacen abrirnos a su totalidad y sentido.

Hasta que esto no sucede, todo permanece en un manto de oscuridad y confusión; sin la resurrección no habría quedado prácticamente nada de la vida de Jesús, quien habría sido sólo un gran profeta más. Pero la realidad fue bien distinta, puesto que la resurrección, el sepulcro vacío y los encuentros con el resucitado se convierten en la clave fundamental desde la que se comprende todo el misterio de Cristo, la verdad de su persona y de sus palabras al poder ser interpretadas a la luz de toda la revelación veterotestamentaria. Desde este hecho —la resurrección— adquieren significado las antiguas profecías y las palabras de los salmos que encuentran su cumplimiento con la encarnación, muerte, resurrección y ascensión de Jesucristo a los cielos. Sin él, toda la Escritura, toda la historia de la salvación

hubiera quedado inconclusa y en penumbra para los hombres. Sin el encuentro con el Señor Resucitado, con sus palabras y con el don del Espíritu Santo, la vida de Jesús hubiera terminado en la cruz y sus palabras hubieran sido únicamente una forma más de conducta y de conducirse el hombre en su relación con el Dios que no hubiera sido conocido plenamente.

La verdad la describen los mismos relatos de los evangelios que iremos saboreando y contemplando día a día harán posible que podamos encontrarnos también nosotros con la presencia del Señor Resucitado que irrumpe en nuestras vidas porque está vivo y ha vencido a la muerte. Esta es la causa por la que puede hacerse presente de manera real en medio de nuestras circunstancias, de nuestras vidas, de nuestra oración y en los sacramentos de la Iglesia; si no fuera así, todo sería recuerdo. Si el Señor hubiera vencido a la muerte y no se hubiera manifestado en la realidad de su carne glorificada, la fe se hubiera basado no en el hecho real que da sentido a la historia del hombre sino en una experiencia subjetiva, es decir, algo le habría pasado al Señor y sería importante saber y creer que así fue, pero no hubiera intervenido directamente –en persona– en la vida de todos aquellos que le habían conocido y convivido con él y habían sufrido la decepción y el escándalo de la cruz y la experiencia del abandono y la negación. La realidad fue bien distinta, él mismo, en persona, de una manera diferente, se hace presente a aquellos que **necesitaban encontrarse con él para volver a creer. Porque la resurrección es verdadera, no sólo algo le sucede a Jesucristo, sino también a aquellos que se encuentran con él.**

Todo esto comienza con esta lectura evangélica que proclamamos la noche de la Pascua. En ella encontramos los dos grandes elementos que configura la fe en la resurrección: el sepulcro vacío –en este caso mostrado por las palabras del ángel del Señor– y la misma aparición de Jesús a estas mujeres. Nos presenta a María Magdalena y la otra María, , que podría ser la madre de Santiago (Mc, 16, 1; Lc 24, 9) que se dirigen al sepulcro después de haber pasado la fiesta de la pascua judía y el descanso prescrito.

El evangelista Lucas presenta algunos detalles sobre la intención de aquellas mujeres que, *antes del amanecer, llegaron al sepulcro llevando los perfumes que habían preparado; y encontraron la piedra corrida, separada del sepulcro, pero al entrar no encontraron el cuerpo del Señor Jesús* (Lc 24, 1-3). Estas palabras dejan bien clara la finalidad de aquellas mujeres. No van a buscar a un vivo sino a un muerto, para el cual llevan los perfumes utilizados para embalsamar el cuerpo. Será Marcos el que relata las palabras de estas mujeres que se dirigen al sepulcro preguntándose por quién les ayudará a descorrer la piedra del sepulcro, la misma que al llegar se encuentran que ya corrida hacia un lado (Cf. Mc 16, 3-4).

Con estos datos, nos damos cuenta que no van buscando encontrarse con el Señor Resucitado, ni siquiera con la remota posibilidad de la misma, sino que su intención es concluir con los ritos que forman parte del enterramiento judío. Todo lo que encuentran es una sorpresa: la piedra descorrida, el sepulcro vacío, la aparición del ángel o de los ángeles, según el relato. **Nada sucede conforme a lo esperado porque el Señor no está en el sepulcro, y los ángeles manifiestan que ha resucitado.** Ellas saldrán corriendo de allí, pero sólo Mateo en los sinópticos relata el encuentro del Resucitado con las mujeres; Juan lo hará en el caso de María Magdalena. Ellas serán las primeras enviadas a anunciar la resurrección de Jesús a

los apóstoles y no serán creídas.

Para la oración de hoy y mañana vamos a centrarnos en lo que Mateo relata: el anuncio de la resurrección y el encuentro de Jesús con estas dos mujeres. Volvamos para ello al texto del evangelio. El ángel da por supuesto que buscan a Jesús *el crucificado* y les anuncia el hecho de la resurrección mostrándoles el lugar donde había sido depositado el cuerpo del Señor y enviándoles a ser testigos de lo que se les ha dicho. Ellas van buscando al crucificado y no lo encuentran.

El anuncio del ángel **les hace cambiar el rumbo** de su camino que ahora no será el sepulcro sino los discípulos; de alguna manera son devueltas a la misma Iglesia que se encuentra encerrada en la tristeza y la desesperanza. Son testigos de lo que se les ha anunciado y de lo que no han visto –el cuerpo del Señor– y lo que sí han contemplado ya –el sepulcro vacío– sin haberse encontrado todavía con el Resucitado. **Algo ha cambiado ya dentro de ellas**, nos lo dice el mismo evangelista con tres palabras al indicar la forma en la que salen del sepulcro: *a toda prisa, impresionadas y llenas de alegría*. Algo ha sucedido ya en ellas: han empezado a creer, algo ha cambiado en su interior y les ha puesto en camino; **han obedecido a lo que se les ha dicho** para comunicar que el Señor ha resucitado de entre los muertos, aunque ellas misma no le han visto. Este será este contexto en el que Jesús les sale al encuentro. Pero detengámonos un poco más en lo que produce en estas mujeres el anuncio del ángel y la visión de la tumba vacía:

1. De allí saldrán **a toda prisa** porque en ese momento, con lo que han oído ya no pueden permanecer paradas, no tiene sentido permanecer junto al sepulcro porque la fuerza de la fe que se ha encendido en su interior no admite pausas. Es uno de los signos que produce la fe y el amor cuando prende en nuestros corazones. **Esta no es la prisa que quita la calma** sino la que se ve inspirada por aquello que se ha vivido porque no puede permanecer en silencio. Cuando hay algo grande que anunciar no se puede esperar más tiempo, es necesario darlo a conocer a todos aquellos que no han recibido la noticia. **Es la prisa del amor y de la fe y no de la propia autoexigencia**; lo que mueve es el anuncio de la verdad que parecía escondida y no el reto de algo en lo que uno se tiene que empeñar. ¡Qué distintas son estas prisas de tantas otras que tenemos en nuestro interior cuando queremos esforzarnos en avanzar en lo que a nosotros nos parece una exigencia o una demostración que tenemos que hacer a los demás! **Quien motiva la prisa es el mismo Señor y su misterio** que se ha reconocido en su verdad a través del anuncio, aunque todavía no se haya encontrado al Señor. ¿No era esta la misma actitud de María cuando después de la anunciación, salió a prisa a visitar a su prima Isabel?
2. La segunda palabra habla de su estación de conmoción interior: **estaban impresionadas, sobrecogidas y con miedo** porque esta es la actitud que brota espontáneamente cuando se descubre el misterio de la verdad de Dios. No hay discurso, no se piden explicaciones de nada porque todo se está viviendo como algo real y cierto aunque todavía falten aspectos que no se conocen del todo. Es la experiencia que se tiene cuando se descubre a Dios a través de lo que se anuncia. Son las palabras las que afectan al corazón y producen algo que no es posible de explicar del todo. El texto griego habla de temor (*μετὰ φόβου*), es el temor sagrado, el sobrecogimiento

que produce una experiencia que tiene que ver con Dios mismo y, de alguna manera conmueve y asusta.

3. Nos dice el texto que estaban **llenas de alegría**, no sólo que estuvieran alegre o contentas, sino llenas de alegría; es el gozo de la Pascua que llena el interior de la persona, **no es algo superficial** que afecta sólo a una simple emoción porque sucede algo agradable o favorable. Sólo el anuncio de que el Señor está vivo y ha resucitado puede llenar de alegría; las otras alegrías son parciales y satisfacen únicamente algunas dimensiones de la persona. El texto griego dice realmente una expresión que ayuda a comprender esto: con una **gran alegría** (χαρᾶς μεγάλᾳς). Esto quiere decir un matiz distinto de lo que dice nuestra traducción litúrgica, es decir se habla de la gran alegría, la que es propia de la resurrección, que es otra manera de afirmar la alegría que llena de verdad a la persona.

Estos tres aspectos son los propios de la Pascua, lo que se produce en aquellos en los que se les anuncia la verdadera Buena Noticia que es la resurrección del Señor y que nosotros necesitamos vivir a través de la contemplación: el sobrecogimiento ante lo que es de Dios y no cosa nuestra, la gran alegría y la prisa de poder anunciarlo a los que todavía no lo conocen.

Después de esto viene lo más inesperado: a ellas, **a las pobres mujeres que iban a embalsamar su cuerpo el Señor mismo les saldrá al encuentro.** Todo es sorprendente, ahora es el mismo Jesucristo quien las invita a alegrarse. El ángel las invitaba a no tener miedo, a no quedarse paradas, pero ahora, Jesús mismo, **en persona, les invita a la alegría** con un imperativo: χαίρετε, *alegraos*. Es la palabra que escucho María en primer lugar al ser saludada por el ángel al anunciarla que va a ser la madre del Hijo de Dios. Sí, es Jesús en persona quien las invita a alegrarse ¿Cómo sonarían estas palabras en sus oídos al ver al Señor? Démonos cuenta de la reacción que se produce en ellas, que ahora pueden comprender de verdad el misterio de Cristo; no es la alegría que les lleva a dar saltos o abrazarse histéricamente por lo que tienen ante sus ojos, ni siquiera a hacerlo con Jesús. **La actitud que se produce en ellas es de profunda adoración, lo propio que se hace ante Dios mismo;** y lo hacen con un gesto de gran reverencia y humildad, postradas ante él abrazándole los pies. Ahora el Señor manifiesta el poder y la gloria del que ha vencido a la muerte, es decir el poder de Dios; no es poder de revancha o venganza, ni de convicción para sus enemigos: **es el poder y la gloria de la victoria del amor glorificado**, es decir del amor que no es vencido por la muerte cuando se ha entregado hasta el extremo pasando por la ignominia. Este es el poder y la gloria de Dios que se manifiestan en Jesús, a quien ellas reconocen y a quien adoran. De nuevo, una vez, más son invitadas a no temer y a comunicar a los discípulos que también le verán, lo mismo que ellas, en Galilea. ¿Cómo resonarían en ellas estas palabras *no tengáis miedo*? Jesús les dice que no teman y que se conviertan en apóstoles. Ellas, unas pobres mujeres, son enviadas a anunciar a los apóstoles que el Señor está vivo y que les aguarda en Galilea y que allí le verán. Nosotros, a través de la contemplación, podemos entrar en lo que el Señor les dice y lo que produce en ellas para que se pueda revivir en nosotros mismos, ante lo que nos hace temer, perder la alegría o el impulso apostólico su misma experiencia.

SAN JUAN CRISÓSTOMO

“[...] Después del sábado, al amanecer del primer día de la semana, vino María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Y he aquí que se produjo un gran terremoto, pues un ángel del Señor, bajado del cielo, se acercó y retiró la piedra de la puerta del sepulcro y se sentó encima de ella. Su rostro era como un relámpago, y su vestidura blanca como la nieve. Después de la resurrección vino el ángel. ¿Cuál fue, pues, la razón de que viniera y levantara la piedra? Por razón de las mujeres, pues éstas le vieron entonces en el sepulcro. Así, pues, porque creyeran que el Señor había resucitado, ven el sepulcro vacío, sin el cuerpo. De ahí que removiera la piedra; de ahí también que se produjera el terremoto, a fin de que se despertaran las santas mujeres. Ellas habían venido para verter ungüento sobre el cadáver, y todo esto acontecía en la noche, por lo que es natural que algunas vinieran medio dormidas. —Mas ¿por qué razón—me dirás—les dijo el ángel: *No temáis vosotras?* —Primero las libra de todo temor y luego les habla de la resurrección. Ese *vosotras* es palabra de alto honor, a par que significa que a quienes tales crímenes cometieron con el Señor, de no arrepentirse, les alcanzarían los últimos suplicios. No os toca—parece decir el ángel—, no os toca temer a vosotras, sino a quienes le crucificaron. Una vez, pues, que las hubo librado de todo miedo, no sólo por sus palabras, sino por su misma cara (pues el esplendor de su figura estaba diciendo que venía a traer buena noticia), el ángel prosiguió diciendo: *Sé que buscáis a Jesús, el crucificado...; y no se avergüenza de llamarlo crucificado; pues ésta es la suma de todos los bienes. Resucitó. ¿Cómo se prueba? Como dijo.* De modo que si a mí—parece decir el ángel—no me creéis, acordaos de sus palabras, y ya no me negaréis tampoco a mí la fe. Seguidamente les da otra prueba: *Venid y ved el lugar donde había sido puesto. De ahí la razón de remover la piedra, pues quería que las mujeres se convencieran por vista de ojos de la resurrección. Y decid a los discípulos que le veréis en Galilea.* Y mándales el ángel que den a otros la buena nueva, lo que confirmaba señaladamente la fe de las mujeres. Y con razón les habló de Galilea, a fin de librarlos de molestias y peligros, de modo que el temor no viniera a turbar la fe. Y *salieron del sepulcro con miedo y con alegría.* ¿Cómo así? Porque habían visto algo impresionante y maravilloso: vacío un sepulcro donde antes habían visto poner el cadáver. De ahí que el ángel las invitara a contemplarlo, a fin de que fueran a par testigos del sepulcro y de la resurrección. A la verdad, bien podrían pensar que nadie lo habría robado, con tantos soldados allí de guardia, si Él no se había resucitado a sí mismo. De ahí su admiración y su alegría. **De ahí que reciban el premio de tanta perseverancia, de ser las primeras en ver y anunciar no sólo lo que se les había dicho, sino lo que ellas habían contemplado.**

Luego, pues, que hubieran salido con miedo y alegría, *he aquí que Jesús les salió al encuentro y les dijo: Dios os guarde. Y ellas se abrazaron a sus pies, y, estrechándose con Él con extraordinaria alegría, por el tacto recibieron testimonio y certeza plena de la resurrección, y le adoraron.* ¿Qué les contesta, pues, Él? *No temáis.* Nuevamente trata también Él de quitarles el miedo preparando el camino a la fe. *Mas andad y decid a mis hermanos que marchen a la Galilea y allí me verán.*

Mirad cómo también Jesús da la buena noticia a sus discípulos por medio de las mujeres, honrando, como muchas veces he dicho, al sexo más despreciado, dándole las mejores esperanzas y curando lo que se había maleado. Tal vez alguno de vosotros quisiera haberse hallado con aquellas famosas mujeres y abrazar los pies de Jesús; **mas también ahora podéis, cuantos queráis abrazar no sólo los pies y las manos, sino aquella misma divina cabeza, si con pura conciencia os acercáis a la sacrosanta Eucaristía.** Y si queréis ser misericordiosos, no sólo le veréis aquí, sino también en el último día, cuando venga con su gloria inefable y entre la muchedumbre de sus ángeles, y oiréis de sus labios no sólo la palabra de saludo: *Dios os guarde*, sino también aquellas otras: *Venid, benditos de mi Padre, a heredar el reino que os está preparado desde la constitución del mundo.* Seamos, pues, piadosos, amantes de Dios y de nuestros hermanos, dando pruebas de caridad para con todos, a fin de merecer oír estas palabras y recibir al mismo Cristo.¹²²

PARA REZAR MEJOR

Nos encontramos ante la primera aparición de Jesús: él mismo les sale al encuentro y les hace ver que, por haberse fiado y creído lo que el ángel les dice, se han hecho capaces de poder contemplar al mismo Señor. Se nos da a conocer la fe que surge por la palabra del ángel y prende en el corazón de aquellas mujeres; la contemplación de lo que era signo de muerte —el sepulcro— ahora se convierte en signo de vida porque está vacío. Las que tenían miedo y tristeza ahora siente el verdadero temor de Dios, es decir, captan la grandeza del misterio, se hacen obedientes, se llenan de alegría y salen a comunicar lo que se les ha anunciado. ¡Sí pudiéramos vivir esta misma experiencia! Pero, ¿cómo no vamos a escuchar al ángel y asomarnos al sepulcro vacío? ¿Es que no podremos descubrir el misterio que se nos anuncia por su palabra? ¿No nos saldrá Jesús al encuentro? ¿Permaneceremos parados? Es la experiencia que podremos ir viviendo a lo largo de toda esta Pascua. Cada uno de los días podemos detenernos en cada una de las escenas que relata el evangelio.

1. Pide con humildad poder escuchar las palabras que se te anuncian en este evangelio y poder creer, llenarte de alegría y crecer en deseo de anunciar lo que se te ha dicho. Suplica te sea concedida la gracia de encontrarte con Cristo Resucitado, reconocer su grandeza, adorarle y llenarte de alegría.
2. Ve recorriendo el evangelio desde el principio, pero hazlo caminando con las mujeres: acércate al sepulcro, mira la piedra corrida, el ángel lleno de la gloria de Dios, escucha sus palabra junto a estas mujeres y fíjate en ellas: su manera de mirar y de escuchar, lo que va cambiando en su corazón, la gran alegría de su expresión. Deja que esos sentimientos vayan pasando a ti. No

¹²² SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía 89, 2-3 sobre San Mateo*, Obras de San Juan Crisóstomo I, BAC

quieras correr. Mira, escucha y no lo quieras llenar todo de palabras. Estas mujeres no dijeron nada.

3. Sal corriendo con ellas y deja que el Señor se acerque: escucha sus palabras que también son para ti: alégrate, no temas. ¿Qué significa que el Señor resucitado te diga esto a ti?
4. Ellas salieron de allí, pero tú puedes permanecer un rato con el Señor que se queda contigo y hablar con él y poder escucharle. No estaría mal que anotaras tu diálogo con él.
5. El segundo día céntrate directamente en aquello que te ayudó más en el día anterior repitiendo la oración inicial y pasando a la escena, a lo que viste, escuchaste y dijiste para seguir profundizando en ello.

PEDRO Y JUAN EN EL SEPULCRO VACÍO

Evangelio según san Juan 20, 1-9

El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro.

Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien tanto quería Jesús, y les dijo:

—«Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.»

Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró.

Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte.

Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó.

Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.

Hoy nos acercamos al primero de los relatos de la resurrección en el evangelio de Juan para descubrir los sentimientos que provoca la experiencia del Resucitado en los discípulos, no para conocerla, sino para hacerla nuestra, poder vivir lo que movió a aquellos hombres a entregar sus vidas y darnos cuenta que es lo mismo que nos debe mover a nosotros. Si no es Cristo el que lo hace, nadie ni nada podrán hacerlo, ni siquiera los aplausos o el reconocimiento de la gente.

A partir del capítulo veinte encontramos estos relatos que en este evangelio adquieren una profunda dimensión teológica. Como primer elemento encontramos que la resurrección no es algo esperado, sorprende: María Magdalena, Juan y Pedro van en busca de un muerto, y **el hecho de no encontrarle** les produce desconcierto, tal y como les comunica María Magdalena: “se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.” Todo hace suponer un robo del cuerpo. Esta frase manifiesta que lo que se busca es el cuerpo de Jesús, un cuerpo muerto que se puede cambiar de lugar y colocar en otro sitio, porque a un vivo no se le lleva, va y viene por sí mismo.

Es curioso que **la fe en la resurrección del discípulo amado surge, no por el encuentro con Cristo, sino al contemplar el sepulcro vacío, que hace descubrir lo insospechado: “y al entrar al sepulcro vio y creyó”**. La fe tiene un aspecto importante, supera lo meramente físico y corporal; en el cuarto evangelio, igual que en nosotros,

la certeza de la resurrección no acontece en primer lugar por un mero encuentro con el cuerpo glorificado del Señor, sino que sucede sin esperarlo, casi sin buscarlo, no se da por lo que los sentidos captan, ya que estos se pueden confundir y no son capaces de abarcar al Resucitado por sí mismos a no ser que él se manifieste. Esto abre la posibilidad de la presencia del Señor que se descubre en la fe más allá de lo que los sentidos pueden captar puesto que ella se convierte en un verdadero sentido espiritual que es más cierto que los corporales.

En el cuarto evangelio esto tiene una gran importancia, tal y como lo reflejará la aparición a Tomás: no es necesario ver para poder creer, esta surge por el anuncio, Cristo se hace presente en la fe a aquellos que no han visto pero se han adherido al que realmente ha resucitado de entre los muertos. **En Juan se conjuga la fe que nace de no ver con la fe de aquellos que ven;** la fe surge sin o con la presencia física del Señor, pero, la verdadera dicha no estará en ver sino en creer sin haber visto: *Dichosos los que crean sin haber visto* (Jn 20, 29). Como veremos más adelante, el Señor se hace presente para mostrar que realmente ha resucitado, que no es un fantasma sin cuerpo, sino que **su humanidad entera ha sido glorificada y en ella se muestra esa gloria de Dios;** esta será la razón por la que en todos los tiempos, sin los ojos de la cara se puede ver y sin las manos del cuerpo se puede tocar. Él está vivo y presente, accesible por la fe para todos aquellos a los que se les anuncie su persona y la salvación.

Con estos presupuestos volvamos al texto: Podemos imaginarnos el desconcierto de **María Magdalena** que, al no encontrar el cuerpo del Señor sale corriendo a decírselo a los apóstoles; ¿qué produciría las palabras de esta mujer en Pedro y Juan que salen corriendo camino del sepulcro? Parece que **en la mañana de la resurrección todo el mundo está corriendo** y las primeras carreras no son las de la alegría del encuentro sino las del desconcierto de aquellos que buscan el cuerpo de Jesús y no lo encuentran. Pedro y Juan, a toda prisa, manifiestan la primera carrera en busca de Cristo –aunque fuera en medio del desconcierto– tal y como afirma el Papa **Benedicto XVI:**

“El evangelista Juan narra que Pedro y él mismo, al oír la noticia que les dio María Magdalena, corrieron, casi como en una competición, hacia el sepulcro (cf. Jn 20, 3 ss). **Los Padres de la Iglesia vieron en esa carrera hacia el sepulcro vacío una exhortación a la única competición legítima entre los creyentes: la competición en busca de Cristo.**”¹²³

Necesitan descubrir lo que ha sucedido, es como si el Señor Resucitado, de una manera oculta, empezara a poner en movimiento a su Iglesia asustada y cerrada sobre sí misma; es una carrera que **comienza con el desconcierto y termina con la fe**, como sucede en tantas circunstancias incomprensibles de la vida que ponen al hombre en búsqueda del Señor. Veamos cómo va narrando Juan estos acontecimientos a la llegada del sepulcro:

1. **Juan corre más que Pedro pero no es el primero en entrar** ya que le cede esta prioridad al que es primero entre los apóstoles. Es curioso que no corre más el que es la “piedra” sobre la que se edifica la Iglesia sino el discípulo amado, el que recostó la cabeza en el pecho del Señor en la Cena, el que

¹²³ BENEDICTO XVI, *Audiencia del miércoles 13 de Abril del 2007*.

estuvo al pie de la cruz. Quien más ama más corre, según el cuarto evangelista.

2. Como el sepulcro tendría dos cámaras, una externa y otra interna en la que estaba el cuerpo, Juan tuvo que agacharse, tal y como indica el verbo griego παρακύψας. Literalmente significa **inclinarse**, es decir Juan no entra en el lugar en el que estaba el cuerpo de Jesús pero *se inclina para ver* lo que hay dentro y contempla los lienzos en el suelo. **Este inclinarse para mirar es una forma de acercarse a contemplar el misterio de Dios.** Después de haber visto no entrará sino que le cederá el puesto a Pedro.
3. Pedro entra en el sepulcro y ve las vendas por el suelo y el sudario enrollado, en un sitio aparte. Algunos comentaristas han visto en este detalle una prueba de que el cuerpo **no fue robado**, ya que nadie lo hubiera despojado de las vendas que lo envolvían ni hubiera tomado tiempo para enrollar el sudario en un sitio aparte.
4. Al final, entra *el otro discípulo* y puede ver realmente lo que muestra la escena pero no lo describe sino que afirma lo que sucede en él con dos verbos: **vio y creyó**. Ya no mira como antes tratando de intuir y contemplar, ahora ve con sus ojos y esto produce en él la fe, es decir, **la visión de lo que encierra el sepulcro con el cuerpo de Cristo ausente, la forma en la que están las vendas y el sudario produce la fe.** No se dice que este crea y Pedro no porque el siguiente verbo se encuentra en tercera persona del plural, se entiende, los dos discípulos: *hasta entonces no comprendían la Escritura*. El perfecto ᾔδεισαν del verbo οἶδα significa, en el griego clásico, *haber visto en un sentido espiritual*, con el ojo del Espíritu. Este verbo, al ser utilizado por Juan se sitúa frente a γινώσκω –conocer– teniendo un sentido mucho más intuitivo y cierto, es decir **una comprensión más honda de la verdad**. Hasta ese momento no habían comprendido la verdad de lo que significaba resucitar de entre los muertos. Todo esto hace indicar que la fe surgirá tanto en Juan como en Pedro.
5. De nuevo se **volverán al lugar del que habían venido**. Juan lo narra sin ningún otro detalle para dar paso a la escena del encuentro de Jesús con María Magdalena.

En la contemplación somos invitados a realizar este mismo camino de Juan y Pedro que conduce a la fe, a poder descubrir con ellos que la muerte ha sido vencida, que el cuerpo de Jesús no ha sido robado, sino que realmente ha resucitado de entre los muertos. En medio del desconcierto, de la decepción y el temor somos invitados a salir corriendo hacia el sepulcro igual que estos dos apóstoles, asomarnos en su interior y descubrir los signos de la vida que nacen de Cristo Resucitado. Al inclinarnos como Juan para asomarnos al sepulcro y al entrar en él encontramos los signos que indican que la muerte ha sido vencida: la ausencia del cuerpo, las vendas por los suelos, el sudario enrollado en un sitio aparte. En medio de todos los signos del pecado, del sufrimiento y de la muerte, la Iglesia se asoma al sepulcro vacío para descubrir que estos signos han sido transformados y abrirse al encuentro con el Señor Resucitado.

PARA REZAR MEJOR

Hoy somos invitados a entrar en el sepulcro para darnos cuenta de que algo ha irrumpido en la historia a través de la resurrección del Señor; el sepulcro no es lugar de muerte sino de vida, pero hay que entrar en él, en todo lo que supone muerte en nuestra vida para darnos cuenta que ha sido transformada y vencida; para encontrar todo lo que son los signos de la resurrección, aunque no se haya descubierto todavía la presencia de Cristo Resucitado, hacen vislumbrar que hay esperanza, y, porque está vivo, podemos encontrarnos con él. Hay que salir como Pedro y Juan desde el lugar en el que nos encontramos para entrar en el sepulcro y descubrir que está vacío y desear encontrarnos con el que ha vencido al pecado y la muerte. Sí, el sepulcro es signo de vida y no de muerte. En él está encerrado el testimonio de una victoria y no de una derrota y nosotros podemos entrar en él y descubrir que todas las vendas que envolvía al que estaba muerto están en el suelo y que los signos de la muerte son signos de la Vida. No han desaparecido pero han cambiado completamente su significado.

1. Ponte en oración y pide que te sea concedida la gracia de descubrir los signos de la victoria de Cristo al asomarte al lugar donde se encierra la muerte, porque en este lugar ha nacido la vida y que puedas contemplar los signos que el Señor te ofrece de su victoria sobre la muerte.
2. Trata de ir siguiendo los pasos que ofrece el cuarto evangelio en este relato: la búsqueda desesperada de la Magdalena del cuerpo de Jesús, el camino que tiene que hacer hasta que encuentra a los apóstoles: ¿Cómo resonarían en ellos las palabras de esta mujer? Trata de situarte en los sentimientos de ella, de los apóstoles, especialmente Juan y Pedro.
3. Sigue los pasos de la carrera de estos dos hombres. Los dos corren pero Juan va más deprisa que Pedro. Es la prisa propia del que busca descubrir el sentido de todo lo que está pasando. Fíjate en Juan, cómo llega al sepulcro y se agacha con esa actitud que describe el verbo: la de quien contempla y quiere descubrir el verdadero sentido de lo que ha sucedido. Pero sus prisas no van por delante de permitir que sea Pedro quien entre primero. Entra con Pedro en el sepulcro, atraviesa la entrada principal y agáchate para entrar en la parte interior donde está la piedra donde se deposita el cuerpo; fíjate en las vendas que están en el suelo y el sudario enrollado en un lugar aparte. Descubre a Juan que entra después y algo se transforma, ahora ve y cree, comprende el sentido de las Escrituras.
4. Sitúate en tu vida, en todo aquello que es signo de muerte y de derrota y trata de descubrir que todos estos signos han sido tirados al suelo por el Señor que vence. Se hacen reales las palabras de Pablo: “¿Dónde está muerte tu victoria? ¿Dónde está muerte tu aguijón?” (I Co 15, 55).
5. Di a Pedro y a Juan que te expliquen lo que está sucediendo en su interior, que te hablen de lo que el corazón siente y la cabeza es capaz de comprender porque ha surgido la fe.

APARICIÓN A MARÍA MAGDALENA I

Evangelio según san Juan 20, 11-18

En aquel tiempo, fuera, junto al sepulcro, estaba María, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús.

Ellos le preguntan:

– «Mujer, ¿por qué lloras?»

Ella les contesta:

– «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto.»

Dicho esto, da media vuelta y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús.

Jesús le dice:

– «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?»

Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta:

– «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré.»

Jesús le dice:

– «¡María!»

Ella se vuelve y le dice:

– «¡Rabboni!», que significa: «¡Maestro!»

Jesús le dice:

– «Suéltame, que todavía no he subido al Padre. Anda, ve a mis hermanos y diles:

"Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro."»

María Magdalena fue y anunció a los discípulos:

– «He visto al Señor y ha dicho esto.»

¿Quién es María Magdalena? Una mujer pecadora que debido a su vida lo había perdido todo, una persona con pocas esperanzas, pero, cuando encuentra a Jesús todo en su vida cambia: descubre la experiencia del perdón y en ella crece el amor: porque ama mucho se la perdona mucho y porque se le ha perdonado mucho puede amar más. **Todo lo que tiene lo ha recibido de Jesús**, convirtiéndose en la esperanza fundamental de su vida. Todo lo que es lo ha encontrado en su persona y todas sus esperanzas se vienen abajo cuando contempla al Señor morir en la cruz. Su amor le había llevado a estar al pie de la cruz junto con la madre de Jesús y Juan y, a partir de este momento, todo lo que tiene ha quedado en el sepulcro; **no le queda más que el cuerpo de Jesús ante quien puede llorar su pérdida**. Cuando llega al sepulcro y descubre que lo único que tenía también ha desaparecido, su dolor se hace más intenso porque siente que ha perdido más; ya no le queda ni el cuerpo de Cristo muerto en la tumba. Es fácil entender su dolor y sus lágrimas porque no tiene fuerzas para poder comprender todo lo que ha perdido. Si de Jesús

antes le quedaba el recuerdo y su cuerpo, ahora solo le queda lo primero, lo que él había sido para ella mientras estaba en este mundo. Ya no tiene a quien más amaba y le había restituido su dignidad como mujer, como persona y como hija de Dios, y no encuentra el consuelo.

Como todas las pérdidas de aquello que más se ama, María está viviendo una experiencia profundamente humana, pero también ha perdido el centro de su experiencia religiosa. **María Magdalena es una mujer que está atrapada por sus lágrimas, anclada en el recuerdo y la nostalgia** (no olvidemos que el nostálgico es el que mira al pasado viendo que lo bueno siempre estuvo allí y no en el presente...). María ama profundamente, pero ama a un muerto, como nosotros cuando miramos al que fue y no tanto al que es y será siempre. El dolor, en no pocas ocasiones, impide descubrir la realidad que se tiene delante porque se está encerrado en aquello que se ha perdido y el sufrimiento no permite que se valore el presente y todo lo que se tiene. De alguna forma, **el dolor, cuando no se puede elaborar, se convierte en una venda** que no permite más que echar de menos lo que un día se tuvo y ahora está ausente. Esto lo corroboran las preguntas de Jesús: “¿a quién buscas?, ¿por qué lloras?” Tiene delante al Señor y no le reconoce, el dolor es muy grande y los sentidos no son suficientes, se necesita la fe.

Lo único que le queda a esta mujer son sus lágrimas y su dolor. Este aspecto es muy importante porque, si nos damos cuenta, las palabras de los ángeles y de Jesús no se remiten a nada ajeno a lo que ella está viviendo; los que tienen la misión de anunciar la resurrección –los ángeles– y el Señor mismo, lo primero que hacen es preguntar por su situación, por aquello que le está afectando en lo más profundo de su corazón. **Jesucristo resucitado se hace presente en la misma situación que la persona está viviendo**, en este caso, su llanto. No crea una situación ajena a lo que ella vive, sino que en la misma se hace presente y se interesa por su realidad. No hay un discurso que trate de convencer de nada, ni siquiera explicaciones, ni un intento fácil de poder consolarla. No lo hacen los ángeles ni lo hace Jesús.

Una de las características del Resucitado es manifestarse a las personas en medio de la situación real que están viviendo, como si no quisiera saltarse nada de la experiencia humana en que el individuo se encuentra. Porque es **verdaderamente hombre** puede comprender y entrar en esas experiencias, pero, porque es **verdaderamente Dios** puede darles un nuevo sentido y abrir el horizonte a la esperanza transformando la situación de la persona.

Será la voz del Señor que pronuncia su nombre la que le devuelve a la realidad, que no es aquella en la que está encerrada, haciendo posible que algo cambie en su interior. Poder escuchar su nombre de labios de aquel que tantas veces le habría llamado de esta manera hace que se dé cuenta de la realidad: al que confunde con el hortelano es su Señor, su Maestro. Le tiene allí delante y ahora todo será diferente.

Tiene que dar un paso más, **poder reconocer a Jesús como quien realmente es y no simplemente como le recordaba antes**, por ello, se agarra a él para no volver a perderle nunca más. Las palabras de Jesús pueden parecer duras o enigmáticas: “suéltame, que todavía no he subido al Padre”. El verbo ἀπτεω significa encender, pero en voz media, como es el caso, significa tocar. Es el verbo utilizado por los evangelios al hablar de todos aquellos que se acercaban a Jesús buscando la curación. Realmente habría que traducir *no me sigas tocando*, con una intención

clara: tiene que anunciar a los discípulos que va a subir al Padre. Hay quienes han traducido también, *no me detengas* porque su camino no ha terminado sino que tiene seguir hasta el Padre. Para poder profundizar en el sentido de estas palabras y su relación con el hecho de tocar en la fe, podemos leer después un párrafo de un sermón de san Agustín.

Para que el Resucitado nos encuentre no podemos prescindir de nuestra realidad, de aquello que nos está afectando, de manera que el encuentro con él se convierte en la verdad más oculta de la realidad que no descubrimos por nosotros mismos. **Es fácil quedarse atrapado en las pérdidas que se han tenido** en la vida, en lo que fue y ahora no es, en lo que pudo ser y nunca llegamos a conseguir. Muchas veces, cuando nuestros proyectos no se realizan como esperamos, quedamos estancados en situaciones que no somos capaces de superar y nos impiden ver la realidad. Es la experiencia del dolor por todo aquello que ha quedado enterrado y no podemos encontrar, de nosotros mismos, de otras personas; pero también pueden ser los proyectos que ha quedado truncados cuando parecía que estaban empezando a dar algún fruto.

Son todas las situaciones en las que el dolor se puede transformar en resentimiento si no descubrimos su sentido y nos atrapa en la nostalgia y en las lágrimas del lamento: **sólo se puede reconocer lo que se ha perdido** porque ha causado un gran impacto en nuestros afectos. **El dolor es una dimensión que afecta a toda la persona y puede impedir poder valorar el presente** y situarse adecuada y maduramente en la realidad. Es la experiencia de esta mujer del evangelio y de nosotros mismos cuando no sabemos encontrar el sentido al sufrimiento y a lo que ya no tenemos o no hemos podido tener.

Se pueden perder familiares muy queridos, amigos que han significado mucho, realidades de nuestra propia existencia que parece que dejaron de estar presentes: la inocencia, la mirada limpia, la santidad que creemos deberíamos tener. Hay veces que **la vida ha pegado duros golpes** que nos han hecho perder cosas que nunca deberíamos haber perdido: nuestra valoración personal, nuestra seguridad y nuestras ilusiones. Muchas veces parece que todo esto está dormido, que hemos conseguido anestesiarlo y vamos tirando hacia delante sin darnos cuenta de lo que está influyendo en nosotros, en nuestra manera de vivir el presente, de mirar con esperanza el futuro y de construir relaciones que nos ayuden como personas. En no pocas ocasiones, hasta la propia experiencia religiosa y de Dios parece que ha quedado detenida y que no es posible seguir avanzando, incluso, es fácil echarle la culpa a Dios.

El resucitado no omite nada de todo esto que nos resulta doloroso y que puede hacer llorar, todo lo contrario. Las preguntas de Jesús a María Magdalena lo ponen de manifiesto y siguen siendo también las preguntas que a nosotros nos dirige: *¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?* **Si no se encuentra de verdad al Señor Resucitado que ha vencido a la muerte podemos estar toda la vida buscando** sin terminar de encontrar aquello que nos satisface y calma nuestro dolor. Mucha gente pierde la vida a través de compensaciones que no terminan de mitigar lo que sigue doliendo en el interior y no acaban de encontrar un sentido hagan lo que hagan.

No podemos quedarnos atrapados en la imagen que tenemos de Jesucristo de antes, como hacía María Magdalena, sino que tenemos que descubrir la gloria

de la resurrección, **la novedad** que encontramos en su persona que nos manifiesta el poder y la fuerza de su divinidad, del amor que vence a todo dolor, a todo sufrimiento y a la misma muerte. Sí, hay que descubrir el amor glorificado que Cristo manifiesta. **Al Hijo de Dios no lo podemos atrapar con nuestras manos pero siempre está a nuestro lado.**

Cristo manifiesta a María la gloria de su triunfo, quiere hacerle partícipe de ello, y testigo de lo que ha sucedido cuando le dice que anuncie a los hermanos sus palabras: “subo al Padre mío y al Padre vuestro, al Dios mío y al Dios vuestro.” Así la anima a salir de sí misma y alegrarse por la gloria y el triunfo de la resurrección. Por su regreso al Padre. Podríamos afirmar que comienza este encuentro con lo de ella: su tristeza, su pérdida, su desconcierto y su dolor. Termina comunicándole el Señor aquello que le pertenece: su gloria, su triunfo y su gran novedad. Así cambiará el corazón de María Magdalena, se alegra en lo más profundo de su ser y puede convertirse en testigo de aquel que le ha encontrado.

SAN AGUSTÍN

“¿Qué significa esto? Acostumbramos a hablar de ello todos los años. Pero como la lectura se lee cada año, también el sermón debe ser igualmente anual. El tema: por qué Cristo, el Señor, dijo a la mujer que ya lo había reconocido... Primeramente le había dicho: *¿A quién buscas? ¿Por qué lloras?* (Jn 20,15). Más ella pensaba que era el hortelano. Y, si consideras que nosotros somos sus hortalizas, Cristo es el hortelano. ¿No es un hortelano *quien sembró el grano de mostaza* (Mt 13,31), esa semilla pequeñísima y llena de vigor? Semilla que creció, se elevó y se convirtió en un árbol tan grande que hasta las aves del cielo reposan en sus ramas. *Si tuvierais fe* —dice el mismo Señor— *como un grano de mostaza...* (Mt 17,20; Lc 17,6). El grano de mostaza es algo insignificante; nada es más despreciable a la vista y, sin embargo, nada tiene sabor más fuerte. Todo lo cual, ¿qué otra cosa significa sino el brío extraordinario y la fuerza íntima de la fe de la Iglesia?

Lo tomó, pues, por el hortelano y le dijo: *Señor* —como que, iba a pedirle un favor, le honró con ese título—, *si tú lo llevaste, muéstrame dónde lo pusiste, y yo lo cogeré* (Jn 20,15). Como diciéndole: «Yo tengo necesidad de él; tú, en cambio, no». **¡Oh mujer! Tú que crees necesitar a Cristo muerto, reconócelo vivo. Tú lo buscas muerto, y el Señor habla en vida contigo.** De nada nos serviría muerto si no hubiese resucitado (cf. 1 Cor 15,14). **Se le buscaba muerto, y se presentó vivo.** ¿Cómo vivo? La llama por su nombre: *¡María!*, y ella al instante, nada más oír su nombre, le dijo: *¡Rabboni!* (Jn 20,16). El hortelano pudo decir: *¿A quién buscas? ¿Por qué lloras?* (Jn 20,15). **María, en cambio, sólo Cristo podía decirlo.** La llamó por su nombre el mismo que la llamó al reino de los cielos. **Pronunció el nombre con el que la tenía inscrita en su libro: María.** Y ella lo llamó *Rabboni, esto es, Maestro.* Ya había reconocido a quien la iluminaba para que lo

reconociera; ya veía a Cristo en quien antes había visto a un hortelano. Y el Señor le dijo: *No me toques, pues aún no he subido a mi Padre* (Jn 20,17).

¿Qué significa: *No me toques, pues aún no he subido a mi Padre*? Si no podía tocarlo mientras permanecía en la tierra, ¿iba a poder tocarlo una vez sentado en el cielo? Es como si le hubiese dicho: «No me toques ahora; me tocarás entonces, cuando haya subido al Padre». Recuerde vuestra caridad la lectura de ayer, según la cual el Señor se apareció a los discípulos, y pensaron estar viendo un espíritu. El, queriendo sacarles de tal error, se prestó a que lo tocasen. ¿Qué les dijo? Ayer lo leímos, y sobre ello versó mi sermón. *¿Por qué estáis turbados y por qué suben esos pensamientos a vuestro corazón? Ved mis manos y mis pies; palpad y ved* (Lc 24,38-39). ¿Acaso había subido ya al Padre cuando les decía: *Palpad y ved*, prestándose a que lo tocasen sus discípulos; y no sólo a que tocasen, sino también a que lo palpasen, **para producir en ellos la certeza de la verdad de la carne y del cuerpo, para mostrar la solidez de la verdad hasta al tacto humano**? Se presta a que lo palpen las manos de los discípulos, pero a aquella mujer le dice: *No me toques, pues aún no he subido a mi Padre*. ¿Qué quiere decir esto? ¿Que los varones no pudieron tocarlo sino en la tierra, y que las mujeres tenían que tocarlo en el cielo, *pues aún no he subido a mi Padre*?

¿Qué es, pues, tocar sino creer? A Cristo lo tocamos con la fe, y es preferible no tocarlo con las manos y sí con la fe, a tocarlo con las manos y no con la fe. Tocar a Cristo no era nada del otro mundo. Los judíos lo tocaron cuando lo apresaron, cuando lo ataron, cuando lo colgaron; lo tocaron pero, por tocarlo mal, perdieron lo que tocaron. **Tócalo tú con la fe, ¡oh Iglesia católica!; tócalo con la fe. Si piensas que Cristo es solamente hombre, lo has tocado en la tierra. Si crees que Cristo, el Señor, es igual al Padre, entonces lo tocaste ascendido al Padre.** Así, pues, asciende para nosotros cuando hemos comprendido quién es. Una sola vez ascendió entonces a su Padre, pero ahora asciende a diario. ¡Y cuántos hay para quienes aún no ha ascendido! ¡Cuántos para quienes aún mora en la tierra! Muchos son los que dicen «No fue hombre»; muchos los que afirman «Fue un gran hombre», o «Fue un profeta». Muchos cristianos hubo que dijeron como Fotino: «Fue un hombre, nada más que un hombre; pero que superó por la excelsitud de su santidad y sabiduría a todos los hombres piadosos y santos, pues no fue Dios». ¡Oh Fotino!; lo tocaste en la tierra, te apresuraste a tocarlo, te precipitaste en tu opinión; **no llegaste a la verdad, según la cual es igual al Padre, ni, por tanto, a la patria, puesto que equivocaste el camino.**”¹²⁴

PARA REZAR MEJOR

Hoy podemos hacer la misma experiencia que María junto al sepulcro: escuchar al Señor que nos pregunta por nuestras lágrimas y nos dice lo mismo que a

¹²⁴ SAN AGUSTÍN, *Sermón 246, 3-4, Aparición a María Magdalena*, OC XXIV

la Magdalena. Hay que escuchar su voz que pronuncia nuestro nombre y hay que dejar que su palabra entre dentro de lo que más puede doler. Como ella, tenemos que responder por las razones de nuestras lágrimas porque él mismo se interesa por ellas. En ocasiones, ante los demás, tratamos de disimularlo, pero hoy, es el mismo Cristo Resucitado el que se dirige a nosotros y nos pregunta. ¿Cómo vamos a dejar de responder a sus palabras con nuestra propia verdad? Él nos presenta su verdad, su triunfo, su amor y su consuelo y somos invitados a presentarle la nuestra.

1. Pide con toda la fuerza del corazón poder encontrarte de verdad con el Señor Resucitado, escuchar su voz, que se interesa por tu vida, por todo aquello que te puede hacer llorar; suplica encontrar la alegría de la victoria de Cristo, de alegrarte por él, porque está vivo y ha vencido a la muerte y que esta sea también tu alegría. Pide también el don del Espíritu para que puedas abrir el fondo de tu corazón al Señor que te pregunta.
2. Ponte junto al sepulcro, hazte consciente de todo aquello que te duele, quizá desde hace mucho tiempo y que tratas de ocultar o no quieres terminar de reconocer porque tienes miedo que pueda contigo. Mira las lágrimas de María Magdalena y trata de mirar también las tuyas.
3. Alguien se para a tu lado, quizá no le reconozcas porque le confundas y no creas que pueda ser Jesucristo. Pero, es él, vencedor de la muerte, lleno de gloria y con la omnipotencia del amor de Dios. Mírale y reconócele, no quieras decir muchas cosas. Toma tiempo para mirarle. Tócale con la fe.
4. Escucha sus preguntas: *¿por qué lloras?*, *¿a quién buscas?* Las preguntas se dirigen al fondo del corazón a todo lo que muchas veces buscas y no encuentras en los demás o en Dios mismo. Pero te pregunta por la causa de lo que te hace llorar. Respóndele porque es el Hijo de Dios quien se interesa por ti. No calles nada. Termina la oración hablando con él y tratando de escuchar lo que te diga.

LA APARICIÓN A MARÍA LA MAGDALENA II: JESÚS LE DICE: «¡MARÍA!»

Isaías 62, 1-5

Por amor de Sión no callaré,
 por amor de Jerusalén no descansaré,
 hasta que rompa la aurora de su justicia,
 y su salvación llamee como antorcha.
 Los pueblos verán tu justicia,
 y los reyes tu gloria;
 te pondrán un nombre nuevo,
 pronunciado por la boca del Señor.
 Serás corona fúlgida en la mano del Señor
 y diadema real en la palma de tu Dios.
 Ya no te llamarán «Abandonada»,
 ni a tu tierra «Devastada»;
 a ti te llamarán «Mi favorita»,
 y a tu tierra «Desposada»,
 porque el Señor te prefiere a ti,
 y tu tierra tendrá marido.
 Como un joven se casa con su novia,
 así te desposa el que te construyó;
 la alegría que encuentra el marido con su esposa,
 la encontrará tu Dios contigo.

Con la experiencia del Señor Resucitado se abre la posibilidad plena de comprender la Escritura. Sólo desde él alcanzamos el verdadero sentido de las profecías y los salmos. Acudir a las páginas del Antiguo Testamento, leídas desde la experiencia pascual, permite descubrir el cumplimiento de las mismas desde este hecho que estamos contemplando.

Continuamos en la misma experiencia contemplativa: el encuentro de Jesús con María Magdalena. Si antes profundizamos en las preguntas con las que el Señor se dirige a esta mujer preguntándola por sus lágrimas y el sentido de su búsqueda, hoy nos vamos a detener en el hecho de que **Jesús se dirige a ella y la llama por su nombre**. Este es el momento fundamental en el que la Magdalena reconoce la presencia de Cristo en aquel que confundía con el hortelano.

Sabemos que el nombre es muy importante en la cultura semita y en la experiencia religiosa de Israel. Un nombre no supone una manera de llamar a una persona que se elige entre otras por gusto, sino que es una definición del ser de la misma, es decir, **su identidad**. Podemos comprender que, cuando Jesús la llama

por su nombre, está diciendo la verdadera identidad de esta mujer que estaba atrapada en medio del dolor; ahora, **la voz sale de labios del Señor Resucitado**, del vencedor de la muerte, de aquel que creía que había sido robado su cuerpo del sepulcro. Buscaba el cuerpo de un muerto, no una persona, y ahora, allí está Jesús, junto a ella, llamándola por su nombre.

Jesús está realizando en María Magdalena un **acto creador** que está transformando su corazón y todo su ser y está continuando la obra que comenzó en ella al manifestarla un tiempo atrás la misericordia de Dios. El hecho de pronunciar su nombre **no sólo hace que pueda reconocer a su maestro, sino que algo cambie dentro de ella**: sus lágrimas por el dolor de la pérdida se transforman en alegría y la que estaba retenida ante el sepulcro se convierte en testigo de aquel que la ha encontrado. Ahora puede hablar de Jesús a los apóstoles, darles instrucciones en nombre del Señor; de esta manera, ella misma se convertirá en signo de esperanza para los discípulos y lo sigue siendo para la Iglesia de todos los tiempos.

La acción de Cristo en ella es la misma que realiza en el corazón de todos los creyentes: **cada uno es llamado por el Resucitado por su propio nombre y así renovado en su interior**, es levantada la venda que le impedía ver la realidad y la presencia de Cristo, es destruido el peso que le mantenía atado al pasado junto al sepulcro y transformado en testigo de la resurrección del Señor. Podemos decir que **la identidad de cada creyente viene determinada por el hecho de escuchar a Jesús glorificado pronunciar su propio nombre** adquiriendo una novedad que no había tenido hasta entonces. El nombre de siempre, el del hombre viejo, salido de labios del Señor se convierte en el **nombre nuevo** del que habla el profeta Isaías.

El tercer Isaías no es ya como el segundo el profeta de la esperanza futura, sino el de la reconstrucción de la Jerusalén que encuentran destruida después del destierro. Sobre ella y sus habitantes se pronuncia este oráculo que sólo podemos entender plenamente desde la experiencia que supone el encuentro con el Señor Resucitado, ya que él mismo es quien puede pronunciar un nombre nuevo y hacer de la antigua Jerusalén la nueva Jerusalén: la que no es *Abandonada* ni *Devastada*, sino *mi Favorita y Desposada*. Así, es el mismo Señor el que le da el nombre nuevo y realiza una transformación que va más allá de la mera reconstrucción de las paredes de una ciudad que estaba destruida. Está **llamada a vivir la misma alegría que encuentra el esposo con la esposa** porque como tal la ha elegido y preparado el Señor. No habla de un cambio arquitectónico sino de una verdadera renovación interior de todos aquellos que habitan esta ciudad. Es la acción de Cristo Resucitado que puede renovar de verdad el interior de aquellos que le acogen en la fe.

Así podemos leer esta lectura, junto a María Magdalena, escuchando su nombre de labios del Señor y la promesa que ello encierra; **escuchar como también pronuncia nuestro nombre como promesa de nueva creación**. El Resucitado no se avergüenza ni del dolor ni de la historia de la persona, no lo hizo antes ni lo hace ahora; pronuncia el mismo nombre de la persona **dándole una belleza que no había tenido hasta entonces** porque queda envuelto de la gloria y del triunfo de la resurrección.

Leamos un texto de Santa Teresita de Liseux. En él habla de una experiencia

similar a la que estamos comentando con motivo de su primera comunión. El encuentro con Jesús le hace descubrir el nombre nuevo y encontrar consuelo en medio de sus pérdidas. Sus lágrimas son de verdadera alegría.

SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS

“Pero no quiero entrar en detalles. Hay cosas que pierden su perfume cuando se las expone al aire. Hay *pensamientos* del *alma* que no pueden traducirse al lenguaje de la tierra sin perder su sentido íntimo y celestial; son como esa «*Piedra blanca que será entregada al vencedor y sobre la cual está escrito un nombre que nadie CONOCE sino AQUEL que la recibe*

¡Ah, qué dulce fue el primer beso de Jesús a mi alma!... Fue un beso de amor, me sentía amada, y decía a mi vez: «Os amo, me entrego a vos para siempre.»”

No hubo ni peticiones, ni luchas, ni sacrificios. Desde hacía mucho tiempo Jesús y la pobre Teresita se habían *mirado* y se habían comprendido... Aquel día no era ya una *mirada*, sino una *fusión*. Ya no eran *dos*. Teresa había desaparecido, como la gota de agua que se pierde en el seno del océano. Sólo quedaba Jesús, él era el dueño, el rey.

¿No le había pedido Teresa que le quitase su *libertad*, porque su *libertad* le daba miedo? ¡Tan débil, tan frágil se sentía, que deseaba unirse para siempre a la Fuerza divina!...

Era demasiado grande su alegría, demasiado profunda para poder contenerla. Deliciosas lágrimas la inundaron pronto, con gran asombro de sus compañeras, que más tarde se decían unas a otras: «¿Por qué ha llorado? ¿Había algo que le disgustaba?... —¿No sería, más bien, por no ver junto a sí a su madre, o a su hermana la carmelita, a quien tanto ama?» No comprendían que viniendo a mi corazón toda la alegría del cielo, este corazón *desterrado* no podía soportarla sin derramar lágrimas...

¡Oh, no! La ausencia de mamá no me causaba pena en el día de mi primera comunión. ¿No estaba el cielo en mi alma? ¿No se había aposentado en él mamá desde hacía mucho tiempo? Pues bien: al recibir la visita de Jesús, recibía también la de mi madre querida, que me bendecía gozosa, alegrándose de mi felicidad...

No lloraba la ausencia de Paulina. Ciertamente, me hubiera gustado verla a mi lado, pero desde mucho tiempo atrás había ya aceptado el sacrificio. Aquel día sólo el gozo henchía mi corazón. ¡Me unía con la que irrevocablemente se entregaba a Aquel que tan amorosamente se entregaba a mí!”¹²⁵

¹²⁵ SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS, *Historia de un alma*, 35 r^o-35V^o, Obras Completas, Monte Carmelo, Burgos 8ª Ed, pp. 105-106

PARA REZAR MEJOR

Tenemos la oportunidad de seguir profundizando en el sentido del encuentro del Señor con María Magdalena y, con ello, encontrarnos más plenamente con el Señor desde nuestra propia experiencia. El Señor que nos pregunta por el objeto de nuestra búsqueda y de nuestras lágrimas también se dirige a nosotros por nuestro nombre. Es necesario escuchar a Cristo Resucitado que pronuncia nuestro nombre, aquel por el que somos conocidos por todas las personas, el que recibimos el día de nuestro bautismo. Detrás de él se encierra nuestra propia vida y muchas personas querrían cambiar su nombre para poder tener una nueva identidad. El gran milagro es que el Señor no cambia el nuestro sino que lo pronuncia, y con ello, nos da una identidad nueva que podemos profundizar con las palabras de Isaías que se nos proponen para esta contemplación.

1. Sigue pidiendo que se te conceda la verdadera alegría, la de Cristo Resucitado y que te pueda encontrar en tu misma situación; no dejes de pedir que puedas escuchar su voz que pronuncia tu nombre, que no rechaza nada de ti sino que le da una dimensión nueva y hermosa.
2. Recuerda la oración de ayer y vuelve a situarte en la misma escena. Pero fíjate en el precioso detalle de Jesús para con María Magdalena: la llama por su nombre y así ella puede reconocerle. Trata de ver la expresión de su rostro y la mirada de Jesús sobre ella, escucha la voz de Jesús y el cambio de la de esta mujer cuando le dice a Jesús: *Maestro*.
3. También el Señor se dirige a ti y pronuncia tu nombre y se fija en ti, en todo lo que eres, en todo lo que le has respondido sobre lo que buscabas y por qué llorabas. Sí, Jesús Resucitado está pronunciando tu nombre. Trata de escucharle al llamarte, de cómo vuelve a poner su mirada sobre ti y permanece junto a él.
4. Lee la lectura de Isaías como salida de labios del Señor que trata de explicarte lo que ha hecho contigo, lo que quiere hacer y lo que seguirá haciendo. Es una nueva creación. No te convierte en un héroe sino que realiza en ti lo que dicen estas palabras del profeta ¿Crees que es suficiente o esperas algo más del Señor?

EL SEPULCRO VACÍO Y LA APARICIÓN A MARÍA MAGDALENA: REPETICIÓN

En dos momentos de oración, uno cada día, se pueden repetir algunas de las escenas que hemos contemplado anteriormente para que ir creciendo en un mayor conocimiento interno del misterio de Cristo Resucitado. En esta oración hay que tener una gran libertad a la hora de escoger aquello que puede ayudar más teniendo en cuenta los criterios acostumbrados: las palabras, miradas, gestos, personas en las que el Señor se ha hecho más presente con una mayor claridad o donde hemos podido encontrar más resistencia porque se esconde algo de nosotros mismos que nos cuesta más trabajo poner delante del Señor.

La oración, en no pocas ocasiones, tiene mucho que ver con la **paciencia y la esperanza** de saber aguardar al Señor que siempre termina haciéndose presente aunque sea de una manera distinta a como lo esperamos. Necesitamos acrecentar el deseo de querer encontrarnos con el Señor más que solucionar problemas concretos que podemos tener; necesitamos ejercitarnos en la paciencia que nos ayuda a comprender los tiempos que Dios nos da para que pueda surgir la disponibilidad a su voluntad. Si esto lo aplicamos, por ejemplo, al pasaje del sepulcro vacío y la aparición a María Magdalena podríamos decir que **orar es aprender a estar ante el sepulcro vacío –donde no está el Señor– llorando como hacía ella, pero saber esperar a que él se haga presente en una forma nueva**. En definitiva siempre encuentran al Señor los que tienen un deseo grande de verle y oírle, de estar a su lado. Llorar ante el sepulcro sin encontrar nada es una forma de aprender a crecer en deseo, esperanza y paciencia. Nosotros tenemos una ventaja que la Magdalena no tenía: sabemos que el Señor ya ha resucitado, que está vivo y que no deja de hacerse presente en la vida y en la historia por dura y oscura que sea.

Hay que pedir poder experimentar la alegría del triunfo de Cristo sobre la muerte más que de nuestros propios triunfos que tienen encerrado un cierto grado de amor propio. Pero, **¿se puede alegrar uno por la victoria de Cristo cuando muchas veces parece que algunas cosas en nuestra vida siguen igual, que no cambia prácticamente nada?** Este es el gran don de la resurrección que el Señor concede: poder descubrir que su victoria es la nuestra, no porque algo cambie como nosotros lo esperamos, sino porque está vivo y nos acompaña en todas esas situaciones. El Papa **Benedicto XVI** en su encíclica *Spe Salvi*, lo expresa muy honda y bellamente:

“En esta imagen (la del filósofo con el bastón), que después perdurará en el arte de los sarcófagos durante mucho tiempo, se muestra claramente lo que tanto las personas cultas como las sencillas encontraban en Cristo: Él nos dice quién es en realidad el hombre y qué debe hacer para ser verdaderamente hombre. Él nos indica el camino y este camino es la verdad. Él mismo es ambas cosas, y por eso es también la vida que todos anhelamos. Él indica también el camino más allá de la muerte; sólo quien es capaz de hacer todo esto es un verdadero maestro de vida. Lo mismo puede verse en la imagen del pastor. Como ocurría para la representación del filósofo, también para la representación de la figura del pastor la Iglesia primitiva

podía referirse a modelos ya existentes en el arte romano. En éste, el pastor expresaba generalmente el sueño de una vida serena y sencilla, de la cual tenía nostalgia la gente inmersa en la confusión de la ciudad. Pero ahora la imagen era contemplada en un nuevo escenario que le daba un contenido más profundo: «El Señor es mi pastor, nada me falta... Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo...» (Sal 22,1-4). **El verdadero pastor es Aquel que conoce también el camino que pasa por el valle de la muerte; Aquel que incluso por el camino de la última soledad, en el que nadie me puede acompañar, va conmigo guiándome para atravesarlo:** Él mismo ha recorrido este camino, ha bajado al reino de la muerte, la ha vencido, y ha vuelto para acompañarnos ahora y darnos la certeza de que, con Él, se encuentra siempre un paso abierto. Saber que existe Aquel que me acompaña incluso en la muerte y que con su «vara y su cayado me sosiega», de modo que «nada temo» (cf. Sal 22,4), era la nueva «esperanza» que brotaba en la vida de los creyentes.”¹²⁶

¿Es suficiente en la vida saber que el Señor, porque está vivo y ha vencido a la muerte, nos acompaña en todas las circunstancias por difíciles y oscuras que sean? ¿De verdad *Dios basta* cuando lo que nos envuelve nunca parece suficiente, tanto de los demás como de nosotros mismos? Esto sólo es posible, si como en Pedro y Juan se enciende la fe en la resurrección ante el sepulcro vacío y como las mujeres y María Magdalena nos encontramos con el Señor glorificado. **Ella descubre que no está sola, que el Señor le acompaña y esa es su alegría: su vida es la misma, pero ahora tiene al Señor.** ¡Cuánto tenemos que pedir que esta sea también nuestra alegría! Es verdad que después de la resurrección todos lo que se encuentran con el Resucitado se alegran y algo cambia dentro de ellos, pero también es verdad que desde ese momento se les complicará mucho más la existencia porque tienen que ser testigos de esa alegría y de ese Señor hasta dar la vida por él. Esto no será fuente de tristeza —sí muchas veces de dolor— sino de un gran gozo porque pueden participar del destino de su Señor. ¿Es esta la alegría que queremos encontrar al contemplar los misterios de Jesucristo Resucitado? Sin duda, **necesitamos mucha purificación interior de nuestra intención.** No es posible sin orar, sin volver con deseo a cada una de las escenas que hemos contemplado para seguir aprendiendo y bebiendo de la fuente inagotable que es el Señor Resucitado.

Para la oración de estos días podemos tener en cuenta todas las escenas que hemos contemplado de la resurrección del Señor pudiéndonos detener en aquellas que queramos profundizar más porque nos vemos más movidos a ello desde la oración realizada en los días anteriores. Esta es la mejor manera para ir preparando el camino que hay que realizar en los días siguientes.

¹²⁶ BENEDICTO XVI, *Spe Salvi* 6

PARA REZAR MEJOR

Para realizar la oración de repetición siempre tenemos que superar un cierto prejuicio o pereza de volver a lo que hemos orado, pero sólo cuando hacemos esto damos la posibilidad a que la contemplación vaya quedando más gravada en nuestra memoria y en nuestros afectos. Trata de mirar qué es lo que te ha afectado más en los días anteriores porque ya ha habido un encuentro con el Resucitado desde lo que los evangelios nos van narrando. Es necesario que antes de ponerse a rezar se sepa cuál es la materia que se quiere repetir para que el tiempo de oración no quede reducido a una búsqueda de lo que vamos a tener que hacer.

1. Siempre hay que comenzar con la petición. Como ya lo hemos hecho anteriormente, conviene dedicar un tiempo suficiente a pedir aquello que queremos encontrar durante la contemplación ¿Qué es lo que de verdad quieres pedir que se te conceda en la oración? ¿No tendría que ser la petición de san Ignacio, poder alegrarse con Cristo resucitado que transmite tanta gloria? Dedicar el tiempo que necesites para pedir esta gracia.
2. Una clave importante en la repetición es que te fijas en los gestos y las palabras, tanto de las personas que intervienen, de los ángeles o del Señor. ¿Cuáles te quedaron más gravadas en las oraciones anteriores?
3. Vuelve a esa escena con la lectura del evangelio y las notas que pudiste tomar. Sitúate en la escena y hazte presente en ella. A quien esto le cuesta más trabajo conviene que vaya haciendo una lectura, haciendo pausas, del mismo evangelio tratando de escuchar lo que se dice para que pueda pasar al corazón y que no se quede en meras ideas que analizas tratando de dar vueltas con la cabeza.
4. La contemplación conviene que termine siempre con un diálogo con el Señor, bien respondiendo a las preguntas que nos puede hacer o diciéndole aquello que de verdad necesitamos expresar. Hay que hacerlo desde la misma escena que sugiere el evangelio, poniéndose en el lugar y en la situación que refleja lo que tú estás viviendo; pero hay que hacerlo desde tu propia verdad: tus deseos, miedos, dudas, tristezas y alegrías.
5. Si te cuesta más trabajo acude a la intercesión de la Virgen María para que sea ella misma quien te introduzca en este diálogo con el Señor.

APARICIÓN A LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS I

Evangelio según san Lucas 24, 13-24

Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos, pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

Él les dijo:

—«¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?»

Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó:

—«¿Eres tú el único forastero de Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días?»

Él les preguntó:

—«¿Qué?»

Ellos le contestaron:

—«Lo de Jesús de Nazaret, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; como lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves: hace ya dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado: pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron.»

Nos encontramos ante una situación que manifiesta la decepción que supone la muerte de Jesús en la cruz. Son dos discípulos, de los cuales sólo sabemos el nombre de uno de ellos: Cleofás. No hay nada más que este nombre y la situación existencial y religiosa que están viviendo como **una experiencia de vuelta atrás y de ruptura con los demás** hacia su lugar de origen. No tienen motivos para seguir esperando y se dan la vuelta para ver si ahora pueden encontrar algo de lo que dejaron cuando se decidieron a seguir a Jesús. Un día salieron de su ciudad con gloria, creyéndose poseedores de una gran noticia, ahora vuelven derrotados. **La cruz les escandaliza, les hace desentenderse.** A ellos, Jesús no les echará en cara su falta de amor, sino su tristeza, su desesperanza y la falta de comprensión de las Escrituras. Pero tenemos que ir viendo el pasaje paso a paso. Nos centramos en la primera parte del relato que nos describe la situación de aquellos dos hombres:

1. Han salido de Jerusalén camino de Emaús, una población que no se puede situar exactamente y que estaría a unos once kilómetros de la ciudad santa. En

un principio no se dice nada sobre su situación personal, simplemente que van de camino conversando sobre todo lo que había sucedido. Si el discípulo es el que sigue a Jesús, una vez que ha muerto de una manera tan escandalosa, no queda nada más que echar marcha atrás. No es por tanto ni una situación de seguimiento ni de espera sino de desandar el camino. Aquí se encuentra la descripción de todos aquellos que, decepcionados en ocasiones, deciden volver al lugar donde antes se podrían encontrar porque no ven el sentido a todo lo que han hecho. **Sin la presencia de Cristo no tiene sentido el seguir adelante sino recuperar el terreno perdido** donde se puede retomar todo lo que se había hecho antes.

2. Es interesante la segunda apreciación que encontramos en el evangelio de Lucas: Jesús se acerca mientras conversan y discuten. No sólo dialogaban entre ellos (ὁμιλεῖν) sino que discutían (συζητεῖν). El primer verbo nos recuerda la palabra “homilía”, que es bastante conocido; es una manera de dialogar. El segundo tiene el significado de investigar juntos algo para encontrar el significado, disputar o reflexionar. En el Nuevo Testamento suele aparecer para **manifestar una discusión acalorada**. No hay datos suficientes para precisar el significado en nuestro caso, sí es claro que, además de dialogar, están en una conversación que tiene una gran implicación personal, que podría conducirse por la reflexión que busca el sentido o la disputa entre ellos. **Lo importante es que Jesús se acercará a ellos en medio de esta situación**. Como siempre, el Resucitado se presenta en torno a situaciones existenciales muy vivas y nunca neutras: en medio de dos que dialogan, buscan el sentido o discuten es donde Jesús Resucitado se hace presente. Hay que esperar un poco más para darnos cuenta de lo que realmente están viviendo porque tampoco sin el diálogo y la escucha con Jesús es posible percibir lo que realmente hay en el interior.
3. Se pone a caminar con ellos. No les detiene como si tuviera prisa en manifestarles su identidad y su misterio; **se pone a su lado, sigue sus pasos**, se hace compañero de camino sin trastocar para nada el destino al que se dirigen. Jesús está a su lado pero no hace nada más que eso, caminar junto a ellos, sin meter prisa y sin querer cambiar sus ideas sobre el lugar al que se dirigen. Más aún, al final del relato, él llegará al destino con ellos y se quedará en su casa. La realidad es que **sus ojos están cerrados para poder reconocerle**. El verbo que encontramos –κρατέω– significa forzar, como si los ojos estuvieran forzados a no poder reconocerle. Como veremos más adelante están cerrados o forzados por la tristeza y algo tendrá que cambiar en su interior para que se puedan abrir, para que ceda la fuerza que les hace no poder reconocer y darse cuenta de quién es el compañero de camino. Esto no lo puede hacer nadie más que el Señor.
4. **Se interesa por su conversación** al preguntarles por lo que hablan mientras van de camino. En este punto dejan de caminar y se detienen. **Se preocupa por su situación**, lo mismo que hizo con María Magdalena; parece que al Resucitado le interesa más la preocupación por aquellos a los que se manifiesta que mostrar su identidad. Jesús hace que se paren en el camino y empiecen a preocuparse más por el caminante –al que no son capaces de reconocer– que por el mismo camino que están haciendo. En seguida se pone de manifiesto su situación: *se detuvieron entristecidos* (σκυθρωποί).

Realmente el adjetivo indica **un aspecto sombrío y una mirada triste, es decir, su manera de mirar está manifestando la tristeza que llevan en su interior**. Ahora se han parado y además de estar hablando y discutiendo se está manifestando algo más sobre su situación: transmiten una gran tristeza con su mirada.

5. Se extrañan de que el compañero de camino no sepa nada sobre lo que ha sucedido en Jerusalén y él les preguntará por ello. **¡El mismo Señor que lo conoce todo se hace ignorante para poder seguir preguntándoles a ellos!** No quiere saber nada pues ya lo conoce, pero hace posible que ellos puedan explicar, no sólo lo que ha pasado, sino su manera de comprender los acontecimientos, porque en ella se está manifestando lo que realmente les está sucediendo. No sólo es que Jesús está sepultado porque ha muerto en la cruz sino que algo importante les está pasando y todavía no se dan cuenta: están sin fe, sin comprensión de la Escritura, sin saber quién es Jesús, sin alegría y sin esperanza; además, están realmente “de vuelta”. **Esperaban de Jesús y ya no esperan nada**, ni siquiera pueden dar crédito a las palabras de las mujeres que decían que estaba vivo porque se lo habían dicho los ángeles. Están tan cerrados que no pueden comprender, ni escuchar ni ver. Ahora nos damos cuenta de cuál era realmente su situación.

Si nos fijamos con un poco de detenimiento, percibiremos **la gran delicadeza y respeto con la que el Señor se manifiesta a los hombres**: podemos recordar como entró en la historia por medio de la encarnación, su nacimiento y toda su vida pública y su muerte como un siervo. Ahora, en medio de la gloria y el poder de la resurrección, se sigue manifestando con un respeto enorme hacia aquellos a los que se presenta; en nada quiere violentar la situación de las personas a las que se hace presente y hace camino con ellos para ir desvelando de dentro a fuera lo que les sucede, y desde su verdad, abrirles al sentido de su misterio. **Ni siquiera la humanidad glorificada se impone al hombre sin contar con él y respetar escrupulosamente su situación. Nos da la sensación que Dios parece todavía estar escondido aguardando el momento de su manifestación.**

Esta aparición del Resucitado nos muestra que él siempre camina a nuestro lado, de una manera especial en medio de las discusiones y las tristezas, cuando sentimos que no hay esperanza o que nuestra fe se tambalea. Hay que aprender la manera en la que el Señor se acerca a nosotros para poder también hacerlo un día con aquellos que están padeciendo. **Sólo quien reconoce al Señor en medio de la decepción, la pérdida de la fe y la esperanza; quien no entiende el sentido del dolor y la cruz y está desandando el camino, puede un día ayudar a los demás para que se les abran los ojos y perciban que Jesucristo camina a su lado.** ¿No es esto importante para quien se siente llamado a seguirle en una vida que tiene que acompañar a los demás como sacerdote? El Señor enseña en la forma de revelarse a sí mismo: el desconocido se manifestará, pero antes de ello ayuda que se rélvele el propio interior, la verdad que cuesta trabajo reconocer. Sólo así se le puede descubrir auténticamente. Sí, él se revela, da a conocer su identidad y su resurrección, pero además de eso quiere transformar el interior de aquellos a los que busca; es el Resucitado que conoce el corazón del hombre, lo saca a la luz y lo sana con su presencia

SAN AGUSTÍN

“Ayer, es decir, la noche pasada, se leyó la resurrección del Salvador, pero según el evangelio de Mateo (cf. Mt 28). Hoy, como habéis oído de boca del lector, se nos ha leído la resurrección del Señor según la dejó escrita el evangelista Lucas (cf. Lc 24,13-35). Frecuentemente hay que advertiros —y debéis retenerlo en vuestra memoria— que no tiene por qué turbaros el que un evangelista diga algo que otro pasa por alto, puesto que quien pasa por alto ésa, dice otra que había omitido el primero. Hay cosas que sólo las narra un evangelista, callándolas los otros tres; otras las consignan dos, guardando silencio los otros dos; algunas las encontramos en tres de ellos, faltando sólo en uno. Puesto que en los cuatro evangelistas habla el único Espíritu, la autoridad del santo evangelio es tan grande que es verdadero hasta lo que dice un solo evangelista. Lo que acabáis de oír, que el Señor, después de resucitado, encontró de viaje a dos de sus discípulos, conversando sobre lo que había acontecido, y que les preguntó: *¿Cuál es el tema de conversación que os ocupa?* (Lc 24,17), etc., sólo lo narra el evangelista Lucas. Marcos lo menciona brevemente al decir que se apareció a dos que iban de viaje (cf. Mc 16,14), pero pasó por alto tanto lo que ellos dijeron al Señor como lo que el Señor les respondió.

¿Qué nos aportó esta lectura a nosotros? Algo verdaderamente grande, si la comprendernos. Se les apareció Jesús. **Le veían con los ojos, pero no lo reconocían. El maestro caminaba con ellos durante el camino y él mismo era el camino. Aquellos discípulos aún no iban por el camino, pues los halló fuera de él.** Estando con ellos antes de la pasión, les había predicho todo: que había de sufrir la pasión, que había de morir y que al tercer, día resucitaría (cf. Mt 20,18-19; Mc 10,32-34; Lc 18,31-33). Todo lo había predicho, pero su muerte se lo borró de la memoria. Cuando lo vieron colgando del madero quedaron tan trastornados que se olvidaron de lo que les había enseñado; no les pasó por la mente la resurrección ni se acordaron de sus promesas. *Nosotros —dicen— esperábamos que él redimiría a Israel* (Lc 24,21). **Lo esperabais, ¡oh discípulos!, ¿es que ya no lo esperáis?** Ved que Cristo vive: ¿ha muerto la esperanza en vosotros? Cristo vive ciertamente. **Cristo, vivo, encuentra muertos los corazones de los discípulos**, a cuyos ojos se apareció y no se apareció. Lo veían y permanecía oculto para ellos. En efecto, si no lo veían, ¿cómo lo oían cuando preguntaba y cómo le respondían? **Iba con ellos como compañero de camino y él mismo era el guía.** Lo veían, sin duda, pero no lo reconocían. *Sus ojos —como escuchamos— estaban incapacitados para reconocerlo* (Lc 24,16), **No estaban incapacitados para verlo, sino para reconocerlo.**

Atención, hermanos; ¿dónde quiso el Señor que lo reconocieran? En la fracción del pan. No nos queda duda: partimos el pan y reconocemos al Señor. Pensando en nosotros, que no le íbamos a ver en la carne, pero que íbamos a comer su carne, no quiso que lo reconocieran más que allí. La fracción del pan es causa de consuelo para todo fiel, quienquiera que seas; quienquiera que seas tú que llevas el nombre cristiano, si no lo llevas en vano; tú que entras en el templo pero con un

porqué; tú que escuchas la palabra de Dios con temor y esperanza. **La ausencia del Señor no es ausencia. Ten fe y está contigo aquel a quien no ves.** Cuando el Señor hablaba con ellos, aquellos discípulos no tenían ni fe, puesto que no creían que hubiese resucitado, ni tenían esperanza de que pudiera hacerlo. **Habían perdido la fe y la esperanza. Estando ellos muertos, caminaban con el vivo; los muertos caminaban con la vida misma. La vida caminaba con ellos, pero en sus corazones aún no residía la vida.**¹²⁷

PARA REZAR MEJOR

En este tiempo de oración nos vamos a fijar en la situación de los dos discípulos y en el hecho de ponerse el Señor a caminar con ellos sin que pudieran reconocerle. Este camino permite que percibamos una situación muy habitual en la vida del discípulo: no estamos preparados para descubrir el sentido de la cruz, nos desanimamos y rápidamente nos damos la vuelta del camino que estamos recorriendo con Cristo. Surge la desesperanza y la falta de fe que conduce a la pérdida del sentido. Pero el Resucitado sale siempre a nuestro encuentro, camina con nosotros aunque no somos capaces de descubrir quién es y que realmente está allí. Está presente pero está oculto y es necesario que se ponga a nuestro lado y nos vaya preguntando por aquello que nos sucede para darnos cuenta que realmente está vivo y presente.

1. ¿Cómo no pedir podernos alegrarnos de verdad al encontrarnos con el Señor? ¿No es necesario suplicar que se nos abran los ojos para poder reconocerle como estos hombres?
2. Lee con mucha calma el evangelio y vete fijando en estos dos personajes que dialogan y discuten, que han perdido la ilusión y la alegría. Han salido de Jerusalén y van solos por un camino distinto al que siempre quisieron recorrer. Date cuenta de su mirada que manifiesta una profunda tristeza. Míralos y trata de escuchar lo que están hablando.
3. Jesús se pone a caminar con ellos pero la tristeza cegaba su mirada, eran incapaces de reconocerlo. Tú si le reconoces, parece que quisieras gritarles que está a su lado pero no se dan cuenta. Escucha al Señor cómo les pregunta y hace que se vaya abriendo su corazón y manifiesten su decepción y su falta de comprensión del misterio.
4. Permite al Señor en esta mañana que se ponga a tu lado y que te pueda hacer descubrir dónde está tu tristeza, de dónde nacen tus decepciones y de todas las veces que quieres hacer o estás haciendo un camino de vuelta, sin alegría, fraternidad, ilusión y esperanza.
5. Como los de Emaús abre también tu corazón y deja que Jesucristo se fije en

¹²⁷ SAN AGUSTÍN, *Sermón 235, 1-3, los discípulos de Emaús*, OC XXIV

tu mirada y dile lo que hay en ella, a él aunque te parezca que no es él o que no camina a tu lado. Puede que no le reconozcas pero es el Señor quien te pregunta qué está pasando en tu interior.

APARICIÓN A LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS II

Evangelio según san Lucas 24, 25-29

Entonces Jesús les dijo:

– «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?»

Y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura.

Ya cerca de la aldea donde iban, el hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le apremiaron, diciendo:

«Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída.»

Después de haberles escuchado, dado tiempo para que abrieran su corazón, manifestaran su realidad de tristeza, desesperanza, su escaso conocimiento de Cristo y falta de memoria; después de haber caminado con ellos como un desconocido que se interesa por su vida, empieza a ejercer de maestro que recrimina su ignorancia, y al mismo tiempo les explica lo que estaba oculto para ellos en la Escritura. Antes escuchaba, ahora instruye.

¿Qué les dice de sí mismos? Hace notar su ignorancia o necedad y su torpeza en la fe para comprender la Escritura. El texto griego pone de manifiesto un hebraísmo que significa la cortedad en el entendimiento: *βραδεῖς τῇ καρδίᾳ τοῦ πιστεύειν* , **lentos de corazón** —de ahí la palabra bradicardia— **para creer** en todo lo que los profetas dijeron.

Para un semita el entendimiento de **la fe es un acto del corazón antes que una realidad intelectual**; es algo más que comprender con la cabeza, es un conocimiento interior mucho más intuitivo. Cuando esto se da y se crece en la fe, se queda abierto a la comprensión a través de la inteligencia y de la razón del misterio de Dios —que está escondido— en las palabras de los profetas y en la muerte de Cristo en la cruz. Si esa muerte tiene un sentido, es mucho más probable que la resurrección no sea algo imposible de esperar y entender. No quiere decir esto que la fe sea un asunto irracional, sino que es muy difícil adentrarse en lo que queda oculto y forma parte del misterio de Dios si no se tiene la certeza interior que da la fe, es decir, antes de emitir un razonamiento adecuado sobre la realidad que se tiene delante es necesario que se ilumine el corazón desde la experiencia de fe.

La recriminación no es tal, sino un poner de manifiesto su propia realidad y su incapacidad de comprender. Desde aquí parte el Señor tratando de explicar a los que son lentos de corazón para creer. Fijémonos en la sabiduría que manifiesta:

1. Les hace **una pregunta que va al centro** de todo lo que ha producido en ellos la oscuridad de fe, la tristeza de su mirada y la falta de esperanza: “¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?”. Jesús les plantea directamente lo que ha originado todo su proceso de vuelta atrás: **era necesaria la pasión para entrar en la gloria**. ¿Necesario? ¿Cómo sonarían estas palabras de este tercer caminante en sus oídos? Habrían oído muchas veces las palabras de los profetas y rezado los salmos; no les resultarían desconocidos todos los textos que hablaban del sufrimiento de los justos, sin embargo, algo había que no eran capaces de unir: poner todo ello en relación con las palabras y la vida de Jesús y, sobre todo, con la muerte en la cruz. No sólo había sufrido, había muerto como el peor de los maleantes, lo habían condenado las autoridades religiosas judías por blasfemo, ¿qué tenía que ver este hombre con aquellas figuras que conocían de toda su larga historia y amplia tradición de fe? De esta forma les ayuda a entender que la gloria del Mesías sólo se alcanza a través de un camino que incluye el sufrimiento, el escarnio y el aparente fracaso humano. Sólo así se puede vencer el escándalo de la cruz.
2. Les explica la Escritura con detenimiento, desde Moisés hasta todos los profetas, pero lo hace **de una manera novedosa** –la única en la que se puede comprender verdaderamente– **referido a él** (por el contexto, en la referencia al Mesías habría que entender este *él*, como al Mesías y no tanto a Jesús que está instruyendo, aunque sean la misma persona). Sí, la Escritura hablaba de la necesidad de la pasión en la figura del Mesías como un camino que conducía a la gloria. Las palabras comienzan a tener sentido, **algo se va encendiendo** dentro de sus corazones, pero todavía no es suficiente. Esto que está sucediendo en sus corazones –que eran lentos para entender– **les hace crecer en el deseo de que su anónimo caminante se quede con ellos** al llegar a su casa: “Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída”. Se han pasado gran parte de la jornada hablando, abriendo su corazón al desconocido, manifestando la tristeza y la desesperanza que encubría su falta de fe. Ahora alguien les está haciendo ver que era necesario que el Mesías tenía que padecer, y lo hace justamente cuando le hablan de la muerte de Jesús; además les dice que tienen un corazón lento para creer. **Algo ha empezado a cambiar en su corazón** y la hospitalidad se mezcla con la necesidad de que aquel hombre que les está abriendo el horizonte se quede con ellos porque quieren saber más. **El obstáculo para su fe se está convirtiendo en una puerta que se abre**. Jesús está revelándoles el misterio del Mesías, del sentido del sufrimiento y la cruz unidos a aquel que esperaban que fuera *un profeta poderoso en palabras y obras*, pero todavía no se ha revelado la identidad del compañero de camino.

“Entonces les abrió las Escrituras. El no comprenderlas les había llevado a decir, llenos de desesperación: *Nosotros esperábamos que él iba a redimir a Israel* (Lc 24,21). **¡Lo esperabais, oh discípulos; ya no lo esperaréis!** Ven tú, ladrón, amonesta a los discípulos. ¿Por qué perdéis la esperanza tras haberle visto crucificado, haberle contemplado colgado, haberle considerado débil? Así lo reconoció el ladrón, pendiente de la cruz también, creyendo al instante en aquel compañero de suplicio; vosotros, en cambio, habéis olvidado al autor de la vida. llámalos, ¡oh ladrón!, desde la cruz; **tú, criminal, convence a los santos.** ¿Por qué ellos? *Nosotros esperábamos que iba a redimir a Israel.* ¿Por qué el ladrón? *Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino* (Lc 23,42). Esperabais, pues, que él iba a redimir a Israel. ¡Oh discípulos! **Si él va a redimir a Israel, vosotros habéis caído; pero él levanta, no abandona. Quien se convirtió en vuestro compañero de camino, se hizo para vosotros camino.** Pero entonces no estaba allí el Pedro que había dicho: *Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo* (Mt 16,16). No se encontraba con ellos. El, juzgando, antes de morir el Señor, que, estuviese donde estuviese, Cristo estaba con ellos, lo negó entonces; pero ante su mirada, se echó a llorar. Ahora, en cambio, clavado en la cruz y muerto... **Tal vez pensaba lo que los judíos le decían como insulto, esto es, si es Hijo de Dios, baje de la cruz y creemos en él** (Mt 27,42). Momento quizá en que también los discípulos lo exhortaban, aunque no en plan de insulto, a que bajase de la cruz. Como no descendió, sino que entregó su Espíritu, se le vio muerto en el madero igual que mueren los demás hombres, fue envuelto en un lienzo y sepultado. Cuando los discípulos perdieron la esperanza, entre ellos se contaba también Pedro. Ya después de la resurrección, escribe el evangelista Marcos: *Se apareció a las mujeres y les dijo: Id y anunciad a mis discípulos y a Pedro que he resucitado de entre los muertos* (Mc 16,7). **El Señor se había manifestado ya con anterioridad a las mujeres que creyeron;** ellas dieron la vuelta y anunciaron a los discípulos la visión de ángeles que habían tenido, quienes les dijeron: *¿Por qué buscáis al vivo entre los muertos? No está aquí; ha resucitado* (Lc 24,5-6), y cómo no habían encontrado su cuerpo en el sepulcro. **Estas cosas las proclamaban unas mujeres a quienes los varones no daban fe;** lo anunciaban a los apóstoles, anunciaban a los mismos anunciadores quién era él. En efecto, después de haber expulsado de los cuerpos de los posesos los espíritus errantes, los mismos espíritus, atormentados y afligidos por la tortura, le decían: *¿Qué tenemos que ver nosotros contigo, Jesús, Hijo del Dios vivo? ¿Por qué has venido a atormentarnos antes de tiempo?* (Mt 8,29).”¹²⁸

PARA REZAR MEJOR

Hoy damos un paso más en la contemplación de este misterio: nos detenemos a escuchar al Señor para darnos cuenta de la manera en que a ellos y a

¹²⁸ SAN AGUSTÍN, *Sermón 236 A, 4, sobre los discípulos de Emaús*, OC XXIV

nosotros nos hace descubrir dónde se encuentran las verdaderas razones que conducen a la desesperanza y a la tristeza y a querer retomar todo lo que habíamos dejado: es la lentitud de corazón para creer. ¿Cómo no identificarnos con aquellos dos hombres? ¿No es verdad que somos lentos para creer las palabras que el Señor ha dicho? ¿No es cierto que la Escritura, que tantas veces leemos o escuchamos, nos resulta desconocida? ¿Qué sucede cuando se presenta el dolor en la vida? Es verdad que nosotros conocemos ya la resurrección del Señor y hemos creído en él, por eso, nuestra ceguera es mayor que la de ellos. Ellos todavía no habían creído y por eso desesperaban; nosotros lo hacemos después de haber creído en él.

1. Pide el don del Espíritu que abre el entendimiento del corazón y de la mente para descubrir el significado oculto de las Escrituras, de la vida de Cristo, de su muerte y del sufrimiento para que puedas descubrir que lo te obstaculiza la fe es la puerta que te puede abrir a ella.
2. Contemplar es tan sencillo como mirar y escuchar, pero es algo más que leer. Muchas veces leemos pero, ni nos paramos a mirar, ni somos capaces de escuchar, por eso, retenemos pero no entendemos, aprendemos pero no creemos. Párate hoy ante Aquel que camina contigo: mírale, escucha como explica a Moisés y a los profetas a aquellos hombres. Se detiene y también te lo explica a ti. El Resucitado tiene tiempo para tu vida, para la lentitud de tu corazón. Si eres lento, él es paciente.
3. ¿Necesario padecer? ¿No da un cierto miedo estas palabras? Sin duda, los ojos se volverán al Señor crucificado. Él dice que es necesario, que la cruz es camino de gloria. Ponte ante el Resucitado que te muestra la pasión y la cruz como un camino de gloria: la del amor que salva.
4. Habla con el Señor y dile también –como los dos de Emaús– quédate conmigo, aunque el día esté comenzando o terminando, quédate conmigo, porque sin ti, siempre se hace de noche en mi vida.

APARICIÓN A LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS III

Evangelio según san Lucas 24, 30-35

Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció.

Ellos comentaron:

«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»

Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo:

– «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón.»

Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

El caminante accede a la petición de los dos discípulos que van empezando a comprender algo. Se les ha ido abriendo el horizonte estrecho que tenían sobre la persona de Jesús y su muerte al escuchar al que se les ha unido en su trayecto: *el Mesías tenía que padecer esto para entrar en su gloria*. ¿Sería esto la cruz de Cristo? ¿Era de verdad Jesús el Mesías? ¿Será verdad que las mujeres tenían razón y está vivo? Con todas estas posibles inquietudes ardiendo en su corazón el desconocido entra en su casa.

Todo va llegando al momento culminante al sentarse a la mesa. Rápidamente nos damos cuenta que sucede algo inusual: ¿quién pronuncia habitualmente la bendición sobre el pan?, ¿acaso el invitado?, ¿no es una tarea propia del dueño de la casa o del padre de familia? **El compañero de camino toma la iniciativa** de recitar la bendición y repite los mismos gestos que hizo Jesús al instituir la Eucaristía. Probablemente ellos no estuvieron en ese momento, quizá ni hubiera habido tiempo para que escucharan lo que paso aquella noche. ¿Se fijarían en aquellas manos que partían el pan descubriendo los agujeros de los clavos? Nada nos dice el relato de ello, aunque así lo refleje en muchas ocasiones el arte, pero, la realidad apunta a que **algo sucede en el interior de estos dos hombres**: se les abrieron los ojos justo en ese momento; como más tarde dirán a los apóstoles, *cómo lo habían reconocido al partir el pan*. ¿Qué ha sucedido en aquellos hombres al ver como el caminante parte el pan?

1. Se les han abierto los ojos de la fe y no sólo han visto, han contemplado y reconocido. **Esto es contemplar: que se abran los ojos, que surja el**

conocimiento interior de la verdad y se nos pueda revelar el misterio escondido en aquel que tenemos ante nosotros: este hombre es el Señor que ha resucitado y se les muestra lleno de gloria. Fijémonos en lo que dice el texto griego: διηνοιχθησαν οἱ ὀφθαλμοὶ καὶ ἐπέγνωσαν αὐτόν. El verbo διανοίγω o también ἀνοίγω significa abrir, y es utilizado como una acción de Dios o de Jesucristo para dar la vista a los ciegos a los que *abre* los ojos, o el cielo que queda abierto en la transfiguración para hacer presente el Espíritu y la voz del Padre, un ángel del Señor abrirá las puertas de la prisión a Pedro en los Hechos de los Apóstoles, etc. Es un hecho que Dios realiza y, en nuestro texto, queda todavía más manifiesto al aparecer como un pasivo divino porque los **ojos les fueron abiertos**. Dios les abre los ojos y entonces *conocen* a Jesús. Conviene recordar que este verbo –ἐπιγνώσκω– es una forma de conocimiento interior y no puramente intelectual; se realiza con el corazón, más aún, con las entrañas.

2. Démonos cuenta lo que ha pasado: **al principio tenían los ojos cerrados para reconocer y lento el corazón para creer. Ahora el corazón que había empezado a arder puede creer y los ojos –tocados por Dios– pueden reconocer al Señor.** La fuerza que mantenía los ojos cerrados para reconocer ahora ha desaparecido y pueden ver de verdad. El que se unió en su camino, les explicó las Escrituras y las refirió al Mesías, es él, el Señor Resucitado que está sentado a la mesa con ellos. Ha **habido un proceso de preparación** por parte de Jesús durante el camino, ha escuchado, ha hablado y explicado; más tarde ha realizado el signo –sacramento– de tomar el pan, pronunciado la bendición y lo ha partido; en ese momento ha nacido la fe y han podido reconocer al desconocido. Estos dos discípulos se convierten de esta manera en un símbolo que ayudará a comprender a todas las generaciones futuras la presencia real del Señor Resucitado en el pan partido de la eucaristía, pero también de su oficio de consolar y poder acercarse a todo hombre e iluminar las circunstancias de la vida con su presencia.
3. En ese momento –literalmente– **Jesús se hizo invisible** (ἄφαντος ἐγένετο) es decir, desaparece de su vista. El Resucitado se hace presente para suscitar la fe de aquellos que tenían el corazón encogido y estaban marcados por la tristeza y el escándalo de la cruz; consuela sus corazones y les manifiesta la verdad de su misterio y la gloria de su divinidad. Cuando esto sucede desaparece porque **no es accesible en sí mismo si no se manifiesta y no se pueden apropiarse de él**; cuando el objeto de su presencia se ha cumplido ya no es necesario que siga allí: igual que se hace presente deja de ser visible.
4. **En este instante, no sufren la tristeza de la pérdida**, todo lo contrario, tienen prisa por recorrer el camino inverso que les conduce de nuevo a Jerusalén, hay necesidad de dar a conocer a los demás que Jesús está vivo tal y como hicieron las mujeres. Es un signo de la alegría y de la vida que produce la fe y el encuentro con el Señor Resucitado. Allí están los Once con otros compañeros que están comentando lo mismo que ellos: *Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón*. Estos dos discípulos no sólo contarán como le reconocieron sino todo lo que sucedió mientras iban de camino y cómo les ardía el corazón. Una vez que se le ha reconocido se entiende el sentido que tenía el camino que comenzó con los ojos cerrados y

lento el corazón. Ellos no salieron a buscar el cuerpo del Señor como las mujeres, pero **el Señor si les buscó a ellos y se les manifestó y les dio la fe y la esperanza y, con ello, la posibilidad de ser sus testigos.**

SAN AGUSTÍN

“Aquéllos reconocieron al Señor y, una vez que lo reconocieron, ya no se dejó ver en ningún lado. **Se alejó de ellos corporalmente, a la vez que lo tenían consigo mediante la fe.** Ved el motivo por el que nuestro Señor se sustrajo corporalmente a toda la Iglesia y subió al cielo: para edificar la fe. **Si no conoces más que lo que ves, ¿dónde está la fe? Si, en cambio, crees hasta lo que no ves, cuando lo veas te llenarás de gozo. Se edifica la fe, porque después se recompensará con la visión.** Llegará lo que no vemos; llegará, hermanos, llegará. Estate atento a cómo vaya a encontrarte. Llegará también el momento por el que preguntan los hombres: «¿Dónde, cuándo, cómo será?». «¿Cuándo sucederá eso?». «¿Cuándo ha de venir?». Ten la seguridad: llegará. Llegará, aunque tú no lo quieras. ¡Ay de los que no lo creyeron! ¡Qué gozo para quienes lo creyeron! ¡Se llenarán de alegría los fieles, y de confusión los incrédulos! **Los fieles dirán: «Te damos gracias, Señor; lo que escuchamos era verdad, verdad lo que creímos, verdad lo que esperamos y verdad lo que ahora vemos».** Los incrédulos, en cambio, dirán: «¿Dónde queda el no haber creído? ¿Dónde queda el haber considerado como falsedades lo que leíamos?». Y sucederá que a la confusión se añadirá el tormento, y a la alegría se la recompensará con el premio. En efecto, *aquéllos irán al fuego eterno y los justos a la vida eterna (Mt 25,46).*”¹²⁹

PARA REZAR MEJOR

La conclusión del relato de los discípulos de Emaús hace descubrir la necesidad que tenemos de unos ojos abiertos para descubrir al Señor Resucitado en medio de nuestras decepciones, tristezas, faltas de esperanza y de fe, incluso, en nuestras discusiones. Jesucristo recorre un camino como un desconocido que acompaña, se interesa y enseña a aquellos dos hombres. Será al final del camino, cuando parece que todo ha concluido, llega el momento cumbre en el que pueden descubrir que el Señor está vivo y que las mujeres no estaban fuera de sí. Porque él está presente sus vidas cambian de nuevo, la vuelta atrás se hace camino de regreso al lugar donde surge el conflicto y la crisis; la pesadez del camino y los

¹²⁹ SAN AGUSTÍN, *Sermón 236, 4, los discípulos de Emaús*, OC XXIV

interrogantes se convierten en prisas y certezas para anunciar la verdad de lo sucedido. Ahora, todo tiene sentido porque el corazón que ardía apuntaba a lo que desconocían pero empezaba a tener visos de posibilidad. Al partir el pan los ojos se abren, le reconocen y desaparece. Está vivo pero no se pueden apropiarse de su compañía y tienen que realizar una tarea.

1. ¡Cuánto tenemos que suplicar que se nos abran los ojos! Son tantas circunstancias las que nos impiden ver al Señor vivo y presente en nuestra vida y en nuestra historia; se cierra la esperanza y la posibilidad de seguir en el camino. No es un problema de presencia de Cristo, sino de ceguera. Muchas veces, ni le reconocemos en la Eucaristía, al partir el pan.
2. El Señor no ha pasado de largo, se ha quedado con ellos, se ha sentado a su mesa. De la misma manera viene a estar con nosotros, muchas veces sin que reconozcamos su presencia en los demás, se sienta a nuestra mesa y parte el pan para nosotros. Cada día no sólo podemos contemplar esa escena sino vivirla verdaderamente. ¿Cuántas veces se han abierto los ojos y has podido darte cuenta de su presencia en momentos que antes no le veías, habías perdido la alegría y la esperanza, incluso la fe? Mira al Señor que entra en tu casa, se sienta contigo y te abre los ojos una vez más. Piensa en tu momento presente y deja que se ponga a tu lado.
3. ¿Podría terminar tu oración con un diálogo de acción de gracias? Seguro que tu recorrido con estos dos discípulos y el Señor te han ayudado a hacerlo. Puedes haber experimentado su amor, su cercanía y su consuelo: Si algo te ha ardido el corazón o has podido ver algo porque ha cesado aquello que forzaba los ojos a permanecer cerrados, no has sido tú, sino el Señor que caminaba contigo aunque no lo reconocieras.

APARICIÓN A LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS IV: REPETICIÓN

Evangelio según san Lucas 24, 13-35

Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, distante unas dos leguas de Jerusalén; iban comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

Él les dijo:

—«¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?»

Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replicó:

—«¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado allí estos días?»

Él les preguntó:

—«¿Qué?»

Ellos le contestaron:

—«Lo de Jesús, el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves: hace dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado: pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron.»

Entonces Jesús les dijo:

—« ¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?»

Y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura.

Ya cerca de la aldea donde iban, él hizo ademán de seguir adelante; pero ellos le apremiaron, diciendo:

—«Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída.»

Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció.

Ellos comentaron:

—«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?»

Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo:

—«Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón. »

Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan

Durante tres momentos diferentes nos hemos ido sumergiendo en el misterio que va desvelando el relato de los discípulos de Emaús: no es otro que Cristo vivo, vencedor de la muerte, que se hace presente en el camino de dos hombres sin fe y sin esperanza, decepcionados y en una clara situación de huida, del problema y de los hermanos. El va acompañando un itinerario preguntándoles por su situación, por su vida, y explicándoles las Escrituras va mostrando el sentido de su muerte en la cruz y su propia identidad.

Si recordamos la contemplación de la **Transfiguración del Señor** nos daremos cuenta que eran Moisés y Elías los que hablaban de su muerte que se consumaría en Jerusalén. Durante la subida a Jerusalén los apóstoles no entendían. Tampoco alcanzaban a comprender y se les hacía oscuro los anuncios que Jesús hacía de su muerte y resurrección. **Ahora es el Señor Resucitado el que puede explicar su muerte, la necesidad de la pasión y de la cruz como un camino de gloria** —no posible, sino realizado— que consuma el plan de salvación de Dios. Así es, el Resucitado se hace presente para suscitar la fe, no sólo en su persona, y manifestar la gloria de la divinidad escondida y consolar a los suyos, sino para enseñar que **a la meta y al triunfo del amor glorificado que todo lo puede, no se llega, sino a través del amor entregado y crucificado**. El sufrimiento ya no es un escándalo, se puede asumir **por amor**, encontrarle un sentido y hacer de ello entrega de la propia vida que se une a la del mismo Señor en la cruz. De esta manera se puede descubrir que, ahí mismo, se está haciendo presente la gloria y la salvación.

Esto es lo que el Señor resucitado enseña a los discípulos de Emaús, se muestra a ellos en toda su verdad —eso sí, sin poder ser atrapado por nadie, pero presente— y hace que nazca la fe en el triunfo de su persona, de su plan de salvación; en definitiva, la victoria del mismo Dios, y de esta manera les abre el horizonte para que puedan ser sus testigos hasta entregar la vida.

Volvamos a este relato para ir haciendo todo este recorrido, dejando que el Señor camine a nuestro lado, escuche nuestro sufrimientos que nos atrapan en la tristeza, la desesperanza y un enfriamiento del amor; para que nos explique el sentido de su entrega y de la nuestra, de la cruz, de la fuerza de la resurrección y vaya iluminado lo que hay en nosotros de oscuridad. Reconocerle como vencedor de la muerte abre a la verdadera alegría y **nos ayudará a encontrar el sentido del propio dolor abriéndonos a la fe, la esperanza y el amor**. Quien no expresa y descubre el dolor de sus sufrimientos ante el Señor Resucitado difícilmente podrá creer, esperar, y sobre todo, amar.

Podemos leer a continuación un texto de San Juan de la Cruz que nos permite profundizar en el significado en el sentido de la pasión y de la cruz como un camino de plenitud que conduce a la gloria.

SAN JUAN DE LA CRUZ

“Por más misterios y maravillas que han descubierto los santos doctores y entendido las santas almas en este estado de vida, les quedó todo lo más por decir

y aun por entender, y así **hay mucho que ahondar en Cristo**, porque es como una abundante mina con muchos senos de tesoros, que, **por más que ahonden, nunca les hallan fin ni término**, antes van hallando en cada seno nuevas venas de nuevas riquezas acá y allá.

Que, por eso, dijo san Pablo del mismo Cristo, diciendo: *En Cristo moran todos los tesoros y sabiduría escondidos*. En los cuales el alma **no puede entrar ni llegar a ellos, si, como habemos dicho, no pasa primero por la estrechura del padecer interior y exterior a la divina Sabiduría**.

De donde, pidiendo Moisés a Dios que le mostrase su gloria, le respondió que no podría verla en esta vida, más que él e le mostraría *todo el bien* (Ex 33, 20), es a saber, que en esta vida se pueda. Y fue que, metiéndole en la caverna de la piedra, que, como habemos dicho, es Cristo, les mostró sus espaldas, que fue **darle conocimiento de los misterios de la humanidad de Cristo**.

Porque, aun a lo que en esta vida se puede alcanzar de estos misterios de Cristo, **no se puede llegar sin haber padecido mucho** y recibido muchas mercedes intelectuales y sensitivas de Dios, y habiendo precedido mucho ejercicio espiritual, porque todas estas mercedes son más bajas que la sabiduría de los misterios de Cristo, porque todas son como disposiciones para venir a ella.

¡Oh, si se acabase ya de entender cómo no se puede llegar a la espesura y sabiduría de las riquezas de Dios, que son de muchas maneras, si no es entrando en la espesura del padecer de muchas maneras, poniendo en eso el alma su consolación y deseo! ¡Y cómo el alma que de veras desea sabiduría divina desea primero el padecer para entrar en ella, en la espesura de la cruz! Que, por eso, san Pablo amonestaba a los de Éfeso que *no desfalleciesen en las tribulaciones, que estuviesen bien fuertes y arraigados en la caridad; para que pudiesen comprender, con todos los santos, qué cosa sea la anchura y la longura y la altura y la profundidad, y para saber también la supereminente caridad de la ciencia de Cristo, para ser llenos de todo henchimiento de Dios* (Ef 3, 17-19).

Porque, **para entrar en estas riquezas de su sabiduría, la puerta es la cruz, que es angosta**. Y desear entrar por ella es de pocos; mas desear los deleites a que se viene por ella es de muchos.¹³⁰

PARA REZAR MEJOR

Decía San Juan de la Cruz que *hay mucho que ahondar en Cristo* y que a su misterio *nunca le hallan fin ni término*. Esto es lo que estamos haciendo, adentrarnos en los misterios de la resurrección del Señor que, como todos ellos, no tienen final, son un pozo sin fondo del que siempre podemos beber sin agotar el agua. Durante otros dos momentos de oración vamos a hacer la oración de repetición que nos ayuda a profundizar en este *pozo* que presenta el encuentro con los discípulos de Emaús. Podríamos hacer lo siguiente:

¹³⁰ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, 37, 4. 36, 13

1. En el primer tiempo de oración –después de la súplica que venimos realizando– efectuar un recorrido del relato completo, haciendo pausas, en aquello que más nos ayuda e ilumina, tratando de escuchar y de mirar. No importa si no se termina todo el texto evangélico. Hay que aprender a pararse en la oración sin querer agotarlo todo. Lo importante no es llegar a todo, sino fijarse en alguno de los detalles que nos puedan abrir al misterio que contemplas. Si tienes algo que dialogar con él Señor, hazlo, si no es así, mira y escucha.
2. En el segundo espacio de contemplación puedes volver a aquello que te ha quedado más en el corazón o ha iluminado tu mente para gustar más de ello. Pero no vayas corriendo, comienza pidiendo el don de aquello que quieres encontrar para que no pienses que es un esfuerzo tuyo, algo que consigues sólo con tu empeño. No olvides que es el Señor el que hace arder el corazón y abre los ojos que están cerrados a su Misterio.
3. No omitas la lectura del texto evangélico porque allí se encuentra todo lo que necesitas ver y escuchar; no quieras saltarte lo que los evangelistas han dejado escrito a la Iglesia de todos los tiempos; no creas que ya lo conoces de memoria porque allí está encerrado el tesoro inagotable que es Cristo y ellos nos transmiten. Sé humilde, no piense que ya te sabes, acude como quien va a algo nuevo.
4. ¿Qué es lo más importante que has escuchado o visto del Señor? ¿Qué es lo que le has podido decir con el corazón abierto? Termina así tu oración, escuchando y hablando. Guarda alguna una frase para ir la repitiendo a lo largo del día y prolongar la oración y la contemplación.

APARICIÓN A LOS DÍSCÍPULOS I

Evangelio según san Lucas 24, 35-49

En aquel tiempo, contaban los discípulos lo que les había pasado por el camino y cómo habían reconocido a Jesús al partir el pan.

Estaban hablando de estas cosas, cuando se presenta Jesús en medio de ellos y les dice:

– «Paz a vosotros.»

Llenos de miedo por la sorpresa, creían ver un fantasma. Él les dijo:

– «¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro interior? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un fantasma no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo.»

Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Y como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo:

– «¿Tenéis ahí algo que comer?»

Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos. Y les dijo:

– «Esto es lo que os decía mientras estaba con vosotros: que todo lo escrito en la ley de Moisés y en los profetas y salmos acerca de mí tenía que cumplirse.»

Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. Y añadió:

– «Así estaba escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día, y en su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto.» Y mirad, yo envío sobre vosotros la Promesa de mi Padre; vosotros quedaos quietos en la ciudad, hasta que os revistáis de la fortaleza de lo alto.

Durante estos días vamos a ir contemplando la aparición de Jesús Resucitado a los apóstoles. Cada evangelista permite ir incorporando distintos matices que nos ayudan a conocer la situación en la que ellos se encontraban y en la cual el Señor irrumpe con toda su fuerza. Nos detenemos en el relato que hace san Lucas de este acontecimiento. Sucede en el momento justo que los dos de Emaús están dando a conocer lo que a ellos les había pasado durante el camino y cómo le habían reconocido al partir el pan. Hay que fijarse en cada una de las palabras que Cristo les dirige; ellas nos ayudan a comprender qué es lo que el Señor viene a traer a los suyos y la tarea que realiza con ellos.

Podemos tratar de ponernos en la situación de sus discípulos que aporta algunos elementos importantes que hasta ahora no habían aparecido. Ellos son los que habían sido llamados junto al lago y los que habían caminado con él durante tres años: habían visto sus milagros, escuchado sus palabras, convivido con él y

enviados con su autoridad; habían participado de la Última Cena y le habían oído anunciar la decepción, la negación y hasta la traición que iban a realizar. No lo entienden, pero, al llegar el momento definitivo, tres de ellos le habían visto orar en la agonía de Getsemaní y después, al ser arrestado, todos se habían dispersado. Judas le traiciona y decide quitarse la vida; Pedro le ha negado y ha podido descubrir la mirada del Señor sobre él, y, al final de todo, sólo Juan permaneció al pie de la cruz. ¡Cuántos sentimientos habría en su interior! **Son los que él ha elegido y le han abandonado.** Podríamos tratar de imaginar sus conversaciones, su decepción, su conciencia de culpa; seguramente podría haber recriminaciones de unos hacia otros. Además, no terminaban de dar crédito a las palabras de las mujeres.

Cuando llegan los de Emaús ya afirmaban la resurrección porque se había aparecido a Pedro, aunque no haya constancia de este relato en el evangelio de Lucas ni en los otros evangelios. Sólo Juan se refiere a una aparición junto al Lago, que probablemente no es la misma a la que se refiere el tercer evangelista. De ella no sabemos nada. **Saben que está vivo y ha vencido a la muerte, pero ¿cómo será? ¿tendrá cuerpo realmente? ¿será un espíritu o un fantasma? ¿qué les dirá cuando les encuentre?** Seguramente, ellos se habrían dicho unos a otros muchas cosas por las que el Señor les podría juzgar o reprochar. Con estos presupuestos podemos situarnos en aquel momento en que Jesús se hace presente.

1. Jesús se presenta en medio de ellos **cuando están hablando de todo lo que ha sucedido**: no estaba y, de repente, le tienen ante sus ojos. Parece poco significativo el detalle del evangelio que afirma que Jesús *se presenta en medio de ellos* pero tiene una gran importancia. No es la primera aparición pero sí de la que tenemos constancia a los discípulos, tal y como lo presentan Mateo, Lucas y Juan; Marcos lo hace de una forma más escueta y unido al envío universal. Parece que los evangelios quieren manifestar la centralidad de **la aparición a todos los apóstoles juntos**, ahora once, y a otros discípulos con ellos. No importa el hecho de que cada uno lo vea, sino que **lo hacen todos juntos, ocupando Jesús el centro de nuevo —en medio de ellos— lo cual hace posible que vuelvan a ser de nuevo el grupo apostólico.** Sin su presencia quedan dispersos, pero, con el Señor, vuelven a ser comunidad apostólica reunida en torno a Jesús. Ahora es el mismo Jesús, resucitado y vencedor de la muerte quien vuelve a ocupar su lugar en medio de los suyos recomponiendo su identidad.
2. No sólo se presenta sino que **les habla**: Εἰρήνη ὑμῶν —*paz a vosotros*—. Son las primeras palabras que Jesús les dirige personalmente después de la Última Cena. **Lo primero que sale de labios del Resucitado a sus apóstoles no es ninguna recriminación**, ni siquiera pregunta como hace a la Magdalena o los de Emaús. Simplemente **les desea la paz** con el saludo hebreo por excelencia. Es el deseo de la paz que incluye todos los bienes mesiánicos, la paz que es resultado del amor y la justicia. ¿Podemos imaginar cómo sonaron en los oídos de aquellos hombres estas palabras de Jesús? Los cobardes, los que niegan y abandonan en el momento más crítico escuchan del Señor deseos de paz. En el evangelio de Marcos les echa en cara su incredulidad, es decir su falta de fe en la resurrección y en el sentido de su muerte, pero nunca su traición ni su abandono. Perdiendo a Jesucristo

lo habían perdido todo y ahora lo tienen de nuevo junto a ellos deseándoles la paz que, sin duda, habían perdido. **Es la paz mesiánica**, no una simple ausencia de violencia, ni tampoco un sentimiento de bienestar interior –del que hoy se puede hablar como un “estar en paz con uno mismo”–. **Incluye la reconciliación y la oportunidad de una vida nueva** que nadie más que Dios puede otorgar.

3. Lo primero que sienten no es paz sino **turbación y miedo**, puesto que creían ver un espíritu (πνεῦμα) que había vuelto de entre los muertos. Pero es el mismo Jesús que antes habían conocido el que **invita a tocarle para que se den cuenta de que tiene carne y huesos**. Les invita a acercarse a él para que la fe pueda superar el temor y puedan creer que **no es una presencia que surge de entre los muertos sino que es él mismo en persona**. Come con ellos como había hecho en otras ocasiones, sin olvidar que el signo de sentarse a la mesa es también una oferta de comunión con él, que realmente ha vencido a la muerte. De esta manera despeja la duda que los tenía atrapados en su propia lógica y en su incompreensión de la misma Escritura. **La falta de comprensión lleva a la duda, la duda al temor y, con él, a la imposibilidad de poder ser sus testigos**. Por ello, la primera misión del Resucitado es salvarles del temor que les mantenía encerrados haciendo surgir la fe a través de la manifestación de su cuerpo glorioso. El Crucificado es el Resucitado y sus manos y sus pies traspasados son el signo de esta identidad.
4. Como hace con los de Emaús, vuelve a ejercer la labor de Maestro que les explica el sentido de la Escritura en lo que se refería a él, de una manera especial a su muerte que se había convertido para ellos en la piedra de tropiezo. Pero hace algo más que una simple explicación: **les abre el entendimiento** que hasta ese momento habían tenido cerrado; pueden comprender no porque han hecho un esfuerzo intelectual sino porque se les ha concedido un don que no podrían obtener por sí mismos.
5. No sólo no recrimina el pecado sino que hace posible otro don mayor: el de la **conversión y el perdón para todos los pueblos**. Su muerte y resurrección tienen un objetivo salvífico para todos los hombres; si ha padecido la cruz y si ha vencido el poder de la muerte es para que en su nombre se pueda alcanzar la verdadera conversión, el cambio de mentalidad y de existencia que conduce a vivir la experiencia de la vida nueva que nace del perdón. La vida nueva no es fruto tampoco de un esfuerzo personal que el hombre alcanza por sí mismo sino un don que se otorga a quien se encuentra con el Señor que ha muerto y resucitado y les transforma la mente y el corazón cuando le aceptan en la fe.
6. **Ellos son testigos** (μάρτυρες) de todo esto manifestándoles la finalidad de su propia vocación. Si un día fueron llamados, es precisamente para esto: poder ser testigos ante los demás de todo lo que han vivido.
7. **Deben tener paciencia, aprender a aguardar** a que se cumpla la última de las promesas: el envío del Espíritu Santo que les capacitará para realizar la misión que les encomienda. Este es el último don del Resucitado, **hacerles partícipes del mismo Espíritu** que hizo posible su encarnación, vida, muerte y resurrección. Sin su presencia no hay posibilidad de poder realizar la tarea.

SAN AGUSTÍN

“Muchos maniqueos, impíos y herejes, suponen y creen que Cristo no tenía carne verdadera, sino que era un espíritu con apariencia de carne no para edificar la fe, sino para engañar a los ojos; no para ser hombre, sino para aparentarlo; no para ser carne, sino para que así pareciese. Esto que creen los maniqueos, que convirtieron incluso en un dato de la propia fe, confirmando así el error, fue el primer pensamiento que surgió en el corazón de los apóstoles. Los maniqueos no creen nunca que Jesús haya sido hombre: temen dar carne a la Palabra y no temen achacar falsedad a la misma Verdad. **Tiene verdadera carne, con la que la verdad muestra la falsedad y edifica la verdad en los corazones de los hombres.** Ellos, pues, nunca creyeron que nuestro Señor Jesucristo haya sido hombre; pero los discípulos reconocieron como hombre a aquel con quien convivieron tanto tiempo. Le vieron caminar, sentarse, dormir, comer y beber; conocieron su ser íntegro, supieron que se sentó fatigado sobre el brocal de un pozo (cf. Jn 4,6). De este largo trato con él conocieron que era un hombre verdadero; pero, una vez que murió lo conocido por ellos —¿cómo podían creer que iba a resucitar lo que pudo morir?—, se les apareció ante sus ojos tal cual le conocían, y, **al no creer que hubiera podido resucitar al tercer día del sepulcro la carne verdadera**, pensaron que estaban viendo un espíritu. Este error de los apóstoles se identifica con la secta de los maniqueos.

Escucha al Señor: *¿Por qué estáis turbados y por qué suben esos pensamientos a vuestros corazones?* (Lc 24,38). ¿Qué pensamientos sino pensamientos falsos, malsanos y dañinos? Si no es verdadera la resurrección, perdió Cristo el fruto de su pasión. *¿Por qué estáis turbados y por qué suben esos pensamientos a vuestros corazones?* Es como si un buen agricultor dijera: «Hallaré allí lo que cultivé; no espinas, que no planté». La fe descendió a vuestro corazón, pues procede de lo alto; estos pensamientos, en cambio, no descendieron de lo alto a vuestro corazón, sino que, como hierbas malas, subieron a él; pero no las deja allí; arranca las hierbas nacidas sin ser plantadas, limpia el campo y siembra la buena semilla. Les dice: «¿Por qué estáis turbados?», porque estaban efectivamente turbados, no ordenados. **¿Por qué suben esos pensamientos a vuestro corazón? Ved mis manos y mis pies. Si es poco el ver, palpad; si no dais fe a los ojos, creed a las manos. Palpad y ved que los espíritus no tienen huesos ni carne como veis que yo tengo** (Lc 24,39).

¡Oh Iglesia santa! Escucha y mira; escucha lo que fue predicho y mira su cumplimiento. Cristo el Señor era la cabeza que quería convencer; era la cabeza de la Iglesia, que se mostraba de forma convincente a sí mismo vivo, verdadero, íntegro y cierto y conducía a la fe a los creyentes. ¿Qué dijo entonces respecto a las Escrituras? *¿No sabéis que convenía que se cumpliese todo cuanto está escrito de mí en la ley, en los profetas y en los salmos? Entonces les abrió la inteligencia para que comprendiesen las Escrituras. Y les dijo: porque así está escrito, y así convenía que Cristo padeciera y resucitara al tercer día de entre los muertos* (Lc 24,44-46). **Ved realizado lo escrito, cumplido lo predicho, a la vista lo leído. Escucha las palabras y observa los hechos; plena es la verdad, cierta la fe; perezca ya de una**

vez la incredulidad de los herejes. Ved que está escrito: Así convenía. ¿Qué? Que Cristo padeciera: he aquí la predicción. Que resucitara de entre los muertos al tercer día: estaba predicho. Esto lo habían leído los judíos; lo leían y no lo veían, y, para que existiese lo que otros creyesen, tropezaban ellos en la piedra yacente. *Pues; si le hubiesen conocido, nunca hubiesen crucificado al Señor de la gloria* (1 Cor 2,8), y, si nunca hubiesen crucificado al Señor de la gloria, los pueblos no hubiesen creído en él que nació y sufrió la pasión. Así, pues, para que estos discípulos se separasen de los judíos, cuyo corazón estaba cerrado a la comprensión de las Escrituras, la gracia del Señor estableció la división. **¡Oh Apóstol, oh Pedro, oh Mateo, oh Tomás, oh vosotros los restantes!, ¿quién te distingue? (1 Cor 4,7). Tal vez digas: «Mi fe». Pienso que, si él no te la hubiera dado, tú no la tendrías. Tu fe te distingue. ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y, si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (1 Cor 4,7). Ved la gracia; ved que resucita, que se muestra a los ojos de los apóstoles, él que no se dignó mostrarse a los ojos de los judíos. Se da a ver a los ojos, y a tocar a las manos. Poco es esto: lee, saca a colación las Escrituras. También esto es poco: abre tu inteligencia para que comprendas lo que lees.**”¹³¹

PARA REZAR MEJOR

El Señor busca a los suyos, a los mismos que un día llamó en medio de sus tareas cotidianas, a los que le habían visto y oído pero no habían llegado a comprender. Viene a su encuentro para despejar de su corazón la duda y hacer surgir la fe, para poder experimentar la gracia de la paz y el perdón, para hacerles verdaderamente sus testigos y para prepararles a recibir el don de lo alto que es el Espíritu Santo. El que buscó a los pecadores, sanó a los enfermos y anunció la Buena Noticia, ahora lo hace directamente a los suyos, a los más cercanos a su persona porque son los primeros que necesitan experimentar la paz, el perdón y la alegría para poder ser sus testigos. Para nosotros, llamados a continuar en el tiempo esta misma tarea, se hace necesario podernos encontrar con el Resucitado como lo hicieron ellos porque también tenemos dudas y miedo, porque no terminamos de superar y comprender el escándalo de la cruz y estamos atados al pasado sin un horizonte de futuro.

1. ¿Con cuánta fuerza hemos de pedir el don de encontrarnos o seguirmos encontrando con el Señor Resucitado? ¿Estás necesitado de paz, de valentía, de alegría y de entusiasmo para ser su testigo? Pídelo con todo el corazón; hazlo sabiendo aguardar con paciencia al Señor y a su Espíritu.
2. Trata de ver la escena: ya han tenido noticia de la resurrección, pero no saben muy bien lo que ha sido, cómo será aquel que se ha presentado a las mujeres y a los de Emaús, incluso a Pedro. Hay dudas en su interior y mucho

¹³¹ SAN AGUSTÍN, *Sermón 229 J, 1.2., aparición a los apóstoles (Lc 24,36-53)*, OC XXIV

temor. Trata de ver las personas, escuchar lo que dicen, descubrir sus sentimientos. Ponte a ti mismo al lado de los apóstoles dándote cuenta que compartes mucho de lo que ellos viven.

3. Mira al Señor, contempla sus manos y sus pies, acércate y toca para poder creer, siéntate con él a la mesa y escucha cada una de las palabras con las que enseña a los apóstoles y también a ti.
4. Pídele que te abra el entendimiento porque por ti mismo no puedas llegar a más. Ponte a su lado como quien suplica porque se sabe necesitado y ábrete al don que se te ofrece: ¿Necesitas entender?, ¿estás atrapado por las dudas?, ¿sientes temor?, ¿temes alguna recriminación? Él sabe mejor que tú lo que necesitas, por eso se hace presente. Trata de escucharle y hablar con él.

APARICIÓN A LOS DÍSCÍPULOS II

Evangelio según san Juan 20, 19-31

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo:

—«Paz a vosotros.»

Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió:

—«Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.»

Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo:

—«Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.»

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían:

—«Hemos visto al Señor.»

Pero él les contestó:

—«Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo. »

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo:

—«Paz a vosotros.»

Luego dijo a Tomás:

—«Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.»

Contestó Tomás:

—«¡Señor mío y Dios mío!»

Jesús le dijo:

—«¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.»

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Éstos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

No es lo mismo querer ver para poder creer, que, por creer, desear ver. Tomás, porque no ve no puede creer, pero en la vida de todo creyente hay un deseo de poder contemplar aquello que creemos, de **poderlo vivir, no sólo en la fe, sino en la visión**. Es el deseo de vida eterna que todo el que ha conocido a Cristo en la fe lleva en su interior y que sólo quedará colmado en el momento último y definitivo de nuestra existencia. Ver y creer no siempre tiene que estar reñido

porque la fe siempre suscita el deseo de la visión. Los apóstoles –Juan y Pedro que ya habían creído ante el sepulcro vacío– se pueden alegrar por la visión del Señor Resucitado. Si el encuentro en la fe produce un cambio en toda la persona y una profunda alegría, sólo se verá colmada con la plena visión de Dios. De alguna forma, esta realidad se les hace ya presente a aquellos hombres reunidos al anochecer del primer día de la semana.

Veamos los distintos elementos que encontramos en esta aparición del Señor a los apóstoles en el cuarto evangelio:

1. **Podían creer, pero no era suficiente porque estaban cerrados por miedo a los judíos.** El corazón de Pedro y de Juan habían aceptado la verdad de la resurrección lo mismo que las mujeres, pero seguían con temor en su interior. Esta es la razón por la cual el cuarto evangelista los presenta encerrados porque el temor siempre lleva al enclaustramiento; pero démonos cuenta del detalle: *con las puertas cerradas (κεκλεισμένων)*. No dice que estaban en el interior de la casa, sino que las puertas estaban cerradas. Es la situación de quien ha decidido poner distancia con el mundo exterior **porque se sentían amenazados**. Los que habían crucificado a Jesús también podían perseguirles a ellos. Con pocas palabras nos dice el evangelista la **situación de los apóstoles y la causa de la misma, pero, poco a poco nos va desvelando que había algo más oculto que ocasionaba el miedo: la falta de la presencia de Cristo**, de encuentro con él. Es necesario creer pero es necesario encontrar al Señor para seguir creyendo y enfrentarse a los temores. Más tarde, los judíos serán los mismos que ahora, pero no les tendrán miedo.
2. ¿Cómo despeja el Señor el miedo de aquellos hombres? **Con su presencia y con su palabra**, igual que lo narraba el evangelio de Lucas. **Donde hay verdadero miedo y encerramiento allí se puede hacer presente el Señor para desear la paz.** Pero también les mostrará las manos y el costado para que su fe no sea parcial, para que de verdad esté **basada en la certeza de la resurrección y no en una mera manifestación o simple aparición de un espíritu**. Cristo les muestra los signos de la pasión, las huellas que han producido los clavos y la lanza para que puedan ver con sus propios ojos que es él y puedan comprender que **el Resucitado sigue teniendo las heridas producidas por la pasión**; estas no se han cerrado, permanecen visibles y abiertas, pero gloriosas, **no son signo sólo del pecado, del dolor y de la muerte, sino de la victoria**. Lo que era signo de una muerte ignominiosa se han transformado en señales de vida: quedan abiertas para que **todo creyente pueda descubrir en las propias heridas causadas por el pecado la fuerza y la gloria de Dios**. Ellos y los cristianos de todos los tiempos son invitados a acercarse al Señor Resucitado para contemplar sus manos, sus pies y su costado abierto que son signo de gloria y de victoria en medio de las dificultades y del sufrimiento. **El Señor empieza a curar el miedo** de aquellos hombres mostrándoles que todo lo que pueda herir o llegar a quitar la vida no es lo último que sucede y que todo ello está llamado a llenarse de fuerza, de gloria y de triunfo.
3. Ahora, los apóstoles asustados se alegran al ver al Señor, no a un espíritu, **se alegran de ver que la victoria es definitiva y que él está vivo y presente**,

pero sigue siendo el mismo, aunque de forma diferente. ¿No es esta la alegría a la que nos invita san Juan al querer mostrar a todos los tiempos lo que ellos vieron y oyeron, incluso tocaron?

4. En este momento **son enviados** por Jesucristo de la misma forma que él fue enviado por el Padre: **ahora si son verdaderamente apóstoles** o enviados del Señor con la fuerza y la gloria de la resurrección. **No se puede ser apóstol verdaderamente si no se ha encontrado al Señor Resucitado**, si no se ha tenido la experiencia de su victoria sobre la muerte, si no se han contemplado las heridas de las manos y del costado llenas de gloria. No se puede ser apóstol si no se ha vencido el miedo que mantiene las puertas cerradas. No hay **verdadera y plena experiencia vocacional** al ministerio apostólico si no se escucha la paz que el Resucitado ofrece y no se contemplan sus heridas abiertas: sólo así desaparece el miedo y se abren las puertas.
5. Unido a su presencia, el cuarto evangelista presenta ya el acontecimiento de Pentecostés: **sopla sobre ellos, y, con su aliento, envía el Espíritu Santo, artífice del ministerio de la reconciliación que les encomienda**. Es el perdón de Cristo que se hará presente en virtud de la fuerza del Espíritu. El apóstol, como enviado, debe hacer presente el perdón de los pecados; si el Señor les ha perdonado a ellos, de la misma manera tendrán que hacer vivo y real este ministerio de reconciliación a quienes estén abiertos a él. La autoridad no termina aquí, también pueden retener los pecados a quienes consideren oportuno. ¿Qué quiere decir esto? **¿Quién puede perdonar o no perdonar si no es el mismo Dios?** ¿No era esta la pregunta de los judíos cuando Jesús perdonaba los pecados? Retener los pecados es diferir el momento del perdón como una preparación al mismo, como un tiempo que se da para la penitencia y la verdadera contrición. Es el poder de Dios que se hace presente para aquellos hombres asustados: **su poder es su perdón y ahora reside en su Iglesia**. Dios no es poderoso porque haga cosas que van más allá de la naturaleza sino porque puede perdonar y hacer que el hombre encuentre lo que había perdido. El apóstol descubre que, por el Espíritu Santo, éste es también su poder y no otro.
6. **¿Qué sucede con Tomás?** Él no ha visto pero está llamado también a creer y alegrarse, a ser partícipe del mismo don que el resto de los apóstoles. Jesús le hará descubrir que, **con la verdadera fe, también se puede llegar a ver sin ver, sin necesidad de tocar**. Pedro y Juan creyeron sin ver ante el sepulcro vacío, y luego vieron. Tomás representa a todos aquellos que, como los otros dos apóstoles, tendrán que creer sin haber visto, aunque él verá y será invitado a tocar. De esta forma, de sus labios saldrá la mayor afirmación de fe en la divinidad y el Señorío de Cristo que encontramos en le nuevo testamento al proclamar: ¡Señor mío y Dios mío! —Ὁ κύριός μου καὶ ὁ θεός μου—. No hay otra manera de encontrar a Cristo que por la fe; a través de ella el Señor se hará presente para todos aquellos que ya no tienen posibilidad de ver de la misma manera que los apóstoles; **esta fe suscitará el deseo** y la certeza de que un día se podrá contemplar cara a cara la hermosura infinita de su rostro.
7. Hay algo más. **Jesús hizo otros muchos signos** o milagros que no han sido

escritos; que no los podamos leer no quiere decir que no se hubieran dado y que no fueran reales. ¿No queda así abierto tantos signos que el Señor realizará después en todos los que crean en él? No todos se podrán contar, pero los que el evangelista ha dejado escritos son para que podamos **creer la verdad sobre Jesús: él es el Hijo de Dios**. Pero también lo ha querido escribir para que se pueda **tener vida en su nombre**.

Hoy, a través de la contemplación, somos invitados a ver, escuchar, creer y tocar en la fe de la misma manera que los apóstoles, para alegrarnos con su alegría, para ser fortalecidos en la fe y superar los temores contemplando las yagas gloriosas del Señor Resucitado en el que las nuestras han sido sanadas, aunque no borradas.

SAN AGUSTÍN

“Veamos, pues, lo que nos propone la lectura de hoy como tema para el sermón. Ella misma nos invita y en cierto modo nos dice que digamos algo sobre cómo el Señor, que resucitó en la solidez de su cuerpo, de modo que no sólo fue visto, sino también tocado por sus discípulos, pudo aparecéseles estando las puertas cerradas. Algunos encuentran en ello tantas dificultades que están a punto casi de perecer, **al aducir contra los milagros del Señor los prejuicios de sus razonamientos**. Argumentan de este modo: «Si tenía cuerpo, si tenía carne y huesos, si lo que resucitó del sepulcro fue lo mismo que colgó del madero, ¿cómo pudo entrar, estando cerradas las puertas? Si no pudo —dicen—, no tuvo lugar; si pudo, ¿cómo pudo?». **Si comprendes el cómo, deja de haber milagro y, si no crees que se trata de un milagro, estás muy cerca de negar también su resurrección del sepulcro**. Examina los milagros hechos por tu Señor ya desde el comienzo y dame la explicación de cada uno de ellos. Sin contacto con varón, concibe una doncella (cf. Lc 1,34). Explica cómo ella concibió sin varón. **Donde falla la explicación, allí se levanta la fe. Ya tienes un milagro en la misma concepción del Señor; escucha otro referido al parto: una doncella da a luz y permanece virgen**. Ya entonces, antes de resucitar, pasó el Señor a través de puertas cerradas. **Me preguntas**: «Si entró a través de puertas cerradas, ¿dónde queda la condición corporal?». **Y yo respondo**: «Si caminó sobre el mar (cf. Mt 14,26), ¿dónde queda el peso del cuerpo?». Mas todo esto lo hizo el Señor en cuanto Señor. Entonces, ¿dejó de ser Señor después de haber resucitado? Además **hizo caminar a Pedro sobre las aguas** (cf. Mt 14,28-29); ¿qué hay que decir de esto? Lo que en Cristo pudo la divinidad, en Pedro lo realizó la fe. **Pero Cristo lo hizo porque pudo, Pedro porque Cristo le ayudó**. En conclusión, **si comienzas a buscar explicación a los milagros con la sola mente humana, temo que pierdas la fe. ¿Ignoras que nada es imposible para Dios?** A quienquiera que te diga: «Si entró a través de puertas cerradas, no tenía cuerpo», retuércelo el argumento: «Es más, si le tocaron, tenía cuerpo; si comió, tenía cuerpo, y el entrar fue resultado de un milagro, no de la naturaleza». ¿No es digno de toda admiración el curso ordinario de la naturaleza? **Todas las cosas están llenas de milagros, pero la frecuencia los ha hecho vulgares**. Intenta darme explicación; mi pregunta versará

sobre cosas que vemos a diario. Explícame por qué la semilla de un árbol tan grande como la higuera es tan pequeña que apenas puede verse, mientras que la humilde calabaza la produce tan grande. Sin embargo, la semilla de mostaza, tan pequeña y apenas visible; esa pequeñez e insignificancia —se percibe si se aplica la inteligencia y no los ojos— oculta también la raíz y lleva dentro el tallo, las hojas y el fruto que aparecerá en el árbol. Todo está anticipado en la semilla. No es necesario pasar revista a muchas cosas; las cosas de cada día nadie intenta explicarlas, y tú me exiges que te explique los milagros. **Lee, pues, el evangelio y cree** los hechos maravillosos en él contenidos. Más es lo que ha hecho Dios; la obra que supera a todas las demás no te causa admiración: **nada existía y el mundo existe.**

«Pero —dices— es imposible que un cuerpo voluminoso pase a través de una puerta cerrada». —¿Cuál era su volumen, te suplico? —El normal de un hombre. —¿Era, acaso, igual al de un camello? —De ninguna manera. —Lee el evangelio, escúchalo; cuando quiso mostrar la dificultad que tiene un rico para entrar en el reino de los cielos, dijo: *Más fácilmente entra un camello por el hondón de una aguja que un rico en el reino de los cielos* (Lc 18,25). Al oír esto, los discípulos, pensando que era de todo punto imposible que un camello entrase por el hondón de una aguja, se llenaron de tristeza y dijeron: *Si las cosas están así, ¿quién puede salvarse?* (Lc 18,26). Si más fácilmente pasa un camello por el hondón de una aguja que entra un rico en el reino de los cielos; si un camello no puede en absoluto pasar por el hondón de una aguja, entonces ningún rico puede salvarse. El Señor les respondió: *Lo que es imposible para los hombres, para Dios es fácil* (Lc 18,27). Dios puede hacer que un camello pase por el hondón de una aguja e introducir a un rico en el reino de los cielos. ¿Por qué me pones dificultades argumentando con que las puertas estaban cerradas? **Las puertas cerradas tienen, al menos, una rendija; compara la rendija de las puertas con el hondón de una aguja;** compara el volumen de la carne humana con la corpulencia de los camellos y no rechaces impíamente los milagros divinos.”¹³²

PARA REZAR MEJOR

La contemplación de hoy es un díptico con dos escenas diferentes de un mismo acontecimiento que somos invitados a mirar para descubrirnos dentro de él. Según vamos iniciándonos en esta forma de orar nos damos cuenta que muy poco texto, a veces una palabra, un gesto, una mirada, es suficiente para llenar bastante tiempo de oración y que, en lo pequeño, se hace presente lo que tiene más densidad. Es mucha materia de oración y contemplación la que tenemos ante nosotros, por ello no hay que tener prisa ni “avaricia” de querer abarcarlo todo. El texto de san Agustín nos ayuda a poder descubrir la posibilidad de los milagros que se dan en lo que es pequeño y cotidiano y esperar y creer en lo que nos parece

¹³² SAN AGUSTÍN, *Sermón 247, 2-3, la aparición a los discípulos en Jn 20, 19-29*, OC XXIV

demasiado grande e inalcanzable. Cada uno encontrará lo que el Señor quiera mostrarle y allí deberá pararse. Ya vendrán otros días para poder volver a esta escena.

1. Nunca olvides pedir porque ello te recordará que estás ante un don que no te puedes conceder a ti mismo: que el oír, escuchar, tocar o contemplar no es resultado de un método sino de un don que se encierra en una forma de orar y es regalo de Dios. Pide, tómate tiempo para ello. Seguro que, a estas alturas, sabes muy bien lo que tienes que suplicar.
2. Lee sin prisa el evangelio: fíjate en las palabras, en las acciones que definen los verbos, trata de descubrir a las personas; sitúa a los apóstoles e imagina sus caras al encontrar al Señor que les desea la paz y les muestra las manos y el costado con todo lo que significa.
3. ¿Puedes descubrir cómo les miraría el Señor a cada uno de ellos? ¿Con qué apóstol te identificarías más? ¿Tienes miedos? ¿Tienes dudas? ¿Te cuesta ver la gloria de las heridas? Déjate mirar cómo le mira a él y descubre lo que el Señor te transmite con sus ojos y con sus palabras.
4. Acércate a su costado, coge sus manos y contempla sus heridas abiertas pero llenas de gloria. Son fruto del pecado del hombre y del tuyo, pero son signo de victoria porque el amor es más fuerte que la muerte y la gracia que el pecado. En ellas encuentras el poder del perdón que estás llamado también a hacer presente.
5. Deja que tus propias heridas se puedan llenar también de la gloria y del consuelo que el Señor viene a traer. Pídelo de todo corazón hablando con el Señor.

APARICIÓN A LOS DÍSCÍPULOS III

Evangelio según san Mateo 28, 16-20

Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado.

Al verlo, ellos se postraron, pero algunos vacilaban.

Acercándose a ellos, Jesús les dijo:

–«Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra.

Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado.

Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.»

Dentro de las distintas apariciones en los evangelios encontramos dos tradiciones reconocidas: unas que se dan dentro de Jerusalén y otras en Galilea. El evangelio de Mateo –unido a la Ascensión– sitúa una aparición a los apóstoles en este segundo lugar. Los apóstoles acuden a su lugar de proveniencia indicados por las mujeres; en esta región habían vivido y escuchado la llamada, y allí Jesús se hace presente. Como en los otros relatos vamos a detenernos en los distintos elementos que aparecen:

1. Los apóstoles se postraron, literalmente **adoraron** (προσεκύνησαν) a Jesús. Προσκυνέω es un verbo que en el mundo pagano indicaba una muestra de aprecio o la adoración, pero utilizado en el Nuevo Testamento puede manifestar la participación en el culto divino o, como hace de una manera especial Mateo, el gesto de homenaje de quien **reconoce en Jesús la presencia de Dios**. Así, en Mt 4, 9, la adoración que le pide Satanás es rechazada por Jesús porque sólo a Dios hay que rendírsela. El evangelista está indicando que **a Jesús le corresponde la gloria del Hijo de Dios exaltado a la derecha del Padre** que posee la potestad de Dios y su autoridad. Con esta intención los apóstoles realizan el gesto de la postración, a una cierta distancia, ante el Señor Resucitado porque está manifestando la gloria de Dios.
2. **Otros dudaron**. Siempre puede permanecer presente en el apóstol la duda que sólo es despejada con la presencia del Señor Resucitado que hará posible la fe. ¿Cuál es el objeto de esta duda vacilación en la fe? Mateo no parece dejarlo claro, pero puede ser que manifiestan la duda sobre la identidad real y corporal de la presencia o que fuera una mera visión.
3. Jesús **se acerca a ellos** con un lenguaje bien distinto a todos los relatos en los que su mesianismo parecía escondido o su divinidad oculta. Ahora habla de sí mismo de una manera bien clara y sin ninguna intención de ocultar

nada: encontramos el pasivo divino que manifiesta que **Dios mismo le ha concedido el poder** (ἐξουσία) **pleno en el cielo y en la tierra**. Este término griego que traduce el texto por *poder*, es algo más que eso, ya que significa también autoridad y potestad. Es lo mismo que manifestaba la gente sobre la manera de predicar de Jesús, que lo hacía con ἐξουσία y no como los maestros de la ley (cf. Mt 7, 29). No es una forma de ejercicio de autoridad y potestad por delegación sino porque realmente le ha sido otorgado como Hijo de Dios en virtud de su resurrección. Esta es una de las características del Resucitado. Si en la pasión parecía que la divinidad se escondía, ahora aparece manifiesta y reconocida por aquellos que se acercan a él. Por ello, **ante Dios, no son los hombres los que se acercan sino que le adoran, y es él mismo quien toma la iniciativa de acercarse a los suyos**.

4. **Les hace partícipes de un cuádruple mandato con su autoridad:** ponerse en camino, es decir, *ir* (πορευθέντες) **hacer discípulos** (μαθητεύσατε), **bautizar** (βαπτίζοντες) y **enseñar** a guardar (διδάσκοντες) todo lo que les ha mandado. Lo primero que deben hacer es ponerse en camino y hacer discípulos; pero esto no es una simple enseñanza sino que necesita el hecho del bautismo como sacramento administrado en nombre de la Trinidad. Así pues, el apóstol tiene que partir con el envío y la autoridad que confiere el Señor Resucitado –que la ejerce en el cielo y en la tierra– para hacer discípulos en su nombre por medio del bautismo y de la predicación o enseñanza, es decir con el sacramento y la palabra.
5. **Asegura su presencia en medio de ellos hasta la plenitud de los tiempos.** No dice cuando durará este periodo pero si afirma que hasta que llegue este final su presencia les acompañará siempre. No lo dice como un futuro que se dará sino en presente: *estoy* (εἰμι) *con vosotros*, es decir no es algo que hay que esperar sino que, desde ese momento, se dará para siempre; **arranca en el presente y se extiende hasta el momento de la consumación de la historia**. Es la presencia de Cristo en medio de su Iglesia para siempre, desde los tiempos apostólicos hasta el momento en que el tiempo llegue a su plenitud. **El cristiano nunca estará solo** porque el Señor estará presente en medio de ellos.

SAN JUAN CRISÓSTOMO

“[...] Y los once discípulos marcharon a Galilea, y unos le adoraron, y otros, al verle, dudaron. Esta es, a mi parecer, la última aparición en Galilea, cuando los envió para bautizar. Y si algunos dudaron, admiremos también **aquí la sinceridad de los evangelistas, pues ni en el último momento ocultan sus propios defectos**. Sin embargo, aun éstos, a su vista, hubieron de quedar fortificados en la fe. ¿Qué dice, pues, el Señor a la vista de sus apóstoles? *A mí me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra...* Nuevamente habla con ellos un poco a lo humano; pues todavía no habían recibido el Espíritu Santo, que era el que había

de elevarlos. *Marchad, pues, y haced discípulos míos en todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado...* Lo que Él había mandado, parte se refería a la doctrina, parte a los preceptos. **Y notemos que aquí no hace mención alguna de los judíos, ni saca a relucir lo pasado, ni reprende a Pedro su negación, ni a ninguno de los otros su fuga.** Lo que sí les manda es que se derramen por todo el orbe de la tierra, encomendándoles una enseñanza breve, la del bautismo. Luego, como la tarea que les mandaba era muy grande, con el fin de levantar sus pensamientos, les dice: *He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.* ¡Mirad nuevamente su autoridad! Mirad, por ende, cómo lo otro lo dijo puramente por condescendencia. Mas no dijo que estaría solamente con ellos, sino también con todos los que después de ellos habrían de creer. Porque los apóstoles no habrían de durar hasta la consumación de los siglos. No. **El Señor habla con sus fieles como con un solo cuerpo.**

No me vengáis, pues, parece decirles, con la dificultad de lo que os mando, pues yo estoy con vosotros para facilitároslo todo. Lo mismo decía constantemente a los profetas en el Antiguo Testamento: a Jeremías, que le oponía su juventud; a Moisés y a Ezequiel que rehusaban su misión: Yo —les dice— estoy con vosotros. Algo así hace aquí con sus apóstoles. Pero mirad, os ruego, la diferencia que va de unos a otros. Los profetas, enviados a un solo pueblo, muchas veces rehuían su misión; los apóstoles, empero, enviados al orbe de la tierra, nada le oponen al Señor.

Recuérdales además el fin del mundo a fin de atraerlos más y que no miren sólo las molestias presentes, sino también los bienes por venir, que no tiene término. Porque lo doloroso —viene a decirles— que tendréis que sufrir ha de terminarse en la presente vida, como que este mismo mundo ha de llegar a su fin; mas los bienes de que luego gozaréis permanecerán eternos, como muchas veces os lo he dicho ya antes. **Así, después de templar y excitar sus almas aun por el recuerdo del día postrero, los envió a su misión.** Y es que ese día es deseable para quienes han vivido en la práctica de las buenas obras, al modo que es espantoso para quienes hayan vivido en pecados, como a condenados. Mas no nos contentemos con temer y estremecernos, sino convirtámonos mientras es tiempo y levantémonos de la maldad. **Porque, si queremos, podemos. Muchos lo hicieron antes de la gracia; mucho mejor lo podremos hacer nosotros después de la gracia.**¹³³

PARA REZAR MEJOR

Este relato de hoy prolonga y profundiza el envío que el Resucitado hace a sus

¹³³ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía 90, 2 san Mateo*, Obras de San Juan Crisóstomo II, BAC.

apóstoles contemplado en el texto anterior. Somos invitados a reconocer en Cristo resucitado la presencia y la gloria de Dios que nos hace partícipes de su misión: incorporar a los hombres a la vida divina a través de la predicación y los sacramentos. Lo hace con toda la autoridad que le ha sido conferida por su Padre, y en ella, el apóstol podrá encontrar siempre su fuerza y su autoridad que no procede de los hombres sino de Dios mismo como muchas veces reivindica San Pablo para sí mismo. Podemos decir que este texto evangélico es eminentemente contemplativo porque nos invita a la adoración al Señor que ha vencido a la muerte y, desde esta actitud poder escuchar la encomienda que nos hace de ser sus enviados ante los hombres.

1. Siempre y en todo pedir porque nada tenemos si no se nos concede, hasta el mismo hecho de orar. Es algo que no se da si el Espíritu no alienta en nosotros. Pide el don del Espíritu Santo que te ayude a pedir lo que te conviene: poder descubrir la presencia de Cristo Resucitado, reconocer su divinidad y adorarle y escuchar sus palabras.
2. Esta escena nos hace volver a Galilea, en lo alto de un monte. Si en uno el Señor reveló la Ley Nueva, manifestó su gloria con la presencia de Moisés y Elías, es ahora también en un monte donde manifiesta de una manera patente su identidad como Hijo de Dios que ha vencido a la muerte y envía con su autoridad a los once. Sitúate en medio de este monte y mira la actitud de los apóstoles que se postran ante el Señor en adoración y haz tú lo mismo.
3. Jesús se acerca a ellos y les dirige su palabra de autoridad y envío. ¿Qué significaría para aquellos hombres comprender que el Hijo de Dios les encomendaba la misión más importante de toda la historia? Unos pobres pescadores en su mayoría son enviados con la autoridad del Señor para hacer discípulos suyos a todos los pueblos. Escucha también estas palabras que a ti se dirigen.
4. Si sientes temor ante la tarea y te sabes pequeño para la misma, sigue escuchando que tu fuerza es que él sigue estando contigo como con sus apóstoles.
5. Concluye tu oración con un diálogo con el Señor Resucitado en actitud de adoración y alabanza.

APARICIÓN A LOS DÍSCÍPULOS IV: REPETICIÓN

Durante los días anteriores hemos podido profundizar en la persona de Cristo Resucitado en las apariciones que encontramos en los evangelios. Tienen de común la presencia de los apóstoles y del Señor, pero, cada una de ellas pone de manifiesto **situaciones diferentes** que son ocasión para que el Resucitado manifieste su identidad y su gloria poniendo luz en las diversos entornos de oscuridad que atraviesan sus apóstoles: miedo, encerramiento, duda, incapacidad para entender los planes de Dios. Detrás de todo se estaba poniendo de manifiesto su falta de fe, esperanza y amor que el Señor hace resurgir con su presencia y su palabra.

La situación de aquellos hombres y la persona de Jesús nos van introduciendo en un ambiente en el que nos podemos sentir reconocidos, descubrir **su presencia en nuestras vidas que vence las dudas, los miedos, el encerramiento, la falta de fe, esperanza y amor** en los que pudiéramos encontrarnos atrapados por la experiencia del pecado, tanto personal como de los otros. Él nos muestra la identidad que existe entre su muerte y resurrección: su persona es la misma, su cuerpo es real, sus heridas siguen presentes; él es el que irrumpe en nuestra vida con la gloria de su divinidad y nos consuela, ilumina, abre el entendimiento, sana el corazón herido, y llena de alegría con su presencia.

Las escenas que hemos contemplado han sido lo suficientemente amplias y tienen un importante contenido de revelación del Misterio; cualquiera de ellas tendría densidad suficiente como para detenerse en ella en dos o tres momentos diferentes de oración. La repetición se hace mucho más necesaria teniendo en cuenta los distintos aspectos que aparecen:

1. Las diferentes situaciones de los apóstoles que describen.
2. La irrupción del Resucitado.
3. La sorpresa, el consuelo, alegría, duda y apertura de su capacidad de comprensión que produce.
4. La mostración de las heridas en las manos, los pies y el costado para manifestar la realidad del cuerpo de la resurrección y su identidad con el que fue clavado en la cruz.
5. La comunicación de todo lo que él es y tiene: su poder y autoridad; su misión en medio de las gentes; la tarea de la reconciliación que realiza con ellos y que tienen que extender a todos; el don de su Espíritu Santo.

Hay que volver a las escenas para sumergirnos una vez más en ellas y **profundizar la experiencia del encuentro con el** Resucitado con el grupo apostólico, con aquellos que han sido llamados como nosotros a la misma tarea para que pueda producir en nuestro interior lo mismo que hizo en ellos.

El siguiente texto de **san Agustín** comenta la aparición del Señor en el evangelio de Marcos, que es un resumen de todas las que hemos podido ir leyendo en todos los textos de la resurrección. En él, el Obispo de Hipona se refiere a estas apariciones pero las va poniendo en relación con la presencia del Señor en los demás, de una manera especial con aquellos que están necesitados y se acercan a pedir a los demás. Se refiere a aquellos que han sido capaces de dejar algo pero luego tienen prisa en querer recuperarlo. Fijémonos como es capaz de iluminar un

problema concreto, el de la falta de generosidad, desde el Misterio y los misterios de la vida de Cristo, incluyendo la resurrección.

SAN AGUSTÍN

“Sé usurero: da para recuperarlo de nuevo. No temas que Dios te condene por serlo. Al contrario, sé usurero, sólo plenamente. Pero Dios te dice: ¿Qué es lo que quieres? ¿Quieres prestar con usura, es decir, dar menos y recibir más? **Dámelo a mí, te dice Dios; yo recibo menos y doy más. ¿Cuánto? El céntuplo y la vida eterna** (cf. Mt 19,29). Aquel que buscas para prestarle, y así acrecentar tu riqueza, ese hombre que buscas, cuando recibe tu dinero, se alegra; pero, cuando tiene que devolverlo, llora. Para recibir, te suplica; para no devolvértelo te calumnia. Da, pues, también al hombre y no vuelvas la espalda a quien te pide un préstamo (cf. Mt 5,42). Pero no recibas más que lo prestado. Que no tenga que llorar quien lo recibió, pues en este caso has perdido la ganancia. Y, si se le exige la misma cantidad que se le dio o que él recibió, puede darse el caso que no la tenga aún a disposición; **si fuiste tolerante con él cuando te pedía, ten paciencia cuando no tenga**; cuando disponga de ella, ya te la devolverá. No pongas en aprieto al mismo a quien antes sacaste de apuros. Tú le prestaste antes y se lo exigés ahora; pero no tiene para devolvértelo; cuando lo tenga, ya lo hará. No grites ni digas: «¿Pido acaso intereses? No pido más que lo prestado; lo que presté, eso mismo he de recibir». Haces bien, pero aún no lo tiene. Personalmente no eres un usurero, pero quieres que el que recibió de ti el préstamo vaya a quien lo es para devolvértelo. Por tanto, si no le exigés intereses, para que no vea en ti un usurero, ¿por qué quieres que sufra, por causa tuya, a otro usurero? **Tú le atosigas, lo ahogas, aunque no le exijas más que lo prestado; si ahora lo ahogas y lo pones en aprieto, ningún favor le has hecho**; al contrario, le has dejado en apuros mayores. Quizá digas: «Puede devolver: tiene casa, que la venda; tiene posesiones, que las venda». Cuando vino a pedirte a ti, para eso vino: para no tener que vender todo eso; que no lo tenga que hacer por causa tuya aquel a quien socorriste para que no tuviera que hacerlo. **Este es el modo de comportarse frente a los hombres; esto es lo que manda y quiere Dios.**

¿Eres avaro? Dios te dice: **«Sé avaro; sólo cuanto puedas, pero ponte de acuerdo conmigo en bien de tu avaricia»**. Dios te dice: **«Ponte de acuerdo conmigo, yo que por ti hice pobre a mi hijo rico»**. En efecto, **Cristo, siendo rico, se hizo pobre por nosotros** (cf. 2 Cor 8,9). ¿Buscas oro? Él lo hizo. ¿Buscas plata? Él la hizo. ¿Buscas familia? Él la hizo. ¿Buscas ganado? Él lo hizo. ¿Buscas posesiones? Él las hizo. **¿Por qué buscas sólo lo que él hizo? Recíbele a él mismo, que lo hizo. Considera cómo te amó. Todas las cosas han sido hechas por él, y sin él nada fue hecho** (Jn 1,3). Todo fue hecho por él, y en ese «todo» se incluye él mismo. Quien hizo todas las cosas, se hizo a sí mismo entre ellas. El que hizo al hombre, se hizo hombre; se hizo lo que había hecho para que no pereciese lo hecho. El que hizo todas las cosas, se hizo a sí mismo entre ellas. **Considera sus riquezas: ¿quién es más rico que aquel por quien fueron hechas todas las cosas?** Y, con todo, a pesar

de ser rico, **tomó carne** humana en el seno de una virgen. **Nació como un niño**, fue envuelto en pañales de niño y colocado en un pesebre; con paciencia esperó el paso de las edades, **con paciencia sufrió el transcurrir del tiempo aquel por quien fueron hechos los tiempos**. Tomó el pecho, lloró, se manifestó como niño sin habla. Pero, aunque yacía, reinaba; **estaba en el pesebre y contenía al mundo**; a la vez que lo nutría su madre y lo adoraban los gentiles, lo amamantaba su madre y lo anunciaban los ángeles; lo alimentaba su madre y el resplandor de la estrella lo pregonaba. **Tales eran sus riquezas y tal su pobreza: riquezas para crearte, pobreza para restablecerte**. Si él recibió hospitalidad como si fuera un pobre, se debió a benevolencia por su parte, no a que sintiera necesidad.

Quizá digas para ti: «¡Dichosos los que merecieron recibir a Cristo como huésped! ¡Si yo hubiera estado allí! ¡Si hubiera sido, al menos, uno de aquellos dos a los que encontró en el camino!». **Tú sigue en el camino y no te faltará Cristo como huésped.** ¿Piensas que ya no te será posible acoger a Cristo? «¿Cómo —preguntas— voy a tener esa posibilidad? Después de resucitar se apareció a los discípulos y subió al cielo, donde está sentado a la derecha del Padre, y ya no volverá más que al final de los tiempos a juzgar a vivos y muertos; pero ha de venir revestido de gloria, no en debilidad; **vendrá a otorgar el reino, no a solicitar hospitalidad**». ¿Te olvidas de que, cuando venga a entregar el reino, ha de decir: *Cuando lo hicisteis con uno de mis pequeños, conmigo lo hicisteis?* (Mt 25,40). Aunque rico, él sigue estando necesitado hasta el fin del mundo. **Tiene necesidad, sí, pero no en la cabeza, sino en sus miembros.** ¿Dónde está necesitado? En aquellos miembros por los que sintió dolor cuando dijo: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* (Hc 9,4). Seamos, pues, obsequiosos con Cristo. El está entre nosotros en sus miembros; está entre nosotros en nosotros mismos. No dijo en vano: *Ved que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo* (Mt 28,20). **Obrando así, reconocemos a Cristo en las buenas obras; pero no con el cuerpo, sino con el corazón; no con los ojos de la carne, sino con los de la fe.** *Porque has visto has creído* (Jn 20,29), dijo a cierto discípulo suyo que, incrédulo, había afirmado: *No creeré si no lo toco* (Jn 20,25). Y el Señor, a su vez: *ven, tócame, y no seas incrédulo* (Jn 20,27). El lo tocó y exclamó: *¡Señor mío y Dios mío!* (Jn 20,28). De nuevo el Señor: *«Porque me has visto has creído* (Jn 29,25-29); a eso se reduce toda tu fe: a creer lo que estás viendo; **mi alabanza va para aquellos que no ven y creen, puesto que, cuando llegue el momento de ver, se regocijarán**».¹³⁴

PARA REZAR MEJOR

Las diferentes apariciones a los apóstoles tienen una gran importancia para aquellos que se sienten llamados a continuar esta tarea. En ellas podemos darnos

¹³⁴ SAN AGUSTÍN, *Sermón 239, 6-7, aparición a los apóstoles y a las mujeres*, OC XXIV

cuenta cómo el Señor se reúne con los suyos en las situaciones descritas en las que se encuentran y les permiten poder comprender su propia vocación y saberse enviados. Es necesario, para los que viven las mismas situaciones, poder contemplar al Señor Resucitado, porque él es quien da sentido y horizonte a la tarea a la que nos sentimos llamados. Podemos volver a las escenas de los días anteriores tratando de profundizar en la propia experiencia de la vocación, contemplando al Señor Resucitado para que la experiencia de los apóstoles pase a ser la nuestra. Para cada uno de los dos momentos de oración se puede seguir el siguiente esquema.

1. La acostumbrada oración preparatoria a la contemplación. Puedes tener en cuenta aquello que más has pedido con todo el corazón en los días anteriores para comenzar con ello la oración.
2. Vuelve al texto evangélico, como dice san Ignacio, *haciendo pausas* en las palabras, acciones, gestos, caras o miradas que más han ido quedando en ti.
3. ¿Qué tipos de sentimientos y pensamientos te produjo? Trata de recordarlos y de profundizar en ellos: ¿Creció tu esperanza? ¿Se te abrió en algo el entendimiento? ¿Aumentó tu confianza en el Señor y en su presencia? ¿Pudiste comprender mejor el significado de la pasión?
4. Si te vuelves a acercar a mirar las heridas del Señor ¿Qué te hacen descubrir de él y de ti mismo?
5. El texto de san Agustín amplía el horizonte al darnos cuenta de la desproporción que existe entre lo que das a los demás y lo que el mismo Señor te ha dado; entre lo que haces y lo que él ha hecho. Quédate a solas con Jesús Resucitado, como, si de repente, en medio de todos estuvieras tú solo con él. No te canses de mirarle y trata de hacer un diálogo con él con todo el corazón: desde tus necesidades, tus heridas, el consuelo que él te ofrece, la alegría que te proporciona. No temas abrir tu corazón a quien te muestra abierto el suyo.

APARICIÓN EN EL LAGO DE TIBERÍADES I

Evangelio según san Juan 21, 1-14

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera:

Estaban juntos Simón Pedro, Tomás apodado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos suyos.

Simón Pedro les dice:

– «Me voy a pescar.»

Ellos contestan:

– «Vamos también nosotros contigo.»

Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada.

Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús.

Jesús les dice:

– «Muchachos, ¿tenéis pescado?»

Ellos contestaron:

– «No.»

Él les dice:

– «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.»

La echaron, y no tenían fuerzas para sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro:

– «Es el Señor.»

Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos cien metros, remolcando la red con los peces.

Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice:

– «Traed de los peces que acabáis de coger.»

Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red.

Jesús les dice:

– «Vamos, almorzad.»

Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor.

Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado.

Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos, después de resucitar de entre los muertos.

El cuarto evangelio narra una tercera aparición de Jesús a los apóstoles en un contexto diferente que las anteriores. Si las dos primeras se dieron en Jerusalén, esta última se narra en torno al lago Tiberíades en el que se realizó la llamada, también vinculada al hecho de una primera pesca milagrosa. Como todos los relatos joánicos, en medio de una realidad se describe algo mucho más profundo que quiere poner ante los ojos del lector.

Podíamos distinguir un primer nivel de lectura en el que tendríamos en cuenta la vida de los apóstoles que **han vuelto de nuevo a su lugar de origen retomado sus tareas habituales**, pero si leemos con detenimiento, encontraremos **una rica simbología eclesial**: la barca de Pedro, signo de la Iglesia; la pesca que hace presente el trabajo misionero y evangelizador; el fruto del trabajo representado en la pesca milagrosa que surge de la presencia y la acción de Cristo; la red que no se rompe y manifiesta la unidad de la Iglesia en medio de la gran cantidad de nuevos hijos; detrás de todo, la primacía de Pedro al frente del grupo apostólico y la mesa preparada por el mismo Cristo como símbolo de la Eucaristía.

En esta pesca milagrosa Juan quiere poner delante la presencia de Jesús en medio de la tarea de su Iglesia que anuncia el evangelio, con Pedro al frente, y hace fecunda la predicación y posible la unidad. Veamos los distintos matices descritos en esta escena:

1. La iniciativa de la pesca parte de Pedro y el resto de los apóstoles deciden ir con él. La expresión *vamos nosotros también contigo* está manifestando ya la comunión apostólica en torno a la figura del príncipe de los apóstoles en la primera Iglesia.
2. Toda una noche de pesca no produce ningún fruto. A pesar del esfuerzo los resultados resultan poco satisfactorios.
3. Jesús se hace presente al amanecer. Es el Señor Resucitado que ha vencido a la muerte y les pregunta por el resultado de su trabajo: no han conseguido nada.
4. Es el Señor quien indica el lugar hacia el que deben dirigir su esfuerzo y se produce el gran milagro: la red no se puede levantar por la cantidad de peces.
5. Entra en juego el discípulo amado que se dirige a Pedro: *Es el Señor*, —ὁ Κύριος ἐστίν—. Es el primero en reconocerle, pero, no de cualquier manera, sino con una afirmación cristológica fundamental, porque Juan no utiliza el nombre de Jesús, sino su cualificación como Señor, manifestando así su identidad.
6. Pedro se tira al agua ciñéndose la túnica, pasa del descanso a la actividad, y los otros discípulos siguen en la barca para arrastrar la red con los peces hasta la orilla. Tiene prisa por encontrar a Jesús y reunirse con él una vez que ha podido darse cuenta de su presencia.
7. El Señor ha preparado unos peces sobre unas brasas y pan e les invita a acercar los peces hasta él y las brasas que ha preparado ¿No resuena de alguna manera la celebración eucarística a la que se incorporan los nuevos cristianos? ¿No nos lo vuelve a recordar el hecho de volver a ver a Jesús de nuevo tomar el pan y repartirlo?
8. La red que no se rompe manifiesta la unidad de la Iglesia que no se rompe a

pesar de ser tantos los peces.

SAN AGUSTÍN

“Sabe vuestra caridad que todos los años se celebran solemnemente estas lecturas del santo evangelio, testimonios de la resurrección del Señor. Como la lectura renueva la memoria, también la renueva el comentario de la misma. Con la ayuda del Señor, pues, vamos a decir lo que cada año acostumbráis a oír. Y si para potenciar el recuerdo ha de repetirse la lectura, que puede leerse en el evangelio en cualquier otro tiempo, ¡con cuánta mayor razón ha de repetirse el sermón que no se escucha más que una vez al año! El Señor se apareció a sus discípulos después de su resurrección junto al mar de Tiberíades, y los encontró pescando, pero sin haber capturado nada. **Nada lograron en toda una noche de pesca; pero brilló el día y entonces hicieron capturas, porque vieron al Día, a Cristo, y en el nombre del Señor echaron las redes. Dos son las pescas** que encontramos haber hecho los discípulos en el nombre de Cristo: **la primera cuando los eligió y los constituyó apóstoles; la segunda ahora, después de su resurrección de entre los muertos.** Comparémoslas, si os place, y consideremos atentamente las diferencias entre una y otra, pues tienen algo que ver con la edificación de nuestra fe. **La primera vez** que el Señor encontró a los pescadores, a los que antes nunca había visto, tampoco cogieron nada en toda la noche; en vano se fatigaron. Él les mandó echar las redes; no les indicó si a la derecha o a la izquierda; solamente les dijo: Echad las redes (Lc 5,4). Las echaron... de forma que las dos barcas estaban sobrecargadas, hasta el punto que casi se hundían a causa de la multitud de los peces; más aún, tan grande era la cantidad, que las redes se rompían (cf. Lc 5,6): Esto ocurrió en la primera pesca. **¿Qué pasó en la segunda?** Echad —les dijo— las redes a la derecha (In 21,6). Antes de la resurrección, las redes se echan según cuadre; después de la resurrección, ya se elige el lado derecho. Además, en la primera pesca las naves están sobrecargadas y las redes se rompen; en esta última, después de la resurrección, ni la nave tiene sobrepeso ni la red se rompe. En la primera pesca no se indica el número de los peces; en esta posterior a la resurrección se da un número exacto. Toleremos, pues, la primera para llegar a la segunda. ¿Qué he dicho con estas palabras: «Toleremos la primera»? He aquí las redes, las redes de la palabra, las redes de la predicación; he aquí las redes. Diga el salmo: *Hice el anuncio y hablé, y se multiplicaron por encima del número* (Sal 39,6). Es cierto, pues se está realizando ahora: se anuncia el Evangelio, y se multiplican los cristianos por encima del número. Si todos vivieran santamente, no sobrecargarían la nave; si las herejías y los cismas no provocasen divisiones, no se romperían las redes. **¿Por qué en la primera pesca eran dos las naves?** Haced memoria, hermanos; las dos naves son las dos paredes, la de la circuncisión y la del prepucio, que se juntan y encuentran el beso de la paz en la piedra angular (cf. Ef 2,15). **En la última pesca, en cambio, la unidad es perfecta:** estamos en la diestra, donde nada hay siniestro. Es la Iglesia santa, que ahora se halla en el pequeño número que se fatiga en medio de numerosos malos y que estará compuesta por aquel número exacto y definido en el que ya no se encuentre ningún pecador: es ya la diestra, en la que nada hay siniestro. Y serán peces grandes, pues todos serán inmortales; todos han de vivir sin fin. ¿Hay cosa más grande que la que no

tiene fin? El evangelista se preocupó de traer a tu memoria la primera pesca. ¿Por qué, si no, añadió: *Y, aunque los peces eran tan grandes, las redes no se rompieron?* (In 21,11). Como si hubiera dicho: «Recordad la primera pesca, en la que las redes se rompieron». Este será el reino de los cielos; ningún hereje ladrará, ningún cismático se separará; todos estarán dentro y en paz.”¹³⁵

PARA REZAR MEJOR

La contemplación de hoy es una invitación a recuperar la presencia del Señor resucitado en medio de cada una de las tareas de la Iglesia de anuncio del evangelio, que siempre será fecunda en virtud de la presencia de Cristo que indica la dirección hacia dónde se deben arrojar las redes. Sin duda, en la tarea de la evangelización hay mucho sacrificio, muchas noches sin recoger nada, pero es allí, justamente en la escasez de la pesca cuando el Señor surge en la mañana, al salir el sol, para asegurar que nunca quede infecunda la labor. Como Juan, somos invitados a reconocer a Jesucristo en medio de nosotros y de nuestras tareas para proclamar que *es el Señor* de nuestra vida, de la Iglesia y de la historia. Somos invitados, con la prisa de Pedro, a tirarnos de la barca para ir al encuentro de quien nos espera en la orilla y prepara para nosotros cada día la mesa de la Eucaristía.

1. Pide la gracia de poder descubrir su presencia en medio de cada una de las fatigas en el trabajo pastoral, de una manera especial cuando parece infecunda al tener la sensación de que las redes están vacías a pesar del trabajo. Suplica poder reconocer en medio de todo ello que es el lugar donde el Resucitado se hace presente.
2. Trata de imaginar la escena en el lago y de descubrir en ella todas las dificultades con las que se tuvieron que encontrar los apóstoles en los primeros momentos del anuncio del evangelio. Son las mismas que las de nuestra Iglesia, pero el Señor siempre sorprende, no deja de hacerse presente cuando menos lo esperamos. Mira sus esfuerzos por pescar y la tristeza de no conseguir nada: allí está también el Señor.
3. ¿Con quién te identificas más, con Juan o con Pedro? ¿Qué harías tu estuvieras en la barca? Reconócele, sal a su encuentro.
4. Si no escuchas su palabra nunca sabrás hacia donde tienes que lanzar las redes. La oración es el momento de poder descubrir lo que te va señalando en medio de tu tarea evangelizadora ¿Qué puede significar para ti la indicación de Jesús a los apóstoles?
5. Habla con Cristo de las dificultades y de las sorpresas que tienes en medio de tu actividad pastoral. Él sabrá mejor que nadie lo que necesitas y te puede indicar la mejor manera de realizarla.

¹³⁵ SAN AGUSTÍN, *Sermón 229 M, 1, la pesca milagrosa*, OC XXIV.

APARICIÓN EN EL LAGO DE TIBERÍADES II: El diálogo con Pedro I

Evangelio según San Juan 21, 15-19

Después de comer dice Jesús a Simón Pedro:

–Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?

El le contestó:

–Sí, Señor, tú sabes que te quiero.

Jesús le dice:

–Apacienta mis corderos.

Por segunda vez le pregunta:

–Simón, hijo de Juan, ¿me amas?

El le contesta:

–Sí, Señor, tú sabes que te quiero.

El le dice:

–Pastorea mis ovejas.

Por tercera vez le pregunta:

–Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?

Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez si lo quería y le contestó:

–Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero.

Jesús le dice:

–Apacienta mis ovejas.

Te lo aseguro: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras.

Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios.

Dicho esto, añadió:

–Sígueme.

El último encuentro y el último diálogo con el Resucitado en el evangelio de Juan es el que establece con Pedro desvela y hace posible la vocación de aquel apóstol que ha pasado por la prueba y la negación. En las palabras que encontramos podemos descubrir toda la vida de Pedro, desde su primera llamada junto al Lago y su entusiasmo –con sus mejores deseos de seguir al Señor y el conocimiento que tiene de él– a la negación. Ahora, por este breve e intenso diálogo, nos descubren su verdad y, al mismo tiempo, la verdad de Cristo Resucitado.

Esta contemplación se realizará en dos días diferentes. Para el primer momento de oración nos vamos a detener en un recorrido por todo el texto, descubriendo la riqueza que el cuarto evangelista nos descubre dándonos a conocer la relación que existe entre el Señor Resucitado y la vocación del apóstol Pedro.

Para un segundo momento nos detendremos en analizar mejor el contenido del diálogo sobre el amor entre Jesús y el apóstol. Fijémonos en los elementos fundamentales de este relato eminentemente vocacional:

1. **La pregunta por el amor.** No es recriminación, no se dirige a las capacidades o posibilidades sino que es un interrogante sobre el tipo de amor de Pedro que queda abierto a un amor más grande como posibilidad de entrega. Sobre ello volveremos más adelante.
2. **La respuesta de Pedro** apela no a sí mismo, sino **al conocimiento de Cristo: *Señor, tú sabes***, es decir, parte del conocimiento de su realidad y del reconocimiento de su fragilidad porque el que ha sido salvado por el Señor sabe que su amor nunca podrá ni igualarse ni ser tan grande como el suyo: siempre será deudor. Se puede decir, *Sí, Señor*, pero apoyado en lo que el Señor conoce y no en uno mismo. Pedro dará el paso más importante, el del *yo* sobre el que se asentaba su certeza y su fuerza –*daré mi vida por ti, aunque todos te abandonen yo no te dejaré, aunque tenga que ir a la muerte*– al tú de Cristo, a su persona y a lo que él conoce y no tanto a su propia autosuficiencia.
3. **La encomienda de Cristo** tiene un gran significado: las ovejas que hay que cuidar o apacentar son de Cristo –*mis ovejas*– y no del pastor. Pedro no se puede apropiarse de lo que se le encomienda porque pertenece al Señor. De esta manera, **Jesús manifiesta la confianza y el encargo, pero reclama la propiedad de las ovejas.**
4. **Aparece ya el seguimiento unido a la cruz** en el ministerio apostólico: tampoco se pertenece Pedro a sí mismo ni es propietario de su acción: *otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras ir*. El camino viene dado por la fidelidad a la encomienda y es participación de la cruz de Cristo. Así, Pedro quedará conformado con el Buen Pastor que da la vida por las ovejas.
5. De nuevo **podrá escuchar la llamada que en el mismo lago le fue hecha hace tres años** con una comprensión más cierta de su verdad y la del Señor al escuchar de nuevo a Jesús que le dice ***sígueme***. Puede entender lo que significa realmente el ministerio al que fue llamado que no podría entenderse en plenitud sin haber reconocido su verdad. La vocación se asienta en la propia fragilidad y se hace posible en la experiencia del amor al Señor; sin ella, el pastor no puede ser pastor, ni el apóstol un verdadero apóstol. De esta manera podemos comprender que el *sígueme* inicial necesita ser escuchado en sucesivas ocasiones a lo largo de la vida según se van purificando nuestras motivaciones. De esta manera tan sencilla Pedro quedará rehabilitado por el Señor en su persona y su misión ante sí mismo, ante el resto de los apóstoles y toda la Iglesia.

Antes de pasar al análisis del diálogo primero entre Jesús y Pedro, vamos a detenernos en unas palabras de **san Agustín** que nos ayuda a comprender mejor el proceso descrito en este pasaje evangélico. Fijémonos cómo pone en relación la triple pregunta por el amor con las tres negaciones que manifestaban su autosuficiencia y su pobreza que le condujo a afirmar que no conocía al Señor. Fue necesario que las lágrimas abrieran su corazón al arrepentimiento y al amor gratuito del Señor que se fiará de él y le encomendará el cuidado de sus ovejas:

“Habéis oído la confesión del apóstol Pedro cuando el Señor le preguntó, como oísteis antes su negación cuando la criada lo llenó de espanto. Lleno él de presunción, el Señor le aseguró: *Me negarás* (Mt 26,34); lleno de amor, le preguntó: *¿Me amas?* (Jn 21,15.16.17). La causa de que el apóstol Pedro vacilase está en que antes había presumido de las fuerzas de su alma. Ya lo había dicho el salmo con anterioridad: *Los que confían en su valor* (Sal 48,7). Pedro se había hecho semejante a aquel de quien se canta en los Salmos: *Yo dije en mi abundancia: No me moveré jamás* (Sal 29,7). En su abundancia había dicho a Cristo: *Iré contigo hasta la muerte* (Lc 22,33); en su abundancia había dicho: *No me moveré jamás*. **Pero el Señor, como médico y hacedor, conocía mejor que el enfermo mismo lo que pasaba en el enfermo.** Los médicos hacen respecto de la salud física lo que el Señor puede hacer también respecto de la salud espiritual. Dime, te ruego, ¿qué te parece el que el enfermo tenga que esperar a que le diga el médico lo que pasa en él mismo? Él personalmente puede conocer los dolores que sufre; pero su peligrosidad, sus causas, la posibilidad de salir o no de ellos, no; el médico toma el pulso e informa al enfermo de lo que pasa en el enfermo mismo. Así, pues, **cuando el Señor decía a Pedro: *Me negarás tres veces* (Mt 26,34), auscultaba la vena de su corazón. Ved que se cumplió lo que predijo el médico y resultó ser falso lo que presumió el enfermo.** Allí, en el mismo salmo, continúa el Espíritu Santo: *Yo dije en mi abundancia: No me moveré jamás* (Sal 29,7), como quien presume de las fuerzas de su alma. Acto seguido añadió: *Señor, por tu bondad diste vigor a mi hermosura. Apartaste tu rostro, y me llené de turbación* (Sal 29,8). ¿Qué dijo? «Lo que tenía lo había recibido de ti, pero creía que era de mí. Apartaste tu rostro: retiraste lo que me habías dado, y me llené de turbación. Cuando tú te apartaste, descubrí quién soy». **El Señor se apartó temporalmente de Pedro para hacerle saludablemente humilde; mas cuando le dirigió la mirada, entonces Pedro lloró.** Así lo encuentras en el evangelio. Después de haberle negado tres veces y después de haberse cumplido lo predicho por el Señor, ¿qué está escrito? *Le miró el Señor, y Pedro se acordó* (Lc 22,61). Si el Señor no le hubiese vuelto la mirada, Pedro se hubiera olvidado totalmente. *Le miró el Señor, y Pedro recordó que le había dicho Jesús: Antes de que el gallo cante, me negarás tres veces. Y, saliendo fuera, rompió a llorar amargamente* (Lc 22,61-62). **Pedro tenía necesidad del bautismo de lágrimas para lavar el pecado de su negación;** pero ¿cómo podía obtenerlo si el Señor no se lo daba? Por eso dice el apóstol Pablo cuando advertía al pueblo sobre cómo debían comportarse con algunos que pensaban distintamente: *Corrigiendo con suavidad a los que piensan distintamente, por si Dios les concede la penitencia* (2 Tim 2,25). Así, pues, **también la penitencia es un don de Dios. Tierra dura es el corazón de un soberbio; no se ablanda para la penitencia si no llueve sobre él la gracia de Dios.**

Ahora, ya después de la resurrección del Señor, Pedro es sometido a un interrogatorio. **El Señor provoca su confesión y le predice su martirio;** lo encuentra anclado en la caridad y lo fortalece en la virtud. Ya después de la resurrección, le dice: «*Pedro, ¿me amas más que éstos?* (Jn 21,15). **Tú que me negaste, ¿me amas? Bastantes cosas has pasado ya: ves en vida a quien viste ir a la muerte cuando temiste morir. Mira que estoy vivo, que soy yo; ¿por qué temiste morir? Cuando me negaste, no por eso me perdiste.** Por tanto, puesto que soy yo

mismo, ¿me amas?». Y él: «*Señor, también tú sabes que te amo* (Jn 21,15.16.17). ¿Por qué me preguntas lo que ya sabes? Lo sabías cuando me predecías que iba a negarte. Tú sabías lo que yo ignoraba de mí mismo, y ¿vas a desconocer lo que yo sé? Veo en mi corazón que te amo, pero lo ves también tú; no puedes no ver mi actual amor, tú que viste mi temor futuro». También ahora lo sabe el Señor, y le pregunta no obstante; y, preguntándole de nuevo lo mismo, Pedro respondió de idéntica manera. **El Señor le pregunta por tercera vez para borrar con la triple confesión la triple negación.** Congratulémonos con el Apóstol: *Había muerto, y volvió a la vida; se había perdido, y fue encontrado* (Lc 15,24.32).

Se le pertrecha para tareas más sublimes y mayores; se le dice: *Apacienta mis ovejas* (Jn 21,16), tarea en que su carne iba a peligrar y su espíritu a ser glorificado. En efecto, **¡cuánto no iba a padecer por el nombre de Cristo en el oficio de apacentar las ovejas!** *Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos* Gn 21,16.15.17). Pues ¿a mí qué puedes darme, si me amas? El príncipe de los pastores le constituyó pastor para que él, **Pedro, apacentase las ovejas de Cristo, no las propias.** Los mismos apóstoles convirtieron al sentido común a algunos que quisieron ser seguidores suyos. Eran ovejas de Cristo y querían serlo de los hombres, y decían unos y otros: *Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas.* Allí había también ovejas que reconocían al Señor: *Yo, en cambio, soy de Cristo* (1 Cor 1,12). Pablo, conocedor de que Cristo confió a los apóstoles sus propias ovejas, no las de ellos, rechazó tal dominio; para estar con el Señor, confiesa que él no es el Señor.

¿Acaso fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O habéis sido, acaso, bautizados en el nombre de Pablo? (1 Cor 1,13). Sois ovejas de Cristo, ¿no lo sabéis? Leed la señal con la que habéis sido marcados. *Apacienta mis ovejas.* ¿Por qué? **Puesto que me amas, puesto que me tienes afecto, te confío mis ovejas; apaciéntalas, pero no olvides que son mías.** Los cabecillas de las herejías quieren hacer propias las ovejas de Cristo; pero, quiéranlo o no, se ven obligados a ponerles la marca de Cristo; las hacen patrimonio propio, pero les ponen el nombre del Señor.¹³⁶

El diálogo entre Jesús y Pedro versa sobre el amor y tiene un contenido muy significativo que percibimos mejor si atendemos al texto griego; este distingue dos maneras diferentes de amor, el que llamamos de “ágape” y el de “filía”. Fijémonos en el texto griego que nos permite percibir mejor esos detalles:

1. ἀγαπᾷς με..... σὺ οἶδας ὅτι φιλῶ σε (¿me amas? Tú sabes que te quiero)
2. ἀγαπᾷς με..... σὺ οἶδας ὅτι φιλῶ σε (¿me amas? Tú sabes que te quiero)
3. φιλεῖς με... ἐλυπήθη ὁ Πέτρος ὅτι εἶπεν αὐτῷ τὸ τρίτον (*se entristeció Pedro porque le dijo por tercera vez*) Φιλεῖς με... Κύριε, πάντα σὺ οἶδας, σὺ γινώσκεις ὅτι φιλῶ σε (me quieres... Señor, tú lo sabes todo, tú conoces que te quiero)

El evangelista hace notar **la diferencia entre el amor por el que el Señor pregunta a Pedro, un amor de gratuidad y entrega, y la respuesta que este le da con un amor de amistad,** que es un amor profundo pero no llega hasta el extremo que tiene el amor de “agapé”. Pedro ama, pero no de la misma manera que el Señor le está pidiendo, pero cada una de las afirmaciones del amor de Pedro le sirven al Señor para encomendarle la tarea de cuidar sus ovejas. No puede amar

¹³⁶ SAN AGUSTÍN, *Sermón 229 O, 1-3, «Simón, ¿me amas?»*, OC XXIV

tanto como quisiera, pero, ciertamente, quiere al Señor. Hay un detalle más todavía. Si Pedro un día se quiso afirmar sobre los demás manifestando que, aunque todos le abandonaran, él no lo haría, en la primera pregunta de Jesús encontramos una relación con su intencionalidad: **No sólo le dice *me amas* sino, *más que estos*** (πλέον τούτων), pero ahora, Pedro, puede decir tan sólo que le quiere, **no se puede comparar con los demás porque ha pasado por la experiencia de la negación y, además, sabe que su amor es más pequeño.** El que parecía que iba a amar más no lo ha hecho, ahora ama realistamente, sabiendo que el verdadero amor, el que es gratuito y entregado hasta el extremo, sólo es el de Jesucristo que le pregunta por el suyo.

En la tercera ocasión Jesús se dirige a Pedro con el mismo verbo con que este le respondía, “fileo” y esto provoca la tristeza de Pedro probablemente por dos razones: es la tercera pregunta que recuerda la triple negación y el amor por el que le pregunta y con el que el Señor se conforma es el de menor generosidad y gratuidad. Al final, el Señor no le pregunta más de lo que él puede responder, pero es el que Pedro tiene y al Señor le basta. De esta manera, con la triple confesión del pobre amor y la triple encomienda, queda restaurado aquel que le negó tres veces.

BENEDICTO XVI

“[...] Ahora bien, **la generosidad impetuosa de Pedro no lo libra de los peligros vinculados a la debilidad humana.** Por lo demás, es lo que también nosotros podemos reconocer basándonos en nuestra vida. Pedro siguió a Jesús con entusiasmo, superó la prueba de la fe, abandonándose a él. Sin embargo, llega el momento en que también él cede al miedo y cae: traiciona al Maestro (cf. *Mc* 14, 66-72). **La escuela de la fe no es una marcha triunfal, sino un camino salpicado de sufrimientos y de amor,** de pruebas y de fidelidad que hay que renovar todos los días. Pedro, que había prometido fidelidad absoluta, experimenta la amargura y la humillación de haber negado a Cristo; **el jactancioso aprende, a costa suya, la humildad.** También Pedro tiene que aprender que es débil y necesita perdón. Cuando finalmente se le cae la máscara y entiende la verdad de su corazón débil de pecador creyente, estalla en un llanto de arrepentimiento liberador. Tras este llanto ya está preparado para su misión.

En una mañana de primavera, Jesús resucitado le confiará esta misión. El encuentro tendrá lugar a la orilla del lago de Tiberíades. El evangelista san Juan nos narra el diálogo que mantuvieron Jesús y Pedro en aquella circunstancia. Se puede constatar un juego de verbos muy significativo. En griego, **el verbo *filéo*** expresa el amor de amistad, tierno pero no total, mientras que **el verbo “*agapáo*”** significa el amor sin reservas, total e incondicional.

La primera vez, Jesús pregunta a Pedro: "Simón..., ¿me amas" (*agapâs-me*) con este amor total e incondicional? (cf. *Jn* 21, 15). Antes de la experiencia de la traición, el Apóstol ciertamente habría dicho: "Te amo (*agapô-se*) incondicionalmente". Ahora que ha experimentado la amarga tristeza de la infidelidad, el drama de su propia debilidad, dice con humildad: "Señor, te quiero

(*filô-se*)", es decir, **"te amo con mi pobre amor humano"**. Cristo insiste: "Simón, ¿me amas con este amor total que yo quiero?". Y Pedro repite la respuesta de su humilde amor humano: "*Kyrie, filô-se*", "Señor, te quiero como sé querer". La tercera vez, Jesús sólo dice a Simón: "*Fileîs-me?*", "¿me quieres?". **Simón comprende que a Jesús le basta su amor pobre, el único del que es capaz, y sin embargo se entristece porque el Señor se lo ha tenido que decir de ese modo.** Por eso le responde: "Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero (*filô-se*)".

Parecería que Jesús se ha adaptado a Pedro, en vez de que Pedro se adaptara a Jesús. Precisamente esta adaptación divina **da esperanza al discípulo que ha experimentado el sufrimiento de la infidelidad. De aquí nace la confianza**, que lo hace capaz de seguirlo hasta el final: "Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios. Dicho esto, añadió: "Sígueme"" (*Jn 21, 19*).

Desde aquel día, Pedro "siguió" al Maestro con la conciencia clara de su propia fragilidad; pero esta conciencia no lo desalentó, pues sabía que podía contar con la presencia del Resucitado a su lado. Del ingenuo entusiasmo de la adhesión inicial, pasando por la experiencia dolorosa de la negación y el llanto de la conversión, Pedro llegó a fiarse de ese Jesús que se adaptó a su pobre capacidad de amor. Y así también a nosotros nos muestra el camino, a pesar de toda nuestra debilidad. **Sabemos que Jesús se adapta a nuestra debilidad.** Nosotros lo seguimos con nuestra pobre capacidad de amor y sabemos que Jesús es bueno y nos acepta. Pedro tuvo que recorrer un largo camino hasta convertirse en testigo fiable, en "piedra" de la Iglesia, por estar constantemente abierto a la acción del Espíritu de Jesús.

Pedro se define a sí mismo "testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que está para manifestarse" (1 P 5, 1). Cuando escribe estas palabras ya es anciano y está cerca del final de su vida, que sellará con el martirio. Entonces es capaz de describir la alegría verdadera y de indicar dónde se puede encontrar: el manantial es Cristo, en el que creemos y al que amamos con nuestra fe débil pero sincera, a pesar de nuestra fragilidad. Por eso, escribe a los cristianos de su comunidad estas palabras, que también nos dirige a nosotros: "Lo amáis sin haberlo visto; creéis en él, aunque de momento no lo veáis. Por eso, rebosáis de alegría inefable y gloriosa, y alcanzáis la meta de vuestra fe, la salvación de las almas" (1 P 1, 8-9)."¹³⁷

PARA REZAR MEJOR

Este texto que contemplamos tiene un significado muy hondo, teológica y espiritualmente. Podemos orar durante dos días y volver de nuevo sobre él una y otra vez porque contiene una riqueza inagotable. Sin duda, contemplar esta escena del diálogo del Señor Resucitado con Pedro nos ayuda a comprender también el alcance de la propia vocación que no es posible comprenderla sin el encuentro con él. Nos abre a la verdad de nuestro pobre amor que le es suficiente al Señor para

¹³⁷ BENEDICTO XVI, *Audiencia general del 24 de Mayo de 2006*

llamarnos y encomendarnos el cuidado de sus ovejas. Sin este diálogo continuo en el amor, la perspectiva de la vocación se pierde y es imposible afrontar las dificultades y sufrimientos a causa del ministerio pastoral.

Tenemos que entrar en esta escena como sujetos activos, dejando que el Señor se quede a solas con nosotros y nos pregunte para que nos demos cuenta de nuestra propia fragilidad, de nuestras negaciones y pecados para permitir que sea él mismo, desde nuestra verdad más humilde, quien nos abra a la conciencia de sabernos llamados para poder aceptar el cuidado de sus ovejas.

La oración se puede realizar en dos o tres momentos diferentes teniendo en cuenta todo lo que aparece. Sugiero que, el primer día podamos hacer la lectura y contemplación entera de la escena que nos irá dirigiendo al diálogo por el amor, el de Pedro y el nuestro. Esto lo podremos hacer en un segundo tiempo de oración.

1. Hay que pedir la alegría de sabernos llamados en nuestra pobreza; de asentarnos sobre la fidelidad de Cristo que se adapta a nuestro pequeño amor; de saber que no nos podemos apropiarnos de nada, ni de nuestra capacidad de amar, ni de nuestra vida, ni de aquellos que el Señor nos encomienda.
2. Ve leyendo el texto tratando de ver la escena y de escuchar las palabras. Escucha al Señor que no aparta de ti la mirada y trata de quedarte en el lugar del diálogo que más te ayude. Mírale a él, porque ante él no tienes que agachar la cabeza. Otro día podrás descubrir otro aspecto del evangelio.
3. Tienes la oportunidad de estar con el pastor que dio la vida por las ovejas que te enseña a ser pastor. Puedes hablar con él con toda tu verdad, pero también tienes que escucharle en toda su verdad.

APARICIÓN EN EL LAGO DE TIBERÍADES III: El diálogo con Pedro. Repetición

Es necesario seguir orando con el texto del diálogo del Señor Resucitado con Pedro. Ya hemos podido mirar y escuchar a Pedro y a Jesús, **hemos podido oír las tres preguntas como si fueran dirigidas a nosotros y poder dar nuestras propias respuestas**. También nos ha dicho el Señor, como a Pedro: *apacienta mis ovejas, cuida mis corderos... sígueme*. Hay que seguir profundizando en el misterio del Señor, de nosotros mismos y de la vocación que se hacen presentes en esta escena del evangelio de Juan. Lo tenemos que hacer desde lo que hemos visto, oído, gustado y expresado porque no es un capítulo de examen que tenemos que aprender para pasar al siguiente. Esto es lo último que el evangelista –que podría haber escrito tantas cosas– ha querido dejarnos con una intención muy clara, ya que desde este diálogo podemos comprender nuestra verdad y la del Señor y el profundo misterio que se encierra en aquello que nos encomienda y a lo que nos llama.

¿Dónde pudiste sentir una emoción más intensa, una luz más clara, crecimiento en la fe, la esperanza o el amor? ¿Qué se ha quedado más impreso en el corazón de la oración que has realizado? No pases de largo si el Señor ha pasado a tu lado, se ha detenido junto a ti, te ha preguntado y has podido escuchar su respuesta y la tuya.

Quizá, con todo lo que se ha expuesto puede ser más que suficiente, pero, como este texto es inagotable podemos detenernos en un par de detalles que ayuden a profundizar un poco más lo que ya hemos contemplado los días anteriores y poder gustar más de ello haciendo una repetición.

1. Aunque ya vimos algo en la explicación anterior, vamos a seguir profundizando en la importancia del **más que estos** que encontramos en labios de Jesús y que recuerda el ímpetu inicial de Pedro. Vivimos en una competencia con los otros por ser más que ellos en algo, y al mismo tiempo, nos sentimos menos cuando no podemos conseguirlo. Parece que llevamos metido en el interior el “más que los demás”, o el *más que estos*, que el Señor le pregunta por primera vez a Pedro. Nos creemos más que los otros o queremos ser más que ellos, y como no siempre es posible, es fácil que terminemos sintiéndonos menos que ellos. Pedro pudo pensar que era más, que iba a ser más que los demás por lo que el Señor le estaba confiando, por lo que le había revelado el Padre del cielo que escapaba al conocimiento de los otros. Esto le había hecho escuchar del mismo Jesús que se podía considerar dichoso. Llevado por esto, pensó que podría dar consejos al Señor sobre si debía o no ir a Jerusalén, sobre si tenía o no que llegar a la muerte de una manera cruel; llegó a afirmar con rotundidad la fuerza de su *yo*, su ser más que los demás al decir *aunque todos te abandonen, yo nunca te dejaré, yo daré mi vida por ti*.

¡Qué sencillo es creerse un poco héroe al seguir al Señor! También podemos querer ser más que los demás en el seguimiento de Cristo, en nuestra propia vocación, en el desarrollo de nuestras capacidades. **Más que los demás, y al final, un poco menos**. No es malo querer crecer en fidelidad, entrega y santidad, pero... más que los demás... nunca es un buen camino. El

Señor le responde a Pedro con una pregunta una vez que ha pasado por encontrarse con su traición y con la mirada del Señor cuando fue juzgado. Con la pregunta trata de curar la actitud de fondo: *Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?* Podríamos poner palabras a esa intención de Jesús: “tú querías ser más que los demás, trataste de demostrarlo y fuiste menos, de verdad, *¿me amas más que estos?*” Ya sabemos la respuesta de Pedro: **ni le amaba con un amor de ágape ni tampoco pudo decir que lo hacía más que los otros apóstoles**. El Señor continúa situándole en su realidad, en la verdad de su amor, que ni es mayor que el de los demás, ni tan gratuito y generoso como quisiera. Podemos ver los tres pasos de este realismo en el amor en el que Jesús, adaptándose a Pedro, como decía el Papa, va en su pregunta de más a menos en la gradación del amor. Es la verdad del apóstol y la confianza del Señor en él que le encomienda a sus ovejas y a sus corderos para que los cuide y apaciente. Esta es la pedagogía que va utilizando el Señor con Pedro para situarle en la verdad de su vida y de su amor, para que desde ella pueda escuchar la encomienda que le realiza y para que se pueda dar cuenta que **la llamada al seguimiento está basada más en el mismo Señor que en nuestra propia capacidad**. Ahora podemos ver mejor estos tres pasos pedagógicos que Jesús realiza con Pedro:

- | | |
|---------------------------------|--|
| 1. ¿Me amas más que estos?..... | Tú sabes que te quiero |
| 2. ¿Me amas?..... | Tú sabes que te quiero |
| 3. ¿Me quieres?..... | Tú lo sabes (οἶδας) todo, tú conoces (γινώσκεις) que te quiero |

2. Pedro ha pasado de querer amar más que los demás, con un amor desbordante, gratuito y generoso (agapao) a amar con un amor humano de amistad (fileo), descendiendo, simplemente a un amor no tan desinteresado y gratuito, sin compararse con los demás. **Ni es más que los demás, ni siquiera como los demás, es algo menos, pero es su verdad y lo que tiene**. Por todo ello, es algo grande y gratuito que el Señor le encomiende el cuidado de sus ovejas. La primera pregunta de Jesús pone de manifiesto la primera intención de Pedro que habría de purificarse: no sólo tener un amor generoso, sino mayor que los otros. Como veíamos antes, poco a poco, el Señor le va poniendo en su verdad. Esta será la realidad que le abra al amor de entrega en total gratuidad (agapao), dando un día la vida por el Señor y sus ovejas. **Sólo en la verdad del pobre amor crece el amor más grande del pastor**.
3. Todo sucede al final, no por lo que nosotros sabemos, pronosticamos o nos esforzamos, sino por lo que el Señor sabe. Pedro irá pasando de decir dos veces *tú sabes que te quiero* a afirmar *tú lo sabes todo, tú conoces que te quiero*. Ya sabemos la diferencia entre el verbo οἶδα y γινώσκω. El primero que utiliza Pedro en las tres ocasiones significa un conocimiento intuitivo, cierto y espiritual que tiene el Señor de él, realmente podemos decir que significa haber visto con toda certeza y profundidad. El segundo es un conocimiento más intelectual. Así, nuestro apóstol le dice dos veces al Señor: *tú ves con toda hondura, verdad y certeza que te quiero*. La tercera

vez afirma lo mismo referido a la totalidad –tú lo sabes todo– pero utiliza también γινώσκω al hablar del amor: **Tú ves todo con toda hondura, verdad y profundidad todo, tú conoces que te quiero.** Así, esa certeza no se manifiesta en esta ocasión sobre su amor, sino sobre todo lo que sólo el Señor puede conocer de él. Así es, **Cristo lo conoce todo de Pedro, con toda la verdad y la profundidad**, no sólo su amor, sino su vida entera, sus deseos, miedos, traiciones y negaciones. El Señor lo conoce todo y, en esta ocasión, al referirse al amor, utilizará el apóstol el otro verbo: γινώσκω. Ahora podemos ver con mayor hondura el significado de esta frase de Pedro al ser preguntado por tercera vez con el verbo φιλέω: πάντα σὺ οἶδας, σὺ γινώσκεις ὅτι φιλῶ σε: “tú que lo sabes todo con verdad, conoces que te quiero”. Al final, el Señor, si conoce cuál es el amor de Pedro. El apóstol también.

Nos damos cuenta **cuánta verdad y realismo hay en las preguntas de Cristo a Pedro, y cuánta verdad y realismo en su respuesta, que no dejan de coexistir con un cierto punto de tristeza**: la que nace de la verdad de haber traicionado y de no tener un amor tan entregado y gratuito como quisiera porque no puede corresponder al del Señor. El gran amor y confianza de Cristo, junto con su conocimiento del apóstol le va abriendo a Pedro a la verdad y a que **pueda crecer en él su capacidad de amar**. No todo está concluido en su vida sino que **queda abierto al horizonte de la verdadera entrega que el Señor le anuncia indicándole la muerte con la que iba a dar gloria a Dios**. Es como si le quisiera decir: “no te preocupes porque ahora tu amor no sea todo lo grande que quisieras, llegará a ser tan grande y tan gratuito y generoso que llegarás a dar la vida por mí, eso sí, no como quisiste hacer antes de mi muerte. Serás pastor y darás gloria a Dios. Ya te has purificado, ahora continúa caminando: *sígueme*.” De nuevo la llamada del Señor. Ahora le anuncia una posibilidad verdadera de dar la vida por él y por sus ovejas. Podemos decir, fijándonos en Pedro, que sólo la verdad sobre uno mismo y el seguimiento de Cristo desde esa verdad abre la posibilidad al verdadero amor del pastor. Este se irá haciendo más grande hasta llegar a dar la vida por el Señor. Así lo testimonia el mismo Pedro en su primera carta como testigo de los sufrimientos de Cristo al dirigirse a los otros presbíteros. Ahora sí vive este amor más grande, más gratuito y generoso. El Señor le enseñó y le preparó para poder hacerlo:

“A los presbíteros en esa comunidad, yo, presbítero como ellos, testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que va a manifestarse, os exhorto:

Sed pastores del rebaño de Dios que tenéis a vuestro cargo, gobernándolo no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere; no por sórdida ganancia, sino con generosidad; no como déspotas sobre la heredad de Dios, sino convirtiéndoos en modelos del rebaño.

Y cuando aparezca el supremo Pastor, recibiréis la corona, de gloria que no se marchita.” (I Pe 4, 1-4)

SAN AGUSTÍN

“Vosotros recordáis cómo el primero de los apóstoles, el apóstol Pedro, se turbó en la pasión del Señor. Suya propia fue aquella turbación, y de Cristo la transformación. Porque a lo primero fue presuntuosamente audaz, para venir a ser después un renegado cobarde. **Había ofrecido morir por el Señor, siendo así que antes había de morir el Señor por él.** Cuando dijo: *Yo estaré contigo hasta la muerte y Yo doy la vida por ti*, el Señor le respondió: *¿Por mí vas tú a dar la vida? En verdad te digo que antes de cantar el gallo me habrás negado tres veces.* Y llegó la hora, y porque Cristo era Dios, y Pedro no era más que hombre, se cumplió la Escritura: *Yo en mi apuro dije: «Todo hombre es mentiroso.»* Y el Apóstol dice: *Porque Dios es veraz, y todo hombre es mentiroso;* Cristo, pues, salió verdadero, y Pedro salió embustero.

Y ahora, ¿qué? Le interroga el Señor, según acabáis de oír al hacerse la lectura del evangelio, y le dice: *Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?* A lo cual respondió, diciendo: *Sí, Señor; tú sabes que te amo.* Y esto mismo se lo pregunta por segunda vez, y vuelve a preguntárselo por vez tercera, y a cada respuesta de amor le encomienda el rebaño; pues cada vez que Pedro decía: *Te amo*, le decía el Señor Jesús: *Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejuelas.* En la única persona de Pedro simbolizábase la unidad de todos los pastores; entiéndase de los buenos, que apacientan las ovejas de Cristo, no para sí, sino para Cristo. ¿Era Pedro mentiroso ahora? ¿Había mentira en responderle al Señor que le amaba? No; respondía la verdad, porque respondía lo que dentro de su corazón veía. Cuando había dicho: *Yo daré mi vida por ti*, se arrojó a presumir de fuerzas que había de tener, y el hombre sabe, quizá, quién es al momento de hablar; pero ¿sabe alguien cómo será en el día siguiente? Cuando el Señor le preguntaba, **Pedro volvía los ojos a su corazón, y respondía con seguridad lo que estaba viendo en él: *Sí, Señor; tú sabes que te amo.*** Lo que te digo, lo sabes tú muy bien; lo que yo estoy viendo aquí, en este corazón, también lo estás viendo tú. Sin embargo, no se atrevió a responder a todo lo que el Señor le preguntaba. Porque no le había preguntado el Señor únicamente: **¿Me amas?**; había añadido: **¿Me amas más que éstos?, o sea, más que estos otros discípulos. Pedro no pudo responder sino *Yo te amo*, sin aventurarse a decir *más que éstos*. No quiso exponerse a ser mentiroso de nuevo.** El podía responder de su propio corazón; no debía ser juez del corazón ajeno.

Esta verdad, pues, que ahora profiere Pedro, ¿es suya o es Cristo quien habla la verdad en Pedro? Cuándo el Señor Jesús lo tuvo a bien, desasistió a Pedro, y apareció el Pedro hombre; cuando al Señor Jesús le plugo, llenó de sí mismo a Pedro, y apareció el Pedro veraz. La Piedra hizo ver a Pedro; y la Piedra era Cristo. Y cuando por tercera vez respondió que amaba a Cristo y tercera vez le confió el Señor sus ovejitas, ¿qué le anunció? Le anunció su martirio. *Cuando eras más joven, le dice, te ponías el cinturón e ibas a donde querías; cuando hayas envejecido, extenderás tus manos, y otro te lo pondrá y te llevará donde no quieres.* El evangelista, nos aclaró estas palabras de Cristo. *Esto, dice, lo decía para significarle con qué muerte había de glorificar a Dios, o sea, para denotar que*

Pedro había de ser crucificado por Cristo; significación de las palabras: *Extenderás tus manos*.

¿Dónde está ahora el renegado aquel? A seguida de esto, le dijo el Señor Cristo: *Sígueme*; mas no en el mismo sentido que al llamar a sus discípulos. También entonces había dicho: *Sígueme*; pero entonces fue a su doctrina, ahora es a la corona. El haber Pedro negado a Cristo, ¿no fue por miedo a la muerte? Sí; temió padecer lo que padeció Cristo. **Mas ahora ya no tenía razón para temer; estaba viendo corporalmente vivo a quien había visto colgado de un madero, Con su resurrección le ahuyentó Cristo el miedo a la muerte**; por eso, porque le había quitado ya ese temor, podía interrogar a Pedro sobre el amor. Tres veces le había negado el temor, tres veces le confesó el amor. **Con respecto a la verdad, la triple negación es una deserción; la triple confesión testifica su dilección.**¹³⁸

PARA REZAR MEJOR

Para ser apóstol no hay que compararse con los demás, ni creer que se puede ser más que los otros, ni siquiera en la posibilidad de amar. No deja de ser una cierta presunción, al mismo tiempo que un juicio sobre lo que los demás pueden hacer o amar. El apóstol no se puede afirmar a sí mismo juzgando a los demás, debe abandonarse en el amor al Señor, confiar en él y saber que esto es suficiente para ser pastor. La seguridad no está en uno mismo o en ser “en algo” mejor que los demás, sino en que el Señor lo conoce todo de nosotros, de manera que, si él nos llama, tenemos la seguridad que no puede ser un error porque no hay nada que no sepa con toda profundidad y certeza de nuestra vida, como lo sabía de Pedro. No sólo conocía sus defectos, pecados y falta de humildad, también la grandeza de su corazón, su pasión y todo lo que podría llegar a ser. Es el conocimiento de Cristo sobre nosotros y no lo que sabemos sobre nosotros mismos, la base sobre la que se asienta la vocación.

1. Pide al Padre que el encontrarte con Cristo Resucitado aleje de ti el temor y la duda, tanto sobre lo que pueda venir como sobre ti mismo; que te conceda la gracia de no querer afirmarte sobre los demás ni juzgar sus capacidades, sino estar dispuesto a dar lo que tienes, nada más.
2. Vuelve a leer el texto completo del evangelio y ve fijándote en cada palabra, cada verbo tratando de escuchar y no de analizar.
3. ¿Qué te afectó más, es decir, te tocó en el afecto los otros días de oración? ¿Se te concedió alguna luz en tu conocimiento? ¿Algo le dijiste al Señor con un gran deseo y verdad? Recuérdalo y sigue orando desde ahí. Si has visto algo nuevo al leer el evangelio, no te preocupes si te tienes que parar en ello.
4. ¿Le has hablado al Señor de tu verdad lo suficiente? ¿Ves sólo lo negativo? Si

¹³⁸ SAN AGUSTÍN, *Sermón 147*, «Simón Pedro, ¿me amas?», OC XXIV

es así deja que el Señor te diga también tus posibilidades si confías en él, como le dijo a Pedro. Sólo se descubren cuando hemos entrado en el camino de la humildad que es la verdad.

5. Da gracias al Señor porque te sigue llamando y confía en ti para que cuides de sus ovejas y las apacientes.

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR I

Hechos de los apóstoles 1, 1 - 11

En mi primer libro, querido Teófilo, escribí de todo lo que Jesús fue haciendo y enseñando hasta el día en que dio instrucciones a los apóstoles, que había escogido, movido por el Espíritu Santo, y ascendió al cielo. Se les presentó después de su pasión, dándoles numerosas pruebas de que estaba vivo, y, apareciéndoseles durante cuarenta días, les habló del reino de Dios.

Una vez que comían juntos, les recomendó:

—«No os alejéis de Jerusalén; aguardad que se cumpla la promesa de mi Padre, de la que yo os he hablado. Juan bautizó con agua, dentro de pocos días vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo.»

Ellos lo rodearon preguntándole:

—«Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?»

Jesús contestó:

—«No os toca a vosotros conocer los tiempos y las fechas que el Padre ha establecido con su autoridad. Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines del mundo.»

Dicho esto, lo vieron levantarse, hasta que una nube se lo quitó de la vista. Mientras miraban fijos al cielo, viéndole irse, se les presentaron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron:

—«Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que os ha dejado para subir al cielo volverá como le habéis visto marcharse.»

La Ascensión del Señor pone de manifiesto la glorificación de Cristo junto al Padre; lo que contemplaron los discípulos después de la resurrección es la humanidad glorificada de Jesús, la carne revestida de inmortalidad que refleja la divinidad que estaba escondida y que ha triunfado sobre el poder de la muerte. Pero este proceso de glorificación, según la tradición de la Iglesia, no culmina hasta el momento de la Ascensión, en la cual, el Hijo eterno de Dios **desaparece de la vista de los discípulos para llegar junto al Padre, llevando con él su humanidad revestida de gloria en virtud de la resurrección**. Como cabeza nuestra asciende hasta el Padre para que todo lo humano forme parte del ser Trinitario de Dios a través de la humanidad de Cristo por la que ejerce su labor de mediador ante el Padre hasta la consumación de los tiempos. Veamos cómo refleja esta afirmación de fe el Catecismo de la Iglesia Católica recogiendo la tradición de la Iglesia.

“El Cuerpo de Cristo fue glorificado desde el instante de su Resurrección como lo prueban las propiedades nuevas y sobrenaturales, de las que desde entonces su cuerpo disfruta para siempre (cf. Lc 24, 31; Jn 20, 19. 26). Pero durante los cuarenta días en los que él come y bebe familiarmente con sus discípulos (cf. Hc 10, 41) y les instruye sobre el Reino (cf. Hc 1, 3), su gloria aún queda velada bajo los rasgos de una humanidad ordinaria (cf. Mc 16,12; Lc 24, 15; Jn 20, 14-15; 21, 4). **La última aparición de Jesús termina con la entrada irreversible de su humanidad en la gloria divina simbolizada por la nube** (cf. Hc 1, 9; cf. también Lc 9, 34-35; Ex 13, 22) y por el cielo (cf. Lc 24, 51) donde él se sienta para siempre a la derecha de Dios (cf. Mc 16, 19; Hc 2, 33; 7, 56; cf. también Sal 110, 1). Sólo de manera completamente excepcional y única, se muestra a Pablo "como un abortivo" (1 Co 15, 8) en una última aparición que constituye a éste en apóstol (cf. 1 Co 9, 1; Ga 1, 16).

“El carácter velado de la gloria del Resucitado durante este tiempo se transparenta en sus palabras misteriosas a María Magdalena: "Todavía no he subido al Padre. Vete donde los hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios" (Jn 20, 17). **Esto indica una diferencia de manifestación entre la gloria de Cristo resucitado y la de Cristo exaltado a la derecha del Padre.** El acontecimiento a la vez histórico y transcendente de la Ascensión marca la transición de una a otra.

“Cristo, desde entonces, está sentado a la derecha del Padre: **"Por derecha del Padre entendemos la gloria y el honor de la divinidad**, donde el que existía como Hijo de Dios antes de todos los siglos como Dios y consubstancial al Padre, está sentado corporalmente después de que se encarnó y de que su carne fue glorificada" (San Juan Damasceno, f.o. 4, 2; PG 94, 1104C).”¹³⁹

Estas afirmaciones nos ayudan a situarnos en el misterio que queremos contemplar; podemos acercarnos al texto de los Hechos de los Apóstoles que leíamos al comienzo. En él, el autor del tercer evangelio, comienza este libro de una manera semejante a su evangelio para relatar este acontecimiento que es objeto de nuestra oración. Lo hace de la siguiente manera:

1. El contexto es una de las apariciones del Resucitado en una comida donde Jesús les invita a permanecer en Jerusalén **aguardando el don del Espíritu Santo**; esta es la promesa del Padre que él les había manifestado. Ante la tarea que tengan que realizar, no será suficiente el haber contemplado la gloria del Señor vencedor de la muerte; tienen que recibir el don de lo alto, el que comunica la vida divina y les capacita para la misión que se les encomienda.
2. Los apóstoles mantienen **una cierta impaciencia** sobre los tiempos en los que será restablecido el perdido Reino de Israel. Parece como si resonara todavía una cierta incompreensión sobre la misión de Cristo en orden a la salvación, pudiendo confundir la realización del Reino en un plano temporal. El mismo Señor sale al paso de su impaciencia situando su pregunta en el tiempo de Dios, que sólo él conoce y que son signo de su potestad.

¹³⁹ CEC 659-660.663.

3. Si esta parte de la respuesta no era suficiente, Jesús amplía su horizonte para que **no se confunda la misión con una realización de un poder temporal de este mundo**: ellos **tienen que ser sus testigos** (μάρτυρες) en virtud de la fuerza del Espíritu Santo. Sólo quien recibe este Espíritu queda capacitado para dar testimonio de lo que ha visto, oído y conocido del Señor; esto quiere decir que no hay conocimiento verdadero de Cristo si la segunda persona de la Trinidad no lo hace posible. **Ser testigo es algo más que esfuerzo personal**, es un don que se concede y que implica toda la vida, así, quien está llamado a serlo, lo hará también con su vida, no sólo con sus palabras.
4. **La misión es universal**: parte de la ciudad de Jerusalén en la que se encuentran para irse extendiendo por toda Judea y Samaría hasta el último confín de la tierra. No hay lugar que no sea objeto del anuncio de Jesucristo. La Iglesia deberá extenderse allí donde se encuentren los hombres: todo queda abierto a algo más que una pertenencia a una nación, constituyendo lo que será el nuevo pueblo de Dios.
5. Jesús asciende al cielo, **muestra la plenitud de su gloria al volver junto al seno del Padre**; de nuevo encontramos en el relato todos los signos teofánicos: **la nube** es el signo de la gloria de Dios en la que el Señor permanecerá para siempre: es **gloria que manifiesta al Señor** y, al mismo tiempo, gloria **que oculta** a Dios de la visión directa del hombre. **Los ángeles**, como mensajeros que anuncian las noticias de Dios, explican lo que está sucediendo y va a suceder: el que se ha ido al cielo vendrá de la misma manera. **No es un adiós sino el anuncio de un retorno glorioso**. La forma verbal ἀναλημφθεῖς del verbo ἀναλαμβάνω significa levantar o elevar, literalmente recibir o llevar consigo personas como compañero de viaje. Jesús ha sido tomado por el Padre, llevado a lo alto de entre los discípulos para ser conducido al cielo porque es el lugar que le corresponde en virtud de su divinidad, pero, desde ahora, es también el lugar de la humanidad que asciende en él: el cielo ha sido abierto al hombre; no es que sea restituido al lugar que perdió en virtud del pecado original, sino que, en Cristo, la morada de Dios se ha convertido en la morada del hombre.

Después **de la Ascensión hay que aprender a aguardar y a esperar**; si con la presencia directa del Señor la tarea no era fácil ¿cómo no lo será en su ausencia? Pero su marcha no es desaparición sino otra manera distinta de estar presente que se hará posible por la acción del Espíritu Santo. Es el Señor quien enseña a esperar el don de lo alto que era la promesa del Padre. También nosotros, al contemplar la Ascensión del Señor, tenemos que saber pedir y aguardar el cumplimiento de esta promesa. Jesús seguirá presente porque su Espíritu lo hará presente en todo momento y en todo lugar de la historia donde sea anunciado el evangelio.

Contemplar este misterio nos sitúa en la verdad plena de Cristo como Dios y como hombre; hombre como nosotros, glorificado y vencedor de la muerte; hombre con nuestra carne, con corazón de hombre. Dios que manifiesta la omnipotencia y la victoria, que vence lo que hacía sucumbir al hombre y abre la puerta de su esperanza. El hombre, un día, queriendo llegar a ser como Dios lo perdió todo. Ahora, Dios hecho hombre, ha llevado al hombre hasta Dios. **La humanidad no puede ser partícipe de la divinidad si esta no desciende, se reviste**

de ella, se abaja a la muerte para derrotarla y la hace tornar de nuevo al Padre unida a sí para siempre.

SAN AGUSTIN

“En este día solemne exhortemos a quienes conocen su significado e instruyamos a los negligentes. Hoy celebramos solemnemente la ascensión del Señor al cielo. En efecto, el Señor, nuestro Salvador, después de despojarse del cuerpo y de haberlo tomado de nuevo al resucitar de entre los muertos, se manifestó vivo a sus discípulos, que, al verle morir, habían perdido toda esperanza. Luego se prestó para que lo vieran con los ojos y lo tocaran con las manos, edificando su fe y mostrándoles la realidad del cuerpo. Era poco para la fragilidad humana y para la debilidad temblorosa el que tan gran milagro se les mostrase un solo día, sustrayéndose luego a sus ojos; por eso —como hemos escuchado en la lectura de los Hechos de los Apóstoles— los acompañó en la tierra durante cuarenta días, entrando y saliendo, comiendo y bebiendo (cf. Hc 1,3; 10,40-41); no porque sintiera necesidad, sino **para demostrar la verdad de su cuerpo**. A los cuarenta días precisos, viéndolo y siguiéndolo ellos con la mirada, subió al cielo (cf. Hch 1,9-10). Es lo que hoy celebramos.

Después que, llenos de asombro, **le vieron ascender y se alegraron de que subiera a lo alto —el que la cabeza vaya delante es garantía para los miembros—**, escucharon también la voz de los ángeles: *Varones de Galilea, ¿por qué estáis plantados mirando al cielo? Este mismo Jesús vendrá así, como lo habéis visto subir al cielo* (Hc 1,11). **¿Qué significa: Vendrá así?** Vendrá en la misma forma, para que se cumpla lo que está escrito: *Verán al que traspasaron* (Jn 19,37; Zac 12,10). **Vendrá así.** Vendrá a los hombres, vendrá como hombre, pero como hombre Dios. **Vendrá como verdadero Dios y como verdadero hombre, para divinizar al hombre.** Ascendió el juez del cielo; sonó el pregonero celeste. Sea buena nuestra causa, para no temer el juicio futuro. Subió ciertamente; quienes nos lo anunciaron lo presenciaron; quienes no fueron testigos lo creyeron; otros, al no darle fe, lo convirtieron en objeto de irrisión. *Pues no todos tienen la fe* (2 Tes 3,2). Y puesto que *no todos tienen la fe y conoce el Señor a los que son de él* (2 Tim 2,19), ¿a qué discutir sobre la ascensión de Dios a los cielos? Maravillémonos, más bien, de que Dios bajara a los infiernos. Maravillémonos de la muerte de Cristo; en cambio, su resurrección sea objeto de alabanza más que de extrañeza. Nuestro pecado es nuestra perdición, y la sangre de Cristo el precio pagado por nosotros. **La resurrección de Cristo es nuestra esperanza; su segunda venida, la realidad de lo esperado.** Hay que esperar, hasta que venga, al que está sentado a la derecha del Padre. Diga nuestra alma sedienta de él: «¿Cuándo vendrá?», y: *Mi alma tiene sed del Dios vivo* (Sal 41,3). «¿Cuándo vendrá? Ciertamente vendrá; pero ¿cuándo?». **Deseas que venga; ¡ojalá te encuentre preparado!**¹⁴⁰

¹⁴⁰ SAN AGUSTÍN, *Sermón 265, 1-2, sobre la Ascensión del Señor*, OC XXIV

PARA REZAR MEJOR

La Ascensión del Señor manifiesta el triunfo definitivo del Señor que le sitúa, con toda su gloria, a la derecha del Padre. La misión se ha realizado, la salvación se ha hecho posible porque el Hijo eterno del Padre ha tomado nuestra propia carne, ha asumido la naturaleza humana, la ha unido a sí y ha participado del destino de todos los hombres descendiendo hasta la muerte cargando con el pecado de ellos. Ha vencido a la muerte y ha dotado a la naturaleza humana de una dignidad que no había tenido. Este es el que ahora sube al cielo como cabeza de una muchedumbre que es su cuerpo. Cristo ha sido exaltado y, con él, la humanidad que asciende hasta el lugar al que nunca podría haber llegado por sí misma. Todo este misterio encerrado es el que nosotros tratamos de contemplar dejándonos llevar por la misma experiencia de los apóstoles.

1. Pide que te sea concedido el don de contemplar la exaltación de Cristo y que se convierta para ti en signo de esperanza porque él no desaparece sino que lleva ante el Padre todo lo que es tuyo. Invoca la presencia del Espíritu que hace posible lo que para nosotros es imposible.
2. Sitúate junto a los apóstoles con todas las preguntas e incertidumbres que tienen sobre el futuro, sobre sus todavía cortas miras sobre el plan de salvación de Dios. Seguro que muchas veces también tienes prisa y te gustaría poder conocer los tiempos de todo que están encerrados en el secreto del corazón de Dios. Escucha sus preguntas y descubre en medio de ellas también las tuyas.
3. Fíjate en la delicadeza con la que el Señor responde a los apóstoles ensanchando su pequeño horizonte; no les reprocha nada sino que les ayuda a mirar más allá de lo que ellos tienen en su mente. Quiere enseñarles que la labor es larga y dilatada porque no se agotará si no se ha predicado el evangelio hasta el último confín de la tierra.
4. Al final del relato no hay palabras de los discípulos, se quedan mirando al cielo. Contempla al Señor que es exaltado a la derecha del Padre y descubre el triunfo y la victoria de Cristo, de toda la humanidad y de ti mismo que vas con él.
5. Escucha a los ángeles. No hay que quedarse mirando al cielo; anuncian que volverá de nuevo de la misma forma en que le han visto marcharse. ¿No es una invitación a saber mirar y esperar?

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR II

Evangelio según San Lucas 24, 50-53

Después los sacó hacia Betania, y levantando las manos, los bendijo. Y mientras los bendecía, se separó de ellos (subiendo hacia el cielo). Ellos se volvieron a Jerusalén con gran alegría y estaban siempre en el templo bendiciendo a Dios.

Ayer veíamos la narración más extendida que hace Lucas en los Hechos de los Apóstoles de la Ascensión. Hoy nos centramos en el texto evangélico para seguir contemplando este misterio y profundizar en él. Termina el evangelio con una última aparición del Señor a los apóstoles: los saca de Jerusalén camino de Betania, los bendice y se separa de ellos ascendiendo al cielo. Es una escena propia de este evangelio y no aparece ni en Mateo ni en Juan; tan sólo Marcos en un versículo describe lo que aquí el tercer evangelista presenta con más detalles: *después de hablarles, el Señor Jesús subió al cielo y se sentó a la derecha de Dios* (Mc 16, 19).

No podemos olvidar que **Lucas presenta a Cristo como nuevo Elías**, y que en el episodio de la Transfiguración, tanto él como Moisés hablaban con Jesús *de su partida que se consumaría en Jerusalén* (Lc 9, 31). **La vida entera de Cristo es en este evangelio un tránsito hacia el Padre a través de su muerte y resurrección que tiene como culminación la ascensión al cielo**, cumpliéndose las palabras que pronunció ante el Sanedrín al ser juzgado: *de ahora en adelante, el Hijo del Hombre estará sentado a la derecha de Dios todopoderoso* (Lc 22, 69). Pero esta transición es anunciada por el evangelista en 9, 51 al afirmar que sube a Jerusalén *cuando se cumplían los días de su partida* (ἀναλήψεως significa literalmente ser llevado a lo alto). Vemos que en este evangelio todo se va encaminando hacia el momento de la ascensión que **es la culminación de toda la vida de Cristo como exaltación a la derecha del Padre** y triunfo sobre el pecado y la muerte. Podemos decir que la ascensión es el movimiento por el cual, Jesucristo es llevado a la gloria del Padre en los cielos.

En estos pocos versículos hay una bella simbología que nos puede ayudar mucho a la hora de contemplar la escena y hacernos presente en ella:

1. Jesús **levanta las manos y los bendice**. Elevar las manos para bendecir es un gesto sacerdotal presente en el Antiguo Testamento. No es la primera vez que Jesús lo hace, pero sí la primera en que se narra con esta solemnidad. La bendición es un gesto y unas palabras –que en este caso no aparecen– por el que se pronuncian los bienes de Dios sobre aquellos que son bendecidos. El verbo εὐλογέω se utiliza para bendecir la mesa y pronunciar una alabanza a Dios; así, se puede alabar o bendecir a Dios –decir bien de él– por sus acciones en favor de los hombres; pero también, bendecir en nombre de

Dios o que Dios bendiga a alguien significa que **pronuncia palabras buenas sobre esa persona, y la palabra de Dios es siempre palabra eficaz que realiza aquello que dice**. Si Dios dice “bien” de nosotros, nos otorga sus bienes y nos hace “buenos”, por ello, la bendición de Dios es algo necesario que es preciso pedir y recibir.

2. Mientras que los bendice se separa de ellos y es llevado al cielo, es decir, **se hace presente la distancia entre Dios y el hombre** al quedar envuelto en la gloria propia del Hijo de Dios. De nuevo la forma pasiva del verbo (ἀνεφέρετο) afirma que Jesús *era llevado al cielo*, se entiende, por Dios mismo.
3. Los apóstoles reconocen la presencia de Dios en el Señor Resucitado que asciende al cielo y **se postran ante él en señal de adoración**.
4. **La partida de Cristo no produce tristeza sino alegría**. El texto dice que se volvieron a Jerusalén con **una gran alegría** (χαρᾶς μεγάλης) que les lleva a estar continuamente en el templo bendiciendo a Dios. ¿Cómo sería posible que la separación no produjera tristeza sino alegría si no hubieran descubierto el triunfo y la presencia de Dios en Cristo? **No se lamentan sino que bendicen a Dios** porque realmente ellos han sido bendecidos antes por el mismo Señor, no sólo en el gesto ritual que realiza en su ascensión, sino por toda su vida junto a él y por todo aquello de lo que les ha hecho partícipes.

Podemos contemplar la escena que narra Lucas desde una mirada que reconoce la verdad del Señor y la bendición que realiza sobre nosotros en este momento para poder caer en adoración ante él de la misma manera que lo hicieron sus apóstoles. Reconocer la presencia de Dios en nuestras vidas, en el “hoy” en el que el Señor continúa a nuestro lado y poder descubrir su presencia en la ausencia. Su triunfo sobre el pecado y la muerte puede llenarnos de alegría como a los discípulos, y así permanecer en continua acción de gracias y bendición a Dios porque hemos sido bendecidos por él.

SAN AGUSTÍN

“La glorificación de nuestro Señor Jesucristo llegó a su término con su resurrección y ascensión. Su resurrección la celebramos el domingo de Pascua, su ascensión la celebramos hoy. Uno y otro son días de fiesta para nosotros, pues **resucitó para dejarnos una prueba de la resurrección, y ascendió para protegernos desde lo alto**. Tenemos, pues, como Señor y Salvador nuestro a Jesucristo que, primero, pendió del madero y, ahora, está sentado en el cielo. Pendiendo del madero, pagó nuestro precio; sentado en el cielo, reúne lo que compró.

Una vez que haya reunido a todos, obra que realiza en el curso del tiempo, vendrá al final de los tiempos, según está escrito: *Dios vendrá manifiestamente* (Sal 49,3). No vendrá encubierto, como la primera vez, sino al descubierto, según acaba de afirmarse. En efecto, convenía que viniese encubierto para ser juzgado, pero vendrá al descubierto para juzgar. Si hubiese venido al descubierto la primera vez,

¿quién hubiese osado juzgarle, mostrando a las claras quién era? Ya el mismo apóstol Pablo dice: Pues, *si lo hubiesen conocido, nunca hubiesen crucificado al rey de la gloria* (1 Cor 2,8). Y si a él no le hubiesen entregado a la muerte, no hubiese muerto la muerte. **El diablo** fue vencido en lo que era su trofeo. El saltó de gozo cuando, sirviéndose de la seducción, arrojó al primer hombre a la muerte. **Seduciéndolo, dio muerte al primer hombre; dando muerte al último, libró al primero de sus propios lazos.**

La victoria de nuestro Señor Jesucristo se convirtió en plena con su resurrección ascensión al cielo. **Entonces se cumplió lo que habéis oído en la lectura del Apocalipsis: Venció el león de la tribu de Judá** (Ap 5,5). A él se le llama, a la vez, león y cordero: león por su fortaleza, cordero por su inocencia; león en cuanto invicto, cordero en cuanto manso. Este cordero degollado venció con su muerte al león que busca a quien devorar. También al diablo se le llama león por su fiereza, no por su valor. Dice el Apóstol Pedro: Conviene que estemos vigilantes contra las tentaciones, porque *vuestro adversario el diablo ronda, buscando a quien devorar* (1 Pe 5,8). Indicó también cómo hace la ronda: *Cual león rugiente ronda buscando a quien devorar*. ¿Quién no iría a parar a los dientes de este león si no hubiera vencido el león de la tribu de Judá? Un león frente a otro león y un cordero frente al lobo. **El diablo saltó de gozo cuando murió Cristo, y en la misma muerte de Cristo fue vencido el diablo.** Como en una ratonera, se comió el cebo. Gozaba con la muerte cual si fuera el jefe de la muerte. Se le tendió como trampa lo que constituía su gozo. La trampa del diablo fue la muerte del Señor; el cebo para capturarlo, la muerte del Señor. Ved que resucitó nuestro Señor Jesucristo. ¿Dónde queda la muerte que pendió del madero? ¿Dónde quedan los insultos de los judíos? ¿Dónde la hinchazón y soberbia de los que ante la cruz agitaban su cabeza y decían: *Si es el Hijo de Dios, que baje de la cruz* (Mt 27,40-42)? Ved que hizo más de lo que le exigían ellos en chanza; en efecto, **más es resucitar del sepulcro que descender del madero.**

Y ahora, ¡qué gloria la suya al haber ascendido al cielo y estar sentado a la derecha del Padre! **Por eso no lo vemos**, como tampoco lo vimos colgar del madero, ni fuimos testigos de su resurrección del sepulcro. **Todo esto lo creemos, lo vemos con los ojos del corazón.** Se nos alabó por haber creído sin haber visto. A Cristo lo vieron también los judíos. **Nada tiene de grande ver a Cristo con los ojos físicos; lo grandioso es creer en Cristo con los ojos del corazón.** Si se nos presentase ahora Cristo, se parase ante nosotros, callado, ¿cómo sabríamos quién era? Y además, en caso de permanecer callado, ¿de qué nos aprovecharía? **¿No es mejor que, ausente, hable en el evangelio antes que, presente, esté callado? Y, sin embargo, no está ausente si se le aferra con el corazón. Cree en él y lo verás. No está ausente a tus ojos y posee tu corazón.** Si estuviese ausente de nosotros, sería mentira lo que acabamos de oír: *He aquí que yo estoy con vosotros hasta el fin de los tiempos* (Mt 28,20).¹⁴¹

¹⁴¹ SAN AGUSTÍN, *Sermón 263, la Ascensión del Señor*, OC XXIV

PARA REZAR MEJOR

Somos invitados a situarnos junto a los apóstoles y junto al Señor en su ascensión al cielo para poder llenarnos de alegría por el triunfo del Señor y porque nos hace partícipes de su victoria. En medio de todas las pérdidas que producen tristeza, la separación del Señor puede producir alegría al comprender que no es ausencia sino haber descubierto su gloria y su verdad como Hijo de Dios. Si Jesucristo ha vencido y triunfado tenemos siempre motivos para alegrarnos porque sabemos que es también nuestra gloria, porque comprendemos que no está lejos sino que ha abierto un camino para que podamos llegar hasta Dios.

1. Invoca al Espíritu Santo para que pueda llenar tu corazón de alegría al descubrir el triunfo del Señor que se manifiesta en su ascensión. La verdadera alegría es el don que se produce al encontrar al Señor y su victoria porque nos alegramos por él y con él, con la misma alegría del Padre que puede contemplar realizado su plan de salvación.
2. Son muy pocos versículos los que tenemos para contemplar y, además, no hay ninguna palabra; solamente está ante nosotros la escena. Sitúate saliendo de Jerusalén, camino hacia Betania en el monte de los Olivos. Allí Jesús se detiene, levanta sus brazos y bendice a sus discípulos. Ponte en la escena y trata de ver los rostros de aquellos hombres y la cara del Señor. Deja que el Señor te mire y te bendiga.
3. Adorar es reconocer la presencia de Dios en Cristo, postrarse ante él porque reconocemos su grandeza. Póstrate ante el Señor que te manifiesta su gloria. ¿No crees que de aquí nace la verdadera alegría que nadie nos puede arrebatar?
4. En esta oración no son necesarias muchas palabras como no las hay en este relato de Lucas. Se puede orar sin palabras, mirando y adorando, reconociendo al Señor a nuestro lado que nos hace partícipes de su gloria y de su alegría. Orar es quedarse en silencio ante el misterio de Dios, como decía san Agustín en el sermón que has leído: *lo grandioso es creer en Cristo con los ojos del corazón... no está ausente si se le aferra con el corazón. Cree en él y lo verás. No está ausente a tus ojos y posee tu corazón.*
5. Si lo necesitas, te puedes preguntar cuánto has sido bendecido por el Señor a lo largo de tu vida o en este año. Seguro que brotará también de ti la bendición al Señor lleno de alegría.

PENTECOSTÉS I

Hechos de los apóstoles 2, 1-11

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente, un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería.

Se encontraban entonces en Jerusalén judíos devotos de todas las naciones de la tierra. Al oír el ruido, acudieron en masa y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propio idioma.

Enormemente sorprendidos, preguntaban:

—«¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que cada uno los oímos hablar en nuestra lengua nativa?

Entre nosotros hay partos, medos y elamitas, otros vivimos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia o en Panfilia, en Egipto o en la zona de Libia que limita con Cirene; algunos somos forasteros de Roma, otros judíos o prosélitos; también hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua.»

Pentecostés es la culminación del Misterio Pascual y la plenitud del mismo.

En él se cumple la promesa de Cristo que es promesa también del Padre. Todo estaba encaminado hacia este momento en el que el don del Espíritu Santo se derrama sobre la Iglesia naciente. Toda la Pascua es la entrega de Cristo hasta el extremo por la salvación de los hombres y en ella podemos contemplar el amor entregado en la cruz y glorificado en virtud de la resurrección. **Cristo lo ha dado todo, no se ha reservado nada, pero faltaba algo más importante: la entrega del Espíritu Santo;** el Señor da su vida y comunica su Espíritu que es el Espíritu del Padre que hace posible la vida divina en los fieles y realiza su ser como hijos de Dios. Así, la donación del Espíritu **Santo afecta, en primer lugar, al ser.** Conocer esta identidad genera una nueva relación con Dios y hace comprender con mayor plenitud el misterio de Cristo; **más tarde se manifiesta en el hacer** a través de los distintos dones y carismas que se conceden para el crecimiento y la edificación del cuerpo de Cristo que es la Iglesia y el anuncio del Evangelio.

La fiesta de Pentecostés **marca una conclusión y un comienzo:** es el final de la realización del misterio de la salvación en Cristo y el origen de la actividad de la Iglesia que no puede realizar su misión sin la fuerza del Espíritu Santo. Veamos cómo lo presenta Lucas en el relato que hemos leído de los Hechos de los

Apóstoles:

1. **El lugar** sería una habitación que estaría en la parte superior de una casa –probablemente el lugar de la Última Cena– al que se refiere en el capítulo primero. Es el sitio donde residían los apóstoles y se dedicaban a la oración en compañía de algunas mujeres, entre ellas, María, la madre de Jesús (cf. Hc 1, 13-14).
2. **El momento** es la fiesta de Pentecostés, una fiesta judía, *la fiesta de las semanas* que se celebraba al final de la siega, cincuenta días después de la Pascua.
3. Lucas insiste en el hecho de que **estaban todos juntos en el mismo lugar**. Han permanecido unidos en oración junto con María; los que la muerte había dispersado y el Señor había vuelto a reunir en torno a sí después de la resurrección, permanecen unidos en la oración después de la Ascensión. Ya habían realizado, por indicación de Pedro, la elección de Matías que tenía que sustituir a Judas en el grupo de los doce, de manera que esa Iglesia naciente que ya había sido congregada por el Señor, va organizándose interiormente completando el número de los apóstoles; pero todavía no habían salido al exterior para dar testimonio de lo que el Señor les había encomendado.
4. Sabemos ya el lugar, las personas, lo que hacían y el momento. Ahora tenemos que detenernos en **lo que ocurre**. El primer dato es que sucede de repente, sin esperarlo: ἄφνω sólo aparece en los Hechos de los apóstoles en cuatro ocasiones y significa **de repente o al instante**, es decir es un acontecimiento que sorprende y que no es resultado de una acción progresiva sino la manifestación de un ruido y viento, es decir **el sonido de un viento impetuoso** que no se produce por algo que sucede en la casa sino que viene *del cielo*. El segundo signo que aparece son **las lenguas de fuego** que se van repartiendo entre cada uno de ellos, se entiende, todos los que estaban allí reunidos y no sólo sobre los doce. Tanto el ruido del viento como el fuego son signos del espíritu de Dios en el Antiguo Testamento que aparece en algunas teofanías.
5. **Todos se llenan del Espíritu Santo**; lo que simbolizaba el ruido del viento y las lenguas de fuego se hace realidad en cada uno de ellos produciéndose un primer efecto: comienzan a hablar en diferentes lenguas según el Espíritu les mueve a expresarse. En el día de Pentecostés **sucede justo lo contrario que en Babel**, donde, por efecto del pecado de soberbia, los que hablaban una única lengua se confunden en diferentes idiomas y no pueden entenderse. Ahora, en la Iglesia, el nuevo pueblo de Dios, sucede lo contrario, los que hablan en distintas lenguas pueden entenderse entre sí en virtud de la unidad que crea la acción del Espíritu y la apertura de la salvación a todos los confines de la tierra representados en las procedencias de los judíos que vivían en Jerusalén de Asia, África, Grecia y Roma. Nos podemos dar cuenta de un detalle, cada uno habla la lengua que el Espíritu hace posible que pueda articular en palabras. No todos hablan lo mismo pero a todos los mueve el mismo Espíritu.
6. De esta manera, **el primer efecto** que produce el Espíritu santo es **salir del**

lugar en el que permanecían unidos en oración para empezar –por primera vez– a dirigirse a otras personas, aunque todavía no se diga lo que hablaban hasta que Pedro tome la palabra para predicar a todos aquellos que han sido testigos de este acontecimiento y referirlo a Jesucristo y el Espíritu Santo.

- 7. Los signos no siempre son claros en sí mismos:** unos se preguntan por el significado de lo que están contemplando, otros entenderán que se encuentran borrachos. El signo, aunque importante, no es suficiente, siempre es necesaria la palabra que lo aclara.

SAN AGUSTÍN

“Brilla para nosotros, hermanos, el día grato en que la Iglesia santa aparece llena de resplandor ante los ojos de los fieles y de fervor en los corazones. Celebramos, efectivamente, el día en que Jesucristo, el Señor, después de resucitado y glorificado por su ascensión, envió al Espíritu Santo. Está escrito en el evangelio: *Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba; ríos de agua viva fluirán del seno de quien crea en mí.* El mismo evangelista explicó a continuación dichas palabras con estas otras: *Esto lo decía refiriéndose al Espíritu Santo que iban a recibir los que creyeran en él. En efecto, todavía no había sido otorgado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado* (Jn 7,37-39). Sólo quedaba que, una vez glorificado Jesús tras haber resucitado de entre los muertos y haber ascendido a los cielos, se otorgase ya el Espíritu Santo, enviado por quien lo había prometido. Y así sucedió. El Señor subió al cielo después de haber pasado cuarenta días con sus discípulos tras la resurrección y, a los cincuenta días de ella, envió al Espíritu Santo. Así está escrito: *De repente se produjo un ruido proveniente del cielo, como el de un viento recio, y aparecieron ante ellos lenguas como de fuego que se posaron sobre cada uno de los presentes, y comenzaron a hablar en todas las lenguas, según el Espíritu les concedía hablarlas* (Hch 2,2-4). **El viento limpiaba de paja carnal los corazones; el fuego consumía el heno de la vieja concupiscencia; las lenguas que hablaban los llenos del Espíritu Santo anticipaban a la Iglesia que iba a estar presente en las lenguas de todos los pueblos.**

Después del diluvio, la impía soberbia de los hombres construyó una torre altísima contra Dios. A consecuencia de ello, el género humano mereció la división mediante la diversificación de las lenguas, de forma que cada pueblo hablaba la propia, con la consecuencia de que no le entendían los demás (cf. Gén 11,1-9). De idéntica manera, la humilde piedad de los fieles aportó a la **unidad de la Iglesia la diversidad de las lenguas, de modo que la caridad reúne lo que la discordia había dispersado.** Asimismo los miembros dispersos del género humano, cual si fuera un solo cuerpo, son restituidos y unidos a Cristo, cabeza única, y se fusionan en la unidad del cuerpo santo gracias al fuego del amor. De este don del Espíritu Santo están totalmente alejados los que odian la gracia de la paz, los que no perseveran en la sociedad de la unidad. Aunque también ellos se congregan hoy con toda solemnidad, aunque escuchen estas mismas lecturas que narran la promesa y el

envío del Espíritu Santo, las escuchan para su propia condenación, no para recibir el premio. ¿De qué les sirve acoger con el oído lo que rechazan en su corazón y celebrar este día cuya luz odian?

Vosotros, hermanos míos, miembros del cuerpo de Cristo, retoños de la unidad, hijos de la paz, celebrad este día alegres y seguros. **En vosotros se cumple lo que se anunciaba en los días en que vino el Espíritu Santo.** Como los que entonces recibían el Espíritu Santo, incluso cada uno en particular, hablaban en todas las lenguas, así también ahora la misma unidad habla las lenguas de todos los pueblos. En ella estáis enraizados los que tenéis el Espíritu Santo, los que no estáis separados por ningún cisma de la Iglesia de Cristo, que habla todas las lenguas.”¹⁴²

PARA REZAR MEJOR

Todos los que hemos sido bautizados y confirmados hemos recibido el don del Espíritu Santo de una manera eficaz y real, pero es necesario que ese don se actualice cada día en nosotros de manera que podamos darnos cuenta que es el que nos mueve, nos hace comprender el misterio de Cristo, hace crecer nuestra conciencia de ser hijos de Dios y nos lleva a anunciarlo entre los hombres con palabras y hechos. Pero hay una acción del Espíritu en nosotros que se va concretando con el paso del tiempo en el desarrollo de dones y carismas particulares al servicio de la Iglesia entre los que se encuentra la propia vocación. En este tiempo de oración podemos reunirnos a orar con María y los apóstoles aguardando el cumplimiento de la promesa de Cristo en nosotros, en nuestro “hoy” particular y en el de la comunidad que cada día permanece como ellos unida en la oración.

1. Antes de nada, ¿te das cuenta que cada día hacemos lo mismo que los doce y la Virgen María y otras personas? Permanecer unidos en la oración es la garantía de dones más grandes para el conjunto y para cada persona. Pide el don del Espíritu Santo tanto para ti como para los que cada día están reunidos para orar contigo. Puedes hacerlo utilizando el himno conocido que se reza en las Vísperas de la semana anterior a Pentecostés: *Ven, Espíritu divino*.
2. Ve leyendo el texto de los Hechos de los apóstoles y tratando de mirar y escuchar lo que allí sucede: la presencia de la Virgen, el reconstruido grupo de los doce, las otras mujeres, la oración en común rezando salmos e himnos de alabanza. Date cuenta que cada vez que oras estás en comunión con toda la Iglesia del cielo, con María, los apóstoles y todos los santos. De alguna forma se sigue dando esta realidad que estás leyendo.
3. Sitúate entre todos los que están allí y ora con tus palabras; pide aquello que

¹⁴² SAN AGUSTÍN, *Sermón 271, La fiesta de Pentecostés*, OC XXIV

necesitas, bendice al Señor por todo lo que realiza, aviva la esperanza, alégrate en el triunfo de Cristo. No estás solo orando, ni en la tierra ni desde el cielo.

4. Mira el cambio que se produce en aquellas personas y contempla el asombro de los que les escuchan. Asómbrate tú también por la acción del Espíritu en tu vida, en la vida de la comunidad y de la Iglesia.

PENTECOSTÉS II: El Paráclito

Evangelio según san Juan 15, 26-16, 15

Cuando venga el Defensor, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí; y también vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo.

Os he hablado de esto, para que no tambaleéis. Os excomulgarán de la sinagoga; más aún, llegará incluso una hora cuando el que os dé muerte pensará que da culto a Dios. Y esto lo harán porque no han conocido ni al Padre ni a mí.

Os he hablado de esto para que, cuando llegue la hora, os acordéis de que yo os lo había dicho. Ahora bien, no os he dicho estas cosas desde el principio porque estaba con vosotros.

Ahora me voy al que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: "¿Adónde vas?" Sino que, por haberos dicho esto, la tristeza os ha llenado el corazón. Sin embargo, lo que os digo es la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Defensor. En cambio, si me voy, os lo enviaré.

Y cuando venga, dejará convicto al mundo con la prueba de un pecado, de una justicia, de una condena. De un pecado, porque no creen en mí; de una justicia, porque me voy al Padre, y no me veréis; de una condena, porque el Príncipe de este mundo está condenado.

Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora: cuando venga él, el Espíritu de la Verdad, os guiará hasta la verdad plena. Pues lo que hable no será suyo: hablará de lo que oye y os comunicará lo que está por venir.

El me glorificará, porque recibirá de mí lo que os irá comunicando.

Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho que tomará de lo mío y os lo anunciará.

Desde la experiencia de Pentecostés y la que nosotros tenemos de la acción del Espíritu Santo podemos profundizar en su misterio escuchando contemplativamente al Señor en el discurso de despedida. Se trataría de poder situarnos junto al Señor con los apóstoles para que él mismo nos pueda explicar su importancia y la necesidad que tenemos de él para vivir como creyentes en el Señor y testigos suyos en el mundo. Veamos algunas de las características que tiene en el cuarto evangelio esta figura que el Señor anuncia.

El Evangelio de Juan alude a un personaje que se pone en labios de Jesús con el nombre de *Paráclito* (παράκλητος). También llamado Consolador o Abogado; proviene del lenguaje jurídico, es el abogado que está junto al cliente para defenderlo como

intercesor. También tiene un sentido más activo como consolador en medio de las tribulaciones. Aparece a partir del capítulo catorce en el discurso de despedida de Jesús en Juan.

1. El Paráclito vendrá sólo si Jesús se va (15, 26; 16, 7), proviene del Padre, y es enviado a petición de Jesús (14, 26). También se le denomina Espíritu de la Verdad (14, 17; 15, 26; 16, 13). **El será el que enseñe todo a los discípulos** y les guíe hasta la verdad plena (16, 13) dando testimonio de Jesucristo y recordando todo lo que les había dicho. Su función es **actualizar en todo momento de la historia** las palabras de Jesús, haciéndolas comprender como palabras que conducen a la Vida que es Cristo; sólo de esta manera se posibilita que los discípulos entiendan su relación con el mundo, puesto que lo que se descubre en cada momento es aquello que posteriormente se puede anunciar. El mundo no puede acogerlo porque no le conoce (14, 17), pero **será el que dé testimonio de Jesucristo a través de los discípulos aun en el marco del odio y la persecución** (15, 18-25).
2. **El asegura la presencia de Jesucristo en su Iglesia, trayendo continuamente la vida de Jesús al corazón del creyente**, haciendo realidad la promesa de Jesús, *aquel día comprenderéis que yo estoy con vosotros*; es la presencia de alguien que aparentemente está ausente, pero que es presencia real y eficaz, y **no sólo un mero recuerdo que se da en el corazón**. Mas bien, hace presente en el corazón las mismas palabras de Jesucristo llevándolas a su sentido verdadero y haciéndolas palabras siempre nuevas; dicho de otra manera, actualiza la presencia personal de Jesús entre los cristianos mientras está con el Padre.
3. Es en muchas ocasiones más personal que lo que aparece en otros pasajes del Nuevo Testamento que hablan del Espíritu Santo, aunque Juan no le atribuya tareas que son propias de este, como el perdón de los pecados, la renovación bautismal, etc. Tiene una dimensión mucho más cristológica, puesto que todo lo que se dice del Paráclito se afirma de Jesús. **El hará posible que todos los creyentes de todos los tiempos sigan reconociendo a Cristo aunque ya no estén los testigos presenciales**: ellos reconocerán auténticamente a Jesús, no sólo por lo que vieron con sus ojos, sino por lo que el Paráclito les va suscitando al guiarlos hacia la verdad plena. En el contexto de la despedida de Jesús y con el retraso de la parusía, **el Paráclito es el consolador en medio de esta ausencia y la de sus testigos inmediatos**. A través suyo el mismo Cristo se seguirá haciendo presente.
4. Vemos por tanto que el Espíritu Santo hace alusión, a la unidad con el Padre y el Hijo, a la identidad y a la propia misión. **Nunca es el resultado del esfuerzo humano, sino que es acogido como don del Hijo y del Padre**; es el amor del Padre y del Hijo comunicado a los creyentes que les hace partícipes de ese mismo amor.

SAN AGUSTÍN

“Ante todo, exhorto a vuestra caridad a que no sea perezosa en reflexionar un poquito sobre los motivos por los que dijo el Señor: *El no puede venir sin que yo me*

vaya (Jn 16,7). Como si —por hablar a modo carnal—, como si Cristo, el Señor, tuviese algo guardado en el cielo y lo confiase al Espíritu Santo que venía de allí, y, por tanto, el Espíritu no pudiera venir a nosotros antes de que volviera Jesús para confiárselo; o como si nosotros no pudiéramos soportar a ambos a la vez, o fuéramos incapaces de tolerar la presencia de uno y otro; o como si uno excluyera al otro, o como si, cuando vienen a nosotros, sufrieran ellos estrecheces en vez de dilatarnos nosotros. ¿Qué significa, pues, *El no puede venir sin que yo me vaya? Os conviene* —dijo— *que yo me vaya; pues, si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros* (Jn 16,7). Escuche vuestra caridad lo que estas palabras significan, según yo he entendido o creo haber entendido, o según he recibido por don suyo, o en cuanto digo lo que creo. Pienso que los discípulos se habían obsesionado con la forma humana de Jesús y, **hombres como eran, el afecto humano los tenía encadenados al hombre**. Él, en cambio, **quería que su amor fuese más bien divino, para transformarlos**, de esa forma, de carnales en espirituales, **cosa que no se produce en el hombre si no es por don del Espíritu Santo**. Les dice algo así: «Os envío un don que os transforme en espirituales, el don del Espíritu Santo. Pero no podéis llegar a ser espirituales si no dejáis de ser carnales. Mas dejaréis de ser carnales si desaparece de vuestros ojos mi forma carnal para que se incruste en vuestros corazones la forma de Dios». Esta forma humana, esta forma de siervo, por la que el Señor *se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo* (F1p 2,7); **esta forma humana tenía cautivo el afecto del siervo Pedro cuando temía que muriese aquel a quien tanto amaba**. Amaba, en efecto, a Jesucristo, el Señor, pero como un hombre a otro hombre, como hombre carnal a otro carnal, y no como hombre espiritual a la majestad. ¿Cómo lo demostramos? Habiendo preguntado el Señor a sus discípulos quién decía la gente que era él y habiéndole recordado ellos las opiniones ajenas, según las cuales unos sostenían que era Juan, otros que Elías, o Jeremías, o uno de los profetas, les pregunta: *Y vosotros, quién decís que soy yo?* (Mt 16,15). Y Pedro, él solo en nombre de los demás, uno por todos, dijo: *Tú eres Cristo, el Hijo del Dios vivo* (Mt 16,16). ¡Estupenda y verísima respuesta! Por ella mereció escuchar: *Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos* (Mt 16,7). Puesto que tú me dijiste, *yo te digo*; dijiste antes, escucha ahora; proclamaste tu confesión, recibe la bendición. Así, pues, *también yo te digo: Tú eres Pedro*; dado que yo soy la piedra, *tú eres Pedro*, pues no proviene piedra de Pedro, sino Pedro de piedra, como cristiano de Cristo y no Cristo de cristiano. *Y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia* (Mt 16,18); no sobre Pedro, que eres tú, sino sobre la piedra que has confesado. *Edificaré mi Iglesia*: te edificaré a ti, que al responder así te has convertido en figura de la Iglesia. Esto y otras cosas escuchó por haber dicho: *Tú eres Cristo, el Hijo del Dios vivo*. Como recordáis, había oído también: *No te lo ha revelado la carne ni la sangre*, es decir, el razonamiento, la debilidad, la impericia humanas, *sino mi Padre que está en los cielos* (Mt 16,17). A continuación comenzó el Señor Jesús a predecir su pasión y a mostrarles cuánto iba a sufrir de parte de los impíos. Ante esto, Pedro se asustó y temió que, al morir Cristo, pereciera el Hijo del Dios vivo. Ciertamente, Cristo, el Hijo del Dios vivo, el bueno del bueno, Dios de Dios, el vivo del vivo, fuente de la vida y vida verdadera, había venido a perder a la muerte, no a perecer él de muerte. Con todo, Pedro, siendo hombre y, como recordé, lleno de afecto humano hacia la carne de Cristo, dijo: *Ten compasión de ti, Señor. ¡Lejos de ti el que eso se*

cumpla! (Mt 16,22). Y el Señor rebate tales palabras con la respuesta justa y adecuada. Como le tributó la merecida alabanza por la anterior confesión, así da la merecida corrección a este temor. *Retírate, Satanás* (Mt 16,23) —le dice—. ¿Dónde queda aquello: *Dichoso eres, Simón, hijo de Juan?* Distingue cuándo lo alaba y cuándo lo corrige; distingue la causa de la confesión y la del temor. La de la confesión: *No te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos* (Mt 16,17); la causa del temor: *Pues no gustas las cosas de Dios, sino las de los hombres* (Mt 16,23). ¿No vamos a querer, pues, que diga a los apóstoles: *Os conviene que yo me vaya? Pues, si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros* (In 16,7). **Mientras no se sustraiga a vuestra mirada carnal esta forma humana, nunca seréis capaces de comprender, sentir o pensar algo divino.** Sea suficiente lo dicho. De aquí la conveniencia de que su promesa respecto al Espíritu Santo se cumpliera después de la resurrección y ascensión de Jesucristo el Señor. Haciendo referencia al mismo Espíritu Santo, Jesús había exclamado y dicho: *Quien tenga sed, que venga a mí y beba, y de su seno fluirán ríos de agua viva* (In 7,37-38). A continuación, hablando en propia persona, dice el mismo evangelista Juan: *Esto lo decía del Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él. Pues aún no se había otorgado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado* (Jn 7,39). Así, pues, una vez glorificado nuestro Señor Jesucristo con su resurrección y ascensión, envió al Espíritu Santo.¹⁴³

PARA REZAR MEJOR

En muchas ocasiones no somos conscientes de la acción del Espíritu en nosotros, por ello, es necesario que nos detengamos a escuchar lo que dice el Señor sobre él. Escuchar primero para poder reconocer en un segundo lugar la manera en la que nos hacemos conscientes de su presencia en nuestras vidas y poder invocarlo de con un mayor deseo.

Hoy nos detenemos en escuchar al Señor para que él nos explique la importancia del Paráclito, su presencia en nuestras vidas y el consuelo que produce en medio de cada una de las dificultades que experimentamos.

1. Sigue invocando al Espíritu Santo para que traiga a tu corazón la memoria vida de Cristo, para que te ayude a vivir su compañía y puedas sentir su consuelo. Lo puedes hacer rezando con detenimiento alguno de los himnos que conoces como súplica al Espíritu Santo.
2. Lee el evangelio tratando de escuchar al Señor que, en medio de las incertidumbres que tienes, los temores y las dudas quiere abrir tu corazón a la seguridad que da la presencia de su Espíritu. Trata de ponerte en el lugar de los discípulos en medio de este discurso de despedida: mira sus temores y sus dudas; reconoce las tuyas y escucha lo que el Señor dice porque

¹⁴³ SAN AGUSTÍN, *Sermón 270, 2, sobre la venida del Espíritu Santo*, OC XXIV

también son palabras dirigidas a ti.

3. De todo lo que escuchas: ¿qué es lo que llega más a tu corazón como promesa del Señor?, ¿qué es lo que despierta más en ti la necesidad del Espíritu Santo? Desde aquí puedes entrar en un diálogo con el Señor sin prisas, escuchando más cómo sus palabras son una seguridad para ti.
4. Si te ayuda, puedes ir repasando las distintas acciones que Jesús atribuye al Espíritu Santo para darte cuenta en qué medida se han ido haciendo realidad en tu vida: el mayor conocimiento y cercanía de Cristo, el recuerdo vivo de palabras tuyas que van adquiriendo más sentido en el corazón, la verdad a la que te va descubriendo, el consuelo que experimentas en medio de las incertidumbres... Puede ser motivo para terminar dando gracias por la presencia del Espíritu en ti.

PENTECOSTÉS III

Romanos 8, 22-27

Sabemos que hasta hoy la creación entera está gimiendo toda ella con dolores de parto.

Y no sólo eso; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la hora de ser hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo.

Porque en esperanza fuimos salvados. Y una esperanza que se ve ya no es esperanza. ¿Cómo seguirá esperando uno aquello que ve?

Cuando esperamos lo que no vemos, aguardamos con perseverancia.

Pero además el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables.

Y el que escudriña los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, y que su intercesión por los santos es según Dios.

Seguimos profundizando en lo que significa el don del Espíritu Santo en nuestras vidas que fue otorgado a los apóstoles el día de Pentecostés como cumplimiento de la promesa de Cristo al volver junto al Padre. Nos hemos situado en ese mismo día y hemos podido descubrir su significado y la obra que realiza en la Iglesia que estaba unida en oración junto con María; hemos descubierto la necesidad que tenemos de él para vivir nuestra existencia cristiana y la realización de nuestra vocación.

Es el mismo Espíritu de Cristo que hizo posible su encarnación y le acompañó durante su vida pública y mantuvo su relación fiel con Dios, su Padre, hasta la muerte en la cruz y le devolvió a una vida glorificada por la resurrección de entre los muertos. Es el Espíritu que puso en pie a la Iglesia y la acompaña hasta la consumación de los tiempos como consuelo del Padre y del Hijo y nos trae la presencia viva de Cristo en cada momento de la historia. Es el mismo amor del Padre y del Hijo que alienta nuestras vidas y nos hace capaces de reconocer a Dios como nuestro Padre y dirigirnos a él como tales haciéndonos pedir lo que nos conviene. **Él suscita en la Iglesia los dones y carismas que la articulan internamente y hacen posible que dé testimonio del Señor en medio de los hombres.**

Para los siguientes momentos de oración podemos volver a los mismos textos que hemos orado y contemplado para ahondar en su sentido y en su misterio, pero, sobre todo, para darnos cuenta de que es la gran verdad que se

sigue realizando en nosotros.

La carta de Pablo a los Romanos puede ayudarnos a descubrir un poco más la importancia de la presencia del Espíritu Santo en nosotros y lo desvalidos que nos encontramos si no nos asiste cada día. **Sin el Espíritu de Cristo no existe verdadera libertad en el hombre** sino que vivimos como esclavos y no como hijos.

Es necesario invocarlo y abrirnos a su acción en nosotros por medio de la súplica humilde que nos hace disponibles a su acción sabiendo, con palabras del himno de la liturgia de vísperas de Pentecostés, *qué vacío hay en el hombre si tú le faltas por dentro*. Terminaremos con la lectura de un largo fragmento de una homilía del Papa Benedicto XVI en la fiesta de Pentecostés puede ayudarnos a abrirnos más a su acción, a pedirlo para el momento que vivimos y darnos cuenta de la gran riqueza que supone su presencia en medio de la Iglesia.

BENEDICTO XVI

“[...] Queridos amigos, nosotros queremos ser esos hijos de Dios que la creación espera, y podemos serlo, porque en el bautismo el Señor nos ha hecho tales. Sí, la creación y la historia nos esperan; esperan hombres y mujeres que sean de verdad hijos de Dios y actúen en consecuencia. Si repasamos la historia, vemos que la creación pudo prosperar en torno a los monasterios, del mismo modo que con el despertar del Espíritu de Dios en el corazón de los hombres ha vuelto el fulgor del Espíritu Creador también a la tierra, un esplendor que había quedado oscurecido y a veces casi apagado por la barbarie del afán humano de poder. Y de nuevo sucede lo mismo en torno a Francisco de Asís. Y acontece en cualquier lugar donde llega a las almas el Espíritu de Dios, el Espíritu que nuestro himno define como luz, amor y vigor.

Así hemos encontrado una primera respuesta a la pregunta de qué es el Espíritu Santo, qué hace y cómo podemos reconocerlo. **Sale a nuestro encuentro a través de la creación y su belleza**. Sin embargo, a lo largo de la historia de los hombres, la creación buena de Dios ha quedado cubierta con una gruesa capa de suciedad, que hace difícil, por no decir imposible, reconocer en ella el reflejo del Creador, aunque ante un ocaso en el mar, durante una excursión a la montaña o ante una flor abierta, se despierta en nosotros siempre de nuevo, casi espontáneamente, la conciencia de la existencia del Creador. Pero el Espíritu Creador viene en nuestra ayuda. Ha entrado en la historia y así nos habla de un modo nuevo. **En Jesucristo Dios mismo se hizo hombre y nos concedió, por decirlo así, contemplar en cierto modo la intimidad de Dios mismo**. Y allí vemos algo totalmente inesperado: en Dios existe un "Yo" y un "Tú". El Dios misterioso no es una soledad infinita; es un acontecimiento de amor. Si al contemplar la creación pensamos que podemos vislumbrar al Espíritu Creador, a Dios mismo, casi como matemática creadora, como poder que forja las leyes del mundo y su orden, pero luego también como belleza, **ahora llegamos a saber que el Espíritu Creador tiene un corazón. Es Amor**.

Existe el Hijo que habla con el Padre. **Y ambos son uno en el Espíritu, que es, por decirlo así, la atmósfera del dar y del amar que hace de ellos un único Dios.** Esta unidad de amor, que es Dios, es una unidad mucho más sublime de lo que podría ser la unidad de una última partícula indivisible. Precisamente el Dios trino es el único Dios.

A través de Jesús, por decirlo así, penetra nuestra mirada en la intimidad de Dios. San Juan, en su evangelio, lo expresó de este modo: "A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha revelado" (*Jn* 1, 18). Pero Jesús no sólo nos ha permitido penetrar con nuestra mirada en la intimidad de Dios; con él Dios, de alguna manera, salió también de su intimidad y vino a nuestro encuentro. Esto se realiza ante todo en su vida, pasión, muerte y resurrección; en su palabra. Pero Jesús no se contenta con salir a nuestro encuentro. Quiere más. Quiere unificación. Y este es el significado de las imágenes del banquete y de las bodas. Nosotros no sólo debemos saber algo de él; además, mediante él mismo, debemos ser atraídos hacia Dios. Por eso él debe morir y resucitar, porque ahora ya no se encuentra en un lugar determinado, sino que **su Espíritu, el Espíritu Santo, ya emana de él y entra en nuestro corazón, uniéndonos así con Jesús mismo y con el Padre, con el Dios uno y trino.**

Pentecostés es esto: Jesús, y mediante él Dios mismo, viene a nosotros y nos atrae dentro de sí. "Él manda el Espíritu Santo", dice la Escritura. ¿Cuál es su efecto? Ante todo, quisiera poner de relieve dos aspectos: **el Espíritu Santo, a través del cual Dios viene a nosotros, nos trae vida y libertad.** Miremos ambas cosas un poco más de cerca. "Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia", dice Jesús en el evangelio de san Juan (*Jn* 10, 10). Todos anhelamos vida y libertad. Pero ¿qué es esto?, ¿dónde y cómo encontramos la "vida"?

Yo creo que, espontáneamente, **la inmensa mayoría de los hombres tiene el mismo concepto de vida que el hijo pródigo del evangelio.** Había logrado que le entregaran su parte de la herencia y ahora se sentía libre; quería por fin vivir ya sin el peso de los deberes de casa; quería sólo vivir, recibir de la vida todo lo que puede ofrecer; gozar totalmente de la vida; vivir, sólo vivir; beber de la abundancia de la vida, sin renunciar a nada de lo bueno que pueda ofrecer. Al final acabó cuidando cerdos, envidiando incluso a esos animales. ¡Qué vacía y vana había resultado su vida! Y también había resultado vana su libertad. ¿Acaso no sucede lo mismo también hoy? **Cuando sólo se quiere ser dueño de la vida, esta se hace cada vez más vacía, más pobre;** fácilmente se acaba por buscar la evasión en la droga, en el gran engaño. Y surge la duda de si de verdad vivir es, en definitiva, un bien. No. De este modo no encontramos la vida.

Las palabras de Jesús sobre la vida en abundancia se encuentran en el discurso del buen pastor. Esas palabras se sitúan en un doble contexto. Sobre el pastor, Jesús nos dice que da su vida. "Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente" (cf. *Jn* 10, 18). Sólo se encuentra la vida dándola; no se la encuentra tratando de apoderarse de ella. Esto es lo que debemos aprender de Cristo; y esto es lo que nos enseña el Espíritu Santo, que es puro don, que es el donarse de Dios. **Cuanto más da uno su vida por los demás, por el bien mismo, tanto más abundantemente fluye el río de la vida.**

En segundo lugar, **el Señor nos dice que la vida se tiene estando con el Pastor, que conoce el pastizal,** los lugares donde manan las fuentes de la vida.

Encontramos la vida en la comunión con Aquel que es la vida en persona; en la comunión con el Dios vivo, una comunión en la que nos introduce el Espíritu Santo, al que el himno de las Vísperas llama "*fons vivus*", fuente viva. El pastizal, donde manan las fuentes de la vida, es la palabra de Dios como la encontramos en la Escritura, en la fe de la Iglesia. **El pastizal es Dios mismo a quien, en la comunión de la fe, aprendemos a conocer mediante la fuerza del Espíritu Santo.**

Queridos amigos, los Movimientos han nacido precisamente de la sed de la vida verdadera, son Movimientos por la vida en todos sus aspectos. Donde ya no fluye la verdadera fuente de la vida, donde sólo se apoderan de la vida en vez de darla, allí está en peligro incluso la vida de los demás; allí están dispuestos a eliminar la vida inerte del que aún no ha nacido, porque parece que les quita espacio a su propia vida. Si queremos proteger la vida, entonces debemos sobre todo volver a encontrar la fuente de la vida; entonces la vida misma debe volver a brotar con toda su belleza y sublimidad; entonces debemos dejarnos vivificar por el Espíritu Santo, la fuente creadora de la vida.

Al tema de la libertad ya aludimos hace poco. En la partida del hijo pródigo se unen precisamente los temas de la vida y de la libertad. Quiere la vida y por eso quiere ser totalmente libre. Ser libre significa, según esta concepción, poder hacer todo lo que se quiera, no tener que aceptar ningún criterio fuera y por encima de mí mismo, seguir únicamente mi deseo y mi voluntad. Quien vive así, pronto se enfrentará con los otros que quieren vivir de la misma manera. La consecuencia necesaria de esta concepción egoísta de la libertad es la violencia, la destrucción mutua de la libertad y de la vida.

La **sagrada Escritura, por el contrario, une el concepto de libertad con el de filiación**. Dice san Pablo: "No habéis recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, habéis recibido un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!" (*Rm 8, 15*) ¿Qué significa esto? San Pablo presupone el sistema social del mundo antiguo, en el que existían los esclavos, los cuales no tenían nada y por eso no podían intervenir para hacer que las cosas funcionaran como debían. En contraposición estaban los hijos, los cuales eran también los herederos y, por eso, se preocupaban de la conservación y de la buena administración de sus propiedades o de la conservación del Estado. Dado que eran libres, tenían también una responsabilidad. Prescindiendo del contexto sociológico de aquel tiempo, vale siempre el principio: **libertad y responsabilidad van juntas. La verdadera libertad se demuestra en la responsabilidad, en un modo de actuar que asume la corresponsabilidad con respecto al mundo, con respecto a sí mismos y con respecto a los demás.**

Es libre el hijo, al que pertenece la cosa y que por eso no permite que sea destruida. Ahora bien, todas las responsabilidades mundanas, de las que hemos hablado, son responsabilidades parciales, pues afectan sólo a un ámbito determinado, a un Estado determinado, etc. En cambio, **el Espíritu Santo nos hace hijos e hijas de Dios**. Nos compromete en la misma responsabilidad de Dios con respecto a su mundo, a la humanidad entera. **Nos enseña a mirar al mundo, a los demás y a nosotros mismos con los ojos de Dios.**

Nosotros hacemos el bien no como esclavos, que no son libres de obrar de otra manera, sino que lo hacemos porque tenemos personalmente la responsabilidad con respecto al mundo; porque amamos la verdad y el bien, porque

amamos a Dios mismo y, por tanto, también a sus criaturas. Esta es la libertad verdadera, a la que el Espíritu Santo quiere llevarnos.

Los Movimientos eclesiales quieren y deben ser escuelas de libertad, de esta libertad verdadera. **Allí queremos aprender esta verdadera libertad, no la de los esclavos**, que busca quedarse con una parte del pastel de todos, aunque luego el otro no tenga. **Nosotros deseamos la libertad verdadera y grande, la de los herederos, la libertad de los hijos de Dios**. En este mundo, tan lleno de libertades ficticias que destruyen el ambiente y al hombre, con la fuerza del Espíritu Santo queremos aprender juntos la libertad verdadera; construir escuelas de libertad; demostrar a los demás, con la vida, que somos libres y que es muy hermoso ser realmente libres con la verdadera libertad de los hijos de Dios [...]

Queridos amigos, os pido que seáis, aún más, mucho más, colaboradores en el ministerio apostólico universal del Papa, abriendo las puertas a Cristo. Este es el mejor servicio de la Iglesia a los hombres y de modo muy especial a los pobres, para que la vida de la persona, un orden más justo en la sociedad y la convivencia pacífica entre las naciones, encuentren en Cristo la "piedra angular" sobre la cual construir la auténtica civilización, la civilización del amor. **El Espíritu Santo da a los creyentes una visión superior del mundo, de la vida, de la historia y los hace custodios de la esperanza que no defrauda [...]**.¹⁴⁴

PARA REZAR MEJOR

Si el Espíritu Santo es un don del Padre que se nos concede a través de su Hijo, es necesario abrirse a él para que pueda actuar en nosotros con toda su fuerza y que lo haga en la Iglesia para seguir suscitando dones y carismas que la edifiquen, sostengan y la envíen al mundo con vitalidad siempre nueva. La presencia del Espíritu, como afirmaba Pablo, es el gran signo que hace posible la esperanza que no defrauda y abre a la Iglesia al testimonio valiente del evangelio. En el Espíritu recibimos las primicias de nuestra esperanza porque hay mucho que ya hemos comenzado a recibir.

1. Invoca el don del Espíritu Santo dándote cuenta de todas las razones que tienes para hacerlo. Recita alguno de los himnos al Espíritu Santo, deteniéndote en aquello que más te pueda ayudar y necesites.
2. Vuelve a la escena de Pentecostés o al discurso de Jesús sobre el Paráclito y lo que más te ayudó en los días anteriores y deja que vaya, poco a poco, calando en tu corazón.
3. El texto de la carta a los romanos y la homilía del Papa te puede ayudar a poder descubrir mejor la acción del Espíritu Santo en ti y en la Iglesia para que puedas ser más consciente de que tu esperanza tiene un fundamento

¹⁴⁴ BENEDICTO XVI, *Celebración de las Primeras Vísperas en la Vigilia de Pentecostés, encuentro con los movimientos y nuevas comunidades eclesiales, Sábado 3 de junio de 2006*

4. Concluye siempre con una oración trinitaria: al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo pidiendo lo que más necesitas y dando gracias por todo lo que se te ha concedido.

CONCLUSIÓN: CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR

CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR I

1 Corintios 13, 4-13

El amor es comprensivo,
 el amor es servicial y no tiene envidia;
 el amor no presume ni se engríe;
 no es mal educado ni egoísta;
 no se irrita, no lleva cuentas del mal;
 no se alegra de la injusticia,
 sino que goza con la verdad.
 Disculpa sin límites, cree sin límites,
 espera sin límites, aguanta sin límites.
 El amor no pasa nunca.
 ¿El don de predicar? –se acabará.
 ¿El don de lenguas? –enmudecerá.
 ¿El saber? –se acabará.
 Porque inmaduro es nuestro saber
 e inmaduro nuestro predicar;
 pero cuando venga la madurez,
 lo inmaduro se acabará.
 Cuando yo era niño, hablaba como un niño,
 sentía como un niño, razonaba como un niño.
 Cuando me hice un hombre,
 acabé con las cosas de niño.
 Ahora vemos como en un espejo de adivinar;
 entonces veremos cara a cara.
 Mi conocer es por ahora inmaduro,
 entonces podré conocer como Dios me conoce.
 En una palabra
 quedan la fe, la esperanza, el amor: estas tres.
 La más grande es el amor.

Durante un largo periodo de tiempo hemos ido contemplando los distintos misterios de la vida de Cristo, se nos ha ido revelando la verdad de Dios que en él se nos ha manifestado y, ante él, hemos podido ir descubriendo la verdad de nuestra vida y hemos podido mirarla con su misma mirada. En él se nos descubre **lo que realmente somos y lo que estamos llamados a ser en la medida que vivimos desde su amor y no desde nosotros mismos**, nuestras exigencias y capacidades. Por ello

vamos a concluir nuestro itinerario tratando de contemplar todo el amor que ha sido derramado en nuestras vidas como un don suyo, siempre inmerecido pero muy real que hace posible que, al encontrarnos con él, pueda nacer en nosotros el amor.

San Pablo en el tan conocido himno de la caridad resume la importancia y el sentido del amor cristiano como un espejo en el que nos podemos mirar para descubrir no sólo cómo es nuestro amor, sino lo que está llamado a ser. También en él podemos descubrir lo que hemos sido amados porque hemos sido perdonados sin límite, disculpados sin límite, aguatados sin límite y esperados sin límite alguno.

En la cuarta semana de los ejercicios, san Ignacio propone, al hilo de la contemplación de la resurrección de Jesús, una forma contemplativa de oración para alcanzar amor. El objetivo es **poder reconocer todo el amor que hemos recibido para que pueda en todo amar y servir a su divina majestad** (EE 230).

Partirá de dos aclaraciones previas: el amor se pone **más en las obras que en las palabras** y que el amor **es comunicación de dos partes, el amante y el amado de lo que se tiene o puede** (cf. EE 231)

¡Cuánto amor ha derramado Dios con cada uno de nosotros! Muchas veces lo olvidamos y sólo recordamos las dificultades que vivimos, como si Dios nos hubiera dejado de su mano. Cuánto nos convendría recordar siempre al profeta Isaías cuando tiene que responder al pueblo que cree que el Señor lo ha dejado a su suerte y se ha olvidado de él: “Sión decía: Me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado. ¿Es que puede una madre olvidarse de su criatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no te olvidaré –dice el Señor todopoderoso-.” (Is 49, 14-15)

1. **La misma vida, como don admirable que hemos recibido.** Lo más importante se nos ha dado gratis, no hemos tenido necesidad de pedirlo. **La fe**, don inmenso que nos hace comprender la belleza de la vida como hijos de Dios llamados a ser siempre con el Señor en toda la eternidad. ¿Qué sería de nosotros si no hubiéramos tenido fe? ¿Dónde estaríamos?
2. **El don inmerecido de la salvación**, de la reconciliación. El Señor nos ha sacado de nuestros pecados, *del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados* (Col 1 12-14) Podríamos llevar una vida diferente, *pero Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando muertos por nuestros pecados nos ha devuelto la vida con Cristo – por pura gracia habéis sido salvados- y nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos con Cristo Jesús* (Ef 2, 4-6). Podríamos decir que no somos distintos que el resto de las personas, pero, aún en medio de las oscuridades, la mano del Señor ha estado con nosotros, y a pesar de nuestros fallos y rechazos él ha permanecido fiel, nos ha protegido y nos ha salvado y lo sigue haciendo.
3. Pero si esto no fuera suficiente, qué lujo de cuidados, **la creación entera puesta a nuestro servicio** para que en ella podamos contemplar su belleza y los signos de su protección que nos hace proclamar con el salmo ocho: “Señor Dios nuestro, que admirable es tu nombre en toda la tierra. Cuando contemplo el cielo, obra de tus manos, la luna y las estrellas que has creado ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?” (Sal 8, 2.4-5).
4. Cuánto amor –aunque muchas veces en medio de sufrimientos– de nuestros

padres, hermanos, amigos que el Señor nos ha ido dando. Podríamos **recordar tantos momentos vividos con estas personas** en las que hemos podido contemplar claramente los signos del amor de Dios que han despertado en nosotros un deseo de amar y de entregarnos con una generosidad mucho mayor de lo que nunca habiéramos podido imaginar, porque, con palabras de santa Teresa, tendríamos que recordar que *amor saca amor*.

Si todo esto lo recordamos y contemplamos delante del Señor, como algo que no hemos pedido sino que nos ha sido dado desde el comienzo de nuestra existencia, nos daremos cuenta que algo tan grande sólo puede venir de aquel cuyo amor es infinito. Si, él es amor, y su Espíritu es ese amor derramado en nosotros que viene en ayuda de nuestra debilidad. Viene de él, está en nosotros, se manifiesta a través de las personas que Dios nos regala y pone en nuestro camino y hace posible nuestra capacidad de amar: *queridos, amémonos unos a otros porque el amor viene de Dios y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios porque Dios es Amor (1 Jn 4, 7)*. El que ama se convierte en un don para los demás, pero nadie puede amar plenamente si no ha conocido a Dios.

Poder contemplar todo el amor recibido nos hace reconocer que siempre ha habido Alguien grande con nosotros; nunca hemos estado solos ni Dios ha dejado de amarnos y quienes se han abierto a este gran don han podido transmitirlo mejor a los demás. La vida de Cristo es el máximo exponente de ese amor de Dios que se ha entregado sin medida y hasta el extremo por nosotros. Sí, hay que contemplar lo recibido **para agradecer y crecer en generosidad y disponibilidad**, porque el amor contiene estas dos características que le son propias. Recordemos un texto que ya hemos leído antes de santa Teresa de Jesús en el Libro de la Vida:

“Pues quiero concluir con esto: que siempre que se piense de Cristo, nos acordemos del amor con que nos hizo tantas mercedes y cuán grande nos le mostró Dios en darnos tal prenda del que nos tiene; **que amor saca amor. Y aunque sea muy a los principios y nosotros muy ruines, procuremos ir mirando esto siempre y despertándonos para amar**; porque si una vez nos hace el Señor merced que se nos imprima en el corazón este amor, sernos ha todo fácil y obraremos muy en breve y muy sin trabajo. Dénsle Su Majestad – pues sabe lo mucho que nos conviene– por el que El nos tuvo y por su glorioso Hijo, a quien tan a su costa nos le mostró, amén.”¹⁴⁵

SAN GUILLERMO, ABAD

“Tú eres en verdad el único Señor, tú, cuyo dominio sobre nosotros es nuestra salvación; y nuestro servicio a ti no es otra cosa que ser salvados por ti.

¿Cuál es tu salvación, Señor, origen de la salvación, cuál tu bendición sobre

¹⁴⁵ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida* 22, 14

tu pueblo, sino el hecho hemos recibido de ti el don de amarte y de ser amados?

Por esto has querido que el Hijo de tu diestra, el hombre que has confirmado para ti, sea llamado Jesús, es decir, Salvador, porque él salvará a su pueblo de los pecados, y ningún otro puede salvar.

El nos ha enseñado a amarlo cuando, antes que nadie, nos ha amado hasta la muerte en la cruz. Por su amor y afecto suscita en nosotros el amor hacia él, que fue el primero en amarnos hasta el extremo.

Así es, desde luego. **Tú nos amaste primero para que nosotros te amáramos. No es que tengas necesidad de ser amado por nosotros; pero nos habías hecho para algo que no podíamos ser sin amarte.**

Por eso, habiendo hablado antiguamente a nuestros padres por los profetas, en distintas ocasiones y de muchas maneras, en estos últimos días nos has hablado por medio del Hijo, tu Palabra, por quien los cielos han sido consolidados y cuyo soplo produjo todos sus ejércitos.

Para ti, hablar por medio de tu Hijo no significó otra cosa que poner a meridiana luz, es decir, manifestar abiertamente, cuánto y cómo nos amaste, tú que no perdonaste a tu propio Hijo, sino que lo entregaste por todos nosotros. Él también nos amó y se entregó por nosotros.

Tal es la Palabra que tú nos dirigiste, Señor: el Verbo todopoderoso, que, en medio del silencio que mantenían todos los seres —es decir, el abismo del error—, vino desde el trono real de los cielos a destruir enérgicamente los errores y a hacer prevalecer dulcemente el amor.

Y todo lo que hizo, todo lo que dijo sobre la tierra, hasta los oprobios, los salivazos y las bofetadas, hasta la cruz y el sepulcro, no fue otra cosa que la palabra que tú nos dirigías por medio de tu Hijo, provocando y suscitando, con tu amor, nuestro amor hacia ti.

Sabías, en efecto, Dios creador de las almas, que las almas de los hombres no pueden ser constreñidas a ese afecto, sino que conviene estimularlo; porque donde hay coacción, no hay libertad, y donde no hay libertad, no existe justicia tampoco.

Quisiste, pues, que te amáramos los que no podíamos ser salvados por la justicia, sino por el amor; pero no podíamos tampoco amarte sin que este amor procediera de ti. Así pues, Señor, como dice tu apóstol predilecto, y como también aquí hemos dicho, tú nos amaste primero; y te adelantas en el amor a todos los que te aman.

Nosotros, en cambio, te amamos con el afecto amoroso que tú has depositado en nuestro interior. Por el contrario, tú, el más bueno y el sumo bien, amas con un amor que es tu bondad misma, el Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo, el cual, desde el comienzo de la creación, se cierne sobre las aguas, es decir, sobre las mentes fluctuantes de los hombres, ofreciéndose a todos, atrayendo hacia sí a todas las cosas, inspirando, aspirando, protegiendo de lo dañino, favoreciendo lo beneficioso, uniendo a Dios con nosotros y a nosotros con Dios.”¹⁴⁶

¹⁴⁶ SAN GUILLERMO, *Tratado de sobre la contemplación de Dios 4-11*, Oficio de Lecturas del Lunes III de Adviento

PARA REZAR MEJOR

Sólo el amor cambia el mundo. Hoy debemos de pedir al Señor nos conceda reconocer su amor y desear servirle y glorificarle a él con un amor semejante al que nos ha mostrado. No podemos amar con un amor semejante si no se nos concede, porque el amor es gratuito y tiene unas características tales, que sólo si el Espíritu Santo, don del amor del Padre y del Hijo, está en nosotros podemos vivirlo. El amor no es fruto del esfuerzo sino de la súplica humilde del que sabe que un amor así no se puede vivir si Dios no nos lo regala. Lo demás es voluntarismo inútil. El resultado es poder vivir aquello que San Pablo nos dice que es el amor en su primera carta a los corintios que hemos leído.

1. Ponte en actitud de oración, es decir, de quien tiene que recibir todo de Dios y no como quien tiene que conseguir algo con su esfuerzo. Pide que te sea concedido poder contemplar todo el amor que ha puesto en ti a lo largo de toda tu vida.
2. Si recuerdas, en la contemplación había que situarse en las escenas para poder mirar, escuchar y tocar. También hoy te tienes que colocar de esta forma, pero, las escenas son de tu propia vida. Había que mirar las personas y escuchar lo que decían, ver lo que hacían. Tienes que ir buscando escenas de tu propia vida, de tu familia, de tus amigos, de tu parroquia, de grupos de personas con los que has crecido en la fe, catequistas, sacerdotes. Seguro que puedes traer muchas a tu memoria.
3. Trata de recordar gestos, palabras, actitudes de los otros en los que se te han hecho presente el amor del Señor y te has sabido cuidado y protegido por él. Trata de mirar y escuchar, no de analizar y sacar conclusiones porque allí te ha estado amando Jesucristo. ¿Cuánto te ha dado Dios?
4. Seguro que aparecen escenas de tu vida que han sido lo contrario a estar con el Señor, vivir su amor y corresponder. Ha habido decepción, dolor y pecado. ¿Te das cuenta de dónde te ha ido sacando el Señor y dónde te encuentras en este momento? Contempla todas esas escenas porque ya no estás allí. Si, Dios te ha salvado por medio de Cristo.
5. ¿No crees que tienes muchas razones para hablar con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y dar gracias de corazón?

CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR II

Salmo 115

Tenía fe, aún cuando dije:
"¡Qué desgraciado soy!"
Yo decía en mi apuro:
"Los hombres son unos mentirosos".

¿Cómo pagaré al Señor
todo el bien que me ha hecho?
Alzaré la copa de la salvación,
invocando su nombre.
Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo.

Mucho le cuesta al Señor
la muerte de sus fieles.
Señor, yo soy tu siervo,
siervo tuyo, hijo de tu esclava:
rompiste mis cadenas.

Te ofreceré un sacrificio de alabanza,
invocando tu nombre, Señor.
Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo,
en el atrio de la casa del Señor,
en medio de ti, Jerusalén.

El salmo 115 es muy conocido, hemos orado muchas veces con él. Hoy sus palabras pueden ayudarnos a poner palabras o a que arranquen nuestras palabras de gratitud y fidelidad al reconocer todo el amor que hemos recibido del Señor y que hoy queremos seguir contemplando con una profunda gratitud. Toda esta oración es continuación de la de ayer; vamos a **incorporar todo el bien recibido al misterio de la propia vocación** que, aunque con temores y dificultades, podemos descubrir que **ya está siendo un regalo**. Lo es en el presente y hay que mirar a lo que promete de futuro como **un gran don que nos abre a la esperanza** para no quedar siempre atrapados en un pasado sin solución o en un presente que sólo nos

recuerda lo que no podemos. Si ya el Señor ha hecho mucho en nuestra vida, podemos tener la certeza de que seguirá haciéndolo y, a través de nosotros, en muchas otras personas. Dios no juega con nosotros ni miente.

Quizá un primer sentimiento que puede brotar en nuestro interior al leer este salmos lo podamos expresar con palabras contenidas en él que podrían ayudarnos a comenzar nuestra oración: **¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?** Cuando se ha comenzado un recorrido vocacional y ha pasado algo de tiempo es fácil pensar que tenemos algunos logros en nuestro haber, que hay aspectos que parecen no avanzar; en otras ocasiones nos vamos dando cuenta que también hay todavía mucho que dejar atrás y cuesta trabajo hacerlo porque nos vemos muy necesitados. La verdad es bien distinta: **es el Señor el que a través de su llamada quiere hacer mucho bien en nuestras vidas**, un bien que no se sabe como poder pagar, y que será una deuda contraída con Cristo para toda la eternidad. ¿Cómo no agradecer al Señor todo el bien que ya nos ha hecho?

Podemos recordar todo lo que nos surgía en la oración anterior: toda nuestra vida, en la que el Señor, a través de innumerables mediaciones, ha ido preparando y disponiendo nuestra existencia para hacernos **el mayor don que se podría pensar**: poder llegar un día a hacer presente, real y eficazmente a Cristo, en su Cuerpo y su Sangre, en su perdón, en su palabra; todo ello contando con nuestra pobre existencia que ha sido engrandecida con la gracia de Dios, de la misma forma que en la Virgen María. Recordemos de nuevo a nuestra familia, nuestros padres y hermanos, nuestras parroquias y movimientos, sacerdotes que hemos conocido, estos años en el Seminario, los compañeros de la comunidad, uno mismo, como un don para los demás... Todo ello ha sido un gran regalo de Dios. **Quizá se puede pensar que el Señor pide mucho, pero la realidad es que mucho más es lo que da.** ¡Qué gran regalo la vocación, siempre inmerecido!, ¡cuánto bien ha hecho, está haciendo y hará en nosotros! Pero también podemos intuir el bien que hará a tantas personas a través de nosotros para seguir creciendo en disponibilidad sin poner resistencias a su acción.

¿No es verdad que después de contemplar esto delante del Señor, la vida no puede ser otra cosa que Eucaristía, acción de gracias? Por ello no se puede realizar esto de manera más perfecta que como reza el salmista: *alzaré la copa de la salvación invocando tu nombre*. Elevar y recibir cada día el Cuerpo de Cristo y el cáliz de su Sangre es la mejor manera de expresar y realizar este profundo misterio. No se puede vivir sin la Eucaristía. Si es la voluntad del Señor, un día sus palabras serán tus palabras, y las tuyas las suyas. Nada expresará mejor el misterio que late detrás de la vocación que poder decir lo que tantas veces escuchamos: *esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros, este es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados*.

Es necesario contemplar la propia vocación –aunque existan dificultades e incertidumbres– como un gran regalo que hace nacer también de nosotros, casi espontáneamente, un deseo: **cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo**. También lo dice este salmo. **No podemos corresponder si no es con la fidelidad a tanto bien recibido**. Fidelidad que sólo el Señor puede hacer posible; pero sin olvidar que cada día es un reclamo a nuestra libertad.

Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles afirma nuestro salmo. **Para que nadie muera, el Padre ha entregado la vida de su Hijo Único** porque *tanto amó Dios al mundo*. Son palabras que hemos contemplado muchas veces en los distintos misterios de la vida de Cristo y han adquirido una mayor profundidad. **Para que nadie muera, para que todos puedan tener vida, y vida eterna, el Señor os llama** a ser ministros de su gracia, de su misericordia que hace posible que quien está perdido sea encontrado y, quien está en la muerte pase a la vida. El que está llamado a administrar fielmente el perdón del Señor es quien primero ha experimentado en su vida esta misma realidad. Podemos por ello proclamar con las palabras del salmista: ***yo soy tu siervo, hijo de tu esclava, rompiste mis cadenas***. Hay que mirar a lo que la promesa encierra para nuestro futuro, dándonos cuenta de nuestra realidad presente, sin avergonzarnos ni huir de ella porque **hemos conocido que el amor del Señor rompe cadenas**, libera de esclavitudes, de la mayor esclavitud de todas, la del pecado. ¿Cómo no agradecer también al Señor, tantas cadenas que ha ido rompiendo en nuestras vidas, cómo nos ha ido haciendo libres y nos ha hecho pasar una y otra vez de la muerte a la vida? El que tiene que perdonar en nombre de Cristo conoce lo que son las ataduras del pecado, y por ello, envuelto en fragilidad, hará presente ese perdón que ha experimentado. **Sí, pecadores y esclavos, pero perdonados y libres en Cristo para desear con todo el corazón poder corresponder** con nuestra vida a lo que ya hemos recibido, y abrirnos a lo que está por venir.

La lectura de esta parte del Sermón de San Juan de Ávila nos ayudará a reconocer lo que se ha realizado en cada uno de nosotros por medio de Cristo y del Espíritu Santo; también a darnos cuenta de que la vocación es una llamada para que esto se pueda seguir realizando en otros por medio de nuestra vida.

SAN JUAN DE ÁVILA

“Hubo Dios compasión de nosotros; siquiera porque nos crió, no quiso dejar de remediarnos. ¿Y cuánto le costó, si os place, el remedio? Un pecado hizo Eva, pero bien caro costó. Vino Jesucristo, segunda persona de la Santísima Trinidad, y vino el Espíritu Santo a poner remedio en esta llaga. **Mira lo que crees, que el Hijo de Dios y el Espíritu Santo vinieron a la tierra para tu remedio**. Y pues el ánimo del hombre es semejante a Dios en *la naturaleza*, y en la *bondad y conocimiento* que tiene de Dios, *el ser* del ánimo no se perdió; aunque el hombre muere, el ánimo no se muere, siempre será; y como el Padre sea fundamento de las Personas divinas, atribúyese a El el ser; y **como aquel ser no se perdió, no vino el Padre. Perdióse el conocimiento del hombre, y vino el Hijo; perdióse la bondad del hombre, y vino el Espíritu Santo**.

Vino el Hijo porque nuestros pecados fuesen perdonados; vino el Hijo, porque se le hizo grande enojo comiendo la manzana, porque comieron por haber la *sabiduría* del Hijo; porque *por el pecado* —como dice San Pablo— *nacimos llenos de ira y de enojo* (cf. Ef 2,3). No nos miraba Dios como a hijos, sino como a malos

esclavos; éramos detestables delante de los ojos del Padre; **vino Jesucristo al mundo para que, viniendo El por amor de los hombres, el Padre los amase y quisiese bien, y los mirase con buenos ojos, y morase entre ellos.** Esta fue la empresa de Jesucristo, que, **como el Padre se fue del hombre por el pecado, por su Hijo volviese la cara a él.** Si vieres llorar al Niño en el portal y en el pesebre, por esto llora. Si lo vieres circuncidar, por esto le circuncidan. Si lo vieres tener hambre, por esto la tiene. Si lo vieres tener sed, por esto es. Si lo vieres amarrado a un poste y azotado, por esto es. Si lo vieres abofeteado y coronado de espinas, por esto es. Si lo vieres enclavado y muerto en la cruz, por esto es. **¡Oh Redemptor mío!, ¿qué te movió a padecer tanto por amor de los hombres?** ¿Por qué mercaduría andáis vos, Señor, tan codicioso, que ni el sol que os hace sudar os estorba de día, ni el hielo de la noche te impide? Mercader celestial, ¿qué es esto que andas a buscar tan cansado? Andaba muerto de amores por nosotros. Dícese que Jacob sirvió catorce años a su suegro Labán porque le diese por mujer a Raquel (cf. Gén 29,18-30), y durmió en el campo al frío y al calor, y parecíale todo poco. **Callen, callen todos los amores en comparación de los de Jesucristo: todos son fríos comparados con éstos.** ¡Oh Redemptor mío! ¿Servistes vos por Raquel? Sirvió Jesucristo, trabajó Jesucristo en este mundo por otra Raquel, no catorce años, sino treinta y tres, que en todos ellos no descansó un día. ¡Oh, bendito sea tal enamorado! Andaba Jesucristo de noche y de día al frío y al aire, al calor y al estío. ¡Qué de trabajos, qué de cansancios pasó nuestro Redemptor por esta su Esposa! ¡Cuántas noches se te pasaron, oh Redemptor mío, de claro en claro, que no dormiste, derramando muchas lágrimas por nosotros a solas en oración y rogando a tu Eterno Padre que perdonase a los hombres! Dice el Apóstol San Pablo: *In diebus carnis suae preces supplicationesque ad eum, qui possit illum salvum lacere a morte...* (Heb 5,7). *En los días de su carne, todo el tiempo que vivió en este mundo, rogaba a su Padre que nos salvase, pues Él era el que lo podía hacer.* **¡Oh! Quién le tomara solo,** así como estaba llorando, y le dijera: «Redemptor mío, ¿por qué lloráis? ¿Qué habéis? ¿Quién es causa de esas lágrimas? ¡Oh, quién fuera tan digno de limpiarlas!». **Llora Jesucristo porque tú te rías; llora porque tú descanses; llora por tu consuelo; llora en la tierra porque tú vayas al cielo; llora por el perdón de tus pecados y porque te llegues a El y no le ofendas.**

¿Qué es esto, Señor, que con tanta ansia buscáis? Él lo dice: «Padre, no busco otra cosa ni quiero otra cosa sino que con el amor que me amáis a mí améis también a éstos». Como si dijera: «Ya yo sé, Padre mío, que la causa por que los habéis de amar soy yo; quiero estar en ellos, porque amándome a mí améis a ellos». Toda su vida se la pasó nuestro Redemptor buscando nuestro consuelo, con fatigas y cansancios, así de dentro como de fuera de su sacratísimo cuerpo, y los trabajos y dolores le parecían pocos en comparación del deseo que tenía de nuestra redención, y quería que se efectuase, costase lo que costase; y El mismo lo dijo: *¿A qué pensáis que vine al mundo sino a meter fuego? ¿Qué quiero sino que arda? Con un bautismo tengo de ser bautizado: ya estoy angustiado hasta que venga aquel día* (cf. Lc 12,49-50). **El era el fuego, y había de ser encendido;** y sabía que el bautismo era cuando había de derramar su sangre en la cruz y deseáballo nuestro Redemptor.

¡Oh, bendigante los ángeles, Señor, por ello! **No como nosotros, que a un trabajuelo que nos venga lo sentimos como si nos llegase a los ojos, y huimos de**

él. Y sabía *El* lo que le había de costar a *El* que su Padre quisiese bien a los hombres, y, con todo eso, lo deseaba; sabía *El* que había de ser asado con fuego de tormentos en la cruz, y decía: *Ya estoy deseando que arda*. Había de ser nuestro Redemptor asado en la cruz en figura de cordero de la vieja Ley. «Todo me parece poco; ya deseo el día en que tengo de remediar al hombre». *Qui propositio sibi Baudio, sustinuit crucem confusione contempta*, dice San Pablo: *Puesto delante de sí el gozo, sufrió el tormento de la cruz de buena gana, menospreciando la deshonra* (Heb 12,2).

—Señor, ¿de qué os gozáis? Redemptor mío, ¿qué es la causa de vuestro gozo?— Por ver al género humano libre de pecado, por esto se gozaba el Redemptor; aunque bien veía cuán caro había de costar la medicina que había de sanar nuestra llaga; bien sabía *El* —¡los ángeles le bendigan!— que le habían de cauterizar a *Él* para que nosotros tuviésemos salud. ¿Sabéis cómo? ¿No habéis visto unos padres que andan por los caminos, por soles y aires, y se secan y sudan, y con pensamiento y voluntad que tienen que sus hijos sean ricos, no sienten el trabajo, y así tienen por bien de sufrir el trabajo y cansancio? ¿Y la madre que no descansa noche ni día, y trabaja, y no siente nada de todo aquello, por ver en descanso su hija? Así nuestro Redemptor Jesucristo —¡bendito sea *El*!— no sintió tanto sus trabajos; y si los sintió, en pensar que por ellos habíamos de ser librados, **quitaba los ojos de sus tormentos y ponía los en pensar el remedio general que de ellos salía**, y decía: «No es nada esto».

¡Oh, bendito seas, Señor mío, que porque aquella ánima sea casta, dijiste: «Denme a mí cinco mil azotes»! Teníanos a todos metidos en sus entrañas de caridad y amor. «Porque aquel alma sea caritativa, no tengan conmigo caridad; porque aquel alma se salve y todos alcancen perdón, súbame en una cruz, coronado de espinas, crucifíquenme, y no quede de mí gota de sangre en todo mi cuerpo que no se derrame: denme hiel, y vinagre a beber y muera yo en la cruz». — ¿Por qué? — «Por remedio de los hombres».

Aprenda, aprenda el cristiano, redemido por estos trabajos, a no desmayar por un trabajuelo que le viene; en asomando, luego te quejas, luego dices que no hay quien lo pueda sufrir. Pues que tanto sufrió Jesucristo, aprende de *El*; y pues *El* puso los ojos en tu remedio y los quitó de los tormentos tan grandes que pasó, por *El* quita los tuyos de los trabajuelos, si algunos te vinieren, y ponlos en Jesucristo; y mirando por quién los pasas, rogarás que nunca se acaben; saberte han más dulces que la miel.

Fue tanto lo que alcanzó Jesucristo en sus trabajos, fue tanta la gracia que acerca de su Padre halló, que ya no hay hombre que baste a desagradar a Dios, queriendo él gozar de la medicina. ¡Qué grande hazaña fue alcanzar perdón para todos! ¡Qué abrazo tan suave y amoroso! ¡Qué beso de paz tan dulce! **Si quieres arrepentirte, no perderás el remedio;** Jesucristo puso toda la costa de aqueste negocio. Quiere *El* mismo que tú quieras allegarte a *El*, que ya es ganado lo que andaba perdido; ya Jesucristo dio fin a nuestra enfermedad; ya acabó *El* su obra. *El* mismo lo dijo: *Padre, perdona a éstos* (cf. Lc 23,34), miraldos con ojos alegres; ya, Padre, *acabé la obra que me encomendastes: Opus consummavi quod dedisti mihi, ut faciam. La obra que me encomendastes que hiciese ya es acabada* (Jn 17,4); ya, Padre, es acabado el reparo para los hombres. Hermanos, **con este remedio quedó remediado el entendimiento, quedó remediada la voluntad,**

quedó remediada la carne, quedaron remediados nuestros pecados todos.”¹⁴⁷

PARA REZAR MEJOR

Los salmos no nos resultan un lenguaje desconocido para poder orar. En ellos encontramos las palabras puestas por Dios para que podamos dirigirnos a él. El Salmo 115 es una gran ayuda para que podamos reconocer el amor que el Señor ha manifestado por nuestras vidas, para que, a través de él, podamos articular palabras de reconocimiento, agradecimiento y ofrenda de nosotros mismos al Señor. La fidelidad –cumplir los votos pronunciados ante el pueblo– no puede ser más que resultado de querer corresponder a todo el amor recibido por su parte porque cuando nos damos cuenta de lo que el Señor ha hecho por nosotros expresamos mejor la acción de gracias y dejamos que nazca la generosidad que muchas veces perdemos en los pequeños o grandes esfuerzos.

1. ¿Qué no ha hecho el Señor por ti? ¿Ha ahorrado Dios algo que fuera necesario para que fueras salvado? Pide al Señor que te haga consciente de esta gran obra de Dios que no sólo te ha creado sino que te ha rescatado de las cadenas de la muerte que te tenía atrapado. Todo esto no es abstracto: lo puedes reconocer en personas, acontecimientos y, sobre todo, en la vida de Cristo.
2. Lee el salmo sin prisas, tratando de saborear cada una de las acciones que se describen por parte de Dios. Descubre también el deseo que brota del corazón del salmista al darse cuenta de todo lo que el Señor ha realizado ¿En qué pueden coincidir estas acciones con tu vida? ¿No es su deseo también el tuyo?
3. Trata de prolongar la oración del salmo –allí donde te veas más reflejado– con tus propias palabras, con lo que ha sucedido en tu vida y que es signo del amor que Dios tiene por ti.
4. Si quiere comprender el significado completo de este salmo no tienes que hacer otra cosa que rezarlo mirando al Señor en la cruz; contempla todo lo que te ha dado: su vida y su Espíritu –que es su amor derramado en ti para que puedas amar como él– y te darás cuenta del alcance del amor de Dios que se ha manifestado en Cristo.
5. Da gracias a Dios, renueva tu entrega y tu fidelidad a él, no porque te esfuerces sino porque te nace del corazón lleno del Espíritu Santo querer responder a tanto amor recibido.

¹⁴⁷ SAN JUAN DE ÁVILA, *Sermón 32, 11-17, Martes de Pentecostés, el Hijo y el Espíritu Santo vinieron a remediarnos*, Obras Completas III

CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR III

Romanos 8, 28-35.37-39

Hermanos:

Sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien: a los que ha llamado conforme a su designio.

A los que había escogido, Dios los predestinó a ser imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito de muchos hermanos.

A los que predestinó, los llamó; a los que llamó, los justificó; a los que justificó, los glorificó.

Entonces, ¿qué diremos a esto? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?

El que no perdonó a su propio Hijo,
sino que lo entregó a la muerte por nosotros,
¿cómo no nos dará todo con él?

¿Quién acusará a los elegidos de Dios?

Dios es el que justifica.

¿Quién condenará?

¿Será acaso Cristo que murió,
más aún, resucitó y está a la derecha de Dios,
y que intercede por nosotros?

¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?;

¿la aflicción?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?

Pero en todo esto vencemos fácilmente por aquél que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna, podrá apartarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro.

¡Qué gran afirmación la de San Pablo!: *a los que aman a Dios todo les sirve para el bien.* En medio de las pruebas y las dificultades de la vida y de la fe nos cuesta trabajo decir qué es para nuestro bien. Pero, el apóstol lo conoce bien, está firmemente persuadido de que es así, porque nada puede separarnos del amor de Dios que se ha manifestado en Cristo Jesús. **Pase lo que pase, venga lo que venga, nada puede apartarnos de la mayor verdad de nuestra vida.** Tampoco nuestros pecados porque por ellos Cristo dio la propia vida y nos ha rescatado. Sólo quien se cierra al amor y permanece sobre sí mismo, sin apertura ninguna a este don, se pierde y lo puede hacer para toda la eternidad porque Dios respeta hasta tal punto

la libertad del hombre que permite que quien quiera se pueda perder haciendo uso de ella, que anulársela para que esté con él.

Aquí encontramos la gran verdad: nada puede separarnos del amor de Dios. **Esto es nuestro descanso, nuestra seguridad y nuestra mayor verdad;** él es la roca en la que podemos permanecer firmes en medio de todo viento y marea porque nada ni nadie, ni presente ni futuro, ni persona ni potestad del mal podrán apartarnos de ese amor.

Es un amor que no hay que esperar, ya ha sido dado, ya se ha realizado en Cristo, en su encarnación, muerte y resurrección, en el envío del Espíritu Santo. Fue prefigurado y preparado desde toda la eternidad y, el mismo Dios, no ha dejado de dar pruebas a lo largo de la historia. Pero tampoco ha dejado de hacerlo en nuestra historia: todo lo que hemos visto los días anteriores en la oración se entiende e interpreta adecuadamente desde la entrega del Hijo y del Espíritu porque son signos suyos que nos conducen a él. Sólo hay que poder reconocerlo y abrirse a ello. Es lo que estamos pidiendo y es lo que estamos tratando de contemplar.

Cuando nos sentimos solos, heridos, abandonados, enfangados en el mar del mundo y del pecado, en la enfermedad, en la persecución, en la difamación, en la tentación, en la duda, en el miedo, en la tristeza... nada puede separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús. Esta es la certeza que tiene Pablo y quiere transmitir a los romanos —él que ha sido probado en tantas cosas— para que no disminuya ni su fe, ni su esperanza, ni su amor. **Porque esto es verdad, todo puede servir para el bien,** todo puede convertirse en devolución agradecida de amor a Dios que nos ha amado tanto. Por ello, cada pequeña cosa puede adquirir un gran sentido cuando se hace por amor a Cristo. Sí, la seguridad del amor hace realizar lo más pequeño por amor a aquel que nos ama; lo más insignificante puede alcanzar una dimensión inconmensurable porque queda introducido en el misterio del amor de Cristo a cada criatura, y hace que lo que parecía poca cosa refleje la inmensidad de su amor que salva. Decía la **Beata Teresa de Calcuta** que ***no podemos hacer grandes cosas; solo pequeñas cosas hechas con gran amor y que no es mucho cuánto hacemos sino cuánto amor ponemos en lo que hacemos.***

San Ignacio presentaba la contemplación para alcanzar amor para poder *en todo amar y servir a su divina majestad* (EE 232). **En todo significa en cada cosa, por insignificante que parezca o imposible que se nos presente:** uno se puede levantar por amor al Señor y para servirle, podemos estudiar por amor a Cristo, soportar una clase insoportable, estar con alguien que nos desagrada, realizar tareas que nos incomodan. **Por nosotros mismos** y nuestros deseos diríamos fácilmente: “no, no quiero, no me gusta, no me apetece, no me parece lógico u operativo”. **Pero, si es por amor a Cristo, para amarle y servirle, probablemente nos resultará menos pesado y difícil.** Humanamente siempre encontramos excusas para dejar de hacer algo que no nos termina de gustar, que rompe nuestros planes o que nos incomoda; y siempre encontramos razones para hacer lo que parece corresponder a nuestro deseo sin saber si está o no ordenado por el amor al Señor. **Sólo el amor a Cristo redime cada acto oculto de nuestra vida y le hace emerger en toda su grandeza.** Es el amor a Cristo lo que descubre la posibilidad de hacer algo grande en medio de lo pequeño, monótono y costoso de cada día.

SAN RAFAEL ARNÁIZ

“Las tres de la tarde de un día lluvioso del mes de diciembre. Es la hora del trabajo, y como hoy es sábado y hace mucho frío, no se sale al campo. Vamos a trabajar a un almacén donde se limpian las lentejas, se pelan patatas, se trituran las berzas, etc... Le llamamos el «laboratorio». En él hay una mesa larga, y unos bancos, una ventana y encima un crucifijo.

El día esta triste, unas nubes muy feas, un viento «si es no es» fuerte, algunas gotas de agua que caen como de mala gana y que lamen los cristales y, dominándolo todo, un frío digno del país y de la época.

Lo cierto es que, aparte del frío, que lo noto en mis helados pies y refrigeradas manos, todo esto se puede decir que casi me lo imagino, pues apenas he mirado a la ventana. La tarde que hoy padezco es turbia, y turbio me parece todo. Algo me abrume el silencio, y parece que unos diablillos, están empeñados en hacerme rabiar, con una cosa que yo llamo recuerdos... Paciencia y esperar.

En mis manos han puesto una navaja, y delante de mí un cesto con una especie de zanahorias blancas muy grandes y que resultan ser nabos. Yo nunca los había visto al natural, tan grandes... y tan fríos... ¡Qué le vamos a hacer!, no hay más remedio que pelarlos.

El tiempo pasa lento, y mi navaja también, entre la corteza y la carne de los nabos que estoy lindamente dejando pelados.

Los diablillos me siguen dando guerra. ¡¡Que haya yo dejado mi casa para venir aquí con este frío a mondar estos bichos tan feos!! Verdaderamente es algo ridículo esto de pelar nabos, con esa seriedad de magistrado de luto.

Un demonio pequeñito y muy sutil, se me escurre muy adentro y de suaves maneras me recuerda mi casa, mis padres y hermanos, mi libertad, que he dejado para encerrarme aquí entre lentejas, patatas, berzas y nabos.

El día está triste... No miro a la ventana, pero lo adivino. Mis manos están coloradas, coloradas como los diablillos; mis pies ateridos... ¿Y el alma? Señor, quizás el alma sufriendo, un poquillo. Mas no importa..., refugiémonos en el silencio.

Transcurría el tiempo, con mis pensamientos, los nabos y el frío, cuando de repente y veloz como el viento, una luz potente penetra en mi alma... Una luz divina, cosa de un momento... Alguien que me dice que ¡qué estoy haciendo! **¿Que qué estoy haciendo? ¡Virgen Santa! ¡qué pregunta! Pelar nabos..., ¡pelar nabos!... ¿Para qué?... Y el corazón dando un brinco contesta medio alocado: pelo nabos por amor..., por amor a Jesucristo.**

Ya, nada puedo decir que claramente se puede entender, pero sí diré que allá adentro, muy adentro del alma, una paz muy grande, vino en lugar de la turbación que antes tenía; sólo sé decir que el sólo pensar que en el mundo se pueden hacer de las más pequeñas acciones de la vida, actos de amor de Dios..., que el cerrar o abrir un ojo hecho en su nombre, nos puede hacer ganar el cielo... Que **el pelar unos nabos por verdadero amor a Dios, le puede a Él dar tanta gloria y a nosotros tantos méritos, como la conquista de las Indias.** El pensar que por sólo su misericordia tengo la enorme suerte de padecer algo por Él..., es algo que llena de tal modo el alma de alegría, que si en aquellos momentos me hubiera dejado llevar de mis impulsos interiores, hubiera comenzado a tirar nabos a diestro y siniestro, tratando de hacer

comunicar a las pobres raíces de la tierra, la alegría del corazón... Hubiera hecho verdaderas filigranas malabares con los nabos, la navaja y el mandil.

Me reía a «moco tendido» (quizás por el frío) de los diablillos rojos, que asustados de mi cambio, se escondían entre los sacos de garbanzos y en un cesto de repollos que allí había.

¿De qué me puedo quejar? ¿Por qué entristecerse de lo que es sólo motivo de alegría? ¿A qué más puede aspirar un alma, que a sufrir un poco por un Dios crucificado?

Nada somos y nada valemus; tan pronto nos ahogamos en la tentación, como volamos consolados al más pequeño toque del amor divino.

Cuando comenzó el trabajo, nubes de tristeza cubrían el cielo. El alma sufría de verse en la cruz; todo la pesaba: la Regla..., el trabajo..., el silencio..., la falta de luz de un día tan triste, tan gris y tan frío. El viento, soplando entre los cristales, la lluvia y el barro., la falta de sol. El mundo..., tan lejos, tan lejos..., y yo mientras tanto, pelando mis nabos sin pensar en Dios.

Pero todo pasa, incluso la tentación... Ha pasado el tiempo, ya llegó el descanso, ya se hizo la luz, ya no me importa si el día está frío, si hay nubes, si hay viento, si hay sol. Lo que me interesa es pelar mis nabos, tranquilo, feliz y contento, mirando a la Virgen, bendiciendo a Dios.

¿Qué importa el pesar de un momento, el sufrir un instante?... Lo que sé decir es que no hay dolor que no, tenga compensación en ésta o en la otra vida, y que en realidad para ganar el cielo se nos pide muy poco. Aquí en una Trapa, quizás sea más fácil que en el mundo, pero no es por el género de vida éste o aquél, pues en el mundo se tienen los mismos medios de ofrecer algo a Dios. Lo que pasa es que el mundo distrae y se desperdicia mucho.

El hombre es el mismo aquí que allí; su capacidad para sufrir y para amar es la misma; adondequiera que vaya llevará cruz. Sepamos aprovechar el tiempo... **Sepamos amar esa bendita cruz que el Señor pone en nuestro camino, sea cual sea, fuere como fuere.**

Aprovechemos esas cosas pequeñas de la vida diaria, de la vida vulgar... **No hace falta para ser grandes santos, grandes cosas, basta el hacer grandes las cosas pequeñas.**

En el mundo se desaprovecha mucho, pero es que el mundo distrae... Tanto vale en el mundo el amar a Dios en el hablar, como en la Trapa en el silencio; la cuestión es hacer algo por Él..., acordarse de Él... El sitio, el lugar, la ocupación, es indiferente.

Dios me puede hacer tan santo pelando patatas, que gobernando un Imperio.

Qué pena que el mundo esté tan distraído..., porque he visto que los hombres no son malos..., y que todos sufren, pero no saben sufrir...

Si por encima de la frivolidad, si por encima de esa capa de falsa alegría con que el mundo oculta sus lágrimas, si por encima de la ignorancia de lo que es Dios, elevaran un poco los ojos a lo alto..., seguramente les ocurriría lo que al fraile de los nabos..., muchas lágrimas se enjugarían, muchas penas se endulzarían y muchas cruces se amarían para poder ofrecerlas a Cristo.

Cuando terminó el trabajo, y en la oración me puse al pie de Jesús muerto..., allí a sus plantas deposité un cesto de nabos peladitos y limpios... **No tenía otra cosa que ofrecerle, pero a Dios le basta cualquier cosa ofrecida con el corazón entero, sean nabos, sean Imperios.**

La próxima vez que vuelva a pelar raíces, sean las que sean, aunque estén frías y heladas, le pido a María no permita se me acerquen diablillos rojos a hacerme rabiar. En cambio, le pido me envíe a los ángeles del cielo, para que yo pelando y ellos llevando en sus manos el producto de mi trabajo, vayan poniendo a los pies de la Virgen María rojas zanahorias; a los pies de Jesús, blancos nabos, y patatas y cebollas, coles y lechugas...

En fin, si vivo muchos años en la Trapa, voy a hacer del cielo una especie de mercado de hortalizas, y cuando el Señor me llame y me diga basta de pelar..., suelta la navaja y el mandil y ven a gozar de lo que has hecho..., cuando me vea en el cielo entre Dios y los santos, y tanta legumbre..., Señor Jesús mío, no podré por menos de echarme a reír.”¹⁴⁸

PARA REZAR MEJOR

La invitación de la contemplación para alcanzar amor es a vivir una plenitud en nuestra relación con Dios, es decir, que nos podamos dar cuenta que en todo lo que hacemos encontramos una oportunidad para amar y servir al Señor. Nada es insignificante ni pequeño cuando lo hacemos por amor a Cristo y así adquiere una dimensión nueva que puede llenar la vida. Tenemos que pedir a Dios que nos conceda este don que dignifica nuestra vida y hace crecer nuestro amor y nuestra entrega al unificar cada acción en el amor a Cristo. Esto no es algo que se hace de una vez para siempre sino que es necesario poder renovarlo cada día al darnos cuenta de todo el bien recibido como un signo del amor que Dios nos tiene y que nadie nos puede arrebatar.

1. Pide al Señor que te conceda poder vivir cada cosa que haces por amor a Cristo para que encuentres el verdadero significado de la entrega no porque puedas hacer grandes cosas sino porque puedes hacer por amor de cada cosa pequeña algo grande.
2. Lee las palabras de San Pablo en la carta a los romanos: ¿Qué produce en ti escuchar esta gran certeza que el apóstol te transmite? Busca las palabras que ponen mayor luz en tu momento presente y trata de gustarlas y grabarlas en el corazón como una garantía de futuro.
3. ¿Te das cuenta que tantas cosas que te cuesta integrar en tu vida no te pueden apartar del amor de Dios? Esto es lo que tienes que renovar cada día como punto de apoyo que te permite poder seguir caminando sin tambalearte. Pon nombre a todas esas dificultades y ve diciendo: “esto no puede separarme del amor que Dios me ha manifestado en Cristo.
4. Lee el escrito del Beato Rafael: unos nabos pelados por amor a Cristo se convierten en algo grande que puede llenar de contenido la vida. ¿Cuántas

¹⁴⁸ SAN RAFAEL ARNAIZ, 12 de diciembre de 1936. 25 años -Mi cuaderno - San Isidro. Las piruetas de los nabos. Obras Completas, 4ª Edición, 785-793

cosas de cada día están llamadas a ser hechas por amor al Señor? Piensa en aquello que te cuesta o que te resulta difícil de aceptar ¿No es una oportunidad para poder crecer en el amor?

5. Da gracias a Dios que puede hacer de cada pequeña cosa un acto grande; no te pide heroicidades ni grandes capacidades sino poder hacer de todo un acto de amor a Cristo.

CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR IV**Salmo 39, 2-14.17-18**

Yo esperaba con ansia al Señor;
él se inclinó y escuchó mi grito:

me levantó de la fosa fatal,
de la charca fangosa;
afianzó mis pies sobre roca,
y aseguró mis pasos;

me puso en la boca un cántico nuevo,
un himno a nuestro Dios.
Muchos, al verlo, quedaron sobrecogidos
y confiaron en el Señor.

Dichoso el hombre que ha puesto
su confianza en el Señor,
y no acude a los ídólatras,
que se extravían con engaños.

Cuántas maravillas has hecho,
Señor, Dios mío,
cuántos planes en favor nuestro;
nadie se te puede comparar.
Intento proclamarlas, decirlas,
pero superan todo número.

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
y, en cambio, me abriste el oído;
no pides sacrificio expiatorio,
entonces yo digo: «Aquí estoy
-como está escrito en mi libro-
para hacer tu voluntad.»

Dios mío, lo quiero,
y llevo tu ley en las entrañas.

No podemos concluir la contemplación para alcanzar amor, después de haber contemplado todo lo que hemos recibido de Dios a lo largo de nuestra vida y

haberle dado gracias, sin expresarle nuestra disponibilidad en todo y para todo, es decir, poder devolver todo lo que nos ha dado y ponerlo a su disposición. Sin esta experiencia todo se puede convertir en actos movidos por el amor propio, soberbia y voluntarismo, buscando una recompensa que no sea la que Dios destina a aquellos que le aman y le sirven. No hay otro pago que lo que ya se nos ha dado, el mismo Cristo Jesús. Todo lo que somos y todo lo que tenemos procede de él y debemos entregarlo con generosidad si no queremos que se convierta en una búsqueda de nosotros mismos porque nos apropiamos de los dones que hemos recibido. Cuando san Pablo habla a los corintios, pone de ejemplo la vida de los apóstoles –que no tienen nada absolutamente– ante aquellos que quieren presumir de lo que tienen y utilizarlo como privilegio olvidando que les ha sido dado:

“Aprended de Apolo y de mí a jugar limpio y no os engriáis el uno contra el otro.

A ver, ¿quién te hace tan importante? ¿Tienes algo que no hayas recibido? Y, si lo has recibido, ¿a qué tanto orgullo, como si nadie te lo hubiera dado?

Ya tenéis todo lo que ansiabais, ya sois ricos, habéis conseguido un reino sin nosotros. ¿Qué más quisiera yo? Así reinaríamos juntos.

Por lo que veo, a nosotros, los apóstoles, Dios nos coloca los últimos; parecemos condenados a muerte, dados en espectáculo público para ángeles y hombres. Nosotros unos locos por Cristo, vosotros, ¡qué cristianos tan sensatos! Nosotros débiles, vosotros fuertes; vosotros célebres, nosotros despreciados; hasta ahora hemos pasado hambre y sed y falta de ropa; recibimos bofetadas, no tenemos domicilio, nos agotamos trabajando con nuestras propias manos; nos insultan y les deseamos bendiciones; nos persiguen y aguantamos; nos calumnian y respondemos con buenos modos; nos tratan como a la basura del mundo, el desecho de la humanidad; y así hasta el día de hoy.” (1 Co 4, 6-13)

Poder ofrecer a Dios nuestra vida y todo lo recibido en ella nace de la experiencia de la gratitud –que brota espontáneamente– cuando no nos queremos apropiarnos de lo que nos ha sido dado. **San Agustín**, con gran lucidez, en su comentario al salmo 95 cita una de las frases que hemos leído de San Pablo ayudando a comprender mejor esta experiencia: “lo que das ¿de quién es sino de él? Si dieras de lo tuyo, sería generosidad, pero porque das de lo suyo es devolución. *¿Tienes algo que no hayas recibido?*”

Si reflexionamos sobre el texto de Pablo y el ejemplo que pone de Apolo, de los apóstoles y de sí mismo, comprenderemos qué significa situarse con gratuidad y generosidad ante el Señor. Estamos muy dispuestos a recibir y nunca nos cansamos de pedir pero, **¡qué fácilmente, nos apropiamos de todo lo que Dios nos concede como si fuera nuestro!**; cuando él nos lo pide nos cuesta dárselo y tratamos de hacer que permanezca con nosotros. **Detrás de la falta de disponibilidad uno encuentra poca gratuidad y, detrás de ella siempre hay poca gratitud**; al final de esta cadena encontraremos que se nos olvida todo lo que Dios nos ha dado. Por ello, san Ignacio quiere concluir los ejercicios espirituales sacando del ejercitante una gran generosidad que está lejos de los deseos de heroísmo o del voluntarismo de quien se impone ir siempre más allá de lo que hace por sí mismo.

No se puede hacer otra cosa que ofrecer al Señor lo más grande que hemos recibido: las posesiones, la libertad, la inteligencia, los afectos y la voluntad, pero no podemos decirle a Dios lo que tiene que hacer con ello ni cómo debe usarlo. Es él quien tiene que disponer de ello conforme a su voluntad y necesita que seamos nosotros, haciendo uso de nuestra voluntad y libertad, quienes se lo entreguemos y lo pongamos a su servicio.

De la misma manera, **el salmo 39** arranca del orante su disponibilidad diciendo: “aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad... Dios mío, lo quiero y llevo tu ley en mis entrañas.” No es algo fruto de un acto de puro voluntarismo o una búsqueda de heroísmo y reconocimiento ante *la gran asamblea*, sino que **nace del reconocimiento de todo lo que el Señor ha hecho** en su vida, al darse cuenta que le ha sacado de la *fosa fatal* y de la *charca fangosa*, al reconocer las maravillas que ha hecho y la grandeza de sus planes. Si le preguntáramos a este hombre, a san Pablo, al mismo san Ignacio o cualquier santo si les costó decir que estaban dispuestos a todo y todo lo entregaban, nos dirían, con toda seguridad, que no tuvieron más remedio que decirlo; y no porque estuvieran forzados u obligados desde fuera, sino porque la mayor fuerza para la disponibilidad es la experiencia del amor recibido que se transforma en amor entregado.

SAN IGNACIO DE LOYOLA

“Tomad, Señor y recibid
toda mi libertad,
mi memoria, mi entendimiento
y toda mi voluntad,
todo mi haber y mi poseer;
Vos me lo distéis,
a Vos, Señor lo torno,
todo es vuestro,
disponed a toda vuestra voluntad;
dadme vuestro amor y gracia,
que ésta me basta.”¹⁴⁹

PARA REZAR MEJOR

¹⁴⁹ SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, 234

Todo lo que hemos orado los días anteriores nos va llevando a encontrarnos con estos textos de hoy. Tanto el Salmo 39, el texto de Pablo a los corintios y la oración de san Ignacio nos ayudan a poder reconocer y expresar mejor que todo lo recibido es para el Señor, sin reservarse nada ni apropiarse de nada; ni tampoco permanecer con un descontento constante como quien no tiene nada ni valora lo que le ha sido dado.

1. Pide al Señor lucidez y fe para seguir reconociendo todo lo que te ha dado y todo lo que ha hecho por ti, gratitud por todo lo recibido y una disponibilidad sin límite.
2. Recuerda lo que has orado los días anteriores: ¿Qué ha quedado más grabado en ti de lo que el Señor ha hecho, de algunas palabras que has podido leer y que han iluminado esta contemplación para alcanzar amor? Comienza la oración trayéndolo a tu memoria para que rezar no sea siempre un estar empezando algo que está desconectado de todo lo que el Señor te ha hecho ver o expresar antes.
3. Profundiza en ello con la lectura de la carta de San Pablo a los corintios. Fíjate en lo que afirma el apóstol y el tipo de vida al que le ha llevado todo lo que ha recibido del Señor. En Flp 3, 8 afirma que por Cristo lo perdió todo y en Hc 20, 27 que no se ha reservado nada. ¿Qué supone esto para ti en el presente?
4. Puedes ir transformando tu acción de gracias a Dios en ofrenda de tu vida, de todo lo que tienes y eres a través del Salmo 39. Reconoce en las palabras del salmista tu propia y experiencia y ve parándote en aquello que te identifique más, repitiendo esas palabras y haciéndolas realmente tuyas. No quieras agotar todo lo que se recoge en esta oración porque el ir gustando del salmo o del punto anterior podría ser suficiente. El día siguiente puedes dar el último paso repitiendo siempre los dos primeros.
5. Es la conclusión: la oración de san Ignacio que seguramente conoces de memoria y has orado con ella en muchas ocasiones. Hoy puedes hacerlo en el contexto que este santo la sitúa, es decir, recordando el amor recibido y después de haber contemplado la vida de Cristo. Que cada una de las frases de esta súplica se pueda hacer vida en ti.

ÍNDICE DE AUTORES Y OBRAS

A

ARZUBIALDE, SANTIAGO <i>Op. cit.</i> , pp. 273-278.....	42
ARZUBIALDE, SANTIAGO <i>Op.cit</i> , pg. 432	269
ARZUBIALDE, SANTIAGO, <i>Ejercicios espirituales de san Ignacio. Historia y análisis</i> , Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1991, pg.162.	35
ARZUBIALDE, SANTIAGO, <i>Op. cit.</i> , pp 167-168	141

B

BEATO CARLOS DE FOUCAULD, <i>Carta a su prima Marie, 1 de Diciembre de 1916</i> . Op. Cit., pg. 130.....	97
BEATO CARLOS DE FOUCAULD, <i>Escritos esenciales, Carta 14 de Agosto de 1901</i> , Sal Terrae. Santander, 2001, pp. 41-42	97
BEATO CARLOS DE FOUCAULD, <i>Retiro en Nazaret, Noviembre de 1897</i> . Op, Cit. pg. 64	98
BENEDICTO XVI, <i>Angelus 31 de julio de 2011</i> , Palacio apostólico de Castelgandolfo	210
BENEDICTO XVI, <i>Audiencia del miércoles 13 de Abril del 2007</i>	401
BENEDICTO XVI, <i>Audiencia general del 24 de Mayo de 2006</i>	464
BENEDICTO XVI, <i>Catequesis de preparación al Triduo Pascual</i> . 4 de Abril de 2007.....	295
BENEDICTO XVI, <i>Celebración de las Primeras Vísperas en la Vigilia de Pentecostés, encuentro con los movimientos y nuevas comunidades eclesiales, Sábado 3 de junio de 2006</i>	495
BENEDICTO XVI, <i>Homilía del Jueves Santo 13 de abril de 2006</i>	280
BENEDICTO XVI, <i>Jesús de Nazaret</i> , La esfera de los libros, Madrid, 2007, pp. 39-40.....	148
BENEDICTO XVI, <i>op. cit.</i> , pg. 296.....	182
BENEDICTO XVI, <i>Op. cit.</i> , pg. 298.	183
BENEDICTO XVI, <i>Op. cit.</i> , pg. 55.	169
BENEDICTO XVI, <i>Op. cit.</i> , pg. 64.	172
BENEDICTO XVI, <i>Op. cit.</i> , pp. 297-298.....	180
BENEDICTO XVI, <i>Op. cit.</i> , pp. 43-46.....	158
BENEDICTO XVI, <i>Op. cit.</i> , pp. 45-46.....	153
BENEDICTO XVI, <i>Op. cit.</i> , pp. 52-53.....	166
BENEDICTO XVI, <i>Op. cit.</i> , pp. 56-58.....	170
BENEDICTO XVI, <i>Op. cit.</i> , pp. 62-63.....	171
BENEDICTO XVI, <i>Op. cit.</i> , pp. 66-67.69-70.....	173
BENEDICTO XVI, <i>Spe Salvi</i> 49-50.	391
BENEDICTO XVI, <i>Spe Salvi</i> 6.....	415

C

CEC 515-521.....	39
CEC 659-660.663.....	473

G

GREGORIO NACIANCENO, <i>Discurso 40</i> . Leccionario Bienal Bíblico Patrístico de la Liturgia de las Horas III. Homilía Domingo I de Cuaresma, Ciclo A.....	177
--	-----

H

HANS URS VON BALTHASAR, <i>El Misterio Pascual</i> , MSIII, Cristiandad, Madrid, 2ª Ed., pg. 686.	375
--	-----

J

JUAN PABLO II, <i>Audiencia General del miércoles 16 de 1987</i>	263
JUAN PABLO II, <i>Carta a los sacerdotes, 2.5.10.14-15</i> , Jueves Santo 2000.....	286
JUAN PABLO II, <i>Catequesis del 29 de Enero de 1977</i>	137

N

NICOLÁS DE CUSA, <i>La visión de Dios VI, 19</i> , Eunsa, Pamplona 4ª Ed.....	27
NICOLÁS DE CUSA, <i>Op. cit.</i> IV, 11.....	27
NICOLÁS DE CUSA, <i>Op. cit.</i> VII, 28.....	31

S

SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 78 6, La Transfiguración</i> , OC X.....	202
SAN AGUSTÍN, <i>Carta 130 a Proba 56-57</i> , Oficio de Lecturas del Domingo XXIX del Tiempo Ordinario.	111
SAN AGUSTÍN, <i>Carta 130, a Proba</i> , Oficio de Lecturas del Domingo y Lunes XXIX del Tiempo Ordinario.	14
SAN AGUSTÍN, <i>Carta 130, a Proba</i> , Oficio de Lecturas del Lunes XXIX del Tiempo Ordinario.....	19
SAN AGUSTÍN, <i>Comentario al salmo 102, 6-7</i> . OC XXI.....	243
SAN AGUSTÍN, <i>comentario al Salmo 109, 1-2</i>	70
SAN AGUSTÍN, <i>Comentario al Salmo 37</i> , Oficio de Lecturas del Viernes III de Adviento.....	110
SAN AGUSTÍN, <i>Comentario al Salmo 60</i> , Leccionario Bienal Bíblico Patrístico de la Liturgia de las Horas III, Ediciones Montecasino, Homilía Domingo I de Cuaresma, Ciclo B.	166
SAN AGUSTÍN, <i>Confesiones, Libro I, 5-7</i>	51
SAN AGUSTÍN, <i>Confesiones, Libro VIII, 10.12</i>	32
SAN AGUSTÍN, <i>Confesiones, Libro X, 40</i>	19
SAN AGUSTÍN, <i>Las Confesiones, Libro X, 22, 31. 22, 32</i>	385
SAN AGUSTÍN, <i>LAS CONFESIONES, LIBRO X, 23, 33</i>	386
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 119, 4-5, sobre el Verbo encarnado</i> , OC XXIII.....	59
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 123, 2-3, sobre las bodas de Caná</i> , OC XXIII.	188
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 147</i> ,	470
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 163, 4, sobre la lucha entre el espíritu y la carne</i> , OC XXIII.....	120
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 218 b, 1, sobre la pasión del Señor</i> , OC XXIV.	340
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 218 C, 1-2 sobre la pasión del Señor</i> , OC XXIV.....	349
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 229 J, 1.2., aparición a los apóstoles (Lc 24,36-53)</i> , OC XXIV.	439
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 229 M, 1, la pesca milagrosa</i> , OC XXIV.....	458
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 229 O, 1-3, «Simón, ¿me amas?»</i> , OC XXIV.....	462
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 23 A, 2-3 sobre el Antiguo Testamento</i> , Oficio de Lecturas del Domingo XXII del Tiempo Ordinario.....	302
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 235, 1-3, los discípulos de Emaús</i> , OC XXIV.	421
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 236 A, 4, sobre los discípulos de Emaús</i> , OC XXIV.....	425
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 236, 4, los discípulos de Emaús</i> , OC XXIV.	429
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 239, 6-7, aparición a los apóstoles y a las mujeres</i> , OC XXIV.....	453
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 246, 3-4, Aparición a María Magdalena</i> , OC XXIV.....	408
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 247, 2-3, la aparición a los discípulos en Jn 20, 19-29</i> , OC XXIV.....	445
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 263, la Ascensión del Señor</i> , OC XXIV.	479
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 265, 1-2, sobre la Ascensión del Señor</i> , OC XXIV.	475
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 270, 2, sobre la venida del Espíritu Santo</i> , OC XXIV.....	489
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 271, La fiesta de Pentecostés</i> , OC XXIV.	484
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 305, 2.4; La turbación de Cristo ante la muerte</i> , OC XXV.	310
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 34</i> , Oficio de Lecturas del Martes III de Pascua.....	15
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 373, 3, sobre la manifestación del Señor</i> , OC XXVI.....	117
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 375 C, 4.5.6</i> . OC XXVI.	23
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 51, 4, sobre la genealogía de Cristo según Mateo y Lucas</i> , OC X.	45
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 63, la tempestad calmada</i> , OC X.....	253
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 75, 2-4.10</i> , OC X.	258
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 78, 2, sobre la Transfiguración</i> , OC X.....	195
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 78, 3-5, sobre la Transfiguración</i> , OC X.....	200
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón. 188, 3 sobre la Navidad</i> , OC XXIV.....	77
SAN AGUSTÍN, <i>Tratado sobre el evangelio de San Juan IV, 11, OC XIII</i>	158
SAN AGUSTÍN, <i>Tratados sobre el Evangelio de San Juan X, 1, OC XII</i>	184
SAN AGUSTÍN, <i>Tratados sobre el Evangelio de San Juan XXIV 5-7, OC XIII</i>	224
SAN AGUSTÍN, <i>Tratados sobre el Evangelio de San Juan, XXIV 1-3. OC XIII</i>	220
SAN AGUSTÍN, <i>Sermón 370, 1-2, sobre el nacimiento del Señor</i> . OC XXVI. BAC, Madrid, 1985.....	106
SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, <i>Tratado sobre la práctica del amor a Jesucristo, Oficio de Lecturas del 1 de Agosto</i>	13
SAN AMBROSIO, <i>Tratado sobre el Evangelio de Lucas, Libro II, 83</i> , Obras Completas de San Ambrosio I, BAC.	153
SAN AMBROSIO, <i>Tratado sobre el Evangelio de Lucas, Libro X 72.74-76.78-91</i> , Obras de San Ambrosio I, BAC.....	323
SAN AMBROSIO, <i>Tratado sobre el Evangelio de san Lucas II, 41</i> , Obras de San Ambrosio I, BAC, Madrid, 1966.	89

SAN AMBROSIO, <i>Tratado sobre el evangelio de san Lucas, Libro VI, 44-53</i> . Obras de San Ambrosio I, BAC, Madrid 1966.....	249
SAN AMBROSIO, <i>Tratado sobre el Evangelio de San Lucas, Libro X 109-112.114</i> , Obras de San Ambrosio I, BAC ...	345
SAN AMBROSIO, <i>Tratado sobre el Evangelio de San Lucas, Libro X, 115.121-123</i> , Obras de san Ambrosio I, BAC..	354
SAN AMBROSIO, <i>Tratado sobre el Evangelio de San Lucas, Libro X, 129-134</i> , Obras de San Ambrosio I, BAC.	358
SAN ANSELMO, <i>Proslogion 1</i> , Oficio de Lecturas del Viernes I de Adviento.	112
SAN ATANASIO, <i>La Encarnación del Verbo 8-9</i> , Ciudad Nueva, 2ª Ed.....	56
SAN BERNARDO, <i>En la escuela del amor. Sermones sobre el libro del Cantar de los cantares 33, 2.3</i> . BAC, Madrid 1999, pp. 207-208.....	17
SAN BUENAVENTURA, <i>El itinerario de la mente hacia Dios, 7,1,2,6</i> , Oficio de Lecturas del 15 de Julio, fiesta de San Buenaventura.	333
SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, <i>Sermón 9 en la Transfiguración del Señor</i> , Homilía Ciclo B del domingo II de Cuaresma, Leccionario bienal bíblico-patristico de la Liturgia de las Horas.	206
SAN EFRÉN, <i>Sobre el Ditesaron 1, 19</i> . Oficio de Lecturas Domingo VI del Tiempo Ordinario.	15
SAN GREGORIO DE NISA, <i>Homilía 6 sobre las bienaventuranzas</i> . Oficio de Lecturas del Sábado XII del Tiempo Ordinario.	229
SAN GREGORIO NACIANCENO, <i>Homilía 38 sobre la Natividad, 1-2</i> , Homilías sobre la Natividad. Ciudad Nueva, Madrid, 1986.....	90
SAN GREGORIO NACIANCENO, <i>Homilía 38, sobre la Natividad 4-7</i> , Homilías sobre la Natividad, Ciudad Nueva, Madrid, 1986.....	100
SAN GREGORIO NACIANCENO, <i>Sermón 45, 9. 22. 26. 28</i> , Oficio de Lecturas Martes I de Adviento.	86
SAN GUILLERMO, <i>Tratado de sobre la contemplación de Dios 4-11</i> , Oficio de Lecturas del Lunes III de Adviento ..	502
SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, <i>Carta a los romanos 6</i> , Oficio de Lecturas del Martes X del Tiempo Ordinario.	18
SAN IGNACIO DE LOYOLA, <i>Ejercicios Espirituales, 234</i>	518
SAN IGNACIO DE LOYOLA, EE 203.193.	269
SAN IRENEO , en ANTONIO ORBE, <i>La espiritualidad de San Ireneo.</i> , pp 94-95. IREN IV, 39, 2, 33, ss.	142
SAN JERÓNIMO, <i>Comentario al Evangelio de San Marcos IV</i> . Ciudad Nueva, Madrid 1989, pp. 55-57	215
SAN JUAN CRISÓSTOMO, <i>Homilía 12, 1 sobre san Mateo</i> , Homilías sobre San Mateo I, BAC, Madrid. 2007...	150
SAN JUAN CRISÓSTOMO, <i>Homilía 12, 3 sobre san Mateo</i>	154
SAN JUAN CRISÓSTOMO, <i>Homilía 82,1 sobre san Mateo</i> , Obras de San Juan Crisóstomo II, BAC.	274
SAN JUAN CRISÓSTOMO, <i>Homilía 83,2 sobre san Mateo</i> , Obras de San Juan Crisóstomo II, BAC.	306
SAN JUAN CRISÓSTOMO, <i>Homilía 85, 1 sobre San Mateo</i> , Obras de San Juan Crisóstomo II, BAC.	317
SAN JUAN CRISÓSTOMO, <i>Homilía 86 1-2 sobre San Mateo</i> , Obras de San Juan Crisóstomo II, BAC.....	329
SAN JUAN CRISÓSTOMO, <i>Homilía 88, 1-2 sobre San Mateo</i> , Obras de San Juan Crisóstomo I, BAC.....	367
SAN JUAN CRISÓSTOMO, <i>Homilía 89, 2-3 sobre San Mateo</i> , Obras de San Juan Crisóstomo I, BAC.....	398
SAN JUAN CRISÓSTOMO, <i>Homilía 90, 2 san Mateo</i> , Obras de San Juan Crisóstomo II, BAC.	449
SAN JUAN CRISÓSTOMO, <i>Homilías sobre San Mateo 83,1</i> , Obras de San Juan Crisóstomo I, BAC.	297
SAN JUAN DE ÁVILA, <i>Audi filia, 108, 3</i> , Obras Completas I, BAC, Madrid, 2000.	46
SAN JUAN DE ÁVILA, <i>Carta 134</i>	71
SAN JUAN DE ÁVILA, <i>Op. Cit., Sermón 75, 19.20.32</i>	67
SAN JUAN DE ÁVILA, <i>Sermón 32, 11-17, Martes de Pentecostés, el Hijo y el Espíritu Santo vinieron a remediarnos</i> , Obras Completas III	509
SAN JUAN DE ÁVILA, <i>Sermón 47, 22-25, sobre el Santísimo Sacramento</i> , Obras Completas III.	291
SAN JUAN DE ÁVILA, <i>Sermón 66, 8.10.12.17 en la Visitación de la Virgen ¡Dichosa persona a quien María visita</i> . Obras Completas III, BAC, Madrid, 2003.	63
SAN JUAN DE LA CRUZ, <i>Cántico Espiritual 1, 6-11</i>	130
SAN JUAN DE LA CRUZ, <i>Cántico espiritual, 37, 4. 36, 13</i>	433
SAN JUAN DE LA CRUZ, <i>Carta 26, a la Madre María de la Encarnación</i>	98
SAN JUAN DE LA CRUZ, <i>Dichos de amor y luz 96</i>	14
SAN JUAN DE LA CRUZ, <i>Dichos de amor y luz, 114</i>	98
SAN JUAN DE LA CRUZ, <i>Dichos de amor y luz, 96</i>	98
SAN JUAN DE LA CRUZ, <i>Subida al monte Carmelo Libro 2, cap. 22, 3-4</i>	376
SAN LEÓN MAGNO, <i>Sermón 15, 3-4 sobre la pasión del Señor</i> , Oficio de Lecturas del Jueves IV de Cuaresma.	372
SAN LEÓN MAGNO, <i>Sermón 3 en la Epifanía del Señor, 1-3.5</i> . Oficio de Lecturas de la Epifanía del Señor.....	94
SAN PEDRO CRISÓLOGO, <i>Homilía 50, 4-6, sobre el paralítico</i> . Ciudad Nueva, Madrid, 1998, pp. 99-101	238
SAN PEDRO CRISÓLOGO, <i>Sermón 147</i> , Oficio de Lecturas del Jueves II de Adviento.	162
SAN PEDRO CRISÓLOGO, <i>Sermón 147</i> . Oficio de Lecturas del Jueves II de Adviento.....	16
SAN PEDRO CRISÓLOGO, <i>Sermón 149.</i> , Oficio de Lecturas de la Natividad del Señor, Año Impar, Leccionario Bienal Bíblico Patristico de la Liturgia de las Horas III. Ediciones Montecassino	82
SAN RAFAEL ARNAIZ, <i>12 de diciembre de 1936. 25 años -Mi cuaderno - San Isidro. Las piruetas de los nabos</i> . Obras Completas, 4ª Edición, 785-793.....	514
SAN TEÓFILO DE ANTIOQUIA, <i>Libro a Autólico 1, 2. 7</i> , Oficio de Lecturas del Miércoles III de Cuaresma.	191
SANTA TERESA DE JESÚS, <i>Camino de perfección 3, 8-9</i>	337

SANTA TERESA DE JESÚS, <i>Libro de la Vida</i> 13, 22.	336
SANTA TERESA DE JESÚS, <i>Libro de la Vida</i> 22, 14.	13, 501
SANTA TERESA DE JESÚS, <i>Libro de la Vida</i> 22, 14.	13
SANTA TERESA DE JESÚS, <i>Libro de la Vida</i> 37, 6.	74
SANTA TERESA DE JESÚS, <i>Libro de la Vida</i> , 22, 7.	13
SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS, <i>Historia de un alma</i> , 35 r ^o -35V ^o , Obras Completas, Monte Carmelo, Burgos 8ª Ed, pp. 105-106.....	412
SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS, <i>Historia de un alma</i> , Obras Completas, Monte Carmelo, Burgos 8ª Ed, pp. 206-207.	124